HANS ROGGER
Y
EUGEN WEBER

LA DERECHA EUROPEA

LUIS DE CARALT
Editor
Ganduxer, 88
BARCELONA

Título de la obra original

THE EUROPEAN RIGHT

Primera edición: Septiembre 1971

Impreso en España
Printed in Spain

Depósito Legal B. 40.862-1971 N.º Registro 992-67

LINOMONOGRAPH, S. A. - RIERA SAN MIGUEL, 9 - BARCELONA

ÍNDICE

PRÓLOGO [1]

EUGEN WEBER

Derecha e Izquierda. ¿Qué significa cada una de estas palabras y a quiénes afecta el significado de la una o de la otra? Ésta es la cuestión.

Se han asignado tantas categorías, definiciones y clasificaciones a estos dos conceptos que resulta difícil saber a qué atenernos. La Encyclopedia of World Politics, *de Walter Teimer, dice que los partidos de la derecha son nacionalistas y conservadores, y sus representantes suelen sentarse en el ala derecha de la Cámara, desde la posición del sillón presidencial. El* Petit Larousse *da esta definición: «Las derechas incluyen a los partidos menos avanzados» y «los más avanzados son los de extrema izquierda»; pero, ¿qué es un partido «avanzado»?*

«Se nos acusa de pertenecer a la extrema derecha — declaraba un ex colono argelino a un periodista del France Observateur *el 18 de abril de 1963 —. Somos miembros de la derecha porque es donde está el proletariado en estos momentos. Tan pronto como uno de nosotros prospera y pasa a ser persona acomodada, comienza a leer los periódicos de izquierda.» Esta posición se ha hecho todavía, si cabe, más ambigua desde los días de la Asamblea del Frente Nacional, donde «los progresistas se sentaban a la izquierda, los moderados en el centro y los conservadores a la derecha». Los moderados siguen en el centro, pero a ambos lados la situación es confusa y la distribución del cuadro político se presenta día a día más incierta.*

¿Pertenecía Perón a la Derecha por ser un dictador o a la Izquierda porque la mayor parte de su poder radicaba en los Sindicatos? ¿Milita en la derecha un dictador nacionalista como Nasser, o, por el contrario, su radicalismo y reformismo lo sitúan en la Izquierda? ¿Clasifica automáticamente la dictadura a un hombre, a un partido o a un régimen como de De-

(1) Deseo expresar mi agradecimiento al Consejo Americano de Asociaciones Eruditas y a la Fundación a la Memoria de John Simon Guggenheim, cuyos miembros en 1962-1964, respectivamente, facilitaron la preparación de mis ensayos en este libro, así como al Comité de Investigación de la Universidad de California, Los Ángeles, por su constante ayuda y generosidad.

recha? En este caso, ¿qué ocurre con Stalin o Tito? ¿Establecen instantáneamente la revolución o el radicalismo la definición de Izquierda o permiten la exclusión en casos como el de Kemal Ataturk y Nasser? Parece claro que pueden existir revoluciones de Izquierda y de Derecha, dictadores de ambas tendencias, esquemas económicos de las dos clases y, naturalmente, totalitarismos de Izquierda y de Derecha.

¿Podemos establecer que la Izquierda, según una de las opiniones más extendidas, va ligada al sufragio universal? Las demagogias más revolucionarias cuentan con el apoyo de la masa y ha habido dictadores populares, tal es el caso de Napoleón y Hitler, existiendo, del mismo modo, gobiernos conservadores elegidos por sufragio universal. Al parecer, llegamos a la conclusión de que la Izquierda tiende a la evolución mientras que la Derecha encamina sus pasos hacia el conservadurismo. Esto sitúa a Ataturk a la Izquierda, con Hitler y Porfirio Díaz; y a Franco, Salazar, Baldwin, Poincaré y Churchill en el seno de la Derecha.

Parece, en efecto, que la línea de diferenciación es realmente contradictoria y difusa. Continuamos usando los mismos términos, quizás no por mucho tiempo, ya que no existe seguridad sobre lo que significan ni sobre lo que encubren.

Más que las definiciones de grande o pequeño, bueno o malo, sujetas a tantos matices, la Izquierda y la Derecha han llegado a constituirse en materia de pasión, más que de definición. En los conceptos «grande y pequeño», aún cabiendo el equívoco, presentan ciertas evidencias como que lo más grande es siempre lo opuesto a lo más pequeño. No ocurre así con los extremos de Derecha e Izquierda, que en política tienen mucho de común; y si nos trasladamos a áreas en las que estos conceptos se presentan aún menos claros la confusión, lógicamente, aumentará.

En los últimos cien años, los movimientos políticos de Izquierda han acaparado la atención, ocurriendo lo contrario con su oponente: la Derecha (1).

Identificada la Derecha con la reacción ciega o con el necio conservadurismo ha aparecido como fuerza negativa con escasísimo interés en el terreno del análisis político. Las mayores excepciones de esta regla fueron el fascismo y el nacionalsocialismo, aun cuando sólo comienzan a ser estudiados ahora sin prejuicios. Normalmente, el fascismo y el nacionalsocialismo han sido vistos y entendidos como ejemplo de activismo irracional y ambi-

---

(1) Hay que aclarar una nota sobre ortografía. Escribimos Derecha e Izquierda y Partido Conservador, Liberal o Radical con mayúsculas, y sin embargo, ponemos tendencias conservadoras, liberales o radicales con minúsculas. Hablamos de la Derecha como de un cuerpo cuyos simpatizantes son todos de derechas, o sea partidos nacionalistas o fascistas, cuyas doctrinas han originado los movimientos del mismo nombre. Esta práctica que la naturaleza del tema hace necesaria, puede ser confusa, por lo que pedimos disculpas de antemano.

ción de poder político, enmascarados en un absurdo culto racial y como un fenómeno nacido del cerebro de seres anormales que escapa a todo estudio histórico.

Existen buenos ensayos sobre ambas tendencias, pero la gran mayoría de los movimientos de extrema derecha esperan todavía su cronista.

El gran público apenas si comienza a apreciar la diferencia entre el fenómeno conservador y el radical, o sea, entre la Derecha y la Izquierda. La distinción se vuelve si cabe más difícil ante el uso, por parte de ambas tendencias, de términos como nacionalismo, socialismo, revolución, acción, orden, libertad, sin preocuparse demasiado en aclarar su significado. Hemos visto que partidos y doctrinas aparentemente antagónicos poseen más rasgos en común de lo que en realidad deja traslucir su dialéctica. Comprenderemos muchos movimientos políticos con mayor claridad si los identificamos como radical o moderado, teorizante o espontáneo, que intentando incluirlos dentro de unas categorías que la experiencia ha hecho inapropiadas.

Esta es la conclusión a que han llegado varios colaboradores de este volumen. He intentado debatir esta cuestión en un ensayo titulado: Vino nuevo en odres viejos, *publicado en el French Historical Studies (1959). Pero las categorías subsisten a la crítica y, por lo tanto, persisten en la realidad de la acción y el pensamiento político. Mas, aun cuando no podamos analizar la Derecha e Izquierda correctamente, opino que vale la pena intentar comprenderlas; y dado que siempre se ha prestado mucha atención a la Izquierda, me parece justo dedicar una introducción a su contraria.*

Por medio de estos ensayos sobre los movimientos de derechas y sus orígenes, esperamos proyectar clarividencia sobre las fuentes, naturaleza e ideología que son escasísimamente conocidas. Debido a nuestro interés por el modelo teórico, hemos evitado discutir los regímenes de derechas que alcanzaron el poder. Como nota aclaratoria, ha de tenerse en cuenta que, cuando el movimiento llega a tener éxito se transforma, pero éste no es, en ningún modo nuestro objetivo directo.

Tampoco hemos querido ser exhaustivos; a los colaboradores de este libro se les rogó que procurasen presentar el tema de forma sintética, prescindiendo del usual acompañamiento de notas eruditas y referencias; sin embargo, para los que deseen documentarse más ampliamente sobre la materia, hemos incluido en cada ensayo una pequeña bibliografía que puede consultarse.

No intentamos abarcar la totalidad de los movimientos de derecha europeos, sino los que, a nuestro juicio, son más representativos. Presentamos ensayos sobre la Europa Occidental: Francia, Bélgica, Inglaterra; la Europa Central: Alemania, Austria e Italia; la Oriental: Rusia, Hungría, Rumania y Finlandia. En ellos se trata de los movimientos de extrema derecha, de sus conexiones con los conservadores y mantenedores moderados del orden establecido y de sus críticos de izquierda. Estos ensayos ponen de manifies-

to que, a pesar de su pretendido antiintelectualismo, los movimientos de Derecha, más numerosos e influyentes de lo que a menudo se ha dicho, desarrollaron doctrinas concretas y sugestivas que se reflejaron en el mundo en el cual vivieron, influyéndolo en mayor o menor grado. Estos ensayos aclaran, en lo posible, hasta dónde llegaron las diferencias entre las derechas radicales y las moderadas, así como los diferentes matices del radicalismo de derechas.

Se pueden observar ciertas constantes: la mezcla de compenetración y repulsión entre los miembros de la vieja y nueva Derecha, e incluso entre los extremistas de ésta y la Izquierda; otras constantes son las doctrinas orgánicas de la sociedad — y por lo tanto del nacionalismo — y el papel que juegan en el pensamiento del ala derechista, así como los mitos que componen los programas de la extrema Derecha: unidad de destino, resurgimiento nacional, complejo de pueblo escogido, etc., etc.

Antes de dar comienzo a las cuestiones enunciadas, trataremos de la cuestión más importante que se plantea en estos ensayos, no sólo la definición de la Derecha sino las diferencias que se aprecian entre sus componentes. Hallar la respuesta a todas y cada una de estas cuestiones ha sido el objeto primordial de este libro. No obstante, es muy escaso el acercamiento a dicha respuesta, no sólo por las diversas opiniones que hemos encontrado al respecto sino también porque hay tantas, o casi tantas, interpretaciones de la cuestión como situaciones reseñadas en los ensayos que tendrán lugar a continuación.

Cuanto más hemos contemplado la imagen que nos muestra la Derecha, menos hemos comprendido su esencia, y debido a ello, con este libro ambicionamos lograr no sólo las respuestas a determinadas preguntas, sino despejar las cuestiones basadas en la variedad de los hechos e interpretaciones que se han presentado y en las respectivas posturas adoptadas.

Parece que la Derecha, más aún que la Izquierda, debe definirse según la situación particular en la que se halle. Lo que puede parecer progresivo e incluso revolucionario bajo ciertas condiciones, es parte integrante del orden preestablecido de las cosas. Determinados factores de comparación en circunstancias concretas, pueden no existir al variar éstas. Algunos derechistas consideran las instituciones representativas como pertenecientes a la aristocracia, mientras que otros las fomentan como factores de estabilización. Los conservadores ingleses, franceses e italianos aceptan la forma parlamentaria. Los húngaros y alemanes, tienden a la dictadura.

El nacionalismo, tan frecuentemente ligado a la Derecha, solamente desarrolla sus asociaciones revolucionarias durante el último tercio del siglo XIX. El patriotismo de franceses o finlandeses, no pone cortapisas a las desmesuradas ambiciones de una Derecha de tipo nacionalista.

El profesor Saladino, por ejemplo, señala los contrastes entre la antigua Derecha italiana, moderada y conservadora, social, parlamentaria y liberal,

con la nueva Derecha nacionalista que surgió en 1890, y es un movimiento, casi un partido, activista y radical que desdeña el sistema parlamentario. La divisa de la antigua Derecha era: «Moderados en los métodos y conservadores en las perspectivas». La última favorecía el cambio pero apartándose de la democracia. Perseguía la mutación radical en todos los aspectos, a fin de aumentar el poder del Estado del cual quería apoderarse. La antigua Derecha deseaba el mantenimiento del orden bajo unos términos constitucionales y parlamentarios y la nueva deseaba el poder, no para mantener el orden existente, sino para imponer el suyo. Donde los conservadores aceptaban la necesidad de límites y concesiones en un sistema de equilibrio que se identificara con la opinión popular, la concepción radical consideraba que la efectividad política se basaba en el totalitarismo.

Lo que ocurre en Italia es aplicable, con algunas variantes, a casi todos los países donde grupos minoritarios de burgueses consiguieron el poder. Lo mismo puede decirse de Inglaterra, Francia y Bélgica, donde el sistema constitucional y parlamentario estaba fuertemente afincado desde finales del siglo pasado. En cuanto a Finlandia, que consiguió este sistema al unísono de su independencia en 1917, y Hungría, las perspectivas son prácticamente las mismas; en esta última el Parlamento prestaba especial atención a los intereses mancomunados y dominantes del dinero y el agro.

El presidente de Finlandia P. E. Svinhufvud, creía, ateniéndonos a lo que dice el profesor Rintala, «en el imperio de la ley». En 1932, con el fin de defender dicha ley, este conservador ahogó la revuelta nacionalista del movimiento Lapua. El Movimiento Patriótico del Pueblo prestó su ayuda para el asentamiento de un gobierno legal burgués, contra la coalición de socialistas y comunistas, logrando así establecer una réplica finlandesa de la «Croix de Feu» francesa, supliendo a los extremistas de la Derecha que amenazaban la ley, la paz y el orden del país.

A diferencia de la «Croix de Feu», el MPP en seguida llegó a ser más radical de lo que sus respetables fundadores habían deseado; y así, rechazando cualquier nexo con la reacción, los conservadores o el capital, se declaró contrario a los comunistas, sus enemigos más acérrimos; su deseo era establecer "una alternativa radical creadora" respecto al comunismo. En este punto no hacía sino seguir la trayectoria de los de su clase: Degrelle, el rexista belga, había escrito que sus bravos partidarios procedían de los simpatizantes marxistas; y Szalasi, de Hungría, mostraba un mayor acercamiento hacia los trabajadores y campesinos que hacia la clase media, la corrompida aristocracia y la burguesía. En todos los lugares, la Derecha radical mimaba al pueblo y atacaba a la burguesía y al capital. Este fenómeno puede explicar lo que Saladino describe como: «el borrar la clara distinción entre Derecha e Izquierda por consideración a la seguridad de la mayoría parlamentaria...»

En efecto, en casi todas las regiones de Italia, según Saladino, la llegada

al poder de los pretendidos grupos del ala izquierda, no ha supuesto reformas radicales sino moderación en la Izquierda y desaparición paulatina de las claras diferencias entre la Derecha histórica y la Izquierda también histórica.

Éste es el proceso que hace que la política francesa, al igual que otras, produzca una impresión tremendamente confusa. Tan pronto como la Izquierda alcanza el poder y se convierte en moderada, sindicalismo y socialismo crean sus planes de reforma, aunque al ser su máxima la lucha de clases, solamente tienen éxito entre el elemento trabajador. En estas peculiares circunstancias la extrema Derecha parece haber servido para una múltiple función: reemplazar el elaborado radicalismo de la izquierda histórica, ofrecer una alternativa radical con el marxismo y proclamar, casi como divisa, el apocalíptico mito de ser unificadora antes que disociativa. En Italia, Corradini opone al «nacionalismo» un mero socialismo de clases, transfiriendo el concepto de la necesidad de guerra del plano interno al externo. En Austria y Bohemia, el socialismo nacional colmó el deseo de ambos países asentado en la obtención de una democracia nueva y radical, proponiendo al unísono cambios revolucionarios en las condiciones nacionales y socioeconómicas.

Y esta es la idea que parece poseer Ernst Nolte cuando describe la extrema Derecha como un espejo de la Izquierda radical. Los nacionalistas radicales tomaron de los marxistas el argumento de que las instituciones existentes, así como la moralidad y las leyes, reflejaban los valores y deseos de la clase dirigente, pero en vez de concluir que el proletariado debía oponer su propio y exclusivo interés a los intereses de la burguesía, proclamaron simplemente la necesidad de un bienestar común y nacional. Su llamamiento nacionalista era, no obstante, diferente del que se había conocido antes. Los revolucionarios nacionalistas del siglo XIX eran poseedores de un sentido humanístico, al igual que todas las doctrinas basadas en la Ilustración; incluso la lucha de clases era producto de la indignación en un plano humanista. Pero los nacionalistas del XX ya no consideraban a la humanidad sino como agrupación masiva. «La arena de la Humanidad —decía Nietzsche— es toda extraordinariamente igual, lisa y redonda.» Desilusionados, particularistas y pragmáticos transfirieron el concepto de lucha de clases a un plano tribal, disintiendo su exclusivismo del programa liberal y universalista que poseía el nacionalismo primitivo.

La nueva Derecha transformó el darvinismo social en términos nacionales y racistas, recurriendo a la dialéctica histórica para demostrar el manifiesto destino de las naciones. La referencia al destino, tan común en el léxico fascista, es típica de nuestros tiempos, cuando, según Malraux, la sensación de destino tiene su origen en la de libertad. El destino de la humanidad, según el siglo XIX, era avanzar hacia la consecución de un máximo de libertad e independencia propias; pero si en otro tiempo el destino fue

la justificación para la conquista, hoy en día sirve para explicar el fracaso. Lejos de ser dueño absoluto de su alma y responsable de sus hechos, el hombre moderno está condicionado y si se siente libre es para admitir que los hechos le han sido impuestos por la historia o por los astros, viviendo, como dice Pobedonostsev, en un mundo «donde cada cosa retorna al caos primitivo y todos nosotros nos sentimos impotentes ante ello».

Sea lo que fuere, este destino parece estar condenado a la finitud. Para Spengler el destino de Occidente es la muerte; la ecuación destino-muerte apareció después de la primera Guerra Mundial en las memorias de Paul Valéry, al decir que nuestra generación también es perecedera; en Drieu La Rochelle como destino suicida, y en la afirmación de Karl Jaspers sobre el crepúsculo de las civilizaciones. «Un hombre que es a la vez activo y pesimista, es fascista o lo será», escribe André Malraux en L'Espoir *(1937). Ciertamente, aun cuando el lenguaje de Derecha sea optimista, el fondo de sus doctrinas, en especial dentro de la extrema Derecha, es pesimista y apropiado para las sociedades descompuestas o en decadencia y para hombres y grupos desilusionados o resentidos.*

«¿Qué es el fascismo —pregunta Daniel Guérin en su obra Fascisme et Grand Capital *(1945)— sino el producto directo del fracaso socialista?» Para Max Ascoli y Arthur Feiler en* Fascisme for Whom? *(1938): «el fascismo fue el resultado del ocaso de las democracias». Thierry Maulnier, discípulo de Maurras, corrobora: «el motivo de la aparición del fascismo radica en el fracaso político y social de la democracia liberal». Después de cada fracaso se buscan sus causas; en Italia la extrema Derecha surgió de la desilusión que sobrevino a la unificación; en Francia a causa de la corrupción republicana; en Inglaterra, Rusia o Alemania debido a la mala administración del Estado y a la debilidad del imperio.*

En cada uno de los casos, el creciente poder y la importancia de los movimientos radicales, sean de Derecha o de Izquierda, se atribuyen al carácter poco satisfactorio de los medios de expresión política existentes, y esto a su vez es debido a los cambios en las estructuras económicas y sociales nacidos de la práctica y el lenguaje políticos todavía en uso. Estudios recientes sobre Asia y África demuestran que el fracaso de sus estructuras políticas y económicas tradicionales han desempeñado un importante papel en el desarrollo de sus movimientos nacionalistas. Lo mismo puede decirse de los países europeos que en los últimos sesenta o setenta años han visto modificarse sus estructuras con métodos revolucionarios, y que han experimentado el desarrollo de nuevas clases, desarrollo no previsto en los planes políticos. La gradual integración de las clases económicamente débiles, apuntado más a menudo por los sociólogos que por los historiadores, explica, en gran parte, la tendencia actual de los países occidentales hacia una política dentro de la Derecha. Los grupos de clase inferior constituían un nuevo fenómeno social, fenómeno caracterizado por la ascensión de los trabajado-

res en la escala socioeconómica y el descenso de los burgueses (este hecho es relativamente verídico). Para esta gente los argumentos de la Izquierda clásica no resultaban, en ningún grado, más atractivos que los contenidos del conservadurismo. No estaban de acuerdo con aquel estado de cosas pero les intimidaba la perspectiva de una revolución proletaria.

Incapaces de sentirse solidarios con las divisiones políticas existentes, que no eran reflejo ni de sus necesidades ni de sus aspiraciones, optaban por rechazar el «status quo» y la lucha de clases. En cuanto a su ideología, procuraban situarse por encima de la absurda lucha de clases que, careciendo de sentido para ellos, era considerada «ipso facto» perjudicial para la nación, es decir, para la sociedad con la cual, en sentido marxista, ellos identificaban sus intereses. Ésta es la raíz de lo que, eventualmente, sería denominado fascismo, y que suele conferir atractivo al nacionalismo. Un nuevo slogan se hacía copartícipe de todas sus necesidades: unidad por encima de todos los partidos. Mussolini escribió mucho acerca de esto, pero ya cincuenta años antes, los estatutos de la Ligue des Patriotes habían expresado la misma idea: «Republicanos, bonapartistas, legitimistas, orleanistas, no son más que nombres de pila; el apellido común es el de patriota».

En otras palabras, la ideología nacionalista, aun teniendo muchas afinidades con la Derecha histórica, con la consecuencia de que cuando los primeros fracasan sus partidarios pasan a engrosar las filas de los segundos, no es ni Derecha ni Izquierda. Su propósito es forjar una doctrina que se adapte al cambio constante que había ocurrido en los últimos seis decenios, cortando el paso a la posibilidad de nuevas doctrinas políticas. Sus confusiones aparentes residen en el hecho de dirigir sus llamamientos a un grupo, vasto y creciente, desplazado totalmente de la política del siglo XIX que no logra formar un todo homogéneo y se divide entre los que progresan continuamente y los que hacen esfuerzos desesperados por no hundirse.

Aún queda algo por considerar. Después de la primera Guerra Mundial, los partidarios del cambio tenían que luchar fuertemente con la masa compacta y mayoritaria de liberales, republicanos y algún que otro radical, lucha más necesaria que el enfrentamiento con la aristocracia o la oligarquía de nacimiento y privilegios. En el este de Europa, en cambio, la estructura socio-política tenía más reminiscencias del siglo XIX que del XX, y sus condiciones guardaban estrecha similitud con la revolución de 1848. La lucha por el poder entre los representantes de los intereses engendrados y los recién llegados a esta palestra restringida y anticuada tenían una cualidad burda y peculiar: recordaban más las antiguas revueltas de campesinos y obreros que a una sociedad industrial moderna. Los contactos en el plano doctrinal con los restringidos y turbulentos grupos políticos de la élite eran de una tal simplicidad ideológica, anhelo de pureza y salvación, que se hallaban tan alejados de dicha élite dirigente como de la más escéptica sociedad industrial.

Existe el hecho, citado por Seymour Lipset en su ensayo Political Man *(1963), de que los movimientos extremistas presentan un «llamamiento a los desplazados y sicológicamente inermes, a los fracasados, a los económicamente débiles, a los ineducados, a los sinceros y autoritarios en todos los niveles sociales». Pero, aunque el ajuste social acostumbra a ser una cosa buena, existen sociedades en las que el desajuste parece deseable y la renuncia a la adaptación una virtud positiva. En las sociedades donde el desarrollo económico, la educación y la moral públicas son factores bajos, el hombre honrado y trabajador se encuentra sicológicamente desplazado, aunque su fuerza de carácter y su integridad puedan llegar a compensar la inseguridad económica. Donde el analfabetismo esté vigente y la sofisticación equivalga a una cínica corrupción, los juicios implicados en la definición de Lipset son discutibles.*

Las sociedades que se ajustan a esta descripción no son excepcionales; sus críticos llevan a cabo una función útil y sirve de freno a la posible inclinación de estos críticos a la extrema Derecha o Izquierda. En circunstancias en las cuales la extrema Izquierda es obstaculizada o eliminada de la vida política activa, como sucedió en Hungría y Rumania, o donde el nacionalismo parece una política necesaria, como en las nuevas naciones que luchan por liberarse de los lazos que las atan económica y políticamente, lazos que la independencia no ha conseguido eliminar, el extremismo de Derecha puede ser un móvil de acción necesario, e incluso saludable, contra la paralización o el decaimiento, en la única forma que las circunstancias hacen posible, es decir, alguna forma de violencia.

En los países industriales y desarrollados de Europa, en los que prevalece cierta moderación conservadora, la balanza ideológica oscila entre una reforma liberal moderada y una melancólica reacción tradicionalista. Excepto en épocas de agitación social, crisis económicas o colapso, la reacción radical permaneció siempre arrinconada en el seno de grupos intelectuales aislados, sin ninguna influencia política. Sin embargo, en los países subdesarrollados de Europa, la base social de la clase media conservadora apenas si existía. El bienestar económico era disfrutado por la aristocracia terrateniente y la economía estaba al servicio de un grupo reducido, todo esto, en medio de la general escasez. El descontento que expresase la reacción contra tal estado de cosas, aun siendo liberal o de tendencia izquierdista, sólo podía expresarse en términos nacionalistas, es decir, de extrema Derecha.

La revolución entre la masa campesina de los países del Este europeo, aunque en estado latente, era también una realidad. Cuando los partidos campesinos fracasaron en el logro de sus aspiraciones, por estar dirigidos y dominados por individuos que por pertenecer a la clase media poseían una mentalidad diferente a la del campesinado, surgieron las ligas nacionalsocialistas con el fin de explotar a la masa de minifundistas y trabajadores con sus deudas y frustraciones, sus ansias de tierras, sus resentimientos con-

tra los nuevos métodos de las finanzas o las empresas industriales y contra la burocracia estatal. Es fácil ver en la actuación de tales ligas una explotación descarada de los resentimientos y frustraciones de los pequeños propietarios. Sin embargo es perfectamente cierto el que estas ligas respondían a una necesidad que otros movimientos políticos habían eludido o ignorado. Las reformas previstas, dentro de un plano de moderación, no respondían en absoluto a los problemas de esas gentes. Sólo los cambios económicos violentos podían mejorar su suerte y solamente las mutaciones sociales o morales podían eliminar la corrupción de un Estado para el que el «laissez faire» y el «laissez passer» eran, en lugar de una doctrina económica, el más cínico de los pretextos para enriquecerse a costa del saqueo y el pillaje.

En estas circunstancias, el status político era mucho más insignificante que el campo de la política de agitación. La gama de rencillas a las que debía dirigirse el agitador, eran en su mayor parte materiales y no emocionales, y el papel a representar en el campo político, más concreto y positivo que el de sus compañeros del Oeste.

Es probable que la experiencia norteamericana produzca, en este punto, efectos desorientadores; tal y como se describe en The Radical Rigth *(editado por Daniel Bell en 1964), o en* Torments of Secrecy *(1956), de Edward Shil, las circunstancias y problemas de Norteamérica son radicalmente diferentes de los que privan en el resto del mundo. Una sociedad dinámica refuerza la estabilidad. Una sociedad prospera insiste en el status social. La necesidad de una conformidad interna, predominante en los Estados Unidos, es sólo parte incidental de los programas europeos más positivos, los cuales hacen hincapié en el potencial dinámico de la unidad nacional con mucha más intensidad que en los débiles aspectos de la seguridad conformista.*

No debemos limitarnos a presentar el espíritu de la Derecha como protesta contra el hecho de que la sociedad cambie y contra la dirección de este cambio. Cierto aspecto de este punto de vista, común a la mayoría de los colaboradores del sugestivo symposium de Daniel Bell, encaja en varios movimientos de la Derecha europea; otros, se describen como protesta ante el hecho de que la sociedad no evolucione en cierto sentido con la rapidez que sería necesaria. Esto puede ser una descripción exagerada del activismo incierto de los fascios o del movimiento Rex, de los intelectuales «qui n'aiment que les trains qui partent», o los matones de los Balcanes que actúan por el simple placer de la acción. Pero, ciertamente, la insistencia en la necesidad de cambio y la oposición al poder existente, era más evidente que el «poujadismo» que tiende a evocar las comparaciones con las posturas americanas.

Una de las definiciones y clasificaciones más precisas sobre las tendencias derechistas se debe a Seymour Lipset en su Political Man. *En el capítulo V de dicha obra establece las tres categorías dentro de las cuales pueden clasificarse las ideologías extremistas y grupos de la misma clase. La*

primera es el Centro que incluye los movimientos clásicamente fascistas cuya doctrina es antiliberal y opuesta a las grandes empresas, al sindicato, al socialismo, y que atrae a las clases medias «compuestas especialmente por pequeños negociantes, empleados de oficinas y sectores anticlericales de las clases profesionales». La segunda es la Izquierda, la cual, como el comunismo en el extremo opuesto del marco político, recurre a los estratos más bajos, para oponerlos a los medios y elevados. La gran diferencia entre los extremistas de esta categoría y los comunistas, radica en el nacionalismo de los primeros. Sus líderes son con frecuencia oficiales del ejército que desean «crear una sociedad más viva destruyendo la corrupción de los estamentos privilegiados que han mantenido a la masa en la pobreza, a una economía subdesarrollada y a un ejército mal pagado y desmoralizado». A Perón, que Lipset presenta como ejemplo típico de este grupo, podemos añadir Nasser en Egipto e incluso Szalasi en Hungría. La tercera categoría, según Lipset, es la Derecha representada por la mayoría de movimientos del tipo de los Horthy, Dollfuss, Salazar y Maurras. Son «conservadores, no revolucionarios» y «buscan un cambio en las instituciones políticas para preservar o restaurar las bases culturales y económicas, mientras que, los extremistas del centro e izquierda quieren usar los medios políticos para llevar a cabo una revolución cultural y social». Sus seguidores tienden a ser más ricos, más tradicionalistas, más religiosos y monárquicos que totalitarios.

En algunos aspectos, las amplias categorías de Lipset resuelven el problema de la diferenciación, pero en otros son insatisfactorias; al igual que sucede en otro tipo de amplias categorías, existen fenómenos que no encajan en los lugares que se les ha destinado. Sin embargo, con su análisis pueden sacarse muchas cosas en claro, incluso sobre los defectos, defectos que ninguna estructura especulativa que trate de las actividades humanas puede pretender eliminar.

La Derecha, por ejemplo, se supone que incluye movimientos como los de Horthy o Salazar en Portugal, los cuales nunca han existido como tales puesto que, a diferencia de Maurras, ni Horthy ni Salazar poseían movimiento propio. Es significativo que las políticas de tales hombres no fuesen de movimiento sino políticas de contención, en alianza o con el apoyo de las fuerzas moderadas conservadoras. Como Antonescu y Pétain, Horthy, Dollfuss y Salazar gobiernan o han gobernado como monarquías afectas a lo que podríamos llamar partido de la Resistencia. Así, la tercera categoría de Lipset nos puede servir de ayuda para comparar los verdaderos movimientos extremistas con aquellos que a veces se llaman así debido a alianzas temporales y condiciones similares. Si prestamos atención a las clases medias fascistas del Centro, descubriremos una mentalidad que corresponde a fracasados y resentidos ante el fenómeno de la modernización, racionalización y reforma, lo cual encaja más en la política de Poujade que en la de Hitler. Para Lipset, el «poujadismo» es en realidad una forma de auto-

ritarismo centrista post-liberal, similar a un nazismo en miniatura, con sus mismas raíces y doctrinas sociales. Pero nunca un nacionalsocialista o fascista ha rechazado el desarrollo industrial, como han hecho los seguidores de Poujade; el «poujadista» de Lipset sería seguramente más feliz con Franco o Salazar que bajo el dominio del «clásico movimiento fascista». En Francia, cuando hallaron una ocasión, mostraron su verdadero aspecto al preferir la «Croix de Feu» a otras ligas más vocingleras y, más tarde a Pétain antes que a Déat o Doriot.

Si nos referimos al apoyo de las clases medias, el apoyo preferido de los nazis, el fenómeno ha de ser comprendido dentro del contexto histórico de los años de depresión. La misma clase media que votó en masa al partido nacionalsocialista alemán, prefería un autoritarismo conservador (Derecha) antes que tener que enfrentarse con la más completa quiebra económica y el más absoluto desbarajuste social. Sólo cuando se vieron inmersos en la tormenta, los seguidores de Poujade optaron por medidas menos urgentes y desastrosas. Pero incluso la ruina de estos pequeños negociantes fueron sucesos aislados, tragedias nimias y privadas dentro de una economía próspera y en pleno auge. No son, en lo más mínimo, reflejo de una situación común ni presagio de lo que está por venir en un futuro próximo. La economía sigue su marcha ascendente, y estas condiciones no son nada propicias para un movimiento de disensión coherente y efectivo que dé lugar a la revuelta, pero tampoco anula las actitudes y condiciones previas al triunfo del nacionalsocialismo en Alemania. La más interesante de las divisiones de Lipset, siendo además la que encuentro con un mayor contenido utilitario, es la segunda, la de la Izquierda. Si contamos la masa campesina en ese número de «masas trabajadoras sin organizar que padecen las consecuencias de una rápida industrialización», nos encontramos con la mayor base social de movimientos extremistas difícilmente clasificables en Derechas o Izquierdas. En Asia, África e Hispanoamérica resulta más clara la distinción, pero el fascismo de «la izquierda» descrito por Lipset en relación con los movimientos y políticas de Juan Perón y Getulio Vargas se parecen más al húngaro y en especial al rumano, lugares en los que las condiciones socioeconómicas eran más parecidas a las de estas naciones post-coloniales y también recordaban la influencia y actividad de ciertas «masas desplazadas» dentro de las economías avanzadas, tales como los campesinos bretones. Evidentemente, las sociedades en trance de industrialización y urbanización, dominadas por poderes extranjeros y explotadas también por capitales extranjeros, incuban movimientos de reforma y protesta, reforma que ante todo, llámese comunista o fascista, Derecha o Izquierda, intenta atraer a los desheredados rurales y urbanos, a las clases económicamente débiles y a ciertos intelectuales idealistas o reformadores enérgicos, de tal manera que origina una particular confusión entre las categorías existentes. Por otra parte, sean o no válidas las referencias a la Derecha y a la Izquierda, son rea-

les en países como Francia, donde han llegado a ser términos específicos en el vocabulario de las definiciones y pensamientos políticos. En este sentido, la presencia de una dicotomía Derecha-Izquierda puede proporcionar en sí misma un indicador de análisis político, sirviendo de sugerencia a una tradición de debate público entre gentes relativamente politizadas y cultas y a una especie de revolución social y económica que nosotros asociamos con el desarrollo industrial y las estructuras de las sociedades del Oeste. Ésta es la base que transforma a los términos Derecha e Izquierda en conceptos con pleno sentido. El profesor Whiteside nos dice que en Austria la distinción era menos clara que en el Oeste; que representaba unas categorías extrañas impuestas a unas realidades nacionales de diferente orden, ya que la evolución social y económica del país era diferente, aun cuando el lenguaje político lo ocultase. Por mi parte, me siento inclinado a definir los más notables componentes de la Derecha con tres términos cuyo encabezamiento común es una R: Reacción contra las tendencias del presente; Resistencia al cambio, y Radicalismo inherente y esencial. El primer elemento, refiriéndonos a su época dorada, necesitaría abolir no sólo el presente, sino la época intermedia, para volver al viejo régimen de Maurras o al mundo de pequeños negociantes y propietarios de Poujade. El segundo es esencialmente conservador, se resiste a cualquier cambio y defiende las instituciones que han llegado a ser parte del orden establecido. Acostumbran a decir: «Natura non facit saltum». El conservadurismo inglés es su ejemplo más potente: no se opone a ningún cambio, pero se resiste mediante el argumento de que las reformas deben amoldarse a los hábitos de la sociedad y a sus tradiciones ya que ésta los ha creado. Los reformadores, satisfechos, acatan lo dicho y admiten que ya han alcanzado lo que se proponían y con conservadores y moderados, partidarios de la Resistencia, componen la sección más numerosa de la Derecha. Los Radicales, menos numerosos, puede que sean, no obstante, los más activos; son los revolucionarios de la Derecha y a veces se confunden con el partido de la reacción siendo ellos, finalmente, los que alcanzan un mayor grado de incertidumbre. Tienen en común con los reaccionarios el deseo de cambios radicales, una fuerte aversión ante el orden existente y una marcada inclinación a la violencia. Algunos conservadores adoptan posturas radicales cuando persiguen una causa o finalidad importante, pero el primordial anhelo de los radicales es el poder total. Por otra parte, sus programas son vagos, siendo el exponente más claro las palabras de Mussolini en el Popolo d'Italia *del 4 de octubre de 1922: «¿Los demócratas de* Il Mondo *quieren saber nuestro programa? Pues se trata de romperles los huesos a los demócratas de* Il Mondo, *y cuanto antes mejor».*

Visto desde este punto, Bismarck aparece como un radical despreocupado por la forma y con gran preocupación por la sustancia del poder, como dice Nolte. El ostentoso conservadurismo de Bismarck apenas si lo era cuando se trataba de la estructura de las instituciones y de la política, tanto en

el interior como en el exterior de Alemania. Era antiliberal, antidemócrata y partidario del ensanchamiento del poder del Estado y de sus gobernantes aun a costa de los cambios más radicales. Pero Bismarck pertenecía a una vieja generación y aunque dio sus primeros pasos en la extrema Derecha, su política no llegó a ser totalitaria sino autoritaria y su Estado es comparable al de Rusia antes de 1917. Al igual que éste, el de Bismarck podía ser revolucionario en ocasiones. El Estado se identifica con la fuerza revolucionaria antes de la llegada a la edad de las masas democráticas, pero es difícil definirlo como de Derecha o Izquierda o como un sistema autoritario cuyas jerarquías tienen poca influencia, llegando sólo a tener importancia cuando la libertad de pensamiento y expresión crean la oportunidad de acción y debate políticos. Cuando Nolte dice que «el origen de la Derecha está en las demandas de la Izquierda», indica la imposibilidad de que ambas tendencias coexistan en un sistema totalitario cuyo control es tan complejo que el partido en el poder no tiene con quién enfrentarse para definirse a sí mismo. Esto viene a sugerir que los pasados regímenes autoritarios, donde la Derecha era casi exclusivista en materia política, al tomar decisiones no se preocupaban de si éstas coincidían con las necesidades de la estructura política.

Al mismo tiempo el sistema autoritario y aristocrático del antiguo régimen había sido reemplazado por otro en el cual las decisiones eran tomadas —al menos en un principio— por sufragio universal y el enfoque radical y autoritario de Bismarck estaba completamente fuera de lugar. La condición mínima era aprender a operar en condiciones nuevas, y éstas se sucedían con tanta rapidez como las cambiantes instituciones. La política liberal del pasado siglo era representativa y parlamentaria, pero el sistema cuyo símbolo es el Parlamento funcionaba en una sociedad diferente donde la distinción entre el poder y la riqueza había sustituido a la de nacimiento, pero en la que dicho concepto distintivo había sobrevivido y el elector respetaba a su representante, dándole carta blanca para que defendiera sus intereses. El sistema parlamentario representativo fue acaparado de este modo por un grupo restringido, no menos exclusivista que aquella sociedad aristocrática a la cual había sustituido. En la sociedad que se asentó a fin de siglo el Parlamento, con su democrática estructura y su ideología igualitaria, este sistema, quizá no por por propia voluntad, no actuaba de un modo adecuado, viéndose desbordado por sus propios defectos; los pactos de cada día, los compromisos y el toma y daca llegaron a ser signo evidente de la corrupción, adquiriendo el compromiso un sentido peyorativo, pues la sociedad planteaba sus demandas con un significado de generalidad y reclamaba su pleno cumplimiento.

Las masas electorales hubieran sido más tolerantes de haber estado mejor representadas; pero la pequeña burguesía, por un lado, y los trabajadores de la industria por otro, no reconocían como cosa propia el lenguaje

parlamentario político. Este lenguaje reflejaba la sicología del siglo XIX y la de sus políticos pertenecientes a élites, que habían sido racionalistas y utilitarios; los liberales y marxistas argumentaban que al fin los hombres comprenderían sus intereses y llegarían a obrar en consecuencia. Pero la sicología de una masa electoral — como John Stuart Mill descubrió antes que Gustave Le Bon — es irracional y los políticos se dieron cuenta de la importancia de apelar no a los juicios sino a los sentimientos emotivos, buscando menos el persuadirla que el servirse de ella.

Éste fue el sistema que siguió la Derecha y desde entonces fue combatida por los herederos de la Ilustración; la Derecha despreció la razón alegando engaño y artificio, incapaz de sustituir la experiencia personal nacida del conocimiento instintivo de la realidad. El labrador — decían — conoce su tierra mejor que ningún agrónomo, y el capataz de esclavos los conoce mejor que ningún fisgón liberal; y ningún déraciné o intelectual desarraigado podría sentir nunca la realidad política o cultural como aquel que llevase el suelo metido en la sangre (*La terre et les morts*). Todo esto era cierto, pero existía el inconveniente de que la mayor parte de los gobiernos conservadores del oeste de Europa estaban basados en las reformas, revoluciones y constituciones inspiradas en la razón y tradición liberal ilustrada del siglo XIX. Esta aparente contradicción sólo podía resolverse interpretando dicha razón por las vías del escepticismo, cinismo o pesimismo, de lo cual el resultado inminente era una «perspicaz» visión de decadencia y catástrofe, que a su vez implicaba un manejo autoritario y clasista de las masas por grupos poderosos, sin ideales y con no muy buenas intenciones. Las maquiavélicas actividades de estas escépticas clases directoras ocasionaron una lógica contrapartida entre la nueva aristocracia, activa e idealista, formada por imitadores de la nobleza para la que, como apuntó Drieu La Rochelle, «el pensamiento político había degenerado en un intercambio de burbujas sin sentido».

«Nada se puede lograr sin sangre — escribía con la misma tónica Drieu en Le Jeune européen (1927) —. Espero el baño de sangre como un viejo espera la muerte.» Se advierte la idea de sacrificio y la esperanza de un resurgimiento, pero quien lo manifiesta es un hombre de treinta años; ésta es una voz típica de la Derecha, es la expresión de la sociedad en su grado más ínfimo; los moderados eran los optimistas liberales de antaño, ocupados exclusivamente de gozar y exprimir los frutos de pasadas empresas, esperando tras ellos el diluvio; los extremistas querían destrozarlo todo, quizá porque pensaban que todo se había perdido o porque querían sacar provecho de ello; el único remedio era la catástrofe y como aislada esperanza la regeneración caótica. Esto es lo que en nuestros días recibe el nombre de «apocalipsis» pero no con su antiguo significado de «revelación», sino con el sentido de final catastrófico. El «apocalipsis» y el «Götterdämmerung» se corresponden. ¡Esto es lo que revela la revelación!

En este terreno parece posible la conciliación entre radicales de Derecha y de Izquierda e incluso entre las tres R de la Derecha. Lo expuesto anteriormente puede dar lugar a una «politique du pire» que acabe con el orden existente y muchas de las aproximaciones entre nacionalistas y sindicalistas, fascistas y comunistas, pueden ser explicadas por esta interposición de sus respectivos odios. Los militantes antiburgueses y anticapitalistas que cambiaron las filas comunistas por las fascistas y también el fenómeno contrario, corresponden todos al mismo tipo clásico. D'Annunzio, a quien el profesor Saladino menciona pasando de la extrema Derecha a la extrema Izquierda para militar por la causa de «la vida y la elocuencia», es posible que lo hiciese por la misma razón. El hecho es que, cualesquiera que sean sus últimas intenciones, los activistas de cada uno de los bandos militantes se encuentran con problemas similares dado que el dinamismo sociopolítico de su empresa es más fuerte que las diferencias verbales que puedan existir entre ellos. De este modo, las opciones ideológicas que se les ofrecen producen una diferencia mínima entre sus conductas mientras están en acción. De ahí las coincidencias entre la extrema Derecha y la extrema Izquierda.

Por otra parte, el nacionalismo, cuya ideología fundamenta una gran parte de la Derecha radical, cedió en sus ataques al orden establecido por ir éstos dirigidos al mismo Estado; deseaban apoderarse de éste, no destruirlo, y les resultaba difícil instar a la revolución, y desde luego ponerla en práctica, en tanto que los conservadores nacionalistas mantuvieron las riendas del poder. Así, en los llamamientos radicales existían pocos puntos que pudiesen significar una seria amenaza contra la más moderada Derecha, el partido de la Resistencia, mientras esta última se encontrase segura en sus posiciones políticas y sociales. Tan pronto como se sintió amenazada, los slogans preferidos por la extrema Derecha, unidad y patriotismo, resultaron más familiares y tranquilizadores que los procedentes del ala izquierda, enemiga del régimen. De este modo, el agregado militar británico en Berlín no podía «estar de acuerdo con la mayoría de los británicos honrados; si ellos fueran alemanes de hoy (1931), serían Stahlhelmers» apoyando «un sano patriotismo que propugna las ideas de consolidación en cuanto a los elementos del orden social frente a las ideas bolcheviques» (1).

En caso de crisis, las tropas del radicalismo y la reacción servirían como refuerzo para un partido de resistencia que esperaba, tarde o temprano, integrarlas en el sistema gobernante. Y lo que se aplicaba a movimientos relativamente moderados, tales como el Stahlhelm o la «Croix de Feu», era igualmente aplicado a los Brown Shirts, Green Shirts o Falange. Ésta es la opinión de los conservadores en Italia y Alemania, donde fracasaron sus planes, y en

(1) Ésta y las acotaciones del párrafo siguiente son de la obra *The Struggle for Germany*, de Lionel Koehan (Edimburgo, 1969), págs. 11, 103, 104, 116.

Finlandia y España, países en los que triunfaron; en el plano nacional, la violencia de las Derechas llegó a ser aceptada por los conservadores, que veían en ella una defensa ante la amenaza de la Izquierda radical y, en el plano internacional, las brutalidades y violencias de los poderes fascistas llegaron a aceptarse, debido a razones similares, por los conservadores de naciones como Inglaterra y Francia porque se identificaban con sus tendencias anticomunistas. Incluso después de la Primera Guerra Mundial el enemigo número uno, para el Jefe del Estado Mayor británico, no eran los «boches» sino los bolcheviques. En los años treinta Lord Halifax manifestó a Hitler que él y otros ministros británicos «estaban convencidos de que el Führer no sólo había conseguido un gran éxito dentro de Alemania sino que, a raíz de haber destruido el comunismo dentro de su país, le había cortado la marcha hacia la Europa del oeste, de modo que consideraban a Alemania como el baluarte de Occidente frente al bolchevismo». Esta Alemania era la Alemania nazi, la de la tiranía cruel y la de los campos de concentración, la representante de un triunfo nihilista contra el que las naciones del Oeste habían sido prevenidas constantemente. Pero, según los conservadores, existía una revolución más peligrosa y amenazadora, contra la que no valdría ninguna alianza. Todo viene a coincidir con lo que expresó sir William Hayter: «La Derecha no fascista de Inglaterra y de Alemania pensó que el fascismo les ahorraría ese sucio trabajo».

Nietzsche había insistido en que la masa humana sólo es merecedora de atención en cuanto obstáculo e instrumento, «referente al resto, que el demonio y las estadísticas se lo lleven». Su anatema era bastante exacto. Siguiendo los pasos de Nietzsche, en el siglo XX se hizo uso de ambos factores para destruir los obstáculos y valerse de los instrumentos, y el resultado de ello es completamente negativo. En una sociedad dividida por motivos económicos y sociales, sólo un pequeño sueño o una pesadilla común a todos serían capaces de aportar una fuerza de unión. Pero en el mundo de la realidad cotidiana, los sueños — o pesadillas — no pueden tenerse en cuenta más que como artículos de fe; de ahí la insistencia de creer ciegamente algunas «realidades» que eran incapaces de ofrecer una explicación racional. «El fascismo es una concepción religiosa — afirmaba Mussolini —, como el karelianismo, el hungarismo o la Legión de Codreanu del Arcángel San Miguel.» «Nada grande puede lograrse sin un estado de pasión anímica o de misticismo religioso», insistía el Duce en un discurso de 1 de octubre de 1922. El credo de una «Escuela de Mística Fascista» abierta, naturalmente, en Milán, decía: «Creo en un Dios Padre, el Fascismo». También Hitler en su discurso de Nuremberg, el 13 de septiembre de 1935 señaló a sus seguidores que sólo la fe y la creencia ciega les asegurarían el triunfo contra el consejo de la razón.

Se podría objetar que en las sociedades donde el pensamiento y actitudes individualistas se hallaban generalizadas, la creación de un pensar co-

lectivo presentaba la problemática de tener que elaborarlo por medio de manejos e invenciones especiales. Todas las sociedades más antiguas compartían un lenguaje común compuesto de mitos y símbolos que escaseaba o se desconocía en las modernas sociedades de tal forma que tenían que ser reinventados, descubiertos y defendidos de nuevo. De ahí, probablemente, la importancia de la Historia, que ha llegado a ser la teología de nuestro tiempo, el depósito en el que se hurga con el fin de encontrar las tradiciones particulares que puedan encajar con los fines del momento. Hay quien opina que los mitos deben poseer una base real y por esto hay una especie de mito moderno que difiere del antiguo por no ser la expresión de una verdad, idea, por otra parte demasiado profunda para la capacidad de comprensión de las masas, que reúne todas las características de un artificio manejable. Los antiguos mitos habían consistido en parábolas que describían una realidad demasiado confusa y compleja para llegar a ser comprendida por la mayoría; los mitos de nuestros días van en contra de la realidad existente, ignorándola o tergiversándola, con el fin de cambiarla. En otras palabras: de ser una proyección de la verdad, los mitos se han convertido en una flagrante mentira que explota el poder de los símbolos con fines ulteriores.

Encontramos lo primero en la política del moderno nacionalismo y, por consiguiente del fascismo. Pero lo vemos especialmente en el trabajo de Georges Sorel, con la característica conjunción de los extremos, signo predominante en el radicalismo de nuestro tiempo: un marxista que reescribe un nuevo Marx «ad usum delphini», a beneficio de sindicalistas y fascistas. Su revisión abandona las viejas doctrinas de Marx en pos de la conjunción de interés y comprensión en un didactismo oportunista de estampa más moderna. Adam Smith y Ricardo han sido arrinconados: los nuevos profetas serán Maquiavelo y Nietzsche. Para Sorel los mitos eran trucos enérgicos, unificadores y propagandísticos; estaba de acuerdo con Renan de que los hombres nunca admitirían la verdad con buenas razones y que, por tanto, había que proponerles las malas que ellos aceptaban, proponiéndose a ofrecerles lo que él llamaba mitos compuestos, que se movían en un plano aparentemente ilógico e irracional. Sorel argumentaba que este mito era supraintelectual — hoy diríamos no-intelectual —, y que se trataba de un intento de crear ciertas imágenes dinámicas que producirían, como él mismo dijo, «un completo estado épico de la mente y, al mismo tiempo, la unión de sus energías» para un gran esfuerzo común.

Esto, en sí, no era nada nuevo. Ya a finales del siglo XVIII los jacobinos habían logrado una fuerte unidad mediante fantasías parecidas, sin hablar de sus cultos y ritos. A partir de ellos una pléyade de reformadores utópicos como Saint-Simon y Auguste Compte, crearon, para las sociedades y sistemas de gobierno inventados por ellos, unas religiones modelo. Pero habían buscado esos mitos con el único fin de expresar o celebrar lo que ellos

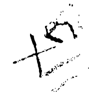
consideraban una realidad, ya fuera la Virtud, la Madre Patria o la ascensión de la Humanidad hacia la Luz. Los seguidores de estos idealistas conservaron a modo de reliquia lo que sus creadores vieron como verdades universales, aunque Sorel no supiese lo que era la verdad. En sus Reflexiones sobre la Violencia, *cuya publicación en 1906 significó el punto de partida para toda la obra posterior de tono similar, decía que quería operar como la ciencia moderna, que «no sólo quiere conocer la verdadera naturaleza de las cosas y sus propiedades sino las relaciones de ellas con otras y usarlas para fines prácticos». Su teoría sería puramente pragmática, algo que, según dijo, «debe ser juzgado como medio de acción del presente», un medio como los usados en política, no como en religión, o sea, no como proyección a un fin; tampoco debe ser real como lo son los mitos y fantasías para los creyentes por ser parte de una realidad más elevada, no apocalípticos sino puramente instrumentales.*

Este era el auténtico pensamiento político de una edad relativista que no creía en principios esenciales por haberlos visto derrumbarse uno tras otro, sino en la energía, la fuerza y las pasiones irreflexivas, elementos constantes y motor de la acción humana.

Estas eran las fuerzas vitales que la nueva política y los políticos querían poner en marcha, sin tener en cuenta los medios que pudieran servir a su propósito. Lo hicieron deliberadamente, inventando el mito de la huelga general, atizando el orgullo y los odios de las facciones grandes y pequeñas, reviviendo pasados derechos y grandezas verdaderas o falsas, explotando toda clase de resentimientos y dirigiéndolos contra supuestas coaliciones que intentaban destruir la sociedad vinieran de fuera o de dentro del país. Sorel no fue un caso aislado. Contemporáneo suyo, Wilfredo Pareto hizo en Italia un análisis similar de las fuerzas políticas y sociales; en Francia, Maurice Barrès era especialista en el manejo de toda clase de fuerzas simbólicas; el «Politics of Cultural Despair» (1962), de Fritz Stern, nos relata el desarrollo del proceso comunista en Alemania como consecuencia de las opiniones de Langbehn y Lagarde; en Inglaterra, menos inclinada a la teoría, se reflejaban situaciones similares en hombres como Rhodes, Kipling y Joseph Chamberlain. Sin embargo, lo más notable era que todos ellos consideraban sus malabarísticas invenciones como medios propicios para la consecución de un fin más alto, que podía significar la purificación y renacimiento de una clase, nación o «raza», una empresa a realizar, una tarea selecta o un destino que cumplir.

De este modo, nos encontramos con la curiosa paradoja de que los mitos renacidos en el oeste de Europa reemplazaron a otros más elevados que, a su vez, habían sido hasta entonces una especie de creencia religiosa. Pero «creencia», ¡no invención! La nación, la clase, el partido o la raza, se veían como una realidad muy similar a la del Dios del Antiguo Testamento, no como una noción filosófica, concepto abstracto o alegoría moral, sino como

un poder real y terrible que se manifestaba en forma de actos violentos y catastróficos como la guerra, las huelgas o la revolución. La naturaleza numérica de la nación es algo muy diferente a una mera colección de votantes resignados que salen a depositar sus papeletas en las urnas, es un misterio. Y ante el misterio de la nación, como ante el de Dios, el hombre es insignificante, tan sólo una criatura de la entidad superior en función de la cual ella existe. La nación es la depositaria de la fuerza fundamental, fuerza de la que los miembros de la sociedad extraen su vida, una fuerza que recuerda el «maná» melanesio, este maná tenía que ser implorado para la posibilidad de salvación de la sociedad; tenía que ser extraído de los abismos en los que yacía olvidado y latente, mientras que la sociedad, desarraigada de sus fuentes de vida y energía, se debilitaba y decaía paulatinamente. Normalmente los nacionalistas unen este maná impersonal con la visión animista de aquello que algunas sociedades primitivas conocen muy bien, la terre des morts, *un mundo poblado y animado por espíritus ancestrales y tradiciones no menos ancestrales. Con esta síntesis crean una religión en la que el maná y los antepasados son la fuente de energía social para un renacimiento nacional, una reforma y la propia afirmación.*



En un mundo donde la identidad y el propósito común parecen faltar, donde los antiguos hábitos y creencias se desintegran, la llamada a los orígenes ancestrales es una reacción natural, una vuelta infantil a la autoridad paterna para obtener seguridad. En las minas de las tradiciones — piensa el nacionalista — está la profunda y última realidad. Los nacionalistas siempre diferencian el «pays légal» — instituciones existentes y orden constitucional — con el «pays réel», la verdadera y profunda entidad, la idea platónica de acuerdo con la cual quieren reformar la sociedad. La idea de un resurgimiento «nacional» o «nacionalista» es interesante, porque sugiere, más que la realidad del mundo político cotidiano, una esfera mágica. En efecto, el nacionalista es un resurgidor en el primitivo sentido de la palabra, según el cual un cuerpo enfermo y corrupto debe ser llevado a la perfección sumergiéndolo en el mundo y en su verdadera naturaleza.

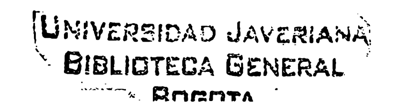
Los sacerdotes y magos de los pueblos primitivos sanan a los enfermos mediante ceremonias en las que, con una muerte y resurrección figurada, los purifican y fortalecen, técnica empleada también para muchos otros propósitos. Para los nacionalistas, la nación es un organismo vivo que, si no es susceptible de arreglo a semejanza de una máquina, debe revivir y sanar por la mágica llamada a las raíces de la vida misma y no de la sociedad actual. Las frecuentes referencias a la energía en el vocabulario nacionalista, deben ser consideradas como encantamientos e invocaciones a lo profundo de la fuerza vital cuyo renacimiento puede sanar heridas y solventar problemas demasiado serios para un intento meramente empírico.

Así, pues, el nacionalista sería en la actualidad una especie de médico-hechicero, y es de esperar que actúe como tal. En sus estudios históricos,

que versan sobre la semejanza entre las religiones, Mircea Eliade nos dice que el «shaman» —sacerdote hechicero de numerosas tribus primitivas—, usa métodos específicos para anular la condición humana del momento, sanando a un hombre trastornado que vuelve a su estado original, íntegro y puro. Las técnicas del «shaman» varían, pero siempre incluye una invocación a los espíritus mediante tambores o danzas, con el fin de preparar su viaje místico al más allá y así poder sumirse en un trance, real o fingido, con objeto de cumplir su misión de curandero o sanador de almas. Naturalmente, Eliade habla de las religiones primitivas, pero nadie puede olvidar las coincidencias entre las técnicas del «shaman» y las de los líderes populares del presente siglo, en especial los fascistas de las décadas más recientes. Ellos también llaman en su auxilio a los espíritus de la tierra y a los de los muertos, también usan una Stimmungsmusik hecha de tambores y marchas militares, también se sumen, con los que los escuchan, en un trance, figurado o real y, finalmente, también se convierten en los guías de almas. Estas referencias, palabra por palabra, se encuentran en los últimos escritos de Barrès o Degrelle, sin mencionar a Hitler que frecuentemente fue conceptuado como un poseso que se sumía en trance y que nunca había dudado de sus poderes de medium. No puede ser mera coincidencia la etimología de la palabra fascismo y, así, de la palabra latina fascinum (encanto, brujería), se deriva fascia (haz, manada); además, el símbolo atadura es frecuente en brujería y en religión, vocablo que concuerda con la etimología de la palabra latina ligare (atar, encantar).

El profesor Eliade nos dice que, cuando el «shaman» ha entrado en el estado místico de trance, la resistencia de las cosas desaparece y las dificultades se borran; algo de esto debía saber el apóstol Pablo cuando decía que la fe mueve montañas. Pero añade, y esto es muy interesante, que el conflicto social y los sentimientos de culpabilidad también desaparecen y se cumplen los más extraordinarios deseos y esperanzas, y, así, el ser humano se acerca a Dios en el poder, convirtiéndose, prácticamente, en otro dios. Aplicando dicha idea al terreno de la experiencia, diremos que el ser humano poseído se siente dotado de fuerzas sobrehumanas. Se puede objetar que esto no corresponde exactamente con la magia fascista, ya que ésta no obra como los «shamanes», sino que lo hace con el fin inmediato de persuadir a un hombre, a un grupo e incluso a una sociedad entera (1), para convencerles de que son prácticamente invulnerables si borran la conciencia de

(1) Véase *Fascism for Whom?*, de Ascoli y Feiler (Nueva York, 1938), pág. 63: «En un aspecto estaban en contra del orden económico porque éste podía sujetar a los individuos y a las familias a su *status* con poca o ninguna esperanza de redención, de limitación o revolución. Estaban en contra de ello porque este orden estaba basado en la dura realidad del proceso productivo. Anulando esta realidad se sienten libres.» Y en la pág. 84: «El fascismo, en su concepción italiana, es un intento de escapar a las fuerzas económicas de presión...».



delito y conflicto social, y situándolos «más allá del bien y del mal», de modo que nada los pueda aplastar o corromper; de lo cual se deriva, entre otras cosas, que les son permitidos todos los excesos y ultrajes.

Se podría añadir que la importancia del uniforme, que parece ser parte integrante de todo movimiento fascista, se debe a que representa un papel en el plano de la magia. Del mismo modo que las máscaras de dioses o diablos entre los pueblos primitivos hacen que sus portadores se sientan buenos o malos, también en este sentido el uniforme, que es la máscara del Caballero, Guerrero, Hombre de Honor y Poder, señala que su portador no está sujeto a las leyes de la sociedad civil, sino que responde a otras de más alto grado y a diferentes requerimientos. Quien lo viste, como el hombre primitivo que se cubre con una máscara de dios, es irresponsable en un sentido especial, y tanto el clérigo de la Edad Media como el soldado actual no pueden ser llevados ante un tribunal civil del tipo que sea, porque son sólo responsables ante otro tribunal y ante otros poderes más altos. En este sentido el uniforme es un gran instrumento igualador, porque, aparte de la jerarquía, sus portadores se sienten identificados entre sí y distintos a los no iniciados. Una vez puesto, quedan abolidas las diferencias «artificiales», económicas y de superficie. Pero, del mismo modo que es un instrumento altamente igualador, también es extremadamente separatista, puesto que divide marginalmente a los componentes del grupo de los no iniciados todavía.

No es necesario insistir sobre estas analogías, que no son accidentales, ni debe parecer exagerado tratar de los uniformes, que no son simplemente atavíos nacionalistas o fascistas, sino que ejercen una función compensatoria con una pequeña parte de mitología y de magia en sociedades donde la experiencia colectiva de cualquier clase ha ido decayendo y hubo necesariamente que restaurarla. Las ceremonias fascistas y las nazis aparecen como «resurgidoras» y con ritos encaminados a restaurar energías, como las misas negras que a finales del siglo XIX experimentaron un sorprendente resurgimiento por idénticas razones: cuando decae la magia de la religión tradicional, que satisfacía profundas necesidades sicológicas, surge la magia negra para sustituirla. Deliberadamente o no, la magia y los mitos fueron movilizados para llenar el vacío dejado por las insatisfacciones del ritual tradicional y sus sustitutos racionalistas. Lo que intriga es que aun cuando el mismo Mussolini nos decía que su actitud era meramente oportunista y Hitler ensalzaba la mentira propagandística, es difícil saber si el mito era su esclavo o su dueño.

Un mito racial o imperial fomentado como arma de lucha en pos del poder, puede muy bien llegar a dominarlo todo, cayendo el partido y sus jefes en sus mismas redes y llevando sus acciones más lejos de lo conveniente en el cumplimiento del papel que les ha sido asignado para alcanzar su místico destino, en una extraña carrera hacia la ruina que llega a tener más

importancia que los fines e intereses más inmediatos, aunque acabe en un Götterdämmerung.

En este sentido el líder radical ya no es fascista, no es más que un poseso servidor del mito que, por su cuenta y riesgo, utiliza este mito al igual que hacen los brujos. Es también un poeta al modo de la antigua Grecia, donde la poesía era literalmente un instrumento de persuasión cargado de presunciones: «El arte, para el poeta —dice Platón— es luz, impulso y felicidad, y no es capaz de versificar mientras no se halle inspirado, fuera de su estado mental e incapaz de razonar. Mientras no llega a ese trance, ningún hombre es capaz de versificar o vaticinar».

Vemos que todo esto es cierto si recordamos que los poetas estaban excluidos de la República de Platón. Eran falaces, y por lo tanto, su influencia se revelaba socialmente subversiva: «Despójese a las palabras del poeta de su lírico colorido y se verá cómo pasan a ser mera prosa. Es como una cara que nunca fue atractiva, una vez perdida la frescura de la juventud».

INGLATERRA

J. R. JONES

En Inglaterra, debido al poder de las fuerzas conservadoras, el término Derecha se aplicó indiscriminadamente a los grupos insertos en el partido Tory. Aquellos que desertaron del partido o se organizaron separadamente, aunque ideológicamente interesantes a causa de su parecido con los movimientos de otros países, tuvieron poca influencia práctica o efectiva. En Inglaterra, la continuidad de las instituciones, la gradual y pacífica evolución de la sociedad y la ausencia de repentinas catástrofes económicas o derrotas a mano de enemigos extranjeros, son otras tantas facetas que contribuyen a explicar el hecho de que las ideas y movimientos extremistas hayan merecido, comparativamente hablando, menos atención y apoyo. La tarea de la Derecha no ha sido formular nuevos principios o desarrollar nuevos sistemas políticos, sino intentar asegurar que el partido Tory siguiera y practicara lo que había heredado del pasado y que sus jefes, sin embargo, tendían a descuidar u omitir.

La continuidad del conservadurismo inglés ha sido, no obstante, frecuentemente exagerada, y ha dado como resultado una ecuación errónea entre la Derecha inglesa y la simple reacción, disfrazando la existencia de una Derecha radical, la cual, aun debiendo poco a los movimientos europeos contemporáneos, poseyó en ocasiones considerable e incluso decisiva influencia, especialmente en los acontecimientos revolucionarios de los años anteriores a 1914 y en 1926, año de la huelga general. Esta aparente fuerza masiva y la predominante importancia del conservadurismo en los últimos sesenta y cinco años, han inducido a los historiadores a no reparar en el hecho de que durante largos períodos de estos años la mayoría de los conservadores se sentían irrevocablemente a la defensiva, abocados no sólo a la justa derrota electoral, sino incluso sentenciados a convertirse en una permanente y tímida minoría, cada vez con menos influencia en la opinión y en la vida de la nación. En tal situación los reaccionarios no podían aportar ninguna solución efectiva; le concernía al ala izquierda de los conservadores radicales exponer, no la necesidad de un obstinado apego a los viejos principios, sino la de vigorizarlos, revisarlos y adaptarlos a las nuevas cir-

cunstancias con que se enfrentaban la nación y al partido. La Derecha, de acuerdo con la sección realista del partido, adoptó una postura política clara: había que vivir no de cara al pasado sino en el presente y mirando hacia el futuro. Sus miembros, acuciados por la necesidad, abandonaron los tonos enfáticos por los términos positivos y la política constructiva, de acuerdo con los intereses de la nación. Lo que, unido a la antigua y característica belicosidad del partido Tory, tuvo como consecuencia el que la Derecha se enzarzara en una continua y agresiva ofensiva contra las fuerzas del radicalismo y del socialismo. Este estado de cosas alcanzó su punto álgido a comienzos de siglo, en especial en los años siguientes a 1903, cuando creció la decepción de los dirigentes del partido Tory ante su fracaso. Fue entonces cuando se realizó un enérgico esfuerzo por reafirmar y restaurar los principios conservadores a fin de desarrollarlos en una política práctica y constructiva. Este movimiento de insatisfacción será el punto de partida para el presente estudio de las Derechas inglesas.

Los principios conservadores, originariamente formulados por Bolingbroke y Burke, fueron reestructurados en el siglo XIX por sir Robert Peel y Benjamin Disraeli. Pero ninguno de estos líderes actuaba como jefe único en el partido, ni en vida, ni más tarde a título póstumo. Puede decirse que legaron unas tradiciones políticas divergentes; puede establecerse, efectivamente, que en cada generación — siempre que ello sea posible — el partido Tory ha de elegir entre un Peel o un Disraeli. La tradición de Peel, con su pasión por la justicia y la rectitud marcó su impronta en una sana administración, en la responsabilidad que rigió siempre sus actos, tanto en la oposición como en el poder, y en la rápida aceptación de reformas constructivas aún cuando no provinieran de su propio partido. Los enemigos de la política de Peel le acusaban de una actitud altamente intransigente, de aversión a los crudos y ásperos manejos de la política diaria y de una timidez que se resolvía en sucesivas renuncias ante las presiones externas y que encubría la traición a los principios conservadores y a los intereses del partido.

Disraeli era muy distinto de Peel. Se trataba, en realidad, de un líder del partido que gozaba metiéndose de lleno en la lucha política. Personificación de la valentía y tenacidad del político nato, sabía llevar inflexiblemente la pelea hasta el campo enemigo. Era, además, un Tory de amplia visión política, que, mediante una interpretación de los principios en función de la época y la puesta en práctica de una política comprensiva, estaba capacitado para adueñarse de las voluntades de toda una generación y movilizar las masas en favor del partido. A diferencia de Peel, sabía que para llegar a ser hombre de Estado tenía que convertirse primero en líder del partido; por otra parte, muchos conservadores, especialmente los Cecils, desconfiaban de él a causa de haber sido al principio un intrigante y un oportunista de tácticas poco escrupulosas, que trataba de ocultar su inmo-

ralidad y esterilidad políticas con grandilocuentes y huecos tópicos sobre el imperio, la constitución y la condición del pueblo.

Aunque las divisiones entre las filas Tory nunca fueron tan hondas como entre sus contrarios, en los años que siguieron al 1900 pareció que muchos conservadores estaban seriamente divididos por los defectos y diferencias heredados de Peel y Disraeli, herencia de la cual no obtenían ningún beneficio a cambio. Bajo Balfour sus líderes, a causa de su pesimismo y alejamiento del partido, se aproximaban al tremendo derrotismo de Peel. Carecían de un arte de gobernar constructivo y creador, mostrándose letárgicos, ineficaces y lentos, alejados de las realidades nacionales y de sus propios postulados; carecían igualmente de espíritu de iniciativa y desdeñaban — tanto como la echaban en falta — toda forma de crítica. Arthur James Balfour y sus principales seguidores parecían llevar a cabo una acción defensiva, no sólo contra sus oponentes parlamentarios, sino también contra las fuerzas subversivas que se alzaban procedentes del radicalismo y del socialismo.

Estos dirigentes del partido Tory no tuvieron la suficiente previsión y combatividad para asir a la reacción y torcerle el rumbo; no poseían el más mínimo sentido de la estrategia sino tan sólo una confianza fútil en soluciones de corto alcance. Por otra parte, estos hombres — «mandarines» según un dicho contemporáneo —, se mostraban tercos en ceder el paso a otros, formando un grupo exclusivo que rechazaba a los intrusos, aunque ellos mismos no fueran más que unos arrivistas procedentes de una nueva clase social que había irrumpido en la aparentemente inexpugnable y estratificada clase alta de la Inglaterra victoriana, aislados de la sociedad e ignorantes de que las verdaderas bases de la vida inglesa — estabilidad, prosperidad y seguridad — estaban siendo sacudidas por acontecimientos externos e internos. Balfour, sobrino del entonces primer ministro, tercer marqués de Salisbury, no era más que un aficionado, engreído de su posición preeminente, un filósofo, no un hombre de partido; a pesar de ser un hábil parlamentario, no sentía ninguna comprensión ni simpatía por el pueblo o por el partido Tory, pagándole uno y otro con la misma moneda. Fue primer ministro por dos motivos fundamentales: por su cuna y por haber impedido la subida de Joseph Chamberlain, evitando así las disensiones que hubieran aparecido de llegar a ocupar Chamberlain el puesto de primer ministro.

Contrastando con esta actitud, los miembros de la Derecha inglesa se mostraban realistas. Veían certeramente que Balfour conducía el partido al desastre electoral y se acentuaba su temor al observar que aquél desdeñaba los nuevos peligros con que se enfrentaban la nación y el partido conservador. Antes de 1905 presionaron a los líderes para que usaran todo su poder a fin de contrarrestar dichos peligros, y, tras la victoria liberal de 1906, sostuvieron que el poder debía ser recobrado a fin de salvar a la nación y al partido de la política antinacional del gobierno liberal que, según su parecer, produciría la destrucción del imperio. Los viejos líderes y los tradi-

cionalistas se contentaban con seguir el juego de partidos, tratando al gobierno liberal como si éste fuera responsable y respetable, pero la Derecha haría hincapié en la necesidad de su destrucción antes de que llevara a la nación al desastre.

La Derecha se preciaba de tener clara visión de las necesidades de la nación y pensaba que las soluciones que proponía constituían una política comprensiva, coherente y constructiva. Por el contrario, los tradicionalistas se veían acusados de no comprender tales medidas necesarias y de estar faltos de la necesaria decisión para establecer su pronta implantación. Los miembros de la Derecha, incluido un importante porcentaje de jóvenes hombres de negocios, veían cómo la economía empeoraba continuamente a causa del desempleo crónico y masivo, del estancamiento industrial y de la pérdida de mercados. A menos que todo esto fuera remediado, no era posible vislumbrar la solución de los muchos y espantosos problemas sociales existentes, tales como la pobreza, las enfermedades, la escasez de medios, un campo en decadencia y la constante emigración, factores todos que minaban la fortaleza y vigor de la «raza». Las colonias independientes, a pesar de sus servicios en la guerra sudafricana, se separaban de Gran Bretaña; en caso de que no se pusiese freno a esto, se desintegraría el imperio en muy poco tiempo y sobrevendrían desastrosas consecuencias — como la que ya representaba, después de un siglo de tranquilidad, el desarrollo y poderío de Alemania, principalmente en el mar —. La defensa militar y naval debían merecer mucha más atención que en el pasado, pero, debido a la pereza mental y a la complacencia de la mayoría de los ingleses, no había sido así y ahora estaban en peligro la independencia de la nación.

En el interior, el enemigo era más conocido pero no menos formidable que en el pasado reciente, personificado en los elementos «separatistas», que la Derecha denunciaba como antinacionales. Se trataba de los radicales y socialistas, que predicaban la guerra de clases para obtener ventajas políticas, los nacionalistas irlandeses y sus cómplices, ayudados por el dinero americano, que deseaban la desintegración del Reino Unido, y la influencia manifiesta de los plutócratas y sus aliados, a los que se acusaba de llevar la corrupción al ambiente político. Los observadores derechistas denunciaban el auge del cinismo y la indiferencia religiosa, la rigidez e intransigencia de obreros y sindicalistas, la histeria de las sufragistas y la apatía y ostentosa semitolerancia de las clases altas como único testimonio ante el malestar nacional. Pero algo era aún más alarmante: la falta de reacción popular a las llamadas de la experiencia procedentes de los periodistas y oradores. La mayor parte de la gente ignoraba los hechos evidentes: la incompetencia militar en Sudáfrica, el desafío naval de Alemania, la pérdida de los mercados alemanes y estadounidenses de exportación y — lo que se obstinaban en no ver — el perjuicio ocasionado a la economía por las huelgas.

En el desarrollo de su política tendente a resolver los problemas nacionales y organizar de nuevo la nación, la Derecha se vio inspirada más por políticos que por filósofos o idealistas, siendo elegidos Joseph Chamberlain y lord Alfred Milner como guías y jefes. Chamberlain y Milner diferían aparentemente, pero sus tareas se complementaban. Chamberlain, que había sido fabricante y alcalde de Birmingham, así como unitario, durante su mandato acabó por transformar el aspecto de la política inglesa en radical avanzada. Confiando en la creación de una política radical avanzada, desde 1870 a 1880 abogó por un completo cambio y la implantación de reformas sociales, antes de romper con los liberales a causa de la «Irish Home Rule». Como líder de los liberales unionistas apoyó a los tories, y como secretario de las Colonias, desde 1895, inició una apertura política colonial, principalmente en el oeste de Sudáfrica.

Milner pertenecía a otro grupo del que proceden normalmente los miembros de las clases dirigentes inglesas, la aristocracia intelectual. Hijo de un pobre médico irlandés, emigrado a Alemania, destacó por su extremada inteligencia. Educado en el Balliol College de Oxford, de donde salían los mejores talentos del país, sirvió como comisario en Egipto, en el servicio civil de su patria, y como alto comisario en Sudáfrica durante los años críticos de la guerra anglo-bóer, desde sus comienzos hasta después de finalizada. De los dos, Chamberlain y Milner, hombres ambos de intensa pero estrecha visión, el segundo estuvo dominado toda su vida por la idea del imperialismo, mientras que aquél, aunque se ha de reconocer que creó y desarrolló varias empresas importantes, sólo se ocupaba de una sola a la vez y, al emprender una nueva, la anterior perdía todo interés para él. Así acometió al principio empresas civiles y de mejoras urbanas, la organización del partido, las reformas sociales y la corrección de injusticias. Cuando se opuso a la Home Rule, todas las reformas anteriores fueron completamente olvidadas y durante su trabajo en la Sección Colonial permitió incluso que su partido, el Liberal Unionista, decayera casi por completo. Finalmente, en la última fase de su carrera activa se vio absorbido por la cuestión de la Imperial Preference y la reforma de tarifas.

Las teorías de Chamberlain y Milner estaban más de acuerdo con la opinión general y respondían más a términos concretos que a un acuerdo en principios generales teóricos. Como gran número de los políticos ingleses de la Derecha, eran empíricos y pragmáticos; algunos no tenían noción de los movimientos desarrollados en Europa, especialmente en Francia, y sólo unos pocos leían los trabajos de ideólogos contemporáneos como Maurras, Barrés y Enrico Corradini, pero la mayor parte de los más conocidos e inteligentes eran manifiestamente insulares. La Derecha estaba guiada e inspirada por Chamberlain y Milner, cuyos discursos eran ampliamente difundidos por la prensa y comentados en toda su extensión por revistas semanales y mensuales de la máxima influencia. Los objetivos de las Derechas

eran prácticos e inmediatos, y estaban formulados por políticos activos, periodistas laboriosos y administradores, no por intelectuales ni filósofos. Lo primero que deseaban conseguir sus miembros, animados por la esperanza de un éxito inmediato y ante su proyecto de reconquistar la victoria, era la transformación del partido Tory y de la nación. La nueva Derecha experimentó vigoroso incremento. Alrededor de 1914, cuando la situación alcanzó el punto de máxima tensión, la Derecha poseía más cohesión y fuerza que nunca, en medio de la mayor crisis política de la historia moderna de Inglaterra.

El nombre de Joseph Chamberlain se halla asociado a sus campañas de la Imperial Preference y de la reforma de tarifas, y el de Milner al imperialismo, principalmente en Sudáfrica, pero sería arbitrario hacer una marcada distinción entre los dos. Ambos hombres y sus actos se haballan directa, notoria y perfectamente conectados. Es significativo que Chamberlain, en una discusión con Milner en Johanesburg, expusiese claramente la necesidad de la Imperial Preference como forma más adecuada para alcanzar la unidad imperial. Ambos creían que sus respectivas políticas dependían una de otra y que los aspectos políticos, económicos, sociales y de defensa eran parte de una empresa unitaria.

El significado de la palabra imperialismo ha cambiado tanto desde los tiempos de Milner que necesita atención especial si se quieren comprender sus principios e intenciones. Por lo que se refiere a Milner, sería más exacta la calificación de nacionalismo, característica principal de las Derechas europeas, pero a primera vista resulta un término bastante difícil de aplicar a la política inglesa. El imperialismo — para Milner y la Derecha — no significaba una política de agresión ni la posibilidad de cubrir el mapa de rojo, color inglés de aquellos días. «Expansión limitada pero tenacidad ilimitada», según una frase del propio Milner. Hay que tener en cuenta que el imperialismo de Derecha, como se dice hoy, no se interesaba única y especialmente por las recién adquiridas colonias tropicales, Egipto o la India. El objetivo principal de Milner era el desarrollo y plena influencia de la «raza» inglesa, palabra que él interpretaba en su más amplio sentido. No hablaba de la raza en su sentido étnico sino que generosamente incluía a los demás habitantes de las islas británicas en su definición de inglés. No se refería a sangre o patria; lo que él apreciaba eran las especiales características del inglés que lo hacían apto para su singular misión, en las que incluía el idioma, la herencia espiritual, las tradiciones de libertad, tolerancia, respeto a la propia independencia, el poder de asimilación pacífica, el sentido del deber y el espíritu de sacrificio. Podría decirse haciendo un paréntesis que estas características eran paralelas a la tradición alemana o prusiana con la que Milner estaba y está asociado muy a menudo. Por encima de todo, ha-

blaba de la misión de la raza inglesa. Así, escribió: «Es cuestión de preservar la unidad de nuestra gran raza para desarrollarse libremente y continuar su especial misión en el mundo, capacitada por el mantenimiento de dicha unidad».

La misión consistía en la construcción, consolidación y desarrollo de un imperio, tarea para la que los ingleses eran los mejor preparados. Cualquier cosa que concerniese a la nación, desde la reforma de la armada hasta la labor interior de mejorar la salud pública, la consideraba parte de su política de imperialismo. Toda persona o cosa —como Paul Kruger con sus calculadas afrentas a los súbditos ingleses en el Transvaal— que obstruyera el desarrollo imperial, era un enemigo. Liberal de origen, Milner opinó, después de la presentación por Gladstone de la propuesta de ley de la Home Rule, que sólo pasándose a los tories podía realizar plenamente su trabajo, pues aunque fuesen estúpidos, mentalmente torpes y llenos de prejuicios, eran esencialmente patriotas e imbuidos de la idea de servir a la comunidad y empíricos en su política, no doctrinarios o dogmáticos.

Según el punto de vista de Milner, los dos mayores peligros para el imperio se encontraban dentro del país. El primero era el dogmatismo liberal, cuyas consecuencias había sufrido en Egipto y Sudáfrica. Los teóricos liberales propugnaban su política sin conocimiento alguno de las condiciones reales y sin prever las consecuencias de sus propuestas. A la mayoría de éstos los despreciaba como sentimentales e incapaces de encararse con las realidades, y la tarea de educarlos chocaba con su obstinada negativa en admitir que estaban equivocados. Los doctrinarios liberales estaban siempre dispuestos a sacrificar a sus amigos si con ello conseguían vencer a los enemigos, aserción repetida por las Derechas en las recientes controversias sobre Katanga y África Central.

El segundo era todavía más peligroso, porque venía de una fundamental debilidad de la Constitución. El sistema político que Milner llamaba el juego de partidos lo sumía en el desespero. Las discusiones de estos partidos sobre consideraciones electorales inmediatas, los estrechos horizontes de una política de servidumbre y su tendencia al compromiso, su temor y envidia a los grandes hombres acompañado del propósito de restringir sus actividades, su desconfianza ante el especialista en materia política, las molestias continuas en el Parlamento con cuestiones locales e insignificantes, todas estas cosas hacían que Milner se preguntara cómo había podido llegar a crearse el imperio. Dudaba de que lograse sobrevivir bajo tal sistema y con tal cúmulo de crecientes amenazas y creía que ninguno de los problemas con los que se enfrentaba Inglaterra podían ser resueltos con el sistema de partidos, pero ningún político quería admitir que tenía que situarse por encima de los intereses del partido; Milner perdió por completo su simpatía hacia ellos y cuando regresó de Sudáfrica, prácticamente les volvió la espalda. Escribió: «Reconozco que no se puede nadar contra la corriente de una opi-

nión corrompida, pero voy a intentarlo». No era político ni tenía intención de llegar a serlo.

Sólo había un campo en el que Milner se sintiera dispuesto a actuar: el campo del conjunto político-imperial. Su remedio para los defectos del sistema de partidos, de las estrecheces y de lo que él llamaba «la podrida asamblea de Westminster», era la unión imperial. En sus años jóvenes había apoyado una evolución gradual, pero abogaba por una rápida y completa Constitución imperial, con un consejo ejecutivo para dirigir el «mundo de los negocios», o sea, política exterior, defensa, comunicaciones y comercio. Sólo de esta forma se podría capacitar las fuerzas vitales para situarlas encima de las meras consideraciones de partido; debería tratarse de una «unión orgánica permanente» o sobrevendría la desintegración. Un aspecto del ideal de Milner merece explicarse. Se puede establecer un paralelismo entre el imperialismo y el raj, o gobierno de la India y colonias: «la carga del hombre blanco». Ciertamente, Milner era el más capacitado para realizar esta política, como puede verse en su estudio *Inglaterra en Egipto*, pero no es cierto que ignorase a las colonias con gobierno autónomo ni que éstas desagradasen a la Derecha porque su política económica y social era de tono radical (1). En el reverso de la medalla, Milner subestimaba las dificultades y creía que se podía construir la unión sobre la base de un amplio patriotismo imperial, sin pensar que era una utopía inalcanzable. ¿No había creado la última generación de canadienses una nación después de la confederación? Más notable fue aún el establecimiento de la confederación de Australia en 1900. Había posibilidades de alentar un amplio patriotismo imperial, pero los dos ejemplos anteriores demostraban que no había tiempo que perder: si las colonias seguían desatendidas y sus intereses descuidados, era de esperar que su desarrollo local nacionalista se opondría al patriotismo imperial. Generalmente, Milner y la Derecha nunca apreciaron en toda su extensión el disgusto de los gobiernos coloniales (especialmente el canadiense) por verse envueltos en la política imperial o en compromisos de cualquier clase. Los miembros de la Derecha aplaudían al gobierno canadiense por ofrecer reciprocidad, pero sin comprender de lleno las condiciones. Otras veces admiraban aspectos de la política australiana, por ejemplo, al establecer el servicio militar obligatorio.

Milner también subestimó la dificultad de crear un sentimiento de pa-

(1) Véase, por ejemplo, *The Imperial Idea and its Enemies*, de A. P. Thornton (1959), pág. 46; los discursos de la Derecha *tory* en *Hansard* y artículos en muchas revistas, como la *National revue* (particularmente en tiempos de las conferencias coloniales del primer ministro), que impugnarán su afirmación de que «el verdadero imperialista se enorgulleció más de la conquista de la India que de la paz conseguida por la política británica en África... e incluso pudo animar el éxito del gobierno colonial independiente y considerarlo como una gloria».

triotismo imperial en Inglaterra y, en realidad, nunca concretó cómo podía hacerse, pero, al apartarse de los partidos políticos, renunció él mismo a cualquier influencia directa o de líder. Durante la gravísima guerra de Sudáfrica, escribió acerca de lo grande que sería, aun cuando durase poco tiempo, que «el líder de un pueblo posea su confianza ilimitada»; pero, al rehusar las invitaciones para formar parte de algún partido político activo, apartaba conscientemente el único medio con el que hubiera sido posible cumplir su propósito. Este desagrado por los partidos lo transmitió a sus seguidores, que se consideraban a sí mismos como rectores, no como políticos o consejeros influyentes situados detrás de la escena política. Sólo una crisis sacó a Milner de su semirretiro: en 1914 volvió a la vida activa, sustituyendo a Edward Carson en la «Ulster Defence League», y después, en 1916, pasó a ser miembro del «War Cabinet».

Joseph Chamberlain fue el único político que se vio exento de la generalización de Milner de que el sistema de partidos no producía más que mediocridades. A diferencia de Milner, Chamberlain era político hasta la médula de los huesos. Dominaba y ensombrecía de tal modo a sus colegas y oponentes que nos vemos obligados a realizar un esfuerzo de imaginación para comprender su importancia e influencia a principios de siglo. Poseía valor, experiencia y energía; una vez que se había propuesto hacer algo lo emprendía con determinación y sagacidad y si era necesario, cosa que ocurría con frecuencia, empleaba métodos totalmente faltos de escrúpulos; pero, a pesar de ser un político experto y profesional, carecía de amplia visión política.

Poseía casi todas las cualidades necesarias en un líder, pero éstas resultaban peligrosas, ya que provocaban el odio concentrado de sus enemigos — perpetuado en la hostilidad de gran número de historiadores liberales — y molestaban a muchos de sus colegas nominales. Además, los tradicionalistas temían las consecuencias prácticas de su energía ilimitada junto con las dificultades y complicaciones de su política dinámica; nunca desecharon del todo la sospecha de que Chamberlain continuase siendo en el fondo el agitador que fue en un principio. Muchos lo consideraban un autodidacta o un político oportunista. Un resentimiento muy humano y natural se había apoderado de muchos colegas que se vieron obligados a vivir a su sombra, por ejemplo: los whigs Spencer, Compton (octavo duque de Devonshire), sir Michael Hicks-Beach, e incluso Balfour no estaba exento de este resentimiento.

Un aspecto importante del carácter de Chamberlain era el no provocar un sentimiento de afecto hacia él. Salisbury dijo en una ocasión que «nadie estimaba a Joe», y era cierto. Chamberlain poseía una impenetrable y profunda arrogancia, la soberbia y seguridad en sí mismo se combinaban con su sentido de la infabilidad y un real y profundo desdén por las opiniones y sentimientos de los demás, incluyendo, desgraciadamente, a los políticos

jóvenes y aun oscuros. En la tribuna, como orador, su figura resultaba atractiva, pero en privado su dura personalidad le hacía aparecer más bien repulsivo. Por tanto, su atractivo para la joven generación era intelectual más que personal, y permaneció en su puesto largo tiempo, creando con éxito un grupo de discípulos que continuaron su obra cuando, debido a una enfermedad, tuvo que retirarse de la vida política. Este grupo era vario y numeroso: Leopold Stennet Amery, cuyos informes bien cuidados y seriamente argumentados llevaron a los historiadores a sobrevalorar su importancia e influencia, a pesar de verse perjudicada su carrera como consecuencia de su obsesiva y apasionada dedicación a la causa de la unión imperial; hombres como James Louis Garvin, el gran editor del *Observer,* que probablemente poseía más influencia que ningún otro periodista de la historia inglesa; sir Halford Mackinder, el notable geopolítico procedente del liberalismo, y Leopolde James Maxse que como editor de la *National Review* proporcionó a la Derecha durante aquellos años su más efectiva audiencia. Éstos eran los seguidores más importantes de Chamberlain. Su influencia era también considerable en otros que diferían de él, como Stanley Baldwin, futuro primer ministro, y Max Aitken, más tarde lord Beaverbrook, llegado a Inglaterra procedente del Canadá tras la retirada de Chamberlain, y que en 1963 todavía luchaba por la política de éste.

Su campaña en pro de la Imperial Preference y la reforma de tarifas mereció duros juicios como «un acto de coraje político» y «un desafío a la nación», permaneciendo como ejemplo único de iniciativa política personal dentro de la historia moderna de Inglaterra.

Es difícil darse cuenta ahora de la audacia de su ataque a algunas de las ideas y teorías políticas más fuertemente mantenidas y universalmente aceptadas de entonces. La opinión reaccionó duramente ante su desafío a los puntos de vista y prejuicios más firmemente establecidos. Asumió el poder en tiempos de prueba y se encontró con escasa preparación y poca predisposición a creer en él, infringió lo que Milner juzgaba máxima fundamental de la política inglesa, «que era más fácil no hacer nada que probar a hacer algo». Se jugó la carrera en la campaña, exponiéndose a ser mal conceptuado, en especial por sus compañeros de ministerio. Aparte de consideraciones personales que no interesan, los conservadores tradicionalistas desdeñaban las proposiciones de Chamberlain como «materialistas», condenándolas como añagazas dirigidas en provecho de determinados sectores. Sin duda había algo de cierto en ello: Chamberlain dirigió los llamamientos de su política, más que al mundo de las finanzas, a la clase trabajadora, para eliminar en lo posible el fantasma del constante desempleo.

Sus oponentes eran diestros en descubrir las grietas de sus argumentos, pero a pesar de ser poco escrupuloso y convincente en el uso de la economía y de la historia, su propósito era claro: detrás de las consideraciones materiales latía un inspirado ideal que daría a los políticos un sentido de

propósito y dirección. Él y los derechistas a los que inspiró, vieron en la Imperial Preference y en la reforma de tarifas los medios prácticos para lograr una unión imperial y un renacimiento nacional que irían seguidos de grandes beneficios tales como el efectivo sistema de defensa, nueva expansión de la economía y la posibilidad de financiar políticas constructivas de bienestar nacional. Si esta política era rechazada creía que el resultado sería el lento pero progresivo declive del poder, de la prosperidad y de la moral de la nación hasta la total desintegración del Imperio motivada por su propia debilidad o por la ruina total a manos de un poder enemigo.

Cuando Chamberlain tuvo que retirarse de la política activa, su causa fue continuada por la Derecha, sus seguidores, que se consideraban a sí mismos conservadores constructivos. Para ellos, como para Chamberlain, las políticas negativas de resistencia, por ejemplo, la seguida contra la Home Rule, no eran suficientes. La Imperial Preference —como la reforma de tarifas— era la política nacional por excelencia y la que habían estado esperando. Se elevaba por encima de intereses locales y mezquinos; por esto, y por no pertenecer a ninguna clase determinada, se convertía en un asunto nacional. Muchos jóvenes tories estaban preocupados ante el crecimiento de la conciencia de clase y el afán de radicales y socialistas por intensificarlo y explotarlo. Su honradez les forzaba a admitir que las condiciones económicas y sociales eran tales que hacían surgir el descontento entre las clases trabajadoras —el promedio de emigración era muestra de ello— y, por tanto, las reformas eran urgentes y de imperativa necesidad. La Derecha sostenía que las viejas posturas políticas, ya fuese el énfasis tradicionalista en una administración sana o la doctrina del «laissez faire», cuya consecuencia lógica es el librecambio, no podían conducir a ninguna solución real.

Ésta era la diferencia básica entre la Derecha y los moderados tories calificados como tradicionalistas. Estos últimos aceptaban implícitamente la realidad del «laissez faire» mientras que la Derecha imponía ciertos límites y, aún hoy en día, es la distinción más importante entre ella y el partido Tory (1). Los aranceles eran el más claro y relevante ejemplo; por medio de ellos el Estado podría proteger y apoyar los intereses económicos particulares y a la vez los de la comunidad.

Otro ejemplo concerniente a la Derecha en los años anteriores a 1914, fue el servicio militar obligatorio; los intereses del individuo no siempre fueron considerados como causa principal y algunas veces se le recordó

---

(1) Los partidarios del «laissez faire» se habían recuperado siempre de su decadencia con el ingreso de nuevos miembros en el partido Tory, que le daban nuevo vigor —como sucedió en 1886, 1922 y 1931—. En cada ocasión los líderes acogieron con agrado estos refuerzos aun cuando ello significara algún cambio en la política del partido. A causa de esto las Derechas los acusaban de tendencias «colaboracionistas». Hoy día la tendencia del «laissez faire» está representada por el llamado Bow Group.

que tenía obligaciones lo mismo que derechos. Pero, a diferencia de sir Oswald Mosley y los fascistas más tarde, la Derecha insistía en que la acción estatal tiene sus límites. Pocos, en aquel tiempo, eran de la opinión de que el Estado era orgánico y tenía primacía sobre el individuo en toda clase de circunstancias.

La mayoría de sus miembros estuvieron de acuerdo con uno de los líderes, Richard Greville, decimonoveno lord Willoughby de Broke, cuando escribió que «la libertad debe compenetrarse con el progreso social, condición sin la que no podría llevarse a cabo ninguna reforma social», y añadiendo con respecto a Bolingbroke que «el bien del pueblo es el único y verdadero fin del gobierno».

La enfermedad que obligó a Chamberlain a retirarse y la aversión por la política activa que siempre había sentido Milner, dejó a la Derecha sin un solo líder destacado. Por esta razón hubo que aceptar en la jefatura del partido al fracasado, frío y antipático Balfour y más tarde, en 1910, al extremadamente reaccionario conde de Halsbury, que al menos tenía el mérito de ser un luchador en la línea más pura de la tradición tory. También Bonar Law fue un hombre combativo pero nunca llegó a dar al partido la primacía e importancia que había conseguido con Chamberlain. Se tuvo que recurrir a un grupo de jóvenes continuadores y propagadores de su misión y su mensaje; siguieron trabajando por la Imperial Preference, pero fueron eliminados por la avalancha de críticas que hubo a partir de 1909. Intentaron defender sus ambiciosos planes de cara al público, pero su posición era netamente defensiva: salvar a la nación y a la Constitución de lo que ellos llamaban la política deliberadamente destructiva del gobierno liberal.

La conducta de los tories en general y de la Derecha en particular, durante esta crisis, necesita una cuidadosa atención para ser comprendida. La mayoría de los historiadores de aquel período han juzgado la política de entonces de forma tan equívoca que resulta a veces increíble, y encuentran gran dificultad para explicar lo que los tories se proponían (1). No es sorprendente, pues, que en ocasiones hayan dado interpretaciones erróneas, como la de que el partido estaba dividido en dos facciones, los reaccionarios estancados y los moderados. Los reaccionarios guiados por Halsbury se resistían a toda clase de cambio o reforma, pero las Derechas tenían razones positivas e incluso constructivas para oponerse a ellos con su conducta firme, primero con la Imperial Preference y, más tarde, mediante su oposición a la Home Rule.

---

(1) *Inglaterra 1870-1914* (1936), de R. C. K. Ensor, sigue siendo el más autorizado e influyente estudio sobre el tema. Escrito y programado de forma excelente, sus relevantes méritos han hecho creer que es el trabajo de un partidario que participó en los sucesos de 1902-1914. A despecho de sus esfuerzos por ser independiente, su descripción del gobierno de Asquith de 1910 a 1914 muestra su preferencia por él.

Entre los líderes peor valorados y comprendidos de la Derecha, antes de 1914, se encuentra lord Willoughby de Broke. La historia de aquel tiempo lo llama «hombre joven, más conocido en los círculos de cazadores que en los políticos», y otros lo describen como «Willoughby, el cazador de zorros que no cuenta con otras hazañas mentales en su haber» (1). En 1910, a los cuarenta y un años de edad, se podía apreciar que era excelente parlamentario y hábil organizador además de inteligente escritor. Se consideraba a sí mismo como uno de los pocos miembros de la Derecha que apoyaba el voto femenino; guió la lucha contra la «Parliament Act» y organizó la «Ulster Defence League» frente a la Home Rule, pero trabajando también en pos de una política constructiva; logró que el partido tory no sólo alcanzase el poder, sino que lo retuviera, aprovechando las equivocaciones de sus oponentes y explotando sus divisiones; admitía que en el pasado el conservadurismo había estado siempre ligado a la clase privilegiada y que sólo siguiendo una política verdaderamente nacional y demostrando buena disposición para mejorar la suerte del pueblo se podía borrar esta reputación. A pesar de haber colaborado con Halsbury como líder de los pares «estancados» atacando la «Parliament Act» estuvo dispuesto a aceptar una drástica reforma en la Cámara de los Lores. Opinaba que el principio de la nobleza hereditaria era anómalo y estaba decidido a abandonarlo, a fin de permitir que la Cámara Alta desempeñase el papel de una segunda cámara efectiva. Éste era el punto crucial: los poderes, no la composición de los lores. La protección de la Constitución reclamaba una cohesión más fuerte y la tradición no encajaba en ello. Lord Willoughby opinaba que si el torismo sobrevivía debía justificar su existencia. Las clases altas, en vez de abandonar la política a la demagogia, debían ocuparse de dar una guía a la nación. Analizaba los principios fundamentales de lo que llamaba «torismo nacional» — conciencia nacional o imperial, regeneración de la raza —, frase vaga e imprecisa, pero que no significaba racismo en el sentido fascista de la palabra; la subordinación del partido a los intereses nacionales, el fomento de la unión nacional en lugar de la conciencia de clase y el desarrollo general, tanto en materia espiritual e intelectual como material. Los principios de unidad, libertad, justicia, deber, responsabilidad y patriotismo debían, según él, ser inculcados sistemáticamente. Desde su punto de vista, el partido Tory no necesitaba un programa específico, sino una política inteligible y el vigor necesario para convencer al pueblo de que debía ser dirigido.

Intentando implantar estos argumentos, lord Willoughby fundó un grupo «purista», el movimiento «National Reveille» y tomó parte activa en la

(1) Ensor, *op cit.*, pág. 428, y *Mr. Balfour's Poodle*, de Roy Jenkins (1954), página 162.

National Service League. Muchos grupos similares florecieron en ambos partidos en el período anterior a 1914. Su objeto era la promoción de cualquier causa o interés y, aunque algunas veces se enfrentaron ocasionando tropiezos al jefe del partido, no se presentaba ninguna cuestión de disciplina entre sus miembros. Por el contrario, el Laborista recelaba más de los grupos formados dentro del partido, temiendo que pudiesen resultar subversivos dividiendo su unidad y disciplina; de ahí la hostilidad hacia sir Oswald Mosley en 1930-31, y a Aneurin Bevan en los períodos de los años 30 y los 50. Con los tories el peligro de divisiones interiores —los seguidores de Winston Churchill, en los años 30, y los «rebeldes de Suez», en 1956-57—, con posiciones adversas a las directrices del partido, es bastante reciente y producto de la especulación y de la prensa. Existe otra diferencia; antes de 1914, numerosos grupos, entre los que los periodistas tomaron parte activa, usaron la prensa a fin de apoyar sus postulados políticos, y desde 1945, los políticos han servido más que nada de mampara, detrás de la cual operan grupos económicos de presión.

Al igual que lord Willoughby, los otros líderes de la Derecha se consideraban a sí mismos tories constructivos, exponentes prácticos de la política económica e imperial de Chamberlain, cosa que les distinguía de los aventureros y arribistas. Los medios que utilizaban en su campaña política eran los periódicos, panfletos y discursos en público. El «Compatriot's Club», grupo que organizaba cenas con debate, en principio actuaba como principal organizador de estas actividades.

Pero tan pronto como los liberales tomaron la iniciativa, la Derecha se vio relegada en cuestiones políticas de largo alcance, a pesar de que sus miembros, especialmente Amery, se cuidaban de mantener contacto con la opinión colonial y convencer a los estadistas coloniales de que el punto de vista del gobierno y las vacilaciones de los jefes tories no representaban la verdadera opinión pública. La primera y principal ocupación de la Derecha consistía en la transformación del partido Tory, a ser posible mediante la persuasión. Pero ante la intransigente opinión contra el librecambio, algunos de sus más entusiastas partidarios intentaron presionar al resto. Un grupo conocido como los «Confederates» (incluidos Henry Page y Croft) trataron de llevar a los tories partidarios del librecambio fuera de sus circunscripciones, donde habían o debían haber sido elegidos como candidatos; sin embargo, estos manejos forzaron la tolerancia oficial sin haber alcanzado, en realidad, gran cosa, debido a la resistencia local contra las interferencias extrañas en sus asuntos electorales.

Naturalmente, la Derecha pensó que sus dirigentes eran ineficaces y poco combativos. Pero hasta 1909, las diferencias entre la Derecha y los tradicionalistas, a pesar de las continuas disputas sobre la política arancelaria, no fueron demasiado importantes ni irreparables. La confianza de Balfour en los viejos métodos, dependientes en gran parte de la incompetencia

y debilidad de los liberales, parecía estar justificada por los resultados obtenidos: una larga serie de victorias electorales que indicaba, aparentemente, una completa derrota de aquéllos en las próximas elecciones. Cuando David Lloyd George lanzó una sutil contraofensiva con el llamado «presupuesto popular», tanto la Derecha como las otras secciones del partido cayeron en el error de creer que el mencionado presupuesto sería uno más entre los diversos objetivos políticos y que no salvaría a los liberales de la derrota total. Sin embargo, después de las dos elecciones generales de 1910, combatidas y ganadas por el partido liberal mediante la campaña del presupuesto y el voto de los lores, el partido Tory se encontró en un callejón sin salida; fue entonces cuando las Derechas comenzaron a desarrollar su propia política y a crecer en importancia e influencia.

La crisis de la «Parliament Act» y la conducta de la Derecha y de los reaccionarios intentando derrotarla en la Cámara de los Lores y obligando al rey a crear suficientes pares para lograr su aprobación, ha parecido a muchos historiadores una postura inexplicable. Los reaccionarios, como Halsbury, pensaban simplemente que el proyecto de ley estaba moralmente equivocado y que debían resistir sin tener en cuenta las consecuencias; los motivos de la Derecha eran más sutiles: en primer lugar, sus miembros temían que un compromiso con los Lores tuviese consecuencias desastrosas; habían existido en el pasado demasiadas alianzas y la perspectiva de otra menguaba la moral y resolución en las filas tories. Por otra parte, una posición combativa reforzaría la opinión; se requería, ante todo, presencia de ánimo. En segundo lugar, si los lores abandonaban por voluntad propia sus poderes, resultaría muy difícil restaurarlos en un futuro próximo, pero si caían luchando, los tories podrían garantizar que los poderes de los que habían sido despojados por la fuerza serían restaurados. Los reaccionarios y tradicionalistas se estremecieron ante la idea de que fueran atacados los derechos hereditarios, pero a la Derecha le importaban poco tales sutilezas; deseaba una efectiva segunda Cámara que hiciese posible que las cuestiones pasasen a depender del electorado a través de los Comunes, con un sistema electivo aceptable en lugar de los principios hereditarios. Además, los miembros de la Derecha argüían que no se perdería nada obligando al gobierno a crear masivamente nuevos pares, aunque fuesen trescientos o quinientos, cuantos más mejor. Un cambio tal en el carácter de los lores llevaría a un obligado y radical cambio en la Cámara. Anticipándose a lo que evidentemente iba a ocurrir, vieron que una reducción en los poderes de los lores conduciría al establecimiento de un gobierno de una sola Cámara y probablemente representaría un peligro para la Constitución.

Los historiadores han considerado suicida esta postura juzgando que después de la creación en masa de nuevos pares no habría nada que detuviera al gobierno liberal de traspasar cualquier límite, especialmente la Home Rule. Pero la Derecha no hacía caso de estos argumentos. Herbert Henry

Asquith y sus colegas, a quienes las Derechas sostenían incondicionalmente, no deseaban la Home Rule. Sin embargo, no tenían opción, ya que dependían del apoyo irlandés en los Comunes, siendo pocos los liberales, y menos aún los dirigentes (entre los que predominaba el elemento protestante), que mostraban algún entusiasmo. Una vez ennoblecidos, muchos de los nuevos pares liberales votarían contra la Home Rule en número suficiente como para asegurar su derrota o podrían presentar nuevas enmiendas que los nacionalistas irlandeses no aceptarían nunca a causa de la influencia que tenían entre ellos los Sinn Fein y O'Brienite. ¿Se atrevería Asquith a recorrer el país? ¿Podría persuadir al rey para que nombrara más pares sin otra elección? Los tories no dudaban de que obtendrían una amplia victoria en cualquier debate entablado sobre la Home Rule.

Se ha prestado mucha atención a las dificultades, ciertamente numerosas, de la posición tory después de 1910: por ejemplo, no existía la posibilidad de una rápida disolución después de las dos elecciones de 1910, podían demorar pero no derrotar a la Home Rule por medios constitucionales y se encontraban dentro de un proceso de cambio de dirigentes. Los tradicionalistas desconfiaban, pero los militantes derechistas se sentían combativos y llenos de confianza. En su opinión, las grandes y numerosas dificultades del gobierno de Asquith provocarían una fuerte explosión, y si esto se cumplía, los liberales quedarían fuera de combate para una generación, como sucedió después de 1886, de modo que no era cuestión de ningún compromiso, conciliación o conferencia; los dos partidos se hallaban enfrentados y el que vacilase en el choque sería destrozado. La Derecha creía, por experiencia, que aparte de Lloyd George y Churchill, los liberales estaban acobardados. Los riesgos de esta posición eran graves: representaban la derrota o la lucha civil, pero la preferían a un compromiso que sería, de hecho, una derrota disimulada, como sucedió en 1910.

La Derecha justificaba su política de combate, que podía fácilmente perjudicar a la Constitución, como estrategia a largo plazo y oportuna según consideraciones tácticas; odiaba a los liberales y los creía sinceramente antinacionalistas. Todos los tories estaban de acuerdo en oponerse a la Home Rule y se sentían alarmados ante el desarrollo del socialismo; la Derecha, sin embargo, conocía mejor la amenaza del sindicalismo; en lo único que diferían los tradicionalistas era en la identidad del enemigo principal: para estos últimos se trataba de una lucha parlamentaria contra los ortodoxos liberales, sus adversarios del lado opuesto de la Cámara. La Derecha vio el objetivo real en política como algo más serio y fundamental, interpretando la crisis de 1914, no como un acontecimiento inesperado y anormal, sino como la consecuencia lógica de los principios antinacionales y perniciosos del radicalismo subversivo, los principios del Cobdenismo.

El Cobdenismo, «vasta doctrina de destrucción política», era el enemigo, y su manifestación más característica, el obstinado apoyo al librecambio,

era significativo, ya que se asentaba en bases dogmáticas. Los cobdenistas eran doctrinarios, reacios a razonar y ciegos a los cambios de las condiciones económicas. Esta ceguera, desde luego, no era producto de una inercia mental, sino que representaba el aspecto peor del Cobdenismo y el más peligroso por ser el más extendido entre la generación joven. La esencia de este movimiento, según el punto de vista de la Derecha, iba dirigido sólo a los intereses de un sector, situándolos por encima de los nacionales. Aunque la Derecha tampoco colocó, por entonces, el interés del Estado sobre el del individuo en todas las ocasiones, condenaba el Cobdenismo por sacrificar los intereses nacionales y estatales en favor de los grupos que apoyasen al partido liberal. En aparente confirmación de esta tesis, el gobierno liberal estableció, después de 1906, una política puramente sectaria: leyes educacionales, dirigidas a satisfacer los prejuicios de los inconformistas en vez de mejorar el nivel de instrucción; leyes permisivas destinadas a satisfacer a los movimientos moderadores (y a los principales vendedores que eran liberales); privación de la ayuda estatal a la iglesia galesa, leyes destinadas a mejorar la agricultura aunque dirigidas, en realidad, a agudizar los resentimientos contra los terratenientes, cuyo ejemplo más característico lo tenemos en la Home Rule, que tuvo como consecuencia el paso de los votos irlandeses al campo liberal.

Para la Derecha había una relación lógica entre este proteccionismo de grupo y la corrupción que, se decía, había alcanzado proporciones sin precedentes. Esto le proporcionó una de sus mejores armas, acusándoles de cohecho y nepotismo a la vez que de tráfico deshonesto de honores, del aumento de los honorarios de los miembros del Parlamento, los turbios manejos utilizados para conseguir la Insurance Act y la perspectiva propuesta a los galeses liberales de saquear los bienes de la Iglesia. La Derecha compara la corrupción existente entonces con la de la Tercera República francesa, y, al igual que los seguidores de Boulanger, esperaba explotar el descontento público para derribar al gòbierno, a pesar de que muchos dirigentes tories eran contrarios a la idea de lavar la ropa sucia en público. Hubo varios escándalos, el peor de los cuales fue el de los contratos de Marconi que Maxse comparó con el «affaire» de Panamá; otros, como los tratados del petróleo del golfo Pérsico, la evidente especulación basada en el hecho, conocido de antemano, del cambio de capital de la India a Delhi; el caso Archer-See, los ataques de lord Charles Beresford sobre los acuerdos y política naval de sir John Fisher y las transacciones de plata de la India.

La Derecha relacionaba esta corrupción con las actividades e influencia de lo que Garvin en el *Observer* calificó de «merienda de negros». Este término iba aplicado al grupo de financieros y hombres de negocios, en su mayoría de origen germano-judío (por ejemplo Alfred Moritz, sir Edgar Speyer y sir John Tomlinson Brunner), que pertenecían al ala radical del partido liberal. La Derecha, al igual que ocurría en el continente, calificaba a

estos hombres de colaboracionistas, epíteto peor que el de traidor, al servicio de los intereses del enemigo nacional, Alemania. Maxse hizo notar que estos liberales eran todos adversarios de una gran armada y llegó a la conclusión de que se trataba de un plan sistemático para dotar a Alemania de una gran fuerza naval semejante a la inglesa. También acusaba a los radicales de usar su control e influencia en la prensa para tergiversar y adulterar las noticias y, especialmente, de pintar un cuadro falso de los asuntos europeos y de la política germana. Dirigió acusaciones más precisas contra ciertos ministros que estaban prácticamente en manos de los financieros. Estos abusos tuvieron matices desagradables: los oradores y escritores de Derecha — aparte del grupo Chesterton-Belloc —, rechazaban, de modo no muy convencido, los sentimientos antisemitas diciendo que éstos se estaban creando a causa de las actividades corrompidas y antinacionales de un grupo de judíos opulentos, así como por la competencia económica creada por los emigrados rusos que se amontonaban al este de Londres; todo esto dio por resultado los explosivos acontecimientos de veinticinco años más tarde.

La Derecha hacía uso de la palabra «traidor» con gran profusión, basándose en un justificado disgusto del «inglés de la calle», común entre los radicales, pero a veces los ataques a los ministros rozaban la histeria y Churchill era su blanco preferido, calificado de «aliado a medias y enteramente indeseable», ya que, según la opinión de Maxse, aunque su política arruinase a Inglaterra, Churchill no se inmutaría, emigraría a Norteamérica y desempeñaría el papel de un político Tammany. Cuando Churchill ascendió al Almirantazgo, la Derecha desaprobó su política naval y lo acusó firmemente de ser «*l'homme de confiance* del Kaiser en el Gabinete»; Lloyd George era también objeto de sus ataques, a cuenta, principalmente de sus asociados, y Asquith era incapaz de controlar a sus colegas.

La mayoría de estos ataques eran puro sofisma, pero la Derecha constituía un grupo que se hacía oír cuando sus escritores y oradores querían inculcar a una nación complaciente el fantasma de los hondos peligros de la situación internacional. Dirigió sus demandas sobre la reforma del ejército durante el gobierno Balfour, apoyó a lord Roberts en su infatigable campaña en pro del servicio militar obligatorio y más tarde denunció y dio publicidad a la nueva potencia del ejército alemán, insistiendo en la aceleración de un eficaz programa naval. La *Imperial Maritime League*, retoño de la *Navy League*, era un órgano de las Derechas, o quizá sea más acertado considerarlo a la inversa; más tarde, con algunas excepciones como Garvin, se sumó a la venganza personal llevada a cabo por lord Charles Bereford contra el almirante Fisher y su política de reforma naval. Estas reformas, referentes a la concentración de la flota en aguas territoriales, la eliminación total de los buques de guerra en desuso, las propuestas para un nuevo sistema de educación de los cadetes navales y una mayor construcción de acorazados y cruceros de guerra, levantaron hondas controver-

sias en los círculos navales y políticos. En parte por doblegar la obstinada y compacta resistencia, y en parte por defecto temperamental, Fisher se apoyó única y exclusivamente en los que tenía plena confianza y, como consecuencia de este favoritismo declarado, la armada resultó perjudicada. Entonces quiso asegurar su posición solicitando el apoyo de la prensa, Buckingham Palace, Whitehall y el Parlamento. Naturalmente, sus muchos enemigos en política naval, con Bereford a la cabeza, estaban prestos a usar las mismas armas contra él.

La Derecha también atacó al Ejército Territorial de Richard Burton Haldane y, calificándolo de burdo e inútil en caso de guerra. La razón principal de esta actitud eran las harto conocidas simpatías pro-germanas de Haldane, convenientemente dadas a la publicidad, que eran aprovechadas de forma contínua y mal intencionada; otro motivo era la tesis de que una guerra continental sería resuelta en pocas semanas si se contaba con un ejército numeroso y, por tanto, una fuerza relativamente disciplinada como los Territoriales, sería inútil; sólo el reclutamiento obligatorio salvaría a Inglaterra.

Además, la Derecha contaba con el apoyo de la prensa, especialmente del *Times, Observer* y *Daily Mail,* que advertían al público, apático y mal informado, de la probabilidad de una guerra, inevitable a menos que los alemanes detuviesen sus preparativos en gran escala. Insistían para que las «ententes» se convirtieran en alianzas; los ingleses habían creído hasta poco antes que Francia era un país corrompido, decadente y poco serio y la Derecha (muchos de cuyos miembros eran francamente dreyfusianos) se interesaba para hacer renacer el espíritu nacional de los franceses y su natural inclinación a unirse en momentos críticos. Rusia se encontraba bien defendida contra los ataques radicales y socialistas y en 1911 la Derecha apoyó a Italia como país también imperialista en su campaña de Tripolitania, temiendo que la desfavorable actitud del gobierno y la mayoría de la prensa situase a los italianos en manos de Alemania y Austria. A través del período posterior a 1900 insistieron sin cesar en el mismo tema: que la nación estaba en peligro y que Alemania representaba un riesgo evidente que reduciría a sus enemigos a pedazos, a menos que se unieran, como había hecho ya con Dinamarca en 1864, con Austria en 1866 y con Francia en 1870.

Durante este período, como indica J. P. Taylor, los radicales y socialistas eran fuertemente pro-germanos y anti-rusos, sospechando con fundamento que Francia esperaba envolver a Inglaterra en la guerra europea. La Derecha comparó estas actitudes con las antiguas simpatías radicales por Rusia y Francia, viendo en este cambio una prueba más de la máxima del viejo Cobdenismo de amistad con los enemigos de Inglaterra y enemistad con los amigos. Se pregonaron los discursos pro-bóers, anti-militares y anti-navales de radicales como Byles y King. Se acusó a los liberales, así como

a sus ministros, de ignorar los intereses nacionales y descuidar la defensa del país. Traicionaban sus tradicionales principios dividiendo deliberadamente a la nación con su política, en unos momentos en que la unidad era más necesaria que nunca.

El principal ataque de las Derechas al gobierno de Asquith se centraba en el proyecto de la Home Rule. ¿Por qué insistía Asquith en ello si no se le había dado gran importancia en las pasadas elecciones? Daban como razón que los liberales darían cualquier cosa por mantener su puesto y los manejos a que se podían dedicar desde allí. Por otra parte, el verdadero peligro al que temían no era la disolución del Parlamento con su derrota electoral, sino que con él se derrumbara todo el partido. Para concluir, según la Derecha, ponían sus propios intereses de partido por encima de los de la nación; los liberales habían hecho «un sucio» pacto con los nacionalistas irlandeses y se contentaban con mantener su posición, incluso al precio de escindir el Reino Unido y sacrificar a todos los irlandeses leales. Todos los tories se oponían a la Home Rule, pero la Derecha dio a la cuestión del Ulster una fuerza particular, cuya importancia ya había sido apreciada por el original tory-radical lord Randolph Churchill.

Para la Derecha, el movimiento *Ulster Volunteer* era el ejemplo y el modelo de lo que ellos esperaban alcanzar en todas las Islas Británicas. Era un movimiento que englobaba a todas las clases sociales: nobleza rural, industriales, clases profesionales, clerecía, humildes granjeros y las grandes masas obreras de los centros industriales de Belfast y de las ciudades más pequeñas.

Un alto sentido comunitario basado en un protestantismo militante, un ferviente patriotismo y su tenaz determinación, producían una fuerte impresión en los visitantes tories ingleses. La Derecha siempre se había proclamado como el movimiento «nacional» por excelencia —lo mismo que el de la Izquierda se presentaba como el del «pueblo»—; este movimiento existía ya en el Ulster, disciplinado, decidido, enérgico y efectivo. En Irlanda casi todo el mundo estaba comprometido, participando activamente en apoyo de la causa. La población estaba dividida en dos sectores, protestantes y católicos, voluntarios y nacionalistas; los discursos de sus líderes eran apasionados, y si algún ulsteriano hubiese dudado de su jefe, Edward Carson, suponiéndole legalista y partidario de Dublín, quedaba James Craig (irlandés del Ulster que fue primer ministro de Irlanda del Norte desde 1921 hasta su muerte ocurrida en 1940), que hubiera luchado por la causa con todas sus fuerzas. Todo esto, en opinión de la Derecha, presentaba un vitalizador contraste con la política de mentalidad opuesta, estancada y de compromiso, de los políticos de Westminster.

Asquith y sus colegas creían que el movimiento *Volunteer* era una fanfarronada sin fundamento, un error perpetuado por muchos historiadores. Nada más lejos de la verdad: los dirigentes ulsterianos y sus seguidores

estaban alentados por una inflexible decisión. Lo mismo ocurría con la Derecha inglesa. Andrew Bonar Law fue tan lejos, o quizá más, de lo que pudiera hacerlo el líder oficial de la oposición, por lo que fue severamente criticado. La mayoría de los tories eran partidarios de un compromiso, y algunos de los más ruidosos —por ejemplo, F. E. Smith, como se vería más tarde— se hubieran apresurado a pactar cuando llegó la crisis. Pero la Derecha inglesa real, Willoughby de Broke, Milner, Page, Croft, Amery y el coronel John Gretton, estaban dispuestos a luchar codo con codo con Carson y Craig. A diferencia de los tories tradicionalistas, la Derecha no tenía interés en encontrar una fórmula que permitiese un compromiso; seguía la vieja máxima del primer conde de Shaftesbury, según la cual las cosas debían empeorar antes de mejorar. Dicho de otro modo, era necesario intensificar la crisis, tomar la ofensiva, intentar introducir una cuña entre liberales y nacionalistas y paralizar al gobierno rechazando la aprobación de la *Annual Army Act,* salvo en condiciones que descartasen el uso de la fuerza en el Ulster; otra posibilidad era alentar y explotar las naturales reservas de los oficiales del Ejército. Lógicamente, aún cuando pudiese parecer extraño, la Derecha favorecía la formación de los Voluntarios Nacionalistas; una vez se enfrentasen dos ejércitos no oficiales, el asunto se escapaba de las manos del gobierno.

La Derecha creía tener a Asquith bajo su dominio ya que éste podía aprobar, pero no poner en práctica la ley de la Home Rule; sin embargo, tenía que persistir en esta medida irrealizable, porque de retirársele el apoyo nacionalista perdería su mayoría parlamentaria.

La crisis internacional supuso un estancamiento en la de la Home Rule y nadie puede predecir hasta dónde hubiera llegado. No se ha vuelto a presentar una crisis interna de tal gravedad salvo, de forma momentánea, en el año 1926, ni la Derecha ha vuelto a tener tal cohesión y apoyo. En los años de entreguerras tuvieron lugar varios conflictos como el de Irlanda, el socialismo, el sindicalismo, las relaciones con Rusia, la India, los asuntos internacionales, etc., a los que la Derecha prestó atención, pero ninguno superó en duración y agudeza a los de 1910-1914.

En la Izquierda, como en la Derecha, existía hondo descontento en los años anteriores a 1914 por el fracaso de los políticos ortodoxos liberales frente a los problemas latentes en la nación. La mayoría de los descontentos se afiliaron al sindicalismo y a los grupos socialistas disidentes, pero hubo dos sectores que en sus conclusiones y puntos de vista se parecían mucho a la Derecha francesa. Uno, antiguo radical-liberal, se centró alrededor de Hilarie Belloc y los Chesterton, Gilbert y Cecil. El otro, basado en el movimiento laborista, reflejaba las opiniones de Robert Blatchford.

Las semejanzas con la Derecha francesa pueden ser explicadas, en parte, por factores personales. Belloc era medio francés y todos sus amigos francófilos y violentamente antiprusianos. Tenían, o la descubrieron más

tarde, una base común en su catolicismo militante, y para ellos el sentido de universalidad de la Iglesia les proporcionaba el matiz de completa lealtad que el imperialismo daba al partido Tory. Desde la guerra de los bóers, Belloc y Chesterton eran violenta y específicamente anti-imperialistas y, conectando el imperialismo con la plutocracia, denunciaban su creciente influencia en Inglaterra. Bajo este influjo, o mediante su fe, soñaban con una imaginaria Inglaterra de religión, orden, estabilidad y prosperidad nacionales como, según ellos, había existido en la época medieval. Esta nostalgia, combinada con su hostilidad hacia la industrialización y sus consecuencias sociales, les hizo llegar a la conclusión de que los disturbios del reciente radicalismo decimonónico era producto de ésta.

Belloc y Chesterton diferían de los otros grupos en un punto crucial, incluida la Derecha tory y excepción hecha de la extrema Izquierda: no consideraban la propiedad como sagrada, es más, argüían que el sistema vigente de la propiedad era el origen de los disturbios que debilitaban a la nación. Se precisaba una reforma fundamental, ya que todas las demás se mostraban ineficaces. Belloc, en su libro *The Servile State,* dice que la inmensa mayoría del pueblo, de forma nunca vista anteriormente, dependía económicamente de un número reducido de terratenientes y capitalistas, y que, en lugar de la antigua distinción entre los que tenían derecho a voto y los que no, existía ahora una mayor diferencia entre los económicamente débiles y los que no lo eran. Desde su punto de vista, el presente estado de la sociedad era inestable, no podía perdurar, y tenía que acabar de tres formas posibles: la primera posibilidad era el socialismo o colectivismo, que no se trataba, según él, de una solución real porque sólo se limitaba a sustituir el control capitalista por el del Estado. La segunda era el establecimiento, a través de la ampliación de las tendencias existentes, del *Servile State;* las masas tendrían asegurada la subsistencia, pero pertenecerían a un estrato inferior, el poder seguiría en manos de los capitalistas, especialmente aquellos que manejen grandes trusts y compañías, no del Estado. La tercera solución, que es la que Belloc ofrece con el nombre de «distribuismo», es un retorno a una más amplia y equitativa distribución de la propiedad, tal como existía en la época medieval. Esto podría lograrse imponiendo grandes tributos a los ricos, repartiendo la tierra entre grupos de colonos, creando juntas de oficios y profesiones — algo semejante a las corporaciones fascistas de Mussolini que aparecieron después — y consejos locales regionales con poderes independientes. El Parlamento se había convertido en una inutilidad y no tenía cabida en el nuevo sistema, uno de cuyos principales y característicos detalles era la total ausencia de oportunidades para los partidos políticos.

Belloc se sentó en el Parlamento como diputado radical-liberal desde 1906 a 1910 y, en cierto modo debido a esta experiencia, podrá comprenderse su punto de vista de que no se podrían llevar a cabo grandes reformas por

medio del Parlamento o bajo el sistema de partidos. El gobierno representativo que se había erigido en el órgano de la democracia se había convertido en un centro de corrupción dentro de una oligarquía. *The Party Sistem,* publicado en 1911, contenía la tesis de que la necesidad de los partidos de fondos económicos habían proporcionado a los ricos los medios de control político, citando como uno de los ejemplos más claros, la venta de honores por parte de ambos partidos. Cecil Chesterton, en *Eye Witness* (más tarde *New Witness*) atacó a lo que amargamente llamaba la plutocracia corrupta y egoísta. Estos periódicos compensaban su tirada reducida con los ataques a las injusticias, a menudo exagerados; a causa de su precaria situación económica no podían aventurarse a ser perseguidos por libelo. En realidad apelaban al mismo sentido de curiosidad y escándalo entre la gente educada que el periódico *John Bull,* la más popular de todas las publicaciones destinada a la masa.

Belloc fue comparado a Déroulède y en sus ataques a los plutócratas liberales y extranjeros y a los «señorones» de África del Sur unido a lo que él llamaba la «moderna plutocracia anglo-judía», seguía junto con Chesterton las mismas líneas de denuncia que la Derecha francesa contemporánea. Despreciaba a los partidos por su lucha en la sombra; los políticos practicaban el juego del tira y afloja, pero las verdaderas decisiones sobre los asuntos importantes salían de secretas combinaciones, que procedían de una pequeña, exclusiva y emparentada clase social. Tenía una inmejorable experiencia de la impotencia del individuo o del diputado independiente y de la manera cómo los objetivos más importantes eran tratados desde un ángulo exclusivamente de partido. No veía excepciones a esta regla; describió las dos decisiones más importantes de la historia inglesa: la Home Rule de Gladstone y la Imperial Preference de Chamberlain, como meras decisiones de «un prominente intrigante que buscaba algún propósito particular». El evidente antisemitismo de Belloc, su declarado desdén por los partidos políticos y su desprecio por cualquier compromiso le desacreditaron en el Parlamento. Era un periodista que había alcanzado influencia de tipo negativo. El distribucionismo nunca fue enteramente tomado en consideración hasta que Mosley lo aceptó —vía Italia—. La *New Witness* tuvo una sensacional influencia, pero de corta duración, siendo su principal función la intervención en casos concretos de injusticias y en lo que Belloc condenaba como leyes opresivas y serviles, por ejemplo, la Mental Deficiency Act.

Blatchford también fue importante como periodista y más tarde como editor del *Clarion.* Fue el primer propagandista con éxito de las ideas socialistas, pero algunas de sus características le separaban rotundamente de la ortodoxia del movimiento laborista. Era hedonista y ateo militante; cosas más que suficientes para causar sospechas entre los líderes laboristas de la generación anterior, extremadamente respetables. Antiguo soldado regular, era un ferviente patriota, enemigo del internacionalismo cobdenita, partidario

de la guerra bóer y, más tarde, uno de los primeros que llamaron la atención sobre Alemania; otorgaba su apoyo a la economía nacionalista y a los impuestos, aunque recelaba de los motivos de Chamberlain. Disgustado por la subordinación de los laboristas a los liberales, fue aumentando gradualmente su resentimiento, oponiéndose al parlamentarismo y al sistema de partidos y defendiendo en su lugar el referéndum. Su postura poco corriente de patriotismo agresivo y socialista daba como resultado en el ambiente inglés el aislamiento, mientras que en Francia o en Alemania le hubiera llevado a incorporarse a las organizaciones de la Derecha.

Aunque la Derecha constituía un factor fácilmente identificable y muy poderoso en la política inglesa de los años anteriores a 1914, su importancia decayó después de 1918 y durante el período de entreguerras en general. Siempre se ha proclamado que la virtual eliminación de extremismos políticos de la Derecha o Izquierda y el restablecimiento de la política constitucional fue el gran éxito de Baldwin. Hay algo de razón en esta afirmación, pero la causa principal de la relativa insignificancia e impotencia de la Derecha fue la ruptura del acuerdo que siempre había existido antes de 1914. Algunos de los imperialistas de la vieja Derecha, tales como Amery y Lloyd George, fueron miembros del gobierno bajo Baldwin, sin poder influir, sin embargo, en sus más importantes decisiones políticas. Sus colegas quedaron relegados, en grupo aislado, a los asientos posteriores de la Cámara. Los aventureros y revolucionarios, que habían estado siempre al lado de Lloyd George, formaron un grupo separado y menospreciado que sobrevivió algún tiempo después de la ruptura de la Coalición. Además, las reacciones de los miembros de la Derecha de preguerra diferían en todos los asuntos importantes: los aranceles y, en general, los llamados impuestos alimenticios, la defensa, la política francesa en Alemania, la Liga de Naciones, la India, las reclamaciones de los sindicatos ante la ley, la economía, los gastos de los Servicios Sociales, etc. Los políticos se hallaban divididos por su decidida hostilidad frente a un proyecto u otro. Page, Croft, Roundell, Cecil Palmer y el vizconde Wolmer apoyaban a los proteccionistas e imperialistas y se aliaron con su antiguo enemigo Churchill en el asunto de la India, que dividió las filas del partido y redujo la efectividad de la minoría que presionaba durante 1930 para conseguir el rearme y la atención hacia Alemania. La reputación de inconsciente y oportunista que rodeaba a Churchill representaba para éste una desventaja y la poca atención prestada a sus advertencias sobre política exterior; en particular, su oposición al proyecto de aranceles provocó que, alarmados ciertos proteccionistas que habían cooperado en la ruptura de la Coalición, se uniera de nuevo con Lloyd George y los reaccionarios para destruir el proyecto de ley sobre el gobierno de la India y esto llevó a los tories moderados a oponérseles. La *Round Table,* grupo de seguidores de Milner que no estaba de acuerdo con los reaccionarios y Churchill, inspiraba la política de apaciguamiento que pres-

tó su apoyo primeramente a este último para atacarle más tarde. Éstos son los ejemplos más palpables de las divisiones internas del partido, multiplicadas hasta el infinito, tantas veces como objetivos había que discutir, fueran o no importantes.

Por eso sería arbitrario escoger una «Derecha» en el período de entreguerras. En éste, con dos excepciones, no formó ningún grupo ni surgió un líder que ejerciera influencia en aquel momento. La primera excepción fue lord Beaverbrook, un político de tipo relativamente nuevo en la vida pública inglesa. El segundo, opuesto totalmente al primero, formó el *Union Movement* de sir Oswald Mosley, de tendencia netamente derechista. Aparte de éstos, la vieja Derecha de preguerra no revivió más que en dos ocasiones cruciales: en 1922, al decidir no continuar la Coalición, y en 1926 con ocasión de la huelga general. La escisión más significativa dentro del partido Tory de preguerra no fue tan aguda entre Derecha e Izquierda, tradicionalistas y progresistas o imperialistas y aislacionistas como entre los que mantuvieron políticas de largo alcance y los que fijaban su actitud en consideraciones estrechas, situando por encima de todo el interés del partido o el suyo propio, todo ello porque descubrieron que este último sistema, usado ampliamente por Baldwin, les proporcionaba el éxito apetecido. Las veces que estuvo en peligro fueron períodos de dificultad para el partido, no para la nación, como en 1923-1924, cuya derrota electoral permitió la creación del primer gobierno laborista, y en 1929-1930, cuando la representación del partido en las elecciones y en la oposición parecía tambalearse. Al alcanzar el éxito electoral en 1924, 1931 y 1935, la mayoría de los tories se mostraron satisfechos, ya que pensaban solamente en la mayoría parlamentaria. Con las victorias electorales de 1931 y 1935, Baldwin satisfizo plenamente a su partido, siendo considerados los problemas del rearme y el desempleo como menos importantes. Como dijo Amery después de la elección de 1935: «Si las mayorías como tales son sólo un fin, indiferentes a ellas mismas, a lo que puedan hacer, o a la parálisis moral e intelectual que se está dispuesto a aceptar como precio para conseguirlas, Baldwin está ahora más que justificado, al igual que en 1924 y 1931».

La carrera política de Beaverbrook presenta, quizás, el más claro ejemplo de política de Derechas durante el período de entreguerra. Apenas fue tenido en cuenta y se le etiquetó, con ligereza, de periodista autócrata, calificándolo junto a Northcliffe y Rothermere sus rivales de Fleet Street, como un nuevo e indeseable tipo de político, clasificación, sin embargo, falsa y demasiado simplista. Northcliffe era un periodista, no un verdadero político, que intentaba de forma cruda y sin éxito explotar su influencia sobre la opinión pública para propósitos indefinidos. Sólo sabía con claridad lo que no le gustaba; como hombre que se había hecho a sí mismo, envidiaba a los que él llamaba «la vieja banda», a los tories patricios y a los expertos en la máquina política como sir George Younger. Sin embargo, no podía

ofrecer más que campañas malabarísticas y de propaganda, no política seria. Como consecuencia, a pesar de ser propietario del *Times* y del *Daily Mail* —este último el periódico de más tirada de Inglaterra—, su influencia decayó rápidamente después de 1918. El *Daily Express,* de Beaverbrook, a pesar de tener mucha menos circulación, pronto sobrepasó a su rival en influencia política y popular. En cuanto a Northcliffe, como político estaba en la misma línea que Horatio Bottomley en *John Bull.* Rothermere poseía un mejor conocimiento de la política y del poder, pero no de sus propias aspiraciones. Sus intervenciones estaban a menudo fuera de lugar y presentaban mayúsculos disparates tales como sus intentos por dictar la composición del gabinete en 1923 y 1930, su flirteo con el fascismo en 1934 y su quijotesco apoyo al revisionismo húngaro.

Beaverbrook, por el contrario, había intentado seguir a lo largo de toda su carrera una política consistente en objetivos constantes. El famoso juicio sobre él de Baldwin, según el cual aquél y Rothermere ejercían el privilegio de la prostituta, el poder sin responsabilidad, sumado a las tácticas equívocas que habían adoptado con frecuencia, tendieron a oscurecer este hecho. Sin embargo, Beaverbrook pudo haber sido el directo continuador —casi el descendiente— de la Derecha anterior a 1914. En primer lugar, como canadiense que se había elevado a sí mismo sin enlaces ni influencias, hubiera permanecido siempre como un tory popular, celoso del control oligárquico o aristócrata del partido. Como proveedor de noticias para la masa, hubiera podido mostrar a su favor que conocía más que los líderes del partido la mentalidad, opiniones y prejuicios del pueblo. Lo que olvidó fue que la fuerza de Baldwin residía en su gran habilidad y conocimientos como parlamentario. Beaverbrook nunca tuvo éxito en Westminster ni compartió la veneración de los políticos por las tradiciones y formas parlamentarias. Como empresario y creador de un imperio periodístico, triunfó en el espíritu del pueblo, que era lo que había deseado, y por ello creyó saber cuál era la política que aquél quería, al igual que con los editoriales. Muchos de éstos no eran más que llamamientos de corto alcance: la economía de 1920, el aislamiento, el no mezclarse en los asuntos europeos, no entrar en la guerra en los años treinta, etc.

Aunque, bien mirado, no todo era propaganda en sus ideas; existía algo más. Siempre había sido un imperialista en el sentido nacionalista de la palabra, concentrando su atención en el imperio, particularmente en el gobierno de los Dominios, insistiendo para que alcanzasen su máximo desarrollo y presionando al gobierno de la nación para que diese la espalda a Europa. Esta actitud, que en 1960-1963 le señaló casi como principal y único oponente al Mercado Común, en 1920 le hizo dirigir la *Empire Crusade* por el librecambio imperial. Sin embargo, hubo otros factores más complicados que oscurecieron su objetivo. Beaverbrook, que había jugado un papel muy importante en el sostenimiento del jefe del partido Bonar

Law en 1911, en la eliminación de Asquith en 1916, y había continuado como hombre de confianza de Bonar Law, estaba resentido del desprecio de Baldwin por la prensa en general y por él en particular. Negaba llevar a cabo una venganza personal contra él, pero no hay duda de que lo hacía su aliado Rothermere, ya que gran parte de su apoyo provenía de su política anti-Baldwin, incluyendo a los supervivientes de la Coalición. Por otro lado era evidente que gran proporción de sostenedores de Baldwin odiaban a la prensa y, por su parte, sólo perseguían venganza contra Beaverbrook, que volvió a sus actividades en 1911 y 1916. Desacreditaron su campaña como perjudicial y le atacaron llamándole intrigante y turbio político.

En política, como en la guerra, a veces hay que escoger entre una serie de dificultades; así se encontraba Beaverbrook, en un típico dilema político. Deseaba conseguir ciertas metas, especialmente en el campo del imperio, pero se preguntaba si se podrían alcanzar con métodos ortodoxos. Una fuerte organización proteccionista, el *Empire Industries Association,* ya existía con un número de miembros que rozaba los doscientos diputados. ¿Le satisfaría ponerse de parte de una acción constitucional sin las convenciones de partido? ¿Era éste un camino fácil? ¿Produciría resultados tangibles, aun poniendo en la empresa fuerza y entusiasmo? Después de todo, proteccionistas como William Bridgeman y Amery habían estado luchando por la protección del imperio durante años sin resultado. La conservadora *Central Office,* los burócratas y los líderes de la Cámara de los Lores le eran hostiles. De nuevo intentó Beaverbrook un acuerdo con el dinámico Lloyd George, que estaba confeccionando gran cantidad de proyectos para acabar con el desempleo y otros problemas más importantes y que podía ser convencido en pro de los aranceles. Pero éste, recordando los años de 1918 a 1922, no quiso saber nada de él.

Beaverbrook, desalentado por la acción de los líderes tories, formó el *United Empire Party* y se alió imprudentemente con Rothermere, cuya errada conducta ya representaba un riesgo. Sin embargo, se encontró con un extenso y espontáneo apoyo y con una aplastante victoria electoral en West Fulham, que demostraba lo que se podía alcanzar.

A pesar de todo, las circunstancias mostraron que sería un movimiento de corta duración: cuando sus actividades tendieron directamente contra el partido Tory, el apoyo cesó. Beaverbrook reconoció lo precario de su situación; él no quería eliminar al partido Tory e intentó sincera y seriamente llegar a un acuerdo con Baldwin, pero aun consiguiéndolo, en el caso de tener que luchar por ello, quedaba la cruda realidad de que el poder y los logros de su política se le escapaban de las manos. La lealtad al partido había sido siempre el punto principal de la ortodoxia tory. Apelando a esta lealtad, Baldwin, a despecho de su fracaso como líder de la oposición, pudo consolidar su posición de dirigente en junio y nuevamente en

octubre de 1930 y esquivar otro desafío a cargo de Churchill en 1931. Así, no fue hasta la crisis producida por la guerra, en 1940, cuando Beaverbrook se asoció con Churchill en el poder y hay que resaltar el hecho de que esta asociación persistió durante los primeros meses de paz. Beaverbrook y Churchill eran los tories principales cuando llegaron las desastrosas elecciones generales de 1945. Esta derrota total fue el eclipse de la Derecha; el poder que había estado en manos de los ortodoxos durante los últimos ochenta años pasaba ahora a los tories liberales y a los profesionales de la política.

Según los historiadores de 1930, los que por aquella fecha eran de mediana edad concentraron su atención especialmente en la política extranjera y sus efectos, tratando los asuntos internos como enlazados e incluso subordinados a los extranjeros. Sir Oswald Mosley y los fascistas fueron siempre considerados como un movimiento imitativo, interesante únicamente por mostrar en Inglaterra la influencia del desarrollo político europeo. En la jerga y propaganda de la época son descritos como una quinta columna italiana o alemana, calificación, desde luego, exagerada. Mosley y sus seguidores, según su propia opinión, eran la respuesta de la Derecha a las primeras necesidades internas y se consideraban como la reencarnación de la que había existido antes de 1914, así como los comunistas decían ser los descendientes de los sindicalistas de la anteguerra. Es significativo que Mosley rompiera con el partido laborista en marzo de 1931 y fundara la *British Union of Fascists* en octubre de 1932, es decir, antes de que Hitler subiera al poder y comenzara la tensión internacional; también, por este tiempo, los comunistas empezaron a atraer a sus filas gran número de jóvenes intelectuales. La razón de la expansión de estas políticas extremistas hay que buscarla en la situación interna, las influencias de la política extranjera vinieron después.

Mosley y los fascistas tenían, para no estar satisfechos de los líderes de los principales partidos, las mismas razones que los jóvenes que habían saludado con alborozo los cambios de Chamberlain contra los políticos viejos y las concepciones anticuadas de 1903. Incluso tenían más razones de alarma que entonces, pues subsistían los mismos problemas, pero de forma más agravada. Los políticos, los intelectuales, los economistas, los hombres de negocios y los sindicalistas más apegados a los conceptos que habían quedado fuera de época se dejaban llevar por el curso de los acontecimientos, desentendiéndose de las fuerzas que estaban cambiando el mundo; la nación se encontraba apática, pasiva e inerte. El enorme mal crónico del desempleo se aceptaba con resignación y el entero mundo de la economía se había quedado anticuado. Con cínica desilusión, pacifismo y hedonismo habían casi eliminado al patriotismo que la Derecha tanto defendía. La inquietud en la India y Egipto parecía dar la razón a los dirigentes de estos países cuando se quejaban de que ya no existía una «voluntad de gobierno». Los

llamamientos de los políticos al público eran los de «Seguridad, ante todo», «El negocio como de costumbre» y «Calma y economía».

Este cambio fue similar al de treinta años antes, pero con efectos diferentes. El hecho de que la Derecha de preguerra todavía no hubiera alcanzado ninguno de sus principales objetivos demostraba que debía romperse por completo con el pasado y, en especial, con el sistema de partidos; el partido Tory tenía que ser sustituido por otro más acorde con las necesidades actuales. El experimentado Mosley acusaba al partido laborista de ineficaz y de tendencias antinacionales; al igual que Milner, rechazaba el sistema de partidos, y admiraba al movimiento fascista de Benito Mussolini con el que se podía reemplazar a los existentes; aunque admitía que era de origen extranjero, lo defendía diciendo que era moderno, estaba de acuerdo con el espíritu y necesidades de la época y era el único que podía salvar a la nación de la catástrofe inminente que desde siempre había estado prediciendo. A diferencia de los dirigentes de los primeros movimientos fascistas británicos, Mosley no se consideró nunca auxiliar de los tories; prefería sustituirlos al intensificarse la crisis e iniciarse el choque decisivo.

Los movimientos anteriores —*British Fascists,* fundado en 1923, la *Fascist League,* el *British National Fascists* y alrededor de unos diez grupos más, tal era la tendencia a la escisión y separación—, eran más ruidosos que efectivos; adoptaron los saludos fascistas, los uniformes, expresiones y otros signos externos sin comprensión real de sus ideas y teorías. Hacían un llamamiento a los elementos radicales y extremistas del partido Tory y estaban compuestos casi en su totalidad por miembros de las clases altas, pertenecientes en su mayoría a familias que habían tenido destino en las colonias. La única excepción fue el rabioso *Anti-Semitic Imperial Fascist League,* de Arnold Leese, fundado en 1929, y al que se puede calificar más como nazi que como fascista.

Los objetivos de Mosley respecto al Estado eran los tradicionales de la Derecha: se titulaba a sí mismo nacionalista e imperialista, clamando por la necesidad de una unidad y un desarrollo del imperio y rechazando enérgicamente la acusación de vender los intereses ingleses a poderes extranjeros. Insistía en que había que tomar decisiones inmediatas y poner manos a la obra en los principales problemas que acuciaban a la nación; hacía frecuente uso de las palabras dinamismo, acción y decisión. Los fascistas también pedían reformas sociales y prometían una solución más efectiva del desempleo, de la pobreza y del mal estado de la vivienda, proponiendo un Seguro de Enfermedad y planeando grandes programas públicos de trabajo. En forma bastante más vaga, hablaban del renacimiento del espíritu nacional, del patriotismo, la entrega y la disciplina, del principio de dirección y, ya en una forma más inglesa, del espíritu de equipo, cosa no muy frecuente entre los italianos. Como consecuencia lógica, muchos ingleses conservadores y viejos miembros de la Derecha se sentían atraídos por estas palabras

altisonantes. Sin embargo, Mosley también apelaba a los jóvenes, a pesar de que los primeros en responder fueron los hombres maduros, esto es, los que habían luchado en las últimas fases de la guerra o que todavía eran demasiado jóvenes en aquella fecha para hacerlo. Pero, a pesar de que muchos se sentían atraídos, sólo se alistaron los procedentes de la extrema Izquierda (principalmente del partido laborista independiente) o de la extrema Derecha (las antiguas ligas fascistas).

Es fácil comprender por qué Mosley atraía a muchos y por qué otros se sentían fuertemente contrarios a él (1). Muchos principios fascistas fundamentales repelían a los posibles seguidores. Mosley era demasiado autócrata, tendente a la selección y a elevar al mando a aquellos que estaban dispuestos a seguirle sin duda o vacilación. La violencia fascista no pasó, en principio, de los límites aceptables, pero llegó con el tiempo a ser un culto y cuando se aplicó sistemática y despiadadamente, como en las reuniones de milicias de 1934 y 1935, o provocativamente, como en las marchas de Londres en 1936 y 1937, levantó una general desaprobación. Mucho más perjudicial fue el antisemitismo, que llegó a ser, después de 1934, una característica, la principal a los ojos del público, del fascismo. Mosley siempre hablaba de la raza inglesa y de la necesidad de su regeneración; como Mussolini, no fue antisemita al principio, pero lentamente empezó a denunciar las «influencias extrañas» y el cosmopolitismo; se atraía a los que eran marcadamente antisemitas, especialmente en el East End de Londres, la única área donde consiguió algo de apoyo popular. Este creciente antisemitismo llegó a ser un riesgo fatal para él porque lo ligaba a Hitler y el odio racial de Hitler era algo que ni los más ardorosos partidarios de una alianza con Alemania podían digerir. Tres de éstos, el séptimo marqués de Londonderry, sir Philip Gibbs y Víctor Cazalet, advirtieron claramente a los gobernantes alemanes del daño hecho por el antisemitismo nazi. Sólo los excéntricos como el almirante sir Barry Domvile y el capitán Archibald Henry Maule Ramsay, que creían a ciegas en los Protocolos de los Sabios de Sión y demás propaganda por el estilo, publicaban y confesaban sus puntos de vista antisemitas.

Existía otro obstáculo fundamental para la aceptación del fascismo, incluso para los conservadores de Derechas. Éstos se sentían unidos por el disgusto que les producía la forma en que Mosley atacaba al sistema de partidos, al que culpaba del estancamiento nacional, del descenso de la moral y de la debilidad de la lucha contra los movimientos subversivos de dentro y fuera del país. Rechazaban con todas sus fuerzas las concepciones «liberales» de los derechos del hombre y la soberanía popular derivados de Voltaire, Rousseau y la Revolución Francesa, lo que no significaba que

(1) Esta tendencia ya se había pronosticado en la rápida caída del «New Party» en 1930-1931.

fueran a aceptar un Estado orgánico y todopoderoso al que el individuo estuviera permanentemente subordinado. Desconfiaban de la idea abstracta de «libertad» y de sus implicaciones políticas, y en vez de ellas postulaban por el viejo concepto inglés de «libertades» o derechos específicos pertenecientes al individuo y que no le eran conferidos por ningún Estado o gobierno. De ello se deducía que pocos aceptarían el sistema institucional que proponían los fascistas. No les gustaba el sistema de partidos, pero tampoco estaban dispuestos a admitir un Estado corporativo y casi totalitario. Mosley proponía que el gobierno debiera ser responsable ante el pueblo a través de plebiscitos quinquenales, que el Parlamento, elegido por un sufragio corporativo, se encargase de las funciones menores; que los Comunes, convocados por cortos períodos, se ocuparan sólo de la legislación, y la Cámara de los Lores fuera meramente consultiva. Un Gran Consejo de fascistas aconsejaría al rey en la elección de primer ministro, los gobiernos locales también gozarían del sufragio, pero serían mucho más importantes las veinticuatro corporaciones y el *National Council of Corporation,* que controlaría la vida económica de la nación y estaría compuesto por representantes del gobierno, trabajadores y patronos.

Muchos tories se interesaron por los movimientos fascistas, especialmente en sus comienzos, y algunos militares jugaron un papel relativamente activo en ellos; pero la mayoría de los militantes fascistas eran trabajadores o pertenecían a la baja clase media. Los tories nunca hubieran aceptado ver a William Joyce o a líderes proletarios del East End londinense como Mick Clarke, Moir y Goulding en una posición preeminente. Joyce actuaba como administrador tory en 1920, pero es dudoso que hubiera hecho algo más adelante. Fue interesante ejemplo de un tipo muy común en las Derechas europeas, aunque raro en Inglaterra, el refugiado que ha sufrido por la causa nacional. Gran proporción de componentes de las filas fascistas procedían de la extrema Izquierda, algunos del comunismo, y los más, del *Independant Labour Party.* Entre los ejemplos más característicos tenemos a John Beskett, W. J. Leaper, Raven Thomson y John Scanlon.

Imitando las técnicas comunistas, los fascistas formaron organizaciones paralelas, algunas de las cuales estaban ayudadas por la Embajada alemana. Estas corporaciones, como el «January Club» (forum de debate donde se podían exponer y propagar las ideas fascistas), eran las que atraían a los conservadores, pero la mayoría había dejado de existir hacia 1936, cuando dio comienzo la controversia real entre Inglaterra y Alemania. Éste es un punto que necesita explicarse con detenimiento. Todavía no existía ninguna conexión entre el fascismo interno y el apaciguamiento de Alemania cuando, por razones inexplicables y con gran repercusión en 1945, los publicistas del ala izquierda trataron de condenar a los tories que se habían interesado por el fascismo o simpatizado con él y con la política de apaciguamiento, calificándola de antinacional en intención y consecuencias. De los

tories que habían expresado interés por el fascismo sólo uno, lord Lloyd, no fue pacifista en ningún momento y lo demostró siendo uno de los más fuertes y persistentes enemigos del apaciguamiento. La paz era la política de los tories ortodoxos que eran «progresistas» o «liberales» en materias domésticas pero que no sentían interés de ninguna clase por los asuntos extranjeros. Cuando llegaron las consecuencias de 1938, la división resultante se extendió por el partido; la mayoría de los que habían apoyado a Churchill en la política de la India le abandonaron, muchos de los «social-imperialistas» del grupo de la «Round Table» cooperaron en la formulación y ejecución de la política de apaciguamiento y sólo escaso número se opuso fuertemente a ella. La Izquierda también estaba dividida al condenar el ala pacifista y el *New Statesmen* la guerra por los Sudetes.

Para encontrar entre las figuras de aquel tiempo una preeminente y con esperanzas de alcanzar el poder político bajo la enseña pacifista, tenemos que buscar en la Izquierda a una especie de Pétain, a Lloyd George. Excluido del poder y despreciado como mediocre, amargado por sus fracasos en el país y en el extranjero, se vio profundamente impresionado —no menos que adulado— por Hitler. En períodos de crisis como en tiempos de la huelga general y de nuevo en 1938-1940, Lloyd George se mostró siempre pesimista y derrotista en sus artículos para la prensa americana. En 1936 defendió la devolución a Alemania de sus colonias, y apoyó a los sudetes alemanes en 1938-1939, y en octubre de 1939 defendió las negociaciones con Hitler después de la victoria de éste en Polonia.

En Inglaterra las Derechas han alcanzado una influencia temporal sólo en tiempos de crisis, cuando se trataba de asuntos vitales o había que tomar decisiones de mucha importancia, pero en tiempo normal —y esto alcanza todo el período comprendido en este ensayo, excepción hecha del período 1910-1914— la política siguió su curso normal y las diferencias se resolvieron por acuerdos mutuos. La restringida influencia de la Derecha dentro del partido Tory y su completa derrota una vez convertida en organización independiente, se enlaza con la derrota similar sufrida por la extrema Izquierda. La caída de los movimientos minoritarios, campaña de los comunistas para controlar a los sindicatos restringió la influencia de los más encarnizados enemigos derechistas de los sindicatos. El fracaso de los esfuerzos de sir Stafford Cripps —cuya fantástica actuación como irresponsable y temerario demagogo en los años treinta, no ha sido todavía lo suficientemente valorada— para formar un frente popular, privó a los fascistas de un argumento que les hubiera proporcionado un considerable apoyo. Cuando fascistas y comunistas alborotaban en Londres, el *Times* pudo tacharlos con irónica complacencia de algo sin importancia ni peligro para nadie.

En realidad los dos partidos principales continuaron siendo la mayor

característica de la política inglesa y las consideraciones de partido tenían preferencia sobre la política y los principios. Hablando en términos generales, cada partido se ha apoyado en grupos sociales y clases claramente definidos. En el pasado los trabajadores votaban por los liberales, ahora por los laboristas, a pesar de que los tories se han llevado siempre una parte considerable de los votos de la clase trabajadora en algunas regiones como Lancashire y en la zona industrial de las Midlands. Y aunque muchos intelectuales y jóvenes pertenecientes a la clase media votaban por los laboristas, la mayoría se inclinaba por los tories. Los extremistas han carecido siempre de gran importancia debido a la falta de apoyo de algún grupo o clase social importantes, con la excepción de la extrema Izquierda que consiguió gran número de votos en los barrios bajos de Londres y Glasgow gracias a su divisa de lucha de clases. Sin embargo, la Derecha no puede situarse en una categoría social determinada. Antes de 1914, a causa de la crisis política, fueron los más combativos y, en ocasiones, los más constructivos de los conservadores. Desde 1918, el apoyo les vino principalmente de la parte más agresiva e impaciente de las clases altas, en particular de los militares, de los miembros más violentos de la clase media y de los trabajadores menos favorecidos, procedentes, antes de 1939, del East End de Londres, y después de 1945, de áreas como Notting Hill. Así se deduce que hay una lógica conexión entre la estabilidad política y la estratificación de clases de la sociedad inglesa. Los ingleses se sienten orgullosos de su inmunidad ante las convulsiones políticas, pero sólo el tiempo dirá si la forma con que ésta ha sido lograda y las condiciones que la han mantenido puede representar un beneficio a largo plazo.

BIBLIOGRAFÍA

AMERY, LEOPOLD, C. M. S.: *My Political Life*. Londres, 1953-1955. 3 vols.
BEAVERBROOK, LORD WILLIAM, M. A.: *Men and Power*. Londres, 1956.
— *Politicians and the War*. Londres, 1928-1932. 2 vols.
BELLOC, HILAIRE: *The Servile State*. Londres, 1912.
BELLOC, HILAIRE, y CECIL CHESTERTON: *The Party System*. Londres, 1911.
BLAKE, ROBERT: *The Unknown Prime Minister*. Londres, 1955.
BLATCHFORD, ROBERT: *My Eighty Years*. Londres, 1931.
CECIL, LORD HUGH R.: *Conservatism*. Londres, 1912.
CHESTERTON, CECIL E.: *Party and People*. Londres, 1910.
CHESTERTON, GILBERT KEITH: «The Patriotic Idea», en Lucian Oldershaw, ed., *England: A Nation*. Londres, 1904.
COLIN, G. F. ADAM: *The Life of Lord Lloyd*. Londres, 1948.
CRANKSHAW, EDWARD: *The Forsaken Idea*. Londres, 1952.
CROSS, COLIN: *The Fascists in Britain*. Londres, 1961.
ENSOR, ROBERT CHARLES: *England, 1870-1914*. Oxford, 1936.

GOLDMAN, SYDNEY: *The Empire and the Century*. Londres, 1905.
JEBB, RICHARD: *Studies and Colonial Nationalism*. Londres, 1905.
JENKINS, ROY: *Mr. Balfour's Poodle*. Londres, 1954.
MC DOWELL, ROBERT B.: *British Conservatism, 1832-1914*. Londres, 1914.
MC KENZIE, ROBERT T.: *British Political Parties*. Melbourne, 1955.
MACKINDER, HALFORD J.: *The Modern British State*. Londres, 1914.
MILNER, LORD ALFRED: *England in Egypt*. Londres, 1892.
— *The Nation and the Empire*. Londres, Nueva York, 1913.
MOSLEY, SIR OSWALD: *The Greater Britain*. Londres, 1932.
— *Mosley - Right or Wrong?* Londres, 1961.
— Artículos en el *National Review* (ed. L. J. Maxse).
RAYMOND, JOHN, ED: *The Baldwin Age*. Londres, 1960.
ROWSE, ALFRED L.: *All Souls and Appeasement*. Londres, Nueva York, 1961.
SCHUMPETER, JOSEPH A.: *Imperialism and Social Classes*. Nueva York, 1961.
SEMMEL, BERNARD B.: *Imperialism and Social Reform*. Cambridge, Mass., 1960.
THORNTON, ARCHIBALD P.: *The Imperial Idea and its Enemies*. Londres, Nueva York, 1959.
TYLER, JOHN E.: *The Struggle for Imperial Unity*. Londres, Nueva York, 1938.
WILKINSON, J. L.: *The Great Alternative*. Londres, 1902.
— *War and Policy*. Londres, 1910.
WRENCH, SIR J. EVELYN: *Alfred, Lord Milner*. Londres, 1958.

FRANCIA

EUGEN WEBER

«Durante los últimos cien años —ha escrito René Remond en su estudio sobre las Derechas en Francia— ninguna fuerza política ha podido eludir la pregunta vigente en nuestro quehacer político: ¿Derecha o Izquierda? Tarde o temprano todos los movimientos se ven forzados a tomar posiciones en un espacio en el que sólo tienen cabida estas dos dimensiones, Derecha o Izquierda.»

La historia ha situado el origen de esta curiosa y arbitraria delimitación en septiembre de 1789, cuando las diferencias doctrinales de la Asamblea Nacional pasan a ser términos topográficos, debido a que el alto clero y los nobles estaban sentados a la derecha de la silla presidencial y los reformadores junto con la mayoría «patriótica» a la izquierda. Las dos grandes categorías políticas de la época moderna —ambas profusas en palabras y con características diferenciales como el apasionamiento de una y el nacionalismo de la otra— parecen haber nacido de aquella histórica disposición. Los cambios caleidoscópicos que tuvieron lugar en el transcurso de los cinco años siguientes no sólo proveyeron de argumentos a las épocas posteriores de cómo la Izquierda puede convertirse en Derecha sino que dejaron en herencia la lección sobre lo anterior y sobre los reformadores que, ante la satisfacción de haber alcanzado sus objetivos, luchan con todas sus fuerzas posibles con el fin de defender su posición contra aquellos que solicitan mayores y diferentes cambios.

Sin embargo, con la perspectiva de los acontecimientos venideros, los historiadores no se han inclinado a usar los términos de Derecha e Izquierda durante los períodos de la Revolución y del Imperio. Las cosas discurrían con demasiada velocidad. Aun cuando la progresión hacia la Izquierda desde Feuillants a Girondinos y Jacobinos parece suficientemente clara, resulta más difícil tomar una decisión ante los discursos de Danton o Robespierre, a partir de un reciente estudio que presenta al último como precursor del «totalitarismo demócrata», o decir qué fenómeno fue más reaccionario, el Directorio o el Imperio. De este modo, la restauración de un príncipe «que no había aprendido nada ni había olvidado nada» y, en particular la *Cham-*

bre introuvable de 1815 —incondicionalmente realista— es lo que mantiene ocupados a los historiadores de la Derecha francesa.

A pesar de que la restaurada monarquía parecía estar dispuesta a cambiar el estado de cosas del lugar en el que habían caído un cuarto de siglo antes, ignoraba los inconvenientes que esto llevaba consigo y ni los historiadores ni persona alguna de aquel entonces pueden explicar suficientemente la situación. Se definían a sí mismos y justificaban su política en términos de la Revolución a la que habían sobrevivido. Los políticos del nuevo régimen reflejaban las diferentes mentalidades y analogías de lo que en el siglo venidero sería la «Derecha francesa»; por un lado los conservadores que, ampliamente ligados al presente, trataban de actuar lo mejor posible y rechazaban el principio de la Revolución, pero también daban su veto al de la Contrarrevolución como violento y fuera de lugar, y por otro lado los «Ultras», cuyo nombre proviene de ese realismo más allá de lo posible que los llevaba a enfrentarse incluso con el propio rey.

Se definía a los «Ultras» en un nivel y con unos puntos de vista que quizá fuesen vagos pero no indefinidos. No sucedía lo mismo con los conservadores, que al no estar encuadrados en una disciplina determinada, eran oportunistas y estaban dispuestos a trabajar bajo cualquier régimen, tanto republicano como imperial. Respetaban las apariencias y el éxito, y consideraban por encima de todo la estabilidad, aceptando incluso la revolución si ésta era la única solución existente para evitar cambios posteriores aún más negativos. En ellos encontramos el prototipo de lo que Remond define como «orleanistas», que constituyó más un estado de opinión que un partido y que podemos hallar en todos los regímenes que siguieron al de Bonaparte.

Los «Ultras» poseían casi la totalidad de características que componen lo que hoy llamamos extrema Derecha. El largo exilio y el aislamiento de la vida en provincias dan lugar a su escasa experiencia política. Aún dejando aparte la poca aptitud que pudieran tener, su intransigencia les incapacitó para una obra política real.

La Revolución era una especie de diablo, y no se podía tener tratos con él ni con sus compromisarios. Opuestos a los rojos, los ultras se encontraban igualmente frente a los beneficiarios del régimen existente: la gran nobleza y la alta burguesía, los cuales situaban su propio interés muy por encima del bien del país. Expresaban sus puntos de vista —la última, aunque no la menos importante de sus características permanentes— de forma muy enérgica. Si los futuros orleanistas eran moderados, y hombres de gobierno y negocios por excelencia, el ultra era un extremista lleno de una fría y simplista credulidad. El tiempo y los fracasos no hacían mella en él, por el contrario, parecían aumentar la clara intransigencia de su sueño, el sueño romántico de un tiempo en el que Víctor Hugo podía escribir una oda a Quiberon, y Lamartine cantar la coronación de Carlos X. Eran ro-

mánticos como Chateaubriand y como lo serán un siglo más tarde Montherlant o Drieu La Rochelle, satisfaciendo su sed de acción y entusiasmo en las turbias aguas de un torrente político.

Hombres de negocios, los orleanistas eran también hombres de paz; los ultras, por el contrario, eran violentos y combativos por naturaleza, al menos de palabra y formas de acción; entre ellos se encontraba La Bourdonnaye, ser sumamente extremado a quien sus amigos llamaban por esta causa el jacobino blanco; Jules de Polignac, cuya fe católica no perdonaba la Carta Constitucional real, y Chateaubriand, que prefería cerrar su próspera revista *Le Conservateur* antes que ver sometidos sus artículos a un censor de prensa, aunque fuera del rey. Reconocían estar encerrados en sí mismos y se enorgullecían de ello. Tenemos un ejemplo en las palabras que dirigió a un camarada en 1800 uno de los líderes más encarnizados de la resistencia realista, el chuano Cadoudal: «Si el rey recuperase el trono alguna vez, haría bien en eliminarnos». Los viejos bolcheviques y los chuanos ofrecen, al menos en apariencia, las mismas características.

Ya comienzan a notarse ciertas constantes: Catolicismo, obstinación, independencia, interés por la conspiración y acercamiento a su extremo diametralmente opuesto, los detestados jacobinos que presentaban un futuro prometedor.

Aunque esto en apariencia esté fuera de lugar no lo está totalmente, puesto que la extrema Derecha siempre se ha inclinado por una especie de populismo aristócrata confiando en las fuerzas tradicionales y en las incorruptas lealtades del «pueblo» contra la burguesía, que también ellos detestaban. Fue el marqués de Villèle, ministro de Carlos X durante largo tiempo, el que aconsejó a sus amigos que si pretendían que fuesen elegidas las clases altas «procuraran mandar al diablo y eliminar a la clase media, único elemento al que podían temer». Los ultras hicieron un llamamiento electoral más amplio que el que hicieron las Derechas, ya que éstas eran más conservadoras. Más tarde descubrimos en la oposición, bajo Luis Felipe, a los legitimistas que, descontentos de su gobierno, soliviantan a los trabajadores mediante la distribución de folletos por sus barrios compadeciendo la suerte del proletariado de Lyon, castigado por orden del rey. En numerosas ocasiones los legitimistas sufrieron los mismos castigos infligidos a las publicaciones republicanas del ala izquierda. Ambos tuvieron contactos y llegaron a ser amigos en prisión; hubo incluso un intento, patrocinado por Chateaubriand, para la fundación de una publicación conjunta con el nombre de *La Nation*. Más tarde, poco antes del año 1914, los seguidores de Georges Sorel y Charles Maurras planearon algo similar y la revista mensual *L'Indépendence* agrupó a sindicalistas, nacionalistas y realistas, todos ellos unidos frente al sistema existente.

Es fácil comprender cómo la *politique du pire* (acelerar las cosas hacia el caos con el fin de que se destruyan ellas mismas) hizo que la Derecha

prefiriera a los enemigos del régimen antes que a sus semejantes moderados que contemporizaban con el sistema dominante. Pero la *politique du pire* es el lógico rechazo de un sistema corrupto y de corrupción, esencialmente orleanista, incluido entre 1830 y 1848, dentro del cual no era posible ya nada. En el plano político, los revolucionarios, republicanos y sindicalistas, que intentaban cambiar el orden existente, eran enemigos acérrimos de los ultras, que tan solo intentaban suplantar a los dirigentes. Después de 1830, revolucionarios radicales y reaccionarios radicales se unieron mediante la hostilidad común hacia el orden existente, e igual sucedió con los conservadores de Derecha e Izquierda.

En realidad, durante la monarquía de julio (1830-1848), es cuando la extrema Derecha posee el papel más insignificante. Los conservadores se sientan en el poder y lo mantienen con moderación pero con un perfecto control y, una vez más, los ultras abandonan los asuntos públicos para sumirse en la disgregación interna. Si relacionamos el desarrollo económico y político, vemos que los sucesos acaecidos en este período explican el casi total estado inerte de la aristocracia de la Restauración a consecuencia de la prosperidad de las fuerzas económicas que sustituyeron a los Borbones en el año 1830. Pero el capital líquido no pudo sustituir al de la tierra en los pocos meses de aquel 1830. El repentino eclipse de las clases políticas significativas, cuyas posiciones económico-sociales permanecieron firmes, no puede ser relacionado con los cambios económicos, que estaban lejos de ser repentinos; por tanto la causa hay que tratar de hallarla más allá. La vanidad de los legitimistas unida a la confianza que tenían en la solidez de sus fortunas y posición social, les hizo apartarse de las técnicas abstencionistas después de la Revolución de julio. Sabemos, por los sucesos que se sucedieron, que después de la abdicación se dio absoluta libertad al ansia de desquite de muchos, y las deportaciones, destinadas a aislar a los orleanistas, aislaron, en cambio, a los legitimistas. Esto fue causado principalmente por la escisión existente en el seno de la Derecha, en la que sus más activos representantes se inclinaban hacia un liberalismo que los ultras aborrecían y los orleanistas personificaban.

El liberalismo fue uno de los componentes de la tradición revolucionaria y uno de los factores esenciales en la confusión política del siglo XIX, confusionismo existente tanto en las Derechas como en las Izquierdas. Sin embargo, cada vez que se encuentra es fruto de la casualidad. Abogando por la libertad individual y por la libre empresa, el liberalismo aparece en diversas épocas en conexión con diferentes grupos sociales, variando sus intereses políticos a través del ritmo marcado por su éxito social y económico. Su primera aparición en la escena política tuvo lugar en favor de la Ilustración del siglo XVIII, defendiendo una distribución más racional del poder social. En la sociedad del Antiguo Régimen, los medios económicos de la nación se distribuían y repartían de acuerdo con el punto de vista de la clase

gobernante, cuya posición estaba basada en los privilegios de cuna. Los derechos estaban muy lejos de adquirirse mediante el trabajo o méritos personales, sino por algo que había sido llevado a cabo en el pasado. La posición social tenía su fundamento en la autoridad heredada y en la autoridad moral convertida en institución y en ningún terreno la jerarquía se basaba en la experiencia, en las realizaciones o en la necesidad, sino en una tradición que no era más que el reflejo arbitrario de circunstancias pasadas.

Cada vez que las condiciones económicas tienen un desarrollo mayor que las sociales, es necesario buscar alguna forma de equilibrio para adaptarlas mutuamente. En aquellos momentos un importante sector de las clases dirigentes deseaba realizar un cambio radical dentro de aquel estado de cosas. Los animaban las resplandecientes ideas de razón, libertad y progreso, según las cuales el pasado no llevaba inmerso en sí mismo ningún derecho, y tan sólo la razón podía justificar las acciones presentes. Todo debía ser explicado y justificado ante el tribunal de la razón. Los principales defensores de este punto de vista, que subrayaban la libertad del individuo en el fin de usar su razón y aplicarla en la libre empresa, eran las clases económicamente dinámicas: negocios, industria y finanzas. Representaban a los ingenieros del cambio social y, según ellos, del progreso. ¿Acaso no mostraba una razonable observación del pasado que cambio y progreso son dos similitudes ya no meramente teóricas? Con el deseo de verse libres de las viejas restricciones de anacrónicos privilegios, el partido progresista fue un movimiento de cambio que solamente reconocía las tradiciones para criticarlas.

Aquí tenemos el primer elemento del triduo revolucionario. Para el liberalismo, esta especie de libertad política es simplemente la garantía de un determinismo económico que no puede ser corregido por ninguna interferencia humana. Significa que la libertad debe ser siempre libertad *de*, un campo libre de restricciones, donde la competencia y la empresa se sostienen mutuamente constituyendo la clase dirigente. Esta forma de sociedad, sin embargo, no sólo se oponía a los indolentes privilegios de nacimiento, sino a un componente importante dentro de la tradición revolucionaria, el jacobinismo igualitario. Los liberales seguían la tradición racionalista de Condorcet que solamente permitía la actividad política a los terratenientes, al creer que los desheredados carecían de razones para desear sostener al Estado. Los jacobinos, dentro de la tradición de Rousseau, mantenían un igualitarismo profundo que socavaba las raíces de la jerarquía tradicional y de la empresa liberal. Ellos se oponían más a los derechos de nacimiento que a la propiedad, pero reclamaban su participación en ésta, negando la utilidad de la empresa privada y atacando los valores de la propiedad en nombre de una justicia abstracta, de una necesidad concreta y de un racionalismo particular, que situaba a los dos últimos elementos de la trinidad revolucionaria contra el primero.

Libertad, Igualdad y Fraternidad no estaban indispensablemente unidas, y la Fraternidad — adoptada más tarde como fruto tardío — fue considerada como elemento necesario para contrarrestar el rigor de la Libertad y hacer más duradera la Igualdad. En efecto, los propagandistas más entusistas de la Libertad no creían en la Igualdad y los acérrimos devotos de ésta última tenían muy poco en cuenta a la primera, razón por la que descubrimos liberales en la Izquierda clamando por la libertad o en la Derecha defendiendo su concepción frente a los igualitarios; es la misma razón por la que en 1830 las clases altas descendientes de la Ilustración, la aristocracia imperial (Soult, Moret, Sebastiani), las familias de la antigua nobleza (Molé, Pasquier) y la aristocracia liberal, como los Broglies, no estaban tan de acuerdo con el hijo de Felipe-Igualdad como con su partido, ya que los orleanistas representaban, al menos para sí mismos, al partido de la competencia, la inteligencia y la razón, un partido de profesores como Guizot y publicistas como Thiers, que no sólo manejaban los Bancos sino también la Universidad, la Academia y el Instituto.

La alianza entre los elementos más sagaces de la aristocracia y lo que Beau de Loménie llama «las grandes dinastías burguesas», produjo un régimen que fue políticamente liberal y socialmente conservador, a semejanza de Inglaterra, que era admirada por los orleanistas. Su existencia, sin embargo, dependía de la proporción de satisfacciones que recibiesen sus beneficiarios, por lo que necesitaban ser lo suficientemente numerosos para mantenerse activos, reclutar más miembros y causar impacto en el exterior. Una élite racionalista, reclutando miembros de un modo altamente selectivo, difícilmente podía cumplir estas condiciones. Afortunadamente, el orleanista, más atento a la empresa privada que a los negocios públicos, se preocupaba muy poco del nombre y del régimen en tanto que estuvieran protegidas sus instituciones y necesidades. De ahí que la Derecha moderada — como la llamaremos ahora — se ajustara perfectamente a la revolución política de la Segunda República e incluso a la revolución social del Segundo Imperio. Estos ajustes respetaban lo que ellos consideraban fundamental: sus intereses económicos. En 1848, las revoluciones jacobina y liberal se enfrentaron tan fuertemente que incluso un Bonaparte resultaba aceptable si lograba mantener a raya la revolución jacobina.

Más autoritario de lo que los orleanistas hubieran querido, más nacionalista de lo que los legitimistas habían sido nunca y llevando consigo partes esenciales de la Revolución que quedarían relacionadas para siempre con Napoleón y su sobrino, entra en escena el bonapartismo en 1848 y con él una nueva categoría de la Derecha francesa. Antiparlamentario, igualitario y popular, se mantuvo contra el resto de corrientes y tendencias de la Derecha; era un movimiento sin dignidad, amoral, aliberal, indiferente al conservadurismo y a todas sus tradiciones con excepción de las que ellos habían adoptado para sí. Esto hace todavía más notable la forma en que el presi-

sidente Luis Napoleón, después Napoleón III, fue aceptado por la Derecha moderada, cuyos líderes fueron primeramente engañados y más tarde encarcelados por él. A esto pueden darse dos respuestas: en primer lugar, la clase media ante el temor de una revolución obrera era capaz de aceptar cualquier otra forma de gobierno; en segundo lugar, esta misma clase media tan sólo poseía el afán de lucro, lucro con el que conseguía bienestar y una política de gran expansión material, sacrificando el principio político a las conveniencias económicas.

Ambas respuestas son solamente válidas hasta cierto punto, ya que es necesario tener en cuenta que Napoleón III simbolizaba a la Revolución y garantizaba sus logros como ninguna otra figura de «la Derecha». De este modo representaba una forma especial de conservadurismo, especialmente entre los campesinos, que se mantuvieron fieles a él hasta el final, y representaba también el mantenimiento de los intereses implantados y legitimados por la Revolución, dando a su derechismo un tono como no había tenido ningún otro movimiento. Su actitud para con los trabajadores carecía de la claridad que los liberales hubieran querido. Los revolucionarios aplastados en 1848 habían elaborado una versión muy jacobina sobre el derecho de la propiedad. Donde los girondinos, al igual que Condorcet y la *monarchie censitaire*, argüían que un hombre sin propiedad es un hombre que no tiene raíces en el país, de ahí el impedimento a confiar en un voto de irresponsabilidad económica que llevaba aparejada la irresponsabilidad política; otros hacían girar en redondo el argumento hasta llegar a soluciones nacionalistas y colectivistas. La nación era una y uno su bienestar. Si las responsabilidades políticas y económicas estaban relacionadas, también lo estaban los derechos de ambas. Era necesario oponer el interés común al egoísmo de los liberales y el bien general a su racionalismo individualista. Éstas son las bases de un jacobinismo que encontramos tanto en la Derecha como en la Izquierda, mantenido en las doctrinas de nacionalistas como Maurice Barrès, e incluso con más extensión, entre los comunistas. Ésta era la amenaza esencial de la que se suponía que Napoleón tenía que salvar a los grandes propietarios.

Pero el nuevo gobernante comenzó su obra de una forma que contenía muchas reminiscencias respecto al nacionalismo de su propia tradición, unido a la autoritaria opinión de que él servía no a una clase, sino a toda la sociedad. El Segundo Imperio fue el reino del movimiento, de la empresa, de la acción a menudo por la misma acción, de la organización, especialmente la gran idea de los sansimonianos, que jugaban un importantísimo papel en su economía; ésta ofrecía grandes oportunidades a su labor financiera individual, pero abandonaba al liberalismo por el intervencionismo — ya que de no ser así hubieran existido menos oportunidades — y significaba además la hora de los trabajadores, no como fuente de aprovisionamiento de candidatos a la burguesía, sino del cuerpo obrero «como tal».

Algunos trabajadores se dieron cuenta de ello, y en julio de 1878, los mineros en huelga de Anzin, dirigidos por un bonapartista, intentaron hacer salir a sus compañeros de Derrain al grito de «¡Larga vida a Napoleón IV!» Como era previsible, no tuvieron éxito, ya que las veleidades del proletariado habían sido aplastadas en 1871 por un viejo orleanista. «La tierra está sembrada de cadáveres», exclamó Thiers a su regreso a París después de derrotar a la Comuna: «Este escarmiento les servirá de lección».

La Tercera República, fundada bajo la égida de Adolphe Thiers, antiguo ministro de Luis Felipe, expresaba claramente su opinión, opinión que ya había señalado mucho antes de su amenaza al Imperio: «Los verdaderos republicanos temen a las masas, las viles masas que han ocasionado la caída de todas las repúblicas». Evidentemente, los republicanos de Thiers eran republicanos patricios y la clase de República que pensaba establecer era la descrita por Daniel Halévy en su *République des Notables*, un régimen orleanista sin Orléans. A este respecto debe recordarse que la monárquica y reaccionaria Asamblea Nacional de 1871-1872, estaba dispuesta a votar tanto el impuesto de utilidades como el servicio militar obligatorio y que sólo Thiers y sus partidarios frustraron estos intentos proponiendo confiar en un largo servicio militar discriminatorio y tarifas y préstamos a la Hacienda. La posición de Thiers reflejaba las arraigadas tendencias de la masa campesina y la clase media: individualismo, proteccionismo, discriminación y hondo apego a los privilegios, siempre que éstos fueran los suyos.

El apogeo de los Notables fue breve. Del seno de los conservadores pertenecientes a la alta clase media de los años setenta, saldría una nueva clase media republicana y fuertemente politizada. Significaba la revancha de los legisladores y maestros frente a los industriales y economistas que servían al Imperio del hombre que había sido motejado como un «Saint-Simon a caballo». Los técnicos eran reemplazados por los «intelectuales» de la clase media que no estaba dirigida a los elegidos por el nacimiento o el talento, sino al vasto público indiferenciado que componía primordialmente las partes central y baja de la clase media.

La relación histórica entre Revolución y República, el objetivo de los llamamientos antiaristócratas y anticlericales de los políticos republicanos, incluso en los aspectos de tendencia socio-económica, daría al último tercio del siglo XIX un marcado color izquierdista; sin embargo, no es ninguna sorpresa ver como los progresistas de un día son moderados al siguiente, ya que los políticos son sólo reflejo de aquel público al que se dirigen. Entonces, ¿qué mejores conservadores en potencia pueden desearse que estos pequeños burgueses republicanos, este pueblecito, *petits propriétaires*, que leen el *petit journal*, cuidan del *petit soldat*, corren a su *petit commerce* y beben su *petit vin blanc* y cuya aspiración no es otra que el llegar a ser *petits rentiers*?

Los años comprendidos entre 1870 y 1914 representaron para Francia el apogeo del capitalismo demócrata, que se tragó los ahorros de estos pequeños inversores en sus empresas de gran poderío económico. «La burguesía debe ser incluida dentro de la gran masa del pueblo», dijo en tiempos del Imperio el sansimoniano Michel Chevalier, pero solamente hasta la Tercera República este propósito no se acercó a su total realización. En 1867 las compañías de capital anónimo se habían visto liberadas de toda clase de interferencia gubernamental. Su desarrollo estaba a punto de cumplir el deseo de Chevalier; comenzaron, primeramente, por establecer la solidaridad económica entre la pequeña y gran burguesía; luego, su meta fue obligar al pequeño inversor a poner sus ahorros en el seno del Estado porque éste, la mayor empresa de todas, parecía ofrecer las oportunidades más ventajosas para toda clase de inversión. Lo que los orleanistas no habían conseguido, lo consiguió en nombre de un importante sector de la sociedad la empresa capitalista de últimos del siglo XIX y principios del XX.

La prosperidad creciente unida a la cohesión de la sociedad burguesa, incrementó el número de gente ociosa. La cantidad de personas que gozaba exclusivamente de bienes producidos por otros doblaba o triplicaba al número de los que trabajaban, entre 1866 y 1906; en este espacio de tiempo, la población aumentó en un tres por ciento. No es de extrañar, por tanto, que la nueva sociedad fuese consciente de su clase. La práctica eliminación de los grandes bienes no significaba otra cosa que la mera recategorización dentro de la clase dominante. Ya bajo el Segundo Imperio, cuando la reciente prosperidad empezó a causar un confusionismo social y cuando los recién fundados almacenes abiertos al público (Bon Marché en 1852, Louvre en 1855, Printemps en 1865, Samaritaine en 1869), pudieron ofrecer todo aquello que se desease al alcance de cualquier bolsillo, apareció la *haute couture* como mantenedora de la diferencia y distinción entre los ricos y los económicamente débiles a través del corte y calidad del ropaje. Al mismo tiempo, la política urbana del barón Haussman clasificó y reagrupó los barrios obreros, y situó en los edificios nuevos y confortables de la burguesía las *chambres de bonne* pero en los espacios fríos y sin luz de debajo del tejado.

No obstante, así como a mediados del siglo XVIII la burguesía acentuó sus diferencias con los arribistas por medio de detalles materiales y suntuarios, la Tercera República prefirió hacer hincapié en la diferencia de educación, esencial para la promoción social bajo el nuevo régimen neoorleanista. Las clases selectas de la República tenían que representar a lo mejor del «intelecto y la capacidad», previamente seleccionados en las escuelas. La fundación de la *École libre des Sciences Politiques* en 1872 «les proporcionó un cerebro a las masas» y les proveyó de «mecánicos, políticos, técnicos y especialistas» para la nueva Francia, simbolizada por este esfuerzo de selección. Entre 1900 y 1937, 116 de los 120 *Conseillers d'Etat,* 209 de

los 218 *Inspecteurs de Finances*, 83 de los 94 *Conseillers à la Cour de Comptes* y 249 de los 284 miembros del cuerpo diplomático habían pasado por esta incubadora de la selección republicana.

Aparecieron los líderes de las masas pero las clases dominantes mantenían cuidadosamente las riendas del poder. En 1882 las célebres reformas de educación de la República separaron la educación elemental de la superior, ignorando los principios igualitarios que decían defender y asegurándose de que la élite del futuro fuese canalizada a través de estos sifones puestos por ellos. Los dirigentes del país, sus maestros y gobernantes se reclutaron en la Universidad y en las *grandes écoles*, en las que no podían entrar más que a través del *lycée* o del *collège*. Incluso un republicano progresista y anticlerical, alcalde de una villa del este de Francia, se oponía fanáticamente a la enseñanza superior destinada a los niños de clases inferiores. Defendía las escuelas y las enseñanzas, escribe Roger Thabault en *Mon Village* (París 1944), «pero sentía fuertemente la preocupación del burgués ante la creciente oleada de graduados sin empleo».

Las fuerzas de oposición de la Tercera República, la masa de insatisfechos, aventureros, hambrientos, amargados y aquellos que tenían su esperanza puesta en la Derecha o en la Izquierda, salieron de las filas de los sin empleo. En cafés, en salas de aspecto descuidado y en desnudas oficinas editoriales, los bachilleres parados se esforzaban en pos de alcanzar fama y fortuna y raras veces lo conseguían. Otros forjaban sueños de compensación y revancha afiliándose a alguna forma de revolución social como el anarquismo, socialismo o sindicalismo; otros de idéntica opinión gravitaban en el extremo opuesto, la Derecha, y desde allí atacaban al régimen y a la democracia con el mismo desprecio que ellos recibían, atacaban al sistema igualitario por enfermo y a las autoridades como incapaces de cumplir con su tarea. Con lo expuesto, sin pretender ignorar el papel jugado en los anales de la Derecha por el nacionalismo autoritario al que se afiliaron, nos damos cuenta que este movimiento no está suficientemente explicado. Aquellos hombres fueron producto del sistema, pero no sus creadores.

No podemos llegar a las raíces ideológicas de la nueva Derecha ni aún a las de la Tercera República, sin comprender antes las intenciones y principios de la política de educación republicana. Para los hombres de Izquierda, excepción hecha de los moderados, oportunistas y orleanistas que llegaron al poder después de 1879, la única esperanza de éxito de la República —o sea, de sobrevivir— residía en la educación, una educación encaminada a formar ciudadanos y electores como base estable para una nueva democracia. Pero la democracia que ellos deseaban, siempre inspirada en la línea del siglo dieciocho, pertenecía a una especie muy limitada y la educación promovida por ellos tendería, más que nada, a la formación de un sentido de patriotismo y orden social, con el maestro y el escritor como pilares de la tierra de sus antepasados.

Tras la serie de regímenes y revoluciones que se sucedieron desde 1789 hasta la humillación de 1870, el patriotismo y la estabilidad representaron los objetivos principales de los nuevos educadores. Deseaban, ante todo, asentar a la República sobre cimientos sólidos; la unidad nacional, antaño fundada en el altar y el trono, tenía que ser edificada sobre las nuevas bases del deber republicano que sería el corolario de la libertad. Este deber, en el que los verdaderos republicanos creían como en un artículo de fe, no fue demostrado ni razonado, sino que se impuso como una muestra esencial de patriotismo. Se enseñó como verdad indiscutible que era necesario cumplir el mandato de que todo hombre debe amar a su patria. Esto beneficiaba muchos aspectos del sistema, ya que el patriotismo dogmático justificaba la estabilidad del régimen y los valores, tanto sociales como morales, de las clases identificadas con él. «Las revoluciones que fueron necesarias en el pasado, pueden muy bien no serlo hoy —escribió Ernest Lavisse en el texto elemental de Historia que aprendían la mayoría de los niños franceses de aquel tiempo—. La sociedad francesa está regida por leyes justas, porque es una sociedad democrática. Todos los franceses tienen los mismos derechos, pero existen en nosotros diferencias que proceden de la naturaleza y posesiones de cada uno, diferencias que no pueden desaparecer.»

Era deber de todos los escolares convertirse en ciudadanos electores, no competidores, en una sociedad diferenciada, productiva y práctica, que deseaba, como apuntó Lavisse, *mettre tout français en culture pour qu'il rende son maximum*. Patriotismo y utilidad social, sí; promoción social, quizá. Sin embargo, la educación nacional los convirtió en patriotas republicanos y cuando la República, que había sido un gran ideal, llegó a ser primero un compromiso y después una excusa para subir, y cuando la tierra de los antepasados pareció hundirse en el fango de la debilidad y la corrupción, estos mismos ideales se volvieron contra sus promotores moderados, proporcionando numerosos slogans que no tardarían en sacudir a la República y a las instituciones que habían justificado, en ocasiones, dichos ideales.

El comienzo de este proceso apareció en 1880 con la crisis de Boulanger, y reunió en su contorno a todos los descontentos dentro de una coalición general poco frecuente: radicales, reaccionarios y patriotas. La República caía cada vez más bajo, hundiéndose en profundos abismos. En el exterior, su política extranjera no mostraba la fuerza que hubiera necesitado para obtener la recuperación de las provincias perdidas en 1871, y en el interior su fuerte anticlericalismo la enfrentaba con los católicos provocando escándalos que llenaban de asombro a las gentes. La Derecha moderada, que apoyaba la política extranjera, se oponía al anticlericalismo. La Izquierda jacobina, entusiásticamente anticlerical, estaba defraudada por la mengua del revanchismo y desilusionada ante la pérdida de la pureza republicana. El grito unánime de todos los Boulangistas sería el de «¡abajo los

ladrones!», grito que sería oído, en frecuentes intervalos, durante los anales de la República. Maurice Barrés, diputado a los veinticuatro años, hizo notar que la base del boulangismo era «una llamada a la honestidad». Sobre esta vaga e indeterminada plataforma, jacobinos, bonapartistas, realistas y socialistas podían estar de acuerdo, sin ninguna doctrina en común ni un líder que se la proporcionara junto con la dirección.

Los boulangistas, al igual que Barrés, eran autoritarios y contaban con firme apoyo nacionalista y socialista, pero se hallaban entorpecidos por la masa de la Izquierda y la Derecha, que manifestaba un temperamento y una insatisfacción más que una doctrina, y estaba dirigida por un líder que incluso carecía del suficiente dinamismo para seguir a sus tropas. Sin embargo, el boulangismo, aún dentro de su fracaso, influyó profundamente en la política francesa y en sus problemas. En la década siguiente a 1879, la nueva República se inclinó lentamente a la Izquierda. A la inseguridad e inexperiencia de los principales republicanos moderados siguieron otros de miras más cortas con el fin de preservar al régimen. Pero en la crisis del boulangismo los radicales habían mostrado su incapacidad y fascinados por el llamamiento nacionalista y popular del General, se habían revelado más jacobinos que republicanos. Ante el temor que esto produjo, los republicanos moderados se volvieron hacia sus compañeros de derechas intentando conciliarse con ellos y abandonando las posturas radicales de su republicanismo, en especial, abandonando el anticlericalismo que había sido el aglutinador de la alianza de la Izquierda, acción que ocasionó un fuerte ataque por parte de los radicales hacia los moderados de esta tendencia y el Parlamento, desacreditado y dominado por sus sucias maniobras de pasillo. El antiparlamentarismo, forjado en tales disensiones y probado en el escándalo de Panamá de 1893, dio lugar al nacionalismo y a la opinión nacionalista, que tanta influencia tendría en los asuntos de la Tercera República.

El mayor éxito del movimiento boulangista fue sin duda la rehabilitación del ejército, humillado a causa de la victoria prusiana; la recuperación de la confianza nacional en él y de éste en sí mismo junto con la de las provincias perdidas, Alsacia y Lorena. Boulanger representó la «Revancha nacional». Después de su caída, esta idea, antaño tan preciada por la Izquierda, llegó a ser paulatinamente una prerrogativa de la Derecha. Uno de los grandes promotores de la revancha fue Paul Déroulède que fundó en 1882 la *Ligue des Patriotes* con el fin de recuperar Alsacia y Lorena. Durante todo este tiempo Déroulède y su liga se mantuvieron en contra de Jules Ferry, Paul Bert y el resto de fundadores republicanos del secular y patriótico sistema de educación. Déroulède llegó a ser el más apasionado defensor del general y a su caída la liga se inclinó hacia la Derecha llevándose consigo su chauvinismo al mismo tiempo que en las Izquierdas la propaganda marxista comenzaba a socavar el patriotismo tradicional de las clases trabajadoras. A finales de siglo la alianza con Rusia ayudaría a esta

tendencia, con la consiguiente desconfianza de la Izquierda y el regocijo de la Derecha por sus estrechas relaciones con el régimen más reaccionario de Europa. Una década más tarde, la vorágine del asunto Dreyfus dio los últimos toques a una evolución por la que, asociados el afán revanchista, el feroz patriotismo y el militarismo, pasarían de la Izquierda a la Derecha.

Nacida en medio de la agitación popular de los años ochenta, la *Ligue des Patriotes* fue el primero de una serie de movimientos organizados no para la acción electoral y parlamentaria sino para la movilización y manipulación de las masas fuera de la estructura estabilizadora de los partidos y el Parlamento, e incluso frente a ellos. Tenemos, pues, la fuente y el prototipo del nacionalismo que, de acuerdo con René Rémond, es simplemente una reencarnación del bonapartismo; según este mismo autor, «el gusto por la autoridad, el prestigio y la fuerza, la atracción ante la aventura y la gloria, el culto al líder, el antiparlamentarismo, la llamada a las masas... es lo que caracteriza al bonapartismo, elementos que también encontramos en el nacionalismo. Sin embargo, deberíamos retroceder y reconocer de algún modo que ciertos aspectos de los ultras, turbulentos e intransigentes y más apegados a las personas que a la doctrina, coinciden con los nacionalistas, que parecen prolongar cierta tradición activista y combativa, peculiar a todos los movimientos extremistas».

La naturaleza activista del nacionalismo de *fin-de-siècle* concordaba con el sentir general, según podemos apreciar en trabajos de hombres como Nietzsche, Kipling y Gabriele d'Annunzio. Su figura más representativa, Maurice Barrès, hallaba en él «algo que alimenta mi imaginación, sensibilidad y pensamiento»; encontrando un placer exquisito en «moldear los pensamientos» de sus seguidores, haciendo revivir su propia sensibilidad mediante las «gimnasias políticas» que le proporcionaron primero el boulangismo y ahora el nacionalismo. Otro portavoz de esta opinión es el mayor Marchand que, según expresaba, prefería ver a la sociedad francesa estallar en la violencia que contemplarla sumida en un sueño cobarde. «Tenemos que ir resueltamente hacia delante.» Marchand, recién llegado de Fachoda, escribe a su amigo Léon Daudet: «Hay que correr incluso el riesgo de un fracaso en la empresa de alcanzar a otras sociedades que nos han dejado atrás en los últimos treinta años. No pretendo afirmar que encontraremos el camino adecuado, pero creo que debemos intentarlo». Lo primordial era empezar, la dirección era un problema secundario.

Inquietos, apasionados y antiteóricos, los nacionalistas apoyaban la acción frente al intelecto y la palabra. Militaristas, vulgares, violentos y populacheros, estaban, en efecto, muy lejos de la vieja Derecha y diferían bastante, en algunos aspectos, del bonapartismo, lo que constituía la fuerza de sus adversarios. Pero la agitación nacionalista fue un fenómeno urbano y su influencia apenas se dejó sentir entre la masa campesina. Se podría decir, sin exagerar, que el nacionalismo fue un movimiento de París, y que

entre sus habitantes logró el mayor éxito a causa de que su democracia consistía en el odio a los ricos y el desprecio a los pobres; pero su influencia se extendió a través de Francia por mediación de periódicos parisienses como *L'Intransigeant* de Rochefort y *La Libre Parole* de Drummond, periódicos que expresaban el radicalismo del pequeño burgués.

Pierre Gaxotte comparó en una ocasión al elector francés con el queso de Holanda, rojo por fuera y blanco por dentro, revolucionario para obtener una pensión y conservador para defenderla. Esta opinión puede explicar el aparente paso a las derechas de un electorado de matiz izquierdista cuya clave parece residir en la elevación y orientación de estas clases medias, en las que ya en 1791 los Girondinos habían visto el complemento del poder. Durante el siglo XIX, este grupo vasto y complejo, que se autodefinía con claridad, fue visto alternativamente como el guardián de lo que François Guizot llamaba las «pretensiones locas» de igualitarios y anarquistas, o como el aliado, al menos en potencia, de las clases trabajadoras en su lucha por la revolución social. Hemos visto, pues, cómo han llegado a producirse ambas tendencias y el papel que juegan actualmente.

La clásica interpretación de la reciente historia francesa como una larga evolución izquierdista, todavía parece estar basada en este último aspecto; es un período de la historia en el cual las clases medias —por usar los términos más generalizados— estaban a favor del cambio aun cuando éste fuera revolucionario, y las reformas a las que se aspiraba eran políticas, no económicas ni sociales. Éstas estaban subordinadas a la política y a los intereses de propiedad, seguridad y orden de la clase media. Mientras los objetivos principales de móvil de acción eran de naturaleza «política», legal, de organización o de constitución, y no atañían al orden y seguridad, no existía ningún inconveniente para que un importante sector de la clase media se alinease con la Izquierda. Incluso no les asustaba la amenaza de una revolución, en parte porque ésta estaba en su tradición, en parte porque era más de palabra que de hecho y porque con ello podía mejorarse con facilidad su propia posición. Pero tenía que ser una revolución adecuada: febrero, no junio, de 1848, la República del 14 de septiembre de 1870, no la Comuna Social Revolucionaria del 18 de marzo de 1871. Y tenía, además, que limitarse a los cambios políticos sin abandonar los sociales.

Planteado en tales términos, los grupos de la clase media estuvieron siempre a favor del cambio hasta las elecciones de 1877, la renuncia del realista mariscal MacMahon en 1879 y la elección de un republicano leal para la presidencia. Después de 1879, sus principales anhelos y los logros políticos que aún interesaban a los republicanos moderados eran escasos. Su persistencia en continuar en la Izquierda se debía a la necesidad, primero real y ahora aparente, de defender sus logros. Esto era consecuencia de la inercia mental inevitable tras la consolidación de una tradición, y justificado por querer mantener vigentes la mayor parte de los objetivos

conseguidos en el transcurso de estos períodos políticos. Al tiempo que crecía el número de moderados derechistas que aceptaban el orden establecido, una nueva idea procedente de la Izquierda, la del colectivismo, se enfrentaba con la idea de la propiedad y proporcionaba una base más amplia de entendimiento para cambiar las alianzas de las diferentes tendencias políticas de la República.

Durante gran parte del siglo XIX las dinastías burguesas en el poder habían defendido sus posiciones por medio de la fuerza y la represión brutal, legalizada por el control de la estructura legislativa y ejecutiva. Pero ahora las instituciones de la República, las fórmulas políticas que les daban fuerza, la elevación de la clase media baja — *les nouvelles couches sociales* —, que Gambetta aclamaba, eran factores determinantes de una democracia política que hacía inaplicables los métodos antiguos y reclamaba una organización para tratar de dosificar un sistema brutal. Cuando la democracia de la clase media no pudo sofocar por más tiempo a la oposición, se hizo necesario el buscar los medios para llevar a cabo un cambio en su política que, de hecho, constaba sólo de dos aspectos, educación laica y anticlericalismo, ninguno de los cuales amenazaba la propiedad y el orden de la clase media. En este punto común: el que la defensa de las instituciones republicanas era un *sine qua non*, era donde la alianza de republicanos y socialistas podía ser realizada y mantenida por algún tiempo. Pero ya hemos visto que la crisis de Boulanger hizo nacer grandes dudas a propósito de la fidelidad del público radical al *statu quo*, y a principios de los años noventa, cuando llegó el momento en el que las reformas educacionales de Jules Ferry entraron a formar parte de su estructura, el *ralliement* de los conservadores católicos a la República marcaba una clara y general aceptación del régimen. La República y la escuela apenas fueron temas de disputa, lo que provocó un serio esfuerzo por reformar la unidad de la Izquierda, que se encontraba con escaso número de objetivos en su haber, esfuerzo que pronto se vería convertido en una nueva alineación. El desarrollo de la organización e ideología obrera en 1890, rechazando el sistema establecido y uniéndose frente a él, reclamaba una respuesta que el ciudadano moderado corriente no estaba preparado para dar pero que las ligas nacionalistas deseaban fuertemente proporcionar, un socialismo calculado, una reforma pragmática contra la labor utópica del colectivismo y nuevas fuerzas a la causa común de la burguesía baja y los trabajadores contra el imperio del dinero, la industria y la máquina opresiva y corrupta del Parlamento y el Estado.

El Parlamento, lejos de ser una institución representativa, era el símbolo de las fuerzas de facción o bando. En cuanto a la acera opuesta, objetivos ajenos a los franceses y partidos políticos extraños a ellos producían una especie de guerra civil indefinida que perpetuaba la anarquía y el caos, además de provocar y crear divisiones sociales no por artificiales menos perniciosas. El interés común de los franceses residía en el deseo de que su

país fuese próspero y poderoso, pero esto no podía realizarse debido a las eternas disputas y disensiones de facción, cuya característica más destacada fue la lucha de clases iniciada por las amenazas socialistas contra la propiedad y el orden. Las categorías y divisiones de clases carecían de base y se habían introducido doctrinas capciosas, proyectadas por extranjeros y que tenían como objetivo el debilitar a Francia, cuya mejora social solamente podía brotar de una armonía nacional. Se predicó intensamente esta unidad nacional, se predicó la lucha contra los enemigos extranjeros y contra los responsables de la anarquía y la desintegración interna. Del principio de unidad se derivaba el de populismo nacional: los obreros revolucionarios no eran malos, simplemente estaban equivocados, desviados por doctrinas extrañas, por líderes extranjeros o comprados con el oro extranjero.

El nacionalismo se definió a sí mismo, por contraposición, como un ente contrario a los extranjeros y a todo lo extranjero, ya fuera el enemigo tradicional, el simplemente extraño o el protestante. Inevitablemente descubrió que los judíos eran un extraño en casa que explotaba, corrompía y pervertía a los buenos ciudadanos. Poco conocido en Francia, el antisemitismo fue antaño una faceta de las clases obreras anticapitalistas hasta que Drumont lo popularizó, haciéndolo parte integrante de su llamamiento a los resentimientos y temores económicos de la clase media. Tanto el judío de Drumont como el de Proudhon simbolizaban el poder del dinero, casi tan detestado por los pequeños tenderos, artesanos y negociantes como por los obreros. Los afincados en el antiguo orden vituperaban este orden nuevo y los cambios ante los cuales numerosas clases sociales de Francia, divididas en otros aspectos, se unían. Además, el antisemitismo proporcionaba una excelente diversión, frecuentemente inopinada, de las protestas sociales que podían de otro modo perjudicar a los intereses no judíos.

Los conservadores mostraban poca afinidad con el antisemitismo, cuyos excesos juzgaban como muy vulgares, teniendo en cuenta, además, que los ataques a la propiedad judía repercutían en la suya. Opinaban —y no estaban desacertados del todo—, que el antisemitismo traería consecuencias socioeconómicas; de este modo, cuando Drumont resultó elegido con gran éxito candidato antisemita en Argel (1898), fue en combinación con una vasta maniobra dirigida contra dos de los representantes más importantes del mundo de los negocios, ninguno de ellos judío: Thomas, diputado por Constantina, y Etienne, diputado por Orán.

El peligro se vislumbraba lejano, pero los conservadores tenían mucho que perder y no los convencían las violentas bravatas de los demagogos antisemitas. Sin embargo, la alta clase media y la inmediatamente inferior se dejaban convencer más fácilmente. Sus cerebros eran menos críticos, con un sentido menor del peligro, y afectados en menor grado por las pérdidas económicas. Una de las figuras más representativas del antisemitismo de fina-

les de siglo fue Max Regis, un rufián, alcalde de Argel durante muchos años, que solía arengar a la multitud con una especie de Marsella antijudía:

Y a trop longtemps qu'nous sommes dans la misère
Chassons l'Etranger/Ça f'ra travailler
Ce qu'il nous faut c'est un meilleur salaire,
Chassons du pays/tout'cette bande de Youddis!

Las memorias de un contemporáneo antisemita como Raphael Viau, son un largo testimonio de cuántos despreciables resentimientos económicos puede un hombre echar sobre los judíos.

Si el descontento socio-económico, por una parte, y las necesidades doctrinales, por otra, eran los factores dominantes en el curso del desarrollo del nacionalismo antisemita, no debe olvidarse un tercer factor: la religión. Hasta ahora hemos tenido poco en cuenta la parte jugada por cuestiones religiosas en los avatares de la Derecha, por tratarse de un asunto complejo y oscuro. Pero, si una diferente interpretación de las cuestiones religiosas tuvo la suficiente fuerza como para inclinar a las gentes hacia las Derechas o hacia las Izquierdas, el investigador político se ve obligado a considerar el aspecto religioso como un factor más de la política. Desde esta perspectiva las coincidencias entre las posiciones de la Iglesia Católica y la de las Derechas son casi constantes. Pero, ¿qué Derecha? En circunstancias determinadas en las que la tradición revolucionaria de la Izquierda establece una posición irreligiosa, o al menos un anticlericalismo, los revolucionarios más extremados serían lógicamente los soportes de la religión. Pero en este caso los defensores de la religión podían no estar de acuerdo con la Iglesia y la jerarquía se sentía, muy frecuentemente, de acuerdo en mayor grado con los conservadores moderados, aunque fueran escépticos, que con los violentos reaccionarios inclinados al galicanismo o a echarlo todo por la borda.

Esto se hizo realidad en muchas ocasiones y hubo circunstancias que pudieron llevar a la Iglesia a un acuerdo ocasional con los extremistas: la base de la preferencia de las Derechas por la Iglesia reside en que ésta representa el orden, la jerarquía y la disciplina. Paul Bourget, por ejemplo, escritor notable y figura altamente representativa de la reacción republicana durante el pasado siglo, dijo que en medio del ambiente anárquico de los años noventa no podía descubrirse ninguna disciplina más fuerte que la de la Iglesia, disciplina que durante siglos había conseguido mantener el orden entre sus miembros. Para Bourget, lo mismo que para la mayoría de conversos al catolicismo, el valor social de la Iglesia es el más fuerte argumento a su favor.

Por otro lado, los nacionalistas y los antisemitas, a pesar de celebrar el triunfo de Roma sobre sus orígenes judíos, no estaban muy influidos por el orden, la disciplina u otra especie conservadora. Raramente clericales, eran

frecuentemente agnósticos e incluso a veces anticlericales. De ahí que el aspecto de la religión, en particular, o el de la política religiosa les afectase muy poco. Es más bien el aspecto negativo posicional de la religión en el siglo XIX el que pudo hacer mella en la mentalidad y el espíritu nacionalista. La segunda mitad del siglo fue un período de auténtica decadencia religiosa, hasta tal punto que Nietzsche encontró adecuado anunciar la muerte de Dios. Una nueva religión de la ciencia había sucedido al escepticismo volteriano; de una época más luminosa y la marcha de la Iglesia junto con la fe religiosa se tambaleaba. Paralelas a esta crisis de la fe y como compensación, florecieron un sinnúmero de ciencias ocultas y supersticiones, siguiendo la vena científica de los tiempos.

Por otra parte, con la Iglesia en decadencia o no, las mentes de la época eran esencialmente religiosas y con predisposición a creer en el gobierno de poderes sobrehumanos de una clase u otra. Las mentalidades familiarizadas con lo supranatural, ya fuese «científico» o «religioso», tendían a buscar los factores ocultos y el posible significado de todos los acontecimientos dentro de un área situada más allá de sus causas evidentes.

La búsqueda de lo oculto no fue una creación de Baudelaire o Freud sino que tenía orígenes bien fundados en la Edad Media, en que cada cosa era tomada como un presagio, en especial por las mentes educadas en la tradición escolástica de la Iglesia Católica o en las ceremonias simbólicas de la francmasonería.

Antes de seguir adelante nos detendremos en el antisemitismo católico y en el antimasonismo, que poseyeron extraordinaria duración y rápida aceptación por parte de un público presto a creer los más siniestros complots de sus odiados enemigos, que eran los judíos o masones para los católicos y los jesuitas para los anticlericales.

Las masas, sin embargo, estaban fuertemente influidas por el ambiente milagroso creado por Lourdes y La Salette, el pietismo místico y la combatividad de los padres asuncionistas, que desde su periódico *La Croix* decían que Dios había estado siempre de acuerdo con la Derecha y que ahora lo satánico, simbólico y sobrenatural se había puesto al servicio de sus enemigos. Las grandes figuras del nacionalismo popular de aquel tiempo eran adictos al espiritismo y a la magia, hecho notable y sorprendente. Drumont era extremadamente supersticioso; su editor, Gaston Méry, fundó un periódico dedicado a la magia, *L'Echo du Merveilleux;* Léon Daudet y Charles Maurras, de la *Action Française*, estaban fascinados por la grafología, la quiromancia y la adivinación; los mediums y las brujas eran un factor integrante del mundo misterioso y lleno de conspiraciones en el que se movían los nacionalistas y los antisemitas. Indiferentes a menudo a la idea de Dios, no encontraban dificultad para creer en el diablo y en la intervención de su mano en los acontecimientos, lo cual ejercía gran influencia sobre un público que no sabía explicarse de otra manera sus dificultades y desgracias.

El chauvinismo, la insatisfacción, las promesas de acción unido al reflejo de diversos temores y rencores... y el nacionalismo, lo englobaron todo en una dirección vaga e indeterminada, y en multitud de movimientos nacidos mayormente en París durante los años noventa, antes y en tiempos del conflicto Dreyfus. Entre los más conocidos estaban la *Ligue des Patriotes* de Déroulède, la *Ligue Antisémitique* y su *Grand Occident* — contrapartida del *Grand Orient* masónico — de Jules Guèrin, la *Jeunesse Antisémite*, de Drumont, y la *Ligue de la Patrie Française*, que incluía a la flor y nata de la Academia y a la sociedad de Derechas. Éstos y una docena más competían por alcanzar los votos de algunos barrios, luchaban para eliminar a los compañeros que les pisaban el terreno o a los rivales y conspiraban por deshacerse unos de otros.

Las ligas de 1890, como las de 1930, no lograron jamás ponerse de acuerdo sobre un único objetivo. Por un breve período, y sólo en pos de las ventajas que les iba a reportar, los nacionalistas consintieron en ajustar su programa político a los intereses y rencillas de un heterogéneo electorado: los socialistas de las áreas más pobres, que ellos mismos presentaban como «patriotas» o «antigubernamentales»; atrajeron hacia sí a los radicales de los lugares más prósperos al patrocinar los intereses de la nación y del hombre común, y a los conservadores de los barrios ricos a los que apelaban como defensores del orden. El éxito de esta política de extrañas mezclas puede verse en el hecho de que la mayoría de los miembros del Consejo Municipal de París pertenece a la Derecha desde el año 1900.

No obstante, el triunfo fue incompleto, ya que los nacionalistas consiguieron muy poco entre los conservadores que estaban satisfechos con sus representantes de Derechas y entre los obreros organizados por socialistas y sindicalistas. Un reciente ensayo de D. R. Watson, *The Right in France, 1896-1919* (1), argumenta que el nacionalismo de 1900, apelando al Centro y a la Derecha, no fue en modo alguno la reencarnación del boulangismo, pues lo que éste hizo fue lanzar los dos extremos contra el Centro. Hacia 1900, sin embargo, el desarrollo de la organización socialista impidió una posible unión de los insatisfechos de Derecha e Izquierda, tal como Boulanger había intentado lograr. Pero en aquel entonces la función de los nacionalistas era diferente. Edificaron un puente ideológico sobre el que los diversos sectores de la clase media pudieran ir hacia una Derecha republicana que, sin tardanza, destruiría el orden existente, prometiendo defenderles, sin embargo, del colectivismo y de su propia corrupción.

Una vez que las tropas hubiesen cruzado, hallándose París «claramente dividido en líneas económicas y sociales», el puente no era necesario y el nacionalismo se fue extinguiendo paulatinamente, fundiéndose sus represen-

(1) Editado por David Shapiro, Londres, 1962.

tantes con el resto de las Derechas, pero se trataba de una nueva Derecha —como especifica François Goguel—, «republicana, al menos de nombre, socialmente conservadora y opuesta al anticlericalismo y antimilitarismo de la Izquierda».

En realidad, el verdadero anticlericalismo y antimilitarismo que actuó de nexo de unión entre radicales y socialistas no sirvió más que para desunirlos cuando estos radicales, que habían permanecido sordos a los cantos de sirena nacionalistas en 1900, más tarde sucumbieron a unos llamamientos de procedencia muy diferente.

El caso es que después de 1905, cuando tuvo lugar la gran disputa final y se decidió seriamente la separación entre la Iglesia y el Estado, solamente restaron los objetivos socio-económicos y cuando los socialistas trataron de removerlos invitando a los radicales a la puesta en práctica de reformas económicas, se encontraron con una acogida muy fría. Los republicanos moderados que habían apoyado la revolución cuando esta poseía un matiz político, junto con las clases medias radicales que habían aceptado el cambio constitucional y legal, no quisieron tomar parte en unas reformas que perjudicaban sus intereses y, por encima de todo, perjudicaban a la propiedad privada.

Los cambios de orientación aparente son a veces más difíciles de realizar que los de orientación real. Antes de la primera Guerra Mundial, los radicales todavía se consideraban a sí mismos como un partido de acción, y se habrían visto entorpecidos ante la dificultad de conciliar su propio *ethos* con sus intereses si, como radicales, no eran capaces también de hallar un puente que los acercase al partido del orden. Este puente, extremadamente importante, fue proporcionado por los sentimientos patrióticos anteriores a la guerra, principalmente los surgidos tras la crisis de Agadir en 1911. Todo lo concerniente a la defensa social era de este modo complementado por los más meritorios anhelos de defensa nacional. Apareció una mayoría patriótica y moderada que incluía no sólo a los radicales sino a socialistas independientes como Millerand y Viviani. Ellos eligieron a Raymond Poincaré presidente de la República, prepararon a la nación para la guerra e hicieron todo lo que les fue posible por evitar los impuestos sobre la renta.

La «sagrada unión» de los años de guerra consagró su evolución y las elecciones «nacionales» de 1919 marcaron, menos que una victoria de la Derecha, una amplia influencia del Centro, que tenía ahora en su seno a muchos radicales y socialistas independientes. De los cuarenta y tres gabinetes que gobernaron a la nación entre la victoria de 1918 y la derrota de 1940, diecinueve eran derechistas declarados, nueve de Izquierda y catorce del Centro; la mayoría de estos últimos, sin embargo, tendían a la Izquierda. El Centro no estaba compuesto más que de moderados y conservadores, partidarios de la ritual repetición de fórmulas tradicionales de la Izquierda. Y, realmente, por los años veinte pocos podían dudar (fuesen cuales fuesen

sus fórmulas y pretextos) que éste era el lugar que correspondía a los radicales. Éstos participaron, prácticamente, en todos los gabinetes después de 1924 y dirigieron dieciséis de ellos, pero su actitud raramente alcanzaba otra vertiente que la moderada. Su evolución reflejó un cambio en la orientación de la clase media, crucial por sus efectos en la balanza del poder, y fortaleció, no a los extremos como era de esperar a causa del nivel del partido o debido a su tradición jacobina, sino a las fuerzas del conservadurismo.

Mientras tanto, ¿qué se había hecho de las ligas y qué sectores de la clase media se movían dentro del ámbito de la respetabilidad o al menos del conservadurismo? ¿Qué iban a hacer los extremistas que en momentos de crisis pregonaban su rencor y eran la pancarta de las aspiraciones y absurdas fantasías de esta clase? Representando un capricho más que una idea, una reacción más que un programa, las ligas perdían importancia y se desvanecían prácticamente cuando se solucionaba la crisis que las había hecho aparecer y su público se sentía temporalmente tranquilizado al ver los problemas aparentemente resueltos. Durante tales períodos un público generalmente apolítico se daba cuenta de que los partidos moderados satisfacían sus necesidades. Hacia 1904 ó 1905 desaparecieron todas las ligas que habían poseído su época de apogeo; sólo sobrevivió una que persistiría durante muchos años, la *Action Française*, fundada en 1909 por un grupo de jóvenes intelectuales de la *Patrie Française* acuciados por la inquietud surgida de los problemas que afligían a Francia. Trabajaban en pos de una doctrina y unas soluciones para la salvación y regeneración del país, y lo predicaban a todo el que quisiera oírlos.

La *Action Française*, dicho con otras palabras, proporcionó aquello que las modernas Derechas no habían logrado jamás: una doctrina. Y sobrevivió en virtud de esta misma doctrina, que les dio cohesión, continuidad y una «personalidad» de la cual carecían los otros movimientos de la extrema Derecha. Bajo la influencia de un joven realista, Charles Maurras, la *Action Française* desarrolló su doctrina; una filosofía del nacionalismo integral, y la ocurrencia de un hombre obstinado creó el movimiento doctrinario más importante de la Derecha francesa, haciendo revivir un monarquismo que muchos franceses creían muerto.

Para salvar a su país de la decadencia y el desorden del momento, Maurras buscó por todas partes las fuentes del bienestar francés, la prosperidad y la gloria en la continuidad de un pasado que había sometido a prueba su validez en las duras experiencias de la Historia. Llegó a la conclusión de que sólo la monarquía hereditaria podía proporcionar la estabilidad, la unidad y la autoridad sin las que la nación estaba a punto de estallar en pedazos. Era necesario corregir el violento impacto de la Revolución, impedir la integración de sus principios debilitantes en la tradición francesa, era imprescindible cortar y eliminar todos los actos de un siglo de anarquía individualista, borrando la pizarra por completo y comenzando de nuevo en

el momento en el que las cosas quedaron interrumpidas en el año 1789. Sin embargo, no fueron las declaraciones realistas de Maurras lo que ganó la atención del gran público conservador, sino su insistencia en que la primera condición era la regeneración y salvación del país y que el orden, la disciplina y la jerarquía eran en estos momentos los principios esenciales que se opondrían a las ideas subversivas de libertad para el individuo a expensas del bien social, de igualdad contraria a la ley natural, y del faccionalismo doctrinal que dividía y debilitaba a la nación, sólo en beneficio de intereses particulares. La nación — decía Maurras — como ya se había dicho antes pero muchos habían olvidado — es un todo orgánico, no un miembro, ninguna parte del cual puede obrar indebidamente sin causar perjuicio al interés general, y ante la contienda producida por la pugna de los intereses naturales se necesita un árbitro, la autoridad monárquica de un solo poder, de un único hombre entregado al conjunto, no a sí mismo.

Maurras era un monárquico más que un realista, presto a romper con el rey si no satisfacía las condiciones precisas y dar la bienvenida al poder monárquico de un Pétain que parecía reunirlas todas. Vichy en el primer período no fue otra cosa que una monarquía maurrasiana, «una jerarquía social», como parafraseó Pétain en su mensaje del 11 de octubre de 1940, rechazando «las falsas ideas sobre la igualdad de los hombres» y poniendo en práctica — o al menos en ley — muchas de las ideas de Maurras.

Pero antes del trágico cumplimiento de sus sueños y programas, Maurras quiso hacer de la *Action Française* el gran centro didáctico de las Derechas, la escuela de la que surgirían variadas herejías; el núcleo de un orden y una autoridad sólo al servicio de las masas conservadoras que fueran plenos partidarios de sus doctrinas. El moderado, sea elector o político, no es doctrinario y generalmente confía en lo que él llama sentido común, pero acusa una especie de desafío en el que «enormes peligros» parecen requerir «ideas sencillas y hechos enérgicos». En momentos como los enunciados anteriormente el moderado acoge cualquier ideología, pero la energía que él es incapaz de aportar debido a su carácter suave y pacífico, una vez fallidos policía y ejército, es suplida por las ligas y es cuando las demandas de los moderados coinciden con las ofertas de la extrema Derecha y, atrapados en la lucha por el poder, reconocen las posibilidades de una Derecha radical, que a su vez necesita de su dinero, potencial humano y respaldo. Sobre esta base y con una propaganda incesante y didáctica la *Action Française* extendió sus ideas e influencia en los círculos moderados y republicanos apartados del contacto personal. Llegarían a ver que en un mundo inestable ellos ofrecían la estabilidad; contra la debilidad predicaban la determinación y, lo más importante, ofrecían una seguridad, no en su doctrina que pocos conocían por completo, sino en la autoridad de un doctrinario al que muchos respetaban. Durante medio siglo Maurras fue el Marx de las Derechas, tantas veces citado como pocas leído, con frecuencia mal in-

terpretado como el más grande, noble y no menos inquieto profeta de la Izquierda.

Estos jóvenes de la generación anterior a 1914, ávidos de un credo positivo y de una doctrina de acción encontraron en Maurras lo que buscaban. *Les jeunes gens d'aujourd'hui* (1912), de Aghaton; *Jean Cristophe*, especialmente el volumen X (1912), de Romain Rolland; *Jean Barois* (1913), de Roger Martin du Gard, y otros muchos documentos contemporáneos, nos informan ampliamente de este grupo poco numeroso, aunque no por ello menos importante, de estudiantes e intelectuales. Durante la época cercana a la primera Guerra Mundial muchos recibieron y aceptaron su influencia: Proust, Gide, Bernanos, Montherlant, Malraux, Drieu La Rochelle y Maritain. La influencia de su periódico, la *Action Française*, que apareció diariamente entre los años 1908 y 1914, se extendió más allá de sus fronteras incluso en el período de entreguerras. Pero durante ese tiempo el movimiento de la *Action Française* se separó de la extrema Derecha. A partir de 1919, ésta sufrió un cambio, volviéndose más radical y extrema de lo que era posible dentro de un movimiento que abogaba por el orden.

Las diferencias entre la *Action Française* y sus numerosos sucesores contemporáneos se hicieron evidentes en una disputa que dividió sus propias filas en sendos grupos alrededor de dos colaboradores del periódico realista: René Jouhandeau y Georges Valois. En 1924 publica el primero un *Eloge du bourgeois français*, que comprendía un análisis y una síntesis de las virtudes de la burguesía, expresando la esperanza de que dichas virtudes pudieran aplicarse en el gobierno del Estado. Como respuesta, en el mismo año, Valois escribe en el prefacio de otro libro, *La Revolution nationale*, que si bien era correcto aplicar a la administración del Estado la técnica de una empresa de negocios, sería desastroso hacer lo mismo con la política general, la justicia y el ejército. Francia —continuaba Valois— no es ni debe ser un Estado burgués que proteja a una clase y a un espíritu que es extraño a los hombres que lucharon y ganaron la guerra, no para un partido sino para la tierra de nuestros antepasados y para su grandeza. El veterano —sigue diciendo Valois— tiene conciencia de que fue él quien logró la victoria, pero que son el burgués, el conservador, el radical o el liberal quienes le sacan el provecho. Ningún veterano levantaría un dedo para defender los intereses burgueses o para restaurar el orden de éstos. La única esperanza del Estado residía en los espíritus heroicos que habían ganado la guerra, afianzando los derechos orgánicos de todos por encima de los intereses mercantiles o por los intereses del dinero, un espíritu encarnado en un líder autodesignado que llegase a imponer su voluntad y sus designios en la revolución y en el nuevo Estado nacionales.

Valois tuvo que esperar dieciséis años para la realización de este modo de ver las cosas, pero los argumentos orgánicos, revolucionarios y heroicos que adelantó, sirvieron de modelo a las ligas que aparecen en el período de

entreguerras; el fascismo y el nacionalsocialismo no eran sino variantes del moderno nacionalismo. Su propio *Faisceau* era el primero entre todos estos grupos cuya característica primordial era el dinamismo — convertido en signo distintivo, según Plumyène y Lassiera hacen notar en su librito sobre el fascismo francés —; era una tendencia hacia la unión de Juana de Arco y la Comuna de París, o sea a unir las tradiciones heroicas de la Derecha y de la Izquierda.

«El valor de un mundo está en sus extremos, su duración en sus medios. Su mérito reside en los ultras y su esfuerzo de duración en los moderados», escribía Paul Valéry. Durante la mayor parte de los siglos XIX y XX Francia había sido gobernada por moderados: «Nadie deseaba ser de la Derecha, ni reaccionario o conservador». *Le Temps* del 7 de junio de 1934 se lamentaba con las siguientes palabras: «Estas opiniones, condenadas al anonimato, han adoptado el inofensivo nombre de moderadas. Hay en nuestro país una especie de moderación que incluye al extremismo». Estas dos referencias resumen la paradoja de la política francesa, la de los ultras, el dominio de los moderados y el hecho de que emane natural y necesariamente de la Derecha la inspiración de los moderados dominantes.

Existe cierta ambigüedad dentro de los términos Derecha e Izquierda, conservadores o moderados, pero no pueden ser dejados aparte, son elementos de nuestro lenguaje y del mundo de la política y resulta más fácil ponerlos en práctica que explicarlos teóricamente. Cuando el objetivo no es filosófico sino que surge de una situación política, el conservadurismo — llamémosle así, aunque también podríamos darle el nombre de moderado —, se define a sí mismo no con expresiones teóricas sino en los mismos términos de aquellos problemas con los que se encara. De ahí la bien conocida tendencia de los radicales a convertirse en conservadores y de los revolucionarios que, una vez alcanzados sus fines, se aprestan a defender su nuevo orden. Éste es un hecho corriente, pero cuando las actitudes de los hombres y los partidos cambian e igualmente sus políticas, las doctrinas evolucionan más lentamente, lo que nos conduce a la aparente paradoja de liberales conservadores, radicales conservadores, social-demócratas conservadores e incluso comunistas conservadores en lugares donde su doctrina, o al menos sus representantes, han alcanzado el poder.

En tales circunstancias los partidos y movimientos reaccionarios pueden resultar los realmente revolucionarios, atrayendo de este modo aquel sector del público que se inclina igualmente por los partidos revolucionarios activos o por los revolucionarios tradicionales y, por las mismas razones, de las cuales la doctrinal es la menos importante, ya que, para ellos, la perspectiva de una transformación radical cuenta más que la dirección precisa del cambio.

Incluso el carácter revolucionario de gran número de radicales derechistas parece menos importante para sus compañeros moderados que las campañas violentas que conducen contra los revolucionarios de la Izquierda. Ello se debe asimismo a que a la mayoría de los conservadores les gustaría que se realizasen grandes cambios, pero temen incluso a las pequeñas transformaciones y quisieran ver solucionados los desórdenes sin alteraciones de ninguna clase. La única etiqueta que comprenden, porque significa exactamente lo que ellos quieren que signifique, es la Nacional, el símbolo de una nación que posee una idea confusa de lo que no quiere pero ninguna de lo que en realidad quiere. Todos los acuerdos y disputas entre moderados y radicales de la Derecha se basan precisamente en dicho término; que cubre gran multitud de culpas y confusiones olvidadas durante las alianzas temporales y que aparecen en los momentos de éxito, cuando la mayoría de los moderados quieren disfrutar del recién ganado poder y los radicales pretenden servirse de él.

El unánime grito nacionalista esconde profundas diferencias temperamentales entre los diversos sectores de la Derecha, diferencias que afectan no sólo a sus fines sino a su forma de actuar cuando se tiene que conseguir algún objetivo preciso. Los radicales, como su nombre indica, están dispuestos a ser radicales, pero los moderados no pueden hacerse cargo de la necesidad de muchos actos que requieren sus deseos. Realizan solamente gestos y alardes. Los gestos complacen ahora también a los radicales, y cuanto más ineficaz es su acción política más ostentosos son aquéllos. De esta manera, cuando se llega a un punto álgido, esta especie de extremismo romántico que desasosiega a los moderados, es a menudo contrarrestado por el romanticismo de éstos, que proporcionan a sus extremistas el atractivo de que ellos carecen.

Los conservadores moderados son románticos fracasados que ven en el extremismo de Derechas las imágenes de un sueño o contrapartida de una pesadilla: el sueño de resucitar la época caballeresca de Babbitt y la pesadilla de *monsieur* Prudhomme. Además, aun cuando basasen su extremismo en objetivos prácticos, su racionalidad está asentada sobre veleidosas fantasías. Un claro ejemplo de ello puede apreciarse en la discusión sobre moderatismo de Abel Bonnard en 1936: surge el clásico planteamiento del tema cuando el autor llega al punto peligroso y delicado del fascismo y la dictadura. Los dictadores — resume — son desagradables pero necesarios. Aun cuando los desaprobaba, Bonnard los justifica diciendo: «Son el doloroso remedio aplicado a una gran calamidad, la expresión rudimentaria del orden que es lo único que puede oponerse al caos, y su aparición se justifica por todo lo que evitan».

La romántica fertilidad del pensamiento moderado se manifiesta claramente en los peligros que crea su fantasía, cuyo estúpido romanticismo conduce a la aparición de los dictadores, aceptados por razones de utilidad

que, dotadas de un atractivo especial, iluminan los horrores consecuentes. Cuando las políticas democráticas son excesivamente vulgares, el dictador surge como «un personaje trágico» —Bonnard *dixit*—, retratado en términos byronianos: *Eclairé par une lumière livide qui le montre entouré d'abîmes, offert à la foudre encore plus qu'à la gloire.* Lo que Bonnard piensa de los dictadores, aproximándose bastante a la realidad, lo piensan igualmente sus compañeros moderados, al menos alguno de su tiempo, sobre los humildes seguidores del dictador. Les rodea un hechizo compuesto por el resplandor de antorchas encendidas, por el eco de sones marciales y de una exaltada propaganda de ideales a lo *boy scout.* «El gran ideal de ayuda, generosidad y optimismo, característico de la nueva caballería», según dijo un *roman scout* de los años veinte, prefigurando inconscientemente los principios de la Milicia de Darnand de 1943.

La semejanza entre el escultismo y las ligas de entreguerras merece ser estudiada. Un énfasis común sobre patriotismo, juventud, servicio, virtudes y caballería más parecido a las novelas de Walter Scott que a las costumbres de la Edad Media y la no menos sorprendente común oposición al Gran Capital y a los rojos (véase, por ejemplo, *La Rude nuit de Kervizel,* de Pierre Delsuc, París, 1928). Resultan curiosos ciertos hechos y algunos giros especiales de frases que revelan una imagen conservadora de las ligas como movimientos no muy diferentes a los *scouts.* «Nada más legítimo y más necesario —escribió Bonnard acerca de las ligas—, dado que marcaron en la nación un renacimiento del amor viril por el orden, fuera de un sistema político viciado que no deja expresar sentimientos limpios.»

Así, los conservadores, a pesar de no sentirse demasiado atraídos por la violencia de los extremistas de Derechas, apreciaron la entereza de sus principios viriles, ignorando, empero, su verdadera naturaleza. No admitían sus excesos pero los disculpaban como travesuras nacidas de un alto porcentaje de espíritu animal, confiando, tácitamente, en ellos. Una paradoja más, sin lugar a dudas, es el hecho de que los conservadores, tan sensibles a los peligros de la Izquierda, permaneciesen ciegos a la hora de apreciar los de la Derecha.

Y la ironía de esta Amenaza Roja, que jugó una parte tan importante en los destinos de Francia, la ironía de la carrera de las Izquierdas comunista y socialista, fue que comenzó cuando las posibilidades de una política de clase empezaban a disminuir. Veremos más adelante cómo, en una sociedad en la que las distinciones de clase y doctrinas existían antes de Marx, la clase destinada a dominar y cuya victoria predecían o temían constantemente los teóricos, se encontró a la defensiva en el preciso instante que sus líderes deseaban tomar la ofensiva.

La debilidad primordial del socialismo francés después de la primera Guerra Mundial residía en la carencia de un pensamiento político, lo que parece ser consecuencia lógica de la renovación de teorías y doctrinas a

causa del análisis sincero de la situación. Es posible que la peculiar orientación internacional del socialismo lejos de favorecer un análisis comparativo, no hiciese más que dar argumentos fáciles con el fin de demostrar la inevitabilidad de un proceso que se estaba produciendo en otras partes y que podía esperarse con confianza en el país. Esto no era exacto, desde luego, ya que la situación económica y social de Francia, y por tanto sus perspectivas, no eran las mismas de Alemania o Inglaterra. La gran equivocación de los franceses fue creer en la posibilidad de aplicar a sus actuales circunstancias la experiencia del siglo anterior y su diferente organización social e industrial. Es la misma clase de error que cometen los militares cuando se preparan para la guerra a través del estudio de las contiendas pretéritas.

La condición de la Francia trabajadora de principios de siglo se prestaba fácilmente al análisis marxista. Pero —como hizo notar Sorel—, la condición económica en la que está basada esta teoría había cambiado bastante. El empobrecimiento del proletariado estaba abriendo paso a su avance social; si en aquel entonces se explotaba todavía con bastante intensidad al obrero, no sucedía en la misma medida que antes y éste comenzaba a formar parte de la pequeña burguesía en el momento justo en que los socialistas tomaban la jefatura de las Izquierdas. La dialéctica familiar de la revolución se había convertido casi en inútil a causa de la estabilización de ésta en una etapa liberal o girondina cuando los marxistas esperaban la puesta en escena de una revolución jacobina, pero las presiones que podríamos describir como jacobinas eran de tipo reaccionario y no radical. Cuando los jacobinos de nuevo estilo se opusieron al Estado liberal que la mayoría de los conservadores había acabado por aceptar, no fue con la esperanza de un avance social sino para hundirlo o hacerlo renunciar. La vieja oposición entre los republicanos que estaban a favor de las «reformas radicales» y los que favorecían las «reformas oportunas», es decir, entre radicales y oportunistas, estaba reviviendo de nuevo. Pero los oportunistas incluían a los que, una generación antes, habían constituido las clases revolucionarias; y los socialistas siempre que persistieran en su radicalismo, se encontraban aislados en el seno de una sociedad en la que los viejos aliados burgueses se habían pasado al conservadurismo y las tropas del jacobinismo popular revelaban peligrosas simpatías por el nacionalismo, el bonapartismo y otra serie de reacciones o tácticas perjudiciales.

La novedad, después de 1920, la constituye la fundación y desarrollo del partido comunista, lo que simultáneamente complicaba y simplificaba la situación política. Al crear un verdadero partido revolucionario de Izquierdas, el comunismo empujó hacia la Derecha a los otros, ocasionando una división más acusada de la ya existente, haciendo casi imposible una mayoría y una unidad de acción que los hiciera coherentes y efectivos. Esto justificó sobremanera la actividad de la extrema Derecha a quien, en ausen-

cia del comunismo le hubiera resultado mucho más difícil ganar la simpatía y apoyo del público, de modo que el comunismo hizo revivir un nacionalismo que el tiempo había adormecido; la Derecha, incluso la Derecha conservadora en el poder, no reaccionó contra sus propios extremistas sino frente a los del campo contrario. Esta actitud y reacción les ayuda a ganar terreno durante los años treinta, sobre todo a raíz del fracaso del Frente Popular en 1936. La proliferación de ligas de inspiración fascista eran claro reflejo de las presiones de un tiempo de crisis social y económica prolongado por la incapacidad de todos los partidos en alcanzar una visión clara de la situación o incluso de ver su propia posición.

Son bastante significativas las circunstancias que rodearon la aparición de las ligas de tendencia fascista en Francia. Al finalizar la primera Guerra Mundial, la única liga nacionalista con cierta importancia era la realista *Action Française*. Sus líderes, Charles Maurras, Léon Daudet y el historiador Jacques Bainville, poseían gran influencia intelectual — Daudet era miembro de la Academia Francesa —, y su periódico tenía la cifra más alta de ventas entre los diarios de «opinión», excluidos los llamados periódicos populares; el éxito de las campañas patrióticas y el heroismo de sus miembros habían incrementado fuertemente su prestigio. El primer libro en francés del nuevo movimiento italiano, *Le Fascisme*, de Pietro Gorgolini, fue publicado en 1922 por la Nouvelle Librairie Nationale de la *Action Française*. Dos años más tarde un número del periódico de izquierdas *Le Quotidien*, el del 11 de febrero de 1924, todavía afirmaba que «el fascismo se había limitado exclusivamente a expresar la doctrina del nacionalismo integral». Así, de principio, vemos que existió un interés por el fascismo y cierta simpatía hacia él, no por el movimiento en sí sino emparejado al nacionalismo nato e integral de Charles Maurras.

La fecha del cambio puede ser precisada con exactitud: comienza el sábado, 23 de noviembre de 1924, cuando, con ocasión del traslado de las cenizas de Jean Jaurès al Panteón, los socialistas y comunistas organizan una vasta y ordenada manifestación que llegó a asustar a los moderados. La recientemente elegida coalición de Izquierdas parecía incapaz de lograr defender a la clase media frente a la amenaza social representada en los cientos de banderas rojas y los miles de boinas que desfilaron a lo largo del bulevar ante el túmulo. Para Gustave Hervé, antiguo extremista socialista convertido en aquel entonces al socialismo nacionalista, «el bosque de banderas rojas significaba el funeral de la burguesía», presagio con el que muchos parisienses se mostraron acordes. «En este momento, cuando la amenaza revolucionaria está clara para todo el mundo — hizo notar la *Action Française* —, la alarma causada por ello ha provocado la constitución de nuevos grupos de defensa nacional, en París y en provincias.»

En pocos días surgen por todas partes «movimientos patrióticos»; organizaciones de veteranos — *Ligues de chefs de section, Légions* — se incor-

poran activamente al trabajo, en tanto que nuevas ligas van apareciendo: *La Ligue Républicaine Nationale* de Alexandre Millerand, hasta hacía poco tiempo presidente de la República y que había sido obligado a dimitir por la coalición de Izquierdas; las «Jeunesses Patriotes», de Pierre Taittinger, compuestas de la tradición de Déroulède unida a una vena bonapartista; el «Faisceau», de Georges Valois. En provincias se crean «comités de defensa», reclutando en un par de semanas centenares y hasta miles de miembros. Sin embargo, como en 1900, las ligas fueron en su mayor parte un fenómeno parisiense y la *Action Française* fue la que aportó la mayor influencia. Otros movimientos más propiamente fascistas, como el «Faisceau», tuvieron la misma duración que la coalición de la Izquierda y desaparecieron con la devaluación del franco. En julio de 1926, una vez que llega Raymond Poincaré a primer ministro, estabilizó el franco y tranquilizó a los grandes propietarios. Pasado el peligro de una Izquierda activa y aliviados los temores de la burguesía, desapareció el apoyo que disfrutaban las ligas y pronto la prensa de Izquierdas pudo alegrarse de que «el fascismo y la reacción» resultasen aplastados. Por el contrario, el fascismo había ido mal a causa de que la reacción iba bien. No tendría lugar una revitalización hasta los cercanos años treinta, una vez que la crisis económica hubo desembocado en crisis política, el fracaso del capitalismo liberal se interpretó como fracaso de la política liberal y parlamentaria.

Durante el año 1932, la liga más activa era todavía la *Action Française,* cuyas milicias dominaban el Barrio Latino y las Facultades. Como existe la tendencia a desestimar la fuerza de las ligas, es necesario hacer notar que en 1934 la *Action Française* contaba con 60.000 ó 70.000 miembros, incluyendo 1.000 ó 1.500 *camelots* en París. Comparando estas cifras con las de los comunistas, que tenían alrededor de 40.000 militantes, o incluso con los 130.000 del partido socialista (SFIO), vemos que los unos no eran muy inferiores en número a los otros.

Entretanto, estaba en desarrollo otra organización, que alcanzaría impresionantes proporciones a finales de los años treinta. Fundada en 1927 como una reunión selecta de veteranos condecorados por actos de guerra, la «Croix de Feu» no empezó a desarrollarse hasta finales de los años veinte bajo la égida de un militar retirado, el coronel de La Rocque. En sus comienzos sólo admitían a los veteranos, luego a sus familiares y más tarde a los simpatizantes de cualquier clase, recogiendo dinero de todos los bandos, incluyendo, según rumores confirmados, fondos secretos del gobierno. Hasta 1935, La Rocque contaba con centenares de miles de contribuyentes y alrededor de uno o dos millones hacia el año 1938. Para entonces su liga, disuelta en 1936, había sido reformada y transformada en partido político, el «Parti Social Français»; pero la «Croix de Feu» o PSF, el movimiento de La Rocque, estaba lejos de ser fascista. «¡Nosotros no somos fascistas!», insistía en su periódico, *Le Flambeau,* el 1.º de noviembre del

año 1929, y en sus divisas resonaba una nota familiar: el culto a la tierra de los antepasados y el amor francés al orden. Orden y disciplina, desde luego, libremente aceptada. *Le Flambeau* añadía: «Pero no represión brutal, ni presiones al servicio de intereses privados, ni la censura de la libre expresión o el uso de la tiranía militar...» Fue La Rocque quien llevó adelante su distintivo de un futuro *«Travail, Famille, Patrie»*, reflejo del conservadurismo común de la «Croix de Feu», más tarde adoptado por Vichy. Como después hizo notar Maurice Bardèche, nada podía ser más desastroso: el trabajo significaba sumisión a los ricos; la familia sumisión a la moralidad, y la tierra de los antepasados sumisión a la policía. Todo es cuestión de obediencia, sumisión o conformidad. A este respecto, el PSF tenía más en común con el RPF de postguerra («Rassemblement du Peuple Français»), de Charles de Gaulle que con ninguna liga fascista. Compartió con éste un conservadurismo fundamental y la veneración a la disciplina, una violencia superficial, expresada en despliegues de tropas moderadas, ataques a las oficinas y reuniones políticas de sus adversarios, y una gran ofensiva de discursos por parte de algunos líderes. Como dijo Alexandre Werth, líder sindical, corresponsal francés del *Manchester Guardian*, en 1936: «Los que ahora se llaman a sí mismos la Croix de Feu no son más que los antiguos reaccionarios que han sido siempre nuestros enemigos sin ser, no obstante, auténticos fascistas».

Así, la mayor liga de 1930 estaba todavía lejos del fascismo. Sus jefes eran gente de edad y conservadores, hombres respetables con buenas relaciones sociales y oficiales y con pocas probabilidades de dejarse convencer por llamamientos idealistas o por jóvenes rebeldes que buscaban un ideal, inspiración o respuesta inmediata para los problemas presentes. Las llamadas, con fuerte dosis de moral, de los nacionalistas más viejos semejaban en gentes de este tipo el cauterio en una pierna herida. El comunismo los desafiaba porque representaban la transición entre el capitalismo liberal explotador y una sociedad industrial equitativa. El fascismo presentaba una alternativa, igualmente violenta y revolucionaria, pero que protegía la unidad nacional y cultivaba la sensibilidad patriótica. La clase media, en general, no podía admitir una doctrina de lucha de clases que molestaba a su conciencia sugiriendo que sus intereses no coincidían necesariamente con los de la nación. Los intelectuales de la clase media tampoco estaban en condiciones de aceptar una división que los excluía del moderno mundo de la lucha y el progreso, de lo mejor del pueblo, de la dialéctica y de los trabajadores. Reaccionaron frente al comunismo tomando muchos de sus aspectos exteriores: hablaban de una dignidad humana y de una sociedad de clase jerarquizada de acuerdo con la capacidad, el talento y la función, con las mismas fórmulas que los bolcheviques hallaron adecuadas; más allá de su propia afirmación nacional, algunos incluso penetraron en las posibilidades del internacionalismo.

La vieja divisa jacobina de dar la batalla a los dos grandes, callados y anónimos monstruos de los Grandes Negocios y de la Internacional Roja, en especial contra el primero, fue resucitada de nuevo por Drieu La Rochelle al igual que en 1900 y en 1956 por Pierre Poujade atacando «la explotación del hombre por el dinero y para el dinero». El culto a la jerarquía fue despertado por Bertrand de Jouvenel, vástago de una eminente familia republicana y gran admirador del dinamismo fascista y nazi, que anunció la promesa de Doriot: «Una justa desigualdad... ¡Jerarquía, sí, pero jerarquía basada en los antepasados, no! ¡La jerarquía se habrá de basar en los servicios prestados ahora!» Otra nota familiar está en las palabras del neosocialista Marcel Déat en 1934: «¿Se es fascista por desear la autoridad necesaria para el restablecimiento del orden en medio del caos social? ¿Se es fascista por querer limitar ciertas libertades anárquicas y peligrosas, imponer ciertas disciplinas sociales o desear lo mejor con el fin de garantizar las necesarias libertades para el individuo? No creo que se sea fascista por eso...» (13 de julio de 1934). Sin embargo, otros así lo pensaban.

Pero si el deber de estos movimientos era el de proporcionar una alternativa válida respecto al comunismo, un posible anticomunismo, tenían que hacer algo más que limitarse a repudiar el liberalismo económico. El comunismo más que una disciplina social o un anticapitalismo es camaradería, cruzada, aventura inspirada; éste era el terreno en el que los fascistas franceses buscaban su contrapartida. Según Robert Brasillach, que fue el poeta de esta idea antes de morir por ella después de la Liberación, «hace tiempo que vemos al fascismo como un poema, la verdadera poesía del siglo xx, lo mismo que el comunismo, y sé perfectamente que el comunismo también tiene su grandeza, sé que es exaltante». De este modo recordaría: «El fascismo no es para nosotros una doctrina económica o política, tampoco es la imitación de un modelo extranjero..., sino que el fascismo es un estado o manera de ser, un espíritu anticonformista, antiburgués, en primer lugar, e irreverente. Es un espíritu opuesto a los prejuicios de clase y a otros de diversa especie. Es el verdadero espíritu de amistad que ansiamos ver a nivel de camaradería nacional».

Las contradicciones no tienen importancia, el espíritu lo es todo, un poema, una locura, una camaradería... Las voces de estos jóvenes literatos fascistas (Drieu, Brasillach, Bardèche, Rebatet) sonaban como las de la generación joven anterior a 1914, generación descrita por Romain Rolland con los siguientes términos: «Era un verdadero francés, poseedor de un temperamento rebelde y un amor innato por el orden, pero necesitaba un líder capaz, todavía, de crear algo». «La juventud personificaba la acción», aseguraba otro joven en un panfleto de 1935 llamado *Les jeunes face au monde politicien*; por eso se unen a las ligas, sean de Derecha o de Izquierda, pero, en cuanto al crédito de éstas, *si on savait comme ils s'en foutent!* El año anterior había aparecido una obra de Drieu La Rochelle titulada *El*

Líder, cuyo héroe lanza esta feroz diatriba: «¡No sabemos lo que se ha de hacer, pero lo haremos!» El joven prueba una facción, luego otra y otra, apreciando las causas de cada movimiento, y termina con un activismo absurdo. «Lucha sin fe», escribió Henri de Montherlant en *Le solstice de Juin*, unos años más tarde: «es la fórmula a la que necesariamente se llega».

Cansado de Maurras y desengañado de La Rochelle, ¿qué podía elegir este joven entre las otras ligas? Los «Francistes» de Marcel Bucard y la «Solidarité Française» de Jean Renaud eran las únicas ligas que imitaban deliberadamente los modelos extranjeros incluso en sus uniformes, pero la opinión pública descubrió que su doctrina era endeble, sus cabezas vacías y sus métodos particularmente brutales. Muy disciplinados, muy activos y muy poco numerosos, reclutaban sus miembros de entre los pequeños empleados, trabajadores inútiles y ex militares, mediante la atracción producida por sus ataques al capitalismo. No solamente se dirigían a la juventud sino también a las clases campesinas pagadoras de impuestos y abrumadas por el peso y la opresión de una clase social superior. Sin embargo, alguien fue más afortunado en la atracción sobre los trabajadores y los intelectuales: el «Parti Populaire Français», de Jacques Doriot, fundado en 1936 por el alcalde ex comunista del suburbio industrial de Saint Denis.

El PPF, que obtenía la mayor parte de seguidores de la sección local del partido comunista, también consiguió una notable constelación de intelectuales: Alexis Carrel, Drieu La Rochelle, Alfred Fabre-Luce, Georges Suárez, Ramón Fernández, Bertrand de Jouvenel y Marcel Jouhandeau. Hacia marzo de 1937, el partido contaba con unos 130.000 miembros y su periódico, *L'Emancipation nationale*, imprimía unos 200.000 ejemplares diarios. El sesenta y cinco por ciento de sus componentes procedían de la clase trabajadora. Cinco años más tarde, bajo la ocupación alemana, la muchedumbre asistente a un mitin de Doriot en el *Vélodrome d'Hiver* de París se componía de más de 20.000 personas, en su mayor parte «gente claramente proletaria, empleados modestos, artesanos y amas de casa».

Doriot les brindaba la certidumbre y la seguridad que siempre habían soñado. «Los hombres del PPF —escribía Drieu— tienen el aspecto firme y seguro de los que han hallado el camino.» No nos dice cuál era este camino tan pregonado. Donde basta la certeza los detalles sobran. La respuesta podríamos descubrirla en unas notas de Drieu, que forman parte de otras publicadas en 1934, antes de caer bajo la fascinación de Doriot, contenidas en unos ensayos titulados *Socialisme Fasciste*. «Esta gente —escribe— ¿en qué cree? Se les ha enseñado a creer en sí mismos, una estupidez. Tienen que proporcionarnos un Dios. Ya que no existe en los cielos busquemos uno en la tierra. Los dioses nacieron de la tierra; levantémoslos, entonces, hasta el cielo.» Drieu no era el único que pensaba de esta manera. Desgraciada o afortunadamente, como tantos franceses, era agnóstico de nacimiento. Como el joven de Romain Rolland, deseaba una auto-

ridad y un dios, pero no quería aceptarlos por mucho tiempo: *«Son ironie impitoyable les perçait tous à jour»*.

Paradójicamente, el gran papel de estos movimientos parafascistas y sus publicaciones —numerosas y ampliamente leídas— servían como factor de inspiración antifascista y actuaban de catalizador político dentro de la dividida Izquierda. El Frente Popular —primeramente llamado Frente Común—, ganador de las elecciones de 1936, fue creado deliberadamente por un joven radical, Gaston Bergery, para restar a los fascistas popularidad y apelar a las mismas «masas políticamente invertebradas» en una situación en la que «los primeros que descubran las fórmulas sencillas y los llamamientos coloristas, serán los jefes del rebaño» (28 de marzo de 1934). Sorprendentemente, la primera etapa de esta pugna fue ganada por la Izquierda, al menos en términos electorales, en la primavera de 1936. Pero la victoria acompañada de grandes y violentas huelgas asustó a los miembros moderados y el Frente Popular se desintegró, lo que llevó a la mayoría parlamentaria a tomar, cada vez con mayor frecuencia, medidas radicales con el fin de contrarrestar no el creciente peligro exterior sino el espectro rojo con sus amenazas interiores. El temor al comunismo pesaba de tal forma en el ánimo de gran número de patriotas franceses que éstos prefirieron a los firmes gobernantes anticomunistas de Alemania e Italia en lugar de los suyos, que encontraban sospechosos. Incluso aquellos que preferían el gobierno de Léon Blum al de Hitler vieron lo difícil que resultaba la conciliación de su patriotismo con su anticomunismo, sus deseos de derrotar al enemigo alemán de Francia con su interés en preservar el enemigo alemán de los soviets.

Tales escrúpulos jugaron un importante papel en la formación de la incoherente política llevada a cabo durante los años de Munich, al rechazar «la lucha por los judíos» o por la «democracia». La extraordinaria y triunfal recepción que esperaba al presidente Daladier a su retorno de Munich y las banderas y antorchas de medio millón de personas que le bendecía y daba vítores en el trayecto desde el aeropuerto, reflejaban ampliamente el sentir popular. Pero había algo más. Una influyente minoría coincidía con un eminente portavoz de la Derecha que apuntaba el dilema francés: o derrota y ocupación, o victoria y consiguiente «colapso de los sistemas autoritarios que constituyen el principal muro de contención frente a la revolución comunista». «Una victoria francesa —declaraba Thierry Maulnier, en aquel entonces de la *Action Française* y hoy de *Figaro*— no sería tal victoria, sino la de los principios considerados como inevitablemente portadores de la ruina de Francia y de la civilización.»

Los conflictos que trajo consigo el problema de guerra o paz confundieron las divisiones de partido más allá de los meros objetivos de una política extranjera. Había pacifistas antifascistas, enemigos de Alemania que por esta razón deseaban una alianza con Italia, intelectuales que rechaza-

ban luchar por la democracia y buenos demócratas para los que Praga parecía estar muy lejos. El gesto de Marcel Déat rehusando morir por Danzig era bastante comprensible en sí mismo, de no haber implicado la sutil afirmación de simpatía por quienes codiciaban la ciudad. No es sorprendente el que muchos se sintieran confusos, en especial estando complicadas las relaciones Derecha-Izquierda por el hecho de que la mayoría de la Izquierda, que siempre había sido pacifista, internacionalista y germanófila, se había convertido después de 1933, a medida que se aproximaba la guerra, en antialemana. Junto a los tradicionalistas de Derechas, que continuaban con los ojos fijos en la línea azul de los Vosgos, estaban los supertradicionalistas como el tío-abuelo de Montherlant *«qui ne manquait jamais, lorsqu'il faisait pipi, de se tourner du coté de l'Angleterre»*, y socialistas o ex socialistas que situaban su pacifismo o anticomunismo por delante del antifascismo; «había llegado a ser imposible hablar de partidos, en la Izquierda sólo había facciones».

Sin embargo, cualesquiera que fuesen los motivos o la confusión, permanece el hecho de que la mayoría de los franceses continuaban mirando a las Izquierdas con recelo, considerando a la extrema Izquierda como una fuente de revolución social o de guerra y como una amenaza superior a la Derecha. Una ojeada a los resultados electorales muestra la mayoría de votos que obtuvieron la Derecha y el Centro en todas las elecciones comprendidas entre 1893 y 1924. Por una vez, en 1928, pareció que disminuían los votos aunque una mayor disciplina les proporcionó un mayor número de asientos en la Cámara. Hay que tener en cuenta, no obstante, que el partido radical adquiría un carácter cada vez más moderado, el cual, como ya se ha indicado, debería situarse más al Centro que a la Izquierda. Si adjudicamos al Centro los votos radicales de los años veinte, la dominación de la escena electoral y parlamentaria francesa por parte de la Derecha y el Centro continúa sin interrupción hasta 1936. Aun entonces el lapsus es breve y, según hace notar Georges Dupeux en su estudio sobre las elecciones de 1936, éste es más aparente que real.

Así pues, lo que en principio parece una tendencia hacia la Izquierda, si lo examinamos a fondo refleja, no una postura izquierdista en la orientación política de la nación, sino una tendencia hacia la derecha dentro de los partidos que llegaban al poder. Dicho de otro modo, un partido de «Izquierdas» se convertía en lo que los franceses llaman gubernamental antes de entrar en el gobierno, pasando después a ser moderado. Es necesario recordar el consejo de Laval al joven Debu-Bridel, futuro senador gaullista, en los comienzos de su carrera política, en 1932, como candidato de las Derechas: «No se debe partir nunca de las Derechas — dijo Laval, que había comenzado en la Izquierda —, es un mal sistema; hay que empezar por la Izquierda... tan extrema como te sea posible... y entonces dar marcha atrás... no demasiado aprisa. Hay que comenzar inspirando temor. Es la

condición más segura del éxito». A condición, claro está, de que uno sea capaz de reafirmarse luego. Ésta es la forma que sirvió de base para crear la Derecha moderada.

Resulta irónico que los más rabiosos representantes del patriotismo francés necesiten obtener un pequeño triunfo en una trágica derrota nacional. Al menos, como Maurras escribió el 15 de enero de 1942 en la *Action Française*: «Nuestra peor derrota tuvo el afortunado resultado de desembarazarnos de la democracia». En momentos de crisis, la Francia moderna se vuelve tradicionalmente hacia los ancianos, *patres patriae*, cuyas virtudes inyectaron autoridad en la nación dispuesta a claudicar. En 1871, Thiers tenía setenta y cuatro años; en 1917, Clemenceau setenta y seis; en 1926, Poincaré, sesenta y seis; en 1934, Doumergue setenta y uno, y De Gaulle sesenta y ocho en 1958. El mariscal Pétain, que tenía setenta en Verdún, contaba ochenta y cuatro en 1940. Al igual que en 1936, las masas arrastraron consigo grandes y pequeños burgueses a la llamada Izquierda, el torrente de junio de 1940 condujo a fláccidos ancianos a cubrir las necesidades de la nación. En cada crisis los acontecimientos parecen trabajar para sacar adelante solamente el anticlímax, con la incongruente reminiscencia de las lluvias de primavera, que arrastran sobre la tierra desvastada, en medio de los tejados de las casas y los palos de telégrafos, lo mismo un jarro que un sombrero hongo o un *bidet* Luis XV.

La particular incongruencia y el interés del período 1940-1944 consiste en proporcionar un caleidoscopio de todas las tendencias derechistas que hemos ido encontrando, así como otras que el espacio y la síntesis obligada de este ensayo nos ha forzado a omitir. El Vichy de Pétain, en su primera fase, fue la anacrónica monarquía de Maurras, llamando a las fuerzas primarias de la nación y, por encima de todo, al suelo de los antepasados. En el *Figaro* del 3 de julio de 1940, François Mauriac describió la llamada de Pétain como procedente «de los abismos de la historia». Un año más tarde, Daniel Halévy (*Les Trois Epreuves*) opinó lo mismo: «Viene de las honduras del tiempo, reflejo de un pasado heroico y generoso». En agosto de 1940, vemos al mismo Pétain declarar que Francia «llegará a ser una vez más... una nación eminentemente agrícola». Sin un Morgenthau para imponerlo, dejando aparte los planes que los conquistadores nazis pudieran tener para ellos, vemos a los franceses, cualquiera que sea su condición, dar decididamente un paso atrás, demoler sus superestructuras industriales y renunciar a las comodidades de la era moderna.

En su segunda fase, Vichy parece buscar una conciliación entre los típicos compromisos de un oportunismo moderado —orientación representada con brío por Laval—, con el moralismo patriótico y conservador de una regeneración nacional a través de una vida y un pensamiento limpio

y elevado —los jóvenes y el catolicismo— y una tendencia tecnócrata y directiva que fuese capaz de aportar eficiencia además de lealtad política. Entretanto, en el París ocupado, los herederos de las ligas extremistas solicitaban la colaboración con los nazis, la revolución social y un cambio de dirección para procurar el triunfo de la juventud sobre los fósiles supervivientes de otra época.

Como en 1938, Derecha y extrema Derecha se dividen a raíz de la cuestión de resistencia frente al enemigo. Lo mismo sucede con la Izquierda. En cada campo y en cada sector de dichos campos se encontraban representantes de cada convicción política. Nosotros, sin embargo, tratamos solamente de las constantes y vemos como la Derecha continuó fiel a su propia naturaleza, profundamente dividida y más utopista, tanto en París como en Vichy, que los utópicos izquierdistas a los que habían seguido en sus intentos por la construcción de una época jeffersoniana en Francia o en tratar de convertir a los franceses en adherentes del nuevo orden hitleriano en Europa. Después de haber sembrado viento durante quince años iban a cosechar el tifón de la Liberación. Cuando *L'Humanité* del 11 de enero de 1945 aseguraba «nuestro odio es un odio francés», la frase estaba más cerca de la verdad de lo que ellos creían. Robert Aron en su *Histoire de la Libération de la France* (1959) estima el número de ejecuciones entre unas treinta y cuarenta mil.

La Liberación fue una revolución integral contra la Derecha extremista y conservadora; después de tal derrota cabría pensar que éstas permanecerían fuera de combate, al menos por una generación. Sin embargo, dos años después de la Liberación se había disuelto de nuevo la coalición de las Izquierdas y la opinión tomó rumbo al Centro. La suma de votos arrojada por las elecciones de 1946 mostró el principio de una tendencia favorable a las Derechas, que no parecían estar tan derrotadas, hecho que se hizo evidente hacia 1951. Algunos todavía se sentían obligados a usar la jerga de la Izquierda, pero la confusión verbal resultante no era suficiente para detener el avance de las Derechas, como se vio claramente con la creación del gabinete Pinay en 1952 y la elección del moderado René Coty para la presidencia en 1954. En Navidad del mismo año, un líder derechista podía alardear, sin temor a verse desmentido, de que los Independientes (conservadores) constituían el grupo de mayor poder parlamentario. Y aunque más tarde esta situación privilegiada pasó a manos del nuevo UNR («Union pour la nouvelle France») gaullista, la situación, en el fondo, cambió muy poco.

Se deduce fácilmente lo poco que había evolucionado la situación durante los sesenta o setenta años transcurridos. Seguía existiendo una Izquierda intransigente, o aparentemente intransigente, que preconizaba el cambio económico y la revolución social, que paulatinamente se había inclinado hacia la moderación y cuyas actividades podrían calificarse de «contrarrevolucionarias» porque, como apuntó David Thomson, ellos mismos «muti-

laron algunos resultados de la Revolución haciéndose enemigos de ésta y de las consecuencias e implicaciones que llevaba consigo». Existía una extrema Derecha irreconciliada con el orden existente y luchando contra él, aunque tolerada a causa de su nacionalismo intransigente, y había una mayoría de Derechas dispuestas a mantener y proteger sus ventajas, propiedades y posición social, llegando si era necesario a la violencia. La revolución del 13 de mayo de 1958, preliminar a la quinta República, no fue obra de los fascistas, aunque intervinieron en ella. En realidad se trató de un movimiento defensivo cuyos líderes y partidarios poseían dos objetivos distintos: la defensa de sus propiedades y la restauración del orden del Estado. Estaba formado, principalmente, por propietarios de la clase media, mucho más serios en su quehacer que los brillantes *camelots* de antaño y más numerosos y determinados que ningún *ligueur* fascista. Eran los mismos que, asustados, reaccionaron violentamente en 1848, 1871 y de nuevo en 1920 y 1930, eran los verdaderos conservadores, prestos a hacer cualquier cosa con el fin de proteger la clase a la que pertenecían.

Todo esto no sólo debe ser contemplado en su dimensión política, aun cuando los acontecimientos en sí no sean más que un mero reflejo de las componendas parlamentarias de pasillo, o respondan a tácticas de políticos oportunistas. Es el reflejo tardío y vacilante de los cambios sociales y económicos responsables, en el fondo, de los desplazamientos del centro de gravedad político. Esto explica la cuestión; pero resulta tan difícil aclarar los cambios que tienen lugar dentro del complejo campo social como los que hemos trazado hasta ahora en su exposición política. Sin embargo, un cambio de perspectiva podría ayudarnos a ver más claramente, si no la respuesta, al menos las circunstancias y factores del problema.

El proceso expuesto hasta este momento es producto de dos factores dependientes entre sí: el temor al peligro revolucionario de Izquierdas, llámese radical, republicano, socialista o comunista, y la gran revolución demográfico-social que comienza a ser estudiada precisamente ahora. Parece evidente la oposición de presiones Derecha-Izquierda que reconciliaron con frecuencia a viejos enemigos, como en 1848 y 1871, y que pronto volvieron a ocupar su lugar primitivo. En 1919, por tomar el ejemplo más reciente, muchos radicales se inclinaron al moderatismo, uniéndose a la coalición nacional de las Derechas, no tanto por artificio electoral como por temor a la eventual creación de un intransigente socialismo ligado a Moscú. Incluso en 1924 la reconciliación de radicales y socialistas en el famoso «Cartel de Izquierdas» no era más que una consecuencia del creciente poder del partido comunista francés, que empujó hacia la Derecha a los socialistas después de 1920. La coalición que triunfó en 1924 era de un izquierdismo muy moderado, con su ala más radical amputada, detalle que ya por sí

solo representaba una tremenda desconfianza en el partido revolucionario. Esta desconfianza permitió, a veces, que los partidarios de la revolución se uniesen en un antagonismo común no sólo frente al enemigo tradicional de la Derecha sino también, en ocasiones especiales, contra la misma Izquierda.

En el departamento de Côte d'Or, por ejemplo, muchos hombres «de Izquierda» se pasaron a la Derecha y resultaron elegidos por votos moderados y también radicales que iban tras ellos en su evolución. La aparente desaparición de la Derecha significaba, con mucha frecuencia en tales circunstancias, una victoria. Como Raymond Long explica en su estudio sobre *Les elections législatives en Côte d'Or* (1958), el objetivo primordial residía en la unión de todos frente al peligro comunista. «Pero en este proceso el centro de gravedad política se ha desplazado; desde el Centro-Izquierda, donde estaba la mayoría antes de 1914, se ha pasado al Centro-Derecha.»

Este odio de la Izquierda moderada hacia el comunismo —odio que los comunistas devolvían con creces— disminuía a intervalos, pero nunca llegó a desaparecer por completo, subsistiendo incluso en el Frente Popular. Muchos dirigentes radicales preferían dimitir antes que aliarse con los rojos, y otros se mantenían en sus principios ignorando la tregua política. Fue un radicalsocialista, candidato por Evreux en 1936, quien atacó al Frente, sede de su propio partido: «Está inspirado por los comunistas que son sus guías en espíritu y que, en caso de victoria, recogerán los beneficios y en un futuro próximo instalarán una dictadura soviética en Francia, como ya han hecho en Rusia». Hacia 1937, Charles Maurras comentaría en la *Action Française* del 26 de noviembre que «nada separaba a los radicales de los republicanos de Derechas... Ciertamente la Derecha se ve excluida de la unión política, pero el radicalismo comparte las ideas de ésta».

Mientras los radicales se inclinaban hacia la Derecha los socialistas ocupaban su sitio; cuando, en su estudio sobre las elecciones de 1936, Georges Dupeux se refiere a la «radicalización del partido socialista», no quiere significar precisamente que éste se vaya a convertir en radical sino que, a semejanza de éstos, tendía más a una cooperación oportunista con los moderados que con los comunistas. El historiador Charles Seignobos describe en 1928 la posición socialista como «una oposición formal carente de una hostilidad real». En 1936, llegados los socialistas al poder, evitaron deliberadamente poner en práctica una política de este matiz, prefiriendo acatar otra más moderada que se podría calificar de Centro.

¿Cómo podían estos partidos «de acción», en cuyo vocabulario la tradición revolucionaria ocupaba un lugar destacado, reaccionar contra la tentación comunista y hacer que sus adeptos, lejos de acoger favorablemente los llamamientos de ésta, sintieran desconfianza y temor hasta el punto de establecer una alianza, declarada o no, con sus viejos enemigos? ¿Quiénes eran estos socialistas y radicales tan poco socialistas y tan poco radicales?

¿Por qué en una sociedad industrializada cabía la posibilidad de que la Izquierda no sólo pudiese eludir las llamadas revolucionarias sino que podía aplastar a los partidarios de la revolución?

Estas preguntas nos llevan a situarnos en un aspecto de la historia que se hace más oscuro cuanto más se ahonda en él. No basta decir que en un momento determinado la clase media pasó del partido del progreso al del orden. Debemos intentar comprender los motivos por los que el partido del progreso no logró recuperar los puestos que había perdido y por qué sus adeptos no fueron capaces, especialmente después de la primera Guerra Mundial, de crear de nuevo una mayoría dinámica a semejanza de la de las generaciones anteriores.

Después de haber sido durante el siglo XIX el partido de reformas políticas basadas en las clases medias, las Izquierdas socialista y comunista del siglo XX pasan a ser partidos orientados a las reformas económicas y sociales y, en especial, basados en el proletariado industrial. La influencia del socialismo a finales del siglo XIX y principios del XX estaba afincada en la rápida expansión y organización de la clase trabajadora que había surgido de la gran expansión de la industria francesa durante las dos décadas anteriores al año 1914. Esta evolución técnica y humana decayó después de la guerra. El nivel de producción industrial correspondiente al año 1938 distaba poco del de 1913. El número de hombres empleados en la industria era prácticamente el mismo en 1936, año del gran triunfo de las Izquierdas, que a principios de siglo. En su *Bilan de l'économie française 1919-1946* (París, 1947), Charles Bettelheim muestra que en 1906 eran 7.200.000, 8.464.000 en 1931 (incluidos 329.000 parados) y 7.415.000 en 1936. Entre 1866 y 1906 la población industrial experimentó un crecimiento de 2.758.000 personas y solamente 190.000 en los treinta años que siguieron. De este modo, dejando aparte algunos sectores como la industria del automóvil y el acero, la expansión de la industria francesa permaneció prácticamente estancada después de la guerra, sucediendo lo propio con la clase trabajadora. Y aunque estadísticamente el nivel de producción permaneció estable, decayó en relación con otros países, a despecho de la nueva aportación que significó Alsacia y Lorena. Entre 1913 y 1937, la producción francesa sufrió un descenso de un treinta y siete por ciento en la escala europea (incluida Rusia), y en un veintisiete por ciento dentro de la escala mundial. Como resultado — dice Bettelheim —, «Francia se aislaba del mundo; este repliegue en sí mismo sería típico de muchos países que habían sufrido la guerra y se agudizó en Francia más que en ninguna otra parte durante la crisis económica de 1929». Mientras que en Alemania las mismas dificultades e idéntico repliegue eran la fuerza que provocaba una rápida y auténtica expansión política, en Francia el paso de los años ayudaba a agudizar su aislamiento. A la regresión política y económica siguió la paralización industrial. Examinando la mentalidad francesa de 1931, André Sieg-

friend la define como reaccionaria en lo social, tendente a la propia conservación y reacia al cambio, temerosa de la revolución, no sólo de la socialista y comunista, sino también de la «de tipo americano, la de la productividad que obliga al pueblo a producir». Este conservadurismo social y económico, esta preferencia por el orden y la unidad en lugar de la renovación y la conquista, este deseo de proteger a las cosas por sí mismas más que por su rendimiento, expresa un arcaísmo ideológico y se personifica en Pétain, en su teoría de retorno al suelo de los antepasados, glorificación de las tradiciones artesanas y reducción al absurdo del deseo de seguridad tan difundido en los años precedentes.

No debe exagerarse el papel jugado por las *rentes* y *retraites* en este desarrollo que provocó el estancamiento del país y de muchos franceses. El auge económico del siglo XIX otorgó a éstos lo que deseaban, libertad y propiedad; y el establecimiento de las pensiones les dio un vasto interés por la estabilidad. La palabra *retraite* en francés se usa tanto para designar retiro como pensión de vejez y significa igualmente refugio, amparo, situación estable y recogimiento. Para Francia y los franceses, especialmente en el período de entreguerras, esta palabra abarcó todos sus significados. El mismo conservadurismo social, más evidente en el lado campesino, mantuvo la agricultura francesa dentro de una estructura vieja e insuficiente, dando como resultado unos precios más elevados que en el resto de las naciones y situando sus técnicas muy por debajo de las de los países occidentales. Carente de empuje, técnicamente nula, con una producción agrícola mínima y unos costos elevados, Bettelheim dice de ella: «La economía francesa, hundida prácticamente, estaba tan anticuada que solicitaba urgentemente una reforma».

La clase trabajadora industrial seguía un desarrollo excesivamente lento ya que la agricultura e industria eran conservadoras e insuficientes. Es necesario añadir a esto el progreso de la clase media, tomada en el más amplio sentido de la palabra, suficientemente burguesa como para ser conservadora y reaccionaria ante el temor de perder los derchos adquiridos, propiedades, pensiones, ahorros o su forma peculiar de vida. En un notable estudio sobre la sociedad francesa, *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie* (París, 1948), Philippe Aries apunta lo siguiente, vigente en la mayor parte de las ciudades:

> ... Por cada mil habitantes existían ochenta y cinco trabajadores más en 1931 que en 1866, pero también ochenta y cinco burgueses —comercio, administración, profesiones liberales— más. El mundo burgués había crecido en la misma proporción que el mundo trabajador. Y si la curva gráfica de éste sube regularmente entre 1866 y 1931, la correspondiente a la burguesía se eleva verticalmente después de 1906. Desde entonces crece más aprisa que la del proletariado.

Las estadísticas de los pequeños negocios son reveladoras respecto a un sector de la clase media particularmente inclinado a defender el orden o a cambiarlo únicamente en la dirección de la clásica Izquierda. El número de comerciantes ascendió de 1.864.000 en 1906 a 2.343.000 en 1936. Su proporción entre la población activa aumentó un nueve por ciento en 1906 y un once en 1936, pero sus ventas y ganancias eran mínimas hasta el extremo de denunciar Bettelheim al *petit comerce* como moderado camuflaje del desempleo, un refugio incómodo para el capital y unos hombres que no encuentran salida para su estancada actividad. Tenemos aquí una clase cuyas frustraciones alumbran sus esperanzas mutiladas, excelente material para ser lanzado contra la democracia y el régimen parlamentario y republicano, y fácil pasto de la terminología demoníaca que atribuye los males de los pequeños negocios a la corrupción política y al despilfarro, explicando la bancarrota de las empresas como el resultado de complots fraguados por siniestros conspiradores.

Las dificultades del anticuado sector comercial se manifiestan con claridad en las estadísticas de las rentas públicas. En 1913 la renta privada aumentaba en cinco billones al año y el ritmo de saneamiento, tanto público como privado, era rápido. Entre 1900 y 1913 la renta nacional aumentó un treinta y siete por ciento. Pero en 1936 la renta privada había descendido aproximadamente una quinta parte, desvaneciendo de este modo el ritmo de crecimiento y aumentando la deuda pública.

¿A quién afectaron, directa o indirectamente, en mayor grado estos acontecimientos? Primeramente a los pequeños inversores para los que el colapso de los bonos extranjeros seguido del de los nacionales significaron serias dificultades financieras. Luego, los propietarios y accionistas de ciertas empresas industriales de lenta adaptación (papel, calzados, pieles), o bien afectados por la depresión (objetos de lujo y cristaleria), o amenazados por la competencia de las grandes empresas (útiles agrícolas). Sin embargo, su regresión fue solamente relativa, se aturdieron ante fuerzas que no comprendían pero que pronto identificaron: la conspiración judeomasónica y la plutocracia usurpadora, aliada siempre al diablo para destruir todo lo bueno de Francia, empezando por ellos mismos.

A menudo sucedía lo mismo con los notables de las provincias que estaban sofocados por las presiones y exigencias metropolitanas y amenazadas sus propiedades y su prestigio por los poderes financieros e industriales de la edad moderna. Paradójicamente, algunas de estas dificultades les ayudaron a fortalecer su posición local. Antes de 1914 las capitales de provincias se beneficiaban del éxodo rural, pero después de la guerra este éxodo se cebó también en ellas, dirigiéndose hacia París. En la atmósfera estática creada por la pérdida de su sangre joven, las aspiraciones sociales de tipo local se dirigen a los representantes del ayer, al sacerdote, a las viejas familias, a la buena sociedad católica o protestante, al archivero municipal o

departamental, salido generalmente de la reaccionaria *École des Chartes,* al médico o al farmacéutico, en muchos casos antiguos *camelots du roi,* y a los pequeños industriales u hombres de negocios asustados por el bolchevismo, los monopolios y la interferencia estatal. Todo ello coloreaba el tono intelectual y político. Esta sociedad más o menos reaccionaria, en el sentido estricto de la palabra, pasó a ser la más importante y la de mayor influencia ante la ausencia de la juventud atraída por París. Los jóvenes, los aventureros y los emprendedores estaban en París mientras los viejos vueltos a casa por el retiro se fortalecían con esta nueva influencia y acentuaban el carácter conservador de las capitales de provincia.

Pero la época no sólo afectaba a las ciudades provincianas que habían sido la cuna del radicalismo sino al país entero. Francia se hundía en un mundo en el cual el 1,97 por ciento de la población había nacido en 1938 y se enfrentaba con el 2,3 nacido en 1913. Había también un retroceso en términos de energía y edad. La mortalidad era menor que en el siglo XIX, pero así como los viejos vivían más, los jóvenes procreaban menos, emparejándose el control de mortalidad con el de natalidad. A principios del siglo XIX anualmente por cada 10.000 habitantes había un exceso de 66 nacimientos en relación con las defunciones, proporción que descendió a 33 en el período 1861-1865, a 11 entre 1906 y 1910 y a 8 de 1931 a 1935. A partir de 1936 se comprueba que cada año el número de defunciones supera al de nacimientos. Durante la primera década de los años treinta, como hizo notar Bettelheim, Francia era el país «donde había más viejos y menos jóvenes». Eran los primeros quienes gobernaban ahogando los entusiasmos juveniles de los últimos, de modo que una comparación entre Francia y China podría ser justificada en un campo diferente al gastronómico.

Esta autocracia de los mayores favorecía al natural conservadurismo de los grandes propietarios en busca de la seguridad y el orden, de aquellos que anhelaban paraísos artificiales, no en un futuro utópico sino en el seno del realismo de un pasado tradicional. El peso de la edad en el poder se hacía patente y su resultado más inmediato fue el efecto psicológico que tuvo como consecuencia la disminución de las ya escasas iniciativas de industriales y hombres de negocios. Ahora bien, ¿quién denunciaba estas cosas? Ni los socialistas, ni los radicales moderados, ni los conservadores camuflados bajo una diversidad de posiciones, dominadas en su totalidad por jefes de avanzada madurez. Sería necesario preguntarse si ciertas aventuras políticas, a menudo comenzadas en la Izquierda y finalizadas en la Derecha (Bergery, Déat, Doriot), no brotarían ante la necesidad de escapar a la inacción o a las estrecheces de un *cursus Honorum,* cuyos premios se dirigían a los mayores. En ocasiones, ciertos extremistas de Derecha o Izquierda, enemigos del régimen y reacios a las viejas facciones políticas, eran los únicos que parecían notar las opresiones y lanzaban sus invectivas contra el grupo del poder y contra el orden que los momificaba.

No es extraño, pues, el hecho de que dos partidos dinámicos y minoritarios estuviesen y estén en los extremos. Pero, ¿qué representaban? Dicho brevemente, la Derecha hablaba del patriotismo, orden, sacrificio y regeneración, respecto a los destinos de Francia y al franco; la extrema Izquierda clamaba en pos de las reformas económicas, los cambios sociales y, más tarde, daba la voz de alarma frente al fascismo. Ambos eran sentimentales, pero la llamada de la primera —especialmente en lo que concierne a actitudes y no a hechos— era escuchada con simpatía por diverso público, mientras que la de la segunda se dirigía a una clase particular, que, como hemos visto, tenía pocos arrestos y deseos. Estas voces se dejaron oír también en el campo, pero, a pesar de moderar ambos su tono y sus tácticas, su éxito fue mínimo en el período de entreguerras. Fuera del terreno urbano los comunistas ganaron terreno presentándose como radicales, pero su «radicalización» les proporcionaba seguidores muy heterogéneos y un enfoque más anticuado y personalizado.

Así como la Izquierda estaba prácticamente reducida a las áreas urbanas o industriales, la Derecha, no; sus miembros escogidos procedían en realidad de la pequeña burguesía urbana, sobre todo, parisiense; pero no teme el utilizar doctrinas nacionales y socialistas cuando se dirige a un electorado que es también el de la Izquierda clásica. Neo-socialistas, PSF y PPE eran movimientos nacionalsocialistas, igual que aspiran a serlo cierto sector del RPF gaullista y del UNR. Todos, como Jean Jacques Susini, uno de los líderes de la OAS argelina, desean «reconciliar el movimiento de la emancipación social que conmueve al mundo y la realidad nacional... reunir en una síntesis general estas dos corrientes que han sacudido el siglo xx». Semejante a los líderes de un nuevo movimiento alérgico a las categorías tradicionales, intenta conciliar «Patrie et Progrès». Todos rechazan el conservadurismo de privilegio, los valores del orden burgués y el atolondramiento y egoísmo de los viejos en general, especialmente en los puestos dirigentes.

Pero a despecho de los tumultos subversivos que levantaban, las ligas de la extrema Derecha seguían vigentes, contrariamente a lo que les sucedía a los comunistas, condenados por sus compañeros políticos moderados. A pesar de que molestaban a los conservadores y que a menudo obstaculizaban la creación de alguna alianza entre moderados, nunca como hasta entonces habían tenido tantos amigos en sus filas los nacionalistas, realistas y criptofascistas. Encontraban oyentes que, a pesar de no aprobar su violencia, se sentían afectados por sus doctrinas o influenciados por sus ideas, o bien oyentes que, no importándoles sus ideas, quedaban impresionados por su violencia. Esto corresponde exactamente a la *Action Française*, un movimiento sin fuerza política pero de gran influencia. La situación permaneció de este modo durante varios años.

Este estado de cosas se debe a que todos los anteriormente citados son

poco peligrosos desde el punto de vista electoral de los políticos moderados, temerosos de los comunistas. Pero igualmente es debido a la utilización de un lenguaje que las Derechas reconocen como propio. Una vez descartada la violencia, las ideas restantes —orden, jerarquía, autoridad y nación— son aptas para que un derechista sincero pueda aceptarlas. Los comunistas también usan un lenguaje que coincide a veces con el de los socialistas y radicales, pero éstos miran siempre con recelo a los primeros, ya que sus slogans son aquellos que los izquierdistas reformados no pueden aceptar en su realización. Además, cuando las ideas comunistas no contienen especial atractivo para las clases en formación, para los técnicos, los directores de empresa y la gente sencilla, a menudo más burguesa por aspiración que por realidad económica y social, los activistas de la Derecha tienen la posibilidad de pescar algo, tal es el caso de Jacques Doriot, en las turbias aguas de un proletariado disgustado con el régimen e inclinado hacia quien le prometa autoridad. Entra en lo posible que los conservadores mantengan a estos extremistas lejos del poder, pero en caso de necesidad colaborarán con ellos con menos vacilaciones que las mostradas por el ala Izquierda ante la perspectiva de tener que aliarse con los comunistas. También están más influidos por su ideología. Mientras los socialistas aprueban la prohibición del partido comunista y los radicales rechazan al socialismo, las doctrinas de la extrema Derecha procedente de Maurras, Sorel y Valois, inspiran confianza y atraen a los conservadores, lo que nos conduce a la opinión de André Siegfried de que no es posible ninguna política de Centro, de que tal movimiento no existe y que todo político se ve obligado cuando las cosas alcanzan un punto crítico a la elección entre socialistas y comunistas, o entre católicos y realistas.

Si es así, ¿por qué hay un Centro?, ¿y por qué este vasto plan moderado, existente desde hace siglo y medio, ha ido incorporándose un movimiento tras otro y transformando en moderados a muchos políticos partidarios del cambio, sumiéndolos en el conservadurismo y cambiando sus convicciones más radicales en inofensivos postulados? La respuesta es que si el Centro no existe, las políticas se improvisan conforme lo requieran las necesidades; si no existe una continuidad de doctrina existe la continuidad en sí, el mismo principio de continuidad, maleable y oportunista; si las diferentes llamadas provienen unas veces de la Derecha y otras de la Izquierda, las técnicas manipulativas son firmes y detrás de ellas yace la determinación de durar y preservar. No existe un factor más fuerte de duración, y esto constituye la esencia del Centro y de la Derecha moderada. Es fundamentalmente conservadora, llevando en sí misma la gran tradición orleanista y siendo, a pesar de los cambios, siempre la misma.

Los extremos son diferentes y la extrema Derecha es en sí peculiar. Ultra, nacionalista, criptofascista, proporciona los líderes enervantes, los gritos de batalla aventureros y románticos a los que la gente presta atención

en momentos de crisis, cuando los remedios heroicos atraen incluso a los no heroicos.

En tiempo de paz, este radicalismo parece incongruente, anacrónico y toscamente doctrinario. Si expresa una doctrina, ésta es demasiado intransigente para ser política. Pronto llega a tal grado de anacronismo — como sucedió con los ultras de la *Action Française* —, que es incapaz de reclutar adeptos. Cuando posee doctrina, como los fascistas, no tiene continuidad. Un espíritu de movimiento, reacción o crisis, nunca puede tener continuidad, hablando en términos de contenido, no de tiempo. Tales radicalismos no ofrecen ninguna interpretación histórica, no conocen la experiencia corriente, no se ajustan al mundo que evoluciona, son siempre movimientos de jóvenes, de desocupados social y económicamente, que no han encajado todavía en ningún lugar de su mundo y que, en el sentido más amplio de la palabra, están disponibles. Algunos hombres son siempre así, balas rodando perpetuamente de aquí para allá, pero la mayoría cambia, cumplen sus aspiraciones, se casan, tienen hijos y su mente cambia haciéndose conservadora: son los adeptos del Centro. Los cripto-fascistas realizan esto con más facilidad, no parten de ningún principio, no afirman ninguna doctrina, se intimidan y la vida a lo largo de su pragmática carrera les exigirá lo que le pertenece. No existe ninguna clase ni ningún grupo que les proporcione una clientela estable. Son juglares errantes, trovadores de la austeridad, que desean un mundo igual para todos o líderes para la batalla, son la cenefa brillante y lunática de la completa mayoría liberal, amorfa y prudente.

Pero al ser escasas las ocasiones para las acciones heroicas pocos de ellos las acometieron y por sentirse incapaces de llevarlas a cabo, dieron solución a la crisis por medio de compromisos excesivamente prosaicos. Solamente una crisis prolongada era el campo adecuado para el avance de la extrema Derecha. Pero en la balanza de la economía francesa debilitada y estabilizada se daban la mano; había hombres que velaban por el orden establecido junto a otros que atacaban este mismo orden; sin embargo, no hubo colapso ni vastas concentraciones de los desposeídos económicamente ni ningún grupo de personas socialmente desplazadas se prestó a experimento alguno de tipo radical.

Había demasiada gente con mucho que perder en cualquier pirueta extremista y ello les obligaba a permanecer en una posición sensata. Las crisis temporales e intermitentes se resolvieron por medio de concesiones mutuas y quien desease impulsar la barca con demasiada velocidad encontraba a la gran masa conservadora como freno. Así, cuando los moderados prosperaron, los radicales, paralizados por condiciones inadecuadas para ellos, se sumieron en la Izquierda a cantar, vocear y pavonearse encaramados en su promontorio particular.

BIBLIOGRAFÍA

BARDÈCHE, MAURICE: *Que'st-ce que le fascisme?* París, 1961.
BARRÈS, MAURICE: *Scènes et doctrines du nationalisme.* París, 1925. 2 vols.
BEAU DE LOMÉNIE, E.: *Les Responsabilités des dynasties bourgeoises.* París, 1943-1963. 4 vols.
BERNANOS, GEORGES: *La Grande peur des bien-pensants.* París, 1931.
— *Les Grands cimetières sous la lune.* París, 1938.
BONNARD, ABEL: *Les Modérés.* París, 1936.
BRASILLACH, ROBERT: *Notre avant-guerre.* París, 1941.
BYRNES, ROBERT F.: *Antisemitism in Modern France.* New Brunswick, N. J., 1950.
CLÉMENT, MARCEL: *Enquête sur le Nationalisme.* París, 1957.
CURTIS, MICHAEL: *Three Against the Third Republic.* Princeton. 1959.
DANSETTE, ADRIEN: *Le Boulangisme.* París, 1937.
DRIEU LA ROCHELLE, PIERRE: *Avec Doriot.* París, 1937.
— *Socialisme fasciste.* París, 1934.
DRUMONT, EDOUARD: *La France juive.* París, 1887.
GIRARDET, RAOUL: «Notes sur l'esprit d'un fascisme français», *Revue Française de science politique.* Septiembre, 1955.
HERVET, ROBERT: *Les Chantiers de la jeunesse.* París, 1962.
HOFFMAN, STANLEY: *Le Mouvement Poujade.* París, 1956.
LA ROCQUE, EDITH y GILES DE: *La Rocque tel qu'il était.* París, 1962.
LA ROCQUE, FRANÇOIS DE: *Service Public.* París, 1934.
LEMAÎTRE, HENRI: *Les Fascismes dans l'histoire.* París, 1959.
LHOMME, JEAN: *La Grande bourgeoisie au pouvoir.* París, 1960.
MAURRAS, CHARLES: *Au Signe de Flore.* París, 1933.
— *Mes idées politiques.* París, 1937.
MAXENCE, JEAN-PIERRE: *Histoire de dix ans, 1927-1937.* París, 1937.
MOHLER, ARMINS *Die französische Rechte.* Munich. 1958.
NORA, PIERRE: «Ernest Lavisse: son rôle dans la formation du sentiment national», *Revue Historique.* Julio-septiembre, 1962.
OSGOOD, SAMUEL M.: *French Royalism under the Third and Fourth Republics.* La Haya, 1960.
PLUMYÈNE, JEAN, y RAIMOND LASIERA: *Les Fascismes français, 1923-1963.* París, 1963.
REBATET, LUCIEN: *Les Décombres.* París, 1942.
RÉMOND, RENÉ: *La Droite en France.* París, 1954.
SÉRANT, PAUL: *Le romantisme français.* París, 1960.
SOREL, GEORGES: *Réflexions sur la violence.* París, 1906.
VALLAT, XAVIER: *La Croix, les lys et la peine des hommes.* París, 1960.
— *Le Nez de Cléopatre.* París, 1957.
VANDROMME, CLAUDE: *Le Destin de Marcel Déat.* París, 1948.
WEBER, EUGEN: *Action Française.* Stanford, 1962.
— *The Nationalist Revival in France, 1905-1914.* Berkeley y Los Ángeles, 1959.

BÉLGICA

JEAN STENGERS

Con el fin de lograr una concordancia entre el tema de este capítulo y los de los anteriores me he visto obligado a describir con el nombre de Derechas a un gran número de entidades belgas que en realidad no fueron conocidas como tales en su tiempo.

En Bélgica, contrariamente a lo que ocurre en Francia, la palabra Derecha nunca fue aplicada a tendencias hostiles respecto al orden existente. En nuestra historia se ha dado el tradicional nombre a muchas instituciones belgas como el Partido Católico, por ejemplo. Esto hace surgir la necesidad de un breve estudio del vocabulario político.

La Constitución belga de 1831 estableció dos divisiones en el Parlamento: una Cámara de Representantes y un Senado. Desde el comienzo la Cámara se reunió formando un semicírculo; el Senado hizo lo propio unos años después. Pronto los católicos tomaron asiento a la derecha del Presidente y los liberales a la izquierda y así es como nacen la *droite* y la *gauche* de nuestra historia.

El interés de este fenómeno radica en que tuvo lugar cuando, aparentemente, los católicos y liberales todavía no se encontraban en oposición directa dentro del Parlamento. Hasta 1847, los gobiernos se declaraban a sí mismos «unionistas», pretendiendo situarse por encima de los partidos y calificando su doctrina como de continuo compromiso. La mayoría de los gabinetes eran *cabinets mixtes*, coaliciones compuestas por liberales y católicos cuya política en el Parlamento se veía apoyada por los votos de ambos y atacada por una especie de «partido progresista» de composición un tanto amalgamada, que incluía partidarios de ambas tendencias, lo que viene a significar que durante el período unionista ni unos ni otros estuvieron enfrentados.

Sin embargo en la generalidad del país y en el pensamiento político existía una división fundamental entre los partidarios de liberales y católicos, aunque ello no significaba la existencia de una división religiosa. A media-

dos de siglo gran número de liberales eran católicos practicantes ya que, aparte de una débil minoría protestante, Bélgica es un país católico romano. El ideal liberal de separación entre Iglesia y Estado y el católico de establecer una sociedad donde la influencia de la religión sirviese al bien común, puso frente a frente de forma definitiva a todo el país. De acuerdo con estas dos tendencias los diputados comenzaron a escoger sus asientos en la Cámara de forma que diez años después de haber obtenido Bélgica la independencia esto se había convertido en una costumbre natural y el vocabulario político se identificó con la posición de sus representantes; *gauche* y *droite* se convirtieron en sinónimos de *liberal* y *catholique,* y en 1845 ambas palabras eran empleadas en los debates y en pocos años pasaron a ser de uso común. Es necesario aclarar que la rápida difusión de dichos vocablos se debió a que el público, muy interesado en la política francesa, estaba ya acostumbrado a los diversos matices de ambas palabras.

A lo largo del siglo XIX los términos Derecha e Izquierda continuaron estrechamente ligados a la actividad parlamentaria. Se empleaban para designar a liberales y católicos juntos, pero mantenían su distinción cuando se usaban para diferenciar a los dos grupos parlamentarios. En los periódicos, por ejemplo, un mitin de la Derecha *(réunion de la droite),* venía a significar un mitin de los miembros católicos de la Cámara. El gran líder católico Charles Woeste describió a su partido con la base en tres pilastras que lo sostenían *la droite, les associations et la presse,* es decir, el grupo parlamentario, las asociaciones políticas y los periódicos católicos.

En el Parlamento estos partidos tenían una serie de divisiones internas, pero sólo entre los liberales fueron lo suficientemente sólidas como para crear un grupo aparte en los escaños. En 1880, los radicales, capitaneados por Paul Janson y luchando por unos derechos políticos más amplios, se unieron a la extrema Izquierda y llegaron a ser conocidos como tales. Esto les duró poco tiempo, ya que en 1894 sus asientos los ocuparon los socialistas, que entran en el Parlamento en virtud de la reforma constitucional de 1893 que establece el sufragio universal, aunque reservado únicamente a los hombres. Entre los católicos hubo también diferencias que provocaron la creación de diversos grupos. Poco antes de la primera Guerra Mundial, por ejemplo, existía la «vieja Derecha», esto es, los conservadores dirigidos por Charles Woeste, frente a la «joven Derecha», de ideas sociales más avanzadas; más tarde hace su aparición la Derecha conservadora *(droite conservatrice),* para distinguirse de los demócrata-cristianos. No obstante, estas diferencias nunca supusieron una escisión real en el seno de las Derechas.

La aparición de los socialistas provocó complicaciones en el vocabulario político; ahora existían dos partidos de Izquierda, dos *gauches,* así que les llamaron Izquierda-Liberal e Izquierda-Socialista *(gauche libérale et gauche socialiste),* pero la palabra en sí se usaba para designar a los dos y más tarde a los comunistas.

Esto significa que, a pesar de las grandes diferencias entre los partidos, todos poseían una característica común inherente a la Izquierda tradicional del siglo XIX: anticlericalismo y tendencia a la creación de una sociedad laica, con escuelas laicas. Los católicos estaban al otro lado de la barrera.

Hasta una época muy reciente este país ha estado dividido por fuertes diferencias de opinión, creencias, lenguaje e ideas sociales, elementos que dan un aspecto complicado a la sociedad belga. Los dos grupos con mayores afinidades, dentro de los que era necesario situar a los belgas para comprenderlos, eran los *hommes de droite* y los *hommes de gauche.* El pueblo que había asistido a diferentes escuelas laicas y católicas, tenía sus opiniones políticas bien definidas; hay que añadir que los valores religiosos formaban parte del orden social y para los primeros la más mínima interferencia en ellos era una amenaza para el orden, pero para los últimos era un concepto como otro cualquiera y susceptible de ser objeto de discusión. Todavía existe este antagonismo aunque sustituido por la pugna entre belgas que hablan flamenco y francófonos.

En el período de entreguerras, hecho que se acentúa después de la segunda Guerra Mundial, los socialistas y otros escritores intentaron, al hablar de la Derecha o de la Izquierda, hacer resaltar las actitudes sociales y eliminar la vieja distinción de católicos y anticlericales. Consideraron a los liberales como pertenecientes a la Derecha a causa de su programa conservador y fueron clasificados con los católicos, al menos un grupo de ellos, en la sección de «derechas reaccionarias». Pero este nuevo uso de la Derecha, y, naturalmente, de la Izquierda, siempre ha sido muy fluido (1) y nunca se vio fijado del todo.

Debido a estas peculiaridades no podemos formar una base política similar a la de los otros capítulos de este libro, ya que ni la aceptación moderna del vocablo de Derecha ni la tradicional presentan caracteres comunes con las correspondientes de los otros países europeos.

Nos resulta también imposible hablar de lo que los periódicos llaman «la extrema Derecha», que en realidad no existió en el Parlamento, donde ningún partido quiso sentarse a la derecha de la Derecha y por tanto, tampoco se encuentra en el vocabulario político. En 1936, los rexistas llegaron a emplear la fuerza física para sentarse allí, pero, paradójicamente, les tocó

(1) En sus libros *Les Elections belges. Explication de la répartition géographique des suffrages* (Bruselas, 1956) y *Atlas des élections belges 1919-1954* (Bruselas, 1958), de R. de Smét y R. Evalenko, los mejores análisis escritos hasta ahora sobre los resultados electorales belgas del siglo XX, los autores oscilan entre dos *gauches* diferentes. Una, en el primer libro, comprende sólo a los comunistas y socialistas, y en el segundo, el Atlas, incluye a los liberales junto con los comunistas y socialistas. Ello nos muestra que no están muy seguros de la división hecha en el primero. Véanse mis comentarios a los dos libros en la *Revue de l'Université de Bruxelles* (enero-marzo de 1958) y en la *Revue Belge de Philologie et d'Histoire,* XL (1962), número 423.

el centro — estos incidentes solían ocurrir en algunos congresos provinciales, ya que en el Parlamento se tomaban las cosas con más calma —. La palabra «extrema Derecha» se usó a veces con un sentido de ataque y propaganda, pero siempre con escasísima fortuna.

Si el panorama es así de confuso, ¿cómo será mi definición? Por tanto, consideraré de Derecha a todos los movimientos que están en contra del orden existente siempre que el cambio tienda a fortalecer la autoridad ejecutiva.

Debemos hacer notar que tales movimientos raramente deseaban un cambio de instituciones real y completo. Al considerar esencial la existencia de una Bélgica unida, a excepción de algunos movimientos flamencos, todos tendían a preservar, al menos, un elemento del régimen, la monarquía.

En la historia belga, la monarquía fue la única institución que disfrutó siempre de una completa inmunidad crítica; solamente sufrió una por parte de los socialistas. Hasta el fin del reinado de Leopoldo II, los socialistas, que tenían unas convicciones republicanas muy fuertes, no escatimaron, en sus publicaciones, los ataques a la monarquía y al mismo rey, al que injuriaban con violencia. Cuando Alberto I sucedió a Leopoldo, brindándose menos su personalidad a ser blanco de los ataques, el republicanismo de los socialistas pasó a ser más teorizante y desapareció cuando el rey, mediante su conducta en la primera Guerra Mundial, se convierte en el héroe de su pueblo, dejando de ser la monarquía un problema en la vida política belga. Incluso durante la crisis más fuerte de su historia, la llamada «Cuestión real» (1945-1950), la monarquía no fue atacada, tratándose sólo de una cuestión sobre el ocupante del trono, Leopoldo III, que fue rechazado por una fuerte parte del país. Un destacado socialista pudo declarar sin incurrir en contradicción que «Bélgica necesitaba la monarquía tanto como el pan».

Los líderes de la Derecha, con la excepción ya señalada de los derechistas flamencos, siempre se declararon súbditos leales del rey y esto, evidentemente, les imponía un freno, mejor dicho dos, para realizar su política; el primero era que no podían atacar al régimen en sí, que es el método de oposición radical más efectivo y simple. A diferencia de los miembros de la «Action Française», no tenían ninguna figura integral que detestar, ninguna *gueuse* que destruir. Se veían forzados a distinguir lo que deseaban de lo que deseaban cambiar. A este respecto, los nacionalistas flamencos podían jugar mejor baza ya que ellos atacaban a la misma Bélgica como nación, siendo su divisa muy simple: *Weg met België!* (Abajo Bélgica); los slogans sencillos son a menudo los más efectivos.

El segundo inconveniente consistía en hallar un «hombre fuerte» que condujera las riendas del poder sin aparentar una ofensa directa hacia el rey. Esto se notó, principalmente, durante el reinado de Alberto I (1909-1934), cuyo gran prestigio silenció las voces que hubieran podido solicitar

la aparición de un hombre fuerte. Léon Degrelle, líder rexista, se presentó a sí mismo como tal, teniendo a su favor el aparecer a comienzos del reinado de Leopoldo III, todavía joven, que carecía de la estatura moral de su padre. De haber seguido el rey Alberto en el trono habría que dudar si tantos miles de belgas mostrarían de forma tan consciente su entusiasmo por Degrelle.

Es cierto que los movimientos de Derecha podían tratar de reforzar los poderes del rey con el fin de convertirle en un verdadero gobernante del país. Esto fue propuesto por más de un derechista, pero no se encontró entusiasmo y existieron pocas probabilidades de triunfo, dado que el principal interesado, el rey Alberto I, modelo de discreción constitucional, era el primero en oponerse a tal idea. Aun cuando en un debate se discutiera la posibilidad de otorgar más derechos a la corona, sus defensores evitaban pronunciar el nombre del rey, como si ello les ridiculizara.

La Derecha no se desarrolló como tal en Bélgica más que en el período de entreguerras; sin embargo, apenas tuvo importancia después de la primera, y perdió la mayor parte de su significación en el período posterior a la segunda.

Ello no significa que las constituciones belgas anteriores a 1914 no fuesen consideradas por los ciudadanos como susceptibles de cambios, pero las peticiones al respecto venían de otros estamentos bastante alejados de la Derecha. La crítica principal estaba a cargo de los parlamentarios como Woeste o el liberal Paul Hymans. En su *Crise du parlamentarisme,* escrito en 1897, poco antes de entrar en el Parlamento, Hymans deplora la violencia de los debates y la escasa calidad de la legislación obtenida. Es un hecho palpable que la violencia aumentó desde la aparición en la Cámara de los socialistas, que comenzaron siendo muy turbulentos, y el legislar en una atmósfera tan tirante se hacía cada vez más difícil, entre otras cosas, por la larga discusión que acompañaba a cada enmienda. En cualquier caso si se criticaba al Parlamento — crítica que solía ayudar a plantear momentos difíciles en su funcionamiento antes de 1914 —, era sólo en pos de una reforma para un mejor sistema representativo, punto en el que coincidían casi todos los políticos. Opinaban que esta reforma debía llevar a cabo una representación de los intereses profesionales o corporativos (1). Pero nunca conside-

(1) El campeón de este sistema de representación de intereses fue Adolphe Prins, profesor de Leyes de la Universidad de Bruselas (1845-1919). «Grupos de intereses — argüía — (industria, comercio, agricultura, etc.), que serían cuerpos electorales con un mejor conocimiento de las necesidades del país que los anónimos ciudadanos de los distritos electorales.» Esto implicaba, naturalmente, que estos grupos tuvieran una organización, pero Prins no insistió en la necesidad de ninguna organización corporativista,

raron, como hizo la Derecha más tarde, la posibilidad de mermar el poder del Parlamento.

El único movimiento que a primera vista puede considerarse precursor de la Derecha durante el siglo diecinueve, fue el Ultramontano, que persistió de 1852 a 1880 y se ufanaba de que su pensamiento estaba hecho a la medida de Bélgica y de sus peculiaridades, lo que le hacía distinto al ultramontanismo común de todo el mundo católico. Los principales puntos de su doctrina eran una oposición absoluta a los principios esenciales de la constitución y a lo que ellos llamaban «la libertad diabólica» que con su protección constitucional se establecía por igual entre los servidores o los enemigos de Dios. Al hacer esto se limitaban a seguir las recomendaciones de Pío IX en sus encíclicas, pero quizás recibiesen mayor influencia del periodista parisino Louis Veuillot, al que podían leer directamente en francés. Eran, sin ninguna duda, católicos profundos y convencidos que deseaban un Estado sometido a los dictados de la Iglesia. De este modo, tan pronto como fuese posible, las «nefastas libertades», como la libertad de prensa por ejemplo, que fortalecían y amparaban a los enemigos de ésta, debían ser borrados de la Constitución.

Sin embargo este punto de vista era mantenido solamente por una minoría. Todos los diputados católicos proclamaban su fe y conformidad con las libertades constitucionales y ningún ultramontano destacado llegó a ocupar un asiento en la Cámara, aunque muchos de ellos consiguieron bastante influencia en la prensa católica y en 1870 gran parte de sus periódicos atacaban a la Constitución, elogiando el Extracto de errores del Papa y su condenación del liberalismo.

En breve, llegó a tal punto la posición del ultramontanismo que perjudicó enormemente a los católicos frente a la opinión pública y se extinguió definitivamente al producirse la muerte de Pío IX y la subida de León XIII que, al considerar el daño causado por dicho movimiento al prestigio de la Iglesia, ordenó inmediatamente a los líderes que cesaran en sus ataques hacia la Constitución belga. Hay que preguntarse si fue el movimiento ultramontano la primera manifestación de las Derechas. De acuerdo con nuestra definición, no, ya que lo que ellos atacaban eran «las libertades» que, bajo su concepción, perjudicaban a los privilegios que debía disfrutar la verdad; sobre el régimen en sí nunca tuvieron grandes objeciones que plantear.

En 1875 uno de los principales ultramontanos belgas, Charles Perin, profesor de Economía Política de la Universidad de Lovaina, dedicó un libro

---

simplemente deseaba un nuevo sistema representativo. Es interesante hacer notar que en 1895 se intentó hacer algo parecido cuando fue revisada la ley concerniente a los consejos comarcales. En las ciudades grandes, la ley establecía que una pequeña minoría de consejeros fuera elegida por empleados y trabajadores. Sin embargo, la reforma no fue aprobada y se abandonó el proyecto en 1921.

a *Les lois de la societé chretienne* («Las leyes de la sociedad cristiana»). En el capítulo sobre el gobierno civil denuncia el sistema parlamentario como «hipocresía liberal» y hace una apología del *ancien régime*. Es curioso hacer notar el poco eco que rodearon a estos puntos de vista en la prensa católica, portavoz de la campaña ultramontana. Esto muestra la escasa preocupación de éstos por el poder político en cuanto a su estructura y que estaban prestos a aceptar el régimen existente; su verdadera preocupación estribaba en la firme creencia de que los derechos de Dios y de su Iglesia debían ser restablecidos.

Así pues, la aparición de las Derechas después de la primera Guerra Mundial fue un fenómeno nuevo en la vida política belga.

Antes de dicha guerra, las instituciones políticas no representaban un peligro real para el pueblo belga, que se sentía estrechamente unido. Había, no obstante, diferencias que ventilar: el poder lo detentaba una sola agrupación; los católicos, que habían ostentado la mayoría absoluta desde 1884, se veían fuertemente atacados por liberales y socialistas que pretendían dicha mayoría. Otra importante cuestión de fricción se hallaba en los derechos políticos y el sufragio universal establecido en 1893, pero «atemperado» por la disposición de adjudicar el derecho a voto a ciertas categorías de ciudadanos; ante esto, los socialistas, que no estaban conformes y pedían el sufragio universal, organizaron dos huelgas generales en señal de protesta. De ahí se deduce que las grandes preocupaciones de los belgas eran el sufragio y las elecciones, y no el gobierno, al que daban tácitamente por bueno. Como ya hemos indicado, se criticaba al Parlamento pero las reformas a llevar a cabo estaban en el aire. Esta crítica nunca pasó a ser ataque declarado y las propuestas de reformas provenían siempre de políticos hábiles y no de un movimiento; éstos no tenían repercusión en las masas.

El cambio después de la primera Guerra Mundial fue triple; para empezar, la obra gubernamental fue severamente atacada por grandes sectores de la prensa y de la opinión pública. La desaprobación y el disgusto crecía por lo que se calificaba al Parlamento de incompetente e ineficaz, se criticaba la anarquía de los partidos a cuya autoridad éste se encontraba sometido y las mezquinas rivalidades y la impotencia del gobierno ante las numerosas crisis ministeriales. Algunos periódicos nacionales como la *Nation Belge* (nacionalista conservador), o el *Vingtième Siècle* (católico conservador), decían cosas bastante fuertes contra los errores políticos y las instituciones del país.

Esto derivó — éste es el segundo factor — en una intención real de reformar las instituciones. «La Reforme de L'Etat» pasó a ser la divisa más importante de los años veinte y alcanzó su máxima difusión en los trein-

ta (1). La mayoría de partidarios de la reforma deseaban un poder ejecutivo más fuerte, pero se dividían internamente entre los que opinaban que esto se podría llevar a cabo con meros ajustes, y los que creían que el mal era tan grande que sólo podría evitarse con un cambio radical. Éstos fundaron la Derecha.

La Derecha fue el tercer fenómeno.

Es prácticamente imposible señalar el número de belgas atraídos por ella. Ningún resultado electoral o lista oficial de miembros puede ofrecernos datos concretos. Existían movimientos distintos de Derechas, algunos de los cuales llevaban en su organización y en su programa las señales características de ésta. Sin embargo, estos movimientos —bien porque se sintieran débiles, bien por razones de principio—, nunca tomaron parte en luchas electorales y, por otra parte, el número de sus miembros, cuando era conocido, no daba idea de su importancia e influencia, ya que tenían tantos simpatizantes como afiliados. El «Verdinaso», por ejemplo, la más destacada organización fascista de los años treinta, tenía muy pocos miembros, unos 5.000, pero contaba con un área de efectividad, más o menos intensa, más allá de los miembros militantes.

Otros movimientos, en especial la Liga Nacional Flamenca (VNV) y el partido rexista, tomaban parte en las elecciones, pero ambos pertenecían a una segunda categoría de movimientos en los que las ideas e ideales de la Derecha quedaban eclipsados por factores más poderosos, que eran de hecho los que les proporcionaban éxitos. Es imposible determinar cuántos de sus partidarios deseaban realmente el éxito de la Derecha.

Como los números podrían inducirnos a errores, debemos considerar lo siguiente:

1. La Derecha fue siempre una fuerza marginal. Durante los años veinte los socialistas, que solían tender a exagerar el peligro, la miraban como algo despreciable. «Mucho ruido y pocas nueces», dijo de ella el líder socialista Emile Vandervelde en 1924. Hacia los años treinta, aun siendo más fuertes, significaban poco si se les compara con las formaciones políticas democráticas que nunca perdieron su mayoritarismo y, lo más importante, nunca decayó su moral. Una crisis como la francesa del 13 de mayo de 1958, donde había muchos demócratas pero pocos dispuestos a luchar por la de-

(1) Véanse, por ejemplo, los importantes trabajos de Herbert Spencer: *La Reforme de l'Etat en Belgique*, 1927, *Corporatisme ou parlamentarisme réformé*, 1935. El «Centre d'études pour la réforme de l'Etat» fue debido a un esfuerzo colectivo hecho por la mayoría de los políticos del país en 1936-1938. En 1937 y 1938 se publicaron dos trabajos bajo el título de *La Réforme de l'Etat*. Se hicieron varias gestiones, como, por ejemplo, la de que el Parlamento viera limitada su capacidad legislativa por principios generales de libre aplicación por el gobierno y que ambos, Gobierno y Parlamento, fueran auxiliados en su tarea por Consejos especializados en diversos temas.

mocracia, no se presentó jamás en Bélgica. Cualquier atentado o golpe de fuerza habría sido sofocado y aplastado.

2. Resulta imposible dar el número de sus miembros, no porque las Derechas se ocultasen —por el contrario, todos los partidos de esta tendencia trabajaban a la luz del día—, sino porque en Bélgica no había ningún equivalente de la «Cagoule» francesa.

3. El carácter marginal de las Derechas era debido a que reclutaban sus adeptos en el seno de un determinado estrato social. La clase trabajadora estaba completamente olvidada por ellos y los campesinos apenas los conocían. La mayoría de sus partidarios procedían de la pequeña burguesía urbana (empleados, artesanos, vendedores y pequeños industriales), pero la gran industria y los bancos se mantuvieron alejados de ellos.

Este último apartado nos demuestra que aparte de los escasos meses en que el rexismo estuvo en auge, sostenido por generosos donantes, los movimientos de Derecha navegaban, financieramente, en aguas muy borrascosas. La ayuda financiera de Mussolini a Degrelle y la de la Alemania de Hitler al VNV fueron muy bien acogidas al faltar los recursos nacionales.

Antes de tratar de los movimientos en sí es preciso comprender los factores que contribuyeron a su aparición y desarrollo.

Ya hemos mencionado, como principal factor, la insatisfacción del país ante el funcionamiento de las instituciones políticas; insatisfacción nacida más que de los defectos estructurales de dichas instituciones, de su incapacidad para resolver la situación al pasar la nación por épocas difíciles, particularmente graves en el período de entreguerras. Sus causas fueron varias: la crisis financiera, la cuestión flamenca y la gran depresión de 1930. Todo ello demostró que el gobierno y el Parlamento eran incapaces y carecían de autoridad, aunque hay que reconocer que hubo momentos de suma gravedad para los que hubiera sido difícil hallar un gobierno o un Parlamento que ofreciesen una solución aceptable. Existían signos ineludibles de crisis en los asuntos del país y en la forma de llevar estos asuntos. El signo más evidente fue la repetida petición por parte del gobierno de poderes especiales *(lois de pouvoirs spéciaux)* para verse capacitado a emitir leyes directamente, y que el Parlamento nunca creyó oportuno ni necesario concederle.

Pero si el Parlamento era el blanco favorito de los ataques, los partidos políticos eran considerados como peligro mayor, y parte de las causas de esta opinión residía en el hecho de que, después de la guerra, los tres partidos —católicos, liberales y socialistas— entraron a formar parte del gobierno. Desde 1884 hasta 1914, el partido católico gobernó solo, sin interferencias, y la mayoría de los belgas de aquel tiempo consideraban que su deber primordial era mantener a los católicos o rebajar su posición. Pero la primera Guerra Mundial hizo que acabase el juego. Entre 1914 y 1918, por razones nacionales, el gobierno belga se compuso de una asociación

tripartita, formada por ministros de los tres partidos, manteniéndose de este modo hasta la victoria de 1919, año en que los católicos perdieron su mayoría absoluta en el Parlamento y no la recobrarían hasta 1950. Por lo demás, en aquel entonces eran necesarias coaliciones y las había de diferentes especies: tripartita, católico-liberal y católico-socialista, la segunda de las cuales fue la más frecuente. De este modo, como todos los partidos habían compartido el poder en un momento u otro, les fueron achacadas más culpas que al Parlamento y este régimen de partidos se ganó las antipatías generales.

Aparte de estos motivos, hubo otros factores específicos que jugaron un papel importante en el desarrollo de la psicología derechista en el país.

Uno de ellos, producto directo de la guerra, fue la pérdida de la fe en el nacionalismo. El nacionalismo belga —tan diferente del sentir nacional belga— fue un subproducto de la guerra. El nacionalismo creció principalmente, y en muchos aspectos de forma casi exclusiva, en el seno del sector francófono de la población que se extendía hasta Flandes, lugar en que las clases superiores seguían siendo francófonas en su mayoría. El nacionalismo era una mezcla de varios sueños: una Bélgica más grande que incluyera el Ducado de Luxemburgo y el Limburgo alemán perdido en 1839, un país más unido, sin el movimiento separatista de los flamencos, y la victoria con la revancha consiguiente sobre Alemania. No es necesario añadir que todas estas pretensiones estaban fuera de lugar y que, por lo tanto, el pueblo culpó de su desilusión al sistema político, al que hizo responsable del fracaso. Los partidarios más destacados de esta opinión, que más tarde serían los primeros en afiliarse a las Derechas, eran los veteranos de la guerra y los militares. Es característico que los dos principales movimientos de esta tendencia durante los años veinte, la «Action Nationale», de Pierre Nothomb, y la «Légion Nationale», empezaron como movimientos nacionalistas antes de inclinarse resueltamente por la Derecha y que, como veremos más adelante, Pierre Nothomb acaudillara la campaña para la recuperación del Gran Ducado de Luxemburgo y de Limburgo.

La gran depresión de 1930 fue un golpe inesperado para la nación, pero, sorprendentemente, sus consecuencias políticas resultaron bastante limitadas. En las elecciones de 1932, las preocupaciones económicas pasaron a segundo plano y los católicos triunfaron, resultado de una propaganda bien llevada, apelando a los temas tradicionales y convenientes como el de «salvar las almas puras de nuestros niños», en relación con la ayuda estatal a las escuelas católicas. El partido rexista triunfó en las elecciones de 1936 apoyándose, como veremos más tarde, en las dificultades económicas por las que atravesaba el país. En cuanto a los comunistas, se beneficiaron de la depresión en mayor proporción que las Derechas (obtuvieron un escaño entre 187 en 1929, tres entre 187 en 1932 y nueve entre 202 en 1936). Sólo una parte de la Derecha sacó ventaja real de la crisis, fue el partido de

los *réalistes,* fundado por un demagogo llamado Janssens, que proponía como panacea universal para los males políticos y económicos la abolición del Parlamento, el establecimiento de una dictadura y doblar los salarios. Con la evidencia, por parte de los votantes, de un retorcido sentido del humor, logró el dieciocho por ciento de los votos en Bruselas durante las elecciones de 1935. Después de esto su partido fracasó, desapareciendo por completo.

La guerra y la depresión fueron acontecimientos de gran relieve a cuya sombra, de forma casi desapercibida, se estaban gestando otros que andando el tiempo beneficiarían a las Derechas. Uno fue el papel jugado por los «Notables» en la escena política: Antes de 1893, cuando el sufragio se hallaba reducido al dos por ciento de la población, caballeros, médicos, notarios, abogados y demás personas consideradas por la masa del pueblo como representantes de la autoridad y el prestigio, fueron en muchos aspectos los dirigentes de la escena política. Los adulaban a causa de la importancia de sus votos, pero al comenzar las discusiones para ensanchar el área de los derechos políticos uno de los temores expresados por los enemigos del sufragio universal fue que sólo serviría para hacer triunfar a la «máquina política» y a sus profesionales, citándose como ejemplo a los Estados Unidos. En realidad, no se presentó en Bélgica ningún *ring* o *boss,* pero con la llegada del sufragio universal en 1893, a pesar de establecerse el voto por grupos hasta 1919, la política se convirtió paulatinamente en una profesión, siendo condición indispensable para alcanzar el éxito el manejo eficiente de la maquinaria del partido y de la masa electoral. Esto señaló el evidente declive de los notables. Hombres con fortuna o posición social, pero sin tener cabida en la política, demasiado tímidos para hacer un mitin o escribir artículos populares, que se sentían desplazados entre los políticos de profesión, se convirtieron en seres amargados, al tomar conciencia del contraste entre su importancia social y su insignificancia política y, por tanto, fueron los primeros en oponerse al «régimen de partidos».

La segunda evolución básica fue la diferencia abismal entre la escasa organización de la clase media y la mejor organización de las otras clases. Aquélla nunca fue capaz de organizarse de forma coherente a causa de su acentuado individualismo, su carencia de disciplina y una serie de antagonismos políticos, factores que sólo dieron como resultado varias corporaciones profesionales sin ningún lazo en común. En contraposición a esto la unión entre los trabajadores prosperaba día a día; éstos se organizaron en dos fuertes federaciones: socialistas y católicos. Hacia 1914, sumaban unos 200.000 y diez años más tarde eran en total 875.000. La organización de trabajadores llegó a ser un factor político a la altura del económico. Existía, además, el «Boerenbond» — liga de labriegos flamencos —, que operaba en representación de un importante sector de trabajadores del campo, y la asociación de los grandes banqueros, con influencia máxima en el período

de entreguerras, compuesta por hombres todopoderosos tales como Emile Francqui, de la «Société Générale», que llegó a ser símbolo de su organización. Ante la obligación de enfrentarse con todo esto, la clase media se hallaba en una situación similar a un grupo de pesos ligeros enfrentados con otro grupo de pesos pesados. Esto nos ayuda a explicar el auge de las ideas «corporativas» apoyadas por gran parte de los movimientos de Derechas y por los miembros de la clase media que creían en la posibilidad de alcanzar de este modo el terreno perdido y, quizá, el poder. Es, por tanto, un hecho lógico la declarada hostilidad que sentían las organizaciones corporativas contra los sindicatos obreros y su manifiesta antipatía hacia la influencia de los bancos.

Estas ideas, sin embargo, no llegaron a ser plenamente comprendidas hasta formar parte de la corriente del pensamiento de la época, y haber cruzado, junto con la política, las fronteras. Esto nos conduce a otro factor circunstancial: las influencias intelectuales extranjeras con la inmediata aparición de un hombre, Charles Maurras, que a mediados de los años veinte fue el héroe de los jóvenes intelectuales católicos. «Nuestros jóvenes leen a Maurras con entusiasmo», escribió el abate Jacques Leclercq en 1925. Su influencia fue muy importante entre los estudiantes de la Universidad Católica de Lovaina, en especial entre las secciones de habla francesa, y entre los de la Universidad del Estado, de Lieja. La *Action Française* vendía diariamente cientos de ejemplares en Lovaina. En 1925, cuando *Les Cahiers de la Jeunesse Catholique* propuso a sus lectores dar respuesta a esta pregunta: «¿A quién considera mejor escritor dentro de los últimos veinticinco años?», el nombre de Maurras encabezó la lista, muy por delante de figuras católicas más convencionales. No obstante, se supo más tarde que esta lista, llamada electoral, había sido falsa (1). El éxito de Maurras fue el reflejo de su enorme popularidad entre los jóvenes católicos, ante quienes aparecía, según la expresión de un sacerdote simpatizante, «como un roble en medio de una llanura devastada».

En medio del confusionismo de aquel tiempo, solamente él parecía ofrecer una doctrina sólida y bien establecida al lado de una personalidad suficientemente recia para dominar el tumulto. Es necesario contar con un factor importante: la psicología de la juventud necesita con frecuencia una fe

(1) Es prácticamente cierto que algunos amigos de los *Cahiers* publicaron respuestas con nombres imaginarios. No imaginaban que su inocente juego traería consecuencias insospechahdas. Los resultados de la lista levantaron una fuerte indignación entre algunos círculos católicos, que no admitían que un no teísta como Maurras fuera quien inspirara a la juventud belga. Las controversias sobre la cuestión desencadenaron temporales en los periódicos de la época y fueron el origen de la condena de Maurras por Roma así como de su *Action Française*. Unas cuantas docenas de votos trucados hicieron historia.

revolucionaria, necesidad que desaparece al alcanzar la madurez, y la «Action Française» proponía una especie de revolución de Derechas, a semejanza de lo que el comunismo representaba para otra clase de jóvenes que después de la guerra se convirtieron en socialistas moderados e incluso en liberales. En cada caso, la breve atracción revolucionaria no es sino el reflejo de una *crise de jeunesse.*

Se levanta una gran conmoción cuando, en el año 1926, Roma condena a Maurras y a su «Action Française»; entre la mayoría de sus seguidores católicos causó efecto esta disciplina; sólo en Lieja los estudiantes continuaron fieles a él y el obispo de esta ciudad condenó al periódico que seguían publicando. En Lovaina prácticamente se sometieron todos, ya que estaban dirigidos por algunos sacerdotes como Mn. Picard, que gozaba de gran prestigio entre los jóvenes y aceptaba las órdenes de Roma a rajatabla. Sin embargo, el hecho de abandonar a Maurras no significaba el abandono de sus ideas autoritarias. En todas las publicaciones estudiantiles de los años veinte, aunque el nombre de su creador no apareciera, la palabra «autoridad» era la pauta de todos los artículos. El fenómeno volvió a estar representado en la persona de Léon Degrelle, uno de los estudiantes de Lovaina que se sometió momentáneamente a la condena, pero que diez años más tarde fundó el periódico rexista llamado *Pays Réel,* título sacado directamente de la terminología maurrasiana.

Algunos de los jóvenes católicos de Lieja y Lovaina que habían compartido las ideas «autoritarias» se afiliaron más tarde al rexismo y a otros movimientos de Derechas que mencionaremos brevemente. No obstante, gran número de intelectuales destacados viendo la amenaza de una dictadura externa o interna, optaron por la democracia, como por ejemplo el abate Jacques Leclercq, una de las mentes más influyentes de la época, que hacia 1925 flirteó con el maurrasianismo y que más tarde, sobre los años treinta, en su publicación *La Cité chrétienne,* llegó a ser uno de los más lúcidos defensores de la democracia y al que apoyaron muchos ex partidarios de la «Action Française». La *crise de la jeunesse* había pasado.

Entre los estudiantes católicos de Lovaina la atmósfera intelectual experimentó un fuerte cambio hacia los años treinta, al extenderse una nueva influencia progresista derivada del periódico francés *Esprit,* de Emmanuel Mounier. Sus preocupaciones individuales y sociales fueron el mejor antídoto contra Maurras.

En general, la *Action Française* no fue mucho más leída en los años treinta de lo que lo había sido en 1925, pero otras publicaciones de Derechas más contemporáneas atrajeron hacia sí a numeroso público, especialmente *Gringoire* y *Candide,* más por su presentación y lectura que por razones estrictamente ideológicas. La repetida denuncia en términos exagerados y vivos de los escándalos de la democracia, por parte de ambas revistas, hizo que gran parte del público los asociara, sin reflexionar en la jus-

ticia de los postulados. En contraposición, el partido rexista aumentó su éxito y su popularidad, hecho de difícil comprensión si se desconocen el asunto Stavisky, *Gringoire* y *Candide.*

Todo esto no sólo procedía de Francia sino también de Italia. Mussolini gozaba de gran simpatía en la Bélgica burguesa y se le consideraba el salvador de Italia frente al caos. Nadie o casi nadie pensaba que el fascismo entraría en el país; incluso los admiradores más firmes de Mussolini —algunos muy fanáticos— establecían que ambos países eran muy diferentes. Nunca tomaron a Italia como modelo, pero su ejemplo contribuyó a la creación de un clima favorable a los regímenes del «orden» y la «autoridad». Un burgués belga, católico o no, regresaba de Italia hablando con admiración del «curso actual de las cosas» y de que los trabajadores conocían al fin el lugar que les correspondía; todo ello excelentes signos de «orden» y «autoridad».

Contra lo que pudiese parecer, este clima no fue fomentado por la Alemania de Hitler. Ésta —aparte de otras inquietantes características de su dictadura— significaba la renovación de la amenaza alemana contra Bélgica, lo que no atraía simpatizantes, a excepción de algunos flamencos nacionalistas tan hostiles a la unidad belga que para destruirla no habrían vacilado en unirse a Alemania. Solamente en algunos círculos del VNV se miraba a los alemanes con simpatía, y unos cuantos individuos admiraban a Hitler como hombre. Degrelle fue uno de ellos.

En nuestra breve reseña de movimientos de Derechas hemos de situar en primer plano a aquellos que no echaron sus tropas a la calle y se contentaron con difundir sus ideas y teorías. Les llamaremos movimientos intelectuales.

El «Pour l'Autorité», que en 1927 abrevió su nombre quedando en «l'Autorité», era un grupo patrocinado por un periódico que se publicó desde 1924 a 1932, editado por jóvenes católicos, en su mayoría graduados en la Universidad de Lovaina, entre los que se contaban los hombres más brillantes de su generación, todos ellos admiradores de Maurras. Su máxima popularidad fue alcanzada en 1925 a consecuencia de la encuesta del *Cahiers de la Jeunesse Catholique.* No se presentaban como revolucionarios frente al partido católico, sino con la aspiración de ser un laboratorio en el que cristalizasen las doctrinas del partido. Se les podía identificar sin ningún esfuerzo como miembros de la aristocracia, en especial porque celebraban sus banquetes con trajes de etiqueta. Ahora bien, ¿pertenecieron realmente a la Derecha? Por lo menos estaban al borde de ésta. Pedían un poder ejecutivo más eficaz y un freno para los exagerados poderes del Parlamento; proponían recortar el número de diputados, limitar sus sesiones y poderes y adaptar, más que cambiar, el sistema de las instituciones.

Pero el clima general del movimiento, con su básica y repetida llamada a la «autoridad», poseía muchas características de la Derecha.

El grupo de la «Reacción» era la Derecha en su forma más rabiosa. Estaba formado por unos cuantos hombres de letras (entre ellos Robert Poulet, periodista de gran talento que jugó un importante papel en la prensa colaboracionista durante la segunda Guerra Mundial), veteranos de guerra, teóricos corporativistas y gentes por el estilo. Fundado en 1932, durante dos años (1933-1935) su órgano representativo fue la *Revue Réactionnaire,* solamente con trescientos o cuatrocientos suscriptores. Intentaban crear «una fuerte corriente de opinión contra el parlamento y la democracia», asegurando que los viejos partidos debían desaparecer y «ceder su mando al rey». Éste gobernaría con ayuda de un sistema corporativista y con los máximos poderes, incluso el legislativo. En 1935, la *Revue de l'Ordre Corporatif* sucedió a la *Revue Réactionnaire* y continuó la lucha en pos de una «monarquía corporativa».

La *Nation Belge* fue fundado en 1918 por un brillante periodista, Fernand Neuray. Fiel a su divisa, Neuray se erigió en portavoz del nacionalismo belga. Era muy apreciado en el ejército y a su periódico se le llamaba «el portavoz de los oficiales»; en él aparecieron a menudo artículos de escritores de la «Action Française». Criticaba al Parlamento y a los partidos políticos y durante varios años su posición fue meramente negativa. El cambio se produjo hacia 1933 y, principalmente, después de la muerte de Neuray en 1934. Entonces los nuevos colaboradores, entre los que se contaban Robert Poulet y otros miembros del grupo reaccionario, maniobraron para apoderarse de la *Nation Belge,* defendiendo un nuevo programa. El régimen parlamentario, según ellos, estaba moribundo y sería reemplazado por un Estado corporativo con fuerte poder ejecutivo por parte del rey. Sin embargo, siendo la *Nation Belge* un periódico de interés general, debía presentar estas ideas de forma más diluida y menos ofensiva que la *Revue Réactionnaire.* Esta nueva postura asombró a muchos de los lectores tradicionales y se ganó las simpatías de Degrelle y Rex, pero la *Nation Belge* nunca se adhirió a ellos.

La democracia autoritaria de Henri de Man fue un suceso prácticamente aislado pero con importancia debido a la personalidad de De Man. Éste había gozado de gran reputación como teórico socialista (*Au delà du marxisme,* 1927), también era autor del *Plan du Travail,* de 1933, que los socialistas aclamaron como medio más idóneo para luchar contra la crisis económica, y ocupó cargos ministeriales desde 1935 a 1938. En 1939 le sucede Emile Vandervelde como presidente del Partido Socialista, pero ya en aquel tiempo, como él mismo confesó más tarde, había «perdido la fe» en el clásico parlamento demócrata que se había mostrado incapaz de evitar que los grandes grupos poseedores del dinero fraguasen el fracaso de las necesarias reformas económicas. Sólo una democracia «autoritaria» sería

apropiada para llevar a cabo las reformas socialistas. En 1939, De Man expresó sus puntos de vista en el periódico flamenco *Leiding*. Pedía un gobierno para cuatro años, durante cuyo período el parlamento no podría derribarlo; solicitaba asimismo presupuestos votados para cuatro años y una sola Cámara en lugar de las dos existentes; seguidamente cambió estas últimas disposiciones pidiendo un sistema corporativista que actuaría en las cuestiones económicas. La segunda Guerra Mundial llegó sin dar tiempo al Partido Socialista a discutir el tema. El eco en el país fue mínimo.

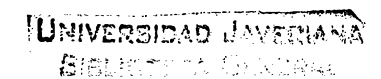
Sin embargo, después de la victoria alemana en mayo y junio de 1940, la pérdida de fe en la democracia de De Man dio un resultado inesperado: como presidente del partido lanzó un manifiesto celebrando la caída de la «decrépita» democracia y la «liberación» de las clases trabajadoras. Colaboró un corto espacio de tiempo con los alemanes, acabando sus días exiliado en Suiza. No tuvo discípulos.

La segunda clase de movimientos son aquellos que contaron con tropas organizadas.

La «Action Nationale» fue fundada por Pierre Nothomb, fecundo escritor y orador, quizá la figura más activa del nacionalismo belga desde 1918. Nothomb había nacido en 1887, comenzando en el campo de la política extranjera, donde encontró amplio apoyo. Su Comité de Política Nacional, fundado en 1919, y que alcanzó bastante influencia, incluía generales, políticos, hombres de negocios, de leyes y de letras; incluso al principio algunos socialistas. Pero los temas ruidosos como la anexión de Luxemburgo o de Limburgo no cristalizaron y Nothomb se inclinó cada vez más hacia la política interior belga con tendencias claramente derechistas. La defensa de esta nueva forma de nacionalismo le ocasionó la pérdida de la mayoría de sus recientes partidarios, salvo los militares, que le fueron siempre fieles. Nothomb intentó, cada vez con más intensidad, compensar esta pérdida de influencia por medio de un lenguaje violento. El portavoz de la segunda fase fue el semanario *L'Action Nationale* (1924-1930), caracterizado por una fuerte hostilidad contra la democracia parlamentaria. «Un régimen democrático lleva necesariamente a la ruina de la civilización» (1925). El peor de los enemigos era el marxismo, fundado por un «judío boche», Carlos Marx; el movimiento era ante todo nacionalista y antisocialista y demostraba gran admiración por Mussolini. «Bélgica —decía— debe buscar la alianza en la única fuerza real que sobrevive en occidente, Roma» (1926). El sistema corporativo italiano era muy admirado. Del teórico corporativista Corradini, escribió Nothomb: «Es nuestro *maître à penser,* quizá aún más que Maurras». (Téngase en cuenta que Maurras era considerado como la regla viviente del movimiento.) El programa positivo de la «Action Nationale» incluía la creación de un gobierno fuerte, responsable ante el rey y no ante el Parlamento, y la creación de unos órganos corporativistas con responsabilidad legislativa. Se trataba de una ideología un tanto esquemá-

tica. En 1925 se fundó una organización, las «Jeunesses Nationales» (1925-1932), que constaba de dos o tres mil miembros, en su mayoría alumnos de colegios católicos desde los quince o dieciséis años. No vestían uniforme pero usaban emblemas, asistían a los mítines de la «Action Nationale», vendían el periódico por las esquinas, formaban desfiles en las ceremonias patrióticas, organizaban peleas callejeras con los jóvenes socialistas y flamencos nacionalistas, movimiento que odiaban casi tanto como al socialista, y alborotaban delante de los cines de Bruselas que echaban películas soviéticas en 1928. Los socialistas calificaron a Nothomb de «líder fascista», pero en realidad nunca logró prestigio como dirigente; un periódico liberal le llamó el «Napoleón de la chiquillería» (*Napoléon de la marmaille*). Pero, aunque resulte extraño, este enemigo declarado del Parlamento intentó varias veces entrar en él; en los años 1925 y 1929 formó parte de la lista electoral católica sin éxito algundo. Esto llenó de confusión a muchos de sus partidarios y fue una de las principales razones para que se produjera el fin del movimiento. En 1936, M. Nothomb se convirtió en senador católico.

La «Légion Nationale» se establece en el año 1922. En sus comienzos se trataba de un pequeño grupo de oficiales y ex combatientes de la Gran Guerra que, disgustados ante los partidos políticos, anhelaban la llegada del día en el que Bélgica se viese libre de todos sus enemigos, germanófilos, comunistas y políticos. La nota predominante en su movimiento era un fuerte nacionalismo. Eran grandes partidarios de la autoridad, del orden, de Maurras y de Mussolini. Después de 1927 se alza un nuevo líder, Paul Hoornaert, que da nuevos ímpetus al partido. Se trataba de un hombre de leyes, nacido en Lieja —ciudad que fue cuna y centro de la Legión—; fue un buen oficial durante la primera Guerra Mundial y un gran patriota durante la segunda; líder de la Resistencia, murió en un campo de concentración alemán. Bajo su mando instituyó la Legión como un organismo paramilitar; formó tropas móviles de uniforme, con cascos y palos. Hacia los años treinta los uniformados legionarios alcanzaban un número de 2.000 a 4.000. El movimiento tenía centros en las principales ciudades belgas, especialmente en la parte valona del país, y, a pesar de contar con adeptos flamencos y tener incluso un periódico en su idioma, la Legión fue predominantemente francófona, uniéndosele muchos jóvenes procedentes de las «Jeunesses Nationales». El objetivo principal de dicho movimiento no era el dar un golpe de fuerza sino formar un núcleo poderoso en espera del día en que Bélgica, convertida a la doctrina de la Legión, estuviese madura para la «revolución nacional». Los legionarios se veían precisados a defender el país de los atentados revolucionarios provenientes de la Izquierda, sobre todo de los socialistas, contra quienes sostuvieron severas luchas en las calles. A causa de esto, el gobierno emitió, en julio de 1934, una ley prohibiendo las milicias privadas; dicha ley iba principalmente en contra de la «Légion Nationale» y el «Verdinaso», pero sus efectos fueron mínimos.



El ideal de la «revolución nacional» de Hoornaert era eliminar lo que tuviese conexión con el régimen existente, exceptuando al rey; no admitía la democracia parlamentaria ni los partidos políticos, y su base consistía en un sistema corporativo con cámaras dotadas de poder legislativo. Acerca del poder ejecutivo, el programa era menos detallado pero, por supuesto, «fuerte». El desarrollo de los acontecimientos futuros se dejaba un tanto al azar, manteniéndose firme en la no admisión de compromisos con la democracia parlamentaria. Condenaban asimismo el rexismo por tomar forma de partido parlamentario.

Sin embargo, la «Légion Nationale» y el rexismo presentan muchos rasgos comunes: comparten el odio al marxismo, que llamaban judeo-marxismo por asociarlo con los judíos, que representa para ellos poco menos que el diablo. Pero, contrariamente a Degrelle, los líderes de la Legión, partidarios de la tradición nacionalista belga antigermana, no sentían ninguna simpatía por Alemania ni por Hitler.

El «Verdinaso» fue, al igual que la Legión, un grupo con tendencia moderada pero con una influencia y un atractivo que la Legión nunca llegó a poseer. Ésta conseguía adeptos pero no admiradores, y aquél sí, debido a la recia personalidad de su fundador, Joris van Severen.

Van Severen (1894-1940) era hijo de un notario de Flandes occidental y estudiante de leyes en Gante al estallar la guerra de 1914. En aquel entonces formó parte de una organización secreta dentro del ejército que apoyaba los derechos de los soldados flamencos y su idioma. Este «Movimiento del Frente» *(Frontbeweging)* al finalizar la guerra pasó a ser un movimiento político, el *Frontpartij,* con ideas flamenco-nacionalistas siendo Van Severen uno de sus diputados en la Cámara desde 1921 hasta 1929. Durante este tiempo no cesó en las acusaciones al Estado belga de enemigo acérrimo de los flamencos, y en 1928 lanzó en la Cámara el discurso más violento que probablemente jamás se había oído allí. Pero en 1929, a consecuencia de una trampa por parte de sus oponentes católicos, no fue reelegido (1).

Dos años más tarde funda una organización, la «Verbond van Dietsche Nationaalsolidaristen» (Liga de partidarios de la solidaridad nacional de habla holandesa), o «Verdinaso».

Desde 1931 a 1940, Van Severen tuvo éxito en lo referente a gozar de un fervor real entre sus seguidores, a los que arrastraba prácticamente adonde quería. En sus comienzos, el «Verdinaso» se dedicó a la realización de la *Dietschland,* pero Van Severen lo abandonó repentinamente dedicándose al *Dietsche Rijk,* alianza política entre Holanda, Bélgica y Luxembur-

(1) Van Severen obtuvo más votos que en las elecciones previas de 1925. Pero los católicos, que manejaban el complicado sistema electoral, se las arreglaron para que los votos de Van Severen fueran otorgados a otros compañeros suyos, de distintos distritos.

go, como si pretendiese revivir de nuevo a los gloriosos *Pays-Bas* del siglo XVI. En este nuevo aspecto, Bélgica se salvaba e incluso se glorificaba. Hacia el año 1937, los *dinasos* ya llevaban la bandera belga y asimismo entonaban el himno nacional, hasta convertirse en abiertos nacionalistas belgas.

Esta extraña evolución le costó a Van Severen pocos seguidores, lo que demuestra que la atracción estaba en él y no en el *Dietschland* o el *Dietsche Rijk*. Tuvo el acierto de dar a su movimiento el orden y disciplina que buscaban los jóvenes belgas en medio de aquella época incierta. En las milicias del «Verdinaso» no sólo podían vestir el uniforme sino tomar parte en maniobras, campamentos y desfiles, y saludar con el brazo en alto; además de sentirse engreídos a causa de las segurirades de Van Severen de que su disciplina los convertía en los aristócratas del día. Obedecían a un líder que miraba el futuro firmemente y hablaba de idealismo, líder, en fin, con el que construirían una nueva sociedad.

Dicha sociedad sería, desde luego, autoritaria. Van Severen estaba altamente influido por la «Action Française» de Maurras al que había erigido en su maestro; también sentía admiración por Mussolini y despreciaba a la democracia. «Ningún hombre inteligente cree ya en la democracia», escribió en 1933. La «solidaridad nacional» que él predicaba era un «nuevo orden» basado en un sistema corporativista, pero no ocultaba que el primer objetivo del «Verdinaso» consistía en «alcanzar el poder», lo que daba a su movimiento un carácter marcadamente fascista.

El centro de gravedad del «Verdinaso» era el Flandes occidental donde Van Severen había sido elegido de 1921 a 1929, pero sus partidarios procedían de todo el país flamenco, en especial de los estudiantes de Gante y Lovaina. Este movimiento se ramificó en Holanda, y después de la conversión de Van Severen a la *Diestche Rijk* en la parte valona de su país. Desde 1936, además de sus artículos y panfletos en flamenco, publicó un periódico mensual en francés, cuyo título en 1939 era *Pays-Bas belgiques!*

Van Severen tuvo un final trágico al ser hecho prisionero político en el norte de Francia en mayo de 1940, muriendo a manos de los franceses. Durante la ocupación alemana muchos *dinasos* intentaron permanecer fieles a las ideas que él les había enseñado, hecho que les condujo por dos direcciones opuestas: unos se unieron a la Resistencia y otros se hicieron colaboracionistas de los alemanes. Lo que hubiera hecho el propio Van Severen es hipotético.

Llegamos, en el estudio de las Derechas belgas, a dos movimientos de masas: el Rex y el VNV. Ambos constituyen dos casos especiales y com-

plicados; pertenecían claramente a la Derecha pero sus llamamientos y su éxito eran debidos a factores que poco tenían que ver con ésta (1).

El VNV (Vlaamsch National Verbond, o sea Liga Nacional Flamenca) fue un partido político, establecido en 1933, como medio de unión entre las diferentes organizaciones flamencas nacionalistas.

Estas organizaciones se habían mantenido unidas hasta entonces mediante el odio común a Bélgica, a la que consideraban causa de todas sus miserias, por su sentimiento nacionalista flamenco y por el anhelo de destruir el pasado unitario belga. Sin embargo, tanto si eran fuertes, como el *Frontpartij* de los años veinte, como débiles, solían obrar por su cuenta, cada una dentro de su región o sector, sin ningún programa político conjunto.

Desde 1932, la unidad se hizo necesaria por dos razones: remontar el fracaso que el nacionalismo flamenco había sufrido en las elecciones de ese mismo año o unirse al «Verdinaso».

En 1921, los nacionalistas flamencos obtuvieron cuatro escaños en la Cámara, seis en 1925 y once en 1929; en el año 1932, este avance sufrió un estancamiento y descendieron a nueve. El líder de su grupo parlamentario no resultó reelegido y perdieron su escaño, además de la seria amenaza que representaba para el futuro el dinamismo y atractivo de Van Severen. Se necesitaba, por tanto, una posición común. En 1933 se funda el VNV bajo el mando absoluto de Staf de Clercq (1884-1942), antiguo maestro de escuela y diputado nacionalista flamenco (1919-1932) que había ganado gran popularidad en los distritos rurales de Bruselas. El programa del nuevo partido insistía, como era de esperar, en la «liberación» del pueblo flamenco de las garras del Estado belga, pero también aconsejaba la reforma de las instituciones y esto representaba un cambio real, en algunos aspectos inesperado, en la dirección del nacionalismo flamenco.

Las ideas autoritarias habían sido siempre minoría entre los nacionalistas flamencos, que se consideraban a sí mismos buenos demócratas. Esto explica que en Amberes, por ejemplo, existiese una especie de camaradería entre políticos socialistas, como Camille Huysmans, y líderes del *Frontpartij*. El periódico principal de los nacionalistas flamencos, *De Schelde*, editado en Amberes, sentía por el fascismo una gran desconfianza. En Bélgica — decía — el fascismo está apoyado por los militares y la alta burguesía, los elementos más antiflamencos del país y de los que es preciso guardarse.

En 1933, los fundadores del VNV se hallaban ante un doble problema: necesitaban asegurarse la adhesión de todos los grupos nacionalistas, pero, en el Flandes occidental, uno de esos grupos, sacudido por la competencia de Van Severen, había derivado hacia el extremismo político e insistía en

(1) Se puede decir lo mismo de los *réalistes* de 1935-1936. La explicación de su éxito reside en su cruda demagogia en relación con las «reformas» económicas y su tendencia a la dictadura.

el programa autoritario. El segundo problema del VNV estaba relacionado con la democracia parlamentaria. ¿Estaba ésta en auge? Nadie podía afirmarlo dentro de la atmósfera política de 1933, y el propagandístico éxito de Van Severen parecía indicar lo contrario. Por estas razones, el VNV, con el fin de sustituir a la decrépita democracia, comenzó la defensa de un sistema de «solidaridad» nacional. El nuevo orden consistiría en una unidad corporativa, eliminada la nefasta dictadura de los partidos, e implantaría un régimen autoritario.

Con el mismo espíritu de lucha del «Verdinaso», el VNV se declaró partidario del pueblo *dietsche,* de los flamencos y de sus hermanos holandeses.

Como hemos visto, la línea política de Van Severen implicaba un cambio drástico — los flamencos decían en tono de burla Belginaso en lugar de Verdinaso —, pero el VNV no cambió su dirección de 1933 a 1940. Los periódicos del partido, como ejemplo *Volk en Staat,* derivado del *De Schelde,* de 1936, dedicaban loas incesantes al Estado *dietsche* del futuro, criticando el desorden de la democracia e insistiendo en las ventajas que aportaría el nuevo orden. El carácter autoritario del partido quizá sea más evidente que el otorgado a su jefe Staf de Clercq; que se titulaba a sí mismo *leider* (equivalente al alemán *Führer*), quien, siendo solamente un sagaz político, intentó asumir las poses de su colega alemán. Los uniformes, los saludos con el brazo en alto y los gritos de entusiasmo combativo llegaron a hacerse parte integrante del VNV.

Todo ello respondía a un matiz superficial. La verdadera llamada se dirigía al nacionalismo flamenco y no al ideal *dietsche.* La unión con los holandeses — hermanos de lengua pero no de sentimientos —, era considerada una meta dentro de un futuro remoto; cuando la política derivó al terreno de lo práctico, el objetivo común fue la autonomía de Flandes. La bandera oficial del movimiento se adornaría con una delta que señalaba la unidad del pueblo *dietsche* del Rin, del Mosa y del delta del Escalda, aunque la única bandera que continuó siendo popular entre los miembros fue la amarilla con el león negro de Flandes.

La propaganda de un «orden nuevo» no fue estridente, salvo en círculos limitados. Algunos nacionalistas flamencos de convicciones democráticas rehusaron unirse al VNV, tal es el caso de Herman Vos, que encabezó el grupo parlamentario hasta 1932, pasándose luego a los socialistas; otros, entre ellos algunos diputados, se afiliaron a la causa porque consideraban la parte antiparlamentaria del programa con importancia secundaria. Su posición resultaba bastante difícil, pero probaron, no sin éxito en algunos momentos, a eliminar ciertas expresiones antidemocráticas.

El «nuevo orden» no llegó a definirse claramente, quedando apenas bosquejado, lleno de clisés corporativistas y sin llegar a ser el núcleo ideológico del partido

Lo que en realidad subyugaba a los electores flamencos que votaron en favor del VNV era el león de Flandes, por oposición a la bandera belga. Ante sus ojos la unidad belga implicaba un tratamiento injusto a su lengua nativa, la dominación de Flandes por los intereses valones e influencia francesa y el perpetuo sacrificio de los auténticos intereses flamencos. Deseaban que Flandes llegase a ser dueño de sus actos.

Esta fue la principal significación de los 168.000 votos de nacionalistas flamencos en 1939. De los 202 diputados que componían la Cámara eligieron dieciséis en 1936 y diecisiete en 1939. Los porcentajes nacionales seguían la misma tónica: en las cuatro provincias flamencas y en los cantones de la región de Brabante consiguieron en 1936 el trece por ciento de los votos y el quince en 1939; en los distritos *(arrondissements)* flamencos, del cinco al veinticinco por ciento en 1936. Los máximos resultados, cerca de un veinte por ciento, pertenecían a los distritos de Turnhout en la provincia de Amberes, Veurne en Furnes, e Ypres en el Flandes occidental, así como los dos correspondientes a la provincia de Limburgo.

Como es evidente, estas áreas son predominantemente rurales y los números confirman que el nacionalismo flamenco, especialmente en los años treinta, tuvo fuerza en el campo y en las ciudades pequeñas, con resultados más bajos en las grandes.

Hubo cantones rurales en los que el porcentaje del nacionalismo flamenco osciló de un treinta y cinco a un cuarenta por ciento en 1936 y 1939. Esto significa un auténtico movimiento de masas, en el sentido estricto de la palabra, sin estar limitado por la usual división entre católicos y partidarios de la Izquierda. Aunque sinceramente hemos de decir que todos los líderes del VNV eran católicos militantes sería erróneo hacer esto extensivo a sus seguidores o pensar que de no haber sido nacionalistas habrían dado sus votos al partido católico. Así, cuando se disolvió el VNV, después de la segunda Guerra Mundial, gran parte del electorado pasó a engrosar las filas de los partidos socialista y liberal. El VNV, como movimiento nacionalista, había arrastrado a públicos de opiniones políticas muy variadas.

Por último, algunos de sus líderes y periodistas, sin duda debido a la herencia de la colaboración con alemanes y extremistas flamencos durante la primera Guerra Mundial, mostraron agrado ante Alemania e incluso ante el régimen nazi, hasta el punto de que *Volk en Staat* recibió subsidios de Berlín. Poco antes de haber estallado la guerra, esta inclinación hacia los alemanes contrastaba con la estricta neutralidad de Van Severen, que nunca aceptó dinero alemán. Esta simpatía por Alemania fue el preámbulo de la decisión tomada por el VNV y sus seguidores para colaborar con Hitler durante la segunda ocupación germana.

El 24 de mayo de 1936 el partido rexista, completamente nuevo, participó por primera vez en la lucha electoral y consiguió veintiún escaños de los 202 de la Cámara. Un belga de cada nueve y un belga valón de cada

seis votaron por los rexistas y por su líder Léon Degrelle. Esto constituye, sin ninguna duda, el fenómeno más destacado en la historia de las Derechas belgas.

En los libros se encuentran dos interpretaciones del éxito del Rex. Ambas son fundamentales y por tanto las expondremos:

1. Se ha creído con frecuencia que el éxito del Rex fue debido, en parte, a la depresión económica. Se tiene en cuenta la clásica reacción hacia el extremismo causada por la decepción provocada por la crisis económica. Esta observación puede contradecirse con la mera observación de los hechos cronológicos: los doce meses precedentes a las elecciones de 1936 resultaron ser un período de marcada recuperación económica. No aumentaban las cifras correspondientes al desempleo ni el número de quiebras, dominando un sentimiento esperanzador hacia el futuro. Sin embargo todavía quedaban numerosas víctimas de la crisis, especialmente entre la clase media y entre los que no habían alcanzado la recuperación, personas dispuestas a escuchar cualquier propaganda extremista. De todos modos las raíces de la popularidad del Rex eran más hondas.

2. Unos 270.000 electores masculinos belgas prestaron su apoyo al partido de Degrelle. Más de un historiador se ha estremecido ante el hecho de que en Bélgica existieran, en 1936, 270.000 fascistas, sin contar las mujeres que no alcanzaron el derecho al voto hasta 1948. Esto corresponde a una interpretación equívoca de los hechos. La mayor parte de votantes del Rex eran ciudadanos que no tenían idea de lo que significaba una dictadura fascista ni tan siquiera un régimen de Derecha; creían simplemente que de este modo se rejuvenecería y aclararía la atmósfera política. Consideremos, por ejemplo, a Luxemburgo, provincia donde nació Degrelle, que constituye el lugar de más elevado porcentaje de votos para el Rex, el veintinueve por ciento.

En algunos distritos rurales de las provincias llegó ha haber un rexista por cada tres electores. En el distrito de Laroche-en-Ardenne la proporción alcanzaba prácticamente el uno por dos, o sea un cuarenta y ocho por ciento. ¿No resultaría absurdo imaginar que los campesinos de los pueblecitos que circundaban a Laroche eran todos fascistas? En realidad se trataba tan sólo de ingenuos entusiastas.

Los que no notaron que Degrelle, en 1936, se estaba metiendo en aguas fascistas poseían, en realidad, muy poca visión política, pero no hay que exagerar su falta de perspicacia. El Rex repudiaba, oficialmente, toda clase de ambición fascista antes de las elecciones; Degrelle no había expresado con demasiada claridad sus principales objetivos y se mantuvo alejado de aquellos declarados más autoritarios sin asociarse a la *Légion Nationale.*

Así pues, los votos otorgados a los rexistas en 1936 no fueron motivados por ideas o programas fascistas, sino por la decepción nacional. Pasemos ahora a Léon Degrelle.

Degrelle nació en Bouillon en 1906, pueblecito del sur de Luxemburgo. Su padre, un cervecero, era miembro activo del partido católico. Estudió en Lovaina, donde cursó leyes sin llegar a graduarse, y allí se afilió a la «Action Catholique de la Jeunesse Belge» (ACJB), movimiento religioso que ganaba terreno entre la burguesía al mismo tiempo que la «Jeunesse Ouvrière Chrétienne» (JOC) obtenía influencia entre las clases trabajadoras (1). Como protegido de Mn. Picard, el gran organizador de la ACJB, Degrelle obtuvo la dirección del departamento de publicidad del movimiento, que evolucionó en 1931, convirtiéndose en una gran editorial, denominada también Rex. Todo ello suena a cruzada religiosa —el Rex rendía homenaje a la monarquía de Cristo, a la conjunción de Christus Rex—, y el joven Degrelle aparece como el primero y más intrépido de sus guerreros. Su extraordinario dinamismo parecía lo más destacado de su personalidad, pero él lo combinaba con un raro sentido de lo dramático, de tal forma que lo que escribió y todos sus discursos poseían la virtud de apoderarse de sus oyentes y lectores, metiéndolos en un puño; la confianza en sí mismo era tan ilimitada como su ambición. Como director del Rex desaprobaba su megalomanía, llegando a dirigir un número tan extraordinario de semanarios religiosos, literarios, para el hogar, etc., que terminó hundiéndose financieramente. El objetivo de todas sus acciones —lo repetiría con frecuencia— era el triunfo de la fe católica y de Cristo, y bajo el aspecto religioso su propaganda se convirtió paulatinamente en política. El comunismo, la francmasonería, las altas finanzas, los católicos, el partido católico acusado de incompetencia e inactividad, fueron blanco de sus ataques. Hacia 1934-1935 las ambiciones de Degrelle no constituían un secreto para nadie, éste había confesado a sus amigos que lo que verdaderamente deseaba era «gobernar el país».

El punto culminante llegó el 20 de noviembre de 1935. Durante una reunión de la organización principal del partido católico, la «Féderation des Cercles», Degrelle subió violentamente a la tribuna y desde allí lanzó violentas injurias contra los líderes del partido, a los que calificó de políticos podridos. El paso siguiente fue la ruptura con dicho partido católico, emprendiendo la mayor aventura imaginable; aquel joven, que no cumpliría los treinta años hasta junio de 1936, creó en seis meses el mayor partido belga que jamás se había conocido, fuera de los tres «tradicionales» (católicos, liberales y socialistas). Degrelle no empezó de la nada; sus artículos y su oratoria apasionada le habían proporcionado la adhesión de gran número de jóvenes católicos pertenecientes, en especial, al ACJB, y éstos, a su vez, organizaron grupos por todo el país. De este modo, de un número escaso

(1) La JOC estuvo, durante algún tiempo, afiliada oficialmente a la ACJB, pero de hecho ambas organizaciones trabajaron siempre independientes una de otra.

de electores pasó en seis meses a 270.000. Su éxito fue debido principalmente al poder torrencial de sus discursos. El ex campeón de la causa de Cristo no apeló en adelante a los sentimientos religiosos de sus oyentes. El partido rexista, que llegaría a obtener fuerte apoyo en el país, no hacía distinciones entre creyentes y no creyentes. El llamamiento de Degrelle apelaba a la pureza y denunciaba con violencia la corrupción de los políticos y la colusión entre finanzas y Parlamento. La banda de *pourris* (podridos) tenía que ser exterminada. Este calificativo lo aplicaba a toda clase de políticos, y los exabruptos de los militantes rexistas demostraban que éstos eran los únicos símbolos de su campaña.

Con el fin de apoyar su propaganda, Degrelle sacó a relucir varios escándalos que hasta hacía poco estaban en el candelero de la opinión pública. Pero, ¿hasta dónde se justificaría su generalización? ¿Debía denunciarlos cuando existiese una verdadera crisis de moral parlamentaria o cuando la sensibilidad del gran público se despertara ante el escándalo, tal y como sucedía entonces? La cuestión no resulta fácil de responder, pero probablemente fue uno de los fenómenos de aquel tiempo. Hasta entonces la política belga había sido bastante clara y no cambió durante el período de entreguerras, pero los grandes «cracs» financieros de la depresión pusieron en evidencia, como había sucedido antes, el turbio papel desempeñado por algunos políticos. Esto provocó una impresión nefasta y recordó el asunto Stavisky prototipo de los escándalos franceses. La demagogia de Degrelle hacía su aparición en el momento preciso.

Los resultados de las elecciones de marzo de 1936 merecen un breve análisis. El porcentaje de votos rexistas en todo el país fue un once por ciento. Las cuatro provincias valonas les votaron según el siguiente porcentaje: Luxemburgo un veintinueve, Namur un veinte por ciento, Lieja el diecinueve y Hainaut un ocho; los ocho cantones urbanos de Bruselas otorgaron alrededor del trece al veinticuatro por ciento. En las cuatro provincias flamencas y en los cantones flamencos de Brabante el promedio fue del cuatro por ciento, a pesar de publicar los rexistas un periódico en flamenco y tener varios partidarios incondicionales; pero la reacción favorable frente a la propaganda de Degrelle se dio en el norte de Bélgica entre las clases altas de habla francesa, los llamados *fransquillons*.

La mayor parte de los electores rexistas eran prófugos del partido católico y desengañados ante el desastre de las elecciones; perdieron dieciséis escaños. El éxito de Degrelle fue también acusado por los socialistas. Parece ser cierto que, al menos en las zonas urbanas de Bruselas, más del cincuenta por ciento rexista procedía de socialistas y liberales. En otras partes la proporción era menor. No obstante, el rexismo no fue una defección del partido católico, como el VNV de Flandes, sino que estuvo por encima de la tradicional división política belga.

El movimiento pertenecía principalmente a la clase media y estaba com-

puesto por hombres de leyes, profesores, comerciantes, empleados, llegando a englobar, incluso, cierto número de intelectuales, católicos en su mayoría, que bajo el hechizo de Degrelle prefirieron el entusiasmo a la razón. Las áreas rurales, en cambio, daban escaso número de partidarios y las clases trabajadoras todavía en menor proporción. En Hainaut y en los cantones industriales los votos rexistas fueron los más bajos.

La psicología de los electores rexistas se ha comparado frecuentemente con la de los poujadistas franceses de 1956. La declarada hostilidad contra los políticos de cualquier tendencia —los *pourris*— fue un hecho repetido por el *sortir les sortants* de Poujade. En ambos casos se trató de un elemento negativo, pero la esperanza positiva que brindaba Degrelle era fuerte; los que creían en él creían también que el uso de las escobas convertiría a Bélgica en una nación fuerte y sana.

Las elecciones de mayo asustaron a los círculos de gobernantes de 1936, pero no consiguieron los objetivos esperados, ya que a los pocos meses se puso en evidencia la debilidad rexista, que no sólo residía en la incapacidad de resolver el problema político y elaborar un programa que coincidiera con su propaganda electoral, sino también en la inexperiencia de los mandos que rodeaban a Degrelle, la carencia de una organización social que prestase su apoyo debidamente al partido y, finalmente, su escasa influencia en Flandes.

Lo que Degrelle llamó su programa político durante las semanas de su campaña electoral apenas merece dicho nombre. Se ceñía exclusivamente a la denuncia de los partidos políticos, de los propios políticos y, naturalmente, del Parlamento, «colección de aprovechados que no se presentaban más que dos veces al año». Degrelle daba una brillante descripción, no muy precisa, de la maravillosa renovación que el rexismo traería al país, según la inveterada tradición de todos los partidos nuevos, llena de promesas para las clases sociales, en especial para la clase media. Acerca de las reformas necesarias en las instituciones se mostró más vago. El verdadero programa no vino hasta después de las elecciones, pero el problema se presentó en términos difíciles, ya que el partido carecía de ideólogos. Se basaba en las viejas fórmulas del corporativismo; la solidaridad de todas las clases sociales debía estar asegurada por un orden corporativo, con una legislación competente procedente de las corporaciones, etc.

Esto sonaba bien en los oídos de la mayoría de sus seguidores que en realidad tenían ideas derechistas. Pero dicho programa —tal como sucedió— nunca podría merecer la unánime aprobación popular.

Sin embargo, para un observador agudo es fácil comprender que estas teorías corporativistas, que llevaban en su esencia una clara amenaza a la democracia, no eran más que una cortina de humo para enmascarar las cada vez mayores ambiciones particulares. Lo que evidentemente ambicionaba Degrelle era un sistema de partido único que apoyase su dictadura,

cosa que, aunque él lo negase, se veía venir en la tendencia general del movimiento rexista. Éste, que no podía llamarse político, pues clamaba ser un movimiento de conquista — su grito de guerra camino de la victoria era *Rex vaincra* (Rex vencerá) —, y que al alcanzar esta victoria, aplastaría a los viejos y decrépitos partidos. Tales perspectivas, claramente fascistas, le costaron a Degrelle gran número de sus primeros admiradores.

Otro inconveniente fue que el talento político, alrededor de Degrelle, era tan escaso como el pensamiento político, ya que todos los representantes rexistas habían sido elegidos con rapidez y al azar; los senadores y diputados rexistas hicieron un mal papel en el Parlamento. El mismo Degrelle no no podía presentarse como candidato — hecho que lamentaba — y lo más que podía hacer era animar a sus hombres desde la galería. La mayoría de ellos eran un fracaso y su inexperiencia agudizaba la situación en el mismo partido.

En conclusión, el rexismo giró siempre alrededor de un hombre. Todo se centraba en el *Chef du Rex*, sus palabras, sus retratos, sus artículos en el *Pays Réel* (órgano oficial del partido) y su mando absoluto. La adulación hacia la persona del *chef* era mayor que en cualquier otro movimiento y algunas mujeres bordeaban la histeria, pero las mujeres histéricas no servían como sustitutos de colaboradores políticos capaces.

Ni las reuniones ni los mítines pudieron aportar al partido el apoyo social que necesitaba para perdurar. Los partidos socialista y católico se hallaban firmemente asentados sobre movimientos del mismo nombre. Rex intentó fundar sus propios nexos de unión pero no lo consiguió. Recibía abundancia de dinero procedente de las clases superiores, bien de aquellos que se habían convertido sinceramente a la doctrina rexista o, como ocurría a menudo, de aquellos que buscaban el asegurarse para el futuro. En septiembre de 1936, uno de los principales industriales del país pagó una suscripción por dos meses, la cual no fue renovada, por más de cien mil ejemplares del *Pays Réel*. En general, los sindicatos patronales e intereses industriales o bancarios no prestaron apoyo alguno. Rex nunca logró descansar sobre un grupo organizado.

Degrelle había esperado que la ola popular, magnetizada por su elocuencia, llegase a derribar al régimen, elevándolo a él al poder. La única sombra en este sueño, que no se trató de otra cosa ya que el golpe de Estado rexista nunca fue preparado seriamente, fueron indudablemente los flamencos, fuertes en su VNV, y para quienes no era en modo alguno enemigo. En el norte de Bélgica la popularidad de Degrelle era mínima y sólo tuvo la oportunidad de negociar con el movimiento flamenco en octubre de 1936, durante un encuentro con Staf de Clercq, en el que se llegó al acuerdo de proporcionar un alto grado de autonomía a las dos partes del país. Este pacto significaba que el rexismo dejaba Flandes al VNV. A pesar de no dar este acuerdo resultados prácticos y ser denunciado oficialmente meses más tar-

de, causó gran alboroto e hizo mucho daño al rexismo. Degrelle se quejaba de que había abandonado lo mejor de Bélgica a la otra parte, pero el público sólo vio su alianza con los enemigos de la nación.

Frente a estas debilidades del partido estaba el inmenso poder de oratoria de Degrelle. Durante el año 1936 y a principios del 37, las reuniones de masas dirigidas por el *chef du Rex,* provocaban todavía un gran entusiasmo y fervor. En enero de 1937 celebró seis mítines en otras tantas noches consecutivas en la sala más grande de Bruselas, consiguiendo en todos ellos un lleno absoluto de seguidores que gritaban *Rex vaincra.* Sin embargo, para obtener la victoria necesitaba dar un paso decisivo, y pensó en el plebiscito. Ahora bien, como un plebiscito nacional no lo permitían las leyes constitucionales, organizó uno en la capital. En marzo de 1937 ordenó a uno de los diputados rexistas, elegido por el distrito de Bruselas, que renunciara a su puesto junto con sus sustitutos, provocando así una elección parcial. Degrelle sería el candidato.

Los partidos demócratas se dieron cuenta del error de su división y decidieron unirse. Católicos, liberales y socialistas estuvieron de acuerdo en presentar una candidatura única: el Primer Ministro, M. Paul Van Zeeland. Al situar al Primer Ministro frente a Degrelle la votación sería a favor o en contra del régimen.

La tensión era tan elevada que nadie podía considerarse neutral; incluso *Le Soir,* el periódico belga más importante, abandonó su posición tradicionalmente neutral para defender a la democracia. En víspera de las elecciones el cardenal-arzobispo de Malinas hizo pública una pastoral en la que se condenaba al Rex como «un peligro para el país y para la Iglesia», prohibiendo a su grey votar en favor de él.

Los resultados del 11 de abril de 1937 se repartieron de este modo: Van Zeeland 275.000 votos, el ochenta por ciento del total, y Degrelle 69.000, alrededor del 20 por ciento restante. El VNV había pedido a sus electores, que representaban un seis por cien, que votasen por Degrelle, dato que dejaba al Rex en un catorce por ciento, porcentaje inferior al de mayo de 1936, y situaba el poder fuera del alcance del *chef.*

El 2 de noviembre de 1935 la estrella política del Rex comenzó a declinar levemente. El 11 de abril de 1937 se encontraba ya en franca decadencia y a partir de entonces continuó en una pendiente progresiva. Dos años más tarde, en las elecciones generales de abril de 1939, los votos rexistas arrojaron el cuatro por ciento, y en lugar de los veintiún escaños primitivos alcanzaron cuatro, Degrelle incluido.

Por aquel entonces no sólo había perdido a dos tercios de sus votantes, sino los apoyos financieros, poco numerosos a la sazón. Durante una larga temporada Degrelle recibió auxilios exteriores, con lo que proveyó de nuevas máquinas a su *Pays Réel.* En enero de 1940 solicitó más fondos con el fin de iniciar la impresión de un nuevo periódico que apoyase la política

belga de neutralidad y no obtuvo respuesta. Indudablemente, Degrelle era ya un admirador de Hitler y de la política nazi, pero no hay evidencias de que antes de la invasión de Bélgica hubiese sido un agente alemán.

La Derecha belga, como ya hemos indicado al comienzo de este ensayo, permaneció siempre como un fenómeno marginal. La descripción de los distintos movimientos que la formaban probablemente ha prestado ayuda a la comprensión de este hecho. Estos movimientos, opuestos siempre al régimen político, manejaban ideas autoritarias y aportaban programas de reformas económicas y sociales, pero no fueron capaces de atraer a determinados grupos políticos o de levantar duraderos entusiasmos. Así sucedió con el *Plan de Travail* de De Man, estrepitosamente aclamado por miles de obreros socialistas. Todos ellos alcanzaron algún resultado político, pero ninguno logró el apoyo permanente de un sector belga. Hay que aceptar que el corporativismo tuvo influencia entre los miembros de la desorganizada y anárquica clase media, pero nunca la suficiente.

En cuanto al VNV, disfrutaba de una posición envidiable, ya que estaba apoyado por un poderoso sector: los nacionalistas flamencos. Por este motivo, en algunos aspectos ofreció más semejanza con los partidos «tradicionales» que con los otros movimientos de Derechas.

Pero para estos partidos «tradicionales» y por consiguiente para el VNV, el jefe representó un factor muy importante, si no el principal; sin un líder competente era muy poco lo que se podía hacer, ya que la influencia de casi todos los movimientos de Derechas en determinados estratos de la sociedad dependía en gran parte del talento del líder para alcanzar el éxito. De este modo tenemos que la historia del Rex es la de Léon Degrelle y la del «Verdinaso» la de Van Severen. Es concebible, e incluso probable, que sin Degrelle el rexismo no hubiera existido a pesar de la existencia de un movimiento verdaderamente fascista como la *Légion Nationale*, que sin ellos habría sido, con toda seguridad, más fuerte. Por otra parte, el nacionalismo flamenco, y por lo tanto el VNV, fue producto de un desarrollo inevitable dentro de la evolución del país.

Las Derechas habrían sido más fuertes si sus componentes hubiesen estado unidos, pero su historia, según hemos visto, es una continuada división. El principal motivo de las escisiones fue su actitud hacia Bélgica. Los movimientos patrióticos como la «Action Nationale» o la «Légion Nationale» no podían congeniar con los movimientos flamencos que deseaban la destrucción de la unidad belga. Incluso el esfuerzo de Degrelle para trabajar codo a codo con el VNV fue de corta duración. La oposición era demasiado fuerte. La ambición de Pierre Nothomb por alcanzar un asiento parlamentario fue condenada por la «Légion Nationale» como traición y

ésta a su vez no podía aliarse a Degrelle debido a las pretensiones de éste en pos de la dictadura. Cada uno, por consiguiente, quedó relegado a su propio campo.

Algunas aclaraciones antes de finalizar: Alemania ocupó Bélgica desde 1940 a 1944 y la VNV colaboró plenamente con los ocupantes desde un principio, y, después de breves vacilaciones, Degrelle hizo lo mismo. A comienzos de junio de 1941 él también gritaría *Heil Hitler!*, y desde julio de 1941 hasta el final de la guerra vistió uniforme alemán, luchando en el frente del Este en el seno de una brigada valona incorporada al ejército alemán (1). Aunque gran número de rexistas se separaron del movimiento, algunos de ellos con el fin de incorporarse a la Resistencia, el Rex fue un órgano de colaboración militar y civil con el poder de ocupación.

Esta postura les ganó al VNV y al Rex el odio de la inmensa mayoría de la población belga, acabando con ambos movimientos la victoria aliada. Con ellos se hundió la Derecha, que estuvo asociada, desde entonces, en la mente de las gentes, a los crímenes de la Alemania nazi.

Esta Derecha no ha vuelto a revivir en Bélgica, salvo en grupos insignificantes; incluso la nueva forma de nacionalismo flamenco que renació después de la guerra, compuesto por algunos ex miembros del VNV absueltos por sus actividades de entonces, está ahora plenamente al servicio de la democracia. Todavía existen un puñado de maurrasianos, pero constituyen tan sólo reliquias.

La Derecha ya no existe. Los horrores del período 1940-1944 terminaron con ella. Y no ha resucitado todavía.

---

(1) Desde 1945, Léon Degrelle ha vivido en el exilio, la mayor parte del tiempo en España. Fue condenado a muerte por los tribunales belgas.

BIBLIOGRAFÍA

Panorama general:

BAUDHUIN, F.: *Histoire économique de la Belgique, 1914-1939*. Bruselas, 1944. 2 vols.
HÖJER, C.-H.: *Le Régime parlementaire belge de 1918 à 1940*. Upsala, 1946.
KALKEN, F. VAN: *Entre deux guerres. Esquisse de la vie politique en Belgique de 1918 à 1940*. Bruselas, 1944.

De interés general sobre la Derecha belga:

GÉORIS-REITSHOF, M.: *L'Extrême-droite et le néo-fascisme en Belgique*. Bruselas, 1962.
VANDERVEKEN, G.: *Le Fascisme en Europe*. Bruselas, 1930. (Capítulo sobre Bélgica.)
WEBER, EUGEN: *Action Française*. Stanford, 1962.
WILLEMSEN, A. W.: *Het Vlaams-Nationalisme, 1914-1940*. Groningen, 1958.
WULLUS-RUDIGER, J.: *En Marge de la politique belge, 1914-1956*. París, 1957.

Sobre algunos movimientos en particular:

BRUYNER, A. DE: *Joris Van Severen. Droom en daad*. Zulte, 1961.
DAYE, P.: *Léon Degrelle et le rexisme*. París, 1937.
DEGRELLE, LÉON: *La Cohue de 1940*. Lausana, 1949.
DE MAN, H.: *Après coup. Mémoires*. Bruselas, 1941.
— *Cavalier seul. Quarante-cinq années de socialisme européen*. Ginebra, 1948.
HOYOIS, G.: *Aux Origines de l'Action Catholique. Monseigneur Picard*. Bruselas, 1960. (Esencial para Rex.)
NARVAEZ, LOUISE: *Degrelle m'a dit...* París, 1961.
SERRUYS, J. W.: *Sous le signe de l'autorité*. Bruselas, 1935.
VROYLANDE, R. DE: *Quand Rex était petit*. Lovaina, 1936.

ITALIA

SALVATORE SALADINO

El contraste existente entre la Derecha italiana antigua o «histórica» de los años de la unificación nacional y la nueva Derecha nacionalista de principios de siglo se hace evidente en la personalidad de alguno de sus protagonistas.

La primera de ellas fue un bloque parlamentario representado al principio por Cavour y más tarde por Quintino Sella y Marco Minghetti, ambos partidarios en mayor o menor grado del liberalismo o de un conservadurismo social moderado; la segunda, aunque dispuesta a aprovechar la oportunidad de tomar el poder que le ofrecía el sistema parlamentario, despreciaba dicho sistema y, más que describirse a sí misma como un partido, personificó su política en el nacionalista radical Enrico Corradini o en el sensual político Gabrielle d'Annunzio. Las semejanzas políticas de ambos con el fascismo no son claras pero sí inequívocas. Una distensión de los hechos puede proporcionar una relación entre la Vieja Derecha de Cavour y la Nueva Derecha, cuyos hombres e ideologías encontraron su lugar en el partido Nacional Fascista.

Se ha dicho que la nueva Derecha italiana, que alcanzó su primer éxito en Libia durante la primera Guerra Mundial y el último y más resonante al dar la bienvenida al fascismo, no fue más que una reacción ante la liberalización de la vida social y política de Italia. Aunque este argumento sólo sea una parte de otros, está en lo cierto, ya que establece la diferencia esencial que separa a la Derecha antigua de la moderna. Tan difícil fue para un seguidor de la Derecha de Cavour aceptar el avanzado liberalismo de los gobiernos italianos durante la década precedente a la primera Guerra Mundial, como consentir al gobierno parlamentario defender la derogación de los derechos establecidos, afirmar la permanente y completa autoridad del Estado sobre el individuo o sugerir la supremacía de una clase sobre el Estado mismo.

Los conservadores moderados de la vieja Derecha fueron lo segundo en el método y lo primero en las perspectivas. Los herederos de la política de Cavour mostraron su moderación aceptando como pragmáticamente desea-

ble el acercamiento al liberalismo del siglo XIX, con su defensa de los derechos del individuo y la limitación del poder del Estado. Esta tendencia se patentiza al excluir de sus filas —o tolerar de mala gana— a los grupos históricamente fracasados que apoyaban el absolutismo real y defendían un orden social inflexible. Aun sin oponerse al cambio, pero permaneciendo prudentes y cautelosos, los hombres de la vieja Derecha eran genuinamente conservadores y reacios a democratizar las instituciones políticas del país, defendiendo encarnizadamente su posición económica privilegiada. La moderación, ya señalada como característica de sus prácticas políticas, era el distintivo especial de su conservadurismo; por ello se temía que los privilegios socioeconómicos de las clases elevadas no fuesen capaces de sobrevivir dentro de un Estado políticamente democrático.

La posición de la nueva Derecha, aunque con métodos diferentes, persigue fines semejantes. Hombres como Corradini y D'Annunzio parecen favorecer el cambio como una de las funciones de su doctrina de «acción», pero también porque dicho cambio puede significar un alejamiento de las instituciones democráticas que establecieron otros gobiernos en su día. Esta hostilidad hacia la democracia es el punto de contacto entre la antigua y la nueva Derecha, pero se trata de la única relación que podemos establecer entre ellas, pues la nueva no fue nunca moderada, ya que no daba importancia a los derechos del individuo, la autoridad del Estado o los límites morales en las prácticas políticas; ni conservadora, porque estaba dispuesta a cambiar todas las instituciones básicas del Estado con tal de aumentar su poder, o sea, el poder de los que manejaban la autoridad del Estado.

Alcanzar el poder fue el objetivo de la nueva Derecha, que opinaba que sólo esto redimiría a la nación de los abismos en que el liberalismo la había hundido, que la «acción» era imposible sin el poder o que el ejercicio del mismo ya justificaba su posesión. De forma justificada, los partidarios de la nueva Derecha concebían el poder envolviendo a la nación y a todos los individuos comprendidos en ella. Los que defendían este sistema de mando total argüían que era la única manera de representar a la nación entera y no a una parte, como sucedería en caso de ser un partido más. Tenía que ser la expresión de un movimiento que estuviera por encima de todas las distinciones de partidos, anulándolos e identificándose así con la nación. Esta concepción, genuinamente totalitaria, de sí misma como un movimiento y no como un partido, es lo que distingue fuertemente a la nueva Derecha de su predecesora y es donde radica la diferencia fundamental entre las dos. La Derecha antigua, aunque también hubiera querido representar a la nación entera, se atenía a la realidad y se presentaba como el partido representante de una gran parte de la nación. De ahí que tuviera que verse obligada a reconocer que su ejercicio en el poder del Estado tenía que ser necesariamente limitado en extensión y duración; limitado en la extensión de su poder, porque todo partido se obliga a aceptar un estatuto fundamental,

y limitado en el tiempo porque el principio de mandato periódico es la consecuencia lógica de la práctica de las elecciones. Así la Derecha histórica era constitucionalista y parlamentaria en su contenido mientras que la nueva o radical, con su concepción totalitaria del poder político, podía obrar a sus anchas sin los impedimentos de los estatutos fundamentales y de las instituciones parlamentarias.

No estando sujeta a tradiciones políticas — aunque el llamamiento político a la tradición era uno de sus máximos atractivos —, la nueva Derecha era sumamente flexible en los métodos que empleaba para obtener la máxima influencia. Hizo del oportunismo no una conveniencia política sino el principio esencial de su ideología; absolutamente pragmática en sus métodos, sus ideas contenían todos los ingredientes políticos necesarios para la expansión del poder en el interior y en el exterior de la nación. Por ello la Derecha no encontró dificultades en usar todas las técnicas y ardides de política interna desarrollados por los partidos de la Izquierda democrática y socialista: sufragio universal, organización de masas, cuadros de funcionarios, profesionales, directivos del partido, congresos periódicos y asambleas populares con toda la coreografía necesaria para levantar el entusiasmo... La Derecha radical empleó estas y otras estratagemas de un modo que parecía innecesario a los viejos derechistas, cuyos puntos de vista políticos, bastante aristócratas, y su manera de conducirse les impedían ser algo más que un bloque parlamentario que, si bien deseaba el apoyo popular, le resultaba imposible adoptar las técnicas necesarias para adquirirlo.

Además, aún cuando la antigua Derecha estuviera preparada para enzarzarse en transacciones políticas con sus oponentes, siempre lo dejaba para ulterior ocasión, pero la nueva no opinaba lo mismo y estaba presta a colaborar sin escrúpulos fuese con quien fuese, lo mismo con los dispersos realistas que con los sindicalistas revolucionarios, con tal de conducir a Italia de un estado de sumisión internacional a otro de primacía.

La cuestión de donde radicaba precisamente el destino y la grandeza de Italia — en una acción fructífera, promoviendo el orden y la prosperidad internas o en la actividad arriesgada que le llevase a la preeminencia internacional — es el punto de mayor importancia que separa a la vieja Derecha del nuevo movimiento que enarbolaba la palabra nacionalista con uso exclusivo, como si el partido que bajo Cavour había llevado a la nación a la unidad no hubiese estado guiado por la misma inspiración. En realidad la Derecha que llamamos nueva, radical o nacionalista, nunca negó, como lo hicieron las Izquierdas, que los seguidores de Cavour hubieran tenido un papel muy importante en la unificación italiana, pero consideraron este logro como el primer eslabón indispensable para alcanzar un nacionalismo más amplio, acusando al gobierno sucesor de Cavour de desdeñar o posiblemente obstaculizar la ocasión de llevarlo a cabo. La Derecha atribuía este desprecio de la oportunidad al hecho, universalmente admitido, de que

la vida política italiana entre la unificación y el final del siglo XIX sufrió un período de desilusión, ansiedad y desespero, motivo por el cual apareció la nueva Derecha como reacción contra dicho estado de desilusión. Así que para explicar la importancia que ésta tomó en la vida pública italiana durante las dos primeras décadas del siglo XX es preciso examinar el número de acontecimientos sucedidos durante los cuarenta años precedentes, no con la intención de hacer un inventario sobre ellos sino para arrojar luz sobre las dificultades de la nación, para las que la Derecha creía tener los únicos remedios efectivos: unidad total dentro de la nación y grandeza imperial cara al mundo exterior.

Al completarse la unificación en 1870 todo el mundo creyó que la fase heroica de la historia italiana había acabado y que la poesía del *Risorgimento* había cedido su lugar a la prosa de la existencia diaria. Benedetto Croce comentó la inutilidad de intentar convencer a las gentes de que la prosa diaria podía llegar a ser también poesía, tan hermosa como aquélla. ¿De dónde vino, pues, este repentino pesimismo y el convencimiento de la lejanía de un provechoso porvenir? En parte, del hecho de que la tan esperada unificación llegó de forma repentina e imprevista, lo que hizo surgir dudas sobre su capacidad de permanencia. Por otra parte, se dieron al mismo tiempo acciones militares no muy gloriosas ni brillantes —Castoza y Liza durante la guerra de 1866—, una segunda guerra civil en el sur y las humillantes disputas públicas entre los que proponían una acción enérgica y los eternos abogados de la precaución. Finalmente, otra de las causas fue que una vez lograda la unificación, se rompió el equilibrio que mantenía unidos a fuerzas y hombres extraordinariamente dispares del *Risorgimento.* Y este lazo común formado por objetivos comunes ya que no por convicciones, y que unió Derechas e Izquierdas, Cavour y Garibaldi, Ricasoli y Crispi, se rompió cuando, una vez completada la unificación, no se pudo negar por más tiempo que los problemas internos del reino eran tan grandes como los que se acababan de superar. Tanto tiempo como fue posible la atención pública se dirigió contra el enemigo común, Austria, con el fin de enfocarla sólo hacia política exterior y apartarla en lo posible de los problemas económicos, sociales y administrativos internos, de tal gravedad que para afrontarlos quizá fuera necesario más heroísmo que para combatir al enemigo exterior. Para solucionar estos problemas y sus dificultades, tales como la difícil localización de los enemigos internos, conseguir la estabilidad fiscal, la reglamentación de las relaciones con la Iglesia y la reorganización administrativa de los Estados anteriormente separados, junto con la defensa de la autoridad del Estado unitario, el gobierno no tenía ninguna fórmula tradicional. La Derecha y la Izquierda, unidas momentáneamente para alcanzar la unidad pero no en la forma en la que ésta debía llevarse a

cabo, mantenían disputas sobre los restantes problemas, no sólo en la manera de resolverlos, sino también en la de enfocarlos.

El mérito de haber resuelto alguna de estas cuestiones pertenece a los herederos de la política de Cavour, la vieja Derecha moderada, que estuvo en el poder, salvo pequeñas interrupciones, desde 1861 hasta 1876. Las soluciones impuestas por estos políticos a la joven nación fueron tan severas en lo que respecta a impuestos, tarifas, servicio militar y rigidez administrativa, que muchos italianos, especialmente en las regiones subdesarrolladas del sur, protestaban diciendo que la unificación no había sido alcanzada más que para provecho de los recaudadores de impuestos, aduaneros, policía militar y magistrados inflexibles.

Desde luego, la unificación no era la perfección que algunos habían esperado. Había poca poesía, heroicidad o, al menos, capacidad en la persona de Quintino Sella, tres veces ministro de Finanzas desde 1862 a 1873 y el personaje más odiado del gobierno, odio comprensible aunque no justificado. La búsqueda casi obsesiva por alcanzar un presupuesto económico-fiscal estable que levantase la moral de la nación y aportara la respetabilidad internacional al frágil Estado, llevaron a que Sella impusiese una economía drástica y unos impuestos «feroces». Un grabado de la época representando al jefe de gobierno como recaudador de impuestos retrataba el sentir popular, que no contribuyó, ciertamente, al prestigio de Sella y fue uno de los factores causantes de la derrota electoral de las Derechas en 1876, ocupando las Izquierdas sus asientos ministeriales. Los que veían el cambio como una calamidad, los que opinaban que éste era el fin del *Risorgimento* o. simplemente, los que consideraban que sólo se había conseguido un régimen menos duro, estaban de acuerdo en que había acabado una era y empezaba otra.

¿Qué clase de Izquierda fue la que subió al poder? Se trataba de un grupo con menos cohesión de partido y menos cuadros de organización política que las Derechas, sin otro carácter distintivo que una orientación popular marcadamente democrática. Sus filas incluían restos de la Izquierda «histórica», el partido democrático que se opuso a Cavour en el Parlamento piamontés anterior a la unificación, pero que no pudo cambiar la institución de la monarquía. La Izquierda de 1876 incluía a los seguidores de Mazzini, que nunca fueron partidarios del rey, junto con los que habían abandonado su intransigencia republicana pero que se mantenían fieles a los principios democráticos. Garibaldi y sus seguidores tampoco querían englobarse en las Derechas, a las que consideraban demasiado tímidas en política exterior y demasiado conservadoras en la interior, escogiendo por tanto la Izquierda, y, finalmente, se unieron grupos políticos que tenían rencillas particulares contra la política de Derechas, enemigos de una administración fuertemente centralizada, regionalistas sureños hostiles a los intereses económicos del norte, y algunos partidarios de los expulsados Borbones; todos

éstos buscaron refugio en las Izquierdas como la única expresión política de sus múltiples y varios motivos de desacuerdo. Evidentemente, formaban un conjunto más heterogéneo que la Derecha y de ahí el descontento de muchos al ver que la llamada «revolución parlamentaria» de 1876 enturbiaba las aguas políticas más de lo que estaban en lugar de «aclararlas» como deseaban todos.

Está probado que el advenimiento de las Izquierdas en 1876 no produjo ninguna claridad, si por claridad se entiende dos formaciones políticas distintas, una en el poder y la otra en la oposición, cada una defensora de un programa distinto. Se dijo y admitió que después de completar la unificación de 1870, las diferencias fundamentales entre la Derecha histórica y la Izquierda dejarían de existir y quedarían dos grupos políticos defendiendo las viejas aspiraciones, manteniéndose unidos por medio de los tradicionales contactos personales y antagonismos comunes, pero sin estar divididos por una disensión real sobre la manera de alcanzar la unificación. Nuestra caracterización de la Derecha como moderada y conservadora y de la Izquierda como democrática parece sugerir que tales diferencias subsistirían aún después de 1870, pero esto se debió más bien a diferencias personales entre hombres pertenecientes a los dos bloques parlamentarios que a su política en el poder. Era de suponer que, una vez que la Izquierda hubiese alcanzado el poder, llevaría a la práctica sus convicciones democráticas y republicanas. Sin embargo, las circunstancias se impusieron debido a razones muy complejas. En primer lugar, la Izquierda se encontró con la dificultad de las reformas básicas necesarias pero sin poder llevar a cabo conmociones revolucionarias; en segundo lugar, muchos líderes descubrieron que su radicalismo, fácil de defender cuando estaban en la oposición, se encontraba coartado por las responsabilidades del poder y, finalmente, la heterogénea masa de la Izquierda le obligaba a toda clase de compromisos no sólo con sus propios seguidores sino con la oposición. El resultado fue una moderación que condujo a la Izquierda hacia la Derecha y que hizo menos claras las diferencias entre los bloques parlamentarios. Un destacado orador de la Derecha, Silvio Spaventa, dijo que el gobierno contemporáneo era igual que el antiguo derechista o peor. Otro crítico escribió: «La Derecha actúa, la Izquierda incita a la actuación, ésa es la gran diferencia». Este último juicio es correcto al referirse a cierta estrategia activista de la Izquierda, pero no lo es si el autor quiere significar que dicho partido no tenía objetivo alguno.

Modestos y más lentos de lo que deseaban los fanáticos seguidores de las tradiciones del «Risorgimento», los gobernantes de la Izquierda lograron varias reformas importantes, tales como la educación elemental obligatoria, la abolición del odiado impuesto de abastos, una ley electoral más democrática, seguro de accidentes para los trabajadores y un código penal uniforme. Estos logros fueron el resultado del trabajo combinado de los

moderados de ambos grupos que hicieron posible el fenómeno conocido como transformismo, que, como su nombre indica, significa transformación de los viejos partidos en algo más nuevo, así como la extinción de las claras diferencias entre la Derecha y la Izquierda para obtener una mayoría parlamentaria en favor de este o aquel ministro. El éxito de este fenómeno vino facilitado por el hecho de que, después de 1876, ninguno de los partidos «históricos» era lo suficientemente homogéneo como para asumir solo su papel, según la clásica concepción del gobierno parlamentario. En teoría la existencia de un partido en el poder y de otro en la oposición, ambos fuertes y vigorosos, es el ideal parlamentario, pero no era tal la situación en Italia en el siglo XIX. El único que comprendió la situación fue Agostino Depretis, que asumió la jefatura del partido en 1876 con un «programa de esperanza». Entre 1876 y 1885, Depretis dirigió ocho gabinetes a lo largo de un período de nueve años; en el balance de los once años siguientes a este primero de Depretis, se ha de hacer resaltar a Benedetto Cairoli, que a pesar de no sentir grandes simpatías por el anterior dirigió a las Izquierdas a través de puntos de vista transformistas sumamente flexibles.

La práctica del transformismo empezó al iniciarse la campaña electoral de 1882, cuando Marco Minghetti, antiguo ministro derechista y relevado de su cargo por la «revolución parlamentaria» de 1876, anunció su apoyo al programa moderado presentado por Depretis, el hombre que le había sustituido. Como resultado, cinco líderes de la Izquierda abandonaron a Depretis y formaron una «pentarquía» para oponerse a su antiguo colega. Comenzaron emprendiendo una violenta campaña contra las prácticas parlamentarias de Depretis, a las que tildaron de inmorales y sin escrúpulos, que llevaban la degeneración a las instituciones parlamentarias y viciaban la vida pública y privada del país. Oradores pertenecientes a todos los sectores de la vida pública se unieron a esta campaña. El demócrata radical Felice Cavalloti le acusó de llevar a cabo acrobacias políticas, transformaciones y transacciones despreciables y de reducir el Parlamento a la política del momento. Francesco Crispi, uno de los cinco disidentes, antiguo republicano, mazziniano y garibaldino, ministro del Interior en 1877 con Depretis, le apostrofó diciendo que había hecho de la vida parlamentaria una «mentira», porque «el despotismo de un rey ha sido sustituido por el despotismo de un ministro». Algunos oradores de la Derecha inmaculada, de signo severo, escribieron sobre la necesidad de devolver al rey sus prerrogativas, de las que había sido desposeído por la oligarquía parlamentaria. El sistema parlamentario se vio sometido a una crítica total desde el estudio cuidadosamente trabajado con estilo intelectualista de Gaetano Mosca hasta los más atroces libelos de la prensa diaria. Uno de los resultados de esta campaña contra la corrupción parlamentaria, verdadera o inexistente, fue el fuerte resurgir del sentimiento de fracaso que se apoderó del país

durante la primera década de la unificación y que la revolución parlamentaria de 1876 había hecho desaparecer.

Los fracasos de la política italiana o su carencia de éxitos importantes en el plano internacional agravaban el sentir nacional de debilidad que la situación parlamentaria no hacía más que aumentar. Los críticos del transformismo argüían que la corrupción y la ausencia de alternativas genuinamente políticas podrían haberse tolerado si los gobiernos de este período hubieran alcanzado algún progreso en lo referente a asuntos extranjeros. Pero, ¿qué podía esperarse —decían los mismos críticos— de unos gobiernos que al impedir la formación de partidos políticos bien organizados impedían la creación de una opinión pública autorizada, capaz de ser origen de una verdadera fuerza que influyese en las negociaciones con las potencias extranjeras? Además, los líderes políticos, inmersos en sus maniobras parlamentarias, no poseían ni el valor ni la previsión necesarios para manejar los asuntos extranjeros. Verdaderamente la experiencia italiana en asuntos exteriores no había sido muy eficiente. Un Papado intransigente que no aceptaba las garantías ofrecidas por la ley de 1871 en compensación de las pérdidas de sus dominios temporales, era causa de la debilidad, tanto en los asuntos exteriores como en los que concernían al país. Esta doble debilidad fue lo que impidió que la política de «manos limpias» de Cairoli obtuviese algunas ventajas territoriales en el Adriático en el Congreso de Berlín en 1878. La carencia de adecuada preparación diplomática y militar que provocó la ocupación de Túnez por parte de Francia, donde la población de origen italiano era más numerosa que la francesa, fue el motivo de que Cairoli no alcanzara el poder de nuevo en 1881 y de la caída de su gobierno, al que se acusó, también, de incompetencia por haber permitido que el Adriático se convirtiera en un mar austríaco y el de Sicilia en un lago francés.

El aislamiento de Italia, sobradamente demostrado por el fracaso en el Congreso de Berlín y en la crisis con Francia a causa de Túnez, indujo a Depretis, sucesor de Cairoli, a forzar una alianza con Austria y Alemania en 1882. Pero esta Triple Alianza, nombre dado a este consorcio, fue mal acogida por los italianos que poseían sentimientos antiaustríacos hondos y por quienes veían en ella un refuerzo del conservadurismo interno. A pesar de que dicha alianza fue a la larga un inconveniente para Italia, puso fin al aislamiento del país y le permitió algunos consuelos coloniales por la pérdida de Túnez. Sin embargo, la fortuna le fue de nuevo adversa. Las aspiraciones italianas de establecer colonias en áreas adyacentes al mar Rojo fueron la causa de un conflicto con Etiopía, que ocasionó el exterminio de una columna italiana de casi quinientos hombres en Dogali en 1887. El gobierno de Depretis cayó al igual que le había sucedido al de Cairoli, y aunque volvió a ser repuesto después de una prolongada crisis, la muerte puso fin a su carrera en julio de 1887. Con esto quedó el

camino libre para Francesco Crispi, que formó un gobierno reservándose las carteras de ministro del Interior y de Asuntos Exteriores. El prosaico período de Sella, Depretis y Cairoli había terminado; daba comienzo potencialmente una década de acción ya que no de poesía, y una nueva Italia iba a emerger de ella. Sin embargo, el futuro no se presentaba claro todavía.

El creciente malestar producido por la situación de la política interna y externa hizo que muchos se preguntaran: «¿Acaso nuestros padres lucharon y sufrieron por lograr la independencia de Italia para que ésta llegara a ser lo que es? ¿Dónde está el remedio a nuestros males?»

A finales de siglo aparecieron dos hombres con soluciones distintas y opuestas para la situación. Francesco Crispi y Giovanni Giolitti; aunque su política se reveló ineficaz, ambos sentaron el precedente y prepararon el camino para la llegada del fascismo. A pesar de ser ambos hombres de Izquierda, el contraste entre Crispi y Giolitti no podía presentarse con más acentuación. Cuando Crispi formó su primer ministerio tenía sesenta y ocho años y contaba con cuarenta de actividad política. Jugó un papel preponderante en la unificación del país, pero su republicanismo inicial evolucionó hacia una postura decidida en favor de la monarquía; y aunque había sido un conspirador revolucionario mientras fue seguidor de Mazzini y Garibaldi, la responsabilidad del poder le convenció de que el modo más efectivo de tratar a la subversión era la ley marcial. Sus maneras parlamentarias eran bruscas, sus discursos agresivos y sus relaciones personales con los otros políticos raramente cordiales.

Si la intrepidez fue la característica de la vida pública y privada de Crispi, la precaución, paciencia, sobriedad y meticulosa atención a los detalles fueron los rasgos sobresalientes de Giolitti. Sin tener un pasado revolucionario ni haber tomado parte en la unificación, llegó a los altos puestos de la política pasando por la escala administrativa. A pesar de que entró en el Parlamento en 1882 como miembro de Centro-Izquierda y como uno de los partidarios de Depretis, sus relaciones con la Derecha moderada habían sido estrechas y personales.

Los caminos del siciliano Crispi y el piamontés Giolitti se cruzaron a los pocos años cuando, desacreditado el ministro del Tesoro y Finanzas, en 1889 Giolitti pasó a ocupar su puesto en el Tesoro. La personal animosidad que se desarrolló entre ambos a causa de este hecho acentuó las divergencias fundamentales y radicales ya existentes entre los puntos de vista de los dos hombres. El aventurado manejo por parte de Crispi de los asuntos exteriores así como su afición por los métodos autoritarios, a pesar de su fracaso, le granjeó las simpatías de la Derecha Nacionalista, que lo aclamaba siempre como precursor y fuente de inspiración; en cambio, la insistencia de Giolitti en lograr mejoras socio-económicas y establecer compromisos con el fin de anular las políticas radicales, unido a la precaución

con que trataba los asuntos exteriores y financieros, le atrajeron la animosidad de los extremistas de Derecha e Izquierda. Si bien la candidatura de Giolitti triunfó durante la década precedente a la primera Guerra Mundial, la de los herederos políticos de Crispi logró la victoria durante el período de guerra y los cuatro años siguientes.

¿Cuál era la política de Crispi y qué necesidades nacionales trataba de solucionar durante los nueve años transcurridos entre 1887 y 1896, mientras dominó la vida política italiana? Un discurso de la oposición, en 1885, sintetiza sus puntos de vista y su llamamiento:

> Italia es un joven reino y un Estado joven. Los siete Estados que permanecieron divididos hasta hace poco eran viejos, decrépitos, y estaban corrompidos por los curas y la policía, y vosotros, Derecha e Izquierda, no habéis sabido cómo educarlos en veinticinco años... A los viejos vicios y corrupciones habéis añadido otros nuevos, con frecuencia inherentes a la falsa práctica del gobierno constitucional.

El remedio era «colocar —en la presidencia ministerial— un hombre enérgico..., un hombre con un programa claro... y entonces, caballeros, tendrán el derecho de esperar quc los siete Estados decrépitos y corruptos por el despotismo lleguen a ser más serios y virtuosos».

Crispi no era indiferente a los cargos de autoritarismo y megalomanía provocados por discursos como éste o de tipo parecido. Se defendía explicando que para él la libertad significaba «respeto hacia los derechos individuales en armonía con los de la nación» y que, en circunstancias especiales, el poder debía ser puesto en manos de un solo hombre con el único objetivo de volver tan pronto como fuera posible a las circunstancias normales. La esencia del pensamiento político de Crispi y la tragedia de su vida política puede resumirse en los siguientes apartados: buena voluntad al asumir un poder arbitrario, convencimiento de que tal poder sólo podía darse en circunstancias especiales a condición de cesar en su ejercicio cuando fuera posible y capacidad prácticamente nula para determinar el momento en que éstas se producían o cesaban.

Las circunstancias especiales que se produjeron durante su mandato (1887-1891 y 1894-1896) no fueron sino resultado de sus propias obras. Ya en 1888, la honda antipatía de Crispi por Francia y su preferencia por la Alemania de Bismarck fue motivo de los cuatro años de guerra arancelaria con Francia, con tan desastrosas consecuencias para Italia. Las relaciones con el país vecino empeoraron a causa del asunto tunecino y de las regiones del mar Rojo, acarreándole nuevas críticas, esta vez de la Derecha, que lo acusaban de dañar los intereses reales del país. Crispi se sintió herido en su orgullo y se defendió durante un discurso en octubre de 1889, en el que intentaba justificar su política de expansionismo. Argüía que no se trataba de megalomanía, sino de un beneficio para la nación: «La na-

ción, al igual que el cuerpo humano, necesita aire para respirar». Pero el llamamiento de Crispi al imperialismo como fuerza unificadora no consiguió desarmar a sus adversarios de la Derecha o de la Izquierda; y fue la Derecha, molesta por la acusación de Crispi de haber llevado a cabo una política extranjera «servil» cuando estaba en el poder, quien provocó la caída de éste en 1891, después de tres años y medio de mandato.

La audacia de Crispi no había podido redimir a Italia; le tocaba, pues, el turno a hombres menos aventurados. El primero de éstos fue el marqués Antonio di Rudini, quien, como líder de la Derecha, fue designado por el parlamento para asumir la presidencia. Di Rudini escogió como colega en el Ministerio del Interior al barón Giovanni Nicoreta, lo que demuestra que el transformismo no era una táctica de las Izquierdas sino una necesidad impuesta por la realidad parlamentaria. Sin embargo, puede decirse que el ministerio de Rudini, al aceptar el transformismo, reconocía que hacia 1891 lo único que existía en el Parlamento eran formaciones transitorias, divididas por la personalidad de sus líderes más que por auténticas diferencias programáticas. Pero lo que en el Parlamento parecía viable y real no lo era en la calle. Por todo el país se estaba desarrollando una nueva conciencia política dirigida hacia dos vertientes: una, el socialismo, que abogaba por transformaciones sociales radicales, única solución posible para los problemas internos; la otra, el nacionalismo expansionista, que pedía también una transformación radical pero traspasando la solución de los problemas internos al plano internacional. Crispi consideró desdeñosamente a los socialistas como un grupo de meros conspiradores contra la autoridad del Estado en vez de comprender lo que verdaderamente eran, una exasperada reacción contra las graves iniquidades sociales reinantes; Crispi entendía mejor el orgullo nacional y la propia afirmación.

El ministerio de Rudini tampoco comprendió las verdaderas necesidades del país, aunque intentó aliviar la economía y la miseria social retirando a la nación del plano internacional en que los manejos de Crispi la habían colocado; por lo demás, no consiguió más que incrementar el descontento del país debido a la política de represión que encabezó Nicoreta. Este fracaso en el dominio de la situación no pasó inadvertido al Parlamento que, armándose de valor, desposeyó de su cargo a Rudini y nombró un segundo anti-Crispi, Giovanni Giolitti, para que tratase de poner orden en los asuntos del Estado.

El programa con el que Giolitti presentó su gobierno a la Cámara mostraba bien a las claras que había renunciado a la grandeza internacional por el bienestar interior. Esto explica la hostilidad del juicio que hizo Crispi sobre él cuando el rey Humberto I le pidió informes. En 1892, sin embargo, Giolitti demostró que era incapaz de desarrollar su programa, puesto en práctica, en esencia, durante la década anterior a 1914, al convertirse en el dueño indiscutible de Italia. Se trataba de una rudimentaria

expresión de la idea según la cual antes de que la vida del país pudiera llegar a un proceso ordenado era precisa una transformación progresiva de las instituciones sociales y económicas. Su autor argüía que si esta transformación no se llevaba a cabo con real honradez y acción positiva por parte de las clases gobernantes se desencadenaría la revolución social. Por tanto, las aspiraciones a una preponderancia internacional debían ser abandonadas porque si Italia no tenía energías morales ni materiales para convertirse en próspera y estable dentro de casa menos las tendría para obrar con éxito en el exterior. Éste fue, como dirían más tarde los nacionalistas desdeñosamente, el concepto de la «pequeña Italia» burguesa y «de andar por casa», el mismo concepto que Crispi atribuía a la vieja Derecha cuando la acusaba de servilismo. Para éste la nación no podía aspirar a la grandeza si no trascendía sus limitaciones materiales con un acto de intrepidez y voluntad heroica. Estas ideas fueron recogidas por la nueva Derecha, que las aprovechó para ensalzar a Crispi y desprestigiar a Giolitti.

El programa del último fracasó por su renuncia, a pesar de las presiones conservadoras, a efectuar una «represión ciega» contra las violentas ligas de campesinos y trabajadores sicilianos y por la grave acusación levantada contra él en 1893 en la que se decía estaba envuelto en un gran escándalo bancario. El rey y el país apelaron de nuevo a Crispi que, entregado a la nueva Derecha, rápidamente pudo llevar adelante todos sus deseos: eliminación por la fuerza de todos los elementos que tendían a dividir la nación y aumento de la grandeza internacional por medio de osadas aventuras coloniales. El elemento más divisionario del país lo formaban los socialistas, a causa, principalmente, de su marxismo internacionalista y antinacional. En tiempos del segundo mandato de Crispi, de 1893 a 1896, el socialismo en Italia estaba muy por delante en número e influencia de los días en que por primera vez había sido introducido en el país, en 1860, debido principalmente al anarquista ruso Miguel Bakunin. Las disputas de éste con Marx y la hostilidad de Mazzini hacia ambos retrasó el desarrollo de un movimiento socialista coherente hasta 1890; por entonces, los problemas sociales y económicos dejados sin resolver por la unificación —que había sido preeminentemente un movimiento político—, se veían agravados por los resultados de la rápida industrialización y urbanización. El socialismo ofrecía la solución para todo y al formarse el partido socialista-marxista en 1892, proclama sus objetivos de colectivización de la vida económica por medio de la revolución y la lucha de clases.

La extensión de la llamada del socialismo en Italia a finales del siglo pasado nos la describe Benedetto Croce —antiguo militante marxista y más tarde uno de sus críticos más acerbos— como victoriosa entre «toda o casi toda la flor y nata de la juventud... No dejarse seducir por ella, permanecer indiferente o, como hicieron algunos, tomar una actitud decladamente hostil hacia el partido, era una clara señal de inferioridad». «El

efecto del socialismo —sigue diciendo Croce— ha sido levantar a Italia de la sima en que se hallaba hundida tras el agotamiento de las fuerzas espirituales del Risorgimento». Sin embargo, esta fuerza espiritual no estaba agotada del todo, se mantenía en Crispi, que no pertenecía a la nueva generación ni sentía la menor simpatía hacia el socialismo, cuya razón de existir o su creciente fuerza no parecía comprender. Crispi no se dio cuenta de que el socialismo estaba triunfando allí donde Mazzini y Garibaldi habían fracasado, levantando entusiasmo popular y convirtiéndose en una masa de fuerza bien organizada. Los sucesos que estaban transformando la vida política y social italiana enseñaron a los socialistas una lección que había escapado a la generación de Crispi, Derecha e Izquierda, pero no a la nueva Derecha que, aleccionada por el éxito de sus enemigos, se aprestó a luchar contra ellos acusándolos de ser una fuerza antinacional aunque adoptando sus métodos.

La forma en que Crispi dirigió la lucha contra el socialismo demostró su visión equivocada del problema. La agitación social fue un efecto, no una causa, del grave fallo económico ocasionado por la crisis de la agricultura en el sur y la rápida industrialización en el norte. Sin embargo, determinado a acabar con la subversión, Crispi tomó fuertes medidas represivas como la ley marcial y los arrestos en masa, que incluían no sólo a socialistas y anarquistas sino a cualquier otro oponente menos radical. Apoyado en el Parlamento por una fuerte mayoría cuya elección le aseguró el poder para emprender una serie de proyectos que recordaban mucho a Depretis, Crispi se embarcó en una gran empresa colonial en Etiopía, en parte para distraer la opinión pública y en parte para satisfacer sus ansias de grandeza. La aventura terminó con una desastrosa derrota en la batalla de Adua en marzo de 1896, sumándose a la humillación nacional que ello representó la pérdida de cerca de ocho mil hombres. Cuatro días más tarde, Crispi cayó definitivamente y durante década y media se abandonaron por completo, por parte del gobierno, las empresas coloniales. Pero cuando en el Parlamento se condenaba a Crispi y por todo el país resonaban los gritos de «¡Fuera de África!», un hombre, Enrico Corradini, tomó su defensa y extrajo de su propia vergüenza ante la humillación del país la energía espiritual que preparó el advenimiento del movimiento nacionalista.

Determinado a convertir la vergüenza de Adua en un objeto de orgullo, Corradini empezó a disculpar el fracaso de Crispi como producto de sus miras de grandeza, insistiendo en el discurso del primero de marzo de 1914, aniversario de la derrota de Adua, en que para él había sido el acontecimiento más importante desde hacía ochenta años y que Crispi había intentado ir «contra todos los partidos, contra el suyo al igual que contra aquellos que siempre había combatido; toda la Italia de los hombrecillos se levantó en peso contra el héroe, el único italiano verdadero, personificación del país y de su grandeza».

Corradini estuvo acertado al afirmar la unánime hostilidad contra Crispi, pero el lapso de ochenta años había atenuado bastante la desorientación espiritual de la nación. Otro contribuyente al pensamiento nacionalista fue Scipio Sighele, quien expresó de modo más directo la sensación de desilusión y desprecio que afligió a Italia en la década de 1890. De la derrota de Italia en África, la de España en su guerra con los Estados Unidos y la crisis francesa durante el asunto Dreyfus, construyó la teoría del declive de las viejas razas ante las nuevas, poniendo a Italia y a las otras naciones latinas entre las primeras. Sighele rechazó dicha teoría más tarde, que él mismo reconocía como demasiado simplista, pero nunca abandonó su aversión por las instituciones parlamentarias y los gobiernos representativos en general. El trabajo de Sighele, *Contro il parlamentarismo*, se publicó en 1895, dos años después del artículo de Ruggero Bonghi, «El lugar del Príncipe en un Estado Libre», donde el notable orador de las Derechas insistía en que el príncipe en su sitio de preeminencia no tenía necesidad de atender los deseos de ninguna mayoría parlamentaria a la hora de escoger sus ministros. Dos años después del ensayo de Sighele, Sidney Sonnino, un conservador moderado, escribió su famoso artículo: «Torniamo allo Statuto» (Volvamos al Estatuto), en el que se repetía en sustancia la oposición de Bonghi, arguyendo que el único medio de fianlizar con la miseria de las transacciones políticas ocasionadas por las mayorías parlamentarias era hacer responsable del gobierno sólo al rey.

Parece ser que la crisis de la década de los 90, manifestada en diversos escándalos, derrotas militares e inquietud interna, no sólo hizo decaer más la moral de la nación sino que provocó una especie de realineamiento político. Este realineamiento se hizo evidente cuando, a los cuatro años de la caída de Crispi en 1896, Derecha e Izquierda se pusieron de acuerdo en la necesidad de liquidar la aventura de África —principalmente por el gravamen fiscal que resultaba—, en ocuparse de los asuntos sociales internos y recuperar las provincias de habla italiana que permanecían todavía en poder del imperio austríaco.

A pesar de todas las buenas intenciones, el acuerdo sobre las cuestiones internas sociales se presentó difícil. El programa de Giolitti incluía no sólo economías fiscales sino también amplias reformas sociales, tales como un progresivo impuesto de utilidades, neutralidad gubernamental en los conflictos entre patronos y trabajadores y unas miras más amplias sobre las libertades civiles. Pero los ministros que gobernaron desde la caída de Crispi hasta 1900 parecían incapaces de asimilar su lección sobre la inutilidad de los métodos represivos para enfrentarse con la agitación social. Estos ministros, dirigidos por Di Rudini entre 1896 y 1898 y por el general Luigi Pelloux desde 1898 hasta 1900, eran predominantemente de Derechas y con sus métodos parecían representar el autoritarismo contra el cual luchaban los liberales, radicales, socialistas y republicanos de la ex-

trema Izquierda. El ministerio de Rudini no sobrevivió a sus excesos de represión masiva y así, cuando tomó posesión el nuevo gobierno presidido por el general Pelloux, poseedor de un pasado liberal y que había formado parte de las Izquierdas al entrar en el Parlamento en 1880, pareció que se hacía un esfuerzo por seguir una política de reconciliación con los partidos que representaban las masas descontentas del país. Pero en 1899, Pelloux organizó su ministerio transformándolo en decididamente conservador bajo la guía de Sonnino, su «cerebro gris». Empezó por alterar las instituciones básicas del Parlamento; como no se fiaba de los parlamentarios, propuso restringir la libertad de prensa, asociación y asambleas públicas por medio de un decreto real. La aceptación de estas medidas, especialmente si adquirían la fuerza de un precedente constitucional, hubiera significado el principio del fin del gobierno parlamentario.

Los primeros en responder activamente contra el decreto de ley fueron los elementos de la extrema Izquierda, la *Estrema*, que se dedicó a efectuar un sistemático obstruccionismo parlamentario, pero el gobierno se desquitó prorrogando el Parlamento por tres meses y arrestando a algunos de los oponentes más significativos. No pudo hacer nada contra el Tribunal de Casación, que anuló el decreto-ley, y se vio obligado a presentar sus medidas restrictivas al Parlamento para su aprobación. La extrema Izquierda se encontró inesperadamente apoyada en su posición por el escritor Gabrielle d'Annunzio que entró en el Parlamento en 1897 para persuadir al mundo «de que también yo sé hacer cosas». Con gesto dramático, D'Annunzio, que había ocupado asientos en la Derecha, se trasladó a través de la Cámara hasta llegar a la extrema Izquierda. Pocos días antes había confiado a unos amigos durante una reunión privada: «A un lado hay unos cuantos individuos que están muertos y sólo vocean, y al otro lado están los vivos y elocuentes. Como hombre de intelecto que soy, escojo la vida».

La extrema Izquierda también recibió apoyo de la moderada, cuyos líderes, Giolitti y Zanardelli, se pusieron de parte de los desheredados y, declarando nulos los procedimientos, abandonaron la Cámara al igual que la *Estrema*. Los gritos que estaban a la orden del día eran: «¡Abajo el rey!» y «¡Viva la Asamblea Constituyente!», este último un fiel reflejo de las aspiraciones de la extrema Izquierda, que pedía una convocatoria especial para alterar el *Statuto* de 1848 y, quizá, la abolición de la monarquía. Si Pelloux y Sonnino hubiesen sido tan reaccionarios y autoritarios como aseguraban los contrarios, la ausencia de la oposición de la Cámara les habría incitado a dar un golpe audaz, pero en vez de ello prefirieron someter el asunto a votación. Los resultados fueron favorables a los socialistas en una proporción de sesenta contra treinta y dos, y aunque Pelloux disfrutaba todavía de una mayoría, era tan endeble que después de algunos intentos fracasados por lograr un compromiso con la oposición, renunció a su puesto en junio de 1900.

En este momento se produjo lo que algunos han considerado como la peor crisis del Estado italiano anterior al fascismo. Pelloux y Sonnino intentaron, al parecer, devolver a la corona las prerrogativas reservadas en el *Statuto,* prerrogativas que medio siglo de tradición parlamentaria habían debilitado considerablemente, mientras que a la Derecha se la atacaba con los calificativos de autoritaria e inconstitucional, acusación carente de base porque, como Croce dijo, los seguidores de Pelloux no eran los «verdaderos herederos» de la vieja Derecha, sino otros completamente diferentes que no habían hecho esfuerzos verdaderamente eficaces para librar al país de las instituciones liberales. Además, Pelloux y Sonnino, apelando al electorado en lugar de dar un golpe de Estado, habían dado un paso atrás en el camino autoritario. Criticados por sus enemigos de la Izquierda por haber intentado alterar las tradicionales prácticas parlamentarias y por los verdaderos autoritarios por no haberlo logrado como consecuencia de su excesiva timidez, los líderes de la vieja Derecha entraron en el siglo XX con toda su reputación perdida, lo que les impidió alcanzar de nuevo el poder hasta el estallido de la primera Guerra Mundial.

La decadencia del prestigio de las Derechas arrastró consigo la del rey. Como soldado que era, Pelloux se sentía partidario del rey debido a la tradicional relación existente entre ejército y monarquía, y Sonnino era un apasionado orador que defendía la restauración de las prerrogativas reales en el nombramiento de los ministros, la disolución del Parlamento y la publicación de decretos sin intervención de éste. Tras el asesinato de Humberto I, a poco de la caída de Pelloux, Italia experimentó un renacimiento del republicanismo como reacción a los esfuerzos del rey y de Sonnino por establecer un fuerte conservadurismo y la revitalización del poder real. La ascensión al trono de Víctor Manuel III, que pareció inclinarse hacia la Izquierda moderada, alivió a la monarquía de sus cargos, aunque esta posición fue dictada más bien por necesidad política que por convicciones personales del soberano, y así la política italiana del 1900 apuntó hacia un renacimiento de los grupos de Izquierda.

Este renacimiento ya se hizo evidente cuando, en los últimos meses del ministerio Pelloux, la Izquierda moderada y liberal, aliada con los radicales, republicanos y socialistas de la *Estrema,* se dedicó a obstruir la revisión de las prácticas parlamentarias. Con todos los partidos de Izquierda unidos frente a las Derechas, pareció realizarse el viejo ideal de los dos grupos parlamentarios que al fin se dedicarían a debates fundamentales sobre las instituciones del país. Pero el período fue breve, debido, en parte, a que muchos derechistas no se identificaban con la política antiliberal de Pelloux y, en parte, a la aparición de Giolitti, que como campeón del transformismo, evitó la polarización de la política en dos extremos opuestos.

Giolitti volvió al poder como ministro del Interior en el gobierno de Giuseppe Zanardelli, de 1901 a 1903, influyendo políticamente hasta 1914,

al tiempo en que se abandonaba el imperialismo colonial seguido por Crispi y su política de represión interna que Di Rudini y Pelloux continuaron. La Italia de Giolitti no fue grande pero se transformó en una nación más próspera, más igualitaria y más libre. Todos los que estaban dispuestos a sacrificar la libertad por la unidad totalitaria y la grandeza, vieron en Giolitti el obstáculo a sus deseos, resentimiento que originó las primeras manifestaciones coherentes de la nueva Derecha.

Desorientados por sus experiencias durante el período de Pelloux, los herederos de la vieja Derecha no ofrecieron una oposición coherente a Giolitti; algunos, como hizo más tarde Sonnino en 1903, aceptaron su política como el camino más efectivo para preservar las instituciones liberales y convencer a las masas de que ese Estado no era su enemigo sino «el defensor imparcial de todas las clases de ciudadanos». Esta aceptación de las Derechas de la política de un hombre de Izquierdas, aunque moderado, no tiene precedentes en todo el siglo XIX, pero es necesario tener en cuenta que una oposición programática o ideológica de las Derechas a los puntos de vista de Giolitti no hubiera dado resultados políticos. La mayor parte de Italia se había inclinado por la Izquierda, y las Derechas se estaban transformando, con Enrico Corradini como principal portavoz.

Corradini despertó a la política en los días de la derrota italiana de 1896, suceso que le apartó de sus teorías individualistas sobre el arte y la estética para concentrarse ante otro ente humano más importante, la nación. Hubo una época en la que estuvo influido por D'Annunzio, el entonces representante en Italia del arte por el arte y de las libres prerrogativas artísticas. Pero después de Adua, Corradini se desprendió de su sensualidad física e intelectual y convirtió su «elitismo» literario en una postura política. Esta conversión la explicó el mismo Corradini en su drama de 1902, *Giulio Cesare*, donde glorificaba a César como verdadera personificación del genio del imperio romano. Esta identificación de la grandeza con un hombre solo, constructor del imperio, llegó a ser el punto fijo del pensamiento de Corradini y le ayudó a expresar su defensa de Crispi como constructor intencional de imperios. También explica su hostilidad hacia Giolitti, sucesor de Zanardelli como primer ministro en 1903, el mismo año en que Corradini había fundado su periódico, *Il Regno*, en el que se explicaban las doctrinas básicas del pensamiento nacionalista.

La coincidencia de los dos sucesos dista mucho de ser accidental. El mismo Corradini explicaba, en el primer número de *Il Regno*, que él y sus colaboradores deseaban ser «una voz entre todos los que se sentían agraviados por las bajezas de la presente situación nacional, sobre todo las del innoble socialismo, y para vituperar a aquellos que parecen dispuestos a admitir la derrota, para vituperar a la burguesía italiana que dirige el gobierno del país». Este editorial de Corradini hacía clara referencia a Giolitti con su política de promoción de las clases bajas y a la colaboración de los

socialistas con el gobierno. El acuerdo de Giolitti con los socialistas no era tan espectacular, pues éstos apoyaron ya en 1901 y 1902 al ministerio de Zanardelli debido a que la política del último, concebida por el ministro del Interior, Giolitti, tendía a facilitar la expansión pacífica del movimiento trabajador. El apoyo socialista a la causa de un movimiento burgués no sólo levantó las iras de Corradini, que veía en ello un signo de debilidad de la burguesía, sino también la de los militantes más intransigentes del partido, que temían ver desaparecer el ardor revolucionario, exactamente lo que Giolitti deseaba. Empezó a sentirse seguro durante el Congreso del Partido Socialista de 1902, cuando evolucionistas, moderados y reformistas triunfaron sobre los extremistas. Así llegó a encontrarse enfrentado a los extremistas de ambos bandos, de Derecha e Izquierda, a Corradini y sus seguidores porque consideraban su política como una traición, debida a la debilidad de los intereses de la burguesía, y a los socialistas, a quienes su éxito en la maniobra de «domesticar» a sus colegas más moderados les parecía una traición a la esencia del socialismo. De esta común hostilidad al programa de Giolitti de reconciliación de las clases por medio de mutuas concesiones nació lo que en el futuro llegaría a ser la línea de transición que uniría a la extrema Derecha con la extrema Izquierda para formar un frente común contra los moderados de las dos clases de la sociedad italiana. Esta unión se hizo evidente en la víspera de la intervención de Italia en la primera Guerra Mundial, siendo factor determinante en el advenimiento del fascismo al poder. Pero en 1903 esto no pasaba de ser mera posibilidad porque, como el mismo Corradini reconoció en un artículo de 1914, las doctrinas nacionalistas de *Il Regno* se encontraban en un estado de «indecisión y confusionismo». En 1903, el nacionalismo tenía toda la apariencia de una exasperada reacción burguesa contra el creciente poder del movimiento socialista y la aparente «complicidad» de los gobiernos burgueses. Sin embargo, se descubrían fácilmente los gérmenes de las futuras doctrinas del nacionalismo en los objetivos proclamados por *Il Regno,* a menos de tres años de sus comienzos, haciéndose patente que era algo más que una variante del conservadurismo burgués.

Los principales colaboradores de Corradini en *Il Regno* eran Giovanni Papini, de veintidós años de edad, como redactor-jefe, y el aún más joven Giuseppe Prezzolini. Éste explicó la corta vida de *Il Regno* como resultado del contraste de temperamento e ideas entre Corradini y sus jóvenes ayudantes. El primero era todavía muy *d'annunziano,* con su preocupación «heroica» y estética llena de «ruidosas reminiscencias de la Roma imperial» y de «vagas concepciones de fuerza, destino, raza y latinidad»; el segundo era más práctico y se adaptaba mejor a los aspectos sociales y económicos del nacionalismo. *Il Regno* no sólo era antisocialista sino también antidemocrático y sistemáticamente antiparlamentario, cosa que le daba cierta afinidad con socialistas y sindicalistas. Justificaba el llamado valor moral de la lu-

cha social, de la guerra y de la conquista imperial. Los artículos de *Il Regno* hacían hincapié en la sobreestimación de los asuntos extranjeros sobre los nacionales y, ya en otra esfera, exaltaban el crecimiento industrial y la expansión comercial de Italia como motivo de orgullo nacional, atacando la elevada proporción de emigración como una sangría de las posibilidades humanas y espirituales de la nación. Glorificaban a Crispi por encima de todos los estadistas del pasado reciente: «El último gran estadista que Italia ha tenido... un hombre de Estado en el sentido más heroico de la palabra». En resumen, el período de génesis de *Il Regno* no fue más que una denuncia de las cualidades características de la sociedad «burguesa», en el sentido peyorativo de la palabra, pacifista, cobarde, cauta y práctica, precisamente lo que la generación de d'Annunzio despreciaba, imbuida por su concepción de actos heroicos y placeres igualmente heroicos.

La influencia ejercida por el poeta, caracterizado a finales de siglo por un sentimiento de insatisfacción ante la sociedad burguesa y prosaica, fue grande, principalmente entre la joven generación que no se encontraba influida por el socialismo. Así como el socialismo tuvo el carácter heroico de un movimiento emprendido por unos espíritus nobles para luchar contra las fuerzas conservadoras y las instituciones, poseía una fascinante atracción que la juventud italiana no pudo resistir. Sin embargo, en la primera década del siglo XX, el socialismo empezó a conocer el éxito, su programa moderno y revolucionario se convirtió en parlamentario, adquiriendo el apoyo de una masa organizada y renunciando, de esta forma, a los espíritus con afán de aventura, que quedaron a disposición del sindicalismo o del nacionalismo no menos revolucionario.

Varios artículos del joven Prezzolini en *Il Regno* entre 1903 y 1904, en los que se reconoce la influencia de Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, calificaban al socialismo de entonces como «una aristocracia de bandidos» compuesta «por la escoria humana» y al socialismo en sí como «una industria con sus oficios, burocracia y salarios». Con la burguesía no era mucho más blando: Dividía a Italia en dos partes, los que trabajaban y los que hablaban y holgazaneaban, la última categoría formada principalmente por «la burguesía (parlamentaria) gubernamental, la más falsa de las aristocracias por ser la más inútil». Sólo la industria se ganaba la admiración de Prezzolini y Papini; este último decía que, a despecho de los obstáculos gubernamentales y de la acción de las huelgas, estaban convirtiendo a Italia en un gran Estado industrial, comprendiendo que «el camino más seguro para salvar a la nación del socialismo era aumentar el bienestar». Para Papini este aspecto de la expansión económica era la esencia del «nuevo nacionalismo» italiano, muy superior al nacionalismo poético y filosófico del *Risorgimento,* que buscaba su grandeza en el pasado. Su referencia al «nacionalismo literario e ideológico hecho de palabras y recuerdos» era una crítica evidente a Corradini. También criticó a d'Annunzio pero de forma más ve-

lada: «Hemos de concederte la gloria, poeta, de que el solar patrio que todos amamos llegue a ser grande de nuevo, no sólo con el remo y el arado sino también con el pensamiento que crea imperios de sueños y con la espada que los consigue en la tierra».

A principios de 1905 las diferencias entre Corradini y sus jóvenes colaboradores se hicieron particularmente agudas. Prezzolini, sobre todo, criticaba la ampulosidad literaria del fundador de *Il Regno,* al que no sentó bien la sugerencia del primero de que en el futuro «el ídolo del parlamentarismo» debería ser reemplazado por una nueva forma de gobierno compuesta por sindicatos de obreros. No es que Corradini fuera un defensor o partidario del gobierno parlamentario, sino que todavía no tenía el convencimiento, que adquiriría entre 1908 y 1910, de que Italia era una nación proletaria. Esta opinión hizo posible un acercamiento entre Corradini y el movimiento nacionalista de los revolucionarios sindicalistas, en el sentido de que la expansión italiana por el mundo no sería más que una forma del imperialismo proletario.

La evolución del pensamiento de Corradini entre 1905, cuando finalizó su asociación con *Il Regno,* hasta 1910, en que cooperó en la formación del partido nacionalista, no es muy clara en cuanto a detalles, aunque es bastante precisa en líneas generales. Varios factores influyeron en esta evolución: primero, la crítica a la que él y sus seguidores estaban expuestos, procedente de un nuevo periódico fundado en 1908 por Prezzolini, *La Voce,* compuesto por Papini, Croce, Gaetano Salvemini, Giovanni Amandola y Prezzolini. Esta lista, formada por algunas de las más famosas estrellas de la intelectualidad italiana de entonces, tuvo gran influencia en el desarrollo del clima intelectual de antes de la guerra. Las opiniones que Prezzolini, Papini y Croce expresaban en *La Voce* indicaban una «profunda transformación ideológica» y manifestaban que los valores éticos y morales eran más importantes que «el triunfo de la fuerza bruta», las mejoras internas eran más urgentes que la conquista extranjera y el socialismo y la democracia más importantes históricamente de lo que antes creían. Esta posición de *La Voce* marcó un fuerte contraste con los seguidores de Corradini, que se vieron obligados a expresar con más claridad sus puntos de vista nacionalistas.

En 1908 el pensamiento de Corradini giraba todavía en torno a su gran antagonista, el socialismo. Declaraba que, aunque la existencia humana fuera indudablemente colectivista por naturaleza, no lo era en el sentido socialista de la palabra. El socialismo convertía al individuo en la medida de todas las cosas cuando en la vida real, esto es, en el colectivismo nacional, se deseaba que el individuo produjese grandes organismos o grandes formas esenciales. El nacionalismo, en cambio, era «la doctrina de aquellos que veían a la nación como la más grande unidad de vida colectiva, como una verdadera grandeza del ser individual». Corradini sabía que una doctrina

tal le exponía a la réplica nacionalista de que una comunidad de naciones sería, lógicamente, un organismo más grande. Se defendía diciendo que «la lucha es vida» y que si las naciones se creaban para dar fin a la lucha interior, solamente podían seguir existiendo comprometiéndose a la lucha exterior: «paz interna en bien de la guerra externa». Proseguía diciendo que el nacionalismo tenía que ser necesariamente imperialista, ya que esto significaba el reconocimiento de la «útil función de la guerra». Rechazaba la inviolabilidad de la vida humana diciendo que tal doctrina no era más que una forma de «egoísmo individual» que vivía parásitamente del altruismo de la colectividad. «Racionalmente hablando, un solo individuo no tiene más importancia que una gota de agua en el mar» y, a pesar de que la guerra era incomprensible para el sentimiento individual, era necesaria para las naciones. «Todo el mundo es imperialista» —aseguraba— «interna y externamente, y hoy día existe un imperialismo proletario que lleva el nombre de socialismo».

Con esta aserción de principios de 1908, Corradini ya revelaba la primera tentativa de alcanzar la identificación del socialismo revolucionario con el imperialismo interno de las clases proletarias, pero todavía no estaba preparado para ofrecer a éstas una base suficiente para que, olvidando su imperialismo divisivo en el interior, quisieran unirse a los nacionalistas y llevar a cabo el imperialismo exterior. Realizó su proposición formal poco antes de dar comienzo la primera Guerra Mundial, al adoptar definitivamente la doctrina según la cual Italia era una nación proletaria, preguntando a los socialistas si estarían dispuestos a olvidar su lucha de clases en el interior del país a cambio de otra con signo imperialista pero beneficiosa para la nación proletaria. Pero ya en 1908 los nacionalistas y socialistas revolucionarios tenían al menos una actitud común en la hostilidad que sentían hacia el actual régimen de las clases gobernantes: «En medio del rebaño de corderos y hombrecillos que componen la llamada clase gobernante, dénme cien hombres dispuestos a morir por Italia y la nación está salvada». Esta llamada a cien héroes que se desembarazasen de «las ávidas e ineptas gentes que atenazan nuestros cuellos» fue formulada por Corradini, pero lo mismo podía haber venido de los socialistas revolucionarios.

Los nacionalistas de Corradini tenían también en común con los socialistas revolucionarios la crítica procedente de *La Voce* y otros escritores similares a los que ambos estaban sujetos. Esto obligó a que los nacionalistas se impusiesen una mayor disciplina intelectual, lo que tuvo como consecuencia la debilitación de sus filas, corriendo el riesgo de convertirse el movimiento en un fenómeno marginal sin eficacia alguna. Se salvó del peligro gracias a dos acontecimientos; uno nacional y otro internacional. El primero fue el acercamiento de los nacionalistas y los sindicalistas revolucionarios que formaban el ala extrema de los movimientos obreros italia-

nos; el segundo, la anexión por Austria-Hungría del territorio de Bosnia-Herzegovina.

Este último suceso alteró la opinión pública que esperó una adecuada compensación austro-húngara por la transgresión del *statu quo,* según preveía el artículo VII del tratado de la Triple Alianza. Cuando se hizo evidente que esta satisfacción no iba a producirse, el gobierno presidido por Giolitti tuvo que hacer frente a las más severas críticas procedentes de todos los sectores del Parlamento. Es común opinión que este acontecimiento, junto con el fracaso gubernamental de obtener concesiones por parte de Hungría en 1908, salvó a los nacionalistas de lo que de otra forma hubiera sido un rápido ocaso. El escritor nacionalista Scipio Sighele expresó una opinión que iba más allá de las doctrinas de su pequeño grupo al escribir que «una diplomacia capaz hubiera obtenido de Austria las debidas compensaciones en estos momentos de crisis internacional». Esta referencia apuntaba claramente a la posibilidad de haber conseguido de Austria la autonomía lingüística y administrativa de las provincias de habla italiana todavía en su poder, el Tirol, la Venecia Julia (Venezia Giulia) y la Dalmacia. Este sentimiento popular atrajo a la causa nacionalista a muchos italianos que se encontraron descontentos del Gobierno y, en particular, a los irredentistas. Este último grupo, pequeño en número pero de amplia influencia sentimental en casi toda Italia, se fundó hacia 1908. Los hombres que lo crearon eran de tradición mazziniana y garibaldina, razón que los colocaba cerca de los izquierdistas y lejos de los nacionalistas, sus enemigos declarados. Pero después de 1908 ambos movimientos, nacionalismo e irredentismo, olvidan los resentimientos que los dividen para alcanzar un objetivo común, aunque continuaron existiendo las diferencias. Los irredentistas querían exclusivamente las provincias de habla italiana que todavía permanecían en manos de los austríacos, mientras que los nacionalistas poseían ambiciones imperialistas más amplias que las de sus compañeros.

Apoyados por la llegada a sus filas no sólo de los irredentistas sino de los socialistas, republicanos y sindicalistas descontentos con la posición italiana en el mundo, los nacionalistas organizaron un Congreso en Florencia en diciembre de 1910. Se discutió la posición interna e internacional del país, así como las relaciones con los otros partidos políticos, el irredentismo y la política extranjera en general. Corradini fue el orador principal, concentrando sus discursos en los temas de la emigración, la cuestión de las provincias del sur y la naturaleza proletaria del imperialismo italiano. Los tres tópicos estaban estrechamente enlazados en la mente de Corradini; la emigración de las masas, especialmente en las provincias del sur, era necesaria mientras Italia no contase con colonias donde poder enviar a sus hijos y aprovechar su trabajo; sin colonias los trabajadores italianos se exponían a sufrir la explotación de los patronos de los otros países donde el proletariado, según los socialistas, estaba de acuerdo con la burguesía; su

trabajo lo era todo y ellos, nada. Corradini explicaba que la nación era esencialmente proletaria y que el papel de los nacionalistas era hacer por todos lo que los socialistas habían hecho por los trabajadores. Insistía en que lo que él predicaba era un «nacionalsocialismo» en contraste con el proletariado socialista —«nuestro adversario y maestro»—, que decía que los trabajadores no debían sentirse identificados con Italia sino con todos los trabajadores del mundo: «Es necesario convencer a los trabajadores —declaraba— de que su interés primordial se halla en la solidaridad con sus patronos y, sobre todo, con la nación, y que el diablo se lleve a sus camaradas del Paraguay o de la Cochinchina». De esta manera quedaba expresado un «egoísmo nacional» que trascendía al egoísmo de clase y convertiría la lucha interna de clases en una lucha internacional entre naciones proletarias y naciones opulentas.

Un mes después del Congreso de diciembre, Corradini, aprovechando la atracción que para los socialistas tenía la idea de un pueblo italiano proletario, realizó una gira por varias ciudades importantes del país, pronunciando discursos sobre su movimiento, ya que en el mismo Congreso había decidido convertir al nacionalismo en un partido y necesitaba seguidores. Los republicanos aceptaron al nuevo partido en el Congreso después de la eliminación de algunas dudas, no sin haberle pedido como garantía la promesa de defender las instituciones. En su discurso de enero, año 1911, Corradini continuaba cortejando a los socialistas en sus declaraciones: «El nacionalismo desea ser para toda la nación lo que el socialismo es para el proletariado..., una tentativa de redención...». Tal redención no llegaría más que con la creación de una conciencia nacional de la que un ciudadano corriente pudiese extraer un sentido de deber y disciplina que capacitara a la nación para llevar adelante su misión nacionalista, identificada con la expansión. Una de las ideas vigentes era que «las naciones no se adquieren sino que deben conquistarse», esto significaba guerra, y la guerra significaba necesariamente la subordinación del individuo a los intereses nacionales.

Esta insistencia en la guerra y en la suprema necesidad de subordinar el interés del individuo al de la nación no obtuvo la plena aprobación en el Congreso de Florencia. Muchos liberales y demócratas atraídos por el nacionalismo a causa de su patriotismo e irredentismo no compartían los puntos de vista de Corradini sobre el imperialismo expansionista y el gobierno totalitario. El propagandista de estas ideas era el semanario *Idea Nazionale*, aparecido el primero de marzo de 1911. Formaban su primera plana Corradini, Luigi Federzoni, Francesco Coppola, Roberto Forges Davanzati y Maurizio Maraviglia. Federzoni, que había alcanzado cierta notoriedad como periodista en una serie de artículos contra la germanización de la región del lago Garda, allá por 1909, disertó en el Congreso de Florencia sobre la «pasiva servidumbre» de la política extranjera italiana, atribuyéndola a la debilidad e imprevisión del Gobierno y a la ignorancia y apatía de la opi-

nión pública. Federzoni, con su doctrina de una política extranjera «egoísta», junto con Maraviglia y sus diatribas contra el liberalismo y el socialismo individualista, así como Coppola y Forges Davanzati, entraban definitivamente en el campo de Corradini. Sighele no estuvo incluido entre ellos debido al parecer a que, como dijo en el Congreso, su irredentismo era «la esencia del nacionalismo y no el deseo de conquista»; también fue excluido el nacionalista liberal Giovanni Borelli y no participó ningún representante republicano.

El programa con el que la *Idea Nazionale* lanzó su primer número del 1.º de marzo —fecha escogida deliberadamente por ser el aniversario de la batalla de Adua—, puso de relieve que el semanario estaba determinado a dirigir el movimiento nacionalista en dirección antiliberal, antidemocrática e imperialista. Se proponía recuperar el genio y la grandeza de la Roma imperial, revigorizar la autoridad del Estado contra la acción disolvente de los partidos y las clases, combatir el parlamentarismo y la democracia masónica y luchar contra el socialismo, frente al primero por burgués y frente al segundo por proletario, ambos antinacionales; quería, igualmente, promover la solidaridad de las clases a través de un mayor bienestar colectivo adquirido en competición económica y política con otras naciones y defender a la monarquía y a la Iglesia como instituciones tradicionales creadoras de la solidaridad nacional.

Este programa no era más que el triunfo personal de Corradini, pues representaba la plena adopción de todos sus puntos de vista, esencialmente autoritarios y totalitarios, como claramente se advertía en la insistencia de que el poder del Estado no debía de verse limitado por ninguna consideración, ni siquiera por el bienestar del individuo, que no era más importante que «una gota de agua en el mar», y que dicho poder debía ser total no sólo en extensión sino en límites. De ello se derivaba automáticamente que tal poder no podía ser ejercido más que a través de un gobierno autoritario y que otro que incluyera las prácticas democráticas no podía servir a los supremos intereses de la nación. El individuo, para los seguidores de Corradini, no era más que una entidad subordinada al interés de la nación y de la autoridad. Un poder autoritario pedía una autoridad total.

Para servir al máximo los intereses de la nación, los nacionalistas estaban dispuestos a reconocer la utilidad histórica de instituciones tradicionales como la Iglesia y la monarquía, pero haciendo hincapié en que no se trataba de someterse a dichas instituciones sino de que éstas se adaptasen al mejor servicio del país.

Éstas eran, en líneas generales, las ideas que defendía la *Idea Nazionale* y las que triunfaron en los dos Congresos del partido que tuvieron lugar en Roma en diciembre de 1912 y en Milán en mayo de 1914.

Entre el primer congreso de 1910 y el de 1912 se sucedieron la guerra italo-turca y la líbica, que fortalecieron la causa nacionalista. La guerra de

Libia dio comienzo en septiembre de 1911 y finalizó en octubre de 1912 con el reconocimiento por parte de Turquía de la soberanía italiana sobre Tripolitania y Cirenaica. La mayor parte de los italianos aclamaban al principio la guerra, y el análisis de Croce sobre su popularidad y su probable necesidad histórica es generalmente aceptado, sujeto sólo a consideraciones secundarias. Según Croce, el progreso económico y social de Italia durante la primera década del siglo xx no fue más que un progresivo crecimiento de la conciencia nacional y —siempre según sus propias palabras—, «no podía menos que reflejarse en la política exterior». Irónicamente, el estadista que sacó esta conclusión no era otro que el partidario de «quedarse en casa», Giolitti, bajo cuyo mandato tuvo lugar dicha guerra. No se debió, sin embargo, a que hubiera caído al fin bajo la poética influencia de d'Annunzio o que se hubiese convertido a las doctrinas de Corradini, sino que llegó a la conclusión de que Libia era necesaria al país y que en 1911 la situación diplomática y militar estaba a punto para llevar a cabo la acción. Le sirvió sobremanera la agitación que habían promovido los nacionalistas con su propaganda de grandeza, pero no es exacta la afirmación de éstos de que la conquista de Libia fuera un logro exclusivamente suyo.

La guerra líbica parecía la ocasión ideal para el triunfo de la causa nacionalista y, sin embargo, no fue así, debido a dos razones principales: aunque casi todos, quien más quien menos, se había convertido en nacionalista, incluso Giolitti, la mayoría creía que ya no era necesario que dicho partido siguiese existiendo, dado que su principal razón de ser era la expansión imperialista y que ésta ya se había producido; la segunda razón fue que los nacionalistas acogieran la guerra de Libia como «un paseo bajo el sol», hacia «la tierra prometida» y cuando este paseo se transformó en una penosa campaña y la tierra prometida en una desilusión, la opinión pública atacó al partido por haber fomentado una empresa imposible de llevar a cabo. De nuevo el partido pareció estar a punto de desaparecer irremediablemente como tal, pero de nuevo encontró su salvación de manera imprevista: dentro del partido republicano y socialista existían grupos minoritarios que apoyaban la guerra de Libia como una necesidad nacional, a despecho de la instintiva repugnancia y la posición doctrinaria de los socialistas hacia las guerras imperialistas; estos grupos fueron expulsados del partido a raíz del importante Congreso Socialista celebrado en 1912, pasando a engrosar las filas que dieron el triunfo a los revolucionarios intransigentes de Benito Mussolini. Este triunfo no sólo aseguró un puesto destacado a Mussolini en las filas nacionalistas, sino que le procuró el puesto de editorialista del periódico *Avanti,* desde cuyas páginas gritó sin cesar durante dos años contra el régimen parlamentario maldito de Giolitti y contra los traidores a su propio partido que habían colaborado con el gran «domesticador», extintor del fervor revolucionario de las clases trabajadoras.

Los nacionalistas no podían esperar rápidamente ningún resultado fa-

vorable a sus intereses tras la victoria de los extremistas, sobre todo del partido socialista, pero el factor tiempo estaba de su parte. Divididos a causa de sus posiciones ideológicas, los extremistas de Derecha y de Izquierda tenían, sin embargo, en común, una profunda hostilidad hacia el sistema de Giolitti y fuerte afición a los métodos violentos tanto en política interior como exterior. Esta posición común había llevado a muchos sindicalistas a establecer puntos de contacto con los nacionalistas. Angelo Olivetti, un teórico del sindicalismo, apoyaba la guerra de Libia como una experiencia necesaria y como una expresión concreta de sus ideas: «El sindicalismo aborrece la pálida igualdad conventual de los sueños colectivistas y sirve como preludio a la formación de clases selectas y combativas para la conquista del bienestar y la vida». Esta raíz común de las doctrinas de élite de Mosca y Pareto, que llevaban implícitos los conceptos de minorías selectas proletarias y nacionales, concordaba con la síntesis de Corradini cuando hablaba de Italia como nación proletaria obstruida en su desarrollo por las «plutocracias» del mundo.

Un artículo escrito por Corradini un mes antes del segundo Congreso nacionalista, se refería a las guerras de Libia y los Balcanes como una lucha de las naciones proletarias contra su enemigo común, «la plutocracia europea»; para él la mayor representante de ésta entre las naciones de Europa era la demócrata y masónica Francia. Este artículo fue el preludio de la campaña que se emprendió después del Congreso de diciembre de 1912 contra la democracia y la francmasonería, a las que condenaba de igualitarias, pacifistas e internacionalistas. Esta posición, aunque menguó algo sus filas con la deserción de los que no estaban de acuerdo con ella, dotó al partido de la homogeneidad, que era lo que Corradini y Federzoni querían; el segundo alcanzó un gran éxito personal en la campaña que realizó contra los masones. Consiguieron además otras ventajas: el apoyo de los conservadores católicos, enemigos declarados de los masones, y una mayor adhesión de los extremistas socialistas, ahora seguidores de Mussolini, que ya en 1910 habían insistido en expulsar del partido a todos los que estuviesen de acuerdo con la masonería, opinión ampliamente compartida por el mismo Mussolini. Nacionalismo y socialismo revolucionario estaban de acuerdo en exigir a sus seguidores fidelidad absoluta y en no compartir posición alguna con otra organización que fuera demasiado pacifista, demócrata o burguesa.

Los nacionalistas obtuvieron una ventaja muy concreta de su postura antimasónica. En las elecciones generales de noviembre de 1913, Federzoni y Luigi Medici del Vascello fueron elegidos diputados por Roma, la ciudad donde la influencia masónica era más fuerte, por lo que Ernesto Nathan, gran maestre de la orden, tuvo que dimitir a consecuencia del fracaso de los candidatos que había apoyado. Seis nacionalistas entraron en el Parlamento en 1913 y este éxito convenció a los dirigentes del partido de la

necesidad de separarse de otras formaciones políticas y adquirir fisonomía propia.

Habiendo roto definitivamente con los partidos demócratas en los congresos de 1910 y 1912, los nacionalistas emprendieron una campaña para aislarse políticamente, separándose también de los grupos liberales o moderados del país. Corradini preparó el camino en un discurso que repitió en las ciudades más importantes; en él analizaba los resultados de las elecciones generales del mes anterior y concluía con la idea de que los partidos liberales estaban en franca decadencia, en especial el dirigido por Giolitti, aserto que podía comprobarse en el fracaso del liberalismo por conseguir un papel histórico en el concierto de las naciones y por no haber alcanzado la solidaridad de clases en el interior; por consiguiente —exponía Corradini—, los nacionalistas tenían el deber de asumir el poder para conseguir aquello que los liberales no habían dado a la nación. Para afirmar más sólidamente su posición de redentores de la patria, en el Congreso de mayo de 1914, en Milán, tomaron la decisión de obligar a todos sus miembros a romper toda clase de relación con otros partidos, y, en especial, con los liberales. El futuro gran teórico del fascismo, Alfredo Rocco, alcanzó un gran éxito personal cuando se adoptaron sus puntos de vista sobre la incompatibilidad del nacionalismo y el liberalismo en las doctrinas económicas, y el Congreso se manifestó abiertamente en favor del proteccionismo de la economía.

Con este último Congreso celebrado antes de la guerra, el nacionalismo completó las bases de su doctrina y se reveló tan alejado del liberalismo de las Derechas como de la Izquierda, guardando, sin embargo, cierta semejanza con los extremistas de esta última tendencia. El triunfo de la extrema Izquierda en las elecciones de 1913, y la victoria del ala revolucionaria de Mussolini en el Congreso Socialista de abril de 1914, puso en evidencia que el país se estaba apartando del programa moderado de Giolitti, y que su política de dar fin a los extremismos estaba sufriendo un claro retroceso. Esta tendencia no hubiera perdurado a no ser por la ausencia de Giolitti del gobierno en el momento de estallar la primera Guerra Mundial, que ofreció la oportunidad de formarse una coalición de todas las tendencias contrarias a él, enarbolando la excusa de la imposibilidad de mantenerse neutrales. Para muchos italianos, en especial para los extremistas de Derecha e Izquierda, la intervención en la guerra era necesaria no sólo por la oportunidad de poder obtener nuevos territorios, sino porque ello acabaría definitivamente con el régimen de Giolitti. Desde agosto de 1914 a mayo de 1915, una vez que Italia hubo entrado en la guerra, el país conoció una nueva orientación espiritual y los extremistas obtuvieron su mayor triunfo desde la unificación. Finalizada la moderación de Giolitti, se estableció una diferencia entre los dos extremismos, el que había de tratar de la guerra con el exterior y el que conducía la revolución interior. La ulterior fusión

de la extrema Derecha con la extrema Izquierda para desembocar en el fascismo acabó con el régimen parlamentario y constitucional de Italia.

El aspecto trágico de la intervención de Italia en la primera Guerra Mundial se debe al hecho de haber tenido lugar después de diez meses de neutralidad y bajo un gobierno que no contaba con el auténtico apoyo de la mayoría parlamentaria de Giolitti. Este doble hecho marcó una irreconciliable contradicción entre neutralistas e intervencionistas, agravado por la convicción de estos últimos de que la guerra no sería ganada más que con la eliminación de las instituciones parlamentarias. Para los nacionalistas la guerra era el ideal de su doctrina, que buscaba además la revolución interna y externa. Irónicamente, se vieron apoyados por elementos de la Derecha y la Izquierda moderada, así como de la extrema Izquierda, cada uno de los cuales poseía motivos dispares para desear la guerra pero todos tenían una idea común: si Giolitti y la mayoría parlamentaria que seguía fiel a él insistían en la neutralidad, la guerra se produciría en contra de su voluntad y de la del Parlamento. Así se dio el caso de que partidos preeminentemente parlamentarios adoptaron una postura revolucionaria y subversiva que derrocó las instituciones básicas en Italia, desastre del que la nación no logró recuperarse una vez que la guerra hubo finalizado.

La tragedia comenzó con un incidente político. Desengañado con el resultado de las elecciones generales de 1913, que le privaron de su mayoría parlamentaria, Giolitti dimitió de su cargo en marzo de 1914, en la creencia de que una breve ausencia del poder le devolvería la influencia política. El nuevo Gobierno se formó bajo la presidencia de Antonio Salandra, un hombre de Derechas que había servido bajo Di Rudini y el general Pelloux y que era colaborador íntimo de Sonnino. La impresión general era de que Salandra estaría en el poder solamente el tiempo que Giolitti quisiera, pero el estallido de la guerra alteró la situación. Giolitti no podía sustituir a Salandra en período de crisis internacional y, por otra parte, la declaración de neutralidad de Italia, hecha en agosto, contaba con la casi unánime aprobación del país y del mismo Giolitti, convencido de que Salandra era hombre de confianza. Pero a finales de 1914, Salandra y Sonnino, el recientemente nombrado ministro de Asuntos Exteriores, se convencieron de que si Italia tomaba parte en la Entente podría realizar sus aspiraciones territoriales. No existía obligación alguna que obligase a unirse a Austria y Alemania, pues la Triple Alianza no estipulaba que Italia debiera entrar en una guerra que no había provocado; tampoco era factible recuperar los territorios perdidos enfrentándose con la Entente; todo ello sin contar con el sentir popular que veía con desagrado una alianza con Austria. Sólo los nacionalistas habían defendido esta posición, pero después de la declaración de neutralidad, cuando se hizo evidente la opinión popular, cambiaron rápi-

damente de postura y dieron comienzo a sus intrigas en favor de la guerra contra los aliados de Italia. Exponían que su propósito no era luchar contra el imperialismo alemán, tan legítimo como el italiano, y que su postura no se debía a que estuvieran a favor de la «democracia radical-socialista» francesa, a la que consideraban decadente, corrupta y opuesta a los anhelos italianos, sino que respondía al deseo de arrebatar a Austria el predominio sobre los Balcanes, el Adriático y todo el Mediterráneo, que pasaría automáticamente a Italia. Esta posición era radicalmente opuesta a la de los intervencionistas demócratas, que luchaban precisamente en nombre de la democracia simbolizada por Francia y contra los poderes autócratas centroeuropeos, y no eran indiferentes a las llamadas del irredentismo, pero lo hacían impulsados por la propia determinación nacional, no por afán de conquista.

Los intervencionistas se hallaban, pues, divididos en sus causas pero unidos mediante su común hostilidad hacia Giolitti, profundamente convencido, como la mayoría parlamentaria y casi todas las organizaciones católicas y socialistas, eminentemente pacifistas, de que la guerra resultaría larga y costosa y que sería más fácil obtener compensaciones territoriales de Austria manteniéndose neutrales que entrando en la lucha. Pero una minoría socialista —principalmente los del ala revolucionaria— se agruparon alrededor de Mussolini que, hacia noviembre de 1914, abandonó su neutralismo en favor de una guerra que sería el principio de una grande y revolucionaria transformación de la sociedad, siempre según su opinión.

El gobierno italiano, convencido de la futilidad de sus esfuerzos para conseguir concesiones territoriales por parte de Austria en pago de la neutralidad de su país y empujado por la prensa internacional, entre las que se contaba el poderoso *Corriere della Sera,* comprometió al país y al rey con la Entente en el Tratado de Londres de abril de 1915. Giolitti hizo un esfuerzo para evitarlo, dirigiendo la mayoría parlamentaria contra el Gobierno, pero el destino de la nación ya no estaba en sus manos. Se enfrentaba con el rey, que prefería abdicar antes que echarse atrás en su compromiso, y con el riesgo de una guerra civil, ya que Mussolini y su *fascio di azione rivoluzionaria* amenazaban, junto con los nacionalistas, con la «guerra o revolución». La lucha fue desigual. Envueltos en la orgiástica oratoria de D'Annunzio, cuando regresó del destierro que se impuso a sí mismo en Francia, y enfrentados con las manifestaciones callejeras masivas a las que el gobierno de Salandra parecía no tener intención de poner freno, el país y el Parlamento se sometieron a la voluntad de una minoría. En mayo de 1915 —«los radiantes días de mayo», según la oratoria intervencionista—, Italia entró en la guerra que le había de traer demasiadas dificultades, siendo una de las más importantes el hecho sorprendente de que una determinada minoría dominase a todo el país y a sus representantes, lección que no olvidaron los fascistas, que en el período de entreguerras no cesaron de apelar a los «radiantes días» de gloria de 1915.

Los extremistas de Derecha e Izquierda celebraron el triunfo sobre el parlamento, postura natural dadas sus ideas; pero el hecho de que los moderados liberales, los que apoyaban al *Corriere della Sera,* y los demócratas-socialistas dirigidos por Leonida Bissolati hubieran secundado la acción subversiva contra las instituciones parlamentarias, parecía ser la tácita aceptación de los puntos de vista de la élite de los nacionalistas. Más tarde, los liberales moderados y los demócratas intervencionistas lamentaron el papel subversivo jugado por ellos en 1915, pero su arrepentimiento no alivió al país del daño causado a las instituciones parlamentarias. Salandra y Sonnino fueron los primeros en descubrir la dificultad de manejar al tigre del intervencionismo; su función se hacía más difícil por dos factores: primero, la entrada de Italia en la guerra no decidió la balanza en favor de los aliados, lo que llevó a discutir de nuevo la oportunidad de dicha intervención por parte de los neutralistas y a las furiosas réplicas de sus oponentes, que los tachaban de no ser patriotas y sostenían que el Parlamento, centro del poder neutralista, tenía que ser eliminado. El segundo factor fue la extraña circunstancia de que Italia sólo declaró la guerra a Austria y no a Alemania, ya que sus agravios iban dirigidos a la primera. Los intervencionistas demócratas no aceptaron esta interpretación, sólo compartida por los nacionalistas y que tuvo como consecuencia la dimisión de Salandra en junio de 1916, así como la declaración de guerra también a Alemania en agosto del mismo año. Sin embargo, Sonnino permaneció en su puesto de ministro de Asuntos Exteriores, lo que provocó el descontento de los demócratas, que rechazaban la estrecha concepción de este último sobre la «guerra italiana» al referirse a las concesiones territoriales prometidas por la Entente en el Tratado de Londres.

En 1917 la división entre los partidarios de la guerra, sobre la naturaleza y objetivos de ésta, estuvo cerca de llevar a los neutralistas al poder. Esto levantó las iras de los intervencionistas, que apelaron al general Luigi Cadorna, jefe supremo de las Fuerzas Armadas, para que tomara el mando y estableciese una dictadura. Éste se mostró al principio favorable al proyecto, pero el desastre militar de Italia en Caporetto, a finales de 1917, lo eliminó de la escena y obligó a los neutralistas a una participación más activa en el esfuerzo bélico; a pesar de esta nueva actitud, los intervencionistas no se convencieron y, para evitar que sus contrarios se reafirmaran en el poder, organizaron el «Fascio di difesa Nazionale», que debía mantener el poder en manos de los partidarios de la guerra. El Fascio, cuyos miembros fueron llamados *fascisti,* se desintegró durante el último año de la guerra, debido a la imposibilidad de concordar las opiniones de Sonnino con los deseos de los nacionalistas de engrandecimiento territorial y los puntos de vista de los demócratas intervencionistas que aceptaban la posición de Wilson de que a la guerra debía seguirle un buen tratado de paz, ninguno de cuyos puntos de vista coincidía con la opinión de la extrema

Izquierda, que había saludado la llegada de la guerra como el primer paso necesario para desencadenar la revolución en la escena nacional y mundial. En resumen, al final de la guerra, Italia se hallaba dividida como nunca lo estuviera a través de toda su historia de nación unida.

Esta división persistió durante los tres años de postguerra y fue uno de los elementos esenciales para el advenimiento de los sucesos que hicieron posible en 1922 la subida de Mussolini al poder junto con el fascismo. A pesar de que no es nuestro propósito hacer un completo estudio de la llegada del fascismo y examinar su política después de 1922, es necesario hacer un breve estudio del ocaso del movimiento nacionalista hasta su absorción por el fascismo. El primer punto de contacto tuvo lugar en los diez meses de neutralidad, al apoyar ambos movimientos la tesis de guerra; otro punto lo constituyó la común animosidad contra el programa moderado de Giolitti y el deseo de conseguir el poder una vez finalizada la guerra. Esta ambición podía ser el generador de la división entre ambos, fundamentada más en rivalidades personales que en disputas doctrinales, pero la adopción por parte de Mussolini del programa nacionalista y su acuerdo en compartir el poder con ellos desvaneció las posibles disensiones que hubieran podido aparecer.

El final de la guerra les cogió algo desprevenidos. La victoria final pareció justificar la posición de los intervencionistas, pero pronto se hizo patente que el país había pagado muy caros los inciertos beneficios de la guerra, y los neutralistas —que conservaron su nombre aun cuando la guerra hubiera finalizado—, se prepararon a explotar políticamente los sacrificios que la nación había tenido que llevar a cabo; para responder a esta posición, los nacionalistas tenían que demostrar la necesidad de aquella guerra, insistiendo en los objetivos territoriales, y los intervencionistas demócratas insistir en la necesidad de una paz justa y de un orden más equitativo. Mussolini intentó sacar partido de la situación y organizó un mitin en Milán en marzo de 1919, donde, en compañía de unos cientos de seguidores, fundó el «Fascio di combattimento», que incluía el apoyo a la Sociedad de Naciones y la demanda de la Dalmacia y Fiume, insistiendo en ésta aunque en el Tratado de Londres no se hubiera hecho referencia alguna a dicho territorio. El programa del *fascio* también se refería a proyectos radicales como el establecimiento de un progresivo programa de impuestos de utilidades, impuestos especiales sobre beneficios de guerra, nacionalización de las industrias de armamentos y una pequeña participación de los trabajadores en la gestión de la industria. Los nacionalistas no estuvieron muy conformes con las cuatro primeras propuestas del programa, pero la última no difería mucho de la presentada por Rocco en 1919 en el Congreso del Partido, en la que abogaba por una organización corporativa de la industria basada en la cooperación de patronos y empleados englobados en el mismo sindicato, que reemplazaría eventualmente a las instituciones exis-

tentes en la tarea de dirigir el Estado. Este Estado corporativo recibió el nombre de «integral-sindicalismo».

Los nacionalistas y fascistas se pusieron nuevamente de acuerdo cuando, después de que la delegación italiana abandonase la conferencia de la paz en París, a finales de abril, como protesta por la negativa de los aliados a conceder Fiume a Italia, la *Idea Nazionale* y el *Popolo d'Italia* de Mussolini insistieron en que el gobierno italiano se apoderase de Fiume y presentase ante los aliados el hecho consumado. D'Annunzio llegó a Roma e hizo la misma demanda en inflamados discursos donde recordaba «los gloriosos días de mayo». A los cinco meses, el poeta, que había alcanzado distinguido renombre como aviador durante la guerra, se apoderó de Fiume por sorpresa con un grupo de legionarios voluntarios, entre los que predominaban los Arditi, tropas de choque organizadas durante la guerra; vestían camisas negras y respondían a los discursos de D'Annunzio con cantos que más tarde adoptaron los fascistas; y el poeta convertido en estadista concedió incluso a la ciudad cautiva una constitución de tipo corporativista. Pero lo más significativo de las semejanzas entre las maneras de D'Annunzio y de los fascistas fue el episodio de Fiume. Se trataba de un grupo de soldados en activo que, desafiando la autoridad del Gobierno, demasiado débil para reprimirlos, habían llevado a cabo una acción independiente, ayudados por el dinero de civiles y militares en funciones extraoficiales, en clara violación de la ley y de la disciplina de las fuerzas armadas. Esta situación no podía consentirse y el Gobierno dio fin al episodio mediante las fuerzas regulares; Giolitti, de nuevo en el poder en junio de 1920, llevó a cabo la acción, para la cual necesitó una buena dosis de valor, valor que no poseía el Gobierno que derribó Mussolini en su marcha sobre Roma en 1922, que significó el final del régimen parlamentario en Italia.

Hay que admitir, sin embargo, que el Gobierno estaba debilitado en exceso por las experiencias del tiempo de guerra y de postguerra, en que el extremismo llegó a su punto más álgido. Los socialistas, que después de una clamorosa victoria en las elecciones de noviembre de 1919 (habían alcanzado 156 escaños de un total de 535), estaban muy influidos por los intransigentes que miraban a Rusia como espejo y guía políticos. Seguidamente hizo su aparición el Partido Católico Popular que, al presentarse con un programa social muy avanzado, ganó cien escaños, brindando con ello a los dos partidos de masas pertenecientes a la coalición neutralista el poder vetar al gobierno que no fuera de su agrado. Sin embargo, al no estar nunca de acuerdo debido a la carencia de un programa común, el Gobierno no fue capaz de dominar la situación y los tres años posteriores a 1919 estuvieron llenos de confusión política, de lo que resultó una completa parálisis del sistema parlamentario, para la que los líderes de la Derecha e Izquierda liberal no supieron encontrar remedio.

Francesco Saverio Nitti, un líder de la Izquierda radical, no socialista,

intentó unir a éstos con el Partido Popular para buscar solución a los problemas económicos que afligían a la nación durante el período que estuvo en el Gobierno, desde junio de 1919 al mismo mes de 1920. Al fracasar y salir del Gobierno, Italia se hallaba al borde de la revolución, entre el Partido Socialista en manos de dirigentes que abogaban por el establecimiento de un régimen de tipo soviético y las escuadras nacionalistas y fascistas que luchaban por las calles contra los «rojos» y D'Annunzio todavía en Fiume, amenazando con marchar sobre Italia.

Se esperaba que Giolitti saliese victorioso allí donde Nitti había fracasado. Obtuvo un gran éxito al explotar el mito del espíritu revolucionario del proletariado italiano, cuando se negó a actuar contra los trabajadores que se habían apoderado por la fuerza de unas fábricas del norte del país, en septiembre de 1920, arguyendo con mucha clarividencia que cuando los obreros se dieran cuenta de que no podían manejar solos las fábricas se volverían a sus casas; de esta forma evitó la posible revolución que se habría producido con el uso de la fuerza. Arregló también la cuestión de Fiume al firmar el tratado de Rapallo con Yugoslavia, merced al cual Italia renunciaba a sus derechos sobre la Dalmacia a cambio de Fiume, que quedaba establecido como ciudad libre. Los nacionalistas se pusieron furiosos, pero Mussolini aceptó el tratado acusando a los primeros de «dejarse hipnotizar por el brillo de unas cuantas islas y playas del Adriático». El fracaso en la nacionalización de las fábricas persuadió a Mussolini de que ya había llegado el tiempo de abandonar las tácticas moderadas y emplear otras; renunció a su anterior republicanismo, rompió con D'Annunzio y tomó una posición de violencia y ataque contra los socialistas, con lo que se ganó el apoyo de los industriales del norte y de los grandes terratenientes. Giolitti había encontrado un nuevo adepto y le gratificó incluyéndole con el partido fascista en la lista gubernamental de mayo de 1921. De esta manera los fascistas, que habían fracasado en la elección de un único candidato en 1919, alcanzaron más tarde treinta y cinco escaños, distanciándose de los nacionalistas, menos flexibles que los partidarios de Mussolini.

Desde entonces se le ha imputado a Giolitti la acusación de haber sido el principal responsable de la victoria electoral del fascismo; la explicación más plausible que puede darse a esta postura del veterano político la hallamos en el creciente poderío del partido Católico Popular y del Socialista, que le estaban creando serias dificultades, y en su opinión de que, elevando a los fascistas de su irresponsable acción callejera a la participación parlamentaria, no sólo dominaría a éstos, sino que frenaría a los anteriores. Fallaron sus cálculos, pues si bien los socialistas perdieron puestos, los católicos ganaron siete y Mussolini se pasó a la oposición continuando su terrorismo por las calles.

Incapaz de obtener del Parlamento poderes extraordinarios para hacer frente a la situación, Giolitti dimitió en julio de 1921 y en los quince meses

siguientes Italia pasó por las manos de tres gobiernos, a cual menos efectivo. Los socialistas continuaron bloqueando toda acción parlamentaria con su oposición y alarmando a los grupos poderosos del país con sus huelgas y amenazas revolucionarias. El Partido Popular vacilaba en ponerse de parte de la Derecha o de la Izquierda; los moderados de la Izquierda estaban profundamente divididos entre partidarios de Nitti o Giolitti; Salandra y los nacionalistas preparaban la vuelta de las Derechas con claras tendencias fascistas. Entretanto, las violencias callejeras llegaron a tomar el aspecto de una guerra civil, por lo que las autoridades militares y políticas iniciaron contactos privados para tratar de restablecer el orden y la autoridad en provecho de la nación y en beneficio propio.

Pero los únicos que poseían una clara visión de sus objetivos y no tenían escrúpulos en la manera de conseguirlos eran los fascistas, quienes llegaron a oscurecer tanto a los nacionalistas que el rey concedió el encargo de formar nuevo gobierno en 1922 al líder de los primeros, como única solución para dominar aquellos momentos de crisis. De esta forma, un partido con sólo treinta y cinco escaños sobre un total de 535 alcanzó el poder y ya no dejaría que se le escapara durante dos décadas, apoyándose en la desunión de sus oponentes parlamentarios, el temor de la marcha sobre la capital de un ejército revolucionario, el de los terratenientes ante la socialización, y el del rey de perder su corona a causa de una guerra civil si intentaba oponer el ejército a los fascistas.

El mismo Giolitti hizo notar con amarga ironía que el Parlamento había encontrado en Mussolini el gobierno que merecía.

¿Esta clase de gobierno representaba el régimen fascista? No era enteramente de Derechas, a pesar de que Mussolini prefiriese en un principio los asientos de la extrema Derecha en la Cámara. La hostilidad hacia sus antiguos compañeros socialistas, que lo habían expulsado del partido en 1914 por su agitación intervencionista, le daba cierto parecido con los conservadores pero, como ya hemos dicho, se sentaba en la extrema Derecha. A pesar de su profunda antipatía por los socialistas, no opinaba lo mismo respecto a sus doctrinas —lo que Corradini llamaba «nuestro adversario y maestro»—, y esta misma postura fue la que arrastró a los nacionalistas hacia la extrema Derecha, pero el fascismo, al contrario de estos últimos, nunca abandonó del todo el socialismo de sus primeros años a pesar de que le ayudaron a conseguir el poder los industriales y terratenientes, apoyo por el que fueron ampliamente gratificados después de 1922. A las dos semanas de dominar el Gobierno comenzaron por abolir una de las reformas más importantes de Giolitti, la que obligaba a que los accionistas tuviesen las acciones a su nombre con el fin de evitar que escabulleran impuestos sobre renta y herencia; en agosto de 1923 terminaron con los impues-

tos que gravaban a las herencias directas, con la ley que confiscaba las lejanas, y después de 1922 apenas se oyó hablar más de la expropiación de las tierras sin cultivar ni de la participación de los trabajadores en las empresas. De hecho, en 1923, el fascismo se había transformado en una dictadura burguesa, aunque había algo de verdad en la refutación de Corradini cuando en febrero de 1923 dijo que «el fascismo no era la dictadura de un hombre, ni de unos pocos, ni de muchos, sino la dictadura de una necesidad suprema, la de la nación».

Esta defensa del fascismo por parte de Corradini tiene su explicación en el hecho de que al cabo de un mes los dos partidos, el fascista y el nacionalista, se unían mediante un pacto por el que los nacionalistas de Federzoni y de Maraviglia eran admitidos como miembros permanentes del Gran Consejo Fascista. Este pacto acabó con casi todas las rivalidades personales que habían dividido a los dos partidos, adoptando los partidarios de Corradini las doctrinas de sus nuevos compañeros como ideología oficial. Así lo confirmó oficialmente Mussolini en 1925 al elevar a Alfredo Rocco, líder del partido nacionalista, a ministro de Justicia. En «La doctrina política del fascismo», de este último, se establece el origen del fascismo en el socialismo y en el nacionalismo, haciéndose eco de la aserción de Corradini de 1923, según la cual Mussolini era «un socialista que se había convertido en creador y líder del nacionalismo fascista».

Si bien el fascismo no fue de Derechas en su ideología, su política obró como tal, principalmente entre 1922 y 1924, para asegurar al régimen el apoyo de las clases conservadoras que, por la simple aceptación, renunciaban al viejo liberalismo que siempre había caracterizado a la antigua Derecha y se veían obligadas a aprobar prácticas extremistas que poco tenían que ver con el tradicional conservadurismo. Los nacionalistas, que habían sido doctrinalmente muy explícitos en su renuncia al liberalismo, en la defensa de los derechos del individuo, de la soberanía popular en la salvaguardia de la democracia popular, vieron que el fascismo adoptaba sus teorías del modo más idóneo para sus intereses hasta llegar a establecer en 1925 una dictadura de partido único y de tipo represivo, que acabó de disociarlos de la vieja Derecha, que, aunque había defendido siempre un régimen de tipo autoritario, establecía que para la defensa de los derechos del individuo era necesaria la existencia de una Constitución y de una Asamblea representativa, sin que ello quisiera significar el establecimiento de una democracia popular. Con argumentos parecidos se expresaba la Izquierda frente a la posición de élite de los anteriores. Las doctrinas nacionalistas y fascistas, en cambio, eran esencialmente autoritarias; defendían el derecho a detentar el poder sin responder ante nadie y rechazaban de plano tanto al liberalismo como a la democracia con su idea de la soberanía popular; insistían, además, en el dominio total del Estado sobre el individuo, sin existir para él ningún límite humano o tradicional.

Este concepto de un Estado de tipo Leviatán o Moloch repugnaba por igual a liberales y conservadores.

En la práctica, sin embargo, no le fue tan fácil al fascismo llevar a cabo su idea totalitaria, a pesar de haber controlado todos los instrumentos oficiales para inculcar al país la ideología oficial a través de la información y la enseñanza. El mismo Rocco lo reconoció en 1925 al decir en un discurso que, debido al tradicional apego de las viejas generaciones al institucionalismo e ideologías del pasado, se le imponía al fascismo la obligación de hacer ciertas concesiones a los representantes de dichas ideas e instituciones. Debido a esto, con el fin de salvaguardar su dominio, el fascismo firmó con la Santa Sede el Tratado Laterano de 1929, consiguiendo lo que los hombres mayormente anticlericales de la Derecha e Izquierda moderada no habían querido o podido lograr. Aunque no eran realmente religiosos, al ganarse el apoyo de la Iglesia evitaban la profunda división que se hubiera originado en el país menoscabando, por tanto, su poder autoritario. Esta misma preocupación señala el aspecto de la política exterior fascista de aquel tiempo, en contraste con la antigua Derecha. El Estado corporativo, con su teoría de una representación política de acuerdo con las categorías económicas más que con los partidos se identificó más con el sindicalismo que con el liberalismo, aspecto que se hace más evidente en el plan económico trazado después de 1925, el cual con su reglamentación económica se asemeja al socialismo estatal.

A pesar de que los fines esenciales del Estado corporativo y del plan económico estaban más de acuerdo con los puntos de vista de la antigua generación que con los de la moderna, los fascistas eran lo bastante flexibles en sus prácticas políticas como para asegurarse la colaboración de los hombres necesarios, aunque no fuesen de ideología fascista. El imperialismo estaba justificado por el argumento nacionalista de que Italia era una nación «proletaria» y de que «la expansión es vida». Aunque los moderados de Derecha e Izquierda no veían justificado el cariz que tomaba la política exterior y hubieran preferido unos métodos más tradicionales con límites estratégicos, apoyaban a los fascistas atraídos no por sus argumentos ideológicos sino por su llamamiento al orgullo nacional y al deber patriótico. El hecho era que el Gobierno se sentía fuerte y que los hombres que lo dirigían no encontraban freno alguno a su actividad.

Se hace difícil clasificar la ideología fascista y su forma de obrar como pertenecientes a la Derecha tradicional, ya que en realidad el fascismo nunca abandonó del todo sus raíces izquierdistas, como se reveló en la crisis en que se vio envuelta Italia al comienzo de la segunda Guerra Mundial. La facción del partido más leal al pasado socialista y sindicalista vio en el nacionalsocialismo alemán su alma gemela, y los menos radicales, en los que todavía perduraban restos conservaduristas y que temían con razón los resultados de la guerra, querían apartar a Italia del Eje y establecer un ré-

gimen menos autoritario y represivo. La decisión que tomó Mussolini de entrar en la guerra, en 1940, fue un triunfo para el ala izquierda del partido, y cuando, en septiembre de 1943, la parte de Italia que seguía bajo control fascista y nazi se constituyó en República Social italiana, el triunfo del ala de la Izquierda fue completo, aunque efímero. La República de Saló, nombre tomado de la ciudad donde Mussolini estableció su cuartel general, fue republicana como contrapunto frente a la «traición» del rey al fascismo, en julio de 1943, y expresión del sentimiento antimonárquico, que nunca había desaparecido por completo del partido. Fue «social» en respuesta a las tendencias socialistas de sus líderes, que proclamaron repetidamente —aunque sin llevarlo a cabo— la nacionalización o socialización de los sectores más importantes de la economía, para castigar la «cobardía» de la burguesía y su carencia de entusiasmo bélico. El final de la guerra acabó con la República Social y el período de postguerra tampoco fue favorable al «Movimiento Social italiano», que no fue más que un nostálgico recuerdo del partido fascista.

El fenómeno del fascismo y del nacionalismo, su precursor oficial y mentor doctrinario, está demasiado cerca en el tiempo y en los sentimientos italianos para que pueda hacerse un juicio imparcial y objetivo. Pero con este breve análisis doctrinal ha sido posible poner en claro que ni el fascismo ni el nacionalismo pueden ser considerados esencialmente de Derechas o de Izquierdas. Aunque los dos movimientos atrajeron partidarios procedentes de ambos campos, es preciso establecer nuevos términos para determinar sus cualidades esenciales, los más apropiados de los cuales parecen ser los de totalitarios y autoritarios.

Esta aserción de la necesidad de una nueva terminología nace como justificación del uso de los términos «nueva» o «radical» aplicados a la Derecha y tan frecuentemente empleados en este estudio, ya que, aunque siguiendo el uso, el nacionalismo y el fascismo han sido clasificados como movimientos de Derechas, es preciso explicar cuán inadecuada llega a ser esta terminología a la luz de las nuevas y originales manifestaciones políticas.

BIBLIOGRAFÍA

ANSALDO, GIOVANNI: *Il ministro della buona vita: Giolitti e i suoi tempi.* Milán, 1950.

ARCARI, PAOLA MARIA: *Le elaborazioni della dottrina potilica nazionale fra l'unità e l'intervento.* Florencia, 1934-1939. 3 vols.

BINCHY, DANIEL A.: *Church and State in Fascist Italy.* Nueva York, 1941.

BONOMI, IVANHOE: *From Socialism to Fascism.* Londres, 1924.

— *La politica italiana da Porta Pia a Vittorio Veneto, 1870-1918.* Turín, 1946.

— *La politica italiana dopo Vittorio Veneto.* Turín, 1953.

CHABOD, FEDERICO: *A History of Italian Fascism.* Londres, 1963.
— *L'Italia contemporanea, 1918-1948.* Turín, 1961.
— *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896.* Vol. II, *Le premesse.* Bari, 1951.
CORRADINI, ENRICO: *Diario postbellico.* Roma, 1924.
— *Discorsi nazionali.* Roma, 1917.
— *Discorsi politici, 1902-1923.* Florencia, 1923.
— *Fascismo, vita d'Italia.* Florencia, 1925.
— *Il nazionalismo italiano.* Milán, 1914.
— *L'ora di Tripoli.* Milán, 1912.
— *Sopra le vie del nuovo impero.* Milán, 1912.
— *Il volere d'Italia.* Nápoles, 1911.
CROCE, BENEDETTO: *Storia d'Italia dal 1871 al 1915.* 9.ª ed. Bari, 1947.
DEAKIN, FREDERICK W.: *The Brutal Friendship: Mussolini, Hitler, and the Fall of Italian Fascism.* Nueva York, 1962.
FEDERZONI, LUIGI: *Paradossi di ieri.* Milán, 1926.
— *Presagi alla nazione.* Milán, 1924.
FINER, HERMAN: *Mussolini's Italy.* Nueva York, 1935.
GALIZZI, VINCENZO: *Giolitti e Salandra.* Bari, 1949.
GERMINO, DANTE L.: *The Italian Fascist Party in Power.* Mineápolis, 1960.
GIOLITTI, GIOVANNI: *Memorie della mia vita.* Milán, 1922. 2 vols.
GIURIATI, GIOVANNI: *Con d'Annunzio e Millo in difesa dell'Adriatico.* Florencia, 1954
HAUTECOEUR, LOUIS: *L'Italie sous le ministère Orlando, 1917-1919.* París, 1919.
HENTZE, MARGOT: *Pre-fascist Italy: The Rise and Fall of the Parliamentary Régime.* Londres, 1939.
HILTON-YOUNG, WAYLAND: *The Italian Left: A Short History of Political Socialism in Italy.* Nueva York, 1949.
LÉMONON, ERNEST: *L'Italie d'après-guerre, 1914-1921.* París, 1922.
MACARTNEY, MAXWELL H. H., y PAUL CREMONA: *Italy's Foreign and Colonial Policy, 1914-1937.* Nueva York, 1938.
MEGARO, GAUDENS: *Mussolini in the Making.* Boston, 1938.
MICHELS, ROBERTO: *L'imperialismo italiano.* Milán, 1914.
MOSCA, GAETANO: *Sulla teoria dei governi e sul governo parlamentare.* Turín, 1884.
NATALE, GAETANO: *Giolitti e gli italiani.* Milán, 1949.
OCCHINI, PIER LODOVICO: *Enrico Corradini e la nuova coscienza nazionale.* Florencia, 1924.
PAPINI, GIOVANNI, y GIUSEPPE PREZZOLINI: *Vecchio e nuovo nazionalismo.* Milán, 1914.
PERTICONE, GIACOMO: *Gruppi e partiti politici nella vita pubblica italiana.* Módena-Roma, 1946.
— *La politica italiana nell'ultimo trentennio.* Roma, 1945. 2 vols.
ROCCO, ALFREDO: *The Political Doctrine of Fascism.* International Conciliation Pamphlet No. 223. Worcester, Mass., 1926.
— *Scritti e discorsi politici.* Milán, 1938. 3 vols.
ROSSI, A.: *The Rise of Italian Fascism, 1918-1922.* Londres, 1938.
SALADINO, SALVATORE: «Italy, 1917: The Political Consequences of Military Defeat», *The Historian,* XXIV (nov., 1961), 44-67.
SALANDRA, ANTONIO: *L'intervento, 1915.* Milán, 1930.

— *La neutralità italiana, 1914*. Milán, 1928.
SALOMONE, A. WILLIAM: *Italian Democracy in the Making*. Filadelfia, 1945.
SALVATORELLI, LUIGI: *Irrealtà nazionalista*. Milán, 1925.
— *Nazionalfascismo*. Turín, 1923.
— «Tre colpi di stato», *Il Ponte*, VI (abril, 1950).
SALVATORELLI, LUIGI, y GIOVANNI MIRA: *Storia d'Italia nel periodo fascista*. Turín, 1957.
SALVEMINI, GAETANO: *The Fascist Dictatorship in Italy*. Nueva York, 1927.
— *Il ministro della mala vita*. Roma, 1919.
— *Under the Axe of Fascism*. Nueva York, 1936.
SIGHELE, SCIPIO: *Il nazionalismo e i partiti politici*. Milán, 1911.
— *Pagine nazionaliste*. Milán, 1910.
— *Ultime pagine nazionaliste*. Milán, 1912.
STURZO, LUIGI: *Italy and Fascismo*. Nueva York, 1926.
VALERI, NINO: *Da Giolitti a Mussolini*. Florencia, 1956.
— *La lotta politica in Italia dall'unità al 1925*. Florencia, 1958.
WEBSTER, RICHARD A.: *The Cross and the Fasces: Christian Democracy and Fascism in Italy*. Stanford, 1960.
WELX, WILLIAM G.: *Fascist Economic Policy*. Cambridge, Mass., 1938.

ALEMANIA

ERNST NOLTE

Una definición precisa de la Derecha presenta grandes dificultades y es el resultado de extensas investigaciones; sin embargo, poseemos algunos puntos de partida para establecer una definición preliminar. La Derecha es considerada comúnmente como la expresión del conservadurismo. Existían y existen tendencias conservadoras en teología, en ciencia y en arte, pero en general no hablamos de Derecha e Izquierda cuando tratamos estos temas. El pensamiento conservador puede ser característico de un individuo, Justus Möser, por ejemplo, pero el término de Derecha siempre ha designado a un grupo que representaba un papel político directo. En el más amplio sentido de la palabra todas las estructuras políticas son conservadoras siempre que tiendan a mantenerse fieles a sí mismas y, aunque ello no signifique una necesaria rigidez, reflejan la postura, propia de las clases gobernantes, de preservarse a sí mismas, con sus leyes, tradiciones y representantes. Pero un gobierno en plena armonía con la nación o ejerciendo un dominio estático sobre sujetos sumisos no ha de llamarse, necesariamente, de Derechas. Este concepto adquiere todo su significado solamente cuando las clases gobernantes tienen que defenderse desde el campo de lo social contra un ataque basado, al menos en un principio, en el poder o cuando lo intenta recuperar desde el trampolín de las posiciones económicas o intelectuales que posee. De ello se deduce que el origen de la Derecha reside en su antagonismo con la Izquierda y, por lo tanto, para que la existencia de ambas sea posible, hay que contar con una sociedad donde se den, al menos, los rudimentos de una libertad civil de pensamiento y de expresión. Como esta libertad no es en realidad natural, en esencia debe considerarse como de Izquierda. Por el contrario, cuando el orden existente llega a ser exteriormente una simple confrontación del presente y del pasado con las apariencias de un brillante porvenir, la recién nacida sociedad liberal tiende a pedir la libertad de pensamiento para usarla contra el viejo orden en todos sus aspectos. Este Estado feudal y preburgués ha existido en toda Europa a través de la interacción — aliada u hostil — de la nobleza militar y de la clerecía cristiana. Cuando los partidos del or-

den feudal se convirtieron en los protagonistas de la nueva sociedad y descubrieron la necesidad de defenderse de otros ataques, es cuando fue posible hablar de las Derechas.

Limitar la definición del término al momento en que existe un grupo parlamentario de esta tendencia resultaría inadecuado. Antes de 1848, e incluso en 1867, no existía ningún Parlamento propiamente dicho —principio fundamental— en Alemania, sino que las manifestaciones políticas no surgieron hasta encontrar su adecuada expresión parlamentaria, a principios del siglo XVIII. En aquel tiempo se hablaba de la lucha entre el partido del movimiento y el de la estabilidad, o acerca del conflicto entre los principios monárquicos y los de la soberanía popular. Para mayor claridad omitiremos esta vieja base de las luchas parlamentarias, con las que se pierde perspectiva.

Sería igualmente erróneo intentar llevar a cabo la difícil tarea de una definición por el uso indiscriminado de categorías sociológicas fijas. Es cierto, desde luego, que a lo largo de los últimos siglos la clase media se ha ido elevando sobre la anterior estructura feudal-clerical, como lo es que en general ello apenas si ha contribuido a la comprensión del auténtico proceso histórico, ya que la característica más sorprendente de la Historia es su síntesis continuamente renovada y los constantes cambios de frente. Así nos encontramos con aristócratas abogados de la sociedad burguesa y burgueses que defendieron con pasión y tenacidad la causa de la Iglesia y la nobleza. Hay pocas razones que apoyen la exclusiva posesión de la verdad por parte de una determinada tendencia. Esto es lo que da a la Derecha su elasticidad y vitalidad y concede sentido a la expresión de «Derecha potencial». A mediados del siglo pasado, en Prusia, todos los liberales, de cualquier tendencia, eran considerados como rojos, y veinte años más tarde, con pocas excepciones, casi todos formaban parte del gobierno de Bismarck; por otro lado, pasados los primeros ataques a su Iglesia, en la década de 1830, los católicos en Prusia no eran más que aliados potenciales del Gobierno; en la práctica, a causa de su demanda de libertad de prensa y asociación, estaban al lado de los liberales.

Más difícil resulta aislar propiamente a la Derecha como tal. Debe aludirse al «empuje» de la revolución, que fue en cada instante un motor más importante en el desarrollo de la Derecha. Sin embargo, es preciso trazar una delimitación. La historia de la Derecha alemana se identifica durante los últimos cien años con la del país, y los objetivos de la Izquierda llegaron a cumplirse sólo cuando las Derechas los hicieron suyos. Prestemos atención a tres puntos esenciales:

1. El fenómeno de la extrema Derecha, especialmente en sus formas antigubernamentales y antiestatales. Esto es aparentemente paradójico debido a que precisamente la posición gubernamental es la de la Derecha, hecho real hasta 1918, en que el partido conservador (Deutsch-Konservative

Partei), al menos en Prusia, era poco menos que el brazo del Gobierno y el lugar del que surgían sus figuras. Por otro lado, el concepto de Derecha también implica un cierto alejamiento del gobierno, como sucedió con el primer grupo derechista prusiano, el Christlichdeutsche Tischgesellschaft (Tabla Redonda Germano-Cristiana), fundado en 1810 por Achim von Arnim y Adam Müller, que era antigubernamental. Precisamente en aquel tiempo el término Ultras se convirtió en definición de la tendencia extrema de la Derecha.

2. La elaboración y examen de la tesis de que, en general, la Derecha se desarrolló adoptando elementos y tácticas de la Izquierda, de modo que la extrema Derecha adquirió una marcada fisonomía izquierdista que la separaba a su vez de la verdadera Derecha.

3. La cuestión de la continuidad de la Derecha, identificada con la de su unidad o diversidad, que da como resultado personalidades tan distintas como Ludwig von Gerlach y Adolfo Hitler dentro del «mismo» fenómeno político.

Fue la Revolución Francesa la que trazó una clara línea de demarcación entre la vieja cultura feudal y la sociedad burguesa, que dio origen a la política moderna y definió las tendencias sociales durante siglo y medio. Pero al mismo tiempo que la Revolución llevaba a cabo cambios fundamentales —desde la proclamación de los Derechos del Hombre y del ciudadano, hasta el terror jacobino y el imperialismo napoleónico—, sus partidarios se dividían en grupos antagónicos, lo que indujo a los defensores de la libertad a pensar que si las tendencias radicales intrínsecas no eran vencidas, podía pasarse de la revolución burguesa a la destrucción de la misma sociedad. Es evidente, pues, lo que significa en la evolución de la Derecha la aparición del jacobinismo extremo. Pero la Revolución no hubiera podido ocasionar tal división de opiniones si no hubiera producido conflictos económicos y sociales. Su importancia reside principalmente en el hecho de que sus excesos causaron la división entre los partidarios de la Ilustración, brindando a sus enemigos la oportunidad de poner en tela de juicio incluso sus logros.

Kant califica a la Ilustración como liberación del hombre de su propia tutela; Hegel, mirando al pasado, dice que nunca en la historia del hombre tuvo éste la oportunidad de dejarse guiar como entonces por la razón pura para crear una realidad forjada por su mente. Para ambos pensadores, el Siglo de las Luces fue un hecho universal y sin precedentes en el que la razón se convirtió en medida de todas las cosas, destruyéndose un pasado caracterizado por el confusionismo y lo irracional. En tales circunstancias surgen determinadas preguntas a las que la evolución filosófica de Kant busca una respuesta. ¿Puede el «hombre» —ese ser abstracto de la

Ilustración —, liberándose a sí mismo de su tutela, seguir siendo hombre como individuo? ¿Significa la madurez la aceptación creadora de una razón preestablecida o una negativa incondicional del pasado? ¿Existe algo más para el hombre que su razón? ¿En qué verdadero sentido de la palabra puede ser llamado el hombre su propia creación? La búsqueda de la respuesta a estas cuestiones fue lo que desarrolló la filosofía del idealismo germánico, filosofía que en ciertos aspectos no es más que la continuación y transformación de la Ilustración, basada en la experiencia de la Revolución Francesa. Sería extraño que tales cuestiones no hubiesen influido en la esfera política alemana aun antes de la sombría experiencia del Terror.

En efecto, bastante antes de 1789 existían en Alemania periodistas de visión política que en sus diarios y panfletos atacaban la vida social, el servilismo de los alemanes y la miseria de los campesinos y maestros. En un plano más intelectual, gente como August Ludwig von Schlözer y Friedrich Karl von Moser secundaron a los periodistas y surgieron sociedades secretas de cariz más o menos político, como los «Illuminati» de Baviera, que ya fueron perseguidos en 1784. Las causas de debate eran, primordialmente, teológicas, pero hay que tener en cuenta la estrecha relación existente entre teología y política en el Estado feudal y el hecho de que el racionalismo teológico no fuera más que el principio de la Ilustración. De este modo resulta comprensible que la mayoría de los contraataques proviniesen del campo clerical y a ello se debe que las controversias políticas europeas hayan tenido durante mucho tiempo un carácter religioso e ideológico.

Entre las grandes instituciones feudales, la Iglesia Católica fue atacada en primer lugar y de forma directa por sociedades secretas, entre las que destacó como más importante la fracmasonería. Una de las más graves catástrofes para la Iglesia en Alemania, la disolución de los jesuitas, dio origen a grupos de contraataque formados precisamente por grupos de ex jesuitas que, al convertirse en miembros seglares, trabajaron con gran energía para movilizar a los creyentes y defender la teoría de la unidad entre política y religión; su centro más activo lo constituyó la ciudad de Augsburgo a principios de 1780. La idea de una conspiración universal contra la Iglesia encontró muchos adeptos; en un panfleto de 1785, se describe con todo detalle cómo la tolerancia llevaría irremisiblemente, por el camino de la subversión, a la «espantosa hoguera de la guerra».

Por el lado protestante la lucha entre la ortodoxia y los racionalistas estaba vigente desde hacía tiempo; sin embargo, aunque existían algunas implicaciones políticas en el racionalismo filosófico, el campo principal de debate permaneció por bastante tiempo circunscrito al teológico. Una situación completamente distinta era la creada en 1790 por el conde Friedrich Reventlow, que perseguía con su pietista «Emkendorf Circle» un fin netamente político, al intentar atraer a la población rural de su Estado de Holstein a la causa conservadurista.

Una especie de fuerza enteramente antirracionalista fueron los «Rosacrucianos». Eran un producto de la Ilustración, pero, como Rousseau, estaban convencidos de la inutilidad del sentido común. Rosacruciano fue el primer ministro J. C. Wöllner, cuyo edicto sobre religión, promulgado en pleno absolutismo ilustrado, anticipó la alianza del trono y el altar de la Restauración.

Los gobernantes de los Estados alemanes no eran los únicos que rechazaban la Revolución Francesa, sino que muchos grupos de intelectuales abandonaron las ideas revolucionarias después de incesantes búsquedas místicas; pero un grupo de Derechas adoptó los métodos del enemigo y fundó, en 1794, una sociedad secreta llamada «Eudaemonia», cuyo periódico del mismo nombre permaneció hasta 1798 como órgano principal de los antirrevolucionarios germanos. Sin embargo, como sus acciones se llevaban a cabo de forma no oficial, el Gobierno lo persiguió, prohibiendo finalmente sus actividades.

Los gobiernos alemanes no vieron la necesidad de aliarse con ningún movimiento contrarrevolucionario independiente, ya que los revolucionarios eran escasos en número y débiles. Ni siquiera los miembros del «Rhenish Club» y los jacobinos, entre los que destacaba Joseph Görres, futuro defensor de la jerarquía y de la tradición, llegaron a tener importancia exceptuando la época del protectorado francés; desde luego, nunca fueron populares. La guerra de los Estados germanos contra Francia fue solamente una contienda de principios y con la retirada de Prusia de la coalicción antifrancesa después de la paz separada de Basilea, la derrota del dividido Reich no fue más que cuestión de tiempo. Pero afectó tan poco a la estabilidad social que los gobernantes, llevados por su codicia, introdujeron varios de los principios de la Revolución y así los Estados más grandes devoraron a los pequeños y los seculares a los eclesiásticos, asestando el golpe de gracia a los derechos de legitimidad de los diversos príncipes que habían gobernado los Estados en que estaba dividida Alemania. A diferencia de Francia, las ideas revolucionarias no afectaron a las clases gobernantes sino en sus partes más débiles. En los Estados de la Confederación del Rin, por ejemplo, se llevó a cabo la revolución desde arriba, de manera consistente y lógica; entre otros se implantaron, bajo el protectorado de Napoleón, unos gobiernos soberanos por encima de la diversidad feudal y en medio de una sorda resistencia, pero fue en Prusia donde la revolución desde arriba tuvo su forma más efectiva.

Las reformas de Stein-Hardenberg (1807-1808) pusieron fin a los privilegios que disfrutaba la nobleza terrateniente: se abolió la servidumbre, la tierra se pudo comprar y vender libremente, no hubo más prestaciones obligatorias al señor ni éste pudo interferirse en materias tales como la emi-

gración, matrimonio o herencias de sus campesinos, que comenzaron a disfrutar de los derechos de la recién creada ciudadanía general; se introdujeron las bases de un sistema más racional de impuestos y se emancipó a los judíos. Estas medidas afectaban profundamente a la nobleza feudal, pero Stein quiso ir más allá e intentó la abolición de la inmunidad fiscal y de la jurisdicción patrimonial de los Estados señoriales. Incluso esbozó un cuerpo nacional representativo, aunque seguía basándose en el antiguo sistema de posesiones (Stände), viéndose sus reformas apoyadas plenamente por el ejército recién reorganizado. El general Von Gneisenau, por ejemplo, deseaba que Prusia se convirtiera en un Estado completamente diferente de lo que había sido hasta entonces, adquiriendo su grandeza mediante tres condiciones esenciales: ejército, constitución y enseñanza.

Evidentemente, el trabajo de los reformadores halló una dura oposición por parte de la vieja nobleza. Uno de sus portavoces, Ludwig von der Marwitz, se lamentaba de que los extranjeros querían transformar a Prusia «en un Estado judío desdentado» y que, siguiendo este proceso, las tierras prusianas se verían reducidas a una desvaída uniformidad, cuya diversidad e individualismo casi no se habían tenido en cuenta cuando, en 1794, el «Código Prusiano» (*Allgemeine Landrecht*) trató en vano de crear un Estado unitario; Marwitz llamaba a Stein agitador con demasiado cerebro y ambición, mientras que Yorck von Wartenburg consideraba a su compañero de armas, Gneisenau, tan jacobino como Hardenberg. Esta resistencia nobiliaria a la revolución desde arriba era puesta en práctica por los medios usuales: peticiones, obstruccionismo y presiones sobre los gobernantes.

Pero no fue sólo la nobleza quien empleó estos medios para defender sus intereses. Existió, además, el Christlichdeutsche Tischgesellschaft, que en dicho objetivo fue más allá de los límites normales, y «La Defensa de la Nobleza», de Adam Müller y su amigo Friedrich Gentz, organización que llevaba a cabo algo más que una diestra apología. Lo que durante siglos habían sido verdades evidentes e inamovibles y que generaciones de intelectuales de la clase media consideraron como «un confuso amasijo de privilegios contrarios a todo razonamiento», en frase de Hegel, llegó a ser para cada hijo de vecino una hermosa estructura de las eternas verdades de las relaciones humanas, expresadas en el romántico lenguaje de la filosofía trascendental. En Müller encontramos alusiones al mundo «muerto» de la propiedad burguesa que recuerdan a Marx, elogios de la guerra, reminiscencias del poder de la naturaleza y orgullosas visiones de la nobleza germana destinada a gobernar el mundo, opiniones todas ellas que parecen anunciar la venida de Hitler. Sin embargo, el Tischgesellschaft no fue un partido político, sino un grupo de hombres preeminentes (Brentano, Savigny, Voss, Clausewitz, Pfuel) que le dieron su aspecto característico y sus estatutos, en los que rechazaban a «judíos, filisteos y franceses». Su portavoz más destacado fue el *Berliner Abendblätter*, de Heinrich von Kleist, publi-

cación de alta calidad que pronto halló dificultades ante el Gobierno. En este grupo podemos ver una forma prematura de la Derecha alemana, especialmente desde que los círculos ilustrados de la capital de Prusia se enzarzaron en ásperas disputas con él.

El odio a Napoleón, que personificaba el poeta Kleist de forma mucho más violenta y nacionalista que el barón Von Stein, era utilizado para dirigir la campaña contra el partido de la reforma. Esta aversión al emperador como tirano extranjero aportó unas bases precarias en las que se apoyó un grupo que trabajaba para la unidad política y social de la nación y que recibió el nombre de Partido Nacional Democrático. El teutonismo enfático de Friedrich Ludwig Jahn, maestro de gimnasia y patriotismo; los discursos de Görres en pro del germanismo, y las invectivas de Ernst Moritz Arndt contra el «cosmopolitismo judaico» no permiten olvidar que la palabra nación significó algo más que Adam Müller y Clemens von Brentano. Al menos, en su tendencia general, los hombres como Görres estaban al lado de la soberanía popular, mientras que para Adam Müller la soberanía de la monarquía cristiano-germana era inamovible. La distancia que separa la demanda radical-liberal de la «Restauración de la libertad del pensamiento», de Johann Gottlieb Fichte, de su más tardía «Llamada a la Nación Germana», de tendencia claramente nacionalista, no es tan aguda como algunos han intentado presentar; y no sin razón, el príncipe Wrede, en carta fechada en 1814, dirigida al príncipe de Metternich, llama a Görres, editor del *Rheinischer Merkur,* «moderno Aristarco» lleno de ideas subversivas. De manera que, a pesar de la victoria sobre Napoleón, las tendencias representadas por Müller, Stein y Jahn no dieron lugar a la reconciliación.

El aspecto dominante del período postnapoleónico no pertenece a ningún partido. Metternich no sólo persiguió a los románticos prusianos del *Ständestaat,* sino también a Fichte, Jahn y Görres como «demagogos», sospechando incluso de Stein como «guía espiritual» de la demagogia. Kleist, al igual que Görres y Stein, aun siendo enemigo de Napoleón, había adoptado algunos principios revolucionarios; Metternich, sin embargo, era totalmente contrario a la Revolución en sí. Había visto a su tutor, un joven ilustrado entusiasta de la libertad, caer bajo la sangrienta revolución, los ejércitos de ésta le habían hecho huir de Estrasburgo, Maguncia y Bruselas, su familia perdió todas sus posesiones a la orilla izquierda del Rin y, reducido casi a un mendigo, se vio obligado a buscar el favor del emperador. Quince años más tarde, jefe ya de la política austríaca, el hombre que más había contribuido, gracias a su diplomacia, a la derrota de Napoleón, se convirtió en el creador de la Europa postrevolucionaria que, con la ayuda de un «sistema», pronto se vería libre del virus de la Revolución. Si la idea de la «legitimidad» se toma en el sentido puramente jurídico de invio-

labilidad del orden existente, Metternich no hubiera podido conceder tal título a ninguno de los Estados europeos, ya que los actos cometidos por éstos estaban en abierta oposición con este principio. Pero la revolución contra la que él luchaba en nombre de la legitimidad no era más que la suma de numerosas fechorías, era la esencia de todo lo que llevaba a la destrucción de su mundo, de la vieja Europa nobiliaria, un mundo creado por largas tradiciones y favorecido por la Iglesia, y que nunca ponía en duda su derecho a gobernar. Todo lo que tuviera aspecto de autodeterminación nacional, libertades civiles o igualdad social lo identificaba con la revolución, y opinaba que una sola concesión traería automáticamente todas las demás y ocasionaría la capitulación. De este modo, sólo una táctica de defensa tenía cabida: la inquebrantable solidaridad de todos los intereses conservadores.

Firmemente convencido de sus principios, Metternich llevó su influencia hasta el más recóndito rincón de los Estados germanos para reponer la monarquía y eliminar todo rastro de subversión. No se le puede considerar como mero defensor de los intereses de un mundo y de una ética, sino como un personaje obstinado, dominado por una idea fija. Cuando en marzo de 1848, poco antes de su caída, las muchedumbres furiosas se desbordaban por las calles de Viena, le dijo a Anton von Scherming, que llamaba su atención sobre el hecho de que las clases altas apoyaban al movimiento: «Amigo mío, aunque usted o mi hijo estuviesen entre los que opinan de esta forma, para mí seguirían siendo populacho». Su intransigencia le hacía denunciar cualquier cambio social o de estructura básica como «envenenado» y «fatal», creyendo al mismo tiempo que no eran más que manejos de unos cuantos demagogos. Cuando el sentimiento nacional germano fue sacudido por la cuestión de Schleswig-Holstein en 1840, Metternich dijo con una petulancia que reflejaba su carácter antediluviano: «¿Acaso es asunto de la Universidad de Heidelberg, de los magistrados de las ciudades alemanas..., de los clubs, de los maestros u otras sociedades por el estilo, el ocuparse de este problema?»

Había que preguntarse qué papel jugaba este hombre en el desarrollo de la Derecha alemana al usar su alta posición para obstaculizar el nacimiento de la moderna sociedad, cuando es en ésta el único lugar donde puede subsistir. Pero en su lucha no se contentó con las medidas represivas como los Decretos de Karlsbad (1819) y los aún más severos Seis Artículos, de 1832. En Friedrich Gentz encontró no sólo a un periodista de reputación internacional sino a un hombre que conocía la forma de suprimir un periódico o de dirigirlo con la proyección deseada. Así, Metternich y sus partidarios eran diferentes de los gobiernos alemanes de la época napoleónica, que reconocían que la lucha era uno de los principales conflictos sociales; o de Bismarck, que reconocía la existencia del Parlamento; era el primer ejemplo en Alemania de la Derecha autoritaria en el poder, el segundo se-

ría el nacionalsocialismo. Las vastas diferencias entre los métodos de Metternich y los de Hitler no excluyen el que sus sistemas tengan el mismo contenido estructural.

En Prusia también se desarrolló un movimiento partidario de Metternich y la Santa Alianza, pero, a pesar de poseer cierta influencia, no gobernó hasta después de 1840. Proporcionó una serie de hombres e ideas desde los orígenes del Christlichdeutsche Tischgesellschaft hasta los comienzos de Bismarck. Se llamó «Círculo de la Corona del Príncipe» y sus miembros más destacados fueron Joseph Maria von Radowitz y los hermanos Leopold y Ernst Ludwig von Gerlach; el primero fue en su juventud miembro del Tischgesellschaft, y después de las Guerras de la Liberación, él y Clemens von Brentano participaron en una «poesía patriótico-romántica inspirada en el cristianismo», pero pronto ambos hermanos regresaron a su anterior protestantismo para acabar absorbiendo las enseñanzas contrarevolucionarias de Carl Ludwig von Haller. De ahí extrajeron su convencimiento de la legitimidad de los derechos del soberano y la inviolabilidad de los del hombre, teorías ambas que servían lo mismo contra la soberanía absoluta del pueblo que contra las inclinaciones absolutistas de la burocracia. «La Corona del Príncipe» englobó desde un principio a la juventud mejor dotada de entreguerras. Era partidaria de las instituciones «medievales» de los Estados que habían subsistido al paso del tiempo. Como consecuencia de la Revolución Francesa de julio, se fundó, en 1831, el *Berliner Politisches Wochenblatt* (Semananario Político de Berlín), con el fin de dar expresión a sus ideas; su objetivo primordial consistía en coordinar las actividades antirrevolucionarias de católicos y protestantes, posición clásica del país germano que, con excepción de Austria, estuvo siempre dividido en dos líneas confesionales; aspecto sumamente importante y que no se ha valorado lo suficiente, por lo cual le dedicaremos un poco de atención.

La divisa del periódico consistía en la famosa frase de Maistre: «*Nous ne voulons pas la contre-révolution, mais le contraire de la révolution*». La soberanía popular era considerada esencia de la revolución, pero esta soberanía no podía ser alcanzada, según Gentz, más que por la introducción de instituciones representativas. Sólo los «Estados orgánicos de la monarquía cristianogermana» podían garantizar la libertad del individuo contra el terror revolucionario ejercido en nombre del bienestar público y contra un despotismo igualmente revolucionario. Este argumento revela la lucha de la nobleza por conservar sus privilegios de clase y, al mismo tiempo, el origen de la oposición conservadora a cualquier clase de totalitarismo. Las polémicas periodísticas contra la *Gazette de France* y la peligrosa tendencia de extraer de la revolución la noción de lo nacional caracterizan el *Vormärz* alemán (período anterior a las revoluciones de marzo de 1848), y las diferentes posiciones de las Derechas alemana y francesa.

La extrema atención con la que Wochenblatt siguió el movimiento socia-

lista desde sus primeros pasos, exagerando bastante su importancia, fue más bien un intento de dejar a la clase media desprovista de la confianza en sí misma presentando un porvenir pavoroso, que la reacción ante una verdadera amenaza del socialismo. Pero fue precisamente esta posición la que indujo a la decidida aristocracia a considerar la idea de aliarse con la clase media ilustrada, alianza que no estaría basada en el principio de la soberanía popular sino en el temor común al populacho que amenazaría al poder si la revolución tenía éxito. Los periódicos mostraban una postura intelectual unida al convencimiento de que la aristocracia mantendría en esta alianza su papel dominante. A pesar de su monotonía antirrevolucionaria y de su sofisticación intelectual, había en su posición un análisis concreto de los datos sociológicos que, paradójicamente, parecía una anticipación del materialismo histórico. El que primero intentó la alianza fue uno de los fundadores de Wochenblatt, Joseph Maria von Radowitz; el que finalmente consiguió realizarla, Bismarck, estuvo cierto tiempo ligado al resto de los fundadores. El periódico fracasó antes de que Bismarck se enfrentase con Gerlachs y de que Radowitz se convirtiera en primer consejero del rey. Fracasó debido a la imposibilidad de reconciliación entre católicos y protestantes; la conciencia nacional no pudo salvar las diferencias religiosas.

Al mismo tiempo se dio un fenómeno típicamente germano, el de una Derecha particularista. Bajo Luis I, Baviera había pasado de la Ilustración al catolicismo sin que por ello hubiera logrado suprimir la oposición liberal, y, desde Munich, un profesor de Historia, Joseph Görres, lanzó contra el gobierno prusiano, en 1837, uno de los más duros y apasionados panfletos que jamás se hayan escrito, el *Athanasius*. De esta manera, un partido que en un Estado alemán era de Derecha se convirtió en otro de Izquierda. El *Historisch-politische Blätter,* fundado en 1836 por Jarcke y el hijo de Görres, Guido, como órgano político del catolicismo germano, sucumbió al poco tiempo de aparecer en Prusia. Estos periódicos fueron causa y al mismo tiempo consecuencia del hecho básico de que en una Alemania cristiana era imposible una Derecha cristiana unificada. El *Historisch-politische Blätter* pedía como condición esencial la libertad de prensa, sin olvidar presentar al catolicismo como el bastión más sólido contra la revolución subversiva y mostrándose orgulloso de que las peregrinaciones al «Santo Manto», de Tréveris, hubieran movilizado una masa más ingente de fieles de lo que nunca habían logrado los demócratas, con excepción de los socialistas, lo que demostraba, según ellos, la debilidad de los revolucionarios.

Ya tenemos establecidas las primeras manifestaciones de la Derecha alemana, con posibilidad de discernir las líneas generales de la futura política en los años de la *Vormärz* —llamados por Ranke los años tranquilos y por Marx los años de miseria— que abocaron a Europa a la revolución.

Cuando Federico Guillermo IV convocó la Dieta Unida Prusiana en 1847, Metternich vio en ello un anticipo de la revolución y, lleno de ansiedad, preguntó a su enviado en Berlín: «¿Las corporaciones de los Estados se sentarán juntas o separadas? En tal caso las afinidades electivas dividirán a la asamblea en Derecha, Izquierda y Centro». Ésta era la cuestión decisiva y la que estableció las diferencias fundamentales entre la representación por Estados o por partidos. En la Dieta prusiana la cuestión se decidió contra los deseos de Metternich, creándose la Derecha, que se enfrentaría con la Izquierda dentro y fuera del Parlamento y sería capaz en un momento dado de ponerse de acuerdo con el Centro. Esto no indica más que la tendencia «ultraconservadora» de la Dieta, a la que tuvo que adaptarse la Derecha; sin embargo, la extrema Derecha pronto se hizo notar gracias a sus demostraciones ruidosas, expresadas mediante gritos y pataleos. Uno de sus miembros, el joven diputado Otto von Bismarck-Schönhausen, defendió los anacrónicos privilegios feudales de forma tan provocativa que hasta los liberales moderados se indignaron y dijeron que «el espíritu mezquino de la Edad Media» se había instalado en las tribunas de la Cámara.

No hubo un solo prusiano ultraconservador que resultara elegido para la Asamblea Nacional de Frankfurt, creada después de la revolución de marzo sobre la base de libertades más modernas, pero ostentadas por un pueblo aún dividido y gobernado hasta hacía muy poco por un régimen autoritario. La Derecha de Frankfurt estaba dominada por hombres como Radowitz, que estaban completamente convencidos de que los conservadores tenían que cesar en su oposición y unirse a ellos para alcanzar la unidad nacional aunque, contra lo que pueda parecer, no se trataba de un partido plenamente unido y con una sólida organización. Al igual que las otras facciones de la asamblea se le daba el nombre del lugar donde se reunían — el café Milani —, e incluía a católicos, protestantes, partidarios de la Gran Alemania que englobaría a Austria y a todos los «kleindeutsch», a nobles y a burgueses. Ésta es la razón por la que nos referíamos a la falta de unidad del partido, que si bien se hizo notar en las luchas que siguieron en los años venideros, no sucedió así en la defensa de los derechos de los Estados y de sus príncipes contra el centralismo de la Izquierda. De este modo la Derecha llegó a ser valedora del compromiso constitucional frente a la opinión de que la Asamblea era la única fuente de ley constitucional. Probablemente, incluso sin las numerosas revueltas de los radicales demócratas, se hubieran unido los liberales a la Derecha. Inmediatamente después de los primeros éxitos de la Revolución de marzo, un líder liberal escribió: «Ahora todos nos hemos convertido en partidarios del Gobierno». Así se esbozó la creación de la nueva Derecha fuera de la Constitución del Reich, base sobre la que se alcanzaría un compromiso entre la realidad de los Estados particulares y el ideal de unidad nacional, entre el pasado aristócrata y el futuro burgués, entre la naturaleza defensiva de la Confederación alemana y el po-

der postulado por el Reich y defendido por la Izquierda. Pero al rehusar Federico Guillermo IV el Imperio, por no querer aceptar una corona «democrática» ofrecida por una asamblea elegida popularmente ni presidir una Alemania mutilada, al faltarle Austria, frustró la obra de la asamblea y casi se vio obligado a dimitir. El peso de los acontecimientos llevó de nuevo a los moderados hacia la extrema Derecha, de Frankfurt a Berlín y de Radowitz a Bismarck.

Ninguno de los gobernantes alemanes ha sido tan hondamente humillado y situado en una doble circunstancia como el rey de Prusia, que, incluso el 10 de marzo de 1848, quería una tropa de masas para «hablar a la revolución alemana con la voz adecuada». El 18 los rebeldes berlineses conseguían una resonante victoria sobre el hasta entonces más orgulloso e imbatido ejército del mundo; al día siguiente el rey en persona bajaba la cabeza en señal de duelo por las doscientas víctimas que había costado la lucha; sin embargo, él mismo apoyaba la revolución y sus propias palabras expresaron la promesa de que «desde ahora Prusia será incluida en Alemania». Federico Guillermo fue más alemán que prusiano, más pensador que soldado y más soñador que «Realpolitiker»; esto otorgaba a los ultraconservadores razones para no fiarse del rey. Bismarck intentó acaudillar una marcha de campesinos sobre Berlín y quiso inducir a la princesa Augusta a llevar a cabo un golpe de Estado y a los militares de Potsdam a liberar al rey, «prisionero» en Berlín; pero como el rey no se sentía prisionero, la extrema Derecha prusiana emprendió la tarea de salvar al reino de Prusia del rey de Prusia.

A finales de marzo los hermanos Gerlach intentaron formar en la sombra un gabinete para influir al Gobierno y al rey contra la concesión de ulteriores reformas. En abril Bismarck y Von Thadden-Trieglaff eran los únicos diputados de la segunda Dieta Unida que rechazaban la proclama en favor de la Constitución. En julio Ludwig von Gerlach creó con éxito un órgano de prensa al servicio del creciente partido conservador, el *Neue Preussische Zeitung,* también llamado *Kreuzzeitung,* a causa de la cruz de hierro que lo encabezaba. En agosto la recién fundada «Liga para la Protección de los Intereses del país y promoción del bienestar de todas las clases» se estableció en Berlín. La gente lo llamaba irónicamente el «Parlamento de los trastos viejos». Después de la disolución de la Asamblea Nacional en diciembre de 1848, el *Kreuzzeitungspartei* formó un comité especial (al que perteneció Bismarck) dentro del mismo comité central, con el fin de expulsar a los elementos de la «Derecha sin principios» que se habían hecho sospechosos por sus contactos con la Revolución. Dio comienzo un proceso de extraordinaria importancia: la creación deliberada de una extrema Derecha extragubernamental, que operaría a plena luz y en la clandestinidad si era necesario. De hecho, al participar en la vida pública la extrema Derecha pareció alinearse en la Izquierda, aunque solamente en el sentido formal

de la palabra; a pesar de que cuando el *Kreuzzeitung*, bajo su editor Hermann Wagener, empezó a usar un lenguaje rudo y vulgar, pareció más evidente su asociación con las publicaciones radicales. Sin embargo, vemos que desde sus orígenes la Derecha radical adoptó los métodos de la Izquierda.

A finales de 1848 la balanza política se inclinó por la extrema Derecha, pero cuando el rey rehusó la corona imperial después de una dura batalla, tuvo que inclinarse por la Asamblea de Frankfurt. Esto permitió a Radowitz encabezar una confederación con Prusia, incluyendo a los demás Estados alemanes y, a ser posible, con la inclusión de Austria. En el Parlamento de Erfurt, creado con el propósito de discutir estas propuestas, destacó claramente la posición de los ultras respecto a la Derecha moderada, combatiendo a Radowitz e, indirectamente, al rey en público, mientras la camarilla de reaccionarios y oficiales lo hacían en secreto. Temían un debilitamiento de Prusia y del poder real dentro de la confederación, rechazaban las proposiciones liberales de la propuesta Constitución, deseaban la asociación con la conservadora Austria y estaban ansiosos de obtener el favor del zar, campeón de su causa. El mismo Bismarck no se escondía al decir que «la unidad de Alemania es algo que todo el mundo de habla germana desea... pero yo no la encuentro adecuada si es a través de esta Constitución», opinión compartida por Austria. La amenaza a la unidad alemana se hizo desaparecer. Radowitz fue retirado y Federico Guillermo abandonó sus planes, concluyendo el acuerdo de Olmütz. Movido por la actitud de Bismarck el diputado liberal Bassermann emitió una opinión que cuadraba perfectamente con el carácter de la extrema Derecha, la incompatibilidad entre la monarquía y la nación, convirtiéndose de esta forma en imagen reflejada de la Izquierda radical.

Nunca un partido logró una victoria de forma más inesperada y sorprendente ya que todas las condiciones hacían dudar de ello. La influencia de la camarilla sobre el rey y sobre el gobierno no era completa y las facciones de la Cámara Prusiana de Representantes estaban desunidas, aunque era donde aparentemente estaban más asentadas: las condiciones previas para su existencia política no constituían una realidad, en Austria la *Realpolitik* de Schwarzenberg había sustituido a la *Prinzipienpolitik* de Metternich, y la Santa Alianza era sólo una sombra de lo que había sido, hasta su total desaparición después de la guerra de Crimea. Más tarde hizo su aparición en Prusia una tendencia liberalizante, representada por el «Wochenblattpartei», de gran influencia, que pedía una Prusia poderosa y de prestigio y rechazaba la alianza con Austria y Rusia, pero, a pesar de sus éxitos, pesaba una nota sombría en sus escritos. Ludwig von Gerlach profetizaba a finales de 1851:

Habiendo realizado su trabajo de corrosión..., sólo el dinero sobrevivirá en el polvo de nuestras tierras sobre el orden social y la vida de nuestras ciudades. Por medio de leyes que desintegrarán todo lo que es firme y sustancial, el dinero trastornará el matrimonio y la escuela, la familia y el «Sabbath», el Estado y la Iglesia..., los pilares fundamentales de la tierra de nuestros antepasados y, finalmente, al ejército y al trono... Sólo las formas mecánicas de gobierno y justicia continuarán siendo posibles... hasta que los pueblos civilizados autoconsumidos den paso de nuevo a los bárbaros, como hace mil cuatrocientos años.

Friedrich Julius Stahl, el político filósofo a quien Federico Guillermo IV concedió un puesto en la Universidad de Berlín, intentó unir en vano todos los intereses conservadores, denunciando como falsa la especie de conservadurismo que intentaba salvar la autoridad y la propiedad del caos de la revolución, sacrificando, no obstante, a la Iglesia y a la santidad del matrimonio. Creó una teoría conservadora que, preservando el principio monárquico, tenía unas ideas constitucionalistas y nacionales que el propio Metternich hubiera aplaudido. Esto, en realidad, sólo fue una maniobra para abandonar la oposición abierta a la revolución y a sus ideas con el fin de obtener una oposición más práctica y más efectiva.

Esta tendencia se hace evidente, en especial, después de 1850, al inclinarse el partido conservador hacia el catolicismo, atrayendo, incluso, al historiador de Halle, Heinrich Leo. Las circunstancias políticas habían hecho dudar a estos hombres de su tradición protestante y las enseñanzas de Calvino sobre el gobierno democrático de la Iglesia aparecía como «la fuente y origen de todos los elementos revolucionarios... que destruían Europa». Es fácil observar que con la situación política de entonces lo que les atraía del catolicismo era su fuerte autoritarismo y su jerarquía independiente de la congregación, esperando poder trasladarlos a la esfera seglar. Esta tendencia alcanzó éxito cuando, bajo la iniciativa de Leo, se reunieron protestantes y católicos con el fin de someter a discusión la posibilidad de un acercamiento para presentar un frente común a la revolución; la conferencia fracasó pero se demostraron las posibles implicaciones anticristianas de un conservadurismo cuya veneración por la autoridad se vería, más tarde, extendida por Alemania, Francia e Italia.

Entretanto, con el transcurso del tiempo se habían producido importantes cambios dentro del partido, en el que jóvenes miembros activistas levantaban sus críticas contra la «inflexibilidad» de la posición gubernamental representada por hombres como Gerlach, Stahl y Leo. Su figura central fue Hermann Wagener, hijo de un clérigo, que encontró su hogar en el partido de la nobleza y convirtió al *Kreuzzeitung* en el agresivo órgano que fue después de 1848. Abandonó el periódico debido a la continua fricción con el Gobierno y encontró de nuevo campo para sus ideas en el *Berliner Revue,* semanario fundado en 1855 con el propósito exclusivo de sojuzgar el carácter «negativo» del conservadurismo. Wagener y sus amigos

pensaron que el proletariado podría ayudarles en sus propósitos, entrando de este modo una tendencia de Izquierda de largo alcance en la Derecha.

Esto no quiere decir que los conservadores no hayan prestado interés al nuevo mundo industrial. Ya una década antes de Marx, Franz von Baader había dirigido su atención hacia los *prolétaires* y Joseph von Radowitz había expresado su deseo de convertir «las ciénagas del proletariado» en un principio dirigente de la política cristiana. Wagener no fue el primero en querer proveer al conservadurismo de un elemento social importante, pero ninguno pensó en la colaboración práctica de dicho elemento frente al socialismo, enemigo común. La nota básica demagógica era evidente cuando Wagener se dirigía a los progresistas como «la marcha masiva de los batallones de trabajadores». Evidentemente, el proletariado, último producto de la sociedad burguesa, se encontraba oprimido y al servicio de las clases gobernantes pro-burguesas, sobre la base de una comunidad de intereses claramente negativa. La *Berliner Revue* aceptó prácticamente la férrea ley salarial y la teoría de la depauperación, declarando que las reclamaciones de los trabajadores estaban moralmente justificadas. La «monarquía social» para la que trabajaba no había llegado a crearse, pero la mera existencia de «los socialistas prusianos y feudales a lo Wagener» —nombre que les daban sus adversarios— transformó la idea de «extrema Derecha». El ala de los conservadores más alejados de la Izquierda constituía el más declarado enemigo, en estos momentos, de sus compañeros izquierdistas, el partido liberal. Eran más antigubernamentales que la «antigua» extrema Derecha cuyos representantes, conocidos como viejos o antiguos conservadores, se oponían apasionadamente a los elementos más jóvenes del partido.

Los futuros acontecimientos de mayor relieve se vieron anticipados por el «ensanchamiento de la base social» por la que Wagener luchaba y que hizo posible mediante una alianza con los enemigos del orden capitalista que no constituían el proletariado, los artesanos y la pequeña burguesía. Existió incluso un maestro artesano en la presidencia del «Preussischer Volksverein» del 20 de septiembre de 1861. Las organizaciones artesanas estaban hasta tal punto dominadas por los conservadores que incluso la esperanza de recuperar la capital rebelde de los liberales parecía justificada.

Puede tenerse en cuenta un tercer proceso, aunque menos evidente. Wagener, editor del *Staats-und Gesellschafts-lexicon* como oponente conservador del *Welcker-Rotteck Staats-lexicon,* atrajo como principal colaborador a Bruno Bauer, antiguo líder de los hegelianos izquierdistas e íntimo amigo de Marx. El sentimiento de fracaso ante el resultado de la revolución le infundió un tremendo odio hacia la burguesía y lo convirtió en partidario de los conservadores. En 1843 publicó un ensayo sobre la cuestión judía, arguyendo que el judaísmo ortodoxo era un anacronismo rígidamente opuesto al «verdadero humanismo». Marx no lo contradijo, pero amplió la tesis exponiendo que la emancipación de los judíos sería la de la sociedad fun-

dada por ellos y que el fin de la usura y el dinero traería la emancipación de nuestra era. Como conservador, Bauer era antisemita, pero teniendo en cuenta otro factor: el carácter subversivo de los judíos. Transmitió estas opiniones al conservadurismo y las ulteriores publicaciones antisemitas lo contaron como una de sus grandes autoridades.

Este antisemitismo es factor diferencial entre la Izquierda y el conservadurismo. La «Christlichdeutsche Tischgesellschaft» ya excluía a los judíos, y Metternich, al igual que Marwitz, había denotado su antisemitismo. Pero, a pesar de que este último hablaba del «nuevo Estado judío desdentado», no creía que en realidad fuesen responsables de los cambios, como tampoco Metternich concedía importancia alguna a los setenta periódicos que editaban los «chicos judíos», ni les hacía responsables de la demagogia que tanto aborrecía. Los conservadores de la primera mitad de siglo estaban firmemente convencidos de las hondas raíces revolucionarias que poseían los cambios sociales y sentían su propia importancia social tan mínimamente afectada por el elemento judaico que solamente eran antisemitas algunos liberales enérgicos y amargados. La agudización de este sentimiento fue la aportación de Bruno Bauer al nuevo campo político, regla que nunca fue general entre las clases gobernantes hasta después de la primera Guerra Mundial.

Así, en el período de aparente calma que transcurrió desde Olmütz (1850), hasta la crisis de 1859, un sector de la Derecha prusiana se inclinó hacia la Izquierda al adoptar ciertas teorías socialistas y al colaborar con los artesanos, recrudeciendo su sentimiento antisemita y convirtiéndose durante este proceso en la parte más extrema de la Derecha.

Pero, en la práctica, las diferencias entre los jóvenes conservadores de Wagener y los antiguos no eran todavía del todo precisas. El programa del *Preusischer Volksverein* atacaba la unificación italiana desde un anacrónico punto de vista de tipo legitimista que rechazaba la «podredumbre» republicana, el «robo de la corona» y la «estafa nacionalista».

Ésta es una de las más notables paradojas de la historia germana, que inducía a que los viejos conservadores tratasen de convencer a los jóvenes para que éstos abandonasen sus posiciones legitimistas y adoptasen un elemento izquierdista que los hiciera menos radicales haciéndolos adquirir una mayor significación política. Muchos de los estadistas de Bismarck fueron más reaccionarios que los antiguos conservadores. En 1852, por ejemplo, los encontramos prediciendo la destrucción de las ciudades rebeldes a manos de la población rural. En 1878 llaman a la «facilidad de comunicaciones» un «instrumento para desarrollar los más peligrosos instintos del hombre común». Bismarck fue enviado a la Dieta Federal de Frankfurt con la confianza total de la camarilla, y este reaccionario fundó lo que en muchos aspectos

era el Estado más moderno de Europa utilizando medios que resultaban molestos para sus viejos amigos a causa, precisamente, de su modernismo. Bismarck pudo hacer esto por pertenecer a una generación más reciente que Metternich y Gerlach y no había pasado por la experiencia de la Revolución francesa ni había experimentado el consiguiente choque emocional, y a diferencia de sus compañeros, no había visto el naufragio de Prusia ni su resurgir gracias a los esfuerzos combinados de la totalidad de Estados antirrevolucionarios, por lo que no consideró los sucesos de 1848 como la erupción de un volcán sino que, con la energía típica de aquel que no se halla dominado por antiguos temores, detectó en ellos la flaqueza de un levantamiento mal planeado. También se dio cuenta de los factores que lo favorecían, tales como la debilidad del monarca y el hecho de haberse ofrecido Alemania a sí misma, como dote de unión, la monarquía prusiana. Para él, Prusia no significaba el objeto pasivo de la revolución, capaz de resistir sólo mediante la unión con otras potencias de ideas similares, sino el agente más idóneo para hacer uso de la crisis revolucionaria teniendo como fin el mismo «crecimiento de Prusia» si se llevaba a cabo «sin temor y, quizá, sin escrúpulos».

Solamente en tales condiciones podía desplegarse plenamente la naturaleza de Bismarck y la historia de esta evolución no es más que la completa transformación de la Derecha alemana.

Sin embargo, Bismarck no logró convencer a Leopoldo von Gerlach cuando le escribió con el fin de que apoyase la legitimidad de su patriotismo prusiano y para que aceptase la tesis de que, prácticamente, ningún fenómeno social del presente podía escapar a sus raíces revolucionarias. La base de su amplia reputación —en su época de Primer Ministro durante el conflicto constitucional— reside en haber cumplido de lleno con los dogmas del conservadurismo prusiano y europeo. Los medios que empleó para ganar la lucha contra los liberales fueron el completo control del ejército por la corona y, en especial, las guerras con Dinamarca y Austria, que llevaron la discordia a las filas conservadoras. La vuelta al poder de la política de Federico el Grande fue acogida con más entusiasmo de lo que se esperaba entre el pueblo, con lo que Ludwig von Gerlach estaba prácticamente solo en medio de su campaña condenatoria de las «hazañas impías» de Bismarck. En su disputa con Austria poco antes de la guerra, al no retroceder adoptando las demandas de la «Deutscher Nationalverein» y establecer un Parlamento elegido popularmente, los conservadores se sintieron más directamente atacados, ya que no era un secreto para nadie la antipatía del canciller por «el maldito fraude de la soberanía de los príncipes germanos», en cuyos parlamentos se hallaba el origen del liberalismo. Apoyaba, asimismo, el sufragio universal, convencido de la «lealtad» del pueblo al rey y de que la clase media era la única revolucionaria. Sin embargo, es dudoso que los conservadores hubieran apoyado a Bismarck en tiempos de paz de no haber mediado la brillante victoria de Königgrätz, que disipó sus dudas tranqui-

lizando sus temores. Heinrich Leo fue el primero en apoyar el «místico poder de la personalidad» del canciller y el primero también en glorificar la guerra como resultado de las enseñanzas de Haller. Bismarck dominaba de tal modo la situación que los conservadores no pusieron objeciones a la anexión de Hannover y el electorado de Hesse, lo que constituía el más flagrante ataque contra los principios legitimistas; aceptaron también el sufragio universal, ya que, al menos en las provincias del Este, dejaba incólume su prominente posición. La única voz que se alzó en tono de protesta fue la de Von Gerlach que llamó a Bismarck «liberal revolucionario», pero éste, con sus triunfos militares, estableció con firmeza el poder de la corona, el prestigio del ejército y de la nobleza y, a cambio, el partido conservador se sometió pasando a ser uno de tantos, dependiente de la influencia de los votos, perdiendo su posición privilegiada. De hecho el gobierno prusiano fue conservador y único en su género, gracias a la división del sufragio en tres clases y al poder limitado del Parlamento.

Sin embargo, las relaciones entre Bismarck y el partido conservador, aún después de la década de 1866, fueron bastante tensas, con excepción del «Freikonservative Partei» (1867), que siguió la tradición del «Wochenblattpartei» y que, en esencia, fue más alemán del Oeste y silesiano que prusiano, y más industrial que agrario. El particularismo prusiano continuaba doliéndose de las tendencias centralizadoras del nuevo Estado y Heinrich Leo expresaba el temor de que «el prusianismo se viera gradualmente sumergido en el germanismo». También los protestantes ortodoxos objetaban que el *Kulturkampf* y la gran influencia de Bismarck habían facilitado el giro a la Derecha de los liberales. (El Partido Nacional Liberal había sido fundado en 1867). No obstante, antes que los conflictos entre estos grupos y la política del canciller llegasen a alcanzar un punto crítico, se resolvió la situación con la fundación en 1876 del «Deutschkonservative Partei».

Se trataba de una nueva dimensión del conservadurismo con el fin de colaborar con Bismarck, máxime cuando, al poco tiempo, les fueron concedidas las tarifas agrícolas que deseaban. A consecuencia de esta reconciliación sobrevino la división del Partido Liberal, cuya sección derechista, acaudillada por Heinrich von Treitscheke, se separó del partido.

El canciller había usado las dos primeras guerras, las de Dinamarca y Austria, para dotar de nueva forma a la Derecha «gubernamental» del país y para prevenir una posible oposición de la Derecha tradicional; y la tercera para acabar con la Derecha particularista que cerraba el camino al Estado nacional alemán. Éste, y no otro, fue el objetivo de la guerra francoprusiana. Una vez que se hubo asegurado la alianza italiano-austríaca en 1866, los sentimientos antiprusianos de los alemanes del sur eran el único obstáculo que quedaba para la unificación de las dos Alemanias, la del norte y la del sur. En Baviera, particularmente, el recientemente fundado «Patriotenpar-

tei» (cuyo personaje más importante fue el editor del *Historisch-politische Blätter,* Joseph Edmund Jörg), se alineó en la oposición y en poco tiempo se atrajo el apoyo de casi todo el reino. Sin embargo, el entusiasmo nacional por la guerra francoprusiana unió a todos en torno a Bismarck, que pudo fundar su imperio alemán sin necesidad del apoyo de las Derechas, sin faltar a muchos principios y sin la vuelta a la Derecha de los liberales, representados por el Partido Liberal, que, en contradicción abierta con su nombre, había personificado hasta entonces todo lo antiguo y retrógrado. Ahora bien, ¿existió alguna vez algo más revolucionario que el Reich creado por Bismarck? ¿Tenía razón el barón Von Hodenberg, legitimista bávaro, al calificarle en el Reichstag como «el revolucionario más grande de nuestros tiempos»? Hay un punto, al menos, en el que concuerdan amigos y enemigos: Bismarck acabó con la era de la política basada en axiomas, dando nacimiento a una nueva forma política para Europa, caracterizada por la lucha en pos del poder entre Estados nacionales soberanos.

Falta algo para aclarar las relaciones del canciller con el conservadurismo y la revolución: no hay razón alguna que haga suponer que Bismarck no haya estado guiado más que por intereses conservadores y que siempre se sintiera a sí mismo como un «Junker» prusiano. En realidad, no fue menos conservador que Ludwig von Gerlach, pero lo fue de forma más limitada. Confió en poder salvar una Prusia conservadora pero no al «mundo» conservador que Metternich defendía. El valor de Prusia radicaba, a sus ojos, en saber defender la unidad de su fe, ética y tradición bajo la batuta segura del rey, la nobleza y el ejército. Nunca expresó los principios conservadores que habían regido su vida de una forma tan convincente como en una carta fechada en 1869, en la que llega a afirmar: «La forma en que dirige el rey la nación no tiene importancia para mí. Yo he dedicado toda la energía que Dios me dio para lograr la sustancia de su mando».

En el seno estructural de la política alemana y europea de entonces, la política de la conservadora Prusia podía ser particularista pero muy poco conservadora. Fue de importancia para el futuro de la política germana el hecho de que esta transformación revolucionaria fuese aclamada por los conservadores de todas las tendencias: el emperador Francisco José, el publicista Jög, el zar de Rusia o las pequeñas cortes germanas, vieron en Bismarck al dominador del liberalismo y de sus reclamaciones parlamentarias.

Pero, una vez que el canciller hubo terminado su obra, también experimentó el choque de la revolución y tuvo que persuadir al Reichstag para que aprobara la ley antisocialista de octubre de 1878. Declaró que su anterior simpatía hacia los movimientos de los trabajadores había cambiado cuando los socialistas establecieron en el Reichstag un modelo de la Comuna de París y profesaron abiertamente las «creencias de esos asesinos e incendiarios». Esto le ayudó a formularse la convicción del «peligro latente» y la influencia de la comuna inspiró el reconocimiento de que la Social Demo-

cracia «procedente de aquel movimiento» constituía un enemigo para el Estado y para la sociedad del que era necesario librarse cuanto antes. Ludwig von Gerlach había muerto el año anterior; de no ser así, le habría contestado diciendo que el carácter internacional de la revolución había estado siempre muy claro y que el mismo Bismarck era el causante de la Social Democracia al haber introducido en el país el sufragio universal, al haber rechazado a sus más valiosos aliados y que la ley antisocialista que promulgó fue una ayuda demasiado débil para la Alianza de los Tres Emperadores. Es cierto que la idea de la defensa de la sociedad contra el socialismo ya preocupó a Bismarck en 1870 y, presumiblemente, fue este pensamiento el que le hizo ver el futuro de la política alemana con matices sombríos, pero la única solución que se le vino a la mente fue una moderna versión del lema de 1848: *Gegen Demokraten helfen nur Soldaten* (Contra la democracia sólo sirven los soldados), creyendo que frente a la Social Democracia lo único posible era un *coup d'état.* Pero el joven emperador Guillermo II no quiso secundar sus planes: no estaba dispuesto a que la monarquía, piedra angular de la labor de Bismarck, sucumbiese en medio de una guerra exterminadora contra el partido de los trabajadores. Habiendo perdido su poder en 1890, el creador y a la vez figura más importante de la Derecha alemana, se convirtió, paradójicamente, en «antigubernamental». Por primera vez en su vida, el hombre que siempre había desdeñado el sentimentalismo de la política germana se puso en contacto con el sentimiento de masas, lo que posiblemente le hizo caer en la cuenta de que podía haber hallado aliados más valiosos que el ejército o el rey, aceptando que se había portado injustamente con el capellán de la Corte, Stoecker.

Stoecker, al igual que Bismarck, deseaba la aniquilación de la socialdemocracia. Su punto de partida no era el antisemitismo, sino la pregunta: «¿Cómo se puede salvar la clase trabajadora para la Iglesia Protestante y la monarquía prusiana?» Pero a diferencia del canciller, Stoecker no opinaba que la salvación estuviese en el ejército, sino en convencer a dichas clases trabajadoras. Por lo tanto, los medios a emplear eran distintos a los de Bismarck, tales como un progresivo establecimiento de los impuestos de utilidades, que ya Ludwig von Gerlach había tildado de comunista treinta años antes y que no se introdujo en Prusia hasta la caída del canciller.

En su estructura social, el movimiento de Stoecker no era más que una réplica exacta del «Wagener Preussischer Volksverein» tan diferente al socialismo que su primer y más esencial enemigo era el «progreso». Después de la caída de Stoecker subió al poder Wagener en función de ministro de Estado y a quien Bismarck había eliminado de la esfera política en 1866. Aunque el capellán de la corte carecía de originalidad teórica se distinguía de sus predecesores por su energía personal y su efectividad.

La fundación del «Partido Cristiano-Social de los Trabajadores» el 3 de junio de 1878 constituyó un hito en la historia de los partidos germanos. La Derecha se encontró de pronto con la obligación de contender —en un terreno que no le era familiar y se hallaba por completo fuera de su control— con los descendientes del campesinado y de los trabajadores que, a consecuencia de las reformas de Stein-Hardenberg, no sólo habían quedado libres sino también indefensos. La Derecha descubrió en Stoecker a un líder popular poseedor de gran talento, pero la Socialdemocracia no podía ser vencida mediante un ataque frontal, siendo el diputado socialdemócrata Johann Most el que unió a su haber todos los aplausos en un mitin celebrado en la Audiencia. Al cabo de un año el partido sufría una aplastante derrota electoral. Solamente entonces comenzó Stoecker su agitación antisemita, logrando en esta época grandes éxitos entre las masas, compuestas, principalmente, por artesanos y pequeños comerciantes. Al igual que Wagener, aprendió que la base ideal de las Derechas la constituía la pequeña burguesía y que el antisemitismo era el más efectivo catalizador. Esta clase de antisemitismo era una síntesis de Derecha e Izquierda: se presentaba con matiz de protesta social por parte de aquellos que todavía tenían algo que perder pero no se atrevían ni deseaban un conflicto con el Estado. El antisemitismo disimularía las fisuras históricas de la sociedad y reemplazaría la lucha de clases por diferencias «naturales». Apelaba a las clases gobernantes solicitando que se desembarazasen de los judíos y ofrecían a la masa el señuelo de una revolución carente de perjuicios; prometía, en compensación de la pérdida de las auténticas relaciones humanas en el anonimato de la moderna sociedad, el odio colectivo. Stoecker sabía muy bien lo que se traía entre manos; profesaba un cristianismo convencido y podía alardear de que le gustaban los judíos ortodoxos. Pero, ¿opinaba como él el populacho que se manifestaba en el Berlín-Friedrischstadt en la Noche Vieja de 1881, gritando: *Juden raus!?* (1). ¿Estaba en lo cierto el profesor Virchow cuando afirmaba, refiriéndose a Stoecker, que otros serían peores que él en sus conclusiones?

Los extremistas a los que se refería Virchow hicieron su aparición cuando todavía el Partido Social-Cristiano, de cuyo vocabulario había desaparecido la palabra trabajadores, gozaba de un gran ascendiente y Stoecker era llamado el rey sin corona de Berlín. En abril de 1881 fue sometida a Bismarck la llamada «petición antisemita», iniciativa de Marx Liebermann von Sonnenberg, antiguo oficial, y el profesor del *gimnasium* Bernhard Föster, cuñado de Nietzsche, con más de 250.000 firmas. La petición no sólo solicitaba la abolición de la emancipación judía sino que insistía, con el apoyo de Stoecker, en hacer más severas las responsabilidades que todavía pesaban sobre ellos, haciendo inequívocas referencias a los judíos como «raza». Con

(1) «¡Fuera los judíos!» (*N. del T.*)

esta petición el antisemitismo racial y populista entró en la vida pública alemana. A pesar de ser casi en su totalidad obra de Stoecker, existían otros precedentes: ya en 1873, el periodista Wilhelm Marr había publicado un panfleto *(La victoria del judaísmo sobre el germanismo)*, en el que afirmaba tratar de la cuestión desde un punto de vista no religioso. Las conexiones con los conservadores estaban claras y las quejas contra la preeminencia judaica en la «Nueva Palestina» de Bismarck sin duda no eran más que versiones especialmente duras de antipatía conservadora hacia la «Laskerización» de la legislación federal de los nacional-liberales. (Eduardo Lasker, distinguido hombre de leyes judío y diputado del Partido Liberal, había anunciado la intervención de cierto número de bien conocidos aristócratas y altos funcionarios inmiscuidos en dudosos negocios de especulación.)

Pronto se hizo evidente que los nuevos partidos antisemitas eran unos excelentes aliados de los conservadores. Hermann Ahlwardt, antiguo maestro expulsado de la escuela de Berlín, atacaba en una hoja volante a la alta denunciado la intervención de cierto número de bien conocidos aristócratas métodos sin precedentes por su demagogia y crudeza. Una vez elegido, en plena Asamblea, les llamó «bacilos del cólera». En el distrito de Hesse, donde la población rural hacía negocios con prestamistas y tratantes de ganado judíos, un librero de Marburg, el doctor Otto Boeckel, con el fin de crear mercados «libres» de judíos, fundó un movimiento de campesinos antisemitas, recibiendo el título de «Rey de los Campesinos de Hesse». Pero atacó también violentamente al partido conservador, pidiendo un sufragio igual en Prusia, demanda que los conservadores aborrecían. Estas diversas facciones alcanzaron su mayor éxito en las elecciones del Reichstag de 1893, consiguiendo 250.000 votos y sesenta escaños, más de lo que Stoecker hubiese imaginado. A pesar de las inmediatas disensiones internas que se vieron obligados a sufrir y a pesar del clima político adverso, puede verse la continuidad de este sentimiento, que va desde Ahlwardt hasta Hitler, en la figura de Theodor Fritsch, propietario del *Hammer,* centro de publicaciones de Leipzig.

La cuestión radica no obstante en si el partido social-cristiano de Stoecker y los antisemitas pueden considerarse pertenecientes a la Derecha e incluso a la extrema Derecha. El caso de Stoecker tiene fácil explicación: él fue siempre un fiel protestante ortodoxo que se equiparaba a la nobleza prusiana, por la que profesaba una admiración de burgués y, al tener que elegir entre la agitación política y su cargo de capellán en la corte, optó por este último. Pero en 1896, cuando Drietrich von Oertzen, su futuro biógrafo, tomó la dirección de su periódico *Das Volk,* la máxima que dio a su sucesor fue la de *rechtsehr als rechts,* más derechista que la Derecha. La evolución hacia las masas que había logrado en nombre de la Derecha no era más que la realización práctica del elemento izquierdista previsto por Wagener.

El problema se presenta bastante más difícil cuando se trata del antisemitismo racista. En la Alemania de Bismarck el grito de batalla de «¡Contra los junkers y los judíos!», era tomado muy en serio pero sin afectar a la Derecha existente, ya que el racismo antisemita, con su provocación revolucionaria contra las clases altas, más bien pertenecía a la Izquierda. Lo mismo puede decirse de la divisa del periódico de Boeckel, *Reichsherold*, «todo por y para el pueblo». En una sociedad que todavía guardaba fuertes reminiscencias feudales cualquier movimiento *völkisch* tenía inevitablemente implicaciones antiaristócratas, tendencia a la que pertenecieron todos los movimientos nacionaldemócratas hasta 1848. Pero el modo en que los antisemitas interpretaban la palabra «raza» significaba puramente odio a los judíos, pudiéndose encontrar sus orígenes en una desviada forma del conservadurismo.

Un programa de 1889 describe a los judíos como espina clavada en el flanco de la nación, a la que devorará y acabará por corromper, argumento que en manos de un aristócrata y terrateniente como Gerlach se convirtió en un ataque abstracto contra el dinero y en una pieza de mitología social en manos de los maestros y subalternos semieducados.

En el catecismo antisemita de Theodor Fritsch, *Handbuch der Judenfrage*, la demanda más imperativa se refiere a la pureza de sangre, postulado esencial adoptado por la aristocracia europea y después por el pueblo. Un programa de 1889 dice:

> El desarrollo de los modernos medios de comunicación hará, sin lugar a dudas, en el siglo XX, de la cuestión judía un problema mundial que será resuelto por las demás naciones a través de una completa segregación que, requerida por las necesidades de la propia defensa, llevará a la virtual aniquilación del pueblo judío. El verdadero congreso de la paz tendrá lugar cuando se establezca la posición de los judíos *(sic) vis-à-vis* al resto de la Humanidad.

Esto es nada menos que el resumen de la internacional *Prinzipienpolitk* de Metternich, pero con la diferencia de que no se habían encontrado hasta entonces una rigidez y fanatismo semejantes en la literatura política. Como expresión de un plebeyo bienestar de «élite» y un internacionalismo antirrevolucionario, el antisemitismo está muy lejos de la Derecha. Pero su enfermizo resentimiento contra la nobleza de nacimiento y su implícita hostilidad contra las iglesias cristianas dan un aspecto tan izquierdista a las luchas entre la Derecha y sus extremismos, que no tienen punto de comparación con las controversias que enfrentaron a Bismarck y Radowitz, Wagener y Gerlach, Stoecker y las autoridades eclesiásticas.

Durante el reinado de Guillermo II, los socialcristianos y los antisemitas fueron partidos independientes con pocos miembros e influencia; la única tendencia de la Derecha en este periodo fue la constitución de dos alas diferentes dentro del partido conservador. Con la caída de Bismarck se

separaron los católicos conservadores y el partido del Centro, pasando este último a la oposición como perteneciente a la Derecha. Una vez que Bismarck hubo abandonado el poder, la abolición de las leyes antisocialistas y el gradual abandono por parte de Caprivi de la rígida política de tarifas, parecieron convertir a un país hasta entonces gobernado por una monarquía semifeudal en un Estado no confesional dirigido por los poderes parlamentarios, que pronto se apoderarían de la nación. Para oponerse a esta tendencia, los partidarios del partido Agrario y del «Pangermanismo» procuraron llevar más lejos la nueva síntesis alemana de la alta burguesía y los sectores de la aristocracia rural que habían imbuido en la nobleza el industrialismo burgués y en la clase media valores aristocráticos.

Hasta 1893 el partido conservador alemán sólo había dado unos vacilantes pasos para tomar parte en la escena política, pero contaba con apoyo firme en el oeste del país donde era considerado como el escudo de los granjeros contra la «agitación subversiva» y el dominio despótico de los grandes terratenientes. No existiendo una verdadera organización, se elegían los diputados entre los hombres de confianza de los dignatarios locales, nobles en su mayor parte. Únicamente en Berlín el partido llegó a tener una especie de aparato político.

Pero los tratados comerciales y las tarifas bajas de Caprivi no dañaron solamente los intereses de los señores terratenientes, sino también a la gente modesta. Así es como se fundó en 1893 el «Bunder Landwirte» o Liga Agraria, que desde el comienzo lanzó su llamada a toda la población rural, estableciéndose rápidamente como una extensa organización y enfrentándose con el Gobierno. El partido conservador, que se había visto empujado hacia el radicalismo al adoptar el programa antisemita de Tivoli en 1892, se convirtió en el portavoz parlamentario de un grupo cuya posición antigubernamental se vio determinada por el desarrollo industrial y social del país. Los conservadores que todavía agitaban la bandera de las tradicionales quejas idealistas sobre los peligros del creciente materialismo se vieron reducidos al silencio al ser acusados por sus contrarios de prestarse a los cabildeos de los intereses agrarios.

Esta especie de realismo político fue un producto de la época y lo mismo puede decirse de las demandas de la Liga Pangermana, cuyo motivo se halla en el acuerdo de Helgoland entre Alemania e Inglaterra, por el que la primera cedía a la segunda algunas colonias por conquistar en África a cambio de esta isla cercana a sus costas. Cuatro ciudadanos alemanes residentes en Zürich protestaron diciendo que esto era «robar a las generaciones futuras su participación mundial», y publicaron un manifiesto en el *Frankfurter Zeitung* que concluía con el grito de «¡Alemania, despierta!» El eco entusiasta que esto levantó hizo posible la creación, a partir de julio de 1894, de lo que se llamaría la Liga Pangermana (*Alldeutscher Verband*). Poco antes de la primera Guerra Mundial contaba aproximadamente

con veinte mil miembros, procedentes, en su mayor parte, de las filas intelectuales de los partidos Nacional, Liberal y Conservador.

Este grito en pos del establecimiento de un lugar preeminente para la nación alemana coincidía con el del viejo partido liberal, reforzado ahora por la convicción de que la cultura germana era «la esencia ideal del pensamiento humano», que rendiría los máximos servicios al mundo civilizado. El hecho de que también solicitaran un gran imperio colonial y protección especial a la flota no fue sino reflejo del poderío británico y de su literatura. En una época en la que el imperialismo estaba a la orden del día no puede resultar extraño que hayan surgido en Alemania seres con esta tendencia.

Pero la Liga Pangermana no era una expresión más del imperialismo de la época. Atacaba principalmente a los «internacionales negros y rojos» (católicos y socialistas), y pedía *Lebensraum* en la Europa continental. La hostilidad entre católicos y socialistas se acrecentaba gradualmente y no podía negarse el hecho de que el partido del Centro Católico y los revisionistas del Socialdemócrata se acercaban paulatinamente a la Derecha. Sus demandas de poderío territorial se fundaban en la creencia de que, dentro de sus límites, Alemania era incapaz de mantener su soberanía absoluta y de convertirse en el poder militar mayor del mundo. La carencia de materias primas provocaba complicaciones internacionales y lo limitado de su territorio la convertían en presa fácil de otros poderes más fuertes. De ahí que el panfleto de Heinrich Class, publicado bajo seudónimo en 1912, llegase más allá del programa imperialista; rechazaba el sufragio universal, solicitaba leyes más severas contra los socialistas, soñaba con desposeer a los judíos de su ciudadanía dándoles el grado de extranjeros residentes en el país, y proponía solventar la situación social mediante la conquista de un nuevo *Lebensraum*. Este programa expresó la hostilidad y agresividad de las clases gobernantes del imperio con inclusión de la clase media liberal y, si ello no se remediaba, tendía a establecer en Europa la misma opresión prusiana que Bismarck impuso en Alemania.

No obstante, el mismo Bismarck había tenido que hacer concesiones a la revolución y le costó bastante obtener el aplauso de todos los conservadores. Si la clase neofeudal de Class quería convertirse en dueña absoluta de Alemania frente a los socialdemócratas, católicos, liberales y judíos, los alemanes tenían que convertirse en la raza predominante de Europa, luchando contra franceses, rusos, ingleses e italianos, para llegar a alcanzar de ese modo un completo «cambio mundial». Sin embargo, un cambio equivale a una revolución, hecho que tanto Metternich como Marx consideraban no como mero aspecto de la Izquierda sino como algo esencial; hasta el paso de la Izquierda a la Derecha en su forma extrema es una paradoja histórica. En el plano intelectual el cambio también se hizo notar y fue desde Nietzsche, como uno de los puntos máximos, hasta los darvinistas

que, para combatir el antiseleccionismo de la época moderna, hicieron retroceder su teoría de la selección natural hasta el origen de las especies. A partir de 1848, se hizo evidente el hecho de que la Derecha se había fortalecido mediante la adopción de elementos izquierdistas bajo el impacto de la revolución, pero fue necesaria una crisis más aguda para que Class gozase de la posibilidad de elaborar un programa aceptable; ni las tácticas pacificadoras de los socialdemócratas que se contentaban con rendir tributo verbal a la revolución proletaria, ni los políticos moderados de las clases medias podían aportar dicha crisis. Una guerra mundial y las revoluciones rusa y alemana tendrían que proporcionar los ingredientes para una conflagración primero y seguidamente un hombre capaz de prender la llama.

La primera Guerra Mundial dio pruebas de que Alemania era la mayor potencia militar del mundo, pero los enemigos que la táctica de Bismarck le había proporcionado eran demasiados; por otra parte, se encontraron con un fallo esencial en su estructura: todos los alemanes tendrían que morir por la patria llegado el caso, pero muchos alemanes de Prusia, el Estado más grande del Reich, no poseían igualdad de derechos políticos respecto a los demás. No sólo no se había educado a las masas en el seno de una obediencia ciega sino que, a través de sus costumbres y opiniones expresadas libremente, constituían una pesada carga para la tarea de los gobernantes. La única solución, por tanto, era una guerra para ofrecer al pueblo la lección de que si no obtenían la primacía internacional serían presa de las potencias extranjeras. Para evitarlo, manteniendo la estructura política tradicional y su posición internacional, se requerían los más extraordinarios esfuerzos a fin de llevar a cabo la concentración de toda la autoridad en manos de una dictadura integrista políticomilitar y la eliminación de cualquier clase de oposición; la culminación de la victoria sería la anexión de media Europa. Pero llevar esto a cabo significaba arriesgar la existencia misma de Alemania, ya que un país cuya victoria representaba la ruina de sus vecinos perecería, lógicamente, si era derrotada. Ésta fue, sin embargo, la postura del «Vaterlandpartei» y de toda la Derecha que, según ellos, trabajaban «para la paz con la victoria».

Por otro lado, tratar de conseguir «la paz por la conciliación» y una mayor influencia parlamentaria representaría muchos esfuerzos y la imposibilidad de explotar las pasiones nacionales que se habían apoderado de gran parte de la población, incluidos los estratos más altos de las clases trabajadoras. No fue, pues, accidental la victoria del Gobierno en las elecciones, ya que usó divisas nacionalistas o militaristas como propaganda; es significativo que el «Comité de Trabajadores Libres para una Paz Favorable», de cuyo seno surgió el «Partido Nacionalsocialista de Trabajadores Alemanes» (NSDAP), fuese fundado por los trabajadores de una empresa de reparaciones ferroviarias de Munich, en 1918.

De todos modos, el triunfo de las Izquierdas, como consecuencia del

colapso sufrido por el antiguo orden en 1918, tuvo una buena oportunidad de cara a la permanencia ya que su influencia había aumentado gradualmente desde 1848, llegando a veces a un punto en el que tenía que ser dominada mediante la opresión militar. Lo que en realidad sucedió fue que el partido del Centro se unió a la Derecha y el Social Democrático a la Izquierda moderada, Derecha potencial, por consiguiente. Pero como la vieja Derecha estaba muy desacreditada, esta reconstitución fue puesta en práctica en medio de un gran confusionismo; con el fin de salvar lo que se pudiera, los conservadores germanos, los «deutsch-voelkisches», los pangermanistas, los nacional-liberales y los grupos dispersos de antisemitas se unieron conjuntamente en el «Partido Alemán Nacional del Pueblo» (Deutsch-nationale Volkspartei). Su primer manifiesto aceptó la República de Weimar, solicitó libertad individual y de conciencia, prometió la promoción de empresas públicas y la concesión de la igualdad de derechos a las mujeres. Este lenguaje era muy izquierdista, pero se trataba, desde luego, de una cortina de humo que se desvaneció rápidamente, aunque siempre quedó el hecho de su colaboración con la República. Cuando en 1922 el ala *deutschvölkische* se separó del partido, le quedó el camino libre para convertirse en el tercer miembro gubernamental de la Derecha como campeón de la campaña contra el tratado de Versalles y de la restauración nacional... El objetivo de esta política fue devolver a Alemania el poder y el prestigio perdidos por dicho tratado y por la guerra. En principio nadie rechazaba esta política, ni siquiera los socialdemócratas, pero pocos miembros del Partido del Pueblo la creían realizable. Existía, no obstante, cierta ventaja, ya que la Derecha se encontraba en una posición mucho más favorable que sus antecesores, pues gozaba del favor de las masas por sus pinitos revolucionarios y contaba, además, con el apoyo de los poderosos, especialmente de los círculos pangermanos. A pesar de que comenzaba de nuevo a escindirse internamente —desunión y carencia de realismo son características de los escritores de la llamada revolución nacional—, y de que se formó una Derecha antigubernamental que atacó frecuentemente a Hitler, al que acusó de católico y poco radical, la solidez de sus tendencias antidemocráticas, dominantes en los círculos intelectuales, era un signo inequívoco de que Alemania no iba camino de convertirse en democracia parlamentaria y liberal. Lo máximo que podía ocurrir era que se estableciese un gobierno presidencial de Derecha moderada, apoyado por la Izquierda moderada y bajo la presión de los extremos. Esto habría hecho posible la restauración nacional del moderado Stressemann y una nueva política de acuerdos internacionales.

Si la historia tomó un curso muy diferente fue debido, en gran parte, a la crisis económica mundial del siglo XX. Sin embargo, en algunas zonas de Alemania una población conservadora y más preparada se había sentido, con bastante anterioridad, muy afectada por la revolución y, una vez más,

una Derecha particularista sería importante para la totalidad del país. Sin la experiencia de una República Soviética (*Räterrepublik,* del 7 de abril al 1 de mayo de 1919) en Munich, Baviera difícilmente hubiese llegado a ser el «núcleo del orden» de la Derecha; sin la oposición de las autoridades bávaras al Gobierno central de Berlín, probablemente el partido Nacionalsocialista hubiera sido suprimido sin grandes dificultades. Fue la propaganda de Hitler la que mezcló en una *Weltanschauung* uniforme el miedo a la revolución rusa y bávara con la aspiración nacional de ver renacer el germanismo y una infantil necesidad de encontrar en el más mínimo detalle las causas de la decadencia. En todo esto no existían elementos renovadores, sino una nueva presentación en el seno de un contexto situacional revolucionario bajo la batuta de un artista fracasado que pronto se veía convertido de este modo en agitador triunfal. En Alemania, al igual que en Italia y otros países de Europa, el miedo a la revolución comunista movilizó las capas apolíticas de la sociedad y empujó a los moderados de la Democracia Social hacia la Derecha, preparando el camino a la aparición de un partido de masas con estructura desconocida, el partido fascista. Aparte de las conexiones que Hitler pudiera tener con Mussolini, Maurras, Codreanu o Gömbos, poseía una determinación, privativa del alemán: el saber combinar la realización de la restauración nacional que perseguía la Derecha moderada, que no hubiese restablecido la preeminencia de la Alemania de antes de la guerra, con el establecimiento de una política radical, la *Raumpolitik,* que no fue más que la máscara de un imperialismo de vasta ambición.

Hitler siempre empleó en su propaganda la política de recuperación del Estado y hasta parece que él mismo creyó alguna vez en ella, pero también es cierto que solamente su apasionado antisemitismo contrarrevolucionario le hizo poseedor de la energía necesaria para intentar la realización de la increíble hazaña de transformar por completo los cimientos geográficos e históricos del país. Esta combinación de antisemitismo, nacionalismo y *Raumpolitik* fue lo que le dio la victoria. Contaba, además, con el fanatismo de sus seguidores y unas teorías éticas difícilmente realizables, de las que cada uno elegía lo que coincidía con su manera de pensar. Así es como consiguió Hitler lo que nunca se había llegado a realizar anteriormente, proporcionar a la Derecha una sólida base de masas, paralizar a las Derechas moderadas con el hechizo de su personalidad y aniquilar al marxismo, eliminando, en este proceso, el principal obstáculo para que fuese aceptado el Estado creado por él y las fuerzas revolucionarias de los siglos precedentes.

No disponemos de espacio para encontrar las causas o discutir los motivos psicológicos que llevaron a Hitler al éxito; nuestra intención es hacer un esbozo de lo que representó su aparición y su partido en el desarrollo de la vida política alemana, de lo que se deduce que en Alemania, al igual

que en Italia, la Derecha se sirvió de las instituciones liberales para alcanzar el poder y, una vez en sus manos, destruir dichas instituciones, por otra parte necesarias para su existencia como partido político. Por tanto, hemos demostrado que el NSDAP fue un partido de Derechas aunque poseyese más características izquierdistas que cualquiera de los anteriores a él; que Hitler persiguió una política de acuerdo con estas premisas, y, finalmente, que este extremismo condujo a las Derechas alemanas hasta un punto crucial y, a la vez, a su final.

Los cientos de miles que el 30 de enero de 1933, y en otras ocasiones, desfilaron por las calles para demostrar el poder del régimen, eran como hermanos en la gran comunidad nacional, según Hitler. Pero es necesario preguntarse si la unidad y la solidaridad de la nación no había sido el grito de guerra de la Izquierda en 1848.

En 1932, antes de subir al poder, Hitler se encolerizó contra Von Papen y contra su gabinete ministerial, llamándoles «esa especie de honorables caballeros que por nacimiento pertenecen a una raza diferente de hombres». El joven Fichte había hablado una vez de forma similar al intentar corregir las opiniones alemanas sobre la Revolución Francesa. Existía también un sentimiento antirreligioso —consecuencia de la Ilustración— en los ataques antisemitas a propósito de las historias «inmorales» del Antiguo Testamento y en las numerosas referencias de Hitler a Voltaire. Pero, de hecho, él y su partido se colocaron más allá de la Izquierda. El partido clamaba por una «creación socialista» que sería llevada a cabo por «el cuarto Estado, los trabajadores», según palabras del joven Joseph Goebbels, *Gauleiter* de Berlín, que quería destruir el «podrido» espíritu del liberalismo y cuyos carteles de propaganda mostraban «a los proletarios alemanes vestidos con camisas pardas... bajo la tempestuosa bandera roja», intentando hacer una demostración de lo que se llama revolución nacional. Adoptaron los métodos y estilos izquierdistas más claramente de lo que lo pudieron hacer Stoecker y Ahlwardt y, caso de vivir todavía, Bismarck hubiera incluido con seguridad a los nacionalsocialistas entre los comunistas.

Sin embargo, tales argumentos no tienen más fuerza que la que le ofrecieron las circunstancias del momento. En 1848, invocar la «nación» significaba atacar al particularismo de los Estados particularistas y a los privilegiados de la nobleza, mientras que en 1930 significaba una toma de posición frente a la cooperación internacional y en favor de un orden de «élite». Atacar al Antiguo Estado, en 1770, era lo mismo que atacar a la Iglesia situada en el poder; hacerlo en 1930, con los mismos argumentos, era sólo una cortina de humo para ulteriores propósitos. Los socialistas de 1880 querían elevar a los trabajadores material, moral y socialmente, en tanto que los nacionalsocialistas de 1930 deseaban agruparlos para alcanzar el poder.

Los elementos izquierdistas del nacionalsocialismo eran tan sólo anacronismos históricos y sofismas disfrazados de Derechas. En su *Mein Kampf*,

Hitler se mostró extraordinariamente sincero al revelar su desprecio por las masas y por lo que él llamaba su naturaleza femenina; ni Ludwig von der Marwitz se mostró más desdeñoso con la «gentuza de las grandes ciudades». Los enemigos de Hitler eran los mismos que atacaban a los jesuitas de Augsburgo; judíos, francmasones, y, aunque no explícitamente, la Reforma, y todo lo que se hubiese añadido a la lista desde el tiempo de los románticos hasta el conservadurismo radical anticristiano: liberales, demócratas, partidarios del sistema parlamentario e industriales, marxistas y cristianos. Lo que Hitler decía del origen del Estado — invasores nórdicos que establecieron su dominio sobre la población inferior — debió copiarlo de Gobineau, pero concuerda en algunos aspectos con Haller y con Heindrich Leo. En el caso de Hitler, el concepto de «raza» no es la consecuencia final del nacionalismo burgués; al contrario, corresponde exactamente a la idea feudal de la raza que dividió al país en estratos diferentes. Fue una teoría dominante en la Francia de los siglos XVII y XVIII y formó parte de las enseñanzas de Adam Müller en el XIX.

El concepto más original de Hitler deriva de su postura racial, según la cual el bolchevismo no es más que un llamamiento del intelecto judío a las clases sociales inferiores para provocar su levantamiento induciéndoles a que aniquilen a las gobernantes.

Ésta es, quizá, la prueba fundamental del carácter conservador de Hitler y de su pensamiento, expresado en sus *Conversaciones de Sobremesa* con las siguientes palabras: «Durante quinientos años el precio del pan en Venecia permaneció estable hasta la llegada de los judíos con su "libre comercio" que lo estropearon». Este apartado esclarece lo que significaba su antisemitismo: no el usual lamento sobre la descomposición y la decadencia sino la oposición al cambio histórico del mismo. El Reich de Hitler, según sus propias palabras, no era más que «un organismo nacional de duro acero» para preservarlo de todo lo «subversivo», esto es, de todas las influencias históricas sufridas a través de los siglos. Hay que reconocer que no era un Estado feudal, en el amplio concepto que corresponde a este término, y que sus ideas conservadoras fueron cambiando de posición a tenor de los acontecimientos, lo cual no invalida la aseveración de que el nacionalsocialismo fue un partido de Derechas, claramente identificable como tal porque todas sus actitudes e ideas entran de lleno en la Derecha.

Sin embargo, antes de 1933 fueron escasos los que tomaron en serio el proyecto de Hitler de unir los tres motivos antes mencionados y de apariencia tan heterogénea, pero, después de 1945, todo el mundo se convenció de que lo que él persiguió fue el dominio mundial, objetivo que trató de conseguir con inexorable tenacidad; por ello causa sorpresa cuando los historiadores demuestran las veces que Hitler se mostró indeciso e irresoluto, al contrario de Bismarck, llamado, con razón, «el canciller de hierro». Hitler se descorazonó y se sintió completamente derrotado ante el fracaso del *putsch*

de 1923; incluso en los años posteriores estaba dispuesto a hacer cualquier concesión. Se trataba de un soñador monomaníaco cuyas obsesiones se hallaban con frecuencia fuera de la realidad. Pese a ello podía ser realista en la vida cotidiana. Esto a veces le hacía vacilar en el momento de tomar decisiones, que, aun estando de acuerdo con sus sueños, chocaban con la realidad. Si «en realidad» fracasó en la obtención del Tirol y la Alsacia-Lorena, se debió solamente a que sus objetivos de conquista en el Este le parecían más importantes. Las consecuencias prácticas de su manera de ser las encontramos en el hecho de que a los ocho años de haber tomado el poder en un país desarmado y carente de preparación, había conseguido dominar a casi toda Europa con su táctica de control y dominio. Puede considerarse también como una nueva versión de las actitudes derechistas ajustadas a las necesidades de una época supranacional. A este respecto, la conquista de Hitler puede parangonarse con las de Bismarck, aunque la política de éste se ajustara a concepciones de libertad, autoridad e historia bien distintas.

Al igual que el Canciller de Hierro, Hitler no podía comenzar la ejecución de un programa sin contar con el apoyo de los conservadores de los países que iban a ser sus víctimas. Así como Bismarck lo logró mediante su victoria sobre el liberalismo, el segundo lo obtuvo triunfando sobre el marxismo. La historia de las tendencias pro-fascistas de las clases medias europeas, del ejército y de la Iglesia todavía está por escribir, pero probablemente no será más que la historia del fascismo.

A pesar de que, al igual que Bismarck, sabía explotar la simpatía conservadora, se inclinó más bien por el *Prinzipienpolitik* de Metternich, postura que se hizo evidente con su intervención en España para eliminar la amenaza comunista, y en su oferta de garantizar la integridad del Imperio británico. Se vio a sí mismo como el salvador de las clases gobernantes europeas en su tarea de dirigir al mundo, con la particularidad de que quería sustituir a sus decadentes descendientes desde el punto de vista de la raza por la saludable raza nórdica de sus SS. A la llamada judía por la unidad del proletariado opuso la de lucha universal contra los judíos y la defensa de ciertas estructuras tradicionales básicas de los Estados europeos: valoración del ejército, clara división entre gobernantes y gobernados y plena realidad de la soberanía. Metternich, ante esta política, hubiera formulado la pregunta de cómo querían eliminar la revolución si ellos mismos eran sus hijos, y Bismarck habría argüido, por supuesto, que no les sería posible preservar las bases del orden social si empezaban destruyéndolas. Ninguno de los dos estadistas hubiera reconocido en Hitler a un defensor de sus ideas, y precisamente ésta es la causa de que, antes de finalizar la segunda Guerra Mundial, gran número de conservadores se oponían a Hitler; ninguna guerra causó tantos estragos entre lo más selecto de la aristocracia prusiana como este defensor radical de la causa de la «élite».

La tesis de que la Derecha alemana ha seguido su curso tras la muerte de Hitler merece una aclaración. Debido a que el nacionalsocialismo fue un conglomerado de todas las tendencias de Derechas más una pequeña porción de la Izquierda en la historia política alemana, se deshizo con la misma facilidad con que se había formado, dejando una pequeña estela de simpatía por sus «lados buenos». Aparte de sus grandes dirigentes, en el período de postguerra a sus miembros jóvenes, en general, les fue mejor que a los de movimientos semejantes en el resto de Europa. Es cierto que estaban desacreditados a pesar de seguir vivos y libres, y muchos se separaron de la política para participar en el resurgimiento económico. Sin embargo, un grupo relativamente sólido halló pronto la oportunidad de defender su causa en la prensa y en la política. En algunas partes de Alemania, el «Sozialistische Reichspartei» y, tras su prohibición, el «Deutsche Reichspartei», llegó a alcanzar una inquietante popularidad alrededor del año 1950. Salieron a la calle periódicos como el *Deutsche Soldatenzeitung, Nation Europa, Wikingruf, Reichsrut,* y se repartieron clandestinamente numerosos libros pertenecientes a librerías circulantes privadas. En general, estas publicaciones no defendían a Hitler ni al nacionalsocialismo en sí mismos, sino que, más bien, hacían hincapié en conceptos como la «ley internacional» y la «propia determinación», tendentes a corregir ciertas exageraciones propagandísticas de los Aliados. Su única conexión con Hitler reside en pedir la alianza de todos los pueblos blancos frente a la amenaza de los de color, y la principal atracción para las masas reside también en su insistencia sobre las reclamaciones alemanas de los territorios del Oder y del Neisse y en no tolerar atentado alguno contra la discusión nacional de sus asuntos internos.

Los millones de expulsados y refugiados han contribuido al renacimiento de la Derecha en la República Federal. Al no tener que ocuparse de la invasión rusa o comunista gracias a las tropas de ocupación de los países del Oeste, se eliminaron las tradicionales divisiones sociales y los nuevos ciudadanos se dedicaron, unidos, a la tarea de reconstruir económicamente a su país. Sólo después de la segunda Guerra Mundial llegó a ser Alemania una sociedad plenamente burguesa y una nación desconectada de sus amarras tradicionales. El país sobrevivió después de la vasta destrucción de sus bases económicas y, en las partes ocupadas por las potencias del Oeste, la libertad brindó a cada ciudadano la oportunidad de prosperar que le estaba negada en la zona soviética; miles de refugiados de esa zona ayudaron a remontar el desengaño resultante de una completa transformación socialista del país, que fue el primer resultado de la guerra de Hitler. A consecuencia de ello, el partido «Cristiano Demócrata» (CDU), unido a todas las fuerzas derechistas y a los socialdemócratas, llevó a la práctica las teorías de Radowitz y Gerlach bajo circunstancias completamente distintas. En los años de postguerra, mientras los comunistas estaban arruinados y la vieja Dere-

cha se había eliminado a sí misma debido a que su tesis había permanecido inmutable desde los ex-jesuitas de 1780 hasta Hitler, especialmente su idea de que el liberalismo había llevado al comunismo y a la revolución, y que sólo la disciplina y la jerarquía salvarían al país. Muchos escritores de Izquierdas se preocuparon de destacar los aspectos negativos de la sociedad burguesa, especialmente la inquietud, la carencia de un pensamiento común, la debilidad y la ausencia de convicciones firmes. Pero los aspectos positivos de esta misma sociedad han resultado más fuertes: el respeto por el individuo, el rápido y generalizado crecimiento del nivel de vida, la ilimitada libertad de prensa y expresión y la completa apertura de sus fronteras al mundo.

La existencia de un gran partido liberal se ha convertido en el hecho político central de la República Federal, y las diferencias internas que puedan surgir no se refieren más que a las opiniones de ciertos elementos del partido sobre la mayor o menor intensidad de peligro que pueda tener el marxismo o el clericalismo para la libertad nacional. Dentro de este amplio consenso no sólo desaparece la vieja Derecha sino que el verdadero sentido de la palabra pierde por completo su significado.

Tradicionalmente la obediencia, autoridad y unidad de fe fueron consideradas esencia de la Derecha y la libertad, espontaneidad y pluralismo, de la Izquierda. Pero la dividida Alemania tuvo que enfrentarse con una situación paradójica en la que la República Democrática alemana, teóricamente Estado de clases trabajadoras, tiene las características de la Derecha mientras que la clase media derechista de la República Federal posee todos los aspectos de la Izquierda. Esta confusión demuestra con bastante claridad que existe algún punto equívoco en los tradicionales conceptos políticos. La República Federal y la República Democrática alemana parecen representar la prueba de estos conceptos. Esperemos que en esta confrontación la sociedad liberal demuestre ser más que una forma particular de regular la producción, y no sólo se consiga el triunfo político de este o aquel partido.

La libertad no es, usando términos estrictos, un principio político que lleve a la destrucción de otros sino a su transformación, razón por la cual en una sociedad liberal nunca podrán alcanzarse los objetivos propuestos por medio de la desaparición de sus oponentes. El partido liberal de la República Federal no ha asimilado esta verdad. Existe, por tanto, la posibilidad de que la desaparición de los contrastes tradicionales entre la Derecha y la Izquierda no sea más que una ilusión y que, en consecuencia, algún día vuelva la vieja Derecha. Sin embargo, ésta sólo podría triunfar en el seno de un contexto internacional y su victoria no sería entonces primariamente parte de la historia de la Derecha alemana.

BIBLIOGRAFÍA

BERGSTRAESSER, LUDWIG: *Geschichte der politischen Parteien in Deutschland.* 10.ª ed. Munich, 1960.

BOWEN, RALPH: *German Theories of the Corporative State.* Nueva York, 1947.

BULLOCK, ALAN: *Hitler: A Study in Tyranny.* Londres, 1952.

CONRAD-MARTIUS, HEDWIG: *Utopien der Menschenzüchtung. Der Sozialdarwinismus und seine Folgen.* Munich, 1955.

FRANK, WALTER: *Hofprediger Adolf Stoecker und die christlichsoziale Bewegung.* Berlín, 1928.

GERLACH, HELLMUT VON: *Von Rechts nach Links.* Zürich, 1937.

GOEBBELS, JOSEPH: *Wege ins Dritte Reich.* Munich, 1927.

GREBING, HELGA: *Geschichte der deutschen Parteien.* Wiesbaden, 1962.

HAHN, ADALBERT: *Die Berliner Revue. Ein Beitrag zur Geschichte der Konservativen Partei zwischen 1855 und 1875.* Berlín, 1934.

HAMEROW, THEODORES: *Restoration, Revolution, Reaction, Economics and Politics in Germany, 1815-1871.* Princeton, 1958.

HITLER, ADOLF: *Hitler's Table Talk 1941-1944.* Londres, 1953.

HUBER, ERNEST RUDOLF: *Deutsche Verfassungsgeschichte seit 1789.* Stuttgart, 1957, 1960. (Dos volúmenes, tratando del período anterior a 1850, han sido publicados más tarde.)

KAMPMANN, WANDA: «Stoecker und die Berliner Bewegung», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* XIII (1962).

KLEMPERER, KLEMENS VON: *Germany's New Conservatism.* Princeton, 1957.

KNUETTER, HANS-HELMUTH: *Ideologien des Rechtsradikalismus im Nachkriegsdeutschland.* Bonn, 1961.

KRUCK, ALFRED: *Geschichte des Alldeutschen Verbandes 1890-1939.* Wiesbaden, 1954.

LAQUEUR, WALTER Z.: *Young Germany: A History of the German Youth Movement.* Londres, 1962.

MASSING, PAUL H.: *Rehearsal for Destruction. A Study of Political Anti-Semitism in Imperial Germany.* Nueva York, 1949.

MOHLER, ARMIN: *Die Konservative Revolution in Deutschland.* Stuttgart, 1950.

MOMMSEN, WILHELM: «Deutsche Parteiprogramme», *Deutsches Handbuch der Politik.* Vol. I. Munich, 1960.

MOSSE, GEORGE L.: *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich.* Nueva York, 1964.

NEUMANN, FRANZ: *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism.* Nueva York, 1944.

NOLTE, ERNEST: *Der Faschismus in seiner Epoche. Action française, italienischer Faschismus, Nationalsozialismus.* Munich, 1963.

Parteien in der Bundesrepublik, Studien zur Entwicklung der deutschen Parteien bis zur Bundestagswahl 1953. Stuttgart-Düsseldorf, 1955.

PFLANZE, OTTO: *Bismarck and the Development of Germany.* Princeton, 1963.

RAUSCHNING, HERMANN: *The Revolution of Nihilism.* Nueva York, 1939.

RITTER, GERHARD: *Die preussischen Konservativen und Bismarcks deutsche Politik 1858-1876.* Heidelberg, 1913.

SCHMAHL, EUGEN: «Die antisemitische Bauernbewegung in Hessen von der Boeckelzeit bis zum Nationalsozialismus», Schmahl-Seipel, *Entwicklung der völkischen Bewegung*. Giessen, 1933.

SCHOEPS, HANS JOACHIM: *Das andere Preussen. Konservative Gestalten und Probleme im Zeitalter Friedrich Wilhelms IV.* Honnef, 1957.

STERN, FRITZ: *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology*. Berkeley y Los Ángeles, 1961.

VALJAVEC, FRITZ: *Die Entstehung der politischen Strömungen in Deutschland 1770-1815*. Munich, 1951.

VIERECK, PETER: *Metapolitics, from the Romantics to Hitler*. Nueva York, 1941.

WAITE, ROBERT G. L.: *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*. Cambridge, Mass., 1952.

WERTHEIMER, MILDRED: *The Pan-German League, 1890-1914*. Nueva York, 1924.

AUSTRIA

ANDREW WHITESIDE

La Derecha con categoría política hizo su aparición en Austria durante la década que siguió al establecimiento de la constitución liberal de 1867. En esta última fase de la existencia del imperio se desarrollaron dos movimientos separados y hostiles, ambos derechistas, que protestaban por las condiciones creadas a causa del establecimiento del gobierno parlamentario, la igualdad civil y la doctrina económica del *laissez faire*. Ambos movimientos reaparecieron con la disolución de la monarquía y con el establecimiento de la República en 1918; el choque de los dos condujo al acto final de la historia de la República: el *Anschluss* alemán. Este ensayo trata solamente de la historia de la Derecha austríaca en las regiones de habla alemana del Imperio, esto es, en la mitad occidental de la doble monarquía y en la primera república austríaca, sucesora de la «Austria alemana». La narración de los movimientos derechistas eslavos y magiares de antes y después de 1918 corresponde a la historia de otros Estados.

Podemos resumir brevemente la transformación de Austria, desde un despotismo monárquico conservador a una entidad constitucional y liberal, del siguiente modo: El gobierno que se estableció a partir de 1867 consistía en una legislatura de dos Cámaras llamada Reichsrat, sobre la cual el emperador tenía plenos poderes tratándose de asuntos internacionales, y cuyos miembros pertenecientes a la Cámara Baja eran elegidos por un restringido sufragio entre la mayoría de las clases medias liberales de las ciudades. Pero, como resultado del peculiar desarrollo histórico de las provincias austríacas, las ciudades importantes liberales eran casi todas de habla alemana. El partido en el poder hasta 1789 fue el partido Constitucional (Verfassungspartei), usualmente conocido como Partido Liberal. Estos liberales alemanes defendían el principio de una igualdad cívica y nacional y, a pesar de no ser demócratas, creían que «la voluntad razonable de todos» prevalecería al fin; así, mantenían, como liberales que eran, que el bienestar era el resultado de la responsabilidad política y que la política del *laissez faire* traería oportunidades para cada individuo. En cuanto a la religión insistían en que se trataba de una cuestión privada. En los períodos

de 1868-1869 y 1874 se aprobaron las leyes que regulaban las relaciones entre la Iglesia y el Estado, acabando en 1870 con el viejo Concordato. Se dedicó especial atención a la enseñanza, a la que libraron del control católico, creando la obligatoriedad de la enseñanza primaria a expensas del Estado. Los judíos alcanzaron gran importancia en la sociedad austríaca posterior a 1867, y su preeminencia señala el fin del viejo orden preliberal y precapitalista.

El período que abarca desde 1867 a 1914 fue de gran expansión industrial, acompañado por la creación de grandes compañías de negocios, altas finanzas y la concentración de la producción en manos de pocas y poderosas firmas. Naturalmente, estos cambios económicos ocasionaron graves consecuencias sociales. La población trabajadora se vio inmersa en la vorágine de la revolución industrial: los campesinos abandonaban la tierra, los artesanos cerraban sus tiendas y las poblaciones y ciudades crecían desmesuradamente creándose grandes barrios pobres. Fue un tiempo de creciente bienestar material mal distribuido.

Una vez introducido el gobierno constitucional, la escena política se vio dominada por tres sectores: los socialistas, los nacionalistas germanos y los conservadores socialcristianos. Los primeros, lógicamente, eran de Izquierda y comprendían casi exclusivamente a la clase trabajadora; los otros dos partidos eran mucho menos homogéneos. Ninguno pertenecía plenamente a la Derecha o a la Izquierda y ambos comprendían todas las gradaciones políticas, desde los conservadores hasta los demócratas radicales (1). Esta composición se presenta difícil de definir, y hoy se les podría agrupar en la Derecha radical, siendo a ellos a quienes va dedicado este estudio.

Aunque parezca sorprendente, el movimiento derechista moderno en Austria no fue el resultado de la oposición al liberalismo y al *laissez faire*

---

(1) La diversidad de los dos campos se evidencia por los nombres con que se les conoció. En el campo nacional eran *Grossdeutsche, Kleindeutsche, Alldeutsche, Gross-Oesterreicher, Deutschnationale, Deutsch-Liberale, Betont-Nationale, Deutsch-Freiheitliche, Verfassungspartei, Linke, Junge* y *Nationalsozialisten.* Dentro de los conservadores socialcristianos se incluían los *Konservative, Katholische Volkspartei, Christlich Soziale, Centrum, Vogelsang Schule, Oesterreichische Aktion y Heimwehr.* Los escaños de los diputados en el primer Reichsrat imperial demostraron que las ideas de Derecha e Izquierda eran bastante más confusas que en otros parlamentos. En el extremo de la Derecha se sentaban los terratenientes polacos y eslavos, en el centro los partidos clericales y, al extremo de la Izquierda, los tranquilos partidarios del «laissez faire» germano-liberales. A mediados de 1880 se agregaron los pangermanistas; hasta el 1890, cuando los clericales socialcristianos y los socialdemócratas marxistas entraron en el Parlamento, se sentaron juntos en la Izquierda, mientras que el democrático Partido Católico del Pueblo, se sentó a la Derecha y los pangermanistas se encontraban en el centro; después de 1907 el Partido Católico del Pueblo se trasladó a la Izquierda y los socialdemócratas pasaron al centro. Los sucesores de estos grupos estuvieron igualmente confundidos y anduvieron errantes de un extremo a otro. Por lo tanto, la Derecha austríaca fue en sus principios tan difusa como en otras partes de Europa.

económico capitalista de católicos y artesanos sino que se debió a los nacionalistas germanos de extrema derecha pertenecientes a la grey estudiantil de las universidades de Viena y Graz. Fueron los primeros en combinar las demandas de cambios revolucionarios en nombre del pueblo con la defensa de la tradición y en usar el tono violento, incompatible con el espíritu compromisario y atemperado del conservadurismo clásico. El nacionalismo encontró su inspiración en una idea «izquierdista», la de soberanía popular y libertad nacional.

En la sociedad austríaca la mayoría de partidarios de la «nacionalidad germana» unían los conceptos de «patriotismo germano» y de ciudadanía austríaca, combinando la lealtad al Estado con el apoyo a la cultura alemana y su eventual predominio en el Imperio. Con opiniones tan ambiguas, sin embargo, obtuvieron gran popularidad y hasta 1914 sus partidarios se encontraban entre los más destacados aliados de la monarquía habsburguesa. La proporción entre partidarios de Austria o Alemania varió de década en década y según la clase e individuos, pero en el fondo predominaba siempre la lealtad a Austria. Una pequeña minoría formó la oposición rechazando la idea de que la separación de Alemania y Austria fuera permanente y proponiéndose alcanzar la unidad germánica por medio del *Anschluss* de Austria, Alemania, las provincias alpinas, la baja Austria y las regiones de Moravia, Silesia y Bohemia, al Reich prusiano. Esta especie de nacionalismo fue conocido en Austria, algo confusamente, como *Kleindeutsch*, reconociendo a Prusia como agente inspirador de la unidad germánica. Pero el nombre popular con el que se le conoció fue el de *Alldeutsch* o pangermano.

La Universidad de Burschenschaften, origen de la expansión del tradicional nacionalismo social de Alemania a Austria, fue uno de los primeros centros de agitación pangermanista. Le siguieron Viena, Olympia, Silesia, Alemania y Teutonia, Graz, Orion, Styria y Arminia. Sus miembros llegaron a ser proselitistas fanáticos de un Reich germano-prusiano y se prepararon para convertir, dominar o destruir el resto de organizaciones estudiantiles que constituían uno de los rasgos más sobresalientes de la vida austríaca en la era constitucional.

Los fanáticos jóvenes del pangermanismo controlaron estas sociedades eligiendo sus propios mandos y comités, celebrando con espectaculares ceremonias la memoria de personajes alemanes como Ricardo Wagner y Bismarck e intimidando a sus enemigos con baladronadas y malos tratos. Los duelos con espada y el culto bárbaro a *Mensur* fueron prácticas exclusivamente pangermanistas, cuyos centros principales se hallaban en Viena y Graz; en cambio, en Praga, Brünn e Innsbruck su influencia fue menor, no adquiriendo influencia hasta después de 1890.

La premisa básica de la ideología política de los estudiantes era que la unidad nacional alemana tenía que ser la consideración primordial de cual-

quier cuestión política. Después de las batallas de Königgrätz en 1866 y Sedan, en 1870, se hizo evidente que tal objetivo solamente podía ser logrado bajo la dirección de Prusia y Bismarck. Entonces, toda la actividad política fue dirigida hacia la destrucción de Austria como nación, de tal forma que se devolviesen las provincias de habla alemana al Reich. «El Hogar, al Reich», fue una sencilla y poderosa divisa.

Como resultado del culto a Prusia, los pangermanistas austríacos, como muchos liberales-nacionalistas alemanes, llegaron a admirar hasta la exageración ciertas virtudes germanas y aquellas actitudes prusianas que molestaban en sumo grado a los liberales y demócratas contemporáneos. Este filoprusianismo asumió caracteres fuera de lo normal, siendo observado con bastante complacencia por el Reich germano. Los discursos de los estudiantes pangermanistas y su literatura partidista alcanzaron su punto álgido en los años setenta. Exaltaban el servicio al Estado germano, proclamaban el culto a la fuerza, despreciaban las leyes humanitarias y la justicia y consideraban al gobierno parlamentario y al capitalismo como agentes «individualistas» antinacionales y culpables de la decadencia del país (*Zersetzung*). El culto a Prusia tal y como lo interpretaban los estudiantes austríacos en la era del «realismo» y el darvinismo social fomentaba la desconsideración de todo tipo como prueba de fuerza, así como un desdeñoso desprecio hacia la debilidad y una tendencia a la violencia.

Dispuestos a destruir toda «influencia extranjera» en la vida universitaria, declaraban que solamente los germanos podían pertenecer a las organizaciones germanas y que éstas eran las únicas que podían existir en la «Austria germana»; la consecuencia lógica de estas teorías era la exaltación de la nacionalidad alemana con la bien conocida afirmación de la supremacía de la raza. En un principio negaron la entrada a los judíos en las sociedades pangermánicas y, más tarde, a todo aquel que tuviera algún familiar o antepasado judíos, aun cuando fuese bautizado, como representante de una raza que nunca podría ser asimilada. Cuando la exclusión alcanzó tales límites, se alzó la protesta de los *alte Herren,* pero en 1885 los antisemitas racistas habían llegado a triunfar en Viena y Graz.

Hacia 1876 estas organizaciones establecieron contacto con Georg von Schönerer, miembro del Parlamento y liberal izquierdista, cuyo estridente nacionalismo germano ejercía tal atracción sobre ellos que en 1878 era miembro honorario de las sociedades de Teutonia, Libertia y Oppavia. Schönerer y sus estudiantes eran políticamente neutros — se declaraban firmemente «incompromisarios» o *radikalen*... en el sentido alemán de la palabra —, y su afinidad suplía lo que de político pudiera faltarle al movimiento. Schönerer enseñó a los estudiantes la importancia de la cuestión social y de la lucha política, empujándoles a entrar en la contienda apelando a la defensa ante las masas de la cultura germana. Con sus apasionados ataques al orden establecido austríaco-liberal, capitalista, opulento, dinástico y católico, de-

mostró la posibilidad de atacar al poderoso enemigo abiertamente dándoles la sensación de que pasarían a la historia. Los estudiantes, por su parte, convirtieron a Schönerer lentamente a su filoprusianismo y antisemitismo, pasando en diez años, bajo su influencia, de crítico izquierdista de las condiciones austríacas a lo que se podría describir como derechista radical.

Dos acontecimientos ocurridos en 1879 ayudaron a cerrar las filas de los pangermanistas y a intensificar su intransigencia. La doble alianza entre Austria y el Reich alemán provocó la defección de un buen número de seguidores del movimiento que argumentaba lo siguiente: puesto que Bismarck confiaba ahora en Austria para la seguridad de Alemania, debían abandonar su postura antiaustríaca; sin embargo, los más irreconciliables permanecieron dentro del partido. El segundo suceso fue la derrota de los germano-liberales en las elecciones del Reichsrat y la subida al poder de una coalición de conservadores, clericales y eslavos conocidos como «El Cerco de Hierro», acaudillados por el conde Eduard Taaffe. Al demostrarse la impotencia de los germano-liberales en el bloqueo de la acción gubernamental «antigermana», las luchas políticas de los treinta años siguientes favorecieron el crecimiento del extremismo.

Todavía en 1882 Schönerer colaboró con demócratas y judíos como Víctor Adler, más tarde marxista, y con liberales reformistas como Heindrich Friedjung y Adolf Fischhof, en la redacción de un programa demócrata, el famoso «Linz Program», que solicitaba el sufragio universal, una legislación civil avanzada y mayor libertad social. Sin embargo, pronto se sintió obsesionado por el «demonio» de la influencia judía. En 1884, al luchar contra la inicua explotación de los ferroviarios austríacos por parte de los Rothschild, mezcló incongruentes insultos raciales con fuertes argumentos patrióticos. Durante este período luchó por causas tan dispares como la justicia económica para los campesinos y trabajadores, la protección contra la arbitraria represión de las huelgas y una legislación especial contra los judíos. Su propuesta antisemítica de 1887, según la cual los judíos debían ser confinados en ghettos permitiéndoseles solamente determinadas ocupaciones, no es más que un anticipo de las leyes nazis de Nuremberg. También se opuso a la expansión militar en los Balcanes, pero apoyó la creación de un poderoso ejército alemán. Combatió el sufragio de los privilegiados y solicitó el establecimiento de una fuerte censura y un poderoso control referidos a la prensa judía. Apoyó la libertad civil de los germanos austríacos, pero defendió al gobierno autoritario del Reich de Bismarck. En 1885, creando su propio partido —compuesto por él mismo y otro diputado—, al que llamó «Asociación Nacional Germana» (*Deutschnationale Vereinigung*), comúnmente conocido como Partido Pangermano (*Alldeutsch*).

La cualidad más sorprendente de la ideología de Schönerer fue su negativismo. Estaba mucho más en contra de los judíos, los eslavos y los liberales, que a favor de la justicia social, la soberanía popular o, incluso la

unidad germana. Sus denuncias llegaron a alcanzar tales extremos que entre sus contemporáneos apenas si hubo quien notase el cambio de posición que efectuó; solamente los socialdemócratas, que se llamaban a sí mismos campeones de la Izquierda, le clasificaron en su día como derechista. Pero el adjetivo más corriente para designar a Schönerer y a sus seguidores fue el de *radikal* o antítesis de conservador. Sin embargo, su programa fue conservador y reaccionario hasta el extremo de llevar al absurdo sus peticiones de privilegios especiales para los germanos como tales y, en especial, para los pequeños campesinos y artesanos que se habían visto desplazados por la transformación industrial del imperio. Al cabo de poco tiempo pidió cambios revolucionarios para fines conservadores.

La adopción por parte de Schönerer del pangermanismo ayudó sobremanera a los fanáticos líderes nacionalistas estudiantiles en su empresa de convertir a todas las *Burschenschaft* y fraternidades o clubs (*Vereine*), en abiertamente pangermanistas y antisemitas. Entre 1880 y 1885 la mayoría de estos grupos de Viena y Graz eran extremistas. En 1884 diez fraternidades y dos clubs firmaron a este efecto el «Acuerdo germano» o *Deutscher Delegierten-Konvent*. El número de los que firmaron el «apartado ario» con tranquilidad de conciencia fue escaso; los votos solían causar grandes períodos de fuertes disputas entre una pangermanista minoría enérgica y una mayoría carente de fuerza. La mayor parte de las veces los extremistas lograron someter a los otros o expulsarlos del partido.

El mismo Schönerer creó un número extraordinario de asociaciones locales o generales y hacia los años ochenta extendió su radio de acción desde la baja Austria y Viena, donde ejercían su influencia el *Deutschnationaler Verein* y el *Osterreichisches Reformverein,* hasta Styria, Bohemia, el Tirol, la alta Austria, Carinthia y Carniola, y pasaba gran parte del año viajando por el país y alentando a los simpatizantes. Sin embargo, como su constitución física no era muy resistente, no pudo mantener un ritmo continuo en su actividad y, en realidad, su influencia fuera de Viena fue escasa.

Hombre de acción y brillante orador de palabra oportuna, Schönerer fue, sin embargo, un teórico de pequeño alcance. No estaba realmente interesado en materias intelectuales y su concepción de la unidad y pureza racial, tan proclamada en slogans como «A la Unidad por la Pureza», significaba la simple conformidad incondicional con las ideas de Herr von Schönerer. El pangermanismo no produjo escritores o teóricos comparables a los exponentes del nacionalismo integral en Alemania y Francia. Su prensa se entretenía en mezquinas pendencias e insultos generalizados a los enemigos de Schönerer. El periódico del partido, el *Unverfälschte Deutsche Worte,* fundado en 1883, era extremadamente pobre y tan sólo llegaba a vender cuatro o cinco mil ejemplares en la época de mayor popularidad.

En 1888, Schönerer cometió una gran equivocación que estuvo a punto de dar fin al movimiento. Encabezando un grupo de asaltantes atacó la re-

dacción de un periódico vienés a causa de un trivial incidente. Una vez celebrado el proceso fue sentenciado a cuatro meses de prisión, perdió el prestigio de su adquirida hidalguía, fue desposeído de su derecho a voto y se le prohibió sentarse durante cinco años en cuerpo electoral alguno, además tuvo que dimitir de su cargo en el Reichsrat, y su partido fue víctima de fuertes recriminaciones en el Parlamento. Gran número de *Burschenschaften* se separaron de él, cerraron muchos clubs locales que dependían directamente de su influencia, como el *Reformverein,* y se pasaron a su rival Karl Lueger o se disolvieron. Durante nueve años el partido dio sus pasos en medio de un confusionismo generalizado; cuando Schönerer recuperó sus derechos civiles en 1893, tan sólo se dirigió en contadas ocasiones a grupos estudiantiles o de trabajadores nacionalistas, aunque conservó cierta influencia en Schloss Rosenau, su Estado de la Baja Austria. La aparición de nuevos partidos populares de matiz radical entre 1890 y 1895 le dio de nuevo popularidad y le brindó la oportunidad de ponerse, como antaño, a la cabeza de las masas. El Partido Socialdemócrata, fundado en 1888, se definió a sí mismo como representante de la organización de trabajadores industriales. El Partido Socialcristiano, inspirado por notables pensadores católicos, como Karl Lueger que fue el demagogo más violento de toda Austria, se fundó en 1890 y en el año 1895 los radicales demócratas y los nacionalistas del viejo Partido Liberal crearon su propia organización, el Partido Alemán del Pueblo. Todos denunciaban los privilegios de clase todavía existentes así como los abusos del capitalismo, pedían el sufragio universal, la protección de la preeminencia germana en Austria, una legislación que se cuidase de los intereses materiales de campesinos y artesanos, otra que se cuidase de la intelectualidad provincial; adoptaron también el antisemitismo. Pero estos acontecimientos sumieron a Schönerer en el olvido y no poseyeron el suficiente relieve para lograr ofrecerle en 1897 una nueva oportunidad.

La cuestión idiomática, es decir, qué lengua podía permitirse en tribunales y administraciones además del alemán, llegó a ser en 1890 la cuestión más importante de la política austríaca. En 1895, a unos dos años de la caída del «Cerco de Hierro», subió al poder una coalición compuesta por eslavos, conservadores y clericales, encabezados todos ellos por el conde Kasimir Badeni. En las elecciones para el Reichsrat de 1897, los radicales obtuvieron un triunfo sorprendente y entre ellos se hallaba, prácticamente como un desconocido, Schönerer. Después de unos años en silencio, la creciente tensión entre germanistas y eslavistas volvió a hacerse pública. En abril de 1897, el conde Badeni consiguió que su celebrado «Discurso de Ordenanzas» fuese aprobado, el cual admitía las demandas de los eslavos, en especial las de los checos, justificándolas como fase preparatoria para lograr la igualdad entre checos y germanos con la garantía de la Constitución.

La mayoría de los austríacos alemanes temían que el auténtico significado de las Ordenanzas consistiese en verse inmersos en el seno de un estado eslavo, mientras que el gran ejército de funcionarios civiles preveía la pérdida de sus empleos. Durante seis meses los partidos germanistas obstruyeron la tarea parlamentaria con tácticas piratas y estruendosas, envolviendo a todo el país en esta lucha. Schönerer pasó a ser de nuevo el hombre del momento; dominó al Parlamento, organizó paros callejeros, dirigió manifestaciones masivas en Viena y en las ciudades más significativas, lanzó apasionados discursos sobre la Germania Irredenta apuntando a la revolución, lo que sería imitado por el *Anschluss* con Alemania. El emperador y sus consejeros se dejaron intimidar por «los argumentos callejeros» y Badeni fue expulsado.

La revuelta organizada por Schönerer tuvo resultados más efectivos que la expulsión del ministro; desacreditó al gobierno parlamentario y, con el apoyo del gentío que había sido factor activísimo de los hechos, impuso su voluntad al Gobierno. Las ordenanzas fueron reformadas pero ni eslavos ni germanos quedaron satisfechos y los sucesos que en 1897 provocaron y dieron rienda suelta al odio no se olvidaron en adelante. La maquinaria del Gobierno quedó en tal mal estado que ocasionó la caída de la monarquía. La atonía parlamentaria llevó a gobernar por decreto, lo que ocasionó la tolerancia de métodos autócratas y un completo desprecio hacia todo proceso legal. Muchos austríacos perdieron la fe en la democracia liberal, desaparecieron las barreras entre ética y barbarie y se fue labrando el camino de la dictadura. Aunque no pueda hacerse a Schönerer único responsable de estos resultados es evidente que fue el hombre que colaboró más activamente en su formación.

Entre 1898 y 1902 surgieron gran número de asociaciones de trabajadores nacionalistas bajo la égida de Schönerer. En 1899 tuvo lugar en Eger, Bohemia, un congreso al que asistieron cientos de delegados representando a más de cuatro mil trabajadores, donde juraron adhesión fiel a su persona y a su programa. Un grupo de trabajadores pertenecientes a asociaciones proteccionistas que contaba con cerca de cuatro mil miembros, conocidos como el *Mährisch-Trübaner Verband,* formó un cuerpo de combate con el fin de amedrentar a la oposición checa, uniéndose a los pangermanistas hacia 1900. Del mismo modo se afiliaron otros grupos de trabajadores más o menos nacionalistas con los que confraternizaban los estudiantes, y, al igual que en 1848, se reunieron fanáticamente en torno a Schönerer en Viena y Praga. Las luchas callejeras dieron comienzo cuando al enfrentarse en Praga un grupo de germanistas, ataviados con botas, banderas y sables, con otro de enfurecidos checos, se declaró la ley marcial y, entre 1897 y 1900, la mayor parte de estudiantes no judíos de Praga, Brün e Innsbruck, se sumaron a las organizaciones pangermanas.

A partir de 1898, por razones puramente nacionalistas, Schönerer se vio

envuelto en el movimiento de *Los von Rom,* quienes pretendían convertir a los austríacos al luteranismo, la religión germana, con lo que, hacia el año setenta, muchos estudiantes abandonaron el catolicismo. En 1897, los estudiantes germanos enarbolaron el distintivo de *Ein Volk, Ein Reich, Ein Gott* «un Pueblo, un País, un Dios» e incluso fraternidades nominalmente católicas animaron a sus miembros a convertirse al Luteranismo. Schönerer anunció públicamente su conversión en compañía de diez mil seguidores. Entre los conversos se hallaba el místico Jörg Lanz von Liebenfels, cuya teoría racista de altos y bajos, rubios y morenos, heroicos y cobardes y «razas germanas» o no germanas, ejercería en un futuro suma influencia sobre Hitler.

La idea central de Schönerer consistía en la abrumadora importancia de la raza sobre el destino humano; desde sus primeros años de asociación con los estudiantes de Viena, adquirió una fanática creencia en la superioridad y existencia de un puro e indisoluble *Herrenvolk* germano o germanonórdico, pero no fue más que una forma exagerada de las teorías de aquel entonces, con amplia difusión en toda Europa, en relación con la romántica pintura del amor libre de las tribus germanas y con el darwinismo social y sus leyes biológicas de progreso a través de la lucha; confluían igualmente las teorías raciales de Gobineau y Lapouge, el culto germánico de Ricardo Wagner, el respeto y la exaltación de Nietzsche por el «animal rubio» unido a su desdén por el cristianismo, las teorías económicas de los reformistas sociales germanos antimarxistas como Eugen Düring y Adolf Wagner, y el antisemitismo de Adolf Stoecker, fiscal del tribunal de Berlín. Para algunos discípulos de Schönerer ello significaba rechazar por completo el cristianismo hasta el punto de sustituir Navidad por la fiesta del «Yule», calificar a Carlomagno de «asesino de los sajones» y no aceptar leyes o palabras extranjeras, prefiriendo los trajes nativos —*Deutsche Tracht*— a los de fuera, la gimnasia alemana —*Turner*—, a los «sports» foráneos. Si la teoría del *Deutschtum* o germanismo, de Schönerer, tuvo aspectos positivos y constructivos, su odio a los judíos y más tarde su irreprimible anticatolicismo, hecho extensivo a toda la Cristiandad, fueron obsesiones negativas y estériles. Sin embargo, cuando proclamaba estas ideas en expresivas frases tenían eco entre las masas, hecho constatado de forma alarmante por los socialdemócratas y la burguesía moderada alemana.

Después de la crisis de Badeni, Schönerer se convirtió en el auténtico líder de los austro-germanos. Para la mayor parte de su generación fue una de las figuras más sobresalientes de la vida política; aunque sus nociones de gobierno eran vagas, representaba una ruptura absoluta con la tradición austríaca parlamentaria de efectuar un compromiso entre germanos y eslavos, y significaba la garantía de reducir a éstos junto con los judíos al estado de ilotas y de arrojar a los cambistas del templo. El núcleo de toda legislación debía ser «el bien de trabajadores y campesinos». Aspiraban a aniqui-

lar a los socialistas, gente aborrecible por su judaísmo y por su insistencia en la proletarización y en la igualdad nacional y racial. Los trabajadores germanos estaban descontentos con el marxismo internacional porque no les ofrecía la defensa de sus intereses frente a los viles checos, y se convencieron de que todos los regímenes católicos, desde Taaffe a Badeni, significaban el gobierno de los eslavos, convencimiento que llegó hasta artesanos y pequeños industriales, a despecho de su clericalismo. Schönerer agitaba las pasiones y hacía hincapié en todos estos problemas. Cuando las elecciones para el Reichsrat, en 1901, condujeron veintiún pangermanistas al Parlamento, pasaron a ser una fuerza reconocida.

Sin embargo en su segunda época, el mismo Schönerer destruyó el partido con una serie de equivocaciones provocadas, en parte, por su escasez de juicio y su temperamento violento. En 1902 se peleó a bofetadas con su lugarteniente Karl Hermann por cuestiones sobre la autoridad carentes de toda importancia. Perdió terreno con las aspiraciones del pueblo, y se opuso a la idea de un movimiento de masas ante el temor de que el ingreso de gente nueva produjese el fracaso de su programa. Hitler escribió de él que habría alcanzado el poder si se hubiera ganado a las masas con un programa social genuinamente revolucionario establecido en términos sencillos. Schönerer y el partido pangermanista carecieron a partir de 1901 de atractivo democrático y revolucionario. Según Hitler, les faltaba «el coraje desesperado y la dureza necesaria para llevar adelante la revolución».

Si Schönerer no pudo o no quiso llevar adelante su programa en el plano popular, combatió por él en el Parlamento, pero consumió sus energías en estériles tareas obstruccionistas, medidas que siempre resultaban derrotadas. Como dice Hitler: «Los diputados pangermanistas podían hablar hasta quedarse sin voz; sus efectos siempre eran nulos». El movimiento degeneró en poco menos que un club de discusión académica, calladamente radical. Su original culto, casi de éxtasis, hacia el germanismo, se convirtió en un sentimiento fútil.

Después de 1900 dio comienzo entre los estudiantes la crisis del radicalismo. Los más fieles seguidores de Schönerer en el *Burschenschaften* y *Verein* se preguntaban si habían seguido una política adecuada. Muchos se resentían de su actitud dictatorial y de su insistencia en una obediencia absoluta; después del altercado con Wolf, muchos desertaron para seguir a éste. Permanecieron, no obstante, algunos filoprusianos y antisemitas pero deseaban salir del «ghetto nacional» en el que la postura de Schönerer les había sumido.

En las elecciones del Reichsrat de 1907, primer sufragio universal realmente igual para todos, los socialcristianos y los socialdemócratas aparecieron como los partidos más importantes; Schönerer, en aquel entonces militante en la oposición contra la política demócrata, rehusó aliarse a todo aquel que no le jurase completa obediencia; los pangermanistas perdieron

gran número de escaños y su antiguo líder fue derrotado en su feudo de Eger, Bohemia, por el candidato socialista. Éste fue el fin del partido en la vida política austríaca. Los austro-germanistas le volvieron definitivamente la espalda, reconociendo que su postura poco compromisaria les había costado su participación y auténtica influencia en la vida política. La inmensa mayoría aceptó el Estado austríaco y apremió a los nacionalistas germanos para que adoptasen una posición responsable. Schönerer se retiró de nuevo a Rosenau, donde falleció en 1921, derrotado y bajo el peso de los años. Fue el líder caído de un sector beligerante en tierra enemiga.

A pesar de haber sido repudiado por casi todo el electorado, Schönerer fue una figura de grandes consecuencias; le faltó poco para crear el único movimiento germano nacional de Derechas, dándole un carácter y una ideología que influiría de un modo fundamental en la generación posterior a su muerte. Fue el primer representante de la Derecha radical en la vida política austríaca. Su obra ofreció resultados cuando, en condiciones de distinta índole, revivió el pangermanismo con forma nueva y fuerzas más potentes.

En su *Mein Kampf*, Hitler reparte elogios por igual entre Lueger y Schönerer. Esto nos ha llevado a enfocar la atención en el Partido Social-cristiano como representante de la lejana Derecha conservadora de la sociedad austríaca. El partido y la mayor parte de sus líderes fueron antiliberales, anticapitalistas, antimarxistas y antisemitas. Defendían el carácter católico del Estado austríaco, la integridad del imperio y el honor de la dinastía. Explotaron las técnicas de la democracia y algunas veces recurrieron a la violencia callejera. Sin embargo, no se le puede clasificar como simple movimiento de Derechas. A lo largo de su existencia, desde su fundación en 1890 hasta la caída de la monarquía con el advenimiento de la República, al ser el partido gobernante por excelencia representó una amplia variedad de tendencias.

El punto de partida del movimiento Social-cristiano fue el intento de los católicos, en 1870, en pos de caminos positivos para solucionar los problemas que enfrentaban a la Iglesia con los sentimientos aparecidos a raíz de la Revolución francesa e industrial. La subida al papado de León XIII (1878) y la aparición de un periódico vienés católico, el *Das Vaterland*, editado por Karl von Vogelsang, terrateniente protestante de Mecklenburgo convertido al catolicismo y emigrado a Austria, señaló la apertura de una era nueva en el pensamiento católico europeo y austríaco.

En el *Libertas Praestantissimum*, León XIII esbozó un nuevo programa para los católicos de la era de la expansión industrial y de la democracia. Sus tres principios fundamentales permitieron la creación de una Derecha católica en Austria. Declaraba que «la democracia no es inmoral en sí misma desde el momento en que reconoce el origen divino de la autoridad y busca el bienestar del pueblo. La separación Estado-Iglesia puede ser acep-

tada pero nunca considerada como ideal, y los buenos católicos tienen el deber de oponerse a ella; el Estado liberal burgués llevaría, sin duda, a una dictadura jacobina». Estas declaraciones representaban mucho para los austríacos porque el país sufría transformaciones en el aspecto político, económico y social, y los católicos empezaban a sentirse afectados por los nuevos problemas. Los abusos económicos y sociales del *Gründerzeit* (1867-1874), junto con la legislación confesional y el repudio del Concordato, alarmaron a Vogelsang y le llevaron a pensar que el Estado liberal violaba los principios básicos de la doctrina y la justicia social.

El ideal de Vogelsang, expuesto en *Das Vaterland* y en otros periódicos del mismo tipo o fundados por él, consistía en una «monarquía social», corporativa, altamente centralizada e incluso dictatorial, pero limitada por sus bases *ständisch,* gremiales. Buscó una solución para los nuevos problemas en relación con la economía de mercado y el auge del capitalismo financiero. En una sociedad desorganizada a causa de la sustitución de los derechos individuales por los *ständisch* o derechos de corporaciones por oficios, sostenía que los trabajadores tenían que levantarse y destruirlo todo, hasta lograr que las leyes se basasen en las necesidades reales y no en las de la oferta y la demanda. Con este áspero estilo polémico fustigó «el falso concepto de igualdad y libertad» que destruía la natural diferenciación de la familia, necesaria para una vida sana, atacó duramente al liberalismo, por destruir los gremios y uniones que habían mediado siempre entre patronos y empleados y haciendo posible unas condiciones adecuadas de trabajo, y a los capitalistas que, libres de toda restricción en su actividad económica, usaban su fuerza contra el débil en detrimento de la sociedad. «La ginebra y la prensa judía —proclamaba—, es decir, el estupor del borracho y las obscenidades intentan destruir la imagen del pasado cristiano en sus desafortunadas víctimas.»

El centro de la teoría social de Vogelsang, la llamada *Sozialreform,* era la ruptura total con la sociedad liberal y la restauración de lo que él creía era el antiguo orden orgánico. Impartió el pensamiento social católico en Austria, hasta la segunda Guerra Mundial, sus acusadas tendencias medievalistas, producto de sus lecturas de Karl Adam Müller, del obispo Ketteler, de Adolf Wagner, Johann Rodbertus y Albert Schäffle, y un monarquismo conservador al lado de un vivo interés por el proletariado industrial.

Muchos aspectos de la sociedad austríaca nos ayudan a explicar por qué las monárquicas, románticas y utópicas ideas del *Sozialreform* interesaron al gran público y llegaron a adquirir importancia política. Los campesinos y la pequeña burguesía constituyeron el apoyo primordial de la unión política católica, compuesta siempre por fuertes organizaciones corporativas de profesionales, existiendo hasta el final de la monarquía estrechos lazos entre ésta y la Iglesia Católica.

Vogelsang fue un gran teórico de la acción política y un enérgico orga-

nizador. Reunió bajo su liderazgo intelectual cierto número de políticos ambiciosos preeminentes, como Karl Lueger, hasta entonces radical liberal; los príncipes Alois y Alfred Liechtenstein, Franz Martin Schindler y otros. De este grupo (1890) surgió el Partido Socialcristiano, que se dedicó a la reforma de la sociedad bajo directrices católicas contando con el apoyo de las masas.

La adhesión de Karl Lueger al Partido Socialcristiano representó una fuerza de efecto y de combate. Vio que los trabajadores recientemente emancipados votaban con facilidad por el partido que menos complicaciones doctrinales les presentaba y adivinó que, para muchos, los liberales y los socialdemócratas habían sobrepasado el límite con sus discusiones teóricas disonantes. Mostraba que el marxismo y el liberalismo se oponían a los intereses económicos de la pequeña burguesía y, una vez convertido en dirigente exclusivo de Viena, presentó a los liberales que habían controlado la administración de la ciudad hasta finales de 1895 como librepensadores religiosos y en ética y en economía materialistas y «manchesterianos», pero su ataque fue más efectivo cuando los acusó de estar envanecidos por la riqueza y el «esnobismo» cultural de la alta burguesía, en la que predominaba el elemento judío. Los socialdemócratas —dijo— eran estériles predicadores del odio de clases y destructores de la propiedad, añadió que querían la igualdad sin respetar la destreza o maestría y que deseaban hundir a todo el mundo en el impersonal proletariado. Presentaba a la socialdemocracia como una consecuencia del liberalismo materialista y anticristiano dominado por los judíos. Valiéndose de estas afirmaciones, tomadas en parte de serios escritores católicos y en parte de una oportunista apreciación con el fin de atraer votos a su causa, se convirtió en líder del primer partido moderno de masas en Austria.

Lueger y otros líderes hicieron del antisemitismo su lema nuclear. A pesar de que intentaban basarlo en principios religiosos y no en el aspecto racial del pangermanismo, existía una semejanza a tener en cuenta entre su vocabulario antisemita y el de Schönerer. Ambos defendían la conexión entre judíos y pornografía, la prostitución, la falsedad y la cobardía, apareciendo estas opiniones en cada hoja de sus discursos y periódicos. Lueger daba satisfacción a los prejuicios de la extensa clase artesana austríaca y, según una famosa frase, se reservaba a sí mismo el derecho a declarar «quién es judío». Dos líderes artesanos antisemitas, Ernst Schneider y Josef Buschenhagen, llegaron a influir decisivamente en el partido. Igualmente, dos editores, Ernst Vergani en el *Deutsches Volksblatt* y Karl von Zarboni en el *Oesterreichischer Volksfreund*, predicaban una vaga mezcla de antiliberalismo, anticapitalismo y antisemitismo, que carecía de un programa consistente legislativo o social, pero que era popular entre las masas vienesas.

Alarmado por el aspecto revolucionario del movimiento socialcristiano, el Gobierno rehusó cuatro veces entre 1895 y 1897 la confirmación de Lue-

ger como alcalde de Viena, y en 1895 solicitó del Papa la condenación del movimiento porque estaba explotando y pervirtiendo los dogmas religiosos y patrióticos bajo la apariencia de devoción a la dinastía y a la Iglesia; insistía en que los extremistas socialcristianos atacaban el orden social con los mismos argumentos que usaban los socialdemócratas y fomentaban a través de su excesiva vehemencia actitudes revolucionarias.

Con la sucesiva extensión del sufragio en 1897 y 1907, el partido aumentó rápidamente su poder parlamentario. Representado en 1890 solamente por Lueger y Robert Pattai, expartidario de Schönerer, llegó a ser en 1907 el segundo partido en el Reichsrat, con sesenta y siete escaños. Se apoderaron también de la alcaldía, del Consejo municipal de Viena y de muchas ciudades industriales y capitales de provincia. Hacia 1900 el socialcristianismo se había convertido en un factor importante en la vida austríaca.

El poder les aportó el sentido de responsabilidad. En la última década de vida monárquica, el partido se convirtió en apoyo de las reglas y del compromiso parlamentario, el preeminente *Staats-und Reichspartei.* El advenimiento de antiguos conservadores unido a los contactos con las clases gobernantes, altos oficiales y con el archiduque Francisco Fernando, tuvo un fuerte efecto moderador. El centro de gravedad del partido se inclinaba hacia los conservadores; los campesinos y la alta burguesía ganaron influencia. La columna vertebral de la Derecha social-cristiana, la escuela del *Sozialreform* de Vogelsang, fue perdiendo influencia a partir de 1900 por la muerte del mismo Vogelsang, acaecida en 1890. La *Rerum Novarum,* publicada en 1891, pareció favorecer unas parciales mejoras, y la Encíclica *Graves de Communi,* del año 1901, ponía en guardia a los fieles contra los partidarios radicales, fanáticos de la Iglesia. La influencia de Vogelsang se vio también debilitada por el prestigio de Lueger, oportunista en sumo grado y escéptico de los sistemas. Al estallar la guerra del 14 y suspenderse la vida política normal, decayó también la importancia derechista de los socialcristianos. Hasta 1918, año en que se desintegró el imperio de la Secesión de los Estados y los socialdemócratas gobernaron Viena, no surgió una verdadera fuerza democrática en el campo conservador socialcristiano.

Los pangermanistas y los extremistas socialcristianos se parecían tan sólo en su seudoconservadurismo. Ambos creían estar defendiendo valores o instituciones importantes, pero el móvil primordial de los primeros se basaba en la hegemonía germana y en el intento de transformarla en realidad política; el interés de los segundos se centraba, sin embargo, en la consecución de la caída del capitalismo y de los negocios judíos, pero ambos se veían apoyados por ciertos intereses económicos específicamente precapitalistas que tenían muy poco en común con el verdadero conservadurismo, y reclamaban cambios tan completos que hubieran significado una revolución político-social. Los dos grupos soñaban con la victoria total y con la supresión de todo aquel que no estuviese de acuerdo con ellos; si Schönerer o

los primeros extremistas socialcristianos hubiesen llegado al poder, el gobierno representativo, la igualdad civil, la ley, las relaciones de propiedad existentes y otras instituciones del imperio austríaco hubieran resultado a buen seguro abolidas. A pesar de ser estos movimientos ostensiblemente antiliberales, anticapitalistas, antimarxistas y antisemitas, ninguno aclaró suficientemente cuándo tenían verdadera *raison d'être* dichas actitudes. Se les puede considerar como la expresión de una ola de violencia de final de siglo o como los anhelos de una seria ideología. Sus seguidores fueron, generalmente, hombres confusos, más interesados por la acción que por la teoría. Por otra parte, la aparición de la derecha socialcristiana nacionalista fue una forma de protesta socioeconómica, provocada por motivos sicológicos reales, donde la sumisión al líder se entremezclaba con impulsos anárquicos de destrucción y con la defensa de los valores reales frente a peligros más o menos imaginarios, con el deseo consciente o inconsciente de destruirlos.

Hitler, en su *Mein Kampf*, rinde tributo a Schönerer y a Lueger como sus maestros y justifica la sangrienta insurrección del 9 de noviembre de 1923 en Munich diciendo: «Vine a Viena a la edad de veinte años... Dejo Viena como antisemita, como enemigo mortal de todo movimiento marxista y como un pangermanista cien por cien en el aspecto político».

El asesinato del archiduque Francisco Fernando y el estallido de la guerra de 1914 afectó, en especial, a los austrogermanos. La guerra fue para ellos, mucho más que para los alemanes del Reich, una lucha para sobrevivir como «nación» de entre las ruinas del abigarrado imperio. Acogieron gozosamente la cruda declaración del canciller germano de que la guerra que estaban librando las potencias centrales no se trataba más que de la lucha entre teutones y eslavos. La precaria situación de la monarquía y la mentalidad enteramente a la defensiva de los austríacos se oponía a la aparición en Austria de extremismos derechistas que pedían una «paz victoriosa» con extensas anexiones. Cualquier posible anexión habría convertido a los germanoaustríacos en una minoría cada vez mayor, debilitando todavía más su posición política. Su única expresión de planes políticos de postguerra fue la «Declaración de Pascua» de 1916, en la cual todos los partidos germanos, incluyendo a los socialcristianos, anunciaban que su único anhelo era la creación de una Austria sana y fuerte bajo la dirección germanoaustríaca.

La situación política de la Austria alemana cambió radicalmente a principios de 1918 por el elevado número de bajas y los contratiempos que tenían lugar en el frente; el racionamiento de comida y los rumores de insurrección, corrupción y traición causaron una fuerte crisis en el seno de la confianza pública. En verano cayó la monarquía austrohúngara; la revolución social estalló en tierras eslavas y las huelgas y sabotajes de los trabajadores de Viena y Budapest mostraban que la propaganda bolchevique había encontrado una tierra propicia. Hacia octubre se hizo evidente que una in-

mensa catástrofe estaba a punto de acabar con la monarquía. La víctima principal sería la burguesía germana, perspectiva que no se presentaba en absoluto más clara para el emperador y para la Iglesia Católica. Los conservadores socialcristianos y los nacionalistas germanos se encontraron de pronto entre el nacionalismo eslavo y el bolchevismo proletario. Solamente los socialdemócratas austríacos podían contemplar la derrota con tranquilidad ya que ésta significaba el sucumbir de sus enemigos.

En medio de tanto desastre, los diputados germanos del antiguo Reichsrat formaron la Asamblea Nacional provisional de la «Austria alemana». Estaba compuesta por treinta y nueve socialdemócratas, setenta socialcristianos y ciento un nacionalistas pro-alemanes, cuya alianza tenía una base muy floja; ello representó los tres campos que habían dominado la vida política bajo el Imperio. El 30 de octubre un tumulto de trabajadores y estudiantes dirigidos por los socialdemócratas señaló la puesta en marcha de una serie de demostraciones que se convirtieron en una revolución. A pesar de ser minoría en la Asamblea, los socialistas lograron el poder ejecutivo; el emperador Carlos abdicó en Schönbrunn el 11 de noviembre y al día siguiente, por común acuerdo entre los líderes de los tres campos, la «Austria alemana» fue proclamada «República democrática» y «parte integrante» de la República alemana recién establecida en Berlín.

El gobierno provisional —revolucionario— tuvo que enfrentarse con la insuperable tarea de solucionar siete cuestiones básicas de forma tal que causasen satisfacción a gran parte de la población: establecer y defender las fronteras del país, trazar una Constitución democrática que asegurase la paz interna, decidir las relaciones entre los Estados germano-austríacos y los austro-eslavos dentro de la República, rehabilitar la economía, encontrar ocupación para los soldados desmovilizados y los miles de civiles cuyas tareas eran necesarias en tiempos de guerra pero no después de ella, solucionar el hambre y la guerra civil y, finalmente, firmar con los aliados un tratado de paz honroso. El campo conservador socialcristiano hubiese preferido monarquía y unión federal con los Estados austroeslavos y, a falta de esto, unión federal con Alemania. Sin embargo, estaba dispuesto a aceptar una República —la teoría católica era muy explícita a este respecto—, ya que confiaba en proteger a la religión convenciendo al electorado para que votase mayorías antisocialistas. También quedaba la cuestión de si las instituciones liberales democráticas eran «apropiadas a su tiempo y a las instituciones de la vida nacional» o tenían que ser revisadas. Los socialistas por su parte, insistían en una República y esperaban una unión federal con Alemania, aunque estaban dispuestos a un compromiso doctrinal y a aceptar una república democrática, afirmando que serían ellos y no los partidos burgueses quienes conseguirían convertir al electorado introduciendo de este modo al socialismo sin usar la fuerza. La mayoría de los nacionalistas germanos, agrupados en dos partidos, el «Grossdeutsche Volkspartei» o Gran

Partido del Pueblo Germano, y el «Landbund», o Liga de la Tierra, deseaban, ante todo, el *Anschluss* con Alemania, pero estaban dispuestos a esperar hasta que fuese posible efectuarlo de forma pacífica. Esto ya era una base suficiente para un compromiso y una acción común a fin de lograr un acuerdo dentro de los fundamentos de la Constitución.

En febrero de 1919 se eligió una Asamblea Constituyente. El gobierno republicano ocasional, presidido por un socialista, Karl Renner, y con un líder socialcristiano como vicecanciller, continuó como tal y su tarea se basó en los documentos constitucionales que determinarían la futura política interior. Mientras tanto, la inquieta coalición, cuya parte más antigua, ambiciosa y desconfiada la componían los socialistas, se aprestó a luchar con los problemas del hambre, del desempleo, de las enfermedades epidémicas y de los atentados comunistas por apoderarse del poder en Viena. Los ministros socialistas pusieron fuera de la ley a los comunistas en julio. Sin embargo, durante largo tiempo muchos austríacos se sintieron aterrorizados por el fantasma comunista, en el que no veían ninguna diferencia básica respecto a los socialistas. El auto de procesamiento por parte de los austríacos socialistas condenando la ortodoxia comunista debiera haber impedido la creación de un partido fuerte; sin embargo, sólo logró aumentar el disgusto de la burguesía hacia el gobierno socialista.

Muchos de los pertenecientes a las filas conservadoras de los socialcristianos se oponían a aceptar de sus líderes la decisión de colaborar con los socialistas en una república democrática. Temían que la vida se descristianizara todavía más y que la República fuese un instrumento de francmasones y judíos para destruir la Cristiandad. La enseñanza social-católica había dejado en muchos miembros socialcristianos una tendencia contraria a las instituciones liberales y a favor de solventar las cuestiones sociales por mediación de un Estado autócrata con una sociedad orgánica jerarquizada y que actuase con un único sistema de fe.

A despecho de las tendencias fuertemente radicales de 1918, los pequeños grupos extremistas del nacionalismo germano que compartían los puntos de vista del pangermanismo de Schönerer permanecían sin líderes y, políticamente, con importancia mínima. Los moderados que dominaban el «Grossdeutsche Volkspartei» representaban la opinión nacionalista germana. Sin embargo, los nacionalistas quedaron reducidos a un pequeño núcleo de resentidos contra la República y sus instituciones.

Con ocasión de la firma por parte del canciller socialista del Tratado de Saint Germain con las potencias aliadas, el 10 de septiembre de 1919, la oposición popular al tratado alcanzó tan vastas proporciones que se impuso un giro antisocialista y se avivó la opinión antimarxista de que el socialismo y la democracia eran los responsables de todos los males del país. La aparición de un nuevo movimiento radical en la Derecha se hizo inevitable.

La destrucción del imperio políglota de los Habsburgo, dentro del cual

los germanoaustríacos habían disfrutado de gran número de ventajas, fue, quizás, el resultado más espectacular de la primera Guerra Mundial. El *Alt-Oesterreich* fue anulado como Estado y como idea. *L'Autriche* — observó Clemenceau crudamente — *c'est qui reste*. El excesivo nacionalismo impidió la cooperación económica y política entre Austria y los demás Estados de la Sucesión. En el tratado de paz la unión con Alemania fue expresamente prohibida. El famoso principio de la autodeterminación sucumbió ante los ejércitos de Italia, Checoslovaquia y Yugoslavia, y en París ante la conveniencia política. La República democrática de Austria se estableció bajo el hechizo de la derrota y de la revolución como segunda solución entre los tres campos. Muchos austríacos descontentos rechazaban la política de colaboración con el socialismo de los políticos de Viena y la idea de un gobierno parlamentario basado en un común acuerdo. El retorno de los soldados endurecidos por su experiencia en el frente y amargados por la estancia en los campos de concentración enemigos sumó a la población varios centenares de miles de hombres desarraigados e indiferentes, habituados al odio y a la violencia. Desafiando a los líderes moderados de Viena, que llevaban una política de compromiso dentro de la tradición del viejo Reichsrat, estos hombres querían hacerse cargo de la situación con sus propias manos, sin tener programa político alguno; lo único que los unía eran unos problemas cuya solución estaba más allá de la fuerza.

Las primeras expresiones de esta voluntad de acción expeditiva y rápida aparecieron en las provincias y se dirigieron, en primer lugar, contra la invasión extranjera. Se crearon bandas armadas en las provincias de Styria, Tirol y Carinthia, que saqueaban los depósitos de guerra, apoderándose de armas. Los jefes las transformaron en unidades militares que pasaron a ser «cuerpos de defensa» locales. Entre la variedad de nombres que se conocieron, dos de ellos, el Heimatschutz y el Heimwehr, defendiendo ambos el ideal de eterno guardián, se convirtieron en la designación usual para todos los movimientos de este tipo. En Styria, Anton Rintelen, abogado de Graz, creó una banda armada para expulsar a los conspiradores húngaro-soviéticos. En Carinthia, las unidades Heimwehr lucharon contra los yugoslavos que intentaban apoderarse de Klagenfurt. En Tirol, Richard Steidle, abogado, natural de Innsbruck, levantó una fuerza armada que combatió a las tropas bávaro-soviéticas de Munich y a los italianos situados cerca del paso del Brennero. El jefe del estado mayor fue un ciudadano alemán, el ex mayor Waldemar Pabst, refugiado del fracasado putsch derechista berlinés de Kapp. Pabst fue un brillante organizador y le faltó poco para conseguir crear con los dispares y enfrentados grupos de defensa una fuerza unificada. Sin embargo, el Heimwehr siempre conservó su carácter personal y local.

El fuerte individualismo de las unidades fue una fuente constante de debilidad y de fuerza al mismo tiempo. Su patriotismo se veía estimulado por el uso de insignias, colores y trajes locales; se creaban compañías de

«voluntarios de fuego», asociaciones de veteranos y clubs gimnásticos. Una ceremonia típica de estos grupos era la reunión de grandes masas en el campo, lugar en el que el cura de la parroquia bendecía las banderas. Algunos eran clericales, otros nacionalistas, había quien se sentía inclinado a servir a un partido político o a unirse al Heimwehr; algunos deseaban tomar parte en las elecciones y otros anhelaban alcanzar el poder por medio de una dictadura.

Los hombres que se afiliaban al Heimwehr eran, principalmente, negociantes de la clase media, funcionarios del Estado, antiguos militares, pequeños propietarios y rentistas. Todos estos grupos eran los que se habían sentido más perjudicados con el colapso de la monarquía, viendo cómo en los cinco años siguientes su situación empeoraba mientras mejoraba la de los trabajadores y campesinos.

Las condiciones locales, el *status* social, las creencias personales y el temperamento determinaban el que un hombre se afiliara como miembro activo del Heimwehr y se convirtiera en un partidario de los líderes vieneses o de la política de compromiso y cooperación. Las provincias siempre fueron el centro del Heimwehr; sus actividades satisfacían el sentimiento de envidia de las pequeñas ciudades ante el poder político que disfrutaba la capital y ante su cultura cosmopolita, o el desdén de los ciudadanos por la «Viena Roja».

El Heimwehr terminó cayendo en la agitación y solicitó la unión con Alemania. El deseo del *Anschluss* en Austria fue prácticamente universal en los años siguientes a la guerra, mezclado con la miseria económica, la impotencia política y el desespero ante la caída del imperio. Muchos católicos y conservadores opinaban que la dinastía de los Habsburgo se había acabado y que sólo Alemania podía devolverles las provincias perdidas. Este sentir era más agudo en el Tirol, donde la pérdida del sur era lamentada por todo el pueblo, creyéndose que solamente la presión de Alemania sobre Italia podría arreglar la situación, y en Styria y Carinthia, viejos centros de fanatismo racial, se rebelaban contra la anexión a causa de los yugoslavos. Los votos del *Anschluss* en el Tirol y en Salzburgo, año 1921, fueron encendidas protestas contra el tratado de paz que había desmembrado a Austria. Cuando se supo que el embajador francés propugnaba la suspensión de toda clase de ayuda a Austria si no se suprimía el *Anschluss*, y que Italia, Checoslovaquia y Yugoslavia apoyaban las protestas francesas, una ola de xenofobia e histeria ante la impotencia del país condujo a miles de personas al Heimwehr.

Ante una coalición nacional cristiana socialgermana, los socialdemócratas, cumpliendo sus promesas de legalidad, dimitieron de la cancillería en junio de 1920, pero en seguida comenzaron a organizar su propia fuerza armada contra un posible retorno de la *Reaktion*. En octubre se ratificó la nueva Constitución, que creaba un Estado federal según el modelo suizo,

con ocho provincias, una de las cuales era Viena. Se formó un gobierno de dos Cámaras, donde la Baja, la Nationalrat, era el órgano principal de gobierno. Entonces los socialistas dejaron su influencia en manos marxistas abandonando el gobierno por completo.

Su dimisión no hizo cesar la violencia y la división del país en dos campos armados, fatalmente se desembocó en una guerra civil. Los socialistas se reunieron en la paramilitar Republikanischer Schutzbund, o Liga para la protección de la República, movidos por el auge del Heimwehr y la decisión de la Federación Central de la Industria de financiar los grupos armados antimarxistas que luchasen contra la agitación socialista, las huelgas o los partidarios de la revolución roja. Los antimarxistas, por su parte, estaban aterrorizados ante «el poder de la calle, controlada por los socialistas», apoyados por los grandes sindicatos de trabajadores y por la armada y disciplinada Schutzbund. El Heimwehr, para compensar su inferioridad numérica en Viena, Wiener Neustadt y otros centros industriales, empezó a usar las armas cada vez con más frecuencia. Admitía en sus filas a criminales o a aventureros violentos. Probablemente sería imposible determinar qué número de miembros eran bandidos y cuántos tímidos ciudadanos de la clase media interesados únicamente en la «defensa».

Los cancilleres socialcristianos de los años veinte —Mayr, Seipel, Rameck y Streeruwitz— y sus colegas de los dos campos antimarxistas temían y desconfiaban de esta ingobernada fuerza derechista, pero aún temían más a la Schutzband. Estaban dispuestos a tolerar al Heimwehr como fuerza de policía auxiliar para mantener el orden, pero ello requería una gran vigilancia. Sin embargo, todo discurrió por cauces razonables hasta 1929, período en que monseñor Ignaz Seipel, salvo en un breve intervalo, fue canciller federal y las condiciones económicas europeas mejoraron. Desgraciadamente, la práctica de la sangría interna llegó a ser tan aguda en la política austríaca que ocasionó el fin de la República.

Varios grupos compuestos por trabajadores que seguían la tradición del radicalismo pangermano de antes de la guerra se unió a la política «libre» llevada a cabo por el partido germano nacionalsocialista de trabajadores entre 1919-1920. Este partido fue una nueva versión del «Partido de Trabajadores germanos» (Deutsche Arbeiterpartei), que ahora apelaba a intereses más amplios al tomar una forma completamente nueva. En 1920 se enfrentaron a los nacionalsocialistas de Bohemia y de Munich para tratar de conseguir el control de la organización. En el partido austríaco una facción favoreció la política legal y cierta independencia, así como el *Anschluss* y un Estado nacionalsocialista, y la otra facción exigía la obediencia incondicional al líder de Munich, Adolfo Hitler. Los partidarios de Hitler hacían objeto de ataques personales a sus enemigos, les perjudicaban en sus propiedades o bien los difamaban; al fin, después de varios años de lucha, obtuvieron la victoria y los austríacos, como Walter Riehl, se resignaron

o se sometieron. Hacia 1925-1926, el movimiento ya no se conocía más que por el nombre de «Movimiento de Hitler» o bien «Partido Nazi»; formó las derivaciones provinciales (*Landesverband*) del partido germano nacionalsocialista de trabajadores (NSDAP), bajo un directorio local establecido primero en Viena y más tarde en Linz. El director provincial (*Landesleiter*) era nombrado por los jefes de Munich. En 1926 todos los jefes austríacos juraron obediencia absoluta a Hitler como Führer y a los «inmutables» veinticinco puntos adoptados como programa por el partido en pleno. Los veinticinco puntos denunciaban los tratados de paz, las instituciones parlamentarias, el marxismo, el capitalismo de las finanzas, «la esclavitud del interés», los excesivos beneficios en los negocios y, por encima de todo, a los judíos. Pedían que todos los ciudadanos del Reich alemán fueran de sangre alemana y llevaran a cabo un trabajo útil, una distribución equitativa de la renta, que fueran satisfechas las aspiraciones de los pequeños industriales y negociantes, que se repartiera la tierra entre los campesinos y se llevaran a cabo las necesarias reformas para el bienestar público y la educación. Hitler insistía en que el nacionalsocialismo era un movimiento derechista, no una forma de la Izquierda por su antibolchevismo cerrado y sin compromiso y daba seguridades referente a que respetaría el capital industrial creador —*Schaffendes Kapital*—, que se esforzaba por alcanzar el prestigio internacional del capital judío (*Raffendes Kapital*). La «provincia» de Austria se dividió en ocho regiones o *Gaue*, basadas en las provincias federales austríacas, cada una bajo un *Gauleiter*. En los años de 1926 a 1928 se estableció la estructura del partido alemán con su jerarquía de *Kreis, Bezirk, Sprengel* y *Block*, bajo un *Leiter*, y con la especial formación de los SA, SS y las Juventudes Hitlerianas, etc.

El partido austríaco tuvo siempre mayor predilección por la violencia que el alemán. Tras el fracaso de la insurrección de Munich, en noviembre de 1923, Hitler concibió la idea de alcanzar el poder por medio de un *putsch* y se decidió a entrar en política legal, pero los líderes austríacos continuaron basando su política en el terrorismo y en la violencia. A despecho de la inspiración de la dictadura de Hitler, el partido permaneció como un oscuro grupo *völkisch* hasta 1930. El período de 1926 a 1930 sólo es importante en la historia del movimiento político austríaco porque entonces el partido estableció una estructura disciplinada capaz de resistir todos los esfuerzos del gobierno austríaco que tratasen de destruirlo.

El Heimwehr se extendió por casi todos los pueblos de Austria y de tiempo en tiempo los extremistas organizaban incidentes que estuvieron a punto de provocar la guerra civil, como la captura por parte de Rintelen de Judenburg y Styria, y su arresto en el local de los jefes socialistas. El ejemplo de los brutales métodos de los fascistas italianos contra los partidos trabajadores y burgueses, la subida al poder de Mussolini en 1922 y la amplia aprobación por parte de todas las agrupaciones derechistas ale-

manas que se manifestaron en las provincias limítrofes, indujeron al Heimwehr a asumir gradualmente un tono antidemocrático y dictatorial. Sin embargo, el movimiento fue demasiado diverso para lograr apoyar una doctrina política coherente que no fuera el antimarxismo. El dramático incidente de 1927, la «insurrección de julio» en Viena, dio vigencia al temor de una revolución roja y señaló el momento álgido en que la política austríaca se distinguió por una serie de cuestiones locales mínimas y por rivalidades entre los políticos dirigentes.

La insurrección de julio tuvo lugar cuando tres ex soldados, acusados de haber dado muerte a varios trabajadores en un alboroto callejero en Schattendorf, cerca de Viena, fueron puestos en libertad por un jurado políticamente parcial. Al día siguiente surgió una muchedumbre de enfurecidos socialistas en toda Viena que se dirigió en manifestación de protesta hacia el Palacio de Justicia en demanda de «justicia política». Murieron noventa personas en la lucha callejera que sobrevino; entonces, los socialistas convocaron una huelga general que reunió a sus enemigos en torno al Heimwehr para intentar hacerla fracasar derrotando de este modo al Schutzbund. El líder del Heimwehr en Styria, Walter Pfriemer, más tarde diputado en el Reichstag nazi, ganó fama de ser el más duro de los que combatían a los huelguistas, que eran trabajadores de la industria del acero en la Alta Styria. Sacando de nuevo a la luz el espectro de la revolución roja, imaginaria o no, encabezó los años de mayor esplendor del Heimwehr.

El desfile que el Heimwehr de Styria organizó en el centro de Wiener-Neustadt, ciudad considerada la más roja de toda Austria, fue una arrogante proclamación de su nuevo poder y confianza. Al anunciar la Schutzbund una demostración simultánea, el gobierno de Seipel ordenó a la policía y a los soldados que mantuviesen a los grupos separados. Otra vez se evitaba por estrecho margen la guerra civil, pero aquel día representó una gran victoria para el Heimwehr. Los socialistas perdieron su indiscutido «monopolio en las calles».

La actitud del canciller Seipel defendiendo la Constitución era lo suficientemente ambigua como para alarmar a los socialistas y enfurecer a los crecientes y vociferantes partidarios Heimwehr de un *putsch* derechista. Aunque la intención de Seipel era, probablemente, la de preservar la esencia de la Constitución, muchos que hasta entonces eran católicos conservadores, hacia 1929 empezaron a abandonar su postura, a discutir la esencia del gobierno parlamentario y a apoyar la idea de un orden social «ideal» esbozado por muchos teóricos austríacos como el profesor Othmar Spann. La crítica católica a la democracia se hizo más cruda después de 1927. Muchos católicos aseguraban que el sistema democrático «perpetuaba la posición dominante de los socialistas» y las clases sociales leales a la Iglesia se agruparon en torno a la República con un declive drástico de su ataque económico y social. Las medidas deflacionistas solicitadas

por los economistas de los Aliados y la Sociedad de Naciones y llevadas adelante por Seipel eran harina para el molino del derechismo católico. Los católicos austríacos empezaron a sentir interés por las teorías sociales de los católicos del pasado o del presente, que ofreciesen una alternativa de democracia. Prácticamente, toda la crítica católica se dirigía contra la industria capitalista, pero esto no hacía mella entre los que se hallaban al borde de la ruina; en ningún momento hubo serios ataques contra el capitalismo y la industria por parte del *Kleinbürger* Cristiano Social. Paradójicamente, cuanto más retrocedían los socialistas más avanzaba el derechismo católico que se convertía en una fuerza política activa.

En 1929, el Bauernbund de la Baja Austria, Liga de Campesinos con cien mil asociados, ingresó en bloque en el Heimwehr. El desfile de éstos por las calles cada fin de semana llegó a ser un suceso normal que les atrajo muchos simpatizantes y socios. Las luchas con los socialistas continuaron. Seipel dimitió en junio por razones personales, con lo que desapareció la mano de hierro que había mantenido a las fuerzas radicales contenidas. Al dimitir el sucesor de Seipel, Ernst von Streruwitz, el Heimwehr, en la cumbre de su popularidad, consiguió colocar en su lugar a su partidario Johann Schober.

El Banco «Boden-Credit Anstalt» de Viena cerró sus puertas a finales de octubre de 1929, lo que acentuó el hundimiento económico y fue causa de manifestaciones radicales por parte del Heimwehr y de los socialistas, protestando todo el mundo contra la democracia liberal y el capitalismo. El canciller Schober se puso a trabajar por el fortalecimiento de la autoridad del Estado, la reforma de la constitución, la anulación de la influencia de los socialistas y buscó el apoyo político y económico del extranjero... El mayor Waldemar Pabst, ahora jefe del Estado Mayor Heimwehr, estaba intentando combatir la desunión ideológica de los movimientos provinciales y llevar el partido al poder. Después de 1927, el partido había crecido en número y tumultos, pero todavía era un movimiento amorfo sin otro propósito claro que su antimarxismo, que atraía en una incongruente mezcla a socialcristianos, monárquicos conservadores, grossdeutsche, nacionalsocialistas, antisemitas, judíos, burgueses, grandes negociantes, artesanos, veteranos, estudiantes y aventureros.

Durante años la influencia fascista estuvo ganando terreno dentro del partido, actitud que Mussolini y algunos industriales austríacos profascistas como Fritz Mandel prestaron su apoyo mediante dinero. La doctrina neorromántica del «verdadero Estado» corporativo de Othmar Spann, aunque apenas comprendida, alcanzó un considerable interés. El *Stände* como idea era bastante nebuloso, pero sus partidarios lo acogieron para poder enfrentar una ideología al marxismo. El líder federal Steidle (*Bundesführer*), junto con Starhemberg, Pfriemer, Rauter y otros, habían denunciado repetidamente al sistema constitucional como mero engaño y solicitaban que fuese

reemplazado por una dictadura del Heimwehr. Algunos líderes eran partidarios de la unión de los «dos movimientos revolucionarios, el nacionalsocialista y el Heimwehr». En un mitin celebrado en Korneuburg, cerca de Viena, el 18 de mayo de 1930, varios cientos de dirigentes del Heimwehr, entre ellos Steidle, Pabst, Starhemberg y Pfriemer, hicieron público su acuerdo con el fascismo, denunciando la actividad parlamentaria y declararon que el Heimwehr alcanzaría el poder por sus propios medios.

Este espectacular mitin y la ideología fascista evidenciaron más una divisa que una fuerza verdaderamente unificada. El *Führerstaat* descrito en los discursos de los dirigentes no convenció a todos los miembros y surgieron peleas perjudiciales para el movimiento. El intento de introducir la ideología y el programa fascista le privó de la simpatía colectiva de los antimarxistas. La manifestación resultó un fracaso, ya que los dirigentes del Heimwehr no eran hombres capaces ni se sentían atados por promesa alguna. De este modo el movimiento comenzó a debilitarse a causa de rivalidades personales y provinciales cuando parecía estar en la cumbre de su poder.

El canciller Schober, que antaño se vio enfrentado con Pabst con ocasión del *putsch,* lo arrestó y lo deportó como extranjero indeseable. El canciller estuvo a punto de conseguir la elección de presidente por voto popular y no parlamentario, como hasta entonces. Obtuvo libertad para efectuar ulteriores reparaciones, estableció las bases para los préstamos franceses, británicos y americanos e indujo al Parlamento a aprobar una ley antiterrorista que diera mayor poder al Gobierno para defenderse de cualquier golpe procedente de las Derechas o de las Izquierdas. Con estas medidas casi cumplió, dentro del terreno de lo legal, los objetivos que el Heimwehr había proclamado repetidamente que sólo podrían alcanzarse con su revolución. Schober y la mayoría de los dirigentes de la coalición gubernamental querían usar al Heimwehr como apoyo de las autoridades legalmente constituidas contra el creciente poder de los socialistas, pero sin tolerar *putsch* alguno por parte del primero. Éste reveló su impotencia aceptando el destierro de Pabst sin una sola protesta, momento que aprovecharon los conservadores católicos para expresar su alarma ante el radicalismo de los movimientos.

Schober dimitió de la cancillería en septiembre de 1930 y fue sucedido por Karl Vaugoing, antiguo político socialcristiano, que formó un gabinete profundamente clerical. Vaugoing tomó por su cuenta al dividido Heimwehr concluyendo con que no representaba ningún peligro serio para el régimen y que podía continuar en activo para ser utilizado por la república cuando conviniese. Para ligar el movimiento a su gobierno ofreció a Starhemberg el cargo de Bundesführer que acababa de quitar a Steidle, y a Hüber, jefe del Heimwehr de Salzburgo, las carteras del Interior y de Justicia. Esta proposición pareció a Starhemberg y a muchos de sus seguidores un

intento para deshacer el movimiento, y algunos ingenuos observadores afirmaron que había llegado el fin de su poder; se anunciaron nuevas elecciones para noviembre pero Starhemberg aseguró a sus seguidores radicales que antes de que éstas se celebrasen se apoderaría del gobierno. Vaugoing se mostró más severo y Starhemberg formó con su movimiento un partido político, el Heimatblock, proclamando que «conquistaría» el Parlamento y erigiría sobre sus ruinas el Estado Heimwehr.

En 1930 mucha gente seguía temiendo la revolución roja. Los programas antimarxistas recibían numeroso apoyo y los fascistas u otra variante de hombres fuertes se encontraban al frente de la mayoría de los organismos civiles, un voto masivo favorable al Heimwehr era el único camino posible para que éste llegase al Parlamento. Vaugoing, sin embargo, demostró estar en lo cierto en cuanto a la debilidad del movimiento. Mediante los votos, el Heimatblock solamente contaba con ocho escaños. El mayor Emil Frey, líder Heimwehr en Viena, odiaba a Starhemberg y no quiso unirse al Heimatblock; muchos socialcristianos y nazis desertaron, y esto contribuyó a la gran victoria del Reichstag de Hitler en septiempre. El movimiento, que se aclamó a sí mismo como antimarxista por excelencia, no había conseguido sino dividir a las mismas fuerzas antimarxistas por su carencia de todo programa y su estupidez política. Por vez primera desde el año 1920, el Partido Socialista fue el más numeroso del Nationalrat con 72 escaños, aumentando en uno; los socialcristianos con 66, perdían siete; el Grossdeutsche con 19, ganaba siete. Los nazis, recientemente llegados a la escena política, a despecho de sus 110.000 votos, no alcanzaron ningún escaño. Vaugoing dimitió y el nuevo gobierno Ender-Schober descartó a los ministros heimwehr. Sobre Austria se cernía, en diciembre de 1930, el peligro inminente de un *putsch* fascista.

El gobierno de la República aguantó el primer año pese a la crisis económica mundial, pero las condiciones del país en materia económica también eran notoriamente malas. En marzo, Schober, como vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores, negoció con Alemania una unión aduanera para ayudar al país económicamente y obtener, de este modo, el apoyo popular para el gobierno, pero el proyecto tuvo que ser cancelado cuando Francia, Italia, Checoslovaquia e Inglaterra protestaron. El Banco Credit Anstalt cerró sus puertas, debido en gran parte a los créditos franceses para forzarle a abandonar el proyecto aduanero con Alemania. Sólo un préstamo de emergencia por parte de Inglaterra salvó al Gobierno de la desesperada situación financiera, pero el alivio fue solamente temporal, dimitiendo en junio el gobierno Ender-Schober. El que le sucedió, encabezado por el incoloro socialcristiano Karl Burech, no fue más que una caricatura de gobierno rechazado por la totalidad del país.

Éste fue el momento elegido por Pfriemer para intentar hacerse con el poder, a la cabeza del Heimwehr de Styria, después de haberlo planeado

durante todo un año. A medianoche del día 12 de septiembre dirigió a sus hombres por las calles de Graz y de otras ciudades estirias, proclamando que iba a apoderarse del gobierno; irrumpieron de madrugada en las oficinas gubernamentales de Graz, cuando los aturdidos empleados aún esperaban órdenes de Viena. Al enterarse los socialistas de lo que pasaba, salieron a la calle con su Schutzbund y una vez más se presentó el fantasma de la guerra civil. Enfrentado con los disciplinados batallones socialistas, Pfriemer perdió la serenidad, telefoneó al gobernador de Styria, Rintelen, contumaz intrigante, y éste persuadió al Gobierno para que dejase volver a los *putschistas* a sus casas. El resto del Heimwehr no se levantó debido a que Pfriemer no coordinó sus planes con los otros dirigentes, deshaciéndose la insurrección.

A pesar de que el Heimwehr fracasó en su intento a causa de su debilidad y desunión, el prestigio del Gobierno resultó dañado y aumentó la tensión entre marxistas y antimarxistas. El país se inclinaba cada vez más al extremismo. La campaña de terrorismo nazi crecía como una nueva y despiadada *Landesleiter,* de cuya dirección se encargó Alfred Procksh, antiguo *Gauleiter* de la Alta Austria. Con el fin de estrechar su control sobre el partido austríaco, Hitler mandó al ex comunista Theo Habicht como enviado especial y cabeza del partido. La mayoría del Heimwehr de Styria se pasó en bloque al partido nazi.

El *putsch* ayudó a esclarecer las relaciones entre ambos partidos. Pero en algunos lugares los miembros del partido no estuvieron de acuerdo y sus dirigentes discutieron la fusión. Las discusiones se habían interrumpido a mediados de 1931 ante la insistencia de los nazis en ocupar los puestos dirigentes y ante su negativa a pagar las deudas del Heimwehr; a esto hay que sumar la postura de Mussolini, que insistía en que el movimiento alcanzara el poder por sus propios medios y no por la fusión. Este apoyo italiano era muy del agrado de un hombre como Starhemberg, que prefería ser un *duce* austríaco a un lugarteniente, también austríaco, de Hitler; Mussolini era un gobernante, Hitler no era más que el dirigente de un partido de oposición. Después del *putsch* los dos movimientos se separaron definitivamente y el Heimwehr se convirtió en una organización de orientación católica, más bien apoyada por los viejos austríacos. Los nazis absorbieron a los antisemitas radicales, a los más violentos oponentes de la democracia y a aquellos para quien el *Anschluss* era el objetivo más importante.

Las condiciones austríacas favorecieron el desarrollo del nacionalsocialismo; pero el factor decisivo radicó en la serie de victorias de Hitler en Alemania a partir de 1930. En aquel año, los nazis alemanes se convirtieron en el segundo partido del Reichstag; en marzo de 1932, Hitler quedó segundo en las elecciones presidenciales y en abril su partido alcanzó una gran victoria electoral en provincias. Durante la campaña de las elecciones alemanas, tuvo lugar en Austria las de las dietas provinciales —entre las

que se hallaba el concejo de la ciudad de Viena—, y la de los concejos municipales. En medio de la confusión general los nazis alcanzaron el 16 por ciento de los votos, enviando quince hombres al concejo de Viena, mientras los socialcristianos perdían la mitad de su antigua fuerza, 19 escaños, y el «Grossdeutsche Volkspartei» efectuaba su desaparición de la escena. La denuncia nazi de los tratados de paz y su idea de una conspiración judía parecía plausible a los pequeños negociantes, artesanos, empleados del gobierno y estudiantes que habían perdido sus empleos y ahorros. Hitler apareció repentinamente, a los ojos de muchos austríacos, como un salvador que castigaría a los judíos extranjeros y a los parlamentarios, que uniría a todos los germanos en un país poderoso y que daría fin a la miseria económica y a la humillación nacional.

La destrucción del «Grossdeutsche» —el partido nacional germano que había ayudado durante catorce años a mantener la Constitución— y la absorción de sus miembros por los nazis, revolucionó la situación política. A pesar de no alterarse la distribución de escaños en el Parlamento, el Gobierno recibió una fuerte sacudida. Se debilitó por la continua fuerza de los socialistas, la desunión interna y la carencia de política del Heimwehr. El canciller Buresch convocó con pesimismo nuevas elecciones y dimitió de su cargo. Las condiciones económicas empeoraban cada vez más y se hizo evidente que, sin ayuda del exterior, la bancarrota era inevitable. En medio de esta crisis Dollfus formó un nuevo gabinete.

La entrada de Engelbert Dollfus y Kurt-Schuschnigg en el gobierno, en 1931, marcó la llegada de los oficiales más jóvenes de la reserva durante la primera Guerra Mundial a la escena política. Desapareció de escena la vieja generación; Seipel y Schober murieron en 1932 y la mayoría de los líderes socialcristianos que guardaban las tradiciones de la Austria imperial, hombres como Vaugoing, Ender y Buresch, estaban ya física y políticamente fuera de combate. La nueva generación se dividía entre intelectuales que deseaban un Estado corporativo modelado según las ideas de Spann y hombres más simples que veían en la fuerza el único remedio. Los primeros esperaban que el Gobierno llevase a cabo los cambios que deseaban, mientras que los segundos confiaban en los batallones paramilitares rivales del Heimwehr y de las SA nazis. El gabinete formado por Dollfus sólo contaba con la mayoría de un voto y de este modo dependía de la coalición del partido socialcristiano, del Heimatblock, coalición dentro de la cual Reintelen y otros enemigos de la democracia gozaban de gran poder y, además, del Landbund, cuyos miembros estaban desertando del partido y pasándose al nazi. Para obtener un préstamo de la Sociedad de Naciones, Dollfus reafirmó por otros veinte años la renuncia al *Anschluss* y suspendió las elecciones parlamentarias durante la crisis.

En enero de 1933, Hitler se convirtió en canciller alemán; la victoria nazi llevó a miles de afiliados al partido austríaco; todos los que deseaban

el *Anschluss* tuvieron que desechar la idea, como hicieron los socialistas, o unirse a los nazis. Dollfus, con la mayor parte del país en contra, e incapaz de alcanzar una mayoría, suspendió el Parlamento, prohibió las manifestaciones y asambleas y censuró a la prensa. Como réplica, los nazis organizaron una demostración que degeneró en revuelta en Viena. El Heimwehr amenazó más de lo que deseaba, convirtiéndose, según propaganda nazi y socialista, en el «prisionero del Heimwehr». En las elecciones municipales de Innsbruck, en el mes de abril, los nazis obtuvieron el cuarenta por ciento de los votos. Dollfus suspendió las elecciones municipales.

A pesar de que los trabajadores de los sindicatos «libres» eran bastante inmunes a los llamamientos nazis y que los campesinos, salvo los que estaban afiliados al Landbund, permanecieron fieles al partido socialcristiano, los nazis vieron que, a menos que Dollfus se aliase con los socialistas, tendría a la mayoría del país en su contra. Y no podía aliarse con ellos por depender de Mussolini y de los dirigentes heimwehr de la extrema Derecha, como el ex mayor Emil Frey de Viena y el príncipe de Starhemberg. Frey era un alborotador, aventurero por temperamento, que no escondía su intención de alcanzar el poder mediante la violencia. Los dirigentes austríacos nazis estaban convencidos de que podría establecerse un régimen nacionalsocialista por medio de un golpe de fuerza y que lo mejor para lograrlo era el aumento del terror. El partido dirigía, por entonces, dos clases de llamamientos: uno para el respetable «Grossdeutsche», para quien el *Anschluss* lo era todo, y el otro para los alborotadores, que valoraban más la oportunidad de acción que cualquier doctrina u objetivo especial. Animaron al primer grupo con el grito de «gobierno antidemocrático y tirano» como pretexto para cometer abiertamente actos ilegales. Dollfus quiso contrarrestar el terror de abajo con la fuerza desde arriba de tal modo que perdió su autoridad legal y moral y se jugó la simpatía de muchos conservadores que apoyaban la tradición y la legalidad del *Reichstaat*. Desde el momento que los nazis representaban una clara amenaza a la independencia de Austria, Dollfus pidió el apoyo del gobierno francés, del británico y en especial del italiano. Los nazis, en respuesta, le llamaron criado de los franceses, amigo de los checos y esclavo de los judíos. Su política de confianza hacia las bandas del Heimwehr, parecidas a las SA nazis, hicieron que el resultado pareciera una cuestión de fuerza bruta.

Los nazis, por medio de Rintelen, sugirieron un intento conjunto para «reedificar el régimen» y, al rehusar Dollfus, se aprestaron a declarar la guerra al Gobierno. Estaban confiados en la victoria, creyendo contar con el apoyo del país y con el de Alemania. En mayo de 1933 Dollfus prohibió que los partidos políticos vistiesen uniforme y desterró a varios líderes nazis a Alemania, llegando incluso a expulsar a dos ministros del Reich alemán por incitar al pueblo de Viena a la violencia. Hitler se vengó reclamando mil marcos alemanes en concepto de impuesto a los alemanes que visitaban

Austria, lo que hundió a la arruinada industria turística austríaca. El 19 de junio una banda de nazis mató a un gimnasta socialcristiano en un alboroto en Krems. Inmediatamente Dollfus ordenó la disolución del partido en toda Austria, poniéndolo fuera de la ley. Se arrestaron tantos nazis que fue necesario crear campos de concentración para acogerlos; Dollfus hizo una purga en los cargos oficiales y en muchos sectores de la industria, persiguiendo enérgicamente todas sus organizaciones. Los próximos cinco años fueron «años ilegales» para los nazis.

La supresión de golpe de una organización de tales dimensiones representaba un buen número de dificultades. El partido tenía muchos seguidores fanáticos y muchísimos simpatizantes; otros estaban aterrorizados por la violencia nazi y algunos afirmaban de forma fatalista que al fin acabarían venciendo. Muchos oficiales de la policía eran también nazis y por esta razón, o por otras, faltaban a su deber. En muchos casos los oficiales austríacos simpatizaron o toleraron el terrorismo nazi, frustrando los intentos de supresión del Gobierno, intentos que los nazis denominaban «el terror de Dollfus». Los nazis deseaban probar que ellos eran la única oposición efectiva; el simple hecho de su fuerte disciplina corporal producía gran impresión ante el pueblo, especialmente entre los sin empleo, en un Estado donde el orden y el gobierno legítimo casi habían desaparecido.

Uno de los propósitos de la propaganda nazi y de su táctica de obstruccionismo era conseguir que el *Anschluss* apareciera como única solución en medio del caos. Durante el primer año de actividad ilegal los propagandistas y terroristas del partido aumentaron sus ataques a líneas de ferrocarriles, teléfonos y telégrafos, cometiendo actos de desafío ostentoso, tales como pintar esvásticas en las chimeneas de algunas fábricas o en los riscos de las montañas, y pegar carteles en las calles y plazas. El Gobierno temía que una represión demasiado severa llegase a provocar un levantamiento que pudiera arrastrar a todo el país y la policía se encontraba incapaz de dominar a las bandas criminales que constituían la base del poder del partido.

Le resultó imposible al Gobierno, apoyado solamente por un tercio de la población, resistir la presión de los nazis y de Hitler. Con la esperanza de crear un gobierno que contase con el apoyo de los nacionalsocialistas y del Heimwehr, Dollfus anunció en septiembre de 1933 su plan para formar un «Estado corporativo cristiano» derivado de las teorías de Spann y Vogelsang. Con el fin de reemplazar al Heimwehr y al Partido Socialcristiano por una organización dominada por la tradición parlamentaria, Dollfus creó el «Frente Patriótico» y un grupo paramilitar que contrarrestase la posible oposición de la Derecha y de la Izquierda. Un decreto disolviendo todos los partidos políticos menos el Frente Patriótico fue seguido de choques entre los socialistas y la policía y por serios levantamientos de aquellos en Linz, Graz, Steyr, Bruckam Mur, Innsbruck y Viena. Pero el 12 de febrero de 1934, las fuerzas del Gobierno ayudadas por tropas del Heim-

wehr, bombardearon y tomaron la ciudadela de los socialistas en Viena, la famosa «Casa del progreso de Karl Marx»; casi todos los dirigentes socialistas fueron hechos prisioneros o expatriados. Esta acción invalidó por completo a Dollfus para lograr el apoyo de las clases trabajadoras con el fin de combatir a los nazis. El gobierno sindicalista fue sustituido por las uniones socialistas y, como gesto hacia el Heimwehr, nombró a Starhemberg vicecanciller, sustituyendo a Frey, que había permanecido en el cargo desde 1933.

En abril de 1934, Dollfus estableció la nueva Constitución y dimitió, incapaz de mantener la independencia del país y crear un gobierno efectivo. Su principal fuente de inspiración estaba constituida por teorías católico-austríacas de la *Sozialreform*; Spann desdeñaba la mezcla de elementos corporativos, católicos autoritarios, románticos, liberales y parlamentarios, como una interpretación torcida de sus ideas, cuyo universalismo católico aparecía en las premisas «Dios conocido como la autoridad constituyente». Pero las fuerzas e individuos que favorecían la nueva Constitución tenían diferentes motivos. Los pragmáticos dirigentes del Heimwehr consideraban la idea de Stände como arma intelectual necesaria para luchar contra el marxismo y el nacionalsocialismo. Para los industriales, el Frente Patriótico era la fachada tras la cual las prácticas capitalistas que el Estado corporativo intentaba abolir resultarían inmunes. Las radicales reformas sociales y económicas presentadas por los sinceros partidarios del nuevo sistema nunca fueron llevadas a la práctica, y la Constitución quedó como una vacía muestra de la victoria del *Sozialreform*. Una lista de los principales grupos que apoyaban a Dollfus nos da idea de la gran diversidad de la Derecha conservadora de los socialcristianos: el Heimwehr, las tropas de choque de la Marca Oriental, la Acción Austríaca, la escuela de Spann, la escuela de Vogelsang, los socialistas creyentes, la Liga de la Libertad y varias pandillas que gravitaban alrededor de éstas. A todos cubría el Frente Patriótico. Pero la mayoría de las altas jerarquías de la Iglesia que generalmente apoyaban al Gobierno, eran viejos conservadores que no estaban muy de acuerdo con la asociación de los derechistas de Dollfus.

Al mismo tiempo que promulgaba la Constitución corporativa, Dollfus intentó, obligado por la amarga necesidad, llegar a un acuerdo con los nazis. Hitler y los dirigentes exiliados, Proksch y Habicht, solicitaron la admisión de sus ministros y que fuesen convocadas nuevas elecciones, pero para Dollfus eran demasiadas exigencias. Los dirigentes emigrados prolongaron las conversaciones, aun estando fuera de la ley, porque esto desconcertaba y desmoralizaba a los partidarios del Gobierno. En las negociaciones los nazis mostraron su lado «moderado», mientras que los activistas ilegales seguían maquinando para tomar el poder por medios violentos. Los nazis también negociaron con Frey y con Starhemberg, por un lado con conocimiento del Gobierno y por otro sin él. Cada facción del Heimwehr con-

sideró la posibilidad de un *putsch* viendo que se conseguiría la victoria con el apoyo nazi. Arthur Seyss-Inquart, abogado católico y vienés a su manera, que ocupó una posición peculiar en el Heimwehr y en el partido nazi, se convirtió en un activo intermediario, en contacto con Dollfus y el Heimwehr, con el *Landesleitung* en Munich y con Goering y Hess en Berlín. La situación anómala del Gobierno austríaco, negociando con los enemigos de la independencia de su país para impedir que los socialistas, entonces completamente opuestos al *Anschluss,* alcanzaran el poder, continuó hasta la invasión de los alemanes en el año 1938.

En julio de 1934 los terroristas nazis estaban dispuestos a ir a la huelga. Los dirigentes de partidos ilegales que a su vez eran fanáticos de Munich preferían un desesperado ataque frontal al Gobierno que las continuas discusiones. Convencido de que solamente con un buen empujón caería el Gobierno de Dollfus, Habicht se dedicó a una labor de neutralización en el seno del ejército austríaco por medio de la subversión e intentó atraer políticamente a un buen número de trabajadores. Un grupo de seguidores de los nazis se encontraba entre los mineros y la industria pesada de la Alta Styria, o principalmente en las grandes fábricas de Donawitz; con el fin de conseguir un Gobierno germano, los nuevos propietarios alemanes de la industria de la Alta Styria Alpina ayudaron a los nazis. En febrero la matanza incrementó la influencia nazi siendo difícil determinar el número de trabajadores que se afiliaron a ellos, ya que, probablemente, lo que deseaban era poder evitar que los obreros se declarasen en paro por medio de una huelga general. El plan de Habicht contaba con la indiferencia de las masas, no con una revuelta nacional contra Dollfus. Estaba seguro de que la población aceptaría el *fait acompli* de un cambio repentino.

Los nazis intentaban establecer un gabinete seudoburgués presidido por el astuto Rintelen, que había cultivado cuidadosamente su reputación de «puro» entre los provincianos *Kleinbürger* católicos, que siempre se reservaban los puestos claves para sí. Habicht llevó a cabo una docena de entrevistas con Rintelen cerca de Roma en marzo de 1934, y le halló dispuesto a cooperar. Por ironía del destino, el dirigente nazi austríaco era un «moderado» a quien disgustaban los rufianes de las SA con sus botas claveteadas. El partido ilegal, sin embargo, estuvo siempre controlado por desesperados, dinamiteros, borrachos y camorristas.

El 6 de junio de 1934 Hitler sostuvo una entrevista con Habicht en Berlín. No se conservan documentos acerca de lo que trataron pero, al parecer, Habicht defendió la teoría de que un golpe de Estado les daría la victoria y Hitler estuvo de acuerdo. Habicht se puso en contacto con los dirigentes ilegales del partido nazi en Zurich, incluido el coronel de las SS Fridolin Glass, comandante del regimiento SS que acaudillaría el *putsch.* Existen muchos aspectos oscuros sobre este asunto. Ciertamente el golpe era tan deseado por el partido de Munich como por los dirigentes ilegales de

Austria; cada facción insistía en que la otra entrara en acción, y parece ser que los grupos de Munich dejaron la tarea de establecer el tiempo y lugar a los líderes del interior de Austria, en especial a las SS de Viena. Hitler probablemente nunca fue muy optimista en cuanto al resultado, pero estaba demasiado ocupado con el rearme y la crisis disciplinaria de las SA, por lo cual dejó los asuntos austríacos en manos de los exiliados.

Los nazis pensaron que el mejor medio sería esperar a que el gabinete del Gobierno estuviera un día reunido para que un grupo reducido de hombres se apoderase de ellos. En julio pareció llegar el momento preciso. El Gobierno estableció la pena de muerte para todo aquel que poseyese explosivos; esto afectaba a toda la organización ilegal nazi. De común acuerdo, los dirigentes nazis planearon la ocupación de la cancillería durante una reunión del gabinete, el 24 de julio; Rintelen formaría un nuevo Gobierno, noticia que sería emitida por radio, y el presidente debería ser arrestado en su casa de campo de Carinthia.

El *putsch* tuvo que retrasarse un día, lo que produjo cierta confusión. El 25 de julio de 1934, 154 hombres armados y con uniformes de policía, miembros del batallón número 89 de las SS de Viena y muchos de ellos antiguos militares expulsados como nazis, ocuparon la cancillería. Otro grupo se apoderó de la emisora de radio y difundió la noticia de que Dollfus había dimitido y que su sucesor era Rintelen. Se sucedieron levantamientos en varias ciudades de Styria, Carinthia y la Alta Austria; sin embargo, sólo dos de los altos oficiales de la cancillería se pusieron de su parte, el mayor Frey y el secretario de estado Karwinsky, por lo tanto, el plan de capturar al Gobierno en peso falló en sus comienzos. Los nazis intentaron obligar por las armas al gabinete a efectuar el nombramiento de Rintelen como canciller, y cuando Dollfus intentó escapar por una puerta lateral que daba a los archivos de Estado, un antiguo sargento de policía, Otto Planetta, disparó contra él a sangre fría; se pidió un médico y un cura, pero se negaron a dejarlos venir y a las dos horas Dollfus dejaba de existir. Entretanto Rintelen esperaba en el Hotel Imperial.

Los restantes miembros del Gobierno reaccionaron en seguida. El presidente nombró por teléfono al hasta entonces ministro de Educación, Kurt von Schuschnigg, canciller provisional; Starhemberg se apresuró a volver de Italia y fuerzas de la policía y del ejército rodearon la cancillería. En el interior los rebeldes esperaron en vano la llegada de Rintelen, y se rindieron después de algunas horas de conversaciones con representantes del Gobierno.

Planetta y otros cinco fueron ejecutados. El fracaso del *putsch* fue un severo golpe para todo el movimiento nacionalsocialista y las recriminaciones entre los moderados y terroristas dividieron peligrosamente al partido; se ponía en claro que la política de incendios y bombas no era suficiente para alcanzar el poder. Aun cuando el partido germano se hizo más con-

formista y alcanzó posiciones elevadas, los nazis austríacos todavía se comportaban como personajes de un guión de cine de Goebbels, sacrificando sus carreras y bienes, cometiendo en cuanto tenían ocasión actos de violencia sin sentido y comprendiendo únicamente las divisas de los discursos del Führer. Su fracaso mostró a Hitler la locura de haber abandonado el movimiento austríaco en manos de Habicht y le convenció de que el *Anschluss* tendría que conseguirse con el poder alemán. El embajador alemán en Viena fue sustituido por Franz von Papen, que inmediatamente pidió a Hitler la expulsión de Habicht y se dedicó a tratar de alcanzar los objetivos nazis por medios pacíficos.

Intencionado o no, el asesinato de Dollfus, el complot y las revelaciones que siguieron sobre el trato particularmente cruel con que las SS se vengaron de su principal enemigo, produjo una profunda impresión en el pueblo austríaco, enajenándoles muchas simpatías. A pesar de que los activistas extremados, hombres que aceptaban el asesinato como arma política, eran muy influyentes en la SA y en las SS, probablemente se encontraban en minoría, como el resto de la población.

El 30 de julio Schuschnigg fue nombrado oficialmente canciller por el presidente Miklas; como heredero de Dollfus se encontró con todos los problemas de su antecesor y por añadidura, tuvo que continuar la represión, tanto de los socialistas que se hallaban en la ilegalidad como de los nazis, manteniendo al Heimwehr en su sitio como garantía contra un *putsch* del mismo Heimwehr. El antagonismo entre los dos movimientos que compartían el Gobierno, el Heimwehr y los católicos conservadores, ambos antinazis y antidemocráticos, representaban para Schuschnigg una dificultad más para la solución de los problemas. Los líderes del Heimwehr, Frey y Starhemberg poseían un aplastante poder material sobre su rival, pero Schuschnigg intentó destruir la preponderancia militar de sus rivales con la ayuda de Mussolini. Necesitaba una política extranjera de apoyo militar para contrarrestar la presión alemana y la oposición interna le obligó a seguir el «curso italiano», prácticamente igual que Dollfus. La colaboración con Francia y la Pequeña Entente estaban fuera de discusión debido a la antipatía popular hacia las potencias del tratado de paz, y era un hecho real el que los nazis habían logrado una propaganda efectiva sin recurrir a la política pro-checa o filo-francesa. Sin embargo, la alianza de Schuschnigg con Mussolini envolvió a Austria en la atrevida política de Italia y Hungría, separándola de los países del Oeste y de la Pequeña Entente. La situación económica se agravó en el interior y Schuschnigg se vio obligado a hacer subir el bienestar del pueblo mediante el aumento numérico de empleos y la regulación de impuestos así como a proporcionarles una esperanza para el futuro.

Durante los quince meses siguientes el Gobierno estableció la nueva estructura corporativa de las instituciones públicas y privadas. En la industria

privada se formaron asociaciones voluntarias bajo guía gubernamental para estimular la actividad y para negociar con los representates del único sindicato oficial. Las corporaciones de empleados del Estado, artesanos, empleados de banca, trabajadores de la agricultura, explotación forestal, negocios y comunicaciones, quedaron establecidos bajo un Estatuto de Corporaciones fechado el 5 de junio de 1935. Las dietas provinciales se reorganizaron sobre bases corporativas. Estas medidas le aseguraron el apoyo de la joven generación de derechistas conservadores socialcristianos, como al hombre que intentaba con sinceridad llevar a cabo su objetivo.

Schuschnigg contrarrestó la fuerza militar de sus aliados del Heimwehr creando su propia fuerza. Una ley de diciembre de 1934 ordenaba al ejército la más absoluta neutralidad en materia política y Schuschnigg asumió el cargo de comandante en jefe. En octubre de 1935 se sintió lo suficientemente fuerte para hacer dimitir al mayor Frey del Ministerio de Seguridad; en abril de 1936 introdujo el servicio militar obligatorio, y en mayo obligó a Starhemberg a renunciar a sus cargos de vicecanciller y presidente del Frente Patriótico. En octubre disolvió el Heimwehr e hizo ingresar a sus miembros en su propia organización paramilitar, el llamado *Front-Miliz* derivado del Frente Patriótico, proclamándose a sí mismo *Front-Führer*. Los dirigentes del Heimwehr intentaron por todos los medios impedir semejante desintegración, pero Schuschnigg estaba apoyado por Mussolini, y ellos estaban demasiado divididos y eran demasiado ineptos como políticos para lograr derrocarlo por las armas o por la intriga.

Una vez arrebatado al Heimwehr el monopolio de la fuerza, Schuschnigg se puso a trabajar para lograr el apoyo de los conservadores católicos que no se sentían muy satisfechos con el sistema corporativo. En octubre derogó las leyes contra los Habsburgo y alimentó las esperanzas de los monárquicos y de todos aquellos que todavía soñaban con los días gloriosos anteriores a 1914. Hacia 1936, Schuschnigg se había convertido en el dueño del campo antinazi y antisocialista.

Sin embargo, subsistía el problema de qué hacer con los nazis. El golpe producido por el asesinato de Dollfus hizo posible su enérgica supresión. Hitler, desconcertado por el fracaso del *putsch*, deseaba no verse mezclado en ello para no levantar sospechas entre las potencias del Oeste acerca de sus verdaderos designios. El *Landesleitung* fue nominalmente disuelto y el Gobierno germano se desentendió de toda conexión con los nazis austríacos, cuyos miembros moderados lamentaban y condenaban ahora la insensatez de Habicht y su violencia, que habían llevado al partido al desastre.

A finales de 1934, Schuschnigg y un comité de nacionalsocialistas «moderados» comenzaron una serie de discusiones que duraron varios meses. Los nazis pedían la recuperación de los escaños que habían ganado en 1932 y que les habían sido arrebatados por Dollfus; pedían la disolución del Heimwehr, como se haría en 1936, la admisión de los nacionalsocialistas

como grupo compacto dentro del Frente Nacional (que se llamaría Frente Germano), nuevas elecciones y la libertad de los nazis encarcelados. Schuschnigg estaba casi dispuesto a aceptar una «línea alemana» si ello satisfacía a los nazis moderados, es decir, a los antiguos afiliados al «Grossdeutsche», pero las conversaciones fracasaron ante la insistencia de que los nacionalsocialistas jurasen fidelidad a Austria, abandonasen el *Anschluss* y realizasen la promesa de no asociarse fuera del Frente Patriótico. La oposición de Starhemberg y Mussolini agravó las reservas de Schuschnigg. A pesar del fracaso de las negociaciones, Schuschnigg nunca dejó de cortejar a los nazis moderados intentando conseguir su adhesión al Frente Patriótico y, como muestra de benevolencia, de tiempo en tiempo fue dando libertad a algunos de ellos que todavía permanecían en prisión.

Los sentimientos entre los nazis moderados y los terroristas parecían ser bastante rencorosos, pero en realidad sus relaciones aparecen bastante oscuras y su enemistad parece ser más bien un ardid. Hitler conocía, por supuesto, el verdadero aspecto de la cuestión y a buen seguro que debió fomentar las rivalidades internas para sus propios propósitos o para confundir al Gobierno austríaco. Cuando las negociaciones aún continuaban, el Gobierno aflojó su severidad y en Navidades de 1934 liberó a dos mil quinientos nazis del campo de Wöllersdorf. La mayor parte de ellos se fueron a Alemania y se unieron a los emigrados extremistas de Baviera. De hecho, cualquier concesión favorecía generalmente a los extremistas y no a los moderados. Aparentemente también el Gobierno germano era «moderado», pero probablemente Hitler esperaba ayudar a los extremistas austríacos, en último recurso, con el ejército alemán. Su aparente repudio de Habicht distrajo la atención internacional y aplacó los temores de franceses, británicos e italianos, hasta que la situación internacional fue más favorable a Alemania. Mientras tanto, los extremistas se veían abandonados por la necesidad que tenía Hitler de unas condiciones internacionales de paz y por la inclinación de Schuschnigg al compromiso.

Aunque la política nazi en pos del poder no había tenido éxito, la incapacidad del Gobierno a la hora de suprimir el partido fue un factor importante en la situación política después de 1935. Una supresión efectiva hubiera sido imposible por varias razones: el partido nazi creó una organización extraordinariamente eficiente durante su «período legal» de 1926 a 1933, penetró en amplios e influyentes círculos de la vida austríaca, mientras la división del pueblo en dos campos acerbamente hostiles capacitó a una minoría bien disciplinada para el ejercicio de una desproporcionada influencia y, finalmente, la presión e intrigas alemanas eran demasiado fuertes para ser resistidas por un pequeño país, económicamente hundido y diplomáticamente aislado. Al ser declarado fuera de la ley se limitó a permanecer en la sombra y, con ayuda alemana, se reorganizó como grupo subversivo. Los fondos y las órdenes se transmitían en conferencias secretas

que tenían lugar en las fronteras bávara, checa y húngara, por el eficiente servicio de correos alemán o por los «visitantes» alemanes. Los correos llevaban frecuentemente las órdenes escondidas en los ribetes de sus sacas de correspondencia, y el dinero se enviaba a través de la cuenta de hombres de negocios austríacos nazis que llevaban a cabo las operaciones bancarias como transacciones normales; un tercer medio era la Embajada alemana. En 1936, la policía austríaca estimó que fueron enviados desde Alemania al partido ilegal unos 200.000 marcos, equivalentes a unos 200.000 dólares de ahora, sin contar con las aportaciones locales.

La organización estructural también permaneció intacta. Las SS, las Juventudes Hitlerianas, las células profesionales y un frente de organizaciones académicas se infiltraron entre sus rivales —principalmente entre el ejército y los servicios de seguridad— y prosperaron en la ilegalidad.

Los nazis austríacos emplearon todos los medios de propaganda a su alcance, desde carteles pegados en las calles hasta folletos con la ideología del movimiento; pasaron de contrabando ejemplares de periódicos prohibidos por las fronteras de Alemania y Checoslovaquia con ayuda del partido sudete alemán de Konrad Henlein. También había imprentas clandestinas en la misma Austria. Morawetz, el mayor distribuidor de prensa en Austria, estaba afiliado al partido nazi. Al encontrarse el partido en la ilegalidad en 1933, su director de propaganda se quedó en Viena y continuó la publicación del *Oesterreichischer Beobachter* en secreto. El vulgar y violento *Deutsch-Oesterreichischer Nachrichten* se editó en Munich bajo supervisión de Habitch. Los periódicos ilegales se editaban en un tipo miniatura, en papel transparente y formato reducido. Una hoja impresa a multicopista, *Illkor* (abreviación de *Illegale Korrespondenz*), se especializó en sabotajes a los planes gubernamentales. Era editada en Budapest por un periodista austríaco fugitivo, y distribuida por correo a todos los representantes de la prensa extranjera, a hombres de negocios y a embajadas y delegaciones extranjeras. Los cuarteles generales de propaganda nazi también empezaron a crear una campaña destinada a difundir entre el público la duda y la aprensión.

El éxito de los extremistas al mantener al partido en acción, unido a las victorias alemanas en asuntos exteriores, descorazonó a los moderados y desplazó el centro de gravedad del apoyo popular hacia los partidarios de la violencia. La vuelta de Habitch a los cuarteles de Munich alentó a los extremistas; la Legión Austríaca en Alemania llevaba a cabo maniobras de ataque en la frontera, mientras la radio alemana incrementaba sus ataques al Gobierno austríaco. En febrero la policía austríaca descubrió los planes de un nuevo *putsch* y al año siguiente, en 1936, el emigrado *Landesleitung* ordenó una parcial supresión del terrorismo. Durante estos meses el Gobierno alemán estuvo bombardeando al austríaco con demandas de que cesara en la persecución contra los nazis y otorgase una adecuada representación en el Gobierno a los «elementos nacionales».

La invasión de Etiopía por Mussolini en 1935 fue funesta para Austria, porque estableció las bases de la sumisión italiana a los planes de Hitler. La alianza con Italia le costó al país la amistad con las potencias del Oeste y de la Pequeña Entente y lo puso al lado de los dictadores italiano y húngaro. Las derrotas de Mussolini en África y los compromisos de éste en la guerra española llevaron a la formación de un eje Roma-Berlín que empezó con el acuerdo austríaco el 26 de octubre de 1936. El Estado alpino se convirtió en el primer sacrificado a la «brutal amistad». Schuschnigg quedó sorprendido, en marzo, al descubrir que Mussolini estaba mucho más unido a Hitler de lo que se imaginaba, y su situación pasó a ser crítica cuando el Duce le apremió a entablar un acuerdo con Alemania. En 1934 los italianos habían llegado hasta el Brennero para apoyar a Austria contra Alemania, pero esto pertenecía al tiempo pasado.

Schuschnigg no tuvo más remedio que firmar el 11 de julio de 1936 el acuerdo germano-austríaco con el fin de lograr una normalización temporal de las relaciones. El Gobierno alemán se comprometía a respetar la independencia de Austria y Schuschnigg prometía emprender una política favorable al «Estado alemán». Cada uno prometió no interferirse en los asuntos internos del otro país y a cooperar en el mantenimiento de la paz en Europa Central.

El acuerdo de julio en lugar de fortalecer la posición de Schuschnigg y del Frente Patriótico, marcó el nacimiento de un brillante porvenir para los nazis austríacos. Emergieron por todas partes como grupo privilegiado a despecho de la proscripción del partido. La promesa de Hitler de no interferirse en los asuntos internos de Austria se vio compensada por la libertad de acción que obtuvieron los nazis austríacos con la admisión de los turistas alemanes y la entrada de periódicos y bienes. Al poco tiempo Schuschnigg firmó otro acuerdo por el que se comprometía a dejar entrar en el Gobierno a dos «declarados nacionalistas» y a otorgarles su confianza: el general Von Gleise-Horstenau y el doctor Guido Schmidt; por otra parte, comenzó a liberar paulatinamente a los dos mil quinientos prisioneros nazis. Por entonces el partido ilegal ya había llevado a cabo su principal objetivo, que ya no consistía en derribar al Gobierno austríaco, sino en ponerle obstáculos en sus relaciones con el alemán. El oficial germano de las SS y secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín, Wilhelm Keppler, se encargó del asunto austríaco.

Aun cuando Von Papen y el Gobierno alemán siguieran trabajando paso a paso para conseguir el *Anschluss* y para obligar a los austríacos a abandonar las líneas defensivas una tras otra, el partido ilegal continuó con sus prácticas de terrorismo. Como había sucedido anteriormente, los moderados y los extremistas apoyaron a los alemanes, en parte por política y en parte porque, al parecer, existía alguna división en la jerarquía berlinesa. Neurath y Keppler, de Asuntos Exteriores, aconsejaban a Seyss-Inquart que aban-

donase el terrorismo ilegal; Goering y Hess objetaban que el grupo de Seyss no obtenía suficientes concesiones de Schuschnigg, y el general Reinhard Heydrich, del Alto Mando de las SS, declaraba que los moderados de Seyss arruinarían el partido revolucionario de Austria y separarían al partido austríaco del alemán.

Para la historia de la Derecha el interés del período 1936-1938 radica en la lucha que se desarrolló entre los elementos moderados del partido nazi y los extremistas por alcanzar el control del mismo, sumado a la relación de las dos facciones con el Gobierno austríaco. Tras la disolución del Heimwehr en 1936 y la absorción de sus miembros por el Frente Patriótico y los nazis, Schuschnigg unió prácticamente en su campo a toda la Derecha antinazi. La capacidad y personalidad de los diferentes líderes derechistas Schuschnigg, Frey, Starhemberg, Seyss-Inquart, Josef Leopold, Alfred Frauenfeld y otros, tuvo mucho que ver con la balanza interna del poder en Austria, pero los acontecimientos extranjeros fueron quienes decidieron los desarrollos importantes. En noviembre de 1936, aunque oficialmente apoyaba a los moderados, Hitler ayudó a los herederos del *putsch* de 1934, poniendo al notable Leopold a la cabeza del partido en Austria, con Leo Tavs, partidario del terrorismo, como diputado, y presentando en la radio alemana al extremista Frauenfeld como «Gauleiter de Viena».

La infiltración nazi en el Frente Patriótico y las nuevas hermandades económicas e industriales del Estado corporativo progresaron intensamente en 1937. Ferrocarriles, correos, telégrafos, electricidad, sal, tabaco, todo era monopolio estatal. Los transportes urbanos, la electricidad de las ciudades, el gas y el agua lo eran de los municipios; los nazis se emplearon en las empresas públicas. Un buen porcentaje de jueces locales apoyaban las ideas nazis; los maestros y administradores de las escuelas también pertenecían a la organización ilegal, y un «Soldatenring» nazi se amplió enormemente con la ayuda de dos oficiales austríacos que llegaron a ser generales de la *Wehrmacht*. La Asociación de Ayuda Nacionalsocialista —*NS Hilfsverein*— fue una agencia del Gobierno para ayudar a los refugiados austríacos en Alemania, a la que más tarde, en 1936, se le permitió abrir una oficina en Viena por medio de la cual se distribuían subsidios y propaganda nazi. Éste es un ejemplo más de lo que logró la presión alemana.

El partido comenzó a introducirse entre el campesinado socialcristiano a principios de 1937, especialmente en las montañas de Styria y en sectores de la Alta y Baja Austria, donde al parecer se dedicaron a la propaganda de mejoras económicas. Por otra parte, la dependencia del país respecto a los mercados alemanes posibilitaba a los nazis la extensión de su influencia en la agricultura y la industria. En 1937 la industria del cine pertenecía en su totalidad a los alemanes y se consideraba injurioso para un actor o una actriz hablar mal de los nazis. En 1936 casi toda la industria publicitaria estaba en manos de los alemanes, equivalente a nazis, y la influencia ger-

mana en el campo de la Banca y de los Seguros era tan grande que el Estado tuvo que nombrar funcionarios especiales como medio de protección frente a sus actividades. Hacia 1937 el proceso de infiltración ya había llegado hasta el último rincón importante de Austria. Cuando el Gobierno empezó a incautarse o a cerrar algunas empresas, no sirvió más que para favorecer a los nazis y hacer aparecer al Gobierno austríaco como único responsable de las dificultades económicas del país. Como resultado adicional, a causa del incremento de las restricciones después del acuerdo germano-austríaco, el partido ilegal se había atrincherado todavía más al cabo de un año.

La situación internacional mejoró rápidamente desde el punto de vista nazi. El eje Roma-Berlín se formó en octubre de 1936, y en noviembre se concluyó el germano-japonés, para contrarrestar la alianza franco-rusa. La Sociedad de Naciones fue blanco de fuertes ataques y las potencias del Este no se encontraban en situación de luchar por la independencia austríaca.

Los esfuerzos de Schuschnigg por asegurarse un mayor apoyo de los moderados en febrero de 1937, apoyando la vuelta de los Habsburgo, encontró una fuerte oposición en Hitler y enfureció a los extremistas nazis, que pidieron a Berlín mano libre para desencadenar una ola de terrorismo. Cuando el ministro alemán de Asuntos Exteriores visitó Viena en febrero, fue recibido por gigantescas demostraciones nazis. Schuschnigg expulsó al ministro de Seguridad Pública pro-nazi, Neustädter-Stürmer, en marzo, pero unos meses más tarde hubo de ceder ante la ira de Hitler y admitir en el gabinete a dos nazis, Seyss-Inquart y Eduard Pembauer, este último como ministro de «Pacificación Política», que, en realidad, significaba nazificación. Cierto número de organizaciones nazis clandestinas, tales como el «Ostmärkischer Volksverein» o Sociedad del Pueblo de la Marca Oriental, surgieron bajo nuevas denominaciones. La posición menos represiva del Gobierno para obtener el apoyo de los moderados fue aprovechada por Leopold para establecer abiertamente en Linz y Viena un partido nazi que recogía fondos sin ninguna interferencia oficial y que se llamó Partido Nacional Provisional, pero no era más que un órgano del terrorismo. La confusión reinante en aquellos días se evidencia en el hecho de que el juicio de treinta y un hombres de las SS en Viena, acusados de terrorismo, dio comienzo el mismo día en que Seyss-Inquart entraba en el gabinete. Las demostraciones nazis masivas, claramente dirigidas desde Alemania y apoyadas por una red de células clandestinas, hicieron oscilar a toda la Alta Austria. La única solución para el Gobierno, si quería dominar la situación, era declarar la ley marcial.

Los cuarteles del partido en Munich pretendían apoyar a Von Papen para poner un *Gauleiter* ilegal en Austria, pero en secreto apoyaban a Leopold. Goering censuró a éste en octubre por haberse excedido en sus actos de terrorismo, pero Leopold continuó recibiendo subsidios y órdenes a este

objeto desde Munich, y después del fracaso de 1937, empezó a preparar a las SS y SA de Viena para organizar un *putsch* armado.

En la primavera de 1937, Schuschnigg permitió a un grupo de nazis vieneses la formación de lo que se conoció como el «Comité de los Siete» para promover la cooperación política entre el Frente Patriótico y la «oposición nacional». Leopold, Tavs y otros extremistas se infiltraron en el Comité y lo convirtieron en el centro de un grupo radical que rechazó toda política de compromiso. En junio de 1938, la policía invadió el local y encontró los planes de una sublevación armada, el llamado plan Tavs. Como era evidente que el grupo de seguidores de Tavs no hubiera conseguido nada por sí solo, se supone que todo fue planeado de acuerdo con la política de Hitler, para obligar a Schuschnigg a tomar medidas de represalia y así dar a Alemania un pretexto para intervenir. (El asesinato de Papen en su legación por un grupo de rufianes nazis y del que se acusó a los monárquicos, formaba parte de un plan de Hitler para explotar la fobia popular hacia la restauración. La muerte de Papen sería la excusa para la intervención y eliminaría a los defensores de la acción gradual.) Este esquema de lo sucedido muestra claramente que se llevó a cabo con el apoyo de las más altas esferas nazis y, aunque nunca se han sabido los nombres de sus autores, todas las apariencias señalan a Rudolf Hess.

Durante 1937 los últimos acontecimientos radicales ocurridos en las altas esferas del ejército alemán y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que aseguraron a Hitler el mando supremo del ejército y a Joachim von Ribbentrop la cartera de Asuntos Exteriores, fueron los signos de que Hitler pronto estaría preparado para llevar a cabo importantes cambios y que la liquidación de Austria probablemente tendría lugar a principios de 1938. Cuando Ribbentrop volvió de Roma dio seguridades a Alemania de poder actuar frente a Austria sin ninguna limitación, tan pronto como la conjunción de los planes de Hitler relativos a la política europea del Oeste con el Este lo hicieran necesario. Schuschnigg se encontró solo y aislado.

En la Navidad de 1937 parecía evidente que se impusiesen conversaciones en Alemania. En enero fue invitado Schuschnigg a mantener una entrevista con Hitler en Berchtesgaden. Sin embargo, él continuaba sus negociaciones con los «moderados» y con los «nacionalistas declarados», en la creencia de que eran verdaderos austríacos y de que deseaban apoyar sinceramente al Frente Patriótico. El mismo día en que manifestó al enviado de Hitler que no podía hacer más concesiones, le ordenó a su colega Guido Zernatto que favoreciese las «conversaciones de tregua» con Seyss-Inquart. Fue típico de las extrañas alianzas de la Derecha austríaca el que Schuschnigg se sintiera prácticamente tan unido a Seyss, su enemigo más peligroso en Austria, como a Zernatto, su más leal partidario... Esta simpatía era, en parte, emocional pero también estaba influida porque ambos

compartían convicciones similares: ambos se creían fervientes patriotas, ambos preferían en última instancia un *Zusammenschluss* antes que un *Anschluss* (1), y estaban de acuerdo en no querer soportar los agravios de Hitler. Seyss, al igual que Schuschnigg, menospreció el carácter del Partido Nacional Austríaco, pero en febrero se dio cuenta de que, en realidad, no era más que un agente de Hitler; cosa que nunca le sucedió a Schuschnigg. Las últimas divergencias entre los puntos de vista originariamente paralelos de estos dos hombres da una idea del curso confuso de la Derecha austríaca.

Las decisiones finales sobre Austria se tomaron en Berlín sin participación de dicho país. El 12 de febrero de 1938, Schuschnigg prometió a Hitler ir a Berchtesgaden, libertar a todos los nazis encarcelados por actividades ilegales, admitir a algunos en su gabinete y abrir el Frente Patriótico a los miembros del partido. En una alocución radiada al país reafirmó la independencia de Austria. Sin embargo, los nazis austríacos, ahora confiados en el éxito, tomaron la ofensiva organizando serios disturbios en Graz y otros lugares de Styria. El Gobierno no podía dominar este abierto desafío a la ley sin invitar a la intervención alemana. Unos apresurados esfuerzos por lograr una reconciliación con los socialistas no tuvieron éxito.

Como último recurso, Schuschnigg anunció el 9 de marzo que se celebraría un plebiscito el próximo sábado para decidir sobre la independencia de Austria. Se distribuirían papeletas con el sí; todos aquellos que desearan responder no, tenían que aportar sus papeletas de forma específica. Los nazis organizaron un estado general de desorden. Hitler les forzó a actuar porque le interesaba presentar el 11 de marzo un ultimátum pidiendo que se propusieran las elecciones y la dimisión de Schuschnigg; las tropas alemanas empezaron a concentrarse en la frontera austríaca. Incapaz de resistir, Schuschnigg dimitió y Seyss-Inquart se convirtió en canciller. El 12 de marzo el ejército alemán invadió Austria y al día siguiente Seyss proclamó la unión del país con Alemania... El día 14 Hitler llegó a Viena y tomó posesión del *Ostmark*. Con el fin de la independencia de Austria, la Derecha dejó de existir como movimiento político.

Quedan por ofrecer algunas conclusiones de tipo general en cuanto a la naturaleza de la Derecha austríaca. Como categoría política la significación exacta del término se nos escapa debido a la complejidad, extensión e inconsistencia de los partidos políticos austríacos. El cuadro político del Imperio fue quizás el más complicado de Europa con la consecuente dificultad para poder ser comprendido, sobre todo la política anterior a 1918, que desembocó en la República. Incluso la evolución de los tres «campos» hasta llegar al *Anschluss* es también causa profunda de discusión. Se halla-

(1) *Zusammenschluss* es un acuerdo entre iguales, y *Anschluss* es una unión entre dos, en que uno de ellos permanece supeditado al otro.

ban constituidas por un programa seudoconservador, un odio extremo y la predilección por la violencia, pero es su esencia la que debe ser debatida. Era evidentemente algo más que una preferencia por una determinada forma de gobierno, y los intentos para identificarla con el autoritarismo, la reacción, el racismo o el fascismo no penetran en su complejidad. La abundante literatura ideológica de la Derecha austríaca debe considerarse como una promesa teórica de intenciones y un fraude descarado, o como la racionalización de hondas necesidades. Los grupos que la compusieron se interesaban por las ideas sobre la naturaleza de la sociedad, pero eran también presa de la emoción de las masas.

Las relaciones entre las doctrinas de los intelectuales y los programas y creencias de los movimientos populares, poderosos y esencialmente pragmáticos, siempre presentarán un enigma para los historiadores. Los teóricos socialcatólicos brindaron un arsenal de argumentos para atacar a la democracia capitalista y crearon una corriente de prevención contra ella en los ánimos de las masas socialcristianas, pero es difícil decir cuánto influyó esta posición en la debilidad del liberalismo austríaco y en su sistema parlamentario. Los principios nacionalistas y la influencia prusiana presentan el mismo problema. El historiador de la Derecha duda a la hora de decidir si los estudiantes del Burschenschaft y las ilegales SA, por ejemplo, creyeron y se comportaron como lo hicieron porque se habían convertido al odio y a la violencia por la lógica de las doctrinas del nacionalismo integral alemán, o llegaron a ser nacionalistas integrales y derechistas radicales por razones psicológicas que señalaban la necesidad de un estilo violento. La proporción cada vez mayor de jóvenes e individuos desplazados en los diferentes grupos derechistas y las tácticas oportunistas de los dirigentes sugieren que los principios eran menos importantes para la Derecha que la acción por sí misma.

Los dos movimientos de Derechas anteriores a 1918, el socialcristiano y el pangermano establecieron una política de intolerancia extendiendo la teoría de la violencia por una victoria total. Los orígenes ideológicos fueron bastante diferentes: uno residía en el pensamiento católico y socialcristiano y el otro en la doctrina de soberanía popular heredada de la Revolución francesa. Sin embargo, eran semejantes en su composición social: las filas de ambos contenían una alta proporción de desposeídos y amargados; la semejanza en composición se evidenció en sus denuncias, en su ideología y en las actitudes opuestas que tomaron en cuanto al papel que el Estado debía representar en lo tocante a religión y a la tradición imperial de los Habsburgo.

La Derecha católica fue siempre algo sentimental en relación con el *Alt-Oesterreich*; en cambio, la Derecha nacional-germana presentó un aspecto más radical, incluso cambios revolucionarios. Ambos fueron ambivalentes acerca de la violencia y el orden, el idealismo y la realidad, las masas

y las élites. Sus ideas sobre la legislación que establecerían si llegasen a alcanzar el poder eran igualmente vagas; sus dirigentes fueron semejantes en carácter y capacidad. Schönerer y los cerriles miembros socialcristianos de comienzos de los años noventa, la dictadura alegal nacionalsocialista y el Heimwehr estaban todos ellos cortados por el mismo patrón. Su especialidad era el valor físico y la acción, y muy poca su destreza política. El balance de semejanzas es probablemente más significativo que el de diferencias, aunque sus miembros lucharon unos contra otros por las calles y los dirigentes católicos, al sobrevenir la victoria de la Derecha nacional germana, fueron enviados a los campos de concentración.

Un factor decisivo fue la ayuda extranjera que ambas tendencias recibieron después de 1933. El Heimwehr dependía de los subsidios y apoyo ideológico de los fascistas italianos, mientras que los nazis austríacos dependían de Hitler.

El poder de la Derecha para alarmar a las autoridades residió no tanto en el número de sus miembros, en su temeridad o en la debilidad de los tres campos políticos —el conservador social-cristiano, los socialistas y el nacionalismo germano— para alcanzar un consenso, como en el hecho de que la mayoría de los gobiernos austríacos tuvieron casi siempre a la mayor parte de la población en contra o se vieron obligados a asegurarse el apoyo popular a través de coaliciones inestables. Los derechistas fueron siempre incapaces de alcanzar por sí mismos el poder. Antes de 1919 se encontraban completamente impotentes y después de dicho año fracasaron una y otra vez en sus intentos de hacerse con el poder, no consiguiéndolo hasta que el Heimwehr decidió aliarse con los socialistas y nazis, y ante este peligro el Gobierno se vio en la necesidad de apoyarlo temporalmente. El partido ilegal nazi también se mostró incapaz de ganarse el apoyo de la mayoría popular y de derrocar al gobierno sin la ayuda alemana. Lo único que la Derecha hizo con verdadero talento fue la propaganda, a pesar de que, con sus métodos, levantó una revuelta que puso al pueblo en contra de sus ideas y de sus actos.

La Derecha ayudó a desacreditar al gobierno parlamentario, lo mismo bajo el Imperio que bajo la República, pero la decadencia del parlamentarismo austríaco fue un fenómeno complejo cuya responsabilidad no puede atribuírsele por completo a la Derecha. Si la Derecha fue la causa o síntoma de la creciente exclusión de muchos valores de la civilización occidental en la Austria posterior a 1890, sus formas autoritarias e intolerantes de socialismo e igualdad, su dependencia en la fanática intervención de las masas y la instauración del oportunismo como principio, proporcionaron una siniestra advertencia de lo que se podía esperar de un régimen totalitario.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAYER-BECK, JOHANN C.: *Vogelsang*. Viena, 1952.
Beiträge zur Geschichte und Vorgeschichte der Julirevolte. Viena, 1934.
BENEDIKT, HEINRICH, ed.: *Geschichte der Republik Oesterreich*. Viena, 1954.
BILGER, FERDINAND: *Die Wiener Burschenschaft Silesia von 1860 bis 1870: Ibre Bedeutung für die Anfänge der deutschnationalen Bewegung in Oesterreich*. Heidelberg, 1911.
DIAMANT, ALFRED: *Austrian Catholics and the First Republic. Democracy, Capitalism, and the Social Order, 1918-1934*. Princeton, N. J., 1960.
EDER, KARL: *Der Liberalismus in Oesterreich*. Viena, 1952.
EICHSTÄDT, ULRICH: *Von Dollfuss zu Hitler*. Wiesbaden, 1955.
FRANZ, GEORG: *Der Liberalismus. Die Deutsch-Liberale Bewegung in der Habsburgischen Monarchie*. Munich, 1955.
FUCHS, ALBERT: *Geistige Strömungen in Oesterreich*. Viena, 1949.
FUNDER, FRIEDRICH: *Als Oesterreich den Sturm Bestand*. Viena, 1955.
— *Vom Gestern ins Heute*. Viena, 1954.
GEHL, JURGEN: *Austria, Germany and the Anschluss, 1931-1938*. Londres, 1963.
GULICK, CHARLES A.: *Austria from Habsburg to Hitler*. Berkeley, 1948. 2 vols.
HANTSCH, HUGO: *Die Nationalitätenfrage im alten Oesterreich*. Viena, 1953.
HITLER, ADOLF: *Mein Kampf*. Munich, 1925.
Hochverratsprozess gegen Dr. Guido Schmidt, Der. Viena, 1947.
JEDLICKA, LUDWIG: *Ein Heer im Schatten der Parteien*. Graz, 1955.
JENKS, WILLIAM A.: *Vienna and the Young Hitler*. Nueva York, 1959.
KANN, ROBERT A.: *The Multinational Empire, Nationalism and Reform in the Habsburg Monarchy*. Nueva York, 1951. 2 vols.
KUPPE, RUDOLF: *Dr. Karl Lueger. Persönlichkeit und Wirken*. Viena, 1947.
LANGOTH, FRANZ: *Kampf um Oesterreich*. Wels, 1951.
MAYER-LOEWENSCHWERDT, ERWIN: *Schönerer der Vorkämpfer. Eine politische Biographie*. Viena-Leipzig, 1939.
MOLISCH, PAUL: *Die Deutschen Hochschulen in Oesterreich und die Politisch-Nationale Entwicklung nach dem Jahre 1848*. Viena, 1939.
— *Geschichte der Deutschnationalen Bewegung in Oesterreich von ihren Anfängen bis zum Verfall der Monarchie*. Jena, 1926.
PICHL, EDUARD (seud. Herwig): *Georg Schönerer und die Entwicklung des Alldeutschtums in der Ostmark*. Viena, 1912; Berlín, 1938. 6 vols.
SCHUSCHNIGG, KURT: *Dreimal Oesterreich*. Viena, 1937.
SHEPHERD, GORDON BROOK: *The Anschluss*. Filadelfia, Nueva York, 1963.
— *Ein Requiem in Rot-Weiss-Rot*. Zurich, 1946.
— *Engelbert Dollfuss*. Londres, 1960.
WHITESIDE, ANDREW G.: *Austrian National Socialism before 1918*. La Haya, 1962.

HUNGRÍA

ISTVÁN DEÁK

La historia de la Derecha húngara entre las dos guerras mundiales corresponde a la crónica completa de la Hungría de entonces y comprende desde 1919 a 1944. Hungría fue siempre una nación derechista. Nacida de una herencia revolucionaria, sus gobiernos apoyaron una política de «nacionalismo cristiano», exaltaron la fe, el heroísmo y la unidad, despreciaron la Revolución Francesa y las ideologías socialistas y liberales del siglo XIX. Estos gobiernos vieron en Hungría un baluarte contra el bolchevismo y sus instrumentos, el socialismo, el cosmopolitismo y la francmasonería. Defendieron al gobierno de un grupo selecto de aristócratas diplomáticos, de oficiales del ejército, y rodearon de admiración al cabeza de gobierno, el contrarrevolucionario almirante Horthy.

Sin embargo, estos grupos de orientación derechista ocultaban una amplia variedad política. El de Horthy toleró algunas prácticas liberales junto con otras medidas de terror, y alternó la colaboración de despiadados fascistas con hombres rectos y honestos. La base de la política de Horthy fue la inconsciencia que, paradójicamente, en algunas ocasiones benefició al país. No sin razón, fue un gobierno de Derecha atacado por una oposición derechista que criticaba la contradicción existente entre la ideología y la práctica.

Entre 1919 y 1944 existieron dos Derechas en Hungría: la Derecha de Horthy y la de los movimientos nacionalsocialistas. La primera toleró la existencia de un Parlamento múltiple, favoreciendo en ocasiones al partido socialdemócrata y a los sindicatos. A pesar de ser antisemita consiguió salvar las vidas de casi toda la población judía húngara, numéricamente considerable, mientras que el anhelo de la Derecha nacionalsocialista era destruir todas estas agrupaciones.

No hay muestra más exacta del dominio de la Derecha en la política húngara que el hecho de no verse amenazada por ninguna tendencia de la Izquierda. Por el contrario, durante los años decisivos de 1938 a 1944, los escasos partidos de Izquierda ofrecieron a Horthy su apoyo para luchar contra Alemania y contra los nacionalsocialistas. Incluso el partido comu-

nista clandestino de 1940 vio que la única solución estaba en cooperar con el gobierno de Horthy. Y no es menos significativo el hecho de que la mayor parte de los descontentos socialistas, acumulados hasta el infinito, buscasen como medio de expresión no a los movimientos de Izquierda sino a la oposición radical derechista.

La oposición entre la Derecha de Horthy, arrojado del poder en 1944, debido principalmente a las tropas alemanas y no a los nazis húngaros, se debía a la habilidad de la política húngara, pero también a la genuina lealtad de grandes sectores de la sociedad y a la completa inutilidad de la Derecha y de su líder, Ferenc Szálasi. No obstante, quizá el principal elemento estabilizador de dicho régimen resida en el fanático patriotismo de todos los húngaros, ricos y pobres, cristianos y judíos. La acusación más grave que se le podía hacer a una persona era la de «antihúngaro», calificativo que implicaba cobardía, traición, engaño y poca caballerosidad; en suma, significaba tendencia «suaba» (alemana), checa o rumana, pero no húngara. Desde estos puntos de vista, la Derecha radical se convirtió frecuentemente en antihúngara, llegando a perder su preponderante popularidad.

Finalmente, podemos establecer que la escena política húngara de los años 1919 a 1944, a despecho de cierto rigor naciente, todavía reflejaba las características de la era de Francisco José. En el ambiente político, donde todo el mundo se conocía, las amistades personales evitaron gran cantidad de choques políticos. Hasta el más convencido antisemita tenía amigos judíos, y el más encarnizado revolucionario poseía útiles relaciones. Toda esta época, sin embargo, está caracterizada por cierto sentido del humor, típico de los húngaros y especialmente de la sociedad de Budapest, que dio, con frecuencia, cierto aspecto de comedia musical a los grandes acontecimientos políticosociales.

El establecimiento de un régimen derechista en 1919 fue el último triunfo político de las «clases históricas» húngaras. La aristocracia y la nobleza rural, separadas y frecuentemente hostiles, aunque no enemigos declarados, fueron durante siglos amos v señores de Hungría. Estas dos clases constituyeron la nación; la lucha contra la soberanía de los Habsburgo fue su privilegio y su orgullo patriótico. A ellas se debió el renacimiento lingüístico y cultural de 1830, y en 1948 fueron los líderes de la guerra de la independencia. En realidad las clases «intelectuales» y la nobleza rural también tomaron parte en la revolución, pero cuando en el período siguiente se dejó sentir la presión austríaca, fueron los aristócratas quienes llevaron a cabo el acuerdo con Viena. En 1867 se les garantizó una posición equivalente a la Monarquía doble y los nobles magiares recuperaron su posición de autoridad sobre todo el país.

Como el tratado de 1867 era un acuerdo de compromiso, hubo que guardarse de Austria no menos que de las aspiraciones rumanas y eslavas.

Las minorías nacionales de aquellos orígenes, que formaban más de la mitad de la población húngara, pedían la misma consideración que ésta había recibido de los Habsburgo. La sospechosa actitud de Viena y un atentado contra la magiarización fueron los principales temas políticos de la era compromisaria, pero aunque los húngaros consiguieron mantener e incluso reforzar su posición en la doble Monarquía, la magiarización sólo alcanzó un éxito parcial. Las brutalidades y el soborno, junto con la constante propaganda, no lograron cambiar la disposición de los pueblecitos húngaros. Solamente en las ciudades lograron los magiares crecida influencia entre 1867 y 1914, debido al influjo y asimilación de muchos elementos no magiares que demostraban un nuevo y rabioso nacionalismo.

El desarrollo urbano dio un extraño giro durante la era compromisaria. Entre 1876 y 1914 Hungría experimentó una genuina revolución industrial. En 1910, la industria empleaba a más de un millón de personas, el 5,8 por ciento de la población, pero esto ya no era obra de las clases históricas. La nobleza húngara, que sabía gastar el dinero con inimitable elegancia, seguía incapaz de aprender el modo de ganarlo, su atención se hallaba absorbida por la lucha constitucional con Viena —cosa que requería un enorme ejército de juristas—, por la política y por la diplomacia, siempre en aumento. El comercio y la industria se dejaron a los habitantes permanentes de las ciudades (principalmente, alemanes), a los germanos y eslovacos recién llegados de los pueblos y, en especial, a los judíos.

Hasta el siglo XIX el número de judíos en Hungría no fue elevado; en 1787 había unos 83.000 (el uno por ciento), pero su número aumentó rápidamente a consecuencia de la constante emigración de los países del Este de Europa, particularmente de Galitzia. En 1848 eran 336.000 y en 1910, 909.500, casi el cinco por ciento de la población total. El Gobierno liberal-conservador de la era compromisaria alentó su entrada en el país, movido por los beneficios económicos y políticos que le reportaría; además, los judíos mostraron su gratitud por el trato igualitario y la asimilación sin discriminaciones de que fueron objeto, convirtiéndose en ardientes patriotas y apoyando financieramente al partido en el poder. Como en las estadíscas los judíos eran considerados como magiares, la emigración judía constituyó una gran ventaja étnica para Hungría; y al establecerse gradualmente en mayor número en las ciudades, llegaron a constituir el núcleo de las clases educadas. Solamente en Budapest se contaban alrededor de doscientos mil en 1910, es decir, más del veinte por ciento de la población de la ciudad. (En la llamada «razzia judía» de Berlín en 1920, sólo el cinco por ciento de la población era hebrea.) En 1910 constituían el 21,8 por ciento de los empleados de la industria, el cincuenta y cuatro por ciento de los comerciantes independientes y el ochenta y cinco por ciento de las personas dedicadas a la banca o a las finanzas. Las minas y la industria pesada estaban casi enteramente en sus manos. En las profesiones liberales la proporción tam-

bién era muy alta: en 1910 por cada abogado o médico húngaro había otro judío. Todavía en 1907 los periódicos más importantes y los periodistas más destacados eran hebreos, y figuraban entre los científicos, escritores, poetas y artistas más eminentes del país.

Sin embargo, el bienestar y la influencia constituían el privilegio de contadas familias; la inmensa mayoría de judíos, en especial los que se instalaron en las regiones cárpato-ucranianas, al nordeste de Hungría, vivían en la pobreza y, a veces, en la más abyecta miseria. Pero aún estando los poderosos en minoría, e incluso algunos de ellos convertidos al cristianismo, eran suficientes para apoyar al Gobierno. Francisco José elevó a veinticinco familias al rango de barones y doscientas noventa fueron ennoblecidas. Hubo frecuentes enlaces matrimoniales entre las viejas familias aristócratas y los nuevos nobles judíos; éstos empezaron a poseer tierras y algunos llegaron a generales en el ejército austro-húngaro.

El antisemitismo, aunque no desconocido, careció de importancia antes de 1918. El Gobierno y los intelectuales lucharon vigorosamente contra esta corriente, que nunca llegó a alcanzar las proporciones que tomó en la Viena de antes de la guerra. Una divisa muy popular decía: «En la Hungría del pleno desarrollo hay lugar para todo el mundo». Un espectador de la época resume así la situación: «En la Hungría prehitleriana el antisemitismo fue la concomitancia de una mentalidad semifeudal de la nobleza rural y un sentimiento de antipatía hacia un grupo étnico de diferente religión empeñado en llegar a ser noble». Aunque el que expresó esta idea no debió haber puesto como límite la Hungría prehitleriana sino la anterior a 1918, es cierto que el antisemitismo rabioso era desconocido en Hungría. Hasta la Iglesia Católica, que nunca miró con agrado la rápida asimilación judía, sufrió una profunda derrota cuando en 1896 una ley liberal sobre el matrimonio borró los últimos trazos de la discriminación religiosa. Sin embargo, a partir de 1900, hubo un declive en influencia y en número, hecho que los antisemitas se cuidaron especialmente de pasar por alto. Perjudicados por la emigración, las convenciones y el descenso del índice de nacimientos, la comunidad judía detuvo su crecimiento entre 1910 y 1920 e inflexionó en unos treinta mil entre 1920 y 1930.

La «preeminencia judía» o, mejor, la repugnancia de los magiares hacia los negocios, fue uno de los problemas que heredó la generación posterior a 1918. No menos serio, aunque no tan notorio, fue el de la miseria de la población agrícola húngara. La revolución de 1848 consiguió la emancipación del campesinado, pero no pudo eliminar la división de Estados. Después de 1867 aún no se había hecho nada por mejorar la situación; la distribución de la tierra se llevó a cabo de la forma menos equitativa posible, sólo superada por Rusia y Rumania. En 1900 la agricultura empleaba el 66,5 por ciento de la población, pero cerca de un tercio de la tierra era propiedad de menos de cuatrocientos terratenientes. La mayoría de las po-

sesiones eran demasiado pequeñas para cubrir las necesidades primarias de sus propietarios, y estos «propietarios enanos», junto con los campesinos sin tierra y los granjeros, constituían los dos tercios de la población agraria.

Era inevitable que la primera Guerra Mundial agudizara los problemas de Hungría. Al descender el entusiasmo inicial, los nacionalistas magiares empezaron a agitarse pidiendo la completa independencia de Austria, y las minorías nacionales de dentro del país clamaban por la autonomía; la prensa democrática de Budapest suspiraba por la paz, los socialdemócratas por el sufragio universal y, finalmente, los radicales de Izquierda por una revolución socialista. El 31 de octubre de 1918 una revolución incruenta derribó al Gobierno y al rey y unas dos semanas más tarde Hungría se convirtió en República con el conde Mihály Károlyi como presidente provisional. Károlyi había sido el dirigente del ala radical del Partido Nacionalista de la Independencia, pero era a la vez un demócrata convencido y propuso una reforma más amplia en el reparto de tierras, el sufragio universal y la reconciliación con las minorías nacionales, propuestas que no llegaron a su realización plena. Las minorías nacionales siguieron su propio camino; la Entente rechazó considerar las más mínimas propuestas húngaras, y cuando Hungría se desmembró definitivamente en manos de los checos, rumanos y eslavos del sur, Károlyi dimitió. El 21 de marzo de 1919 el poder pasó a una coalición del ala izquierdista formada por socialdemócratas y comunistas. El paso de Károlyi difícilmente hubiera podido evitarse, ya que los comunistas eran los únicos capaces de hacerse con el poder y ofrecieron al país la ayuda rusa, que nunca llegó, para defender la integridad de su territorio. Todo ello sirvió únicamente para que el público asociase el breve «período de Weimar» con el bolchevismo y la más honda degradación de la nación.

El Congreso de Comisarios del Pueblo, encabezado por Béla Kun, periodista desconocido hasta entonces y antiguo prisionero en Rusia, destruyó el poco entusiasmo del país hacia un régimen izquierdista. Sus experimentos doctrinales, incluida la nacionalización de las grandes propiedades, pero no su distribución entre los campesinos, y sus medidas terroristas, convirtieron a los últimos en fanáticos anticomunistas y prepararon a la gente para apoyar la consiguiente contrarrevolución. En el verano de 1919, siguiendo órdenes de la Entente, las tropas rumanas irrumpieron en Hungría; el régimen comunista cayó y el 1 de agosto del mismo año los líderes comunistas huyeron al extranjero. Hasta 1945 ni ellos ni los trabajadores poseyeron un papel importante en la escena política húngara.

El breve dominio bolchevique fue crucial. Las clases históricas no pudieron olvidar la humillación, pareciéndoles inconcebible que los trabajadores y campesinos, auténticos húngaros, hubieran sido responsables de estas revoluciones. Tenían que haberse producido a causa de una mano extranjera; por lo tanto, se culpó a los judíos. Ellos eran los que habían

eludido su deber en el esfuerzo de guerra, quienes desmembraron al ejército con su campaña agitadora, los que más se aprovecharon de la guerra y, lo peor de todo, eran mayoría en las filas comunistas que alcanzaron el poder. Este estado de opinión llegó a constituir un factor determinante en la política húngara de aquel tiempo.

Los comunistas parecían estar firmemente asentados en el poder cuando la contrarrevolución comenzó a fraguarse a una razonable distancia. Se formaron comités antibolcheviques en Viena, en el sudeste de Hungría y en las ciudades de Arad y Szagedin, ocupadas por los franceses. Se trataba de grupos formados únicamente por aristócratas, oficiales del ejército y diplomáticos. En Viena el dirigente del comité era el conde István Bethlen, y en Szegedin el almirante austrohúngaro Miklos Horthy. Cuando las tropas rumanas ocupan Budapest, los comunistas huyen y Horthy se instala con su comité en las regiones no ocupadas del oeste de Hungría, donde con su pequeña corte de militares establece su propio régimen de terror. Ahorcó a muchos comunistas y centenares de judíos fueron asesinados, sin cuidarse demasiado de averiguar su culpabilidad. A partir de 1919, una vez que las tropas rumanas se hubieron retirado definitivamente de la capital, Horthy marcha sobre ella al frente de su reducido ejército nacional. En un discurso cara al público prometió un castigo ejemplar para Budapest, la ciudad «pecadora». Los «Destacamentos Blancos» de Horthy comenzaron a actuar en Budapest: se organizaron «progroms» contra los judíos y tribunales especiales mandaron a la horca, a la cárcel o a campos de concentración especialmente preparados al efecto, a obreros y bolcheviques.

El recién formado Gobierno contrarrevolucionario obtuvo rápidamente el reconocimiento de las potencias aliadas. La Entente, que no había dudado en hacer fracasar el Gobierno democrático de Károlyi, escarmentada ahora por la experiencia comunista, aceptó como solución el orden impuesto por la fuerza, pero como deseaba un tratado de paz que abarcase a todo el país, insistió en que se pusiera fin al «terror blanco» mediante elecciones generales y secretas y con un gobierno representativo. Los contrarrevolucionarios obedecieron estas demandas, en parte, y al cabo de un año se estableció un simulacro de orden, pero como Horthy era el organizador del terror no se tomó ninguna medida seria contra los terroristas blancos. En junio de 1920 se celebraron en toda Hungría las elecciones por medio de papeletas secretas. Los socialdemócratas, cuyos dirigentes estaban casi todos internados o en prisión, boicotearon las elecciones; en cuanto al partido comunista, poco podía hacer por encontrarse fuera de la ley desde la subida de Horthy. De dichas elecciones surgieron dos partidos principales: la conservadora «Unión Cristiano-Social» y el partido de «Pequeños Propietarios»; éste último, compuesto por granjeros, pedía reformas en la distribución de

la tierra. A juzgar por el ánimo de la mayoría de los diputados, la nación deseaba el orden pero no era contraria a la reforma social —concesión que Horthy y los nobles dirigentes no estaban dispuestos a hacer—. La reconstrucción debía dar comienzo contra viento y marea y, de hecho, el Gobierno se instaló bajo los mejores auspicios internos: libre de responsabilidades ante la derrota húngara y las revoluciones, aunque bajo el mismo signo del tratado de paz, simbolizaba para casi todos los húngaros la más eficiente protesta por las humillantes condiciones del tratado. Aparte de esto, la posición antibolchevique y antidemocrática de los principios de Horthy simbolizó los futuros acontecimientos europeos; de este modo, cuando el fascismo se extendió por toda Europa, la respetabilidad que había adquirido la Derecha de Horthy aseguró su continuidad.

En el plano internacional la situación del Estado húngaro y su economía eran casi desesperadas. La nación estaba aislada, con una economía vacilante y un alto porcentaje de desempleo, los precios subían rápidamente, los almacenes estaban vacíos, la maquinaria deteriorada y, para colmo, las tropas rumanas se habían llevado, al marchar del país, todo lo que podía ser transportado. El Tratado de Paz firmado en Trianón el 4 de junio de 1920 desposeyó a Hungría de casi el 71,4 por ciento de su territorio y del 63,5 por ciento de su población. De los 325.411 kilómetros cuadrados que había dominado territorialmente la Sacra Corona le quedaron a Hungría 92.963. De una población de 20.886.486 personas, según el censo de 1910, no quedaron más que 7.615.117. De los habitantes de lengua magiar, 3.200.000 se convirtieron en súbditos de Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia y Austria, en completo desprecio por el principio de autodeterminación.

El Tratado exasperó a todo el mundo y creó un sentimiento universal de agravío que Horthy supo explotar a la perfección. La divisa de *Nem, Nem, Soha* —No, No, Jamás— se convirtió en el grito de guerra de la determinación húngara a no aceptar los términos del Tratado. Se estuvo repitiendo durante dos décadas en todos los mítines políticos y en todas las escuelas de la nación. A pesar de que la política húngara se decidía por una revisión pacífica, nadie ponía en duda que algún día se intentarían recuperar los territorios perdidos por la fuerza de las armas.

Aparte de este común irredentismo, apenas había unidad en las filas de los contrarrevolucionarios. Había, desde luego, los consabidos epígrafes en los que todos estaban de acuerdo: el antibolchevismo, los valores históricos, el cristianismo positivo, la lucha contra la influencia judía, el orden y la autoridad, pero no se llevaba a cabo política gubernamental alguna. Para el obispo católico-romano Ottokár Prohászka, uno de los dirigentes espirituales de la contrarrevolución, la nueva corriente derechista significaba, en primer lugar, una restauración moral y una lucha contra la influencia de los judíos o de la cultura y ética liberales, lo que también incluía una

«justicia para el pobre». Para otros, el futuro se presentaba como el ocaso de la civilización urbana y el retorno al «bendito y eterno suelo húngaro»; había quien creía que la contrarrevolución traería de nuevo todo lo antiguo con el indiscutible gobierno de las clases históricas y, para terminar, quedaban los convencidos de un retorno de los Habsburgo.

Parecía un problema insoluble la forma de gobierno que había de adoptar Hungría. Quedaba desechada automáticamente una forma republicana desde el momento que se asociaba con Károlyi; ni la Entente permitiría el retorno de los Habsburgo ni los jóvenes y más extremistas contrarrevolucionarios querían oír hablar de ello, ya que dichos extremistas, en su mayor parte procedentes de la clase media, asociaban la monarquía con el liberalismo y la hegemonía aristocrática, ambos conceptos les resultaban odiosos. Finalmente, el 1 de marzo de 1920 se proclamó Hungría como un reino bajo la regencia parlamentaria del almirante Horthy, con lo que comenzó el período más confuso de un «reino sin rey y almirante sin flota». En 1921 el monarca de la casa de los Habsburgos, Carlos IV (Carlos I de Austria), hizo dos intentos por recuperar el trono, llevando a cabo sendas apariciones en público. Inmediatamente los contrarrevolucionarios, con Horthy al frente, se opusieron al monarca, y con el apoyo de la Entente Carlos fue obligado a salir del país, no sin derramamiento de sangre. El Parlamento ratificó el destronamiento de la Casa de Habsburgo, pero subsistió el antagonismo entre ambos campos. Los «legitimistas», reducidos ahora a un pequeño grupo de aristócratas y dignatarios eclesiásticos, nunca perdonaron a Horthy, aunque esto no les impidió apoyarle al tomar el regente una dirección conservadora. De todos modos, Horthy pudo gobernar sin molestias. Fue el supremo «Amo de la Guerra»; tenía el privilegio de convocar, prorrogar o disolver el Parlamento y, aunque no disfrutaba del poder del veto, tenía derecho de primacía y podía rechazar una ley dos veces. Su persona era inviolable y, desde 1937, no podía ser llevado ante el tribunal del Parlamento; se suponía que el regente nunca sobrepasaría sus derechos, pero, aunque procuró no usar plenamente sus privilegios, su poder fue muy grande. El ejército estaba directamente bajo sus órdenes y el primer ministro —siempre elegido por él mismo— era responsable de sus actos únicamente ante él, no ante la ley. Hombre de inteligencia mediocre, disfrutó de gran prestigio y popularidad. Hasta el último año de la segunda Guerra Mundial, nadie podía concebir en Hungría, y menos en Alemania, que fuese constituido un gobierno húngaro sin su consentimiento. Por otra parte, su regencia constituyó un factor muy importante para la estabilidad de la contrarrevolución. Bajo su régimen el país pareció inclinarse hacia un cambio político, pero el simple ejercicio de su autoridad le bastaba a Horthy para volverse hacia una Derecha radical.

Horthy estuvo rodeado de adulación; una publicación oficial de la mu-

nicipalidad de Budapest ensalzaba la regencia en Hungría con las siguientes palabras:

Nuestro glorioso gobernante, Gran Señor Regente. Su Alteza Serenísima el Héroe Miklos Horthy de Nagybánya, que descendió hasta nosotros desde las filas de los héroes que galopan eternamente junto al príncipe Csaba —hijo favorito del huno Atila y legendario antepasado de los húngaros— por la senda de los Guerreros, para acaudillar a su desamparada raza en las horas terribles de la tiranía y la traición...

Este servilismo que, incidentalmente, impedía a Horthy ver que no todos los miembros del ejército y de la diplomacia le eran leales, se extendía a la sociedad entera. No importaba que la persona que se le dirigiese fuera proletario o labriego; siempre lo hacía bajo los títulos de «Excelencia», «Dignidad», «Grandeza» o «Autoridad», este último usado muy frecuentemente por los sectores elevados o por la alta clase media. Según algunas estadísticas húngaras, en 1914, de cada diez ciudadanos uno era noble, aunque muchos títulos fueran dudosos y muchos nobles simples campesinos. Existía un complejo sistema de rango heredado o no heredado, cuyos títulos concedía o reconocía el Estado.

En julio de 1921 el regente nombró al antiguo dirigente del comité antibolchevique de Viena, conde István Bethlen, primer ministro. Durante la era «bethleniana» los contrarrevolucionarios adquirieron un matiz completamente conservador.

Bethlen pertenecía a una antigua familia de príncipes gobernantes de Transilvania. Era apuesto, inteligente, cultivado, enemigo de la demagogia y no se ocupaba para nada de las clases bajas. No estaba interesado más que en la restauración del orden y de la Hungría «histórica», empresa en la que obtuvo un éxito mediocre. Al ser nombrado primer ministro, el partido de Pequeños Propietarios prácticamente había sido obligado a desaparecer junto con su petición de un mejor reparto de tierras y con la vuelta a las formas de la Hungría tradicional. Aplastado por los grandes terratenientes y por los políticos de la clase media, el partido de los Pequeños Propietarios se asoció en julio de 1920 a la Unión Cristiano-Social para dar origen al partido de la Unión, que fue el partido gubernamental durante los siguientes veinticuatro años bajo diferentes nombres. Entonces Bethlen obtuvo un acuerdo secreto con los socialistas para tratar de organizar una labor colectiva. Estos últimos pedían la libertad de prensa y la amnistía; a cambio, los socialdemócratas se comprometían al cese de la actividad subversiva en las ciudades, y los sindicatos a no organizar a los trabajadores de los ferrocarriles, empleados públicos o de correos, y a los campesinos. Este acuerdo bilateral no sólo tuvo efectividad bajo Bethlen —salvo la libertad de prensa—, sino hasta el fin del régimen de Horthy.

A continuación Bethlen restringió la amplitud del sufragio que se había impuesto bajo la presión de la Entente; el nuevo abarcaba solamente a un 27 por ciento de la población — los analfabetos y los sin empleo no podían votar —, e introdujo de nuevo en los distritos del campo y en las pequeñas ciudades el sistema de papeletas a la vista. Lo que esto significó en la práctica, lo podemos ver en la conducta de Ferenc Nagy, que después de la segunda Guerra Mundial llegó a ser primer ministro temporal de la República Democrática húngara. Su *Lucha detrás de la Cortina de Hierro* nos cuenta las tácticas de soborno, chantaje y violencia que empleó el Gobierno durante las elecciones: cuando era necesario ponían en las urnas las papeletas con nombres de personas muertas y a los vivos se les mantenía alejados con la punta del fusil de los gendarmes. Los distritos del campo que enviaban al Parlamento una docena, aproximadamente, de diputados no podían elegirlos o hacer que la administración cambiara, sino que lo hacían por deliberada conveniencia del Gobierno.

En 1926 Bethlen reorganizó la Cámara de los Lores llamándola «Cámara Alta»; en ella se sentaron todos los miembros residentes de la dinastía habsburguesa, los representantes de la alta nobleza, los más altos dignatarios de la Iglesia, incluido el rabí hebreo, los representantes de los concejos rurales y municipales, los de la industria y el comercio, los de la agricultura y las profesiones liberales y, finalmente, cuarenta y ocho miembros a quienes el Regente había escogido nominalmente. Esta Cámara reaccionaria, representante de los más vastos intereses de la nación, se convirtió durante los años de la dominación hitleriana en núcleo del humanismo, opuesto al antisemitismo, al nacionalsocialismo y a las aspiraciones alemanas.

Las elecciones de mayo, celebradas bajo el nuevo orden, dieron absoluta mayoría al Partido de la Unión (1922). Los partidos de la oposición eran los legitimistas, una especie de grupos dispersos de radicales derechistas y, en la izquierda, los burgueses liberales y los socialdemócratas. Ningún «elemento disconforme» volvió a alcanzar la supremacía del partido gubernamental. Ser seguidor del partido se convirtió en un excelente trampolín para la vida política. Desde luego, un partido de raíces tan diversas había de tener, forzosamente, sus disensiones internas, que se agudizaron en 1936, cuando una fuerte sección derechista hizo sentir su influencia. Sin embargo, la cobardía y la indisciplina aún no habían hecho su aparición y sólo en dos ocasiones se rebelaron contra el primer ministro, que era, a la vez, dirigente del partido. Pero cuando el regente se negó a admitir su renuncia, volvieron a apoyarlo con un voto de confianza.

Teniendo asegurados el orden y la disciplina internos, Bethlen pudo dedicarse a una serie de asuntos extranjeros. En septiembre de 1922 Hungría fue aceptada en la Sociedad de Naciones, recibiendo, por los buenos oficios de ésta, un «préstamo de reconstrucción» que le permitió detener la inflación. Con miras a asegurarse el apoyo de los intereses financieros interna-

cionales, encubrió la contrarrevolución antisemita del pasado. En 1920 una ley del tipo de «numerus clausus» — la primera medida antijudía posterior a la Europa de 1918 — restringía la proporción de judíos que podían entrar en la Universidad, medida que, sin derogarla, Bethlen hizo caer en el olvido; otorgó títulos y concedió asientos en la Cámara Alta a cierto número de personalidades judías prominentes.

Reforzada por el capital extranjero, Hungría se convirtió en una nación relativamente próspera; sin embargo, este período feliz alcanzó su final con la Gran Depresión. Entonces el sistema de Bethlen cayó a impactos de la declinante producción industrial, el colapso del precio del trigo, el creciente desespero de las clases agrícolas propietarias de la tierra y los jóvenes intelectuales parados. Después de un fracasado experimento con otro político conservador, en septiembre de 1932, el regente nombró primer ministro al general Gyula Gömbös. Esto señaló la vuelta al poder del ala radical contrarrevolucionaria.

Gyula Gömbös de Jákfa era bastante más joven que Bethlen — contaba treinta y tres años en la época de la contrarrevolución —, y, a diferencia de él, no poseía experiencia política alguna en 1919. No era un aristócrata sino hijo de una familia de campesinos acomodados de Suabia que habían usurpado tranquilamente un título de nobleza. Fue general de Estado Mayor en el ejército austrohúngaro, del cual salió como gran patriota. Durante la contrarrevolución fue uno de los más leales apoyos de Horthy y el portavoz de los oficiales jóvenes. A diferencia de Bethlen, odiaba a los Habsburgos y fue quien organizó la defensa contra las tropas leales al rey Carlos IV. Más tarde, abandonando su cargo en el ejército, se dedicó a la política, entrando, en primer lugar, en el Partido de la Unión y, más tarde, acaudillando al Partido de Defensa Radical, dedicado al antisemitismo. (Uno de los miembros de este partido fue Endre Bajcsy-Zsilinszky, jefe de la Resistencia contra los alemanes en 1940 y ejecutado por los nazis húngaros.)

En 1928, después de haber adquirido suficiente experiencia, entró en el partido gubernamental para convertirse, un año más tarde, en ministro de Defensa. Celebró el nombramiento ascendiéndose a sí mismo a teniente general. Vano y agresivo, Gömbös poseía cierto talento y atractivo, siendo también un gran sentimental. Descubrió las glorias del fascismo italiano, se imaginó a sí mismo como dictador, después del Regente, desde luego, e imitó al Duce hasta en su apariencia exterior. Una vez convertido en dictador, estaba seguro de que desembarazaría a Hungría de judíos y francmasones y de que alcanzaría la felicidad de su pueblo dando trabajo a los obreros y tierra a los campesinos.

El nombramiento de Gömbös por el regente fue debido a la presión de ciertos jóvenes contrarrevolucionarios y de hombres de negocios que esta-

ban extremadamente disgustados con Bethlen por el cumplimiento de su tratado de paz con los aliados, con su «filosemitismo» y con el Parlamento entero y su sistema. Reunidos en grupos de asociaciones patrióticas secretas, o semisecretas — todo lo secretas que era posible en Hungría, donde los periodistas tenían los oídos siempre dispuestos y donde todo el mundo sabía lo que hacía su vecino —, cultivaban el espíritu de un «renacimiento nacional». Existían, además, otras asociaciones patrióticas como el «Despertar húngaro» y la misteriosa EKSZ o Asociación Etekköz, creadas siguiendo un supuesto modelo tribal ancestral. Los nuevos miembros, en medio de ceremonias pavorosas, juraban a sus «caudillos» obediencia y la muerte antes que divulgar los secretos de la asociación o abandonar el logro de una «Hungría grande, cristiana y racialmente pura». Al finalizar los «progroms» en 1920, estos grupos se convirtieron en meros clubs políticos, cuya afiliación era aconsejable para todo aquel que quisiera seguir la carrera diplomática. Aparte de estos grupos, existían los «Turonianos», sacerdotes de una nueva creencia mística húngara, que adoraban con más o menos convicción a un cierto Hadur o Dios de la Guerra, el supuesto dios de los antiguos húngaros. La fraternidad de los turonianos, es decir, de los turcos y las razas ural-altai, intentaba probar que los pueblos más antiguos, persas, hititas, egipcios y, sobre todo, los sumerios, fueron los antepasados de los magiares, y que el mismo Jesús había sido turoniano. En estas tan sabias y convenientes doctrinas fue donde se inspiraron más tarde los nacionalsocialistas.

Aunque por lo general inofensivos, algunos de estos patriotas, Gömbös entre ellos, flirteaban con la idea de un golpe de Estado siempre que tenían ante sí las «ideas de Szeged»; es decir, de la contrarrevolución, pisoteadas por Bethlen y sus cohortes judío-liberal-aristocráticas. En 1932, por ejemplo, algunos de los amigos de Gömbös, él personalmente no, iniciaron negociaciones con Hitler para organizar unos *putsch* que pudieran llevarse a cabo simultáneamente en Baviera, Hungría y, quizá, Rusia. La ejecución del plan fue desbaratada por la policía, conocedora de todo desde un principio. Según palabras del jefe de policía, Hétenyi, su intervención no se hizo precisa hasta que «los caballeros ignoraron repetidamente los avisos de dejar de hacer tonterías». Los acusados recibieron leves condenas de confinamiento bajo palabra y fueron liberados inmediatamente. Gömbös ni siquiera fue acusado. Esta debilidad oficial estaba dentro de la tónica normal de la actitud política del Gobierno hacia los enemigos «patrióticos», más aún si éstos eran caballeros. Más tarde, cuando los nacionalsocialistas pertenecientes a las clases bajas iniciaron su acción subversiva, comenzaron a ser más duras las medidas que se aplicaron a la Derecha radical.

Una vez en el poder, Gömbös se mostró sorprendentemente débil. Indudablemente, se encontraba aprisionado entre la actitud conservadora del regente, la fuerza de los chapados a la antigua y la debilidad económica y

militar de Hungría, pero su falta de decisión también fue un factor importante. No quiso, bajo ningún concepto, abolir el Parlamento y erigirse a sí mismo en dictador, llegando a «tender una mano amistosa» hacia los judíos. Anunció con orgullo que los noventa y cinco puntos del programa de su gobierno estaban basados en el modelo inglés (Programa Nacional del Gobierno húngaro. Budapest: 1932). Éste constaba de una serie ininterrumpida de promesas y otra casi simultánea de negaciones. Pedía, por ejemplo, «una forma electiva mediante papeletas secretas», pero al mismo tiempo, con la condición de que «las grandes ideas nacionales del pueblo húngaro sean salvaguardadas»; prometía libertad de prensa «siempre que sirva plenamente a los intereses de la nación».

Los cuatro años del gobierno de Gömbös no trajeron ninguna reforma importante: lo que aportaron no fue más que un cambio en la atmósfera política. La aristócrata coalición de Bethlen abrió amplio camino a la demagogia de Gömbös. En el discurso que pronunció como primer ministro, dijo: «Estoy aquí como dirigente vuestro. Os llevaré por nuevos caminos, pero no debéis esperar milagros. Serán abruptos, rocosos y llenos de espinas. Pero siento y sé que llegaremos al triunfo. ¡Húngaros, hermanos míos, encended la lámpara de la verdad en el fuego de mi alma, que arde por vosotros y por la nación entera! ¡Extended este fuego!».

Bajo su mandato el Gobierno se hizo más autoritario, se introdujo una especie de censura de prensa y se fundaron periódicos bien pagados por el Gobierno para presentar al público sus puntos de vista, se creó un sistema de informadores secretos y se llegó a violar la correspondencia. Se efectuaron, también, muchos cambios en el cuerpo diplomático y, especialmente, en el Estado Mayor, colocando en su lugar un gran número de «muchachos de Gömbös», la mayoría de origen suabo. Este proceso se llevó a cabo a partir del año 1933, tan pronto como Gömbös estuvo preparado para «hacer» las elecciones y asegurar la entrada en el Parlamento de un buen número de seguidores. Pero en política exterior cometió un error notable al alinear al país del lado germano-italiano. En un arrebato de entusiasmo vio a la Europa Central dividida entre Alemania, Italia y Hungría, compartiendo la última su amistad con las dos grandes potencias.

Gömbös murió en 1936 pero los peligros de su inclinación a la Derecha fueron tomados en cuenta por la misma sociedad que lo apoyó. Lentamente y con dudas, el ala conservadora del partido gubernamental estableció un acuerdo con la oposición de Izquierdas. A pesar de no ser reconocido públicamente, se formó un nuevo frente: el ala «bethlenista» del partido gubernamental, el partido cristiano, de tendencias realistas, el resucitado partido de los pequeños propietarios, los socialdemócratas y varios elementos democráticos y liberales. Sin embargo, este extraño conglomerado se reveló como duradero, existiendo tanto tiempo como la Regencia. Estos aristócratas, nacionalistas —como Endre Bajcsy-Zsilinszky—, financieros judíos,

intelectuales demócratas, campesinos instruidos en política y representantes de las organizaciones obreras, incluían tanto a los elementos más reaccionarios del país como a los grupos más progresivos. Estaban unidos por el temor a la expansión alemana y a la dictadura dentro de casa. En el rompecabezas de la política húngara, que hasta entonces se había distinguido por la amistad con Alemania, este frente se caracterizó por su tendencia claramente izquierdista. Contra ellos se alinearon los elementos derechistas del partido gubernamental, los nacionalsocialistas, muchos diplomáticos, los desempleados y jóvenes «diplomados» que no podían hallar empleo, casi todo el ejército, gran parte de la pequeña burguesía y muchos trabajadores y campesinos. Cuando la Izquierda hablaba de paz interior, de orden y valores históricos, la Derecha hablaba, por el contrario, de reformas sociales, de acabar con el feudalismo y el capitalismo, y de la necesidad de una estrecha alianza con la triunfante Alemania.

De los siete primeros ministros que se sucedieron a partir de la muerte de Gömbös en 1936, sólo Sztójay era un conocido derechista progermano y antisemita en el momento de su nombramiento. Sin embargo, este nombramiento fue la causa directa de la invasión de Hungría por los alemanes en marzo de 1944. Los otros siempre resultaron elegidos por el apoyo izquierdista. Que dos de estos ministros (Imrédy y Bárdossy) fuesen, por el contrario, grandes aliados de Alemania, no se debió a las intenciones de Horthy, sino a la ambición personal en el caso de Imrédy y a un cálculo erróneo de las posibilidades de éxito alemanas en el de Bárdossy. Pero incluso estos dos demostraron ser fuertemente antinazis en su política interna. A la hora de dimitir debieron hacerlo debido a la desilusión que causaron al regente con su política exterior.

No tenemos espacio para analizar de un modo detallado la política exterior de Horthy y el por qué de su conversión en satélite de Alemania. El nudo esencial de la política húngara se ciñó siempre alrededor de sus reclamaciones territoriales y, más tarde, al dar comienzo la segunda Guerra Mundial, en la determinación de no quedarse apartados. Los expertos militares nunca dudaron quién ganaría la guerra, pero después de 1942 empezaron a temer al bolchevismo ruso y por esta causa tomaron firmes decisiones en la órbita alemana. No menos importante fue para Hungría la habilidad con que los alemanes supieron exacerbar los antagonismos nacionales en la cuenca del Danubio, explotándolos durante el período de 1939 a 1944, como habían hecho los Habsburgo en 1848 y los franceses en 1920. Además —hecho muy importante para Hungría—, la Pequeña Entente cambió de nombre y orientación política: las profrancesas Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, se convirtieron en las fascistas proalemanas Eslovaquia, Croacia y la Rumania de Antonescu. Como resultado, todo el mundo en Hungría deseaba el rearme; unos para atacar a Rusia, otros, a la nueva Pequeña Entente, otros a Alemania y los demás, contra todos estos poderes

combinados. Pero las armas sólo podían ser obtenidas en Alemania y, para que ésta se las vendiera, Hungría tenía que hacer concesiones. Éstas se llevaron a cabo y se recibieron armas, pero los húngaros aumentaron el pedido con el fin de defender la soberanía del país, Alemania era la única que las vendía... Y así el círculo vicioso fue creciendo en espiral hasta que arrastró a la nación hacia su destrucción.

En noviembre de 1938, gracias a las hábiles mañas de Alemania e Italia, le fueron concedidas a Hungría las zonas de Checoslovaquia habitadas por magiares; en agosto de 1940 y también mediante la intervención de las dos potencias anteriormente citadas, recuperó la parte nordeste de la Transilvania, que estaba en poder de Rumania, y en noviembre del mismo año entró en el pacto de las Tres Potencias, Alemania, Italia y Japón. Las tropas húngaras penetraron en Yugoslavia junto con el ejército alemán, recuperando otro territorio que había pertenecido a Hungría y, finalmente, en 1944, cediendo a la presión germana, declaró la guerra a la Unión Soviética.

Horthy, el viejo marino, estuvo siempre convencido de que el «poderío naval vencería al terrestre» y que Inglaterra conseguiría la victoria. A pesar de mantener sus opiniones de forma obstinada, no pudo resistir a sus «tozudos generales de tierra» que presionaban para alcanzar una alianza más firme con Alemania. Hay que aclarar que la opinión pública favorecía las anexiones territoriales a cualquier precio y fueron precisamente la Izquierda y los portavoces de la comunidad judía quienes apoyaron las concesiones a Alemania para evitar o al menos retrasar una invasión alemana de Hungría.

Lo mismo que en el exterior Hungría dependía políticamente de Alemania, en el interior era también un pálido reflejo de aquélla. No se hablaba más que de las glorias militares, del lugar que debía ocupar el país en el mundo, de la necesidad de un estricto nacionalismo y de la política cristiana. Y estos llamamientos sonaban tanto en los oídos de la Hungría contrarrevolucionaria que la Izquierda tenía que usar el mismo vocabulario para encarecer la resistencia contra Alemania. Acabaron por adoptar leyes más estrictas contra los judíos. La primera, en 1938, tuvo ya clara inspiración antisemítica: imponía algunas restricciones a la actividad económica de los judíos, pero quedaban eximidos de cumplirla, entre otros, casi todos aquellos que hubiesen sido bautizados. La segunda apareció en 1939, redujo la proporción de judíos en cada profesión a un 6 por ciento y se hizo más severo el significado de dicha palabra. La legislación antijudía beneficiaba a muchos cristianos que, a través de la prensa, especialmente de la de Derechas, pidieron medidas aún más severas. Pero Hungría, gran parte de cuya población estaba en contra de sus legisladores, no hizo caso de cambios político-sociales tan drásticos. La estructura de la jerarquía social permaneció inmutable y las medidas contra los hebreos no aportaron más que el rápido avance de la baja burguesía y la debilitación del viejo respeto por la propiedad privada.

La Izquierda vio claramente el peligro y fue precisamente en la Cámara Alta donde las leyes antijudías encontraron la primera oposición pero, como ya era costumbre en Hungría, las leyes del Gobierno se cumplieron sin grandes dificultades. Los dirigentes religiosos judíos fueron expulsados del Gobierno y de las fuerzas armadas, obligándoles a llevar a cabo trabajos manuales. Por último la ley XV de 1941 prohibió todo trato matrimonial y sexual entre judíos y cristianos. Aunque el gobierno puso en vigor estas leyes antihumanas, siempre rechazó la «solución final» del exterminio que solicitaban los alemanes. Mientras las clases bajas judías sufrían el desempleo, los ricos seguían viviendo, más o menos, como hasta entonces. En las grandes empresas judías era costumbre dar empleo a unos cuantos cristianos a fin de mejorar la «proporción», pero la dirección se dejó en manos de los jefes antiguos. Un grupo selecto de fabricantes y financieros judíos permanecieron al lado de Horthy como amigos personales y consejeros hasta el mismo día de la invasión alemana.

Es natural, pues, que estas semimedidas no fuesen suficientes para los fanáticos antisemitas y que las protestas para que el gobierno llevara a cabo de una vez la «solución final» favorecieran el crecimiento del nacionalsocialismo en Hungría.

La conspiración de Gömbös en 1923 fue la única expresión de movimiento derechista bajo el período de Bethlen. No lo habíamos mencionado hasta aquí porque sólo fue una acción característica de la «era de los caballeros» de la Derecha radical, con sus secretas actividades de conspiración y con la carencia absoluta de respuesta popular, pues para el «putschista» de 1920 era peligroso, según su punto de vista, apelar a las masas y verse envuelto en sus turbias aguas, como le sucedió a Bethlen. El primer gran agitador popular apareció durante la depresión; su partido político, aunque sin apoyo y sin ayuda, fue la versión más original del nacionalsocialismo húngaro. Este hombre se llamaba Zoltan Böszörmény.

Nacido en 1893 de un terrateniente arruinado, pasó su juventud desempeñando los más extraños empleos, desde aprendiz y chico de recados hasta obrero y mozo. En 1919 se unió a la contrarrevolución. Más tarde probó fortuna como periodista y entró en la Universidad de Budapest donde fue elegido dirigente de una fraternidad patriótica de estudiantes. Böszörmény fue también poeta y para pregonar sus versos patrióticos alquiló a un par de hombres que más tarde fueron los organizadores de su partido.

En 1931, si puede creerse lo que él mismo dice, visitó Alemania, donde mantuvo una entrevista con Hitler, de la que salió plenamente convencido por aquél y a su vuelta publicó un manifiesto en el que anunciaba el nacimiento del Partido Nacionalsocialista húngaro, el primero de los muchos que más tarde hicieron su aparición bajo diferentes nombres. Como emble-

ma del partido, Böszörmény escogió las guadañas cruzadas. Nunca dudó de su destino. En 1932 escribía:

Aun entre los gigantes del intelecto soy el gigante, un gran poeta húngaro con una misión profética... Mi corazón se estremece ante el grito penoso de las madres húngaras... He oído la llamada de la madre más dulce que existe para nosotros: la Madre Hungría, y en respuesta he salido a la calle abandonando todo bienestar y felicidad... Yo me daba perfecta cuenta que mi lucha, iniciada sin armas, sería despiadada; una amarga lucha hasta el fin.

A esto añadió más tarde: «Estamos en la plenitud de los tiempos y el poeta solitario, el hombre, que siempre estuvo solo, parte para oponerse a las fuerzas destructivas del dinero... Un hombre contra el mundo entero...».

En aquellos días el «tribuno», que —según sus propias palabras— estaba preparado «a acariciar pero también a ejecutar a cientos de miles sin mover una ceja», llegó a ser el blanco favorito de los periódicos satíricos de Budapest. Sin embargo, entre los campesinos del este de Hungría gozó de bastante popularidad. En estas áridas regiones, más allá del río Tisza, donde los pueblos se hallaban oprimidos por poderosos propietarios, el «proletariado agrario caía en el sectarismo para escapar a su miseria», escribió Imre Kovács, uno de los afamados «exploradores de los pueblos», que en su libro *A néma forradolom* (La Revolución Silenciosa), publicado en 1937, hizo un estudio del lastimoso estado en que se encontraban los campesinos húngaros. Kovács describe cómo la vida desesperada del campesinado le obligaba a buscar la salvación en éxtasis religiosos e ideas «fanáticas». Cuando el movimiento «La Cruz de la Guadaña» se convirtió en su salvador —dice— enarboló pancartas en las que se leía: «¡Ya tenemos bastante!» Kovács encontró varios afiliados a la Cruz de la Guadaña y así nos lo cuenta: «Era en una gran posesión más allá del Tisza; se trataba de míseros trabajadores eventuales que llevaban una banda de tela al brazo con la Cruz de la Guadaña: dos guadañas cruzadas en un campo verde, rodeadas por un círculo rojo y con una calavera en medio. "Luchamos por la Idea", repetían cuando les preguntaban una y otra vez, pero eran incapaces de explicar lo que era la Idea. Odiaban a los comunistas y a los nobles».

En la Hungría de Gömbös, el movimiento de «la Cruz de la Guadaña» no tuvo éxito. A finales de 1932 Böszörmény contaba con veinte mil seguidores; apoyado por unas milicias ruidosas y alborotadoras, intentó varias veces salir elegido candidato parlamentario, pero la acostumbrada vigilancia de las autoridades le impidió obtener las «influencias» necesarias. Solamente una vez consiguió llegar a las elecciones, obteniendo escaso número de votos. El partido declinó y fue parcialmente suprimido e incluso su dirigente fue condenado durante algún tiempo, sentencia que, sin embargo, no cumplió.

No resulta fácil definir la ideología de Böszörmény: estaba frente a los judíos, bolcheviques y liberales, a favor de su propia dictadura, de la reforma agraria y de la «justicia para el pobre». En los «Diez Mandamientos de las Tropas de Choque» publicados en 1935, exhortaba a la violencia a sus seguidores con un lenguaje rico en términos hitlerianos y turanianos. Describía a sus camaradas como «guardias de la raza húngara, los segadores mortíferos de los cerdos judíos y sus lacayos..., opuestos a todas las aspiraciones de los Habsburgo», pero la historia no nos habla de ningún acto de violencia de «La Cruz de la Guadaña»; si algunos intentaron llevar a cabo debió fracasarles rotundamente.

Se planeó una rebelión de campesinos para el 1 de mayo de 1936, en la que tres millones tenían que marchar sobre la «enfangada» Budapest y arrasarla. Pero en una pequeña ciudad de provincias varios miles de campesinos que se reunieron el día clave fueron fácilmente dispersados por los gendarmes; lo mismo sucedió en otros lugares. Böszörmény y sus principales colaboradores fueron castigados a cortas condenas que oscilaron entre algunos meses y dos años y medio de prisión; ninguno de ellos fue puesto bajo custodia y el dirigente pudo escapar a Alemania en la primavera de 1938. Fue el primero de muchos nacionalsocialistas húngaros en buscar asilo, lejos de las autoridades de Horthy, en la Alemania de Hitler.

La tentativa de «La Cruz de la Guadaña» dio como resultado un triste espectáculo. Cerca de 700 campesinos fueron arrestados y 113 de ellos juzgados en un juicio único. Todos se declaraban prestos a morir por la «Idea», pero eran incapaces de aclarar algo más al juez. «De unos 100 demandados —escribió Kovács—, 98 no tenían ni casa ni tierras... vestían rotos andrajos, cortas y miserables chaquetillas y viejos chalecos de piel de oveja, ninguno tenía camisa». El juez permitió a la mayoría de los acusados que se volvieran a su miseria dándoles la libertad.

Por entonces Böszörmény y su movimiento fueron suprimidos y su dirigente desapareció de escena. El nacionalsocialismo invadió las ciudades, en especial Budapest, donde unos líderes más aceptables presentaban una fuerza política más consecuente.

Durante el mandato de Gömbös, Zoltán Meskó, un diputado independiente, anunció en el Parlamento, el 16 de junio de 1932, que formaba el «Movimiento húngaro hitleriano». Según hizo notar el *Budapest Hirlap* el 17 de junio de 1932, Meskó, cuya aparición en el Parlamento vestido con camisa marrón provocó la hilaridad en ambos lados de la Cámara, expuso las demandas de su partido de trabajadores y campesinos nacionalsocialistas en los siguientes términos:

Cuidar de los intereses públicos más que de los privados, prevención de la persecución religiosa, restauración de las fronteras históricas de Hungría, salvaguardia de la independencia húngara, sufragio universal y secreto..., naturalización restringida a las personas de claro origen turoniano..., sentencias de trabajos forzados o de pena de muerte para los especuladores, perjuros y estafadores..., abolición de todos los privilegios hereditarios, servicio militar para todos, examen médico prematrimonial obligatorio...

Al final de su peroración, Meskó «enganchó la esvástica a su chaqueta». Su nacionalsocialismo aportó pocas novedades al Parlamento. Todas las demandas que voceaba eran las de los antiguos grupos derechistas; un año más tarde las camisas marrones y las esvásticas fueron prohibidas por el ministro del Interior como «emblemas de un poder extranjero». Entonces Meskó cambió la camisa marrón por otra verde y unas flechas cruzadas —las *nyilaskereszt*— como emblema de su partido, introduciendo el típico bigote de Hitler al estilo húngaro. Por consiguiente, las camisas verdes y las flechas cruzadas vinieron a ser los símbolos de la mayoría de los movimientos nacionalsocialistas.

Ahora que el hielo estaba roto, nuevos grupos de nacionalsocialistas hicieron su aparición y sus programas repetían los puntos del de Meskó o del partido nazi alemán, con más o menos fidelidad. Las características de cada uno de ellos variaban: unos eran antisemitas furibundos; otros apuntaban la necesidad del reparto de tierras e incluso había quien era más generoso que Meskó en la definición de los auténticos pertenecientes a la raza magiar. De este modo unieron a los arios con los turonianos, probablemente bajo la inspiración del mismo Meskó, que era un descendiente puro de eslovacos. Hacia 1933, casi todos los aristócratas húngaros habían fundado un movimiento u otro de Flechas Cruzadas. Esto condujo al nacionalsocialismo a gozar de los favores de la buena sociedad y a conseguir fondos que le eran muy necesarios. El conde Sandor Festetics, líder del partido nacionalsocialista húngaro y candidato en 1935 al Parlamento por uno de los distritos rurales de papeleta abierta que, prácticamente, le pertenecía, se limitó a ordenar a sus empleados que votasen por él en vez de hacerlo por el candidato del Gobierno. Enfrentados con el dilema de desagradar a las autoridades o a los mayordomos del conde, los votantes eligieron a su señor, que entró en el Parlamento con una confortable mayoría.

Por aquel tiempo los nacionalsocialistas tenían dos representantes en el Parlamento, hecho que disgustaba a Gömbös. Sin embargo, de momento no había porqué preocuparse, ya que el partido se hallaba enzarzado en complejas disputas, tan características de estos movimientos fuera de Alemania. Los líderes negociaban, revolvían el partido, se expulsaban unos a otros o procedían a lacrimosas reconciliaciones en medio de la mofa de la prensa satírica. Los Flechas Cruzadas no alcanzaron una unidad, al menos espiritual, hasta la aparición de su profeta, Ferenc Szálasi, quien elevó a tal altu-

ra las disquisiciones filosóficas que ya no se sintieron afectadas ni por las peleas intestinas ni por las consideraciones de política práctica.

En la turbulenta historia de Hungría quizá no existió político alguno que estuviese sujeto a tales extremos de abuso e idolatría como Ferenc Szálasi. En la *History of Hungary, 1929-1945,* de C. A. Macartney, se describe a Szálasi como uno de los caracteres más extraños e interesantes de la historia húngara contemporánea. Mientras que sus muchos enemigos no le ahorraron ninguna invectiva, Macartney escribe que sus seguidores se sintieron ligados a él por una devoción especial «como a ningún otro húngaro de su época; después de su muerte le prodigaron un culto exagerado, pasando sus palabras de unos a otros y hablando de él como los cristianos hablan del Mesías».

El profesor Macartney nos da la siguiente descripción de su personalidad:

> ... Un original para el que la palabra excéntrico sería demasiado atenuante, pero no un incivilizado, traidor o estúpido; si hubiese sido un incivilizado o, sobre todo, un traidor, hubiera alcanzado el poder mucho antes. Fue precisamente su negativa al compromiso en muchas materias de principio lo que le enajenó el apoyo de los alemanes y obligó a muchos seguidores menos escrupulosos a desertar de sus filas. Su responsabilidad sobre muchos de los errores cometidos bajo su mandato reside en su incapacidad de ver —y, por lo tanto, de ponerse en guardia— los peligros de los espíritus a los que conjuraba. En cuanto a sí mismo, fue un hombre de principios inamovibles, en los que insistía con terca monotonía y con una rigidez básica que rechazaba el más ligero compromiso.

A pesar de que el juicio es un poco tolerante, es cierto que Szálasi no fue nunca un muñeco de Hitler. Con infantil convencimiento consideraba a Hungría como compañera de Alemania y en igualdad de condiciones respecto a ésta. Estaba convencido de que los húngaros — «este pueblecito» —, podría organizar Europa con sólo seguirle. «He sido elegido por la autoridad divina para redimir al pueblo magiar. Váyase todo aquel que no me comprenda o no tenga confianza en mí. Aunque me quede solo, crearé el Estado húngaro con ayuda de la fuerza secreta que hay en mí.» Szálasi inventó la palabra hungarista para designar sus principios y su programa.

Indicaba que su nacionalsocialismo era diferente del alemán. Hizo también invencible el movimiento de Szálasi, ya que, mientras su partido de las Flechas Cruzadas podía ser, y a menudo era, suprimido, el «Movimiento hungarista» continuaría viviendo en el corazón de sus seguidores.

No debe extrañarnos que este superpatriota fuera también descendiente de extranjeros. Su padre era armenio y su madre medio eslovaca y medio magiar. Su padre perteneció al NCO en el ejército húngaro y él, como mu-

chos hijos de militares circunstanciales, escogió la milicia. Sirvió en el frente durante los últimos años de la primera Guerra Mundial y terminada ésta pudo entrar en la Escuela General de Estado Mayor donde se graduó con altos honores. Allí, donde se fomentaban tales actividades, Szálasi empezó a escribir sobre economía y política, y ya estaba a punto de ser nombrado mayor, cuando publicó sin permiso de sus superiores el «Plan de Reconstrucción del Estado húngaro». Como este plan parecía atacar las aspiraciones magiares, fue duramente censurado por su insubordinación. Entonces mandó un memorándum a Gömbös criticando la política de su gobierno. Esto irritó al primer ministro, al que no le agradaban los militares como consejeros. Parece ser que intentó atraerlo ofreciéndole un puesto en las próximas elecciones, pero él puso unas condiciones tan inverosímiles que no se llegó a un acuerdo. En marzo de 1935 renunció a su puesto en el ejército y fundó su primer movimiento política: El «Partido de la Voluntad Nacional». En aquel entonces tenía treinta y ocho años; decidió presentarse a las elecciones y esperó dos años para ello; ante la desilusión de la derrota, juró que nunca más volvería a presentarse como candidato.

El 16 de abril de 1937 sufrió el primer arresto y el local de su partido, consistente en dos habitaciones, fue sellado. La policía encontró un total de 420 *pengös* —84 dólares— en la caja. El tribunal le condenó a tres meses de confinamiento bajo palabra de honor por agitación antisemita, pero no se le hizo cumplir la sentencia, aunque su nombre saltó a la calle y fue conocido por el público. Los nebulosos principios de reforma social que estableció como ensayo le atrajeron a numerosos seguidores. Más tarde visitó Alemania, lo que motivó que la prensa liberal le acusara de gozar del favor germano. Rebautizó su partido con el nombre de «Movimiento-Partido Hungarista de las Flechas Cruzadas», y éste experimentó tal crecimiento que en verano de 1937 ya contaba con veinte mil afiliados. En octubre del mismo año unió a casi todos los partidos nacionalsocialistas en una impresionante ceremonia en Budapest; aunque esta unión no duró más que unas semanas, nadie dudó de la importancia política de Szálasi. Aun hoy es difícil explicar su repentino éxito. No tenía facilidad de palabra ni era un buen organizador, pero su sinceridad e indudable honradez, cualidades muy raras en la política húngara de entonces, levantaron la admiración de las masas. Visitó, a la manera de Hitler, cada rincón de su país encantando a sus partidarios al recordar los nombres de cada uno de ellos; su popularidad entre las mujeres fue uno de sus principales triunfos. Más importantes fueron, sin embargo, sus relaciones con los militares. Los jóvenes componentes del Estado Mayor, que formaban el núcleo del mismo, estaban impacientes por llevar a cabo la reforma política y social, que estimaban necesaria en vista de la próxima guerra que ya se avecinaba. Asediaron al regente con advertencias sobre la agitación de la Izquierda y de los judíos, insistiendo en la implantación de una «política nueva, enérgica, popular y

nacional, cristiana, sin compromiso»; lo cual ocasionó, principalmente, que el regente pusiera algunas cortapisas al Parlamento y restricciones algo más severas a socialistas y judíos. Los militares negociaron con Szálasi y tuvieron que contar con él, pero la mayor parte de ellos se mostraron reacios a confiarle el poder político.

El mismo regente desconfiaba de la actividad de Szálasi y aunque rehusó repetidamente concederle una audiencia, permitió al jefe de su gabinete militar que le visitara para averiguar las intenciones de éste, cuyos puntos de vista estaban claros: el regente debería «hacerse cargo del país», realizando un *putsch* con la ayuda del ejército y nombrando a Szálasi primer ministro, pero el regente no le hizo ni caso.

El año 1938 prometía ser movido. Empezaron a circular rumores de un posible levantamiento derechista, aumentados clamorosamente por la propaganda de una prensa liberal al borde de la histeria, los Flechas Cruzadas recorrían las calles anunciando el inminente triunfo de Szálasi y el regente mismo fue abucheado por estudiantes y militares en un baile de gala en la Ópera de Budapest. En las elecciones parlamentarias algunos de los más jóvenes lugartenientes de Szálasi lograron un gran éxito contra los candidatos del partido gubernamental, y una docena y media de diputados de los Pequeños Propietarios se unieron a las filas de los nacionalsocialistas. Por añadidura, el partido parecía contar con fondos ilimitados. El dinero alemán afluía hacia la Derecha radical a través de algunos agentes húngaros y de la minoría alemana establecida en el país, e incluso algunos de los más influyentes periódicos se dejaron sobornar tímidamente y apoyaron el programa de los nacionalsocialistas. Szálasi no sabía nada de estas transacciones; su espíritu estaba demasiado por encima de tales futilidades.

Finalmente, el regente tomó cartas en el asunto. En mayo de 1938 destituyó al vacilante Darányi, el inmediato sucesor de Gömbös, y nombró en su lugar a Béla Imrédy. Éste era un financiero experto, anglófilo, que tenía fama de liberal. Pero en seguida disgustó al regente por su agudo antisemitismo y sus aspiraciones a la dictadura; sin embargo, para los Flechas Cruzadas fue un duro golpe. Imrédy, como Gömbös, no resistía a otros líderes y mucho menos al ingobernable «Flecha»; al cabo de una semana de su nombramiento prohibió a los empleados del Estado afiliarse en cualquier partido político, y como casi ninguno simpatizaba con la Izquierda, la medida representó un serio ataque contra las Derechas.

El gobierno, que no tenía intención de dejar las cosas a medias, emprendió como próxima medida el arresto de Szálasi; se le acusó de actividad subversiva y se le condenó a tres años de trabajos forzados. El 27 de agosto de 1938 fue trasladado a la prisión de Széged, de donde saldría al cabo de dos años. Desde entonces hasta la ocupación alemana, en marzo de 1944, los Flechas Cruzadas fueron sometidos a una persecución prácticamente continua: se prohibieron los periódicos y mítines, algunos de sus

dirigentes fueron encarcelados y cientos de seguidores enviados a campos de concentración, donde ya se hallaba un buen número de prisioneros comunistas. La prensa alemana reaccionó violentamente contra semejante persecución y elevó a Szálasi a la categoría de mártir. En el país, los Flechas Cruzadas entraron en las elecciones con el nombre de Szálasi. Las elecciones parlamentarias de mayo de 1939 (las primeras desde 1935) se realizaron con papeleta secreta, según una ley adoptada el año anterior. Los nacionalsocialistas obtuvieron un triunfo resonante. De 259 escaños obtuvieron 183, pero aumentaron el número de representantes en 49 mientras que los Flechas Cruzadas de Szálasi sólo consiguieron 31. Los socialdemócratas y los Pequeños Propietarios quedaron derrotados, obteniendo 5 y 14 escaños, respectivamente. Hay que añadir a esto que la mayoría del Parlamento se inclinaba hacia la Derecha.

Sin embargo, el voto popular fue favorable en mayor grado a los Flechas; de un total de 2.000.000 de votos, aproximadamente, obtuvieron 750.000. En Budapest los nacionalsocialistas consiguieron 72.385 y el partido gubernamental 95.468, mientras que 34.500 iban a parar a los socialistas. El Csepel «rojo», el suburbio más industrializado de Budapest, eligió a dos diputados nacionalsocialistas.

En el nuevo Parlamento los diputados de los Flechas Cruzadas se convirtieron en la primera oposición seria al Gobierno, por parte de la Derecha. Desde luego que sus objeciones no eran tenidas en cuenta y parlamentariamente eran impotentes, pero se erigieron como campeones del pueblo; entre 1939 y 1944 sus discursos insistieron sin cesar sobre la apurada situación de la población indigente de Hungría. La extrema Derecha también se puso a hablar con fuerza y convicción; ya no querían repetir, igual que un loro, las divisas de la Derecha de Horthy; ahora tenían una nueva ideología formulada por Ferenc Szálasi.

A juzgar por los divertidos efectos de las ideas de Szálasi sobre sus seguidores, cabría esperar algún llamamiento nacional o emocional en muchos discursos y escritos. Nada más lejos de la realidad. No sólo estas piezas de sabiduría hacen su lectura pesada, sino que son terriblemente confusas, porque Szálasi era muy aficionado a las palabras de nuevo cuño, a las frases yuxtapuestas y a las sentencias enrevesadas. Su obra magna *Ut és Cel* (Carrera y Objetivo) se publicó en 1936 y es tan incomprensible en el original como en la traducción:

... El socialnacionalismo es la única y auténtica física y biología de la vida. El verdadero individuo forma materia con su alma; su mano no es más que un instrumento. De ahí que la materia formada sea un valor, no una mercancía. El socialnacionalismo es, además, la física biológica de la nación; su física, el socialismo inte-

grado en la nación. Ésta es la comunidad de vida y la comunidad de materia, en un modelo de comunidad y con una fe de comunidad, con base en la nación y en la tierra de los antepasados, pura y verdadera en su moral y en su espíritu.

He aquí otro fragmento del mismo capítulo:

Las bases ideológicas de la economía nacional y del orden del trabajo del hungarismo están en el nacionalsocialismo y en su práctica concienzuda. Solamente a través de la ideología y la práctica del nacionalsocialismo puede un individuo llegar a ser un verdadero nacionalsocialista... El nacionalsocialismo significa orden nacionalista en el socialismo y también significa orden socialista en el nacionalismo, de ahí que el orden espiritual en la materia se convierte en orden material en el espíritu. El orden del alma en el cuerpo, el orden del cuerpo en el alma.

A pesar de que tales y parecidos pensamientos pueden dar lugar a que el lector se pregunte cuál sería el nivel intelectual de la Escuela del Estado Mayor, cuando era posible que pudiera sobresalir un personaje semejante, verdad es que no todos los escritos de Szálasi son tan confusos. En la cuestión de las aspiraciones territoriales de Hungría, el centro de su atracción, era mucho más preciso. Su aspiración era reinstaurar las fronteras históricas de Hungría. Daría a su nueva Gran Hungría el nombre de «Gran Madre Patria Cárpato-Danubiana» o el de «Tierra Unida de la Marca Húngara». Ninguno de estos nombres carecía de razón de ser; el intento de Szálasi era establecer una comunidad feliz de naciones en la región cárpata. Las minorías nacionales tendrían su autonomía, sometida, desde luego, a la autoridad magiar del Estado húngaro. Para los magiares destinaba las regiones llanas; a los germanos las colinas; a los rumanos las regiones «alpinas», y a los eslavos el resto de las áreas montañosas.

Aunque, de acuerdo con los mapas, los magiares se habían salido de las llanuras y habían ocupado algunas regiones deshabitadas de los eslavos y de los rumanos, también era cierto que esta posición podía disculparse, desde el punto de vista húngaro, naturalmente, ya que los magiares eran los únicos que habían sido capaces de formar un «sistema de Estado orgánico» y, además, era natural que ocuparan las regiones más extensas ya que serían los dirigentes del nuevo Estado húngaro.

La unidad de la «Gran Madre Patria Cárpato-Danubiana» tendría que ser llevada a cabo por el ejército húngaro. Este ejército ocuparía un puesto prominente en el nuevo Estado y sus necesidades materiales y morales serían satisfechas por la nación. «Cuando el ejército se da cuenta de que los tres pilares de la nación, constituidos por la Religión, el Patriotismo y la Disciplina, son atacados —escribió Szálasi en el periódico del partido—, tiene el deber de obligar al país a apoyar de nuevo estos tres pilares.»

Por aquel tiempo dijo también que la tragedia del «cuchillo clavado por la espalda», en 1918, no se repetiría: «la guerra del futuro será total

y las únicas naciones que saldrán victoriosas serán aquellas cuyo pueblo está unido detrás de su ejército». De ahí que éste necesitase de la paz interior que ningún marxismo o liberalismo podía garantizarle; la única solución la daba el «capitalismo nacional». Dentro de este sistema no existirían las clases privilegiadas, reinaría la paz en el trabajo y éste sería para todos un derecho y un deber. Las huelgas y el ocio serían puestos fuera de la ley, se aboliría la tiranía del dinero, el Estado se haría cargo del Banco Nacional y un Consejo General de Corporaciones dirigiría la economía. En cuanto al campo, el proletariado campesino se transformaría en una clase de pequeños propietarios con un sistema de cooperativas y se establecería un «plan de producción agrícola». No anunció, sin embargo, qué tierras serían las expropiadas y cuáles quedarían como propiedad.

Szálasi era un devoto católico; su Cristo vagamente turoniano era el rey de los húngaros. Este Estado húngaro estaría basado en un «orden moral cristiano» donde el ateísmo o la incredulidad no serían tolerados. Por otra parte, la Iglesia y el Estado estarían separados y la educación fuera de la dirección religiosa. La «política del clericalismo» no tenía cabida en el «orden hungarista». No obstante, su ortodoxia religiosa no era compartida por todos sus seguidores. El doctor Pál Vágo, por ejemplo, un intelectual del partido, era violentamente anticlerical y acusaba a la Iglesia de propagar la versión jesuíta de la Cristiandad. El doctor Vágo, experto en estudios bíblicos, fue capaz de demostrar que Cristo era escita (o sea turoniano), al igual que todos los primeros cristianos.

Según la opinión de Szálasi, las mujeres y los niños eran dos de los «siete pilares de la nación». El concepto de nacimiento ilegal fue abolido y los divorcios restringidos a «casos de interés nacional». En cuanto al terreno matrimonial, sólo tendrían validez los realizados por la Iglesia. La mujer debería permanecer en el hogar: «La base del hungarismo es la familia...; la cabeza de ella, el guerrero; la madre, el alma; el hijo, el arma, y la salud, el símbolo». Los judíos, diferentes de los húngaros espiritual y físicamente, deberían buscar otro país donde habitar. Szálasi insistió siempre en que él no era antisemita sino «asemita», afirmación que no le impidió referirse a ellos como pestilencia pública y acusarlos de organizar una conspiración mundial anticristiana, como se formulaba en los «Protocolos de los antepasados de Sion».

Macartney afirma que Szálasi no era un incivilizado. Es verdad que se encuentran muy pocas expresiones de odio en sus discursos o escritos; amaba a su pueblo, quería convencerlo mediante la persuasión y no por la coerción y tenía un concepto de las masas mucho más benigno que Hitler. Pero obsesionado por la ideología y la utopía, permitió que sus subordinados llevaran a cabo secrificios humanos ante el altar de la «Idea».

No existen estudios o estadísticas dignas de confianza relativas al partido y al número de sus miembros. Las fuentes de información se limitan

a los informes de la época, a los artículos de los periódicos y a entrevistas con dirigentes del partido en el exilio. Dificulta la tarea el hecho de que los Flechas Cruzadas, al haber permanecido mucho tiempo fuera de la ley, habían organizado otro movimiento clandestino que continuó sus actividades junto a la organización normal y su empeño en dotar con denominaciones arcaicas a grupos y dirigentes. Sin embargo, se pueden citar unos cuantos hechos:

En la cumbre del partido, organizado en forma piramidal, la autoridad estaba dividida entre Szálasi, director nacional, que reservaba para sí la dirección espiritual del partido, y el director del mismo, el joven periodista Kálmán Hubay, encargado de la política y organización. Por debajo de estos dirigentes funcionaba un complejo de varios departamentos centrales, entre ellos los Consejos de Reconstrucción del País, Formación del Partido, Reclutamiento, Reclutamiento Industrial, Propaganda, Problema Social e Ideología. Las diferentes clases sociales y sectores estaban representados en unas oficinas llamadas Grandes Consejos que se reunían a intervalos regulares. Paralela a esta organización funcionaba otra secreta a la que los informadores dan una gran importancia. Así el Consejo de Reconstrucción del País, aparte de sus miembros oficialmente reconocidos, reunía a cerca de mil quinientos o dos mil intelectuales no pertenecientes al partido; se trataba de profesiones liberales, ingenieros, oficiales del ejército, etc..., claramente mezclados en empresas de leyes, planes sociales y reformas político-económicas para el período siguiente en que Szálasi asumiría el poder. Otro grupo secreto consistía en elementos pertenecientes al cuerpo diplomático y empleados de grandes empresas a quienes el decreto de Imrédy había excluido de sus puestos oficiales; estos miembros formaban las llamadas Organizaciones de Clan, donde eran registrados mediante un número en lugar del nombre. Parece ser que alcanzaron los cincuenta y ocho mil asociados en abril de 1944.

Fue imposible que una milicia de tropas de choque se mantuviera bajo el régimen de Horthy y, aunque se dieron algunos incidentes como palizas a los judíos y esporádicos actos de terror, el ministro del Interior, Keresztes-Fischer, dominó la situación y no llegaron a darse escenas callejeras como las que tenían lugar en la Alemania de Weimar.

Las notas son contradictorias en lo que se refiere al número de asociados; de acuerdo con una perteneciente al mes de septiembre de 1935, el Partido de Voluntad Nacional, que empezó con 8.000 miembros, aumentó hasta cerca de 19.000 en abril de 1937; a finales de 1940 contaba con 116.000, y con 500.000 en septiembre de 1944. Sin embargo, ya hemos dicho que estas cifras no se pueden garantizar. Los miembros del partido fluctuaron siempre con amplio margen. En diciembre de 1943, por ejemplo, el mismo Szálasi anotaba en su diario que la cifra de socios había bajado en 100.000, y aparentemente no podía explicar la razón. Si son exactos es-

tos cálculos, confeccionados, en su mayor parte, por antiguos miembros nacionalsocialistas, el número de componentes del partido alcanzaba el tres por ciento de la población en el verano de 1938 y el cuatro por ciento en septiembre de 1944, sin contar con los cientos de nacionalsocialistas que no estaban bajo el mando de Szálasi.

El antiguo presidente de la Oficina de la Audiencia Suprema en el Gobierno de Szálasi me proporcionó los datos sobre la distribución ocupacional de los miembros de los Flechas Cruzadas. De acuerdo con ellos, en abril de 1937, los trabajadores industriales componían la mitad de los miembros del partido y a finales de 1944 su proporción era el 41 por ciento. Durante el mismo período el número de labriegos afiliados ascendió del 8 al 13 por ciento, y los pertenecientes a profesiones libres o independientes, del 12 al 19. En 1927 los militares constituían el 17 por ciento. En aquel tiempo alrededor del 52 por ciento de la población obrera trabajaba en la agricultura, y sólo el 23 por ciento en la industria y las minas. Las razones de la preponderancia de obreros en el partido no son difíciles de hallar. Los sindicatos socialistas englobaban solamente a los obreros especializados, principalmente de la industria pesada y de las empresas importantes; los sindicatos cristianos, así como los sindicatos dependientes del Gobierno, no alcanzaron ninguna importancia. Quedaron los trabajadores sin especializar, los pequeños artesanos y obreros eventuales que encontraban en los Flechas Cruzadas su movimiento. Los periódicos contemporáneos del partido hablan repetidamente de comidas de hermandad, excursiones, variados contactos sociales de grupos de trabajadores, llamadas de ayuda mutua y anuncios pidiendo socorro para algún desgraciado sin empleo a quien denominaban «hermano». Los Flechas Cruzadas realizaban una tarea que los socialistas no podían llevar a cabo.

La salida de Szálasi de prisión en septiembre de 1940, no señaló, en contra de lo que las apariencias harían suponer, la ascensión triunfal al poder; por el contrario, parecía que el partido había dejado atrás su cenit. Las luchas internas se hicieron más violentas y muchos de sus partidarios desertaron, acusándole de locura y de malversar los fondos de la asociación... Por otra parte, el Gobierno estaba más asentado que nunca. Se habían llevado a cabo las nuevas recuperaciones territoriales entre 1938 y 1941, y la entrada de Hungría en la guerra necesitaba la unidad nacional y el orden que el Gobierno estaba decidido a obtener.

El ejército húngaro se unió al alemán en junio de 1941. Deseaba obtener ventajas de su alianza con el mínimo esfuerzo. A finales del 42, el ejército húngaro fue enviado al frente ruso. La ofensiva rusa del invierno de 1941-1943 aniquiló a todas estas unidades; algunas quedaron tras las líneas del frente, en Ucrania, y los restantes soldados fueron repatriados a

Hungría. Por aquel tiempo, el país llevaba a cabo una política muy ambigua. Horthy, que nunca había dejado de creer en la victoria de los aliados, desposeyó de su cargo a Bárdossy en marzo de 1942 y nombró como primer ministro a Miklós Kállay. Éste era un hidalgo de pura raza magiar y escasa experiencia política, pero lleno de antipatía hacia rusos y alemanes. Él y Horthy planearon una política «puramente magiar». Convencidos de que los países aliados del Oeste nunca permitirían que el ejército rojo entrase en el corazón de Europa, decidieron defender las fronteras del Este del país contra el inevitable ataque ruso y, entre tanto, preparar a la nación para una eventual rendición a los anglosajones.

Bajo el mandato de Kállay, entre marzo de 1942 y marzo de 1944, el país experimentó una notable transformación: se convirtió en el asilo de muchas víctimas del nacionalsocialismo, acogió a cerca de un millón de judíos húngaros y extranjeros, a soldados polacos refugiados y a prisioneros franceses, americanos e ingleses escapados de los campos de concentración alemanes. Se llevaron a cabo contactos con las potencias aliadas, que reiteraron sus sentimientos amistosos hacia Hungría, y los periódicos dependientes del Gobierno recibieron la orden de comentar con moderación las victorias alemanas; aparte de esto, se mantuvo a los Flechas Cruzadas bajo severo control advirtiendo a la izquierda que no atacase al Gobierno. Sin embargo, Kállay alentó la formación del «Frente de Independencia», compuesto principalmente por antiguos miembros de los Pequeños Propietarios. Los socialdemócratas y los burgueses demócratas con sus dirigentes pidieron en el Parlamento una «política húngara independiente». Hacia 1943, Hungría ya era prácticamente un país neutral. Los aviones americanos, ingleses y rusos volaban por encima del país sin disparar, se trabó contacto con Tito y con agentes enemigos en lugares apartados y hasta en su misma residencia. El 31 de diciembre de 1943, el órgano semioficial *Magyarország* publió un editorial del Gobierno diciendo, en esencia, que Hungría se rendiría de grado, pero que no podía hacerlo por falta de un enemigo.

Los alemanes, enterados de esto, perdieron la paciencia cuando, en la primavera de 1944, el frente ruso se acercó peligrosamente hacia Hungría. En marzo Horthy recibió orden de visitar al Führer en Alemania donde éste le amenazó con organizar una alianza germano-rumana-croata-eslovaca para atacar a Hungría. El 19 de marzo, las tropas alemanas entraron en el país y Horthy se vio obligado a nombrar al general progermano Döme Sztójay, antiguo ministro en Berlín, primer ministro.

El gabinete de Sztójay, al menos aparentemente, no difería mucho de los gobiernos anteriores a la contrarrevolución. Aunque Kállay se ocultó, huyendo de la Gestapo, en la Legación turca, y el ministro del Interior,

Keresztes-Fischer, fue encarcelado, muchos ministros del primero permanecieron en sus puestos y se asociaron con otros miembros derechistas del Gobierno. Más tarde, hacia la primavera, Béla Imrédy, ahora cabeza del partido de Renovación Nacional, se unió al gabinete. Algunos nacionalsocialistas, que no pertenecían a los Flechas Cruzadas, ocuparon también puestos importantes, pero ninguno a nivel ministerial.

Bajo Sztójay hizo su aparición una vez más, con claridad, la esencial disparidad de la Derecha de Horthy. Oscilando continuamente entre las viejas tradiciones parlamentarias y la ideología fascista de los «jóvenes» de la contrarrevolución, la mayoría de los diputados así como la prensa nacionalista, aceptaron el nuevo giro de los acontecimientos. Aclamaron al Gobierno recién elegido como salvador de Hungría; eran los mismos diputados que unos días antes habían hecho lo mismo con Kállay por motivos semejantes. El Gobierno anunció una nueva política de «Derechas, cristiana y nacional», lo mismo que habían anunciado sus antecesores pero asegurando que, al menos esta vez, la llevarían a la práctica. Desde luego, adelantaban que no podrían efectuarse reformas sociales a causa de la guerra pero, al menos, Hungría podía zafarse de los judíos. Un aluvión de medidas represivas cayeron sobre ellos. Primeramente se cortaron los teléfonos «judíos»; se les obligó a llevar emblema distintivo, fueron excluidos de ciertos trabajos de especialización y se redujeron considerablemente sus raciones. Finalmente, fueron concentrados en «ghettos» y deportados a campos de exterminio. Esto último se acordó entre Eichmann y dos nacionalsocialistas, secretarios de Estado del Ministerio del Interior húngaro, con la ayuda de las SS y de numerosos y bárbaros policías de la misma Hungría. Las deportaciones comenzaron el 14 de mayo de 1944, y en dos meses ya se habían recogido todos los judíos de provincias. En este corto intervalo fueron enviadas a Auschwitz 434.000 personas, que murieron en las cámaras de gas y los pocos que escaparon de ellas fueron trasladados a otros campos de concentración.

Como era usual en los gobiernos de Horthy, la Izquierda no permaneció callada y como, por otra parte, las deportaciones y las matanzas en masa en las cámaras de gas no se mantuvieron nunca en secreto, por primera vez en la Europa nazi se levantó una oleada de protestas. Los dirigentes judíos de Budapest y los políticos conservadores que se hallaban escondidos apelaron a Horthy, al igual que todas las iglesias húngaras. Al fin, cuando el nuncio papal, los gobiernos neutrales y el presidente Roosevelt se sumaron a las protestas, en julio de 1944, Horthy decidió poner fin a las deportaciones; aunque ya no quedaba un solo judío en provincias, en Budapest todavía permanecían 200.000. Temiendo un atentado contra su vida, el regente se vio obligado a prohibir a la policía la entrada en la capital para buscar más judíos. Los dos o tres últimos trenes cargados de hebreos tuvieron que ser sacados casi de contrabando por Eichmann y sus sicarios

de las SS. Más tarde, el 27 de agosto de 1944, destituyó a Sztójay y nombró como primer ministro al general Géza Lajatos, el cual recibió órdenes de preparar al país para rendirse a los rusos, que tras el giro del frente de Rumania, estaban a punto de entrar.

En todos estos acontecimientos, Szálasi y sus «Flechas Cruzadas» no intervinieron, pues, a pesar de haberse pregonado una audiencia entre el regente y aquél, la verdad es que no existió acuerdo alguno entre ellos. A raíz del nombramiento de Lajatos, el partido abandonó su política de apoyo al regente y entró en negociaciones con los alemanes, ofreciéndoles sus servicios y advirtiéndoles del plan de rendición. Veesenmayer, enviado plenipotenciario alemán en Hungría, que tenía muy baja opinión de Szálasi, no le hizo mucho caso, pero tuvo que rendirse ante la evidencia, cuando el alto mando de las SS del país afirmó que era el único húngaro verdaderamente amigo de los alemanes. Como la rendición del ejército húngaro a los rusos hubiera significado el colapso de las defensas alemanas, Szálasi fue encargado de llevar a cabo los preparativos para el día en que Horthy anunciara su rendición. El momento llegó cuando éste, de acuerdo con un tratado concluido en Moscú, anunció el armisticio el 15 de octubre a través de un comunicado radiado.

Ningún hecho político húngaro se había preparado peor. No había tropas en Budapest para defender al regente; los generales húngaros fueron sorprendidos y los socialistas y demás miembros de la resistencia no habían recibido las armas prometidas. En realidad, el armisticio sólo fue obra de Horthy y de sus más allegados familiares, con ayuda de algún político conservador confiado que, al igual que Bethlen, abandonaron sus escondrijos en esta ocasión. Esta exclusividad ante un paso tan importante fue motivada por el temor del regente a una traición y por el carácter de camarilla que el Gobierno de Horthy había tenido siempre; habiendo tratado a la verdadera Izquierda, sobre todo a los socialdemócratas, como instrumentos y no como verdaderos cooperadores, en el momento decisivo se halló solo. La inmensa mayoría de militares desobedeció sus órdenes, los alemanes distribuyeron armas entre los «Flechas Cruzadas», los oficiales leales del regente fueron arrestados, la emisora de radio y el Palacio Real fueron rodeados por los tanques alemanes y Horthy fue puesto bajo custodia, obligado a esperar órdenes. Antes de que el pueblo de Budapest se recobrara de su sorpresa, se le anunció la formación de un Gobierno de «Flechas Cruzadas», bajo la presidencia de Szálasi, cuyas primeras disposiciones fueron la orden dada a la nación de que realizase un esfuerzo final contra los invasores rusos.

El mandato de Szálasi fue el feo epílogo de una historia trágica. Insistiendo en la justificación legal de su nombramiento y haciendo presión so-

bre el encerrado Horthy y un Parlamento marioneta, fue aceptado como primer ministro y, consecuentemente, como Dirigente Nacional. El 3 de noviembre prestó solemne juramento a la Santa Corona en el Palacio Real.

No estuvo enteramente desprovisto de apoyo entre las «clases históricas». Aunque socialistas, conservadores, radicales y realistas habían sido enviados a los campos de concentración alemanes, fue aceptado entusiásticamente por algunos miembros de la Cámara Alta, incluido el jefe de la Casa de Habsburgo en Hungría, y por el ala derecha del antiguo partido gubernamental que formó una «Alianza Nacional» con los diputados nacionalsocialistas del Parlamento. La mayor parte de los elementos del cuerpo diplomático y de los oficiales del ejército prestaron juramento a Szálasi y grupos de nacionalsocialistas más o menos numerosos se unieron al partido.

La composición de su gabinete no difería mucho de todos los de Horthy. Se componía, además de Szálasi, de dos militares retirados, dos generales en servicio activo y un antiguo oficial terrorista blanco que había pasado los años de guerra en Alemania como miembro de las SS. Había también algunos aristócratas y tres miembros del anterior gabinete, junto con un periodista, un investigador, un farmacéutico y, finalmente, un antiguo socialista de Izquierda al que le gustaba pregonar que había conocido a Lenin. Los miembros de los «Flechas Cruzadas» ocuparon sitios importantes en los ministerios y en los negocios privados; los últimos, casi sin excepción, procedían de la baja clase media.

Una vez elegido Szálasi, publicó un programa en el que anunciaba, a partir del 1.º de junio de 1945, entre otras cosas, la transformación de Hungría en un Estado «hungarista» y la creación de una clase campesina próspera. Sus subordinados procedían con el mismo entusiasmo, proclamando sin descanso la movilización de las reservas humanas; se anunció la formación de unas corporaciones representativas y el Parlamento trazó los planes para los años venideros. Pero, en cuanto las tropas rusas empezaron a acercarse a Budapest, todo fueron órdenes contradictorias. Los trabajadores, a quienes se les había ordenado permanecer en su puesto y trabajar, recibieron órdenes de marchar con sus desmanteladas fábricas; varios grupos de reclutas fueron movilizados y a continuación se les hizo volver a sus casas, ya que no se les podía proveer de uniformes y armas. Generalmente las órdenes fueron ignoradas; en algunas fábricas, los trabajadores se dedicaron a hacer sabotajes y el movimiento clandestino, ahora comunista en gran parte, empezó a dificultar las operaciones de los nazis. Sin embargo, durante los últimos días del régimen, los alemanes y los «Flechas Cruzadas» lograron llevarse de Hungría prácticamente todo lo que tuviese algo de valor.

Mientras tanto, Eichmann reapareció en el país y, de acuerdo con Szálasi, se llevó durante el invierno cerca de 50.000 judíos desde Budapest hasta la frontera austríaca para trabajar en las fortificaciones y finalizar

muriendo a causa de los malos tratos y del excesivo trabajo. El resto de los judíos, salvo los que lograron esconderse o refugiarse en diferentes legaciones, vivían en «ghettos» en la más extrema miseria e inanición. El ejército rojo halló 124.000 judíos en Budapest. De los que había en 1938 por todo el país no sobrevivieron más de 200.000.

En diciembre, la situación había derivado en un caos. Todas las existencias de los antiguos almacenes judíos fueron saqueados y los comandos terroristas de los nacionalsocialistas mataban judíos y desertores. El 24 de diciembre de 1944, la capital se encontraba rodeada por los rusos y todo el Gobierno, con los ministros y el Alto Mando del ejército, había huido hacia el Este dejando la ciudad en manos de las SS y de los comandantes de los «Flechas Cruzadas», casi todos ellos autodesignados. Éstos enviaron al frente a policías, carteros, conductores de autobús e incluso niños, aunque, en resumidas cuentas consiguieron un número de combatientes escaso. Estas tropas húngaras y alemanas resistieron hasta el 13 de febrero, en que 800.000 civiles de Budapest fueron al fin libertados del sitio.

La lucha mantenida en el oeste de Hungría por algunas poderosas unidades de Panzers alemanes se prolongó durante dos meses y en ella intervinieron pocas tropas húngaras. En el resto del país, los «Flechas» y los oficiales del ejército sólo se preocuparon de huir de los rusos. La actividad de los «Flechas Cruzadas» también se vio ocupada por las ejecuciones de los dirigentes de la Resistencia apresados en Budapest y en acciones de propaganda, Szálasi se había dedicado a escribir sus memorias y rara vez se preocupó de lo que sucedía a su alrededor. El 20 de junio de 1945, desde un pueblecito de la frontera austríaca, lanzó su último discurso en el cual prometía que volvería al cabo de un año para libertar al país, amenazando de muerte a todos los que dudasen de sus palabras y terminó asegurando a los campesinos que «cada húngaro se resarciría hasta de la más mínima pérdida».

El 4 de abril de 1945, las últimas tropas húngaras y alemanas abandonaban el país, precedidas por todos los miembros del gabinete de Szálasi. Aquéllos siguieron sus actividades en el exilio, en Alemania, hasta que los americanos los apresaron y los enviaron a Hungría a petición de aquel Gobierno. Ningún dirigente de los «Flechas Cruzadas» obedeció las órdenes de Szálasi: «Más vale ser héroe un momento que esclavo el resto de la vida», y ninguno llegó a morir como un héroe.

Pasado diciembre de 1944, Hungría tuvo un nuevo Gobierno, nombrado por los rusos y compuesto por los miembros de Izquierdas que habían podido encontrarse en el este de Hungría, dirigidos por un antiguo general de Horthy. Pactaron el armisticio y declararon la guerra al Reich alemán.

Los juicios por crímenes de guerra contra los partidarios de Horthy y los «Flechas Cruzadas» se llevaron a cabo en Budapest, en 1945-46, a cargo de un Tribunal del Pueblo compuesto por jueces profesionales y dele-

gados de los cuatro partidos que componían el «Frente Nacional de Independencia» (pequeños propietarios, campesinos socialdemócratas y comunistas). Indudablemente, fue un tribunal político que actuaba bajo condiciones revolucionarias. Se pidió la pena capital en 264 casos y se cumplió en 122. Entre los ejecutados se hallaban cinco antiguos primeros ministros —Imrédy, Bárdossy, Sztójay, Szálasi y el último primer ministro de éste, Szöllösi—, muchos altos mandos del ejército, todos los miembros del gabinete de los «Flechas Cruzadas», acusados de haber tomado parte en los asesinatos de los judíos y en la deportación o ejecución de los resistentes. Szálasi se enfrentó al juicio con tranquilidad de ánimo; negó tener conocimiento de las persecuciones judías, rehusó admitir que sus actos del 15 de octubre constituyeran una traición, pero sostuvo sus ideas «hungaristas» con gran convicción y marchó con tranquilidad a la ejecución.

A la mayoría de los nazis «menos importantes» se les permitió —tras breve período de internamiento— unirse a los partidos democráticos; en su mayoría escogieron el partido comunista. Los nacionalsocialistas más importantes cuyas vidas fueron perdonadas por los tribunales después de 1948, fueron enviados a prisión por sus antiguos oponentes democráticos. Fue algo normal en los campos de concentración del estalinista Rákosi ver cómo se torturaba a los prisioneros bajo la tranquila mirada de un oficial comunista, que antaño perteneció a los «Flechas Cruzadas».

La historia política de la Hungría de Horthy se caracterizó por la lucha entre los diversos componentes de un movimiento contrarrevolucionario, cuyos elementos moderados habían constituido una Izquierda teórica, sin la menor efectividad práctica. Además de conservadora, se encontraba sumida en la tradición parlamentaria de la Hungría noble y nunca tuvo aspiraciones democráticas ni socialistas. Pero, inevitablemente, llegó a disfrutar el apoyo de las débiles fuerzas liberales y socialistas del país. Fue la Derecha la que abrió el camino hacia el levantamiento social.

Como resumen final, digamos que Horthy representaba la culminación de un sistema tradicional mientras que el experimento de Szálasi se trataba del epílogo de una Hungría tradicional y del comienzo de la emancipación de las clases bajas húngaras.

BIBLIOGRAFÍA

Historia:

MACARTNEY, C. A.: *Hungary: a Short History.* Edimburgo, 1962.
SINOR, DENIS: *History of Hungary.* Londres, 1959.

Estudios recientes sobre la Era de Horthy:

BEREND, IVÁN, y GYÖRGY RÁNKI: «German-Hungarian Relations Following Hitler's Rise to Power (1933-1934)», *Acta Histórica*, VII (Budapest, 1961), 313-346. (Marxist.)

BOLDIZSÁR, IVÁN: *The Other Hungary*. Budapest, 1946.

CZEBE, JENÖ, y TIBOR PETHÖ: *Hungary in World War II: A Military History of the Years of War*. Budapest, 1946.

HILLGRUBER, ANDREAS: «Deutschland und Ungarn, 1933-1934», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*. IX (1959), 651-676.

— «Das deutsch-ungarische Verhältnis im lezten Kriegsjahr. Vom Unternehmen "Margarethe I" (19-III-1944) bis zur Räumung Ungarns durch die deutschen Truppen (4-IV-1945)», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*. X (1960), 78-104.

KERTESZ, STEPHEN D.: *Diplomacy in a Whirlpool: Hungary Between Nazi Germany and Soviet Russia*. Notre Dame, Indiana, 1953.

MACARTNEY, C. A.: *A History of Hungary, 1929-1945*. Nueva York, 1956. 2 vols.

ROZSNYÓI, A.: «October Fifteenth, 1944 (History of Szálasi's Putsch)», *Acta Historica*. VIII (Budapest, 1961), 57-105. (Marxist.)

ULLEIN-REVICZKY, ANTAL: *Guerre allemande paix russe: le drame hongrois*. Neuchâtel, 1947.

Memorias y autobiografías:

HORTHY, ADMIRAL NICHOLAS: *Memoirs*. Nueva York, 1957.

KÁLLAY, NICHOLAS: *Hungarian Premier: A Personal Account of a Nation's Struggle in the Second World War*. Nueva York, 1954.

KÁROLYI, MICHAEL: *Memoirs: Faith Without Illusion*. Nueva York, 1957.

KOVÁCS, IMRE: *Im Schatten der Sowiets*. Zurich, 1948.

NAGY, FERENC: *The Struggle Behind the Iron Curtain*. Nueva York, 1948.

Persecución judía:

BRAHAM, RANDOLPH L.: «Hungarian Jewry»: An Historical Retrospect», *Journal of Central European Affairs*. XX (abril, 1960), 3-23.

— *The Destruction of Hungarian Jewry: A Documentary Account*. Nueva York, 1963, 2 vols.

Gutachten des Instituts für Zeitgeschichte. Munich, 1958. (Contiene dos valiosos capítulos sobre la persecución de los judíos húngaros.)

KOVÁCS, JÁNOS: «Neo-Antisemitism in Hungary», *Jewish Social Studies*. VIII (julio, 1946), 146-160.

LÉVAI, JENÖ: *Black Book on the Martyrdom of Hungarian Jewry*. Zurich, 1948. (Relato verídico y comprensible con documentos fotográficos y reproducciones.)
— ed. *Eichmann in Ungarn*. Budapest, 1961.
REITLINGER, GERALD: *The Final Solution: The Attempt to Exterminate the Jews of Europe, 1939-1945*. Nueva York, 1953. (Valiosos capítulos sobre el destino de los judíos húngaros.)

Documentos coleccionados:

Documentos secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania. Traducido del ruso por Madeleine y Michel Eristore. Hungría: la política alemana (1937-1943). París, 1946.

FINLANDIA

MARVIN RINTALA

Este ensayo se refiere principalmente al pensamiento político, acción y organización de la extrema Derecha en Finlandia desde el año 1917 al 1939. Hemos seleccionado estas tres bases porque son los aspectos esenciales de toda política. El hombre, como criatura política, percibe de un modo u otro los sistemas políticos existentes real o idealmente, actúa para defender al antiguo o para crear uno nuevo, y esta acción le liga, a su vez, a otros hombres que son para él dirigentes o seguidores. Desde luego, en un aspecto dado pueden presentarse los tres aspectos. Este ensayo trata del desarrollo del pensamiento político de la extrema Derecha finesa desde su nacimiento como reacción puramente activa hacia el gobierno parlamentario hasta la eventual construcción de un amplio punto de vista explícitamente totalitario que abarcaría todos los aspectos de la existencia humana: desde la inactividad política hasta la acción directa ilegal — incluidas las revueltas fracasadas —, para la defensa dentro del Parlamento de un sistema político específico y, finalmente, trata de la organización de grupos anárquicos de opiniones semejantes, en un movimiento antipartidista integral dentro del cual se le asignó a cada uno un papel determinado.

Llegar a establecer límites temporales es, inevitablemente, materia de discusión. Sin embargo, el período que estudiamos estuvo caracterizado por una inconsistencia interna relativamente fuerte. La Revolución rusa de febrero trajo como consecuencia una febril actividad política en Finlandia, donde, desde 1809, se disfrutaba de una cierta autonomía dentro del imperio ruso, a pesar de que la influencia del último de ellos había impedido desde 1899 que los partidos políticos participasen activamente en el quehacer de la nación. Los acontecimientos que se desarrollaron en Rusia y Finlandia provocaron el establecimiento de un Gobierno parlamentario seguido de la independencia nacional de esta última en 1917 y el estallido de la guerra civil en 1918. Pronto apareció un nuevo complejo de partidos políticos fineses que se hacían eco de las diferentes opiniones en litigio, origen de la guerra civil. Tras la constitución de la República en 1919, la estructura política del país permaneció durante dos décadas sin cambios

fundamentales. El camino recorrido por el pensamiento de la extrema Derecha durante aquellos años es largo y sus hechos harto conocidos, al menos los más importantes; hasta la víspera de la segunda Guerra Mundial no necesitaron ocultar la naturaleza de sus relaciones entre dirigentes y seguidores.

A pesar de que el Movimiento Patriótico del Pueblo —partido totalitario fundado en 1932— continuó existiendo hasta 1944, año de su disolución a raíz de un acuerdo de armisticio entre Finlandia, por una parte, y Rusia y el Reino Unido por la otra, el año 1939 es representativo como línea divisoria en relación con las dos décadas anteriores. Debido a la censura del período de guerra en el que el pensamiento político no tuvo oportunidad de expresarse, las diferencias de este tipo tendieron a desaparecer ante la urgente necesidad de la supervivencia nacional. Las necesidades y las pérdidas de guerra diezmaron el Movimiento Patriótico del Pueblo, en especial entre sus dirigentes más jóvenes y activos. A partir de 1944, la extrema Derecha finesa se convirtió en ilegal y es de presumir que la causa de su definitiva eliminación fuera el desastre de la política exterior en 1944.

Sólo durante el período 1917-1939 la extrema Derecha pudo representar una fuerza independiente y significativa en la política finesa. Empleando la definición de Sigmund Neumann, fue más postdemocrática que predemocrática. Representó, entre otras cosas, una postura negativa frente a la democratización de la política del país y se mantuvo como tal durante las dos primeras décadas del siglo XX. Esta democratización llevaba aparejada la creación de un Parlamento de una sola Cámara, elegido por sufragio universal. El apoyo popular de Finlandia a la Revolución rusa de 1905 dio como resultado la creación de un Parlamento elegido por sufragio universal, sustituyendo a los anticuados «Cuatro Estados» elegidos por sufragio restringido. Hasta la Revolución rusa de febrero este Parlamento rara vez actuó o ejerció un verdadero poder; fue en 1917, al obtener la mayoría parlamentaria los socialdemócratas, cuando se implantó el principio de responsabilidad ejecutiva del Parlamento. Hasta aquel momento no existió presión alguna que impidiera a los enemigos del sistema parlamentario la organización de toda clase de acción política.

Los pocos fineses que pueden ser clasificados como verdaderos miembros de la extrema Derecha antes de 1917 fueron activistas, no socialistas, que apoyaron una oposición armada a las medidas de rusificación. Pero los más de éstos, que constituían una minoría a nivel nacional, se hallaban en el exilio y los pocos que se habían quedado en Finlandia se encontraban aislados políticamente. Dadas sus peculiaridades políticas, la extrema Derecha careció siempre de un programa ideológico integral y resulta difícil establecer qué extensión alcanzó después de 1917; lo que sí puede afirmarse sin ninguna duda es que el momento crucial fue marcado por los sucesos de 1919. A todos los fineses que en aquel año, cualquiera que fuese su

motivo, favorecieron la intervención militar contra los bolcheviques en la guerra civil rusa, los clasificaremos en este ensayo como pertenecientes a la extrema Derecha; no sólo incluiremos a las personas de estas tendencias, aunque en 1919 no fueran todavía políticamente activas, sino también a los que maduraron en el período de entreguerras y aceptaron la tesis de que Finlandia debía haber intervenido en Rusia contra los bolcheviques. Durante el período de entreguerras la extrema Derecha se dividía en tres grupos: la vieja generación de conservadores, anterior al comienzo de la rusificación en 1899, que abogaba por el restablecimiento de relaciones pacíficas entre Finlandia y una Rusia reconstruida; la generación de la guerra de 1918, generación de los partidarios de la oposición militar contra todo lo que fuera ruso, y por último, la nueva generación de una juventud universitaria, posterior a 1922, que aceptaba el punto de vista de la «Sociedad Académica Karelia». Durante el período de entreguerras la extrema Derecha no tuvo tiempo de organizarse como un todo coherente, debido a dos factores muy importantes que le impidieron alcanzar el poder: sus conflictos internos y la división originada por las diferencias de opinión entre las tres generaciones que la componían.

Durante la primera Guerra Mundial nacen los principales movimientos de la extrema Derecha de la Europa de entreguerras. Lo mismo ocurre en Finlandia. En 1914 tenían ya quince años de antigüedad los intentos de rusificar el país y, sin embargo, se mantuvieron neutrales, decididos a no intervenir en la guerra; esto trajo como consecuencia inmediata que Rusia intensificase sus intentos de reducir la autonomía finesa. El establecimiento de una relación ruso-finesa, favorable a la autonomía, parecía cada vez más improbable, apreciándolo así un reducido grupo de antiguos estudiantes, graduados recientes, para quienes la única solución consistía en una derrota militar de Rusia. Con la ayuda de algunos viejos activistas formaron un movimiento ilegal, apoyado financieramente por Alemania, con el fin de enviar jóvenes fineses a enrolarse en su ejército. Estas acciones indicaron a las potencias centrales que Finlandia esperaba sacar algún provecho del final de la guerra, esperanza no desprovista de fundamento, ya que el Gobierno alemán declaró privadamente que la independencia de Finlandia coincidía con los intereses germanos.

Para el Gobierno ruso, en guerra con Alemania, los envíos de jóvenes al ejército enemigo eran una clara traición y muchos activistas fineses fueron arrestados y se les envió a prisiones rusas. Sin embargo, la mayor parte de los hombres de edad del país desaprobaron, junto con los líderes de los partidos, la actitud de servir en el ejército alemán. Las diferencias entre los viejos y jóvenes fineses han sido siempre reflejo de una discrepancia generacional, pero en este caso estuvieron unidos frente a la generación de la guerra. Las profundas diferencias surgidas entre los dirigentes más jóvenes y los más viejos sobre el grado de lentitud o rapidez en enviar reclutas a

Alemania, fueron el principio de un largo conflicto entre parlamentarismo y extraparlamentarismo, entre constitucionalismo y acción directa, que caracterizarían el desarrollo de la extrema Derecha durante las décadas de entreguerras.

Para los jóvenes fineses que compartieron las experiencias militares alemanas durante la primera Guerra Mundial, fueron años de prueba. Estos voluntarios se organizaron en un batallón *Jäger,* se convirtieron en soldados alemanes disciplinados y fueron tratados como tales; la rapidez con que se acomodaron al modo de vida y disciplina castrenses, que nunca habían conocido ya que el ejército finés había sido abolido al comenzar el período de rusificación, sorprendió a los mismos oficiales alemanes. La disponibilidad para entablar batalla contra las tropas rusas se comprobó en 1916, en el frente del Este, obteniendo todo el batallón Cruces de Hierro y numerosas menciones en las órdenes del día. Los oficiales del futuro ejército finés alternaron períodos de estancia en el frente con cursillos especiales en los que eran adoctrinados sobre los valores del dominio militar germano. Durante estos años los *Jägers* se apartaron por completo de la política e incluso de su patria; aislados del mundo y desconocedores casi por completo de lo que estaba sucediendo en Finlandia, desarrollaron un intenso sentido de camaradería que convirtió a su batallón en una verdadera comunidad *Gemeinschaft,* parecida a los «Tönnies» fernandinos. Estas experiencias compartidas fueron el origen histórico de la «camaradería de armas» *(aseveIihenki* o *Waffenbrüderschaft),* que unió a los *Jägers* a lo largo de toda su existencia, hasta 1941-1944, en que se renovó el germano-finés *Waffenbrüderschaft.* No es de extrañar, pues, que muchos miembros de los batallones *Jäger* prefirieran convertirse en soldados profesionales después de 1918 (ellos formarían la base del cuerpo de oficiales fineses durante el período 1939-1944). Aunque algunos de ellos eran universitarios que se habían preparado para profesiones muy diferentes, su concepción de la guerra era muy similar a la de la generación belicista alemana. Una década más tarde, Arne Somersalo, un finés que había luchado en las filas alemanas y que se convirtió en un importante dirigente de la extrema Derecha, expresó así su reacción ante la primera Guerra Mundial:

> Reconozco que soy uno de los que consideran que la guerra es tanto un bien como un mal. La primera Guerra Mundial fue una violenta tormenta que estalló en toda la vieja Europa sacudiendo a las naciones que yacían en la molicie de la excesiva cultura; todo lo que estaba podrido o gastado pereció o se desintegró; sólo la verdad, aunque se vea sacudida, emerge de nuevo del torbellino que origina la tempestad, como un árbol que con sus ramas destrozadas y con el tronco partido saca nuevas fuerzas de sus hondas raíces y crece de nuevo, echa brotes tiernos y pronto se halla más erguido que antes y con más exhuberante frondosidad... Aunque innumerables errores lancen a un país a la miseria, si se tienen en cuenta los miles de años de una nación, no tiene más importancia que una nubecilla flotante en un cielo

de verano. Cada acto humano, cada sacrificio voluntario que nace en medio de torrentes de sangre y de crímenes es inmortal porque une a todos los que comparten, como herencia, la obligación de construir el futuro de su raza. Aunque otra cosa no nos hubiera traído la Guerra Mundial, nos liberó de la opresión honda y nauseabunda de un pulpo asqueroso.

Después de la Revolución rusa de octubre sobrevinieron en Finlandia violentos choques entre rojos y blancos, en medio de los cuales P. E. Svinhufvud, jurista de marcada trayectoria nacionalista y conservadora, fue nombrado primer ministro del país. Durante los meses siguientes se convirtió en la figura principal de la empresa encaminada a conseguir el objetivo político de los activistas: la independencia de una Finlandia pro-germana, gobernada por un monarca nacido en Alemania. Svinhufvud se identificó en muy alto grado con la política alemana en su doble aspecto de primer ministro y regente, cargo que adquirió a finales de la guerra civil, en mayo de 1918. Un ejemplo de esta íntima relación lo tenemos en la decisión finlandesa de proclamar su completa independencia de Rusia, decisión que a finales de noviembre de 1917 apoyó fuertemente el mando alemán, convirtiéndola en condición inexcusable para unas eventuales negociaciones de paz ruso-germanas. El 30 de noviembre el primer ministro decidió que el gabinete notificaría al Parlamento la proclamación de la completa independencia de la nación. El 6 de diciembre, sin embargo, fue el Parlamento quien anunció al gabinete que Finlandia se había convertido en República. En los meses que siguieron se vislumbró claramente que si bien todos los partidos aceptaban el principio de la independencia, existían hondas discrepancias sobre el modo en que ésta debía llevarse a cabo. Los socialdemócratas insistían en que debería alcanzarse por medio de negociaciones con el Gobierno bolchevique; otros líderes de partidos burgueses consideraban que no era posible la proclamación hasta que las tropas rusas no hubieran abandonado por completo el país. La divergencia esencial se hallaba en las tres tendencias siguientes: establecer el momento en el que la nación debería inclinarse hacia las potencias centrales, según pedían los activistas del gabinete; mantener al país neutral durante la primera Guerra Mundial, como deseaban muchos dirigentes del partido del Centro, o bien inclinarse hacia la Rusia bolchevique, posición defendida por los socialdemócratas. Al fin, las diferencias entre los socialdemócratas y los partidos burgueses decidieron al Centro a tomar partido por Svinhufvud en su decisión de proclamar inmediatamente la independencia. En esta decisión se ve claramente que la conciencia de clase fue más importante para el Centro que la política extranjera.

A la vez que proclamaba la independencia, el Gobierno finés pidió al alemán que le asegurase la retirada de las tropas rusas de Finlandia y las negociaciones de Brest-Litovsk. A pesar de que esta petición no influyó en los delegados alemanes, la extrema Derecha de las décadas de entreguerras

siempre creyó que Lenin no se había atrevido a oponerse al apoyo alemán. En las conversaciones privadas con el delegado soviético, Joffe, los representantes alemanes se enteraron de que los rusos estaban dispuestos a reconocer la independencia de Finlandia si este Gobierno se dirigía directamente a Petrogrado. Dicha acción ya había sido previamente intentada por Svinhufvud, pero ahora se vio forzado a llevarla a cabo; en vísperas del año nuevo de 1918 tuvo una entrevista con Lenin a propósito de la independencia del país, y ésta fue concedida el día 4 de junio. Sin embargo, las tropas rusas no se retiraron tan inmediatamente como era de esperar.

En esta coyuntura crucial, el gabinete de Svinhufvud y sus partidarios activistas se dieron cuenta de que carecían de un dirigente militar destacado que pudiera servir como comandante en jefe de los Guardias Civiles burgueses si la guerra estallaba entre los fineses rojos y blancos. En los viejos círculos activistas había muchos hombres de capacidad y experiencia pero con una preparación militar insuficiente. Como el ejército finlandés había sido suprimido en 1901, los oficiales que quedaban de entonces habían permanecido demasiados años inactivos y eran de edad avanzada; en cuanto a los miembros del *Jäger*, todavía estaban en Alemania y eran demasiado jóvenes para ocupar posiciones militares con responsabilidad. La única posibilidad que quedaba era que los oficiales de alta graduación del ejército ruso, nacidos en Finlandia, abandonasen voluntariamente sus puestos y regresasen al país para ocupar el mando militar. Afortunadamente, esto se hizo posible gracias al colapso del ejército ruso en 1917, por lo que muchos regresaron debido a los riesgos personales que corrían los oficiales en aquellos caóticos meses. Algunos de ellos habían servido con distinción en la guerra ruso-japonesa y en la primera Guerra Mundial, pero el miembro más destacado del grupo fue Gustav Mannerheim, último comandante del 600.º Regimiento de Caballería de Transilvania y que además había servido en el ejército imperial durante treinta años sin una sola mancha en su hoja de servicios.

Mannerheim aceptó el puesto de comandante en jefe de los Guardias Civiles, y el 28 de enero de 1918 se lanzó a la guerra civil. Sus tropas lucharon contra los Guardias Rojos y también contra algunas de las tropas rusas, que todavía permanecían en Finlandia. El espíritu que animaba a ambos bandos contendientes queda reflejado en el Orden del día publicado por Mannerheim el 14 de marzo de 1918:

> Ha llegado la hora que toda la nación esperaba. Vuestros hambrientos y martirizados hermanos y hermanas del sur de Finlandia, durante tanto tiempo en manos de los Guardias Rojos, tienen puesta su última esperanza en vosotros. Los mutilados cuerpos de los hombres asesinados y las candentes ruinas de los pueblos claman venganza contra los traidores. ¡Abajo todos los obstáculos! ¡Adelante, Ejército Blanco de Finlandia!

Ésta fue la atmósfera en la que los jóvenes fineses lucharon y se hicieron hombres. El año 1918 trajo y dejó en herencia una fuerte tensión popular hacia los extremos, bien de Derecha o bien de Izquierda durante las décadas de entreguerras. Las filas de los no marxistas se incrementaron a partir de la guerra, puesto que había más Guardias Civiles que *Jägers.*

Durante esta guerra surgieron diferencias fundamentales entre los dirigentes militares y políticos debido a dos concepciones totalmente diferentes sobre el propósito de la guerra. El gabinete de Svinhufvud quería alcanzar la independencia real para todo el país. Paradójicamente, el único camino que parecía viable era el de la intervención del ejército alemán, que no sólo obligaría a las últimas tropas rusas a abandonar el país, sino que silenciaría definitivamente a los Guardias Rojos. El desarrollo de la guerra civil dio la razón, al menos parcialmente, al gabinete del primer ministro. Por el contrario, los proyectos de Mannerheim eran mucho más vastos; concebía la «Guerra Finlandesa de Independencia», en su aspecto militar, como una acción destinada a derribar al Gobierno bolchevique de Rusia, pero todos estos propósitos fracasaron. Después de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918, un avance de las tropas finesas sobre Petrogrado, y por consiguiente la vuelta de las hostilidades en el frente del Este, eran incompatible con la política de los militares alemanes, que querían evitar precisamente la reanudación del conflicto; y por otra parte, el gabinete de Svinhufvud, previendo la victoria de las potencias centrales, no podía arriesgarse a desagradar a Alemania, aun a riesgo de abandonar sus proyectos de expansión por el Este.

Después del desastre militar alemán en noviembre de 1918, la política de Mannerheim encontró todavía más obstáculos, pero al darse cuenta de la necesidad de una cooperación con los aliados y al ser ésta aceptada por la mayoría de los dirigentes de los partidos burgueses, fue elegido como regente, sustituyendo a Svinhufvud. Contando con el apoyo entusiasta de los miembros conservadores de la vieja generación, comenzó una serie de negociaciones con los generales rusos contrarrevolucionarios; creía, y con él todos los viejos conservadores, que el restablecimiento y la reconstrucción de una Rusia no bolchevique era una tarea en la que Finlandia debía participar. El mayor general Hannes Ignatius expresó este punto de vista al hacer notar que «habría sido motivo de gloria obtener la admiración mundial con la toma de Petrogrado y el restablecimiento del orden en Rusia». Ahora bien, estos viejos conservadores hicieron notar que un Gobierno blanco en Rusia no habría de ser imperialista y que tendría que dejarse un amplio territorio para Finlandia dentro de una Rusia reconstruida. Si al final los finlandeses no emprendieron la marcha sobre Petrogrado se debió a la insistencia de los rusos blancos en que Finlandia se hallaba dentro de las fronteras históricas de Rusia y a su negativa en reconocer la independencia de la misma.

El hecho de que tanto los viejos conservadores como los miembros pertenecientes a la generación de la guerra insistieran en el reconocimiento ruso de la independencia finlandesa, sumado al deseo de adquisición de grandes partes de territorio que eran sectores integrales de Rusia, disminuyó en gran parte el que Mannerheim lograse algún éxito en su política intervencionista. La generación de la guerra apoyaba la acción militar contra los bolcheviques, pero no defendía la empresa de restaurar el viejo orden en el país vecino. El ideal de la Gran Finlandia (*Suur-Suomi*), fue el principio ordenador por el que se rigió dicha generación durante las décadas de entreguerras y su objetivo principal fue lograr la unidad de todos los pueblos de lengua finesa, con la posible excepción de los estonios. Por otra parte, opinaban que el pueblo finlandés, cumpliendo con su misión de guardián oriental de las civilizaciones occidentales, poseía más títulos que ninguno para existir, actuar y desarrollarse dentro de los límites establecidos por el guardián eterno de las naciones de una forma evidente. Su ley y su promesa garantizaba a todos los pueblos de lengua finesa el poder vivir dentro de un mismo sistema político y, por tanto, la unión de todos estos pueblos, aun cuando estuvieran más allá de las fronteras, era considerada como una tarea sagrada para la generación de la guerra, que se definía a sí misma como instrumento de Dios.

La extensión territorial de esta tarea divina era realmente muy sustancial. La Gran Finlandia comprendía, además del territorio de la Finlandia de entreguerras, el este de Karelia, Kola, Ingria y, de forma primordial, Estonia. De este modo Finlandia se extendería desde el golfo de Botnia hasta el mar Blanco y desde las llanuras de Estonia hasta el océano Ártico. Como no existía una separación especial clara entre los pueblos de habla finesa y eslava en el noroeste de Rusia, y muchos alegaban la existencia de parientes de los fineses en la región Volga-Ural, la Gran Finlandia implicaba la extensión de ésta hasta los Urales.

A pesar de que, como queda dicho, los límites de la Gran Finlandia eran inciertos, la adquisición de la Kaleria del Este quedaba claramente definida e inspiró toda la política de aquel tiempo. El borde oriental de la Karelia del Este iba desde el punto más meridional de la bahía de Onega hasta la orilla este del lago del mismo nombre, del río Svir al lago Ladoga y, finalmente, hasta el golfo de Finlandia. Los argumentos que esgrimían los defensores de la anexión de dicho territorio se apoyaban en una inmensa lista de lazos geográficos, geológicos, botánicos, hidrográficos, étnicos, coloniales, económicos, de transporte y estratégicos. Con otro razonamiento de base similar reclamaban también la península de Kola como parte integrante del territorio finlandés.

Si la extensión territorial de la Gran Finlandia era vasta, no lo era menos el contenido ideológico. Sus seguidores defendían la tesis del desplazamiento del poderío mundial hacia el Norte: desde el fértil suelo de Egipto

y Babilonia había ido desplazándose hacia las tierras donde la lucha por la existencia era más dura y el suelo menos rico. Primero, desde las orillas del Mediterráneo oriental hasta la Península Ibérica y el norte de Italia, desde allí a los países centroeuropeos e Inglaterra. Finalmente, en el período de entreguerras, la lucha por el dominio del continente había subido más al Norte, y actualmente estaba decidiéndose entre Alemania y Moscú. Allí donde la vida era dura y el suelo árido y mísero, donde el pan y el placer no se daban gratis. Era un país cuyas playas, montañas, islas y grandes océanos estaban poblados por gente bravía y fuerte, amante del peligro y la aventura, de temperamento libre, guerrero, espiritual y ascético. Pero el definitivo dominio de Europa y, por consiguiente, de la historia mundial renacería en las razas más nórdicas: escandinavos, fineses o rusos.

Esta identidad con la victoria final se encuentra también en su filosofía de la Historia. El hecho fundamental de la vida era, según la generación de la guerra, la lucha. La base de cualquier hecho histórico residía en el conflicto de las fuerzas en disputa y el concepto de progreso, antaño tan popular, había perdido hoy todo su significado; solamente importaba la búsqueda de horizontes más amplios para las especies enfrentadas, búsqueda que constituía el significado más esencial de la historia del mundo. En este combate en pos del dominio mundial no serían las naciones racialmente puras las vencedoras, sino aquellas en cuya sangre se entremezclasen dos razas distintas: los fineses, de las «razas» escandinava y del este del Báltico, así como el hombre de Cro-Magnon, eran racialmente dinámicos a consecuencia de una mezcla debidamente equilibrada. Su larga historia, en especial los sucesos de 1918, indicaban que eran la nación más saludable y fuerte de todo el norte. Los escandinavos y los rusos, racialmente más puros, tenían menos probabilidades de obtener el dominio de Europa, cuyo futuro no dependía de las naciones decadentes del centro y sur, sino de los fineses y de los jóvenes pueblos del norte. Como militares, la generación de la guerra hizo todo lo posible para que en adelante se hablase sólo finés en el norte de Europa en lugar de ruso o sueco.

Sin embargo, el ideal de la Gran Finlandia no era una cosa nueva; el «karelianismo» fue un aspecto muy importante del nacionalismo romántico finlandés, pero durante muchas décadas perteneció al dominio de las especulaciones escolásticas y de la pura creación artística. Antes de la primera Guerra Mundial no tuvo importancia alguna, y no se convirtió en un objetivo político hasta que los batallones del *Jäger*, de servicio en el frente este de la Gran Finlandia, lo adoptaron como divisa. Fueron estos jóvenes guerreros irregulares los que tomaron el ideal como objetivo de su vida y se convirtieron en los años de entreguerras en los más elocuentes portavoces de la Gran Finlandia, decidiendo tomar por las armas, entre 1918 y 1922, lo que los antiguos románticos nacionalistas se habían limitado a contemplar. Pero realmente sólo el 1.° de octubre de 1941 entraron triun-

fantes, como dirigentes y administradores, en la Karelia soviética. La generación de la guerra fue a la batalla sin contar todavía con el apoyo del Gobierno, sólo para dar a su vida una razón de ser: el sueño de la Gran Finlandia, aunque para todos los que quedaron en los campos de Karelia fuera el sueño de la muerte. Su devoción a la causa fue tan completo que a ellos debió Finlandia su posición central en medio de la política de extrema Derecha que reinó en el país durante las décadas de entreguerras.

La oposición de la gran mayoría de los dirigentes políticos finlandeses a entrar en guerra con la Rusia bolchevique cuando ésta se hallaba inmersa en plena lucha civil, aunque fuese para crear la Gran Finlandia, separó a la generación de la guerra del sistema de partidos, considerándolo como una traición a los que cayeron en 1918. Aún después de esta fecha, insistían los defensores del ideal en que la guerra era el único medio para conseguir su objetivo. La generación de la guerra, abandonando las semimedidas que hasta entonces habían constituido su tónica, miraba constantemente hacia el Este preparándose para su acción militar. Estaban convencidos de que después de una adecuada preparación el país estaría listo para una campaña militar y que la última palabra sobre los pueblos de habla finesa aún no había sido dicha.

Las áreas que incluía la Gran Finlandia no eran tierras irredentas en el sentido estricto de la palabra, puesto que al no haber formado parte en ningún momento del territorio nacional no podían ser recuperadas, sino conquistadas. Pero, del mismo modo que el nacionalsocialismo no fue nunca un intento de restaurar el orden de la política germana anterior a 1914, aunque muchos conservadores lo creyesen equivocadamente, sino la construcción de un mundo nuevo y de un orden alemán — o más bien el colapso de la división entre ambos —, así el objetivo de la generación finlandesa de la guerra no fue volver a un pasado histórico de la política finesa sino a un nuevo orden ampliamente concebido; más bien lucharon en beneficio del futuro que del pasado. Los románticos nacionalistas fineses habían elevado la Karelia del Este a un altar porque representaba la belleza de un pasado, pero la generación de la guerra anhelaba la acción heroica y la conquista de cara a los siglos venideros.

El concepto de la Gran Finlandia no existió solamente como pensamiento político propio de la generación de la guerra sino que dirigió e inspiró toda acción y organización políticas. Durante la guerra civil este ideal fue aceptado nada menos que por el comandante en jefe de los Guardias Civiles, Mannerheim, quien repetidamente expresó su deseo de conquistar el este de Karelia; a ello dirigió sus actividades en el grado que se lo permitió la política proalemana del gabinete de Svinhufvud y la peligrosa situación militar que creaba dentro de la misma finalidad la existencia de los Guardias Rojos. En el cuartel general de Mannerheim se elaboraron cuidadosos

planes para la invasión, pero sólo pudieron llevarse a cabo parcialmente, debido a que Mannerheim tuvo que dimitir en 1918 por oponerse a la orientación progermana del Gobierno. Más tarde, convertido en regente, envió «voluntarios» a luchar a la Karelia del este y, en 1919, cuando preparaba una acción más efectiva, tuvo que renunciar a ella porque necesitaba granjearse el apoyo de los aliados que, a su vez, sostenían la posición de los rusos blancos en Karelia.

El final de la intervención finesa en la guerra civil rusa llegó con las elecciones del 25 de julio de 1919 en que, por una gran mayoría parlamentaria, fue elegido primer presidente de la República K. J. Stahlberg. Éste fue el dirigente liberal y el creador de la Constitución republicana adoptada un mes más tarde. El candidato derrotado fue Gustav Mannerheim, con lo que sus partidarios de la extrema Derecha comprendieron que quedaba eliminada toda posibilidad de una acción militar en el este de Karelia o contra Petrogrado. Al poco tiempo de su elección, Stahlberg empezó a crear un ambiente favorable para el establecimiento de relaciones amistosas con el Gobierno ruso. La administración del primer presidente produjo lo que viejos y jóvenes, que apoyaban la idea de una política exterior enérgica, habían temido: un tratado de paz con la Rusia bolchevique, por medio del cual se abandonaba la empresa de la Gran Finlandia. El Tratado de Dorpat estableció las fronteras finesas, como estaban en 1917, en sus verdaderos límites históricos, con una excepción: Finlandia obtuvo Petsamo.

La generación de la guerra nunca aceptó el Tratado de Dorpat. El impacto que produjo éste en la extrema Derecha es comparable con el que produjo el Tratado de Versalles sobre el nacionalsocialismo, sin que esto signifique que el primero participase de los errores del segundo, que trataba simplemente de poner paz. Los negociadores finlandeses obtuvieron grandes beneficios económicos para el país a raíz del Tratado, pero a los ojos de la extrema Derecha se trataba de una traición, ya que el ejército ruso se encontraba derrotado ante el finés, y eran éstos quienes podían extremar sus exigencias ante el Gobierno ruso, protestas que parecieron justificadas al no cumplir éste con sus promesas de autonomía de Karelia. El resultado más espectacular del Tratado fue la retirada de las tropas finlandesas de las dos provincias de Repola y Porajärvi — ocupadas en 1918 —, a cambio de la obtención de Petsamo. Esta retirada fue considerada — sin responder a la verdad — por la extrema Derecha como una traición de Stahlberg a los habitantes de aquellas regiones.

Los miembros de la generación de la guerra, que habían luchado en el ejército alemán, como voluntarios en Karelia y Estonia, y en la guerra civil, mostraron una vez más su naturaleza combativa y comenzaron a agitarse para dar nacimiento a una nueva empresa bélica: la lucha por el suelo político de la nación finlandesa. Durante el invierno de 1921-22, voluntarios fineses estuvieron cruzando la frontera en secreto para unirse a sus com-

pañeros karelianos y emprender todos juntos la lucha contra el bárbaro Este. Desde el punto de vista militar era un movimiento destinado al fracaso —como se comprobó el 16 de febrero de 1922— y sus participantes fueron menospreciados por los gobiernos finlandés y ruso. El único resultado de esta fracasada intentona fue la fundación de la «Sociedad Académica Karelia».

Inmediatamente después de su retorno a Helsinki, tres miembros de la generación de la guerra, Elias Simojoki, Reino Vähäkallio y Erkki Räikkönen, decidieron fundar una organización política de estudiantes universitarios y graduados devotos a la causa de la Gran Finlandia; estaban decaídos a consecuencia de las recientes derrotas militares pero juraron no permitir que muriese el ideal de la Gran Finlandia. Esta sociedad fue única en los anales de la política finesa; sus miembros sabían que no había posibilidad de alcanzar el poder —ni siquiera lo deseaban— a menos que Finlandia transformara su política exterior en activista. Esta conversión era el último objetivo que se proponía la Sociedad Académica. El hecho más sobresaliente de la política finlandesa en los años que siguieron fue precisamente la realización de esta conversión, cuando durante la segunda Guerra Mundial la bandera finlandesa ondeó sobre grandes extensiones de la Unión Soviética, aunque más tarde fuera arriada en los mismos lugares.

El pequeño grupo responsable de estos hechos —y por lo tanto, al menos en parte, de sus consecuencias—, comenzó su existencia con una altiva declaración de guerra a los universitarios indiferentes a la causa de Karelia del este. Otros miembros de la generación de la guerra, algunos de ellos todavía acabando sus estudios, los interrumpieron para acudir entusiásticamente a la llamada del partido. Entre la juventud académica de Finlandia, pronto se convirtió la sociedad Académica Karelia en la organización dominante, posición que sostuvo hasta 1944, en que se firmó el armisticio. Durante estas décadas la Sociedad colaboró con el Movimiento Lapua y, en mayor grado, con el «Movimiento Patriótico del Pueblo».

Para sus miembros, la Sociedad Académica Karelia fue algo más que una mera organización; fue un estado de opinión dominado por una idea: la Gran Finlandia; en cada objetivo que empredieron sus seguidores durante los años que siguieron, hicieron resaltar el valor de la causa, la cual. según las circunstancias, se adelantaba o retrasaba. Los juramentos de los nuevos miembros y las ceremonias de iniciación, similares a las de ingreso en una orden religiosa, expresaban su total adhesión a la causa de la expansión territorial en estos términos:

> Bajo nuestra bandera (de dicha sociedad) y para ella, en nombre de todo lo que es más sagrado y querido, juro sacrificar mi trabajo y mi vida por la tierra de mis antepasados, por el despertar nacional de Finlandia, Karelia e Ingria, la Gran Finlandia. Así como creo en un Dios grande, también creo en una Finlandia grande y en su gran futuro.

En vista de los orígenes y objetivos de la Sociedad Académica Karelia, apenas sorprende que su pensamiento político fuera profundamente antirruso. Cuando sus miembros hablaban de los rusos lo hacían con desprecio; hasta las palabras con que designaban al hombre ruso (*ryssä*) era como mínimo insultante. El término finlandés correcto (*venäläinen*) no lo usaban más que los dirigentes y seguidores de la Sociedad cuando se expresaban en publicaciones, discursos o bien en sociedad. El amor a la tierra de los antepasados era tan intenso como el odio a los rusos, odio que no cesaba más que con la muerte. La Sociedad consideraba como un deber propagar esta aversión y los miembros se llamaban a sí mismos «hermanos en el odio a los rusos» (considerando imposible una reconciliación): para ellos el antagonismo entre fineses y rusos no dependía, como opinaban los conservadores de la antigua generación, del sistema político que rigiera en el país vecino, sino que era independiente y eterno. El clérigo Elías Simojoki exponía así su teoría con ocasión de la dedicatoria de una nueva bandera para la Sociedad: «Negro es nuestro odio hacia la nación cuyo nombre no menciono para no enturbiar este momento de camaradería. Nuestro odio es una mancha oscura en esta bandera, pero tiene el derecho a la victoria porque está dirigido por el azul y el blanco de nuestro amor». (Se refiere a los colores de la bandera finlandesa.)

Aunque fuerte, el lado negativo con respecto a Rusia no fue el único elemento del pensamiento político de la Sociedad Académica Karelia; el objetivo básico seguía siendo la Gran Finlandia que envolvía todo un sistema para los pueblos de lengua finesa, dirigido por la misma Finlandia. Establecido este principio nacionalista (idiomático) como organizador de la política, la posición de la minoría de habla sueca que habitaba en el país se vio atacada seriamente por la Sociedad, cuyos miembros universitarios y graduados protestaron de lo que ellos juzgaban como excesivas facilidades para una minoría que no representaba más de una décima parte de la población. Durante los dos primeros años de existencia de la Sociedad muchos fineses de lengua sueca se adhirieron a ella, pero en 1924, a causa de la posición cada vez más intransigente de los miembros mayoritarios, dimitieron muchos seguidores bilingües influyentes. Estos disidentes formaron un grupo llamado «La Liga Independiente» que también clamaba por la Gran Finlandia pero sin discriminación en lo referente al lenguaje. La inconsistencia interna del nuevo programa, sumada a la relativa inercia de sus dirigentes, hizo de la «Liga de la Independencia» una especie de caricatura de grupo, que daba a menudo la impresión de haber nacido sin vida.

Significativamente, muchos de los miembros de la Sociedad Académica Karelia que dimitieron en 1924 por desacuerdos en la cuestión del idioma, pertenecían a la «División de la Sociedad de Veteranos», que incluía a muchos profesores destacados y antiguos académicos. La mayoría de estos veteranos que no aprobaban la cuestión del idioma también dimitieron. El

resultado fue que la División de Veteranos se deshizo. Ésta fue la postura típica de toda la vieja generación de conservadores hacia el problema lingüístico finlandés. Cuanto más extremado se hacía el lenguaje de la Sociedad más insostenible resultaba la posición de los fineses de habla sueca y al diferir básicamente sus concepciones sobre la nacionalidad no bastó para unirlos ni la común experiencia de la guerra. Durante la segunda década de existencia de la Sociedad todos sus miembros, salvo contadas excepciones, fueron obligados a tomar sobrenombres finlandeses y muchas de sus actividades se orientaron a lograr la reducción en el número de profesores de lengua sueca en la Universidad de Helsinki, la reducción de las subvenciones a sus escuelas secundarias y de los subsidios estatales a las instituciones culturales de dicha minoría.

Dentro de la Sociedad —aunque no fuera de ella— se reconocía que la creciente propaganda sobre la cuestión idiomática no era más que un medio para alcanzar un fin ulterior más alto. Dicha asociación siempre permaneció fiel a su consigna de conceder la primacía a los asuntos exteriores sobre los internos; consideró la totalidad de la política finesa a la luz de la Gran Finlandia, y así aceptó la interpretación de Ranke sobre la relación entre política exterior e interior. Para lograr la Gran Finlandia era preciso la creación de un sentido de conciencia nacional mucho más fuerte que el existente entonces entre la mayoría de fineses. Precisamente, fue la desunión nacional lo que impidió resolver con éxito la cuestión de la Karelia del Este después de la Revolución rusa. Por esto, el objetivo primario se basaba en conseguir un orden político interno mediante la unión idiomática como primer paso para lograr el objetivo esencial: la expansión territorial. Lo que olvidó la extrema Derecha fue el considerar que la agitación resultante llevaría a incrementar la desunión ya existente, lo que, consecuentemente, menguaría las posibilidades de victoria.

El impacto del pensamiento político de la Sociedad Académica Karelia sobre la política finesa en las décadas de entreguerras influyó de forma sustancial y decisiva en el desarrollo del nacionalismo. Muy pronto obtuvo el control de las mayores organizaciones de estudiantes universitarios, incluyendo sus cuerpos directivos y sus publicaciones; esta hegemonía tenía gran importancia ya que tales órganos estudiantiles habían gozado siempre de gran influencia en la vida política del país. La posición de la Sociedad entre los grupos de lengua finesa se afianzó debido a numerosas militantes del sexo femenino y a diversas ramificaciones en las escuelas secundarias.

No todos los universitarios que deseaban entrar en la Sociedad eran admitidos; se les exigía como condición esencial una devoción poco menos que absoluta, lo que hacía difícil el pertenecer al grupo. Los aspirantes eran obligados a someterse a un período de formación académica con intensas lecturas explicativas del pensamiento y organización de la Sociedad y trabajos menores de bastantes horas de duración. Si pasado el aprendizaje las

respuestas del aspirante eran consideradas satisfactorias se le admitía como miembro provisional, cuya capacidad se ponía a prueba por medio de nuevos trabajos y demostraciones de obediencia. Solamente si se superaba este segundo período podía ser admitido como miembro de la Sociedad de un modo definitivo. El resultado de una preparación tan intensa y de una selección tan escrupulosa era que los componentes de la asociación fueran incondicionales respecto al programa de la misma. El máximo que alcanzó numéricamente fue de dos a tres mil, casi todos universitarios y graduados.

Esta Sociedad no fue una agrupación a la que sólo se pertenecía durante la época de estudios sino que, más que de club político, tuvo el aspecto de una orden religiosa a la que prometían fidelidad de por vida; debido a la especial composición del grupo se hacía inevitable un cambio. Después de algunos años de existencia se crearon ramas secundarias a través de Finlandia para los miembros que ya habían abandonado la Universidad y estaban bien situados; en poco tiempo, estas ramas contenían a más de la mitad del número de asociados. A ellos se debió la expansión del mensaje de la Gran Finlandia por todas las capas de la sociedad. Eran empleados del Gobierno, maestros, abogados, médicos y clerigos, o sea, hombres de gran responsabilidad e influencia pública. A pesar de no ser su ambición menor que la de los populistas rusos, su influencia dentro del medio fue más intensa. A los quince años de su fundación, la Sociedad podía contar entre sus miembros con orgullo a ministros del gabinete, obispos, jueces y profesores, con lo que su preponderancia entre las asociaciones estudiantiles de entreguerras resultaba innegable. Pocos grupos controlaron de un modo tan completo la vida política además de estar bien organizados y de conseguir apoderarse de gran parte del mundo cultural contemporáneo.

La razón de su eficacia en la lucha contra la pasividad de la política finlandesa residió en su estructura con carácter militar perfectamente organizada, que refleja la realidad histórica vivida por sus fundadores y lo que esperaban conseguir. El dirigente de la Sociedad recibía el nombre de Comandante, los subordinados de las diferentes ramificaciones también poseían títulos militares y la obligación de obediencia era absoluta. No les estaba permitido ausentarse de los mítines; de acuerdo con la historia de la Sociedad, una disciplina férrea fue la base de su éxito político, y su organización militar inculcó en los miembros jóvenes el espíritu de sus fundadores.

La imagen del hombre ideal, propugnada por la Sociedad Académica Karelia y desarrollada según la concepción de la generación de la guerra, se convirtió en el modelo de toda la juventud de la clase alta finesa, modelo que prácticamente fue adoptado por todo el país a partir de 1922 por mediación de las escuelas secundarias de lengua finesa y de las asociaciones estudiantiles. No obstante, la mayor parte de finlandeses que no pertenecían a la nueva generación y que habían madurado políticamente, marxistas o no, antes de la guerra civil, no se sintieron afectados por dicha con-

cepción. Estas tendencias no pasaron de los estrechos círculos de las escuelas secundarias y de la vida universitaria y, aunque entre ellos la imagen del hombre ideal fue plenamente aceptada, a la larga resultó ser más perjudicial para la nación que si hubiese logrado transformar por completo todos los aspectos de la vida nacional.

El esquema vital de las generaciones estudiantiles del pasado había sido creado por brillantes pero cáusticos oradores, por estudiantes de leyes ateos y paradójicos, por caballeros estetas y por personajes que necesitaban dedicarse a la alabanza. Pero todo esto formaba parte del pasado y carecía de valor para la Sociedad Académica Karelia. El nuevo ideal sería un hombre activo, con dotes de persuasión, masculino, capaz de ganarse la adhesión apasionada del público para la causa de la Gran Finlandia y dedicado durante gran parte del día a ejercicios físicos con el fin de estar preparado para cualquier eventualidad que así lo precisase. El hombre nuevo era un militante, actuaba directamente y con energía, sin compromiso alguno, como Reino Ala-Kulju, miembro dirigente de la Sociedad, apuntó: «El programa de la Sociedad Académica Karelia es el programa del futuro; es el programa nacionalista que se necesita para vivir y no triunfará a través de compromisos y negociaciones de ninguna especie». Los valores del tradicional racionalismo e individualismo occidental no significaban nada para los miembros de la Sociedad. No pedían razón sino fe y, como escribió Ala-Kulju en la Memoria de la Sociedad del año 1937, su fe no residía en el pasado:

> El espíritu de la Sociedad Académica Karelia no se ajusta a las reglas que el conservadurismo de nuestro país ha considerado necesarias para preservar ciertas condiciones y formas, aunque sean anticuadas, extrañas y degradantes para la nación. Este espíritu joven de independencia, lleno de fe en el futuro, este ímpetu y voluntad del nuevo Estado por ir hacia delante, que dio nacimiento a la Sociedad Académica Karelia, se ha situado muchas veces en una posición conflictiva respecto a la vieja generación. Este conflicto no ha sido ocasionado por nuestro desprecio hacia la herencia y experiencia de nuestros antepasados y de la generación que nos precede sino que se debe a las diferencias de ideales y objetivos: al diferente espíritu existente entre un período de autonomía y otro de independencia.

La generación de la guerra y los jóvenes partidarios de la Gran Finlandia no eran los únicos que rechazaban la política de compromiso. Los viejos conservadores, en especial sus dirigentes — Mannerhein, Svinhufvud y J. K. Paasikivi — estaban en contra del intento de los líderes del Centro, que después de 1918 intentaron conciliar a rojos y blancos mediante reformas económico-sociales. El testamento que la trinidad conservadora legó a los vencedores de la guerra civil se expuso definitivamente en el discurso que Mannerheim dirigió al gabinete de Svinhufvud el 16 de mayo de 1918. El comandante en jefe resumía — adaptándose a su propia interpretación — los sucesos acaecidos a finales de 1917 y principios de 1918 y concluía:

Con la determinación de que tal estado de cosas no vuelva a presentarse, el ejército se cree con derecho a expresar su esperanza de que a través de la creación de un orden social y de un poder ejecutivo del Estado nazca una salvaguardia que nos proteja en adelante contra nuevos meses de terror similares a los que acaba de pasar nuestro país. El ejército cree que la única garantía posible para lograr esto reside en el hecho de que una mano fuerte dirija el timón de la nave del Estado finlandés, que dicha mano no esté afectada por disputas de partido y que no se vea forzada, a través de compromiso alguno, a cercenar el poder del Gobierno.

Fue Mannerheim, también, quien al poco tiempo de su derrota en las elecciones presidenciales de 1919 reclamó la creación de un gran partido único que fuese consciente de la importancia de sus actos y que consiguiese formar un frente burgués unido contra el marxismo. Al igual que muchos otros de su generación, Mannerheim nunca aceptó el Parlamento de una sola Cámara elegido por sufragio universal.

El hecho de que el Parlamento fuese consecuencia de la oposición a la rusificación no lo santificaba a ojos de Mannerheim ni de otros viejos conservadores, pero logró la aprobación de la generación política que creció durante los años de rusificación intensiva, desde 1899 hasta 1914. En contraste con los viejos conservadores, esta generación, entre los anteriores y la de la guerra, era perpetua y vigorosamente antirrusa. Sus seguidores, sin embargo, a diferencia de la generación de la guerra, no combinaban su posición antirrusa con el antiparlamentarismo, ya que el Parlamento representaba lo que Finlandia había logrado después de la huelga general de 1905. Por otra parte, durante la primera década de su existencia, el Parlamento fue centro de oposición hacia la rusificación. De este modo, después de 1918, no hubo impedimentos para que la generación intermedia participase de forma leal y efectiva en el gobierno parlamentario, convirtiéndose en la generación parlamentaria por excelencia. Muchos de sus miembros después de ser elegidos para el Parlamento dedicaron su vida al liderato político.

En contraste con los miembros de esta generación de parlamentarios, el vocabulario político de las tres generaciones de la extrema Derecha de entreguerras estuvo dominado por el término finlandés *kompromissi.* Este barbarismo se usó precisamente con el sentido que en la política alemana tuvo la palabra *Kompromiss* más que con el del británico de «compromiso». La extrema Derecha quiso expresar con este calificativo, al igual que el alemán *Kuhhandel,* el hecho de traicionar los propios principios y el de ajustarse a los puntos de vista ajenos en pos de una acción común, simbolizando además para las Derechas la divergencia básica entre sus opiniones de cariz internacional y las del Parlamento. Un compromiso parlamentario dirigido a la formación de un gabinete y a la aprobación de una ley fue calificado de *lehmäkauppa.* Este término insultante se usó en una traducción literal. Estos compromisos injustificados la extrema Derecha los consideraba elemento esencial del parlamentarismo finlandés.

Desde finales de 1929 hasta principios de 1932, la insatisfacción con la política de compromiso llevada a cabo por el Parlamento encontró su expresión en el Movimiento Lapua. Tres generaciones de extrema Derecha se unieron para apoyar este movimiento de masas que anunciaba como objetivo primordial la extinción del comunismo en Finlandia. La primera manifestación se realizó en forma de revuelta anticomunista en un pueblo ostrobotniano, al sur de la región de Lapua. Este suceso, aparentemente insignificante, dio lugar a una serie de sucesos que eran el llamamiento en potencia de la extrema Derecha, que estuvieron a punto de acabar con el Gobierno parlamentario de Finlandia. La base conceptual del nuevo Movimiento estuvo expresado por lo que se llamó «Ley de Lapua», según la cual la existencia procedía de ley superior a los estatutos escritos y que no habían impedido que los comunistas desarrollasen su actividad en Finlandia; dicha ley suprema era la existencia continuada de una Finlandia blanca. Era necesario dar comienzo a una acción directa y popular con el fin de garantizar su supervivencia, aun atacando los estatutos vigentes. Defendía que hay momentos en los que debe pasarse por alto la ley escrita y seguir el instinto patriótico de la propia conservación popular, sin pararse en cláusulas legales, porque el movimiento de la historia y el destino de la nación, que sigue una guía divina, está por encima de todo.

La Ley de Lapua fue defendida en el Parlamento basándose en las teorías legales de Hippel, Kohlrausch y Bieberstein, pero estos sofismas no tuvieron ninguna influencia política. La carencia de argumentos eruditos para influir el curso de la acción política no significaba que los miembros del Movimiento Lapua no poseyeran ningún pensamiento político, sino que su concepción de la Ley de Lapua fue demasiado simple y no estuvo formando parte de los esfuerzos intelectuales de ningún jurista teórico. Alcanzó más importancia política su afirmación de que todos los medios estaban permitidos con tal de contribuir a la expulsión del comunismo del país.

El movimiento Lapua pidió y obtuvo unas disposiciones que pusiesen fuera de la ley al partido comunista, considerado ilegal en todo el país desde 1930 hasta 1944. Esto no les bastó y siguieron dedicados a su política de violencia hasta tal punto que en el verano de 1930 parecía haberse instalado el reinado del terror. Sólo las postrimerías del año 1917 pudieron rivalizar con 1930 en actos ilegales sin castigo. Las autoridades oficiales rehusaron intervenir con la excusa de que ningún policía intentaría prevenir o impedir estos crímenes ya que daría lugar a un conflicto entre el Estado y el movimiento Lapua: «No hay derecho — decían — a provocar el riesgo de una guerra civil cuando la controversia no se trata de cuestión de principios sino de métodos y tácticas».

Aunque se cometieron muchos crímenes políticos, la medida usual de los miembros del Movimiento consistió en raptar a sus oponentes y colo-

carlos al otro lado de la frontera soviética. Muchos, aunque no todos, eran comunistas; Väinö Hakkila, primer vicepresidente socialdemócrata del Parlamento, fue raptado, así como el primer presidente de la República, K. J. Stahlberg —ya retirado— que había atacado con fuerza a la Ley Lapua en una serie de discursos y artículos periodísticos. Esta última hazaña fue planeada por el mayor general K. M. Wallenius, jefe del Estado Mayor del ejército finlandés y destacado dirigente de la generación de la guerra. En pago por este servicio se nombró a Wallenius, desposeído de su cargo militar, secretario general del Movimiento. Su acción encontró aprobación unánime entre todos los partidarios de la Ley Lapua:

Todo el mundo está de acuerdo en que el profesor Stahlberg debía ser raptado, ya que era, precisamente, uno de los mayores culpables del declive de nuestra posición en el exterior y en el interior, por su apoyo al patente abuso de la democracia. Por otra parte, quedaba una amarga memoria de su presidencia, aun cuando gozase del prestigio de haber sido el primer presidente del país. Por eso cuando apareció de nuevo en la escena política como embajador perfecto del liberalismo pero, en realidad habiendo llevado la nación al desastre, hecho del que restaban suficientes y desagradables recuerdos, pudo ser juzgado de acuerdo con sus acciones. Ya no se tuvo en cuenta por más tiempo que había sido el primer presidente, y, por consiguiente, inviolable.

La gratitud del movimiento Lapua a los raptores fue ilimitada, pero la resonancia popular contra este crimen político le fue adversa, sobre todo para conseguir el apoyo de masas que necesitaba, añadido al sentir común de que el rapto era uno de los sucesos políticos más vergonzosos de la historia finlandesa. Incluso los periódicos y dirigentes políticos que siempre se habían mostrado opuestos a Stahlberg y a su liberalismo rechazaban este sistema. Pero, la pérdida del favor popular no significó la eliminación del Movimiento; como ya no podía alcanzar el poder contando con la masa escogió una lógica alternativa: armar revueltas. El año que siguió al rapto de Stahlberg se dedicó a la organización de los planes de una revuelta armada, pero necesitaban como factor esencial crear un grupo integrado a nivel local. Pronto se decidió la forma que tomaría; hacia 1930 se constituyeron como un ejército cuyo Estado Mayor radicaría en Lapua. A semejanza de los miembros de la Sociedad Académica Karelia, los del movimiento Lapua también estaban sometidos a una disciplina estricta y, a despecho de la aprobación de las leyes anticomunistas en 1930, decidieron crear un «ejército regular» compuesto por los elementos selectos de la nación, con el fin de sustituir a los «voluntarios» del año anterior. Se formaron grupos por distritos con las mismas divisiones territoriales que los de la Guardia Civil, cuyo objetivo principal consistía en la creación de una organización nacional amplia y poderosa capaz de ser comparada con el partido mejor organizado del país. Pronto superó la etapa de tinte anár-

quico que le caracterizó en un principio, convirtiéndose en un Movimiento perfectamente organizado, capaz de seguir adelante en la búsqueda de nuevas posiciones ofensivas.

Los últimos días de febrero de 1932 simularon traer la situación revolucionaria tan esperada. El ministro de Agricultura estaba enfermo y muchos miembros del gabinete se hallaban fuera de Helsinki. La *femme fatale* del Movimiento, Minna Craucher, se encontraba en prisión junto con otros miembros y, por medio de amenazas y halagos, estaban a punto de revelar a la policía y a la prensa los grandes secretos de la asociación. El momento llegó el día del juicio de su dirigente Vihtori Kosola, que envió copias de un discurso suyo a todos los miembros del Movimiento, alertándolos de que el Gobierno se inclinaba hacia el marxismo y de que la lucha subsiguiente traería inevitablemente el sacrificio de muchos antes de ser alcanzada la victoria final. El periódico del Movimiento clamó por la aparición de un «Hitler finlandés».

Kosola ordenó que la revuelta diese comienzo con la interrupción de un discurso que un miembro socialdemócrata debía pronunciar en Manstäla, un pueblecito del sur de Finlandia. Las fuerzas Lapua tomaron el pueblo y enviaron un mensaje al presidente de la República, P. E. Svinhufvud, solicitándole la destitución del ministro del Interior y del gobernador provincial, ambos enemigos declarados de la Ley Lapua. Los rebeldes prometieron destruir la socialdemocracia en el país aunque «ello significara la destrucción del Estado y de sus representantes, que la apoyan y protegen... El poder del Estado puede destruir nuestro grupo, pero le resultará imposible detener la avalancha de patriotas que, como una tormenta, pasará por encima de nuestros cadáveres». Este mensaje pasó por las manos del primer vicepresidente conservador, antes de llegar a las del presidente. Al día siguiente el Movimiento pedía la dimisión del gabinete en pleno y el nombramiento de otro que siguiese sus consignas. Para presionar más al Gobierno ordenó la movilización de todos sus seguidores en las ciudades más importantes. Muchos grupos poderosos, como la Liga de Veteranos de Guerra, los Guardias Civiles y la Sociedad Académica Karelia les apoyaron en sus demandas de dimisión del gabinete; se informó al comandante general del ejército de que muchos de sus oficiales, antiguos *Jäger*, no obedecerían ninguna orden de ataque contra el movimiento Lapua; dos miembros conservadores del gabinete presentaron su dimisión y todo su bloque parlamentario se puso a su lado. Hasta el ministro de Justicia, que era liberal, estaba de acuerdo con los rebeldes.

La decisión final del Gobierno quedó en manos de Svinhufvud. El Movimiento Lapua supuso que éste se pondría de su parte, ya que había sido elegido presidente en 1931 contando con su apoyo. Esta idea resultó ser falsa. Svinhufvud, a lo largo de su extensa carrera política, había creído siempre en el gobierno de la ley, incluso sufrió un exilio en Siberia por

oponerse como juez, en tiempos de la rusificación, a ciertas medidas de los rusos que violaban las leyes finesas. Ahora que era el guardián de la Constitución, tenía que ceder a unas imposiciones que consideraba completamente ilegales. Cualquier revuelta contra el sistema político existente llevaba consigo una desviación de su primordialidad en el poder, que como presidente le correspondía por derecho. Al fin, decidió aplastar la revuelta con las fuerzas armadas si ello era necesario, ante la demanda del futuro primer ministro por el Movimiento Lapua, Rudolf Walden, de nombrar a Mannerheim presidente. No parece probable que la petición de Walden se debiese a la propia iniciativa, como se pretendió hacer ver más tarde, ya que Walden era el hombre de confianza de Mannerheim.

Aunque Svinhufvud consiguió aplastar en pocos días la revuelta, su impacto sobre la política finlandesa fue grande. El Movimiento Lapua fue declarado fuera de la ley; se debilitó al apoyo de la masa hacia los Guardias Civiles y la revuelta acabó convenciendo a los dirigentes del Centro de que la amenaza más seria que existía contra el Gobierno provenía de la extrema Derecha. Se reconoció al fin, aunque no masivamente, que la Ley de Lapua representaba una contradicción fundamental y un peligro para el orden y estabilidad sobre los que se asentaba la sociedad burguesa. Se llegó a una estrecha cooperación entre todos los partidos demócratas y el Gobierno parlamentario fue ensalzado por muchos de los que antaño se habían declarado simpatizantes de la oposición anticomunista Lapua. Únicamente el partido conservador permaneció al margen de todo esto.

La exclusión del Movimiento Lapua de la vida legal dejó a la extrema Derecha sin su organización más eficaz pues, aunque la Sociedad Académica Karelia y la Liga de Veteranos de Guerra fueran derechistas, sólo representaban a determinados sectores. Erkki Räikkönen, de la generación de la guerra, lugarteniente de Svinhufvud y presidente de la Liga de la Independencia, acudió a solucionar la situación. Räikkönen, que había fundado la Liga de la Independencia movido por las disputas con la Sociedad Académica Karelia sobre la cuestión idiomática, celebró con Svinhufvud, unas tres semanas después de la revuelta, varias entrevistas con dirigentes de la extrema Derecha para tratar de conseguir el modo de continuar la lucha contra el marxismo iniciado por el movimiento Lapua. Estuvieron de acuerdo en mantener esta lucha y en crear una organización; por esto, el 10 de abril de 1932, se fundó el Movimiento Patriótico del Pueblo. La intención de Svinhufvud al apoyar la creación de un nuevo grupo era el establecimiento de un frente burgués independiente capaz de oponerse legalmente a socialdemócratas y comunistas. Sin embargo, el nuevo grupo pronto rechazó al presidente y a sus lugartenientes convirtiéndose en un partido militante. Con la salida de los partidarios de la posición idiomática conciliatoria, el partido se vio libre para atacar a los fineses de habla sueca, estableciendo que dicho idioma era extranjero y consiguiendo con ello enajenarse la sim-

patía de los fineses de lengua sueca que, por lo demás, simpatizaban con el Movimiento Patriótico del Pueblo.

Los nuevos dirigentes del partido reconocieron que el lenguaje político que usaban apenas era comprendido por los fineses que hablaban finlandés. Su vocabulario era único y nuevo en el ambiente nacional. El término más importante que introdujo el Movimiento Patriótico del Pueblo se expresaba en finlandés como sigue: *kansakokonaisuus* («comunidad nacional») y no era otra cosa que la traducción directa de la palabra alemana *Volksgemeinschaft*, que tenía más significado en la política del nacionalsocialismo que en Finlandia, aunque fuera usada por el «Movimiento Patriótico del Pueblo» con el mismo sentido, convirtiéndose en el grito de batalla de un grupo que se consideraba inmerso en una de las mayores crisis de la historia. Este grupo proclamaba que el liberalismo estaba a punto de desaparecer, y que un nuevo sistema político ocuparía su sitio, dentro del cual las obligaciones de los ciudadanos se derivarían de sus derechos y el continuo conflicto originado por el sistema de partidos se vería eliminado ante un sentido de comunidad nacional. El hombre solo no significaba nada, la tierra de los antepasados, todo. Salvo como miembro de la nación, el individuo sólo era un árbol sin raíces, carente de la fuerza necesaria para vivir. Esta concepción de la insignificancia del individuo se oponía a la de los primeros nacionalistas románticos, que veían en el individualismo la base del valor en la vida humana.

De acuerdo con las teorías del «Movimiento Patriótico del Pueblo», Finlandia tendría que ser creada de nuevo. Esto provocaría necesariamente el abandono de toda concepción de derechos individuales y aportaría el logro de una autoridad, lógicamente poderosa, por parte del Estado; el sistema ejecutivo tendría suma importancia en el nuevo sistema político y éste, unido a un completo control sobre el Parlamento, al que no se le permitiría tener ningún poder decisivo sobre la vida de la nación, llevaría al país a la victoria. El nacimiento del nuevo sistema se vería obstaculizado pero no impedido, por el régimen de partidos, tan característico del gobierno parlamentario.

El nuevo Estado no se limitaría a ser mero vigilante de las vidas y posesiones de los ciudadanos sino que establecería una amplia solidaridad entre ellos. Para lograr alcanzarla era necesario establecer ciertos valores indiscutibles: la creación de una Finlandia poderosa con una sola lengua, la protección de la religión luterana y la necesidad de una defensa nacional, principios cuya conformidad general sería exigida. El Movimiento Patriótico del Pueblo, que aportaría la base necesaria para la formación de un Estado corporativo, elaboraría los planes, describiendo detalladamente la estructura de dicho Estado, evidentemente influido por el fascismo italiano.

Se trataba de un programa radical. El Movimiento Patriótico del Pueblo proclamaba con orgullo que no era conservador ni reaccionario ni dependía

de ningún capital; se declaraba, además, hostil al comunismo y al régimen de partidos, y añadía que nadie, por cándido que fuera, confiaría en las promesas de reformas ni esperaría nada nuevo de unos o de otros. Dado que el marxismo era un movimiento destructivo, el único radicalismo creador de la política finesa se encontraba en las filas del Movimiento Patriótico del Pueblo. La siguiente frase ilustra su punto de vista, que más tarde informaría una nueva línea de pensamiento político: «Nosotros gritamos ¡Abajo los partidos! ¡Abajo los socialistas y la burguesía! No existe más que la nación finlandesa».

El exacto significado que para el nuevo partido tuvo la palabra *Volksgemeinschaft,* junto con su ideología, mezcla de utopías y realidades, aparece en la manifestación de Martti Tertti, uno de los miembros más nobles de la generación de la guerra:

El Movimiento Patriótico del Pueblo no representa un nuevo color; se trata de una nueva concepción del mundo, es el precursor de lo nuevo en lugar de lo viejo..., el azul marino es algo más que el blanco, es otra cosa. El blanco representa el pasado glorioso, el más glorioso que podamos encontrar en la historia de Finlandia, pero el futuro glorioso pertenece al azul marino. Literalmente, el azul marino concluirá lo que se dejó pendiente en 1918. Creemos que así como el blanco elevó a la mitad de nuestra nación de la posición humillante en que se encontraba desde hacía dieciséis años, el azul marino la elevará toda, exclusión hecha de los que han vendido su alma a Marx. La brecha abierta entre rojos y blancos será llenada por los de azul marino, como prácticamente está ocurriendo. Muchos enemigos se han convertido en amigos dentro del frente común de los azul marino, se han convencido de que todos son fineses, se han dado una mano fraternal... El Movimiento Patriótico del Pueblo llena las aspiraciones del honesto ciudadano y de la clase trabajadora, de modo que no es un movimiento burgués, sino de todo el pueblo...; en el futuro ya no seremos burgueses o marxistas, de Derecha o de Izquierda, sino fineses trabajando honradamente para el bien de la nación.

Este llamamiento al apoyo de los trabajadores no obtuvo éxito. No era probable, a pesar de todas las protestas de hermandad del Movimiento, que aquellos cuyo comunismo estaba enraizado en los sucesos de 1918 se unieran a sus antiguos enemigos ni que los socialdemócratas, que habían permanecido fieles al gobierno parlamentario a pesar de dichos sucesos, estuvieran dispuestos a juntarse con un grupo totalitario antimarxista. Los acerbos ataques del Movimiento al capitalismo en general y a muchos capitalistas en particular, le hicieron perder el apoyo de muchos que habían sido partidarios del Movimiento Lapua.

Más peligroso para el nuevo partido fue el alejamiento de la vieja generación de conservadores; de éstos, fueron escasos los que se adhirieron al Movimiento y sus tres dirigentes más importantes se distanciaron pronto de él. Mannerheim y Svinhufvud lo rechazaron ante el extremismo de su posición lingüística, al igual que Paasikivi, que se dio cuenta de que el Movi-

miento Patriótico del Pueblo era básicamente diferente de todos los partidos burgueses; su alejamiento tuvo un significado especial dentro de su propio futuro, para el del nuevo partido y, sobre todo, para afirmar la posición del Gobierno parlamentario en Finlandia. Su opinión fue que el partido no perseguía otra cosa que una dictadura de tipo fascista, además de ser un movimiento completamente revolucionario al que, por lo tanto, había que combatir enérgicamente. Cualesquiera que fuesen los defectos de los otros partidos eran preferibles a éste, y hubiera sido infantil pretender actuar como si no existieran; el fin del régimen de partidos sería el fin de la democracia, que, a pesar de todas sus limitaciones, era el mejor sistema político que existía; la coacción debía ser rechazada y aceptado el conservadurismo, que no buscaba la destrucción del Gobierno parlamentario ni derribar al Estado ni eliminar la libertad personal —condiciones de todo régimen totalitario—, sino que, inspirado en el principio conservador inglés y comprobada su validez a través de generaciones, cambiaba gradualmente los hábitos y tradiciones de la nación. Evolución, no destrucción, he ahí las bases del conservadurismo.

Como suele suceder con toda disertación de pensamiento político, las opiniones de Paasikivi se basaban en una realidad política concreta. La realidad era que el partido conservador había sido englobado por el Movimiento Patriótico del Pueblo; como los miembros de éste se habían declarado por encima de cualquier partido, resultaba que sus seguidores podían afiliarse a otros grupos. Ello significaba el uso del partido conservador, en una relación de tipo Jekill-Hyde, como escudo de respetabilidad burguesa ante las actividades radicales del nuevo partido.

El Movimiento Patriótico del Pueblo se ensalzaba con razón por haberse apoderado de los conservadores, del mismo modo que el nacionalsocialismo conquistó a los burgueses nacionalistas de Alemania. Paasikivi, después de estar apartado quince años de la vida política, volvió con el fin de limpiar el partido conservador de miembros del Movimiento Patriótico del Pueblo. Como dirigente retirado de uno de los partidos más importantes de Finlandia, poseía los atributos necesarios para sentarse como presidente del Comité Ejecutivo. Después de haber conseguido su meta a finales de 1936, mediante una laboriosa y diestra organización, Paasikivi se retiró de nuevo.

El éxito de Paasikivi sacó la *Gesellschaft* del Movimiento Patriótico del Pueblo y sólo dejó la *Gemeinschaft*. El fuerte sentido de comunidad dentro del partido no les impidió perseguir su objetivo de comunidad nacional, tomado únicamente como medio para lograr la misión histórica de la nación finlandesa. La unión nacional haría a Finlandia invencible, y esto sería posible derribando las barreras internas que dividían a los pueblos de lengua finesa para alcanzar la Gran Finlandia. El primer punto del programa del Movimiento Patriótico del Pueblo proclamaba: «Toda la raza finesa debe estar unida dentro de la Gran Finlandia, sobre la base de una propia deter-

minación nacional». Los dirigentes del partido no dudaron nunca en conceder la primacía a este objetivo, despreocupándose de lo que ocurría en el Oeste y mirando en exclusiva hacia su ambición territorial en el Este. La confianza en el futuro de la Gran Finlandia aumentó después de los sucesos de Munich, cuando pareció esbozarse un nuevo orden mundial que les traería justicia y les proporcionaría al fin el Este de Karelia.

Esta aceptación de intentar conseguir la Gran Finlandia como objetivo primordial llevaría al partido, inevitablemente, a entrar en relación con la Sociedad Académica Karelia. En efecto, la Sociedad apoyó los candidatos parlamentarios del partido, y todos aquellos que no habían aprobado jamás la posición conciliatoria en la cuestión idiomática del Movimiento Lapua, se sentían identificados con el Movimiento Patriótico del Pueblo y con los estudiantes de habla finesa que lo apoyaban. Se realizaron entrevistas a menudo entre dirigentes de ambos partidos; la sociedad gozó de gran prestigio ante la juventud del partido y jóvenes del «Balilla» y del «Hitlerjugend» efectuaron frecuentes contactos personales. A menudo se hizo difícil especificar dónde empezaba el partido y dónde acababa la Sociedad.

Otro rasgo común entre ambos movimientos fue su estructura militar. El partido aceptó como principio básico de organización el concepto expresado por el término finés *johtajaperiaate* («principio de jefatura»), traducción literal de la palabra alemana *Führerprinzip*. Por muy débil que fuese este principio de jefatura, al menos estaba libre del esgrimido por los comunistas: el de centralismo democrático. Esta divisa fue aceptada inmediatamente por el Movimiento Patriótico del Pueblo gracias a la honda admiración que sentían por Hitler y Mussolini, a los que consideraban ejemplos perfectos de jefatura.

La democracia pareció salir más favorecida con el nuevo partido, debido a que un movimiento y unos líderes que necesitaban el apoyo popular no podían presentar políticas demasiado extremas. El partido estaba organizado jerárquicamente y cada escalón de mando estaba elegido por el inmediatamente superior. Algunos de los órganos subordinados del partido a nivel nacional ni siquiera se encontraban. Si la democracia se consideraba innecesaria dentro de la organización del partido, ello ocurría con más intensidad entre el pueblo finés en general, a quien se consideraba incompetente para juzgar los asuntos públicos.

Sin embargo, el pueblo finlandés era lo suficientemente competente como para rechazar el pensamiento, acción y organización del Movimiento Patriótico del Pueblo, que nunca gozó de amplio apoyo popular. El año que más votos obtuvieron, en 1936, alcanzaron un 8,3 por ciento, y en 1939 descendió ostensiblemente, pero este año se logró la tan deseada unidad nacional.

El comienzo de la segunda Guerra Mundial encontró a Finlandia en pleno *Volksgemeinschaft*, en el sentido más literal de la palabra, aunque no se hallaba bajo la jefatura de la extrema Derecha. La tragedia que se exten-

dió por Europa, y lógicamente por Finlandia, llevó al Movimiento Patriótico del Pueblo a declarar que no tenía ninguna animosidad particular contra los socialdemócratas, y en la larga noche de la Guerra del Invierno no hubo distinción alguna entre rojos y blancos. Al igual que en 1918 la guerra civil dividió al país, la mundial lo unió, al menos temporalmente. Entre las bajas producidas por la segunda Guerra Mundial se encontraban la Sociedad Académica Karelia y el Movimiento Patriótico del Pueblo. Con Creón, sus miembros aprendieron que el hombre orgulloso paga siempre el precio de sus altivas palabras, precio que siempre es mayor al merecido por las acciones de cada uno.

BIBLIOGRAFÍA

GRAHAM, MALBONE W.: *The Diplomatic Recognition of the Border States: Part I: Finland.* Berkeley, 1935.

— «Finland», en su *New Governments of Eastern Europe.* Nueva York, 1927. Páginas 169-245, 621-645.

— «Stability in the Baltic States: Finland», de Vera Micheles Dean, y otros, *New Governments in Europe: The Trend Toward Dictatorship.* Nueva York, 1934. Págs. 261-279.

HARMAJA, LEO: *Effects of the War on Economic and Social Life in Finland.* New Haven, 1933.

HODGSON, JOHN H.: «Finland's Position in the Russian Empire, 1905-1910», *Journal of Central European Affairs.* Julio, 1960. Págs. 158-173.

— «The Paasikivi Line», *The American Slavic and East European Review.* Abril, 1959. Págs. 145-173.

KNOELLINGER, CARL ERIK: *Labor in Finland.* Cambridge, Mass., 1960.

KUUSISTO, ALLAN A.: «The Paasikivi Line in Finland's Foreign Policy», *The Western Political Quarterly.* Marzo, 1959. Págs. 37-49.

LUNDIN, C. LEONARD: *Finland in the Second World War.* Bloomington, Ind., 1957.

RINTALA, MARVIN: «A Generation in Politics: A Definition», *The Review of Politics.* Octubre, 1963. Págs. 509-522.

— «An Image of European Politics: The People's Patriotic Movement», *Journal of Central European Affairs.* Octubre, 1962. Págs. 308-316.

— «The Politics of Gustaf Mannerheim», *Journal of Central European Affairs.* Abril, 1961. Págs. 67-83.

— «The Problem of Generations in Finnish Communism», *The American Slavic and East European Review.* Abril, 1958. Págs. 190-202.

— «Short List of English-Language Studies of Finnish Politics», *Journal of Central European Affairs.* Abril, 1963. Págs. 77-80.

— *Three Generations: The Extreme Right Wing in Finnish Politics.* Bloomington, Ind., 1962.

— «Väinö Tanner in Finnish Politics», *The American Slavic and East European Review.* Febrero, 1961. Págs. 84-89.

SMITH, C. JAY, JR.: *Finland and the Russian Revolution 1917-1922.* Atenas, 1958.

WUORINEN, JOHN H.: *Nationalism in Modern Finland.* Nueva York, 1931.

RUSIA (1)

HANS ROGGER

¿Derecha rusa? Dos palabras que juntas son aparentemente incongruentes, en completa contradicción. Porque, ¿qué ocasión se dio para la aparición y desarrollo de una Derecha intelectual o política en el régimen más caduco de la vieja Europa, donde la autocracia y una burocracia reaccionaria impidieron cualquier aparición de un gobierno representativo, una libertad política y civil y una igualdad de derechos entre los ciudadanos? Además, ¿qué necesidad había de una fuerza pública y autónoma defensora de los principios heredados de una vida política y social, cuando el Estado y la Monarquía consideraban esta tarea como su eterna y sagrada obligación, sacrificando a ella toda su existencia? No hubo por parte del viejo orden un fallo en la defensa de sus derechos de nacimiento, fallos que en otros lugares fue causa del nacimiento de la Derecha como movimiento y actitud distinta, y, en ocasiones, opuesta a un conservadurismo defensivo.

Los viejos regímenes son derribados por movimientos derechistas e ideologías que necesitan del cambio y combate políticos, casi más que sus adversarios de la Izquierda. La Derecha surgió en Rusia como fuerza política en 1905, tras la caída del Gobierno y los tormentosos días que siguieron a la Revolución, pero decayó su poder e importancia tan pronto como la autoridad recobró el control de la situación.

Antes de que los cambios de 1905 hicieran posible y necesaria la entrada de la Derecha en la escena política para salvar al país de la liberalización y a la monarquía de sí misma, pueden apreciarse los esbozos de una Derecha rusa en pequeños grupos de individuos, convencidos de que había mejores soluciones que las dadas por el Gobierno o los encargados del bienestar de la nación que la amenaza de la reforma liberal, o las aspiraciones democráticas, o un levantamiento revolucionario; antes de convertirse en 1905 en violentos y agresivos, asustaron a amigos y enemigos debido al

---

(1) Agradezco al Centro de Investigaciones Rusas de la Universidad Harvard y al Comité de Investigaciones de la Universidad de California la ayuda prestada a mis estudios, sin la cual este ensayo no hubiera podido realizarse.

radicalismo de sus técnicas y a sus demagógicas llamadas a las masas. Los derechistas rusos se diferenciaron rápidamente de los partidarios conservadores del *statu quo* y de los abogados reaccionarios de la represión, aunque compartían con éstos ciertos aspectos básicos acerca de la naturaleza del Estado y Sociedad rusos: la particularidad de la experiencia histórica rusa y el rechazo de Europa como modelo, la necesidad de un dominio ruso soble el plurinacional Estado y la creencia de que un solo autócrata debía empuñar las riendas del poder. Pero, además, los derechistas insistían en que la preocupación del Gobierno por su propia seguridad lo convertía en un ente cobarde y acabaría paralizando su propia capacidad para resistir el ataque del liberalismo y de la revolución. Opinaban que una excesiva confianza en la burocracia y el fracaso por parte del Estado en responder a las necesidades de la nación y en procurarse una base más amplia para su autoridad que la representada por las clases privilegiadas no podría asegurar la salvaguardia de las tradiciones políticas y el bienestar y grandeza de la nación.

A pesar de todo, sería no atenernos a la realidad rusa el querer establecer una distinción demasiado acusada entre la Derecha y el conservadurismo tradicional; en la práctica dicha distinción apenas es visible, y una investigación más a fondo nos revela que la Derecha rusa, demasiadas veces, por desgracia, estuvo enraizada en el marco político conservador. El estrecho margen de la ilegalidad, especialmente antes de 1905, en que cualquier debate político tenía que desarrollarse privadamente, impidió la creación de unas posiciones definidas que delimitasen las diferencias entre la Derecha, el conservadurismo y la reacción. Así, a la Derecha rusa se le hizo imposible, por ejemplo, el disociarse por completo de la burocracia o declarar públicamente lo que se reconocía en privado: que en vista de las limitaciones, debilidad e indecisiones de sus principales representantes, en tiempos de la monarquía era arriesgado hablar demasiado alto sobre las propias opiniones. En la Rusia zarista se hacía muy difícil ser decisivamente derechista o radical sin que le clasificaran a uno con los revolucionarios, lo que entrañaba la inmediata persecución, riesgo que nadie estaba dispuesto a correr. Apelar a las masas como único sector del país que podía salvar el bienestar nacional y la política también presentaba sus dificultades, ya que era poco menos que imposible hablar de ello satisfactoriamente sin dar la impresión de que se pedía un sistema representativo, con el riesgo de provocar demostraciones en masa y «progroms» con todas las consecuencias que se pueden suponer para el orden público y la propiedad privada.

Por lo tanto, la dificultad de establecer una clara topografía política rusa en los términos usados para los países occidentales y de hacer una distinción evidente entre las posiciones derechistas y conservadoras proviene de los estrechos límites, naturales en una autocracia, en que hubieron de desarrollarse. Todo se deriva de las características del Estado ruso, que podía

ser a la vez protector del pasado o disolvente o bien hacer las dos cosas al unísono, siendo al mismo tiempo conservador y revolucionario. M. N. Katkov, que tuvo fama de ser el periodista ruso más reaccionario e influyente desde 1863 hasta su muerte en 1887, aseguraba que el pueblo y la sociedad rusa eran elementos completamente conservadores mientras que el Estado había sido siempre una fuerza evolutiva y móvil dentro de las costumbres y privilegios heredados.

El papel modernizador del Estado y su imposición de ciertas reformas sociales y económicas — desde la obligatoriedad del servicio estatal a partir de Pedro el Grande, hasta la emancipación de los siervos, y desde la industrialización hasta la disolución del sistema comunal de los pueblos —, el desprecio hacia privilegios y tradiciones, cuando éstos se interponían en sus propósitos, hizo que muchos rusos de opinión conservadora juzgaran al Gobierno de revolucionario, adquiriendo posiciones y técnicas políticas que desmentían su origen y propósitos conservadores.

La oposición al liberalismo, a la democracia y al socialismo, que no sólo eran independientes del Estado sino que podían censurarlo, se consideró postura derechista, como demuestran las Grandes Reformas de 1860 y la concesión de la Asamblea Representativa en 1905, concesiones que significaban que la fortaleza del Gobierno había sido agrietada por las fuerzas del liberalismo. En tal situación sólo les quedaba a los conservadores luchar desde fuera del Gobierno para preservar a la autocracia y a un débil y mal informado zar del profundo peligro que representaban los enemigos de Rusia. Para que tales intenciones llegasen a ser efectivas, era preciso que el Estado renunciara a su monopolio político y que depositase su confianza en las acciones independientes y sinceras de sus más leales partidarios, lo que significaba abandonar la segura tutela del Gobierno, arriesgándose a su censura, y dejar el tranquilo puesto conservador para zambullirse en el proceloso mar de la política. En el intento de conseguir sus propósitos los conservadores fueron inclinándose hacia la Derecha, aunque fue escaso el número de los que llegaron al final.

Casi toda la historia de la Derecha rusa representa lo que pudo ser y no fue. Osciló continuamente entre la precaución y el riesgo, entre el pasado y el futuro, entre las restricciones impuestas por lo que era, después de todo, un régimen caduco, y las alternativas que su eliminación o modificación podría haber creado. No habiendo llegado a contar con un apoyo popular se quedó en una importante minoría de la escena política rusa. Los políticos ortodoxos la miraban con recelo, cuando no por su conservadurismo, por su carencia de él; su popularidad entre las masas durante un corto lapso de tiempo no logró vencer al radicalismo social y económico de una Izquierda dedicada a explotar las pasiones y rencores de las mismas.

La Rusia zarista no fue un Estado déspota de tipo oriental — estancado, autosuficiente, brutalmente repulsivo a cualquier disensión —, por lo que

se llegaron a dar algunas condiciones básicas para la existencia de una Derecha, pero hubo otros factores que le impidieron alcanzar la importancia e influencia conseguida en otros países occidentales, tales como la ausencia de un contraste político abierto a la distribución del poder y su uso, el temor entre las clases altas a la anarquía popular, la solidez de la lealtad monárquica y la incapacidad de los medios dirigentes en concebir otra clase de régimen que no fuera una autocracia. En resumen, a pesar de que el carácter del Estado ruso hizo posible la aparición de una Derecha, o al menos, de derechistas entre los conservadores, el atraso político del país impidió su pleno desarrollo.

El caso de la Derecha rusa, como el de todo el país, no es más que un proceso de desarrollo incompleto cuyo estudio nos ofrece un conocimiento profundo de la política rusa, y nos proporciona los detalles de la aparición y flujo de las ideas derechistas entre los elementos conservadores y radicales, con una extensa variedad de matices. Es nuestro propósito tratar en las páginas siguientes de estas ideas y movimientos para distinguirlo del amplio contexto del pensamiento conservador y de la política rusa.

La formulación más exacta del conservadurismo ruso a partir de la que pudiera definirse la Derecha nos viene dada por el escritor e historiador Nicholas Karamzin (1776-1826). Su *Memoir on the Old and the New Russia* («Memoria sobre la antigua y la nueva Rusia»), publicada en 1811, fue un severo aviso sobre la inamovilidad de los fundamentos del Estado —el tácito acuerdo entre la monarquía y la *dvorianstvo* (la nobleza terrateniente), según el cual la primera sólo tenía limitado su poder por los preceptos cristianos y por el respeto a los privilegios económicos y sociales de la segunda—. Karamzin sostenía que sin esta última limitación la monarquía caería en el despotismo al romper el entendimiento con la nobleza, única clase, por otra parte, capaz de sostener y apoyar al Estado. Como su miembro y portavoz, Karamzin recordaba que el emperador Pablo (1796-1801), en medio de un reinado de terror sólo igualado por los jacobinos, redujo incluso a sus más preeminentes súbditos a la condición de esclavos, perjudicando a toda la nación, alterando sus propios principios y llevando al país a la ruina. Si de nuevo reinaba el descontento en palacios y cabañas, en vez de la alegría y la tranquilidad de verse libres de un tirano caprichoso, se debía a la ruptura unilateral de la armoniosa relación entre el zar y sus más importantes súbditos. El peligro tenía su fuente esencial no en la disposición tiránica de un hombre, sino en el engreimiento intelectual, la ignorancia de Rusia y la infatuación causada por unas teorías extranjeras.

Éstos —seguía Karamzin— eran los errores que flotaban en el ambiente que rodeaba al emperador. Los primeros años del reinado de Alejandro I dominaba el Comité Extraoficial de jóvenes aristócratas, llamados por sus contemporáneos el Comité de Salud Pública; uno de sus miembros, en efecto, había celebrado reuniones en París con los jacobinos, y otros eran angló-

filos, grandes admiradores de la monarquía constitucional. Éstos, sin embargo, estaban convencidos de que en Rusia, donde se enfrentaban las clases selectas con una masa campesina embrutecida, la reforma tenía que ser promovida por la Corona y llevada a cabo por una ilustrada y obediente burocrcia. En esto coincidían con Michael Speransky, hijo de un sacerdote, que por medio de su habilidad personal se había elevado desde los medios diplomáticos, hasta llegar a ser, durante el segundo período de actividad reformista de Alejandro I, su máximo consejero y amigo. Trabajando en secreto y fuera de los cauces normales del Gobierno, los jóvenes aristócratas se aprestaron a reorganizar el país, a poner en marcha la maquinaria del Estado y a detener los abusos, y para proteger a los ciudadanos de acciones arbitrarias confiaron en mayor grado en el gobierno de las leyes que en la protección de privilegios corporativos. Lógicamente sus medidas fueron más moderadas que audaces y estuvieron muy lejos de ser revolucionarias o liberales, en el sentido doctrinal de la palabra, aunque llegaron a hacer cuestión de honor el establecimiento de determinadas prácticas e instituciones.

Esta preferencia por la innovación y las instituciones y el intentar poner orden en la arcaica confusión del Gobierno ruso y sus leyes, condenó a Speransky y a los miembros del Comité Extraoficial como doctrinarios radicales, a ojos de sus enemigos, cuyos temores se vieron confirmados durante la primera década del reinado de Alejandro I. Los conservadores opinaban que aquéllos no estaban intrínsecamente en contra de la nación, pero las intenciones futuras que revelaban los actos del monarca y sus consejeros se les presentaban como altamente perjudiciales. Los mismos miembros de la familia imperial empezaron a inquietarse y fue la propia hermana del emperador, la gran duquesa Catalina, la que presentó Karamzin a su hermano y le convenció de combatir a los innovadores.

Repasando los sucesos ocurridos desde 1801 hasta 1810, Karamzin criticó las decisiones tomadas en política internacional aunque no dudaba que «los consejeros del emperador habían seguido los principios de un sincero y sabio patriotismo». Atacó la alianza con Francia, concluida en 1807, por impopular, ideológica y económicamente; no sólo colocó a Rusia al lado de Napoleón, el usurpador y heredero de la Revolución, sino que había cerrado los mercados ingleses a los productos agrícolas y forestales rusos. Karamzin llegó a la conclusión de que el patriotismo no pedía la obtención de un aliado incómodo y no deseado, sino el estricto resguardo de los propios intereses. Por lo tanto, nada de una cruzada para liberar a Europa ni de cobardes intentos por ganarse la benevolencia de Napoleón, sino más bien procurar la estabilidad y bienestar de Rusia, que nada había ganado en las mal conducidas campañas contra Napoleón ni en las alianzas con él.

Karamzin fue un aislacionista, como un siglo más tarde lo serían la mayoría de los conservadores rusos, que vio en la política exterior dinámica y expansionista una amenaza para los propios intereses y principios.

Las señales más acusadas del peligro que Karamzin veía venir no eran las proyectadas reformas de las instituciones vigentes, sino la aparición de otras de origen extranjero que ya se proyectaban en el horizonte. Se habían extendido numerosos rumores de que se iba a abolir la servidumbre y la autocracia, que el Comité Extraoficial preparaba una Carta de Derechos y que Speransky impondría una Constitución que doblegaría a la Corona y a la nobleza. En realidad, el rey había recibido de Speransky una especie de proyecto constitucional, pero no lo aprobó por carecer de la determinación necesaria para desafiar a la oposición conservadora, alarmada por los rumores existentes y por las reformas llevadas ya a cabo.

A pesar de todo se habían realizado importantes reformas: la administración colegiada de los departamentos gubernamentales fue sustituida por un ministro, y aquéllos reorganizados; se estableció un Consejo de Estado, reminiscencia nominal del modelo francés; aparecieron los primeros apartados de un nuevo Código civil, según el patrón napoleónico; los nombramientos cortesanos pasaron a ser puramente honoríficos, sin títulos preferenciales en la esfera diplomática, donde la obtención de altos cargos en lo sucesivo dependía de las calificaciones universitarias y de exámenes especiales; la edad o el nacimiento ya no gozaba de la importancia de antaño. Las medidas de oportunidades educacionales más amplias; el derecho otorgado a los no nobles para poder adquirir tierras sin obligaciones de servidumbre (derivado de las teorías de Adam Smith), y el hecho de que los mercaderes tuvieran propiedades impedían el desmesurado crecimiento de la burocracia estatal y el choque con la nobleza terrateniente.

Contrario a estas tendencias, Karamzin insistía en que las distinciones ganadas al servicio del Estado no debían tener preponderancia sobre los inalienables derechos de la nobleza o llevar a la disolución de sus privilegios. El *status* noble no se derivaría del rango, sino el rango del *status* noble. Socavar los derechos de la nobleza produciría la destrucción de las verdaderas bases de la monarquía y la llevaría a un despotismo arbitrario, colocando al Estado a merced de hombres cuyo único deber estaría fijado en la ambición por alcanzar el poder. Si la servidumbre era abolida, ya no quedaría ninguna de las prerrogativas de la nobleza terrateniente y todos se confundirían en una masa amorfa de súbditos, sin los derechos de la propiedad para defenderse contra el Estado todopoderoso. La ley de 1803, según la cual se permitía liberar a los siervos entregándoles algo de tierra, estuvo lejos de provocar estos resultados, pero representaba una traición a los derechos de los terratenientes y los dejaba expuestos a peligros venideros. Las consecuencias no sólo serían ruinosas para sus antiguos dueños sino para el mismo Estado, que —según afirmaba Karamzin—, se vería enfrentado con una tarea superior a sus fuerzas al reemplazar a la nobleza, en su papel económico y administrativo, por un campesinado todavía sin civilizar e incapacitado para vivir sin la tutela de sus superiores.

En resumen, no fue más que la repetición de los consabidos argumentos contra la emancipación de los siervos que se renovaría después de 1861 al proponerse el autogobierno de los campesinos y la igualdad ante la ley de todas las clases sociales.

La concepción gubernamental de Karamzin era completamente negativa y se resume en su observación de que, más que nuevas instituciones o nuevas leyes, lo que Rusia necesitaba era cincuenta buenos gobernantes. El cambio era un ataque a la esencia humana; nada de principios abstractos, sino hombres honrados que asegurasen el orden, la justicia y el respeto a la propiedad, junto con la seguridad para la nación y sus ciudadanos. Esperar algo más representaba una frivolidad peligrosa, un porvenir muy dudoso a cambio de la presente seguridad que había llegado a ser la característica nacional tras los cambios impuestos por el zar Pedro. El proceso de europeización era irreversible y probablemente inevitable, pero el ir demasiado lejos en sus excesos había provocado la pérdida de las características y del sentido común privativos de los rusos. La imitación eslava de Europa, intentada por Speransky, debía ser definitivamente interrumpida. Rusia no tenía necesidad de nuevas universidades y constituciones, ni zar alguno tenía el derecho de menguar los privilegios de los que lo apoyaban en el poder; la autocracia había creado el Estado ruso, su inviolabilidad era la condición indispensable para la grandeza del país y la única fuente de autoridad, pero no podría sobrevivir sin una nobleza que la mantuviera sólidamente y a la que no debía privar de ejército o siervos ni rebajar al nivel de los demás súbditos o empobrecerla mediante la emancipación de los mismos.

El historiador logró la dimisión de Speransky en 1812, y hasta la caída del zarismo la prescripción del primero sobre la estabilidad del Estado y su estructura social fue el argumento esgrimido por la nobleza contra la progresiva desaparición de las barreras de clase y el crecimiento de las libertades políticas. Dicha prescripción alcanzó de nuevo importancia en 1874 con la «Sociedad Rusa del Presente y del Futuro», del general Rostislav Fadeev, y en 1885 con «La situación contemporánea de Rusia en la Lucha de Clases», de A. M. Pazukhin.

Este último pedía un cambio completo en la empresa «niveladora» iniciada por la Gran Reforma de la década de 1860, y garantías de primacía para la nobleza en los gobiernos locales, en la administración central y en la diplomacia, como única salvación para la autocracia, y como la protección más segura contra la extensión de las ideas extranjeras por parte de unos intelectuales sin clase. A . I. Elishev afirmaba en «La Causa de la Nobleza» (1898) que privar a ésta de su especial posición era desposeer a los campesinos de sus dirigentes naturales y lanzar a ambas clases a la mutua oposición; por otra parte, Alexander Polovtsev, miembro del Consejo de Estado, hacía ver a Nicolás II, en 1901, que solamente abandonando el proyecto de admi-

nistración rural y burocrática centralista y restaurando la antigua relación entre la masa y sus «hermanos mayores», los grandes terratenientes, podría el país alcanzar el orden y el progreso material.

Los que tomaron a Karamzin por guía y consejero apoyaban una estrecha comunidad de intereses entre la monarquía y la nobleza, insistían en la imposibilidad del estallido de cualquier clase de conflicto en Rusia, por lo que no veían necesario tomar prevención alguna ante tal eventualidad. Deseaban verse protegidos en sus posesiones y prerrogativas, a cambio de lo cual abandonaban completamente el poder político en manos del autócrata con la condición, desde luego, de compartir la administración y de que las demandas de aquél no fueran demasiado elevadas.

La extraña mezcla de Montesquieu y de las tradiciones moscovitas de Karamzin pronto se revelaron como absurdas, prácticamente desde el mismo momento de su formulación, ya que la amable comprensión que suponía entre la Corona y la nobleza se basaba en una aspiración más que en un hecho real. La nobleza rusa no había sido nunca una clase con hondas raíces o fuertes tradiciones corporativas sino una creación de la Monarquía, su cliente y compañera, incómoda o temida, mimada o ignorada por el zar, y, desde luego, el Estado nunca dependió de ella como se afanaban en creer los defensores del conservadurismo nobiliario. Cuando las ideas liberales empezaron a introducirse en las clases altas y estallaron en el levantamiento decembrista de oficiales nobles (1825) el monarca empezó a depositar gradualmente su confianza en la burocracia profesional, a pesar de proclamarse a sí mismo, todavía, primer noble del país. Incluso el nieto de Nicolás I, el reaccionario Alejandro III, que pagó generosos tributos a la nobleza, afirmaba que la restauración del bienestar económico y administrativo de ésta, comenzado durante su reinado, era mucho menos importante para el poder del país que el fortalecimiento de la industria y las finanzas o la creación de una política eficiente. A pesar de los aspectos morales o económicos que presentaba el conservadurismo de Karamzin, el paso del tiempo se convirtió en la defensa de las prerrogativas de la nobleza, a expensas del desarrollo económico y de una política exterior activa.

Un Estado que deseaba desempeñar el papel de gran potencia no siempre estaba dispuesto a pagar el precio debido ni tampoco los nobles, que confiaban en el venturoso futuro de Rusia.

La frecuente incompatibilidad entre los intereses de la nobleza y las necesidades del Estado, motivó que el conservadurismo de Karamzin fuera un instrumento inadecuado para todos: la nobleza consideraba que se inclinaba hacia el liberalismo; los defensores de las instituciones, hacia el poder absoluto. Un tercer grupo, entre los que se contaba Karamzin, seguían a disgusto esta vía «a-rusa», confiando en que la autocracia no sobreviviría como simple guardián de privilegios, y se vería obligada a asentarse sobre bases más populares, haciéndose, si no responsable de los sacrificios de la

nación, al menos consciente de sus deberes para con ella. Esto acarrearía inevitablemente la extensión de los derechos civiles y el desarrollo de un populismo de Derechas que Karamzin y sus seguidores rechazaban. Pero, ¿cómo podría llegar a articularse y distinguirse este populismo de Derechas como causa diferenciada del cuerpo principal del conservadurismo sin abandonar las opiniones comunes sobre las tradiciones nacionales en la vida social y política? Así fue como el «eslavismo» proporcionó los objetivos ideológicos con que los oponentes a la liberación política y un Gobierno representativo pudieron representar más plenamente que cualquier clase de partido político o Parlamento las verdaderas necesidades y sentimientos de la nación.

Podemos considerar a los fundadores del eslavismo como pertenecientes a la prehistoria de la Derecha, a la que contribuyeron muy eficazmente con ideas y vocabulario preparando el terreno para los hombres que, más tarde, darían un giro a sus ideas culturales y sociales.

El punto de partida de los eslavófilos era la necesidad y el deseo de ver a su país como algo más que la triste retaguardia de la civilización gobernada por la corte y una burocracia germanizada. Si bien fueron rechazados por la Rusia oficial de Nicolás I, no por ello buscaron la cooperación de liberales o socialistas; aborrecían el imperio creado por Pedro el Grande: su capital de nombre extranjero, el prusianismo del ejército y del cuerpo diplomático, las ofensas infligidas por una clase alta europeizada a un pueblo esclavizado; todo ello tenía su origen en Occidente. Y con este racionalismo unilateral de un derecho puramente formal y con agudas divisiones de clases, los eslavófilos hacían resaltar su Rusia ideal como un todo entero, en alma y carácter, verdaderamente libre y espontáneo. Al interés individualista occidental, oponían el espíritu y la práctica de la solidaridad preservada por la Iglesia ortodoxa y por el campesinado de los pueblos.

Aunque el eslavismo tal y como fue formulado en 1840 y 1850, no tuvo ni programa ni intenciones políticas, sí tuvo implicaciones de tipo político. El gobierno, al igual que muchos conservadores, presentían que el rechazo de los eslavófilos hacia doctrinas occidentales tenía más motivos que la simple defensa de las instituciones establecidas. El temor a las revoluciones de Europa y la rebelión de Polonia indujeron al zar Nicolás a agudizar las medidas represivas del Estado, que los eslavófilos consideraban extrañas a la tradición nacional, y aunque estaban de acuerdo con el zar y Karamzin en que Rusia tenía que ser preservada de la revolución y de las ilusiones constitucionales, no confiaban en el poder del Estado ni en la protección de los privilegios. El despotismo burócrata, el liberalismo doctrinario y la revolución eran hijos de un racionalismo sin raíz histórica; la única teoría que se les podía oponer con éxito era la de las tradiciones nacionales, que no esperaban más que amor y respeto para volver a la vida.

El período moscovita anterior al zar Pedro fue el lapso de tiempo ideal,

nacional, natural y orgánico durante el cual reinó una apacible armonía entre el monarca patriarcal y la gran familia nacional. Las reformas occidentales impuestas a la fuerza por Pedro destruyeron esta armonía y dieron lugar a la aparición de una élite no nacional con aspiraciones propias y pretensiones políticas antirrusas. Pero los rusos nunca desearon el poder, al que consideraban un diablo necesario y con quien tenía que contender el monarca puesto que era su deber de cristiano. Todo lo que el pueblo pedía del Estado era que se le dejara libre en su vida política «privada», en sus derechos sociales, conciencia y opiniones. Por eso en Rusia no se dio la base para un movimiento constitucional, ni para una revolución democrática o socialista. Esto sólo era posible en pueblos donde existía la lucha por el poder y en Estados crecidos al margen de la conquista, y en los que una parte de la nación había gobernado a la otra; éste fue el caso de Europa. Pero el pueblo ruso, renunciando al poder, nunca reconoció la necesidad de la defensa y salvaguardia de su vida social y religiosa, de sus costumbres o necesidades económicas. Éste era el sagrado deber de su protector, el monarca absoluto. De esta forma, el único Gobierno concebible era el absolutismo; otra forma cualquiera hubiese precisado la colaboración del pueblo, introduciendo las luchas por el poder y los desacuerdos, y entrando, de esta manera, el legalismo y el formalismo en las relaciones que se hubieran basado en el mutuo respeto y confianza.

No obstante, el idilio histórico pintado por los eslavófilos no fue un retrato en el que la familia y sus relaciones sirviesen como único modelo para la sociedad. Habían existido un buen número de instituciones intermedias entre el zar y sus súbditos, hijos de la Rusia moscovita; sólo si se les permitía obrar libremente podría el país mantenerse inmune ante la enfermedad occidental de las luchas sociales y políticas o las rivalidades económicas.

La más importante de estas instituciones fue la Iglesia Ortodoxa. Libre de la cautividad babilónica del control gubernamental, estableció una comunidad nacional con la misma fe y costumbres. Los eslavófilos nunca desearon un gobierno sinodial de la Iglesia como brazo del Estado para el mantenimiento de la supremacía de la religión sobre las otras creencias y sectas pero, a pesar de hallarse muy lejos de la propuesta de una Iglesia libre en un Estado libre, eran partidarios de la tolerancia religiosa y de la libertad de conciencia.

Otra agrupación prácticamente de igual importancia fue la *zemskii sobor* («La Asamblea del País»), por medio de la cual el pueblo había tenido antaño acceso a su gobernante, y, según ellos, podría continuar su misión en el futuro convirtiéndose en innecesarios los sistemas occidentales. Su propósito no era limitar la autocracia ni establecer un régimen parlamentario, sino actuar como órgano de libre expresión para todas las clases y al que el monarca consultaría en asuntos de máxima importancia, como había

hecho siempre antes de Pedro *el Grande*. Solamente por medio de la vuelta de todo el pueblo a la plena libertad de expresión, representado por los *zemskii sabor*, podría salvarse la zanja abierta entre el Estado y la nación y resistir la tentación de un Parlamento y una Constitución. Finalmente, existían los pueblos-comuna, la institución más popular creada por el genio y germen de un orden social más justo; única vía abierta a los rusos para escapar a los horrores del capitalismo y de la lucha de clases, la revolución y el socialismo, y de la seca podredumbre del egoísmo burgués.

Pero, aparte de un esbozo de política y del horror a la industria, al capital y a los conflictos sociales que éstos provocaban, ¿en qué contribuyeron los idealistas y humanitarios eslavófilos a la causa de la Derecha? A pesar de su nacionalismo y rechazo de las formas occidentales, junto con la importancia concedida a la unidad cultural, al absolutismo y a la ortodoxia, aspectos que se convirtieron en parte integral del pensamiento y programa derechista, ello no evitó que los eslavófilos se viesen atacados por la desconfianza conservadora y perseguidos por el Gobierno, debido a que estaban en contra de la servidumbre y de la explotación de las masas por una minoría autócrata; atacaban la censura, la persecución religiosa y el abuso despótico del poder por parte de una burocracia instalada entre el monarca y su pueblo; y era precisamente entre este pueblo, el *narod*, en la masa de los hombres sencillos, donde la fe y el estilo de vida rusos se habían preservado mejor. La expresión de todas estas opiniones les convirtieron en sospechosos a ojos de las autoridades, que les llamaron al orden prohibiéndoles expresarse, persiguiendo o cerrando sus publicaciones.

En realidad, los eslavófilos estaban tan lejos de admirar a la Rusia contemporánea, que anarquistas y socialistas pudieron presentarlos como camaradas y precursores en la batalla contra el Estado totalitario y devorador. Ellos fueron los primeros en señalar al régimen estatal como violentador del carácter nacional, sordo a las masas populares y a sus necesidades; y aunque deseaban mantener al Estado y a la nación, al Gobierno y al pueblo en las esferas separadas de poder y opinión, de vida política y social, del mismo modo deseaban estrechar esta relación por medio de la Asamblea del País. Dicha relación habría de llevarse a cabo creando una comunidad nacional monolítica, libre de conflictos de clases y de luchas políticas. La última aspiración se convirtió en parte esencial de las demandas de la Derecha, que vio en esta casi mística comunión de gobernantes y gobernados la respuesta rusa a las convulsiones de la edad moderna. Pero demasiados aspectos de esta comunión pertenecían y estaban basados en un pasado incompatible y difícil de mantener en el siglo entrante.

Los puntos de vista derechistas sobre la historia, la sociedad y el gobierno rusos, estuvieron muy influidos por el gobierno de los eslavófilos, aunque no se les puede achacar a éstos el empobrecimiento en que cayeron sus ideas después de ser adoptadas por los derechistas. También procedía

de ellos el axioma favorito de la Derecha, según el cual el pueblo ruso no estaba interesado en política y poder, de lo que natural e inmediatamente se deducía la inutilidad de los partidos y del Parlamento, pero no para el dominio continuo de una sola clase sino para basar el gobierno en la experiencia y tradiciones del pueblo; la importancia eslavófila de la ortodoxia como elemento esencial del nacionalismo ruso, degeneró en un exclusivismo religioso y en un frecuente antisemitismo, con matices raciales y anticapitalistas; su oposición a las clases altas motivada por las opiniones occidentales de éstas y el desprecio a sus hermanos menores, se aplicó tanto a los explotadores «extranjeros» y a la propaganda liberal, como a los servidores «desleales» del zar, mientras que el término de «el pueblo» se convirtió en poco menos que una palabra totémica entonada principalmente para desviar el examen atento de sus necesidades.

Vistas las cosas con sentido histórico e impersonal puede achacarse a los eslavófilos alguna responsabilidad por el mal uso que más tarde se hizo de sus generosas ideas y pensamientos. Los utópicos y nacionalistas románticos, con su fantasía sobre la historia y el espíritu, hicieron posible la evasión de gran número de los más angustiosos problemas de la realidad rusa y favorecieron la pasión por otras labores más puramente de la razón. Este desagrado por enfrentarse a tareas específicas y concretas, y la prontitud en desacreditar cualquier intento práctico, aunque se tratase de soluciones parciales, como formalístico, antirruso y cruel, también fue característico de la Derecha, que intentó tomar de la eslavofilia una especie de respetabilidad intelectual. Pero, por encima de todo, la eslavofilia les transmitió la tensión irreconciliable entre los amplios espacios del romanticismo político y los llamamientos pedestres y pragmáticos de la lucha contra la revolución político-social. A los ojos de quienes la conducían, esta lucha no pedía la transposición de los objetivos políticos y sociales en una clave filosófica e histórica, sino en la aceptación a largo alcance del *statu quo* y de los hombres y métodos empleados en su defensa. Incluso los contemporáneos más partidarios de los eslavófilos, los creadores de lo que se llamó la «Nacionalidad Oficial», se encontraban sumidos en dicha tensión; por ejemplo, el historiador y publicista Michael Pogodin (1800-1875) y el poeta y diplomático Fedor Tiutchev (1803-1873), cada vez que elogiaban a la Rusia de Nicolás I, no podían dejar de deslizar alguna crítica.

Profundamente influido por Karamzin, cuya memoria veneraba, aunque sin compartir sus nobles prejuicios, Pogodin se sintió igualmente atraído por la visión eslavófila de la historia y del carácter rusos. Tenía, no obstante, unos puntos de vista más exaltados y dinámicos sobre el carácter y deber del monarca que los anteriores. La intensidad de su nacionalismo y la belleza y grandiosidad que ambicionaba para Rusia llevaron a Pogodin más allá de la idea oficial sobre la dirección que debería tomar la vida nacional. Deseaba conducir a Rusia hacia la cumbre de su gloria, mientras que Nico-

lás sólo se preocupaba del orden y la estabilidad para obtener la incuestionable obediencia a su estrecha interpretación de la triple fórmula de ortodoxia, autocracia y nacionalidad, guías de su reinado. Los sentimientos paneslavistas de Pogodin y Tiutchev, con su teoría de una humanidad dirigida por Rusia hacia nuevos horizontes, fueron las primeras notas de un mesianismo nacional cuyo portavoz sería el Estado. Tanto Nicolás como sus sucesores encontraban inadmisibles tales teorías, porque ellos eran los guardianes de la legitimidad e integridad de tronos y gobiernos. Las llamadas para una unión federal eslava y para la liberación de los hermanos eslavos, todavía bajo el dominio turco o austríaco, sonaban demasiado a revolución para hallar favor a los ojos de Nicolás. En alguna ocasión quizá éste se sintiese halagado por la teoría de Pogodin de una monarquía rusa universal, al estilo de Carlos V o Napoleón, o por la sugestión de que Rusia conduciría a la humanidad a sus más altos objetivos, pero ningún halago o retórica le forzaron a abandonar la posición precavida y conservadora que se marcó a sí mismo y al país.

Tanto el zar como los conservadores en general sólo veían peligro en la liberación de energía nacional implicada por las amplias ideas de Pogodin y Tiutchev. En las numerosas cartas escritas por aquél al monarca, muchas de las cuales circularon entre el pueblo en forma de copias, en tiempos de la guerra de Crimea, el historiador no ocultaba su convicción de que el poder y respeto del Estado se veía minado por la codicia, mediocridad y arbitrariedad de sus administradores; que al zar lo mantenían apartado de los verdaderos sentimientos y condición de su pueblo unos burócratas prepotentes, y que el pueblo común, que vertía su sangre por el zar y por la nación en los campos de batalla, era objeto de explotación y cohecho en tiempos de paz. Sólo acercándose a su pueblo y escuchando su voz por medio de los *zemskii sobor* y garantizándole plena libertad de opinión podía el zar cerrar la hendidura producida en la familia nacional y afianzarla durante un tiempo de prueba.

De humilde origen —su padre había sido liberado de la servidumbre cuando Pogodin ya contaba seis años de edad—, era profundamente contrario al dominio aristócrata y proclamaba que la voz del pueblo era la voz de Dios. Exigía la abolición de la servidumbre y lamentaba el amargo destino de látigo y prisión de los campesinos, cuyas proezas de bravura e inmolación estaban salvando el honor ruso en Sebastopol y le asegurarían su futuro.

En opinión de Tiutchev, cuando las convulsiones de 1848 dividieron al mundo en dos campos hostiles —Rusia y la Revolución—, se trataba de algo más que de la protección de una dinastía o de un Estado. En esta lucha entre dos principios, Rusia representaba mucho más que ella misma: en su victoria se inspiraría la fe y la religión de la Humanidad en los siglos venideros. Tiutchev no especificó con detalles este futuro; sólo manifestó que

Rusia alcanzaría la derrota de la Revolución y su propia transformación en una apoteosis que dejaría bien sentado que sólo ella era el portavoz de la Humanidad y la solución de sus problemas.

El disgusto por la estupidez de la Rusia oficial, que no cuidaba de su propia grandeza, llevó al mismo Tiutchev — cuyas teorías eran más religioso-metafísicas que políticas — a acusar a los ministros del zar de falta de fe en el destino nacional. Su timidez paralizaba a Rusia en el exterior, y en el interior impedía la unión de Gobierno y pueblo como sólo podría hacerlo una autocracia nacional incapaz de llevar a cabo su misión. «Para este propósito el pueblo no necesita tomar parte en los consejos legislativos, pero debe haber una íntima comunicación entre el Gobierno y éste para obtener una espontánea y unánime colaboración.» Por otra parte, Pogodin estaba convencido de que en ningún otro país era más fácil la colaboración, al no existir la conquista, el feudalismo y la aristocracia, que eran causas de disensión y división; los rusos disfrutaban de más libertad, justicia social e igualdad que ningún otro país occidental y tenían un grado tal de unidad que los hacía invencibles. Pogodin deseaba el poder de Rusia más que el bienestar del pueblo y, cuando dicho poder se veía atacado por intereses de clase o región, debería someterse a la mayestática maquinaria del Estado, porque sólo así podría obtenerse plenamente la grandeza moral y física de Rusia. Guiado por la mano de un hombre y animado por la confianza y devoción de sus súbditos, el «Zarismo ruso» sería una máquina capaz de moverse en la amplitud y dirección deseadas por su maestro.

La imagen ideal moscovita del historiador, de un mecanismo irresistible y grandioso, que en un momento dado y cuando ello fuera necesario subordinaría los intereses individuales de grupos a las demandas del poder, no encontró eco entre sus contemporáneos. Era demasiado moderno, demasiado monolítico y demasiado coherente para ser aceptado por un monarca tradicionalista, y aunque tuviera mucho en común con las ideas eslavófilas, ni ellos ni los herederos conservadores de Karamzin estaban preparados para comprender la idea de Pogodin sobre la posibilidad de identificación entre el Estado y el bienestar de las masas o de las clases. Sin embargo, aunque podamos considerarle como el primero que aportó elementos sólidos a la doctrina política derechista, no desarrolló ninguna teoría consistente ni ningún programa con suficiente coherencia.

El reinado de Nicolás I, cuya característica fue mano dura, no se presentó muy propicio para elogiar o magnificar su autoridad. Muchos rusos, entre los que podemos contar a los eslavófilos, deseaban una derrota en la guerra de Crimea a fin de que su país se volcase sobre los asuntos domésticos y abandonara por un tiempo la carrera de gloria y poder. Tras la muerte de Nicolás y el fin de la guerra de Crimea en 1855, comenzó la nueva y breve época durante la que se vislumbró la posibilidad de reconciliación entre el Gobierno y la sociedad por medio de un vasto plan de re-

formas y renovación que abocaría a la completa unidad por la que Tiutchev y Pogodin tanto habían luchado.

La desaparición de la torva y severa figura que durante treinta años había controlado todos los niveles del poder, fue seguida de intensas reclamaciones por parte de los componentes de las diversas esferas de la sociedad; reclamaciones que fueron las más ambiciosas, diversas y mal definidas de este mundo debido a la larga represión de que habían sido objeto. Alejandro II, a despecho de la gran influencia de los principios de su padre, alentó en principio todas estas reclamaciones; no llegó a adoptar las doctrinas liberales pero trató con más tolerancia a la opinión pública, estableció una conducta más humana en la administración y, por encima de todo, dio suma importancia a su creencia de que solamente una autocracia reformada podría llegar a sobrevivir. La emancipación de los siervos y sus tierras en 1861, seguida de la introducción de un cierto grado de emancipación con una relativa autogestión en las ciudades y en el campo, una reforma judicial ilustrada, la relajación de la censura y un reparto más equitativo del servicio militar extendido a todas las clases sociales, parecieron señalar la evolución hacia una igualdad de derechos y deberes para todos los ciudadanos y su eventual participación en el Gobierno.

Sin embargo, las corrientes políticas de la época estuvieron lejos de celebrar con unanimidad la llegada de estas reformas. Los demócratas y socialistas reclamaban algo más que concesiones desde arriba, haciéndose responsables con su influencia y propaganda —llamada inexplicablemente «nihilismo»— de levantamientos populares del campesinado, de desórdenes estudiantiles y de los misteriosos incendios de 1861 y 1862. Los eslavófilos trabajaron lealmente en la preparación y ejecución de las reformas, esperando de esta forma establecer las bases de la monarquía nacional que habían soñado y evitar el avance del liberalismo doctrinario y del constitucionalismo de los nobles. Existían también gran número de antiguos siervos-propietarios que esperaban resarcirse de sus pérdidas en la obtención de extensos derechos políticos, mostrándose ligeramente partidarios de la idea constitucional. Incluso algunos nobles, temerosos, estaban convencidos de que no podría frenarse la revolución con indecisión y cobardía. Los conservadores que se oponían a las reformas o temían que se fuera demasiado lejos en lo que ellos llamaban las ideas destructivas, encontraron refugio en los salones, en las editoriales de los periódicos y en las cancillerías de San Petersburgo.

Pero la debilidad e indiferencia entre los de arriba provocaron la duda y el cinismo entre los de abajo, y la precipitación y ausencia total de preparación para llevar a cabo las reformas minaron la tranquilidad y seguridad interior del Estado. Esto fue lo que obligó a un hombre como Michael Katkov (1818-1887) a buscar apoyo fuera del Gobierno, esperando movilizar la opinión para detener y oponer una fuerte resistencia al torrente liberal.

Con el fin de demostrar su voluntad de coraje y firmeza, los conservadores reprimieron con mano dura no sólo los desórdenes y el creciente descontento entre campesinos y estudiantes, sino también la rebelión polaca de enero de 1863. La proximidad de esta amenaza, la dureza de su represión, y la simpatía de todos los gobiernos de Europa hacia los polacos, afectaron hondamente a la opinión pública, levantando dudas sobre lo acertado de su actuación y debilitando su autoridad.

Las consecuencias de este golpe (seguido, en 1886, del primero de los muchos atentados que sufrió Alejandro II), afectaron profundamente a Katkov, que fundó y editó el periódico *Noticias de Moscú,* llegando a tener más influencia y popularidad que ningún otro periodista ruso de entonces. A pesar de que sus opiniones cambiaban con pasmosa celeridad, últimamente se centró en un punto principal: el sostén y fortalecimiento del poder del Estado en el interior y en el exterior del país. En la persecución de este objetivo desplegó un celo y una vehemencia casi revolucionarios; se sentía llamado a inspirar en la sociedad un nacionalismo intenso y un espíritu patriótico que haría imposible que los dirigentes del país olvidaran los intereses predominantes de Rusia tal y como él los entendía: «para todos los que se sienten elementos activos de nuestra vida pública sólo existe un único príncipe... Rusia... y ello comprende nuestra fe y nuestra autocracia. La política rusa no puede perderse si persigue solamente los intereses y grandeza de Rusia». Pero si esta postura significaba dejar de lado las doctrinas, incluso la monárquica (más tarde Katkov llegó a ser el más ardiente defensor de una alianza con la republicana Francia), no daba como resultado el aislamiento del país o un nacionalismo defensivo. En su defensa del sentimiento nacional y de los propósitos del Estado, que Katkov consideraba como el mejor medio contra la revolución, muchos conservadores no vieron más que un principio revolucionario. «El Fervor Nacional —dijo el conde Pedro Shuvalov, diplomático y antiguo jefe de la gendarmería— está mezclado con las tendencias democráticas.»

En la cuestión polaca, Katkov tomó partido por la política moderada, favorecida por la opinión liberal, por los estadistas «liberalizantes» y por los eslavófilos. Ya después de los primeros signos de inquietud en Polonia, hacia 1861, se manifestó un sentimiento nacional de reconciliación y concesión; y en el caso particular de los eslavófilos, debido a sus especiales doctrinas, no podían negar a sus compatriotas eslavos, o sea al pueblo polaco y a sus latinizados gobernantes, lo que ellos pedían para sí mismos, por lo que apoyaban una política de completa autonomía en los asuntos internos del país vecino. Disfrutando de gobierno independiente y de una completa libertad civil y cultural dentro de unas áreas cuyos límites orientales estaban marcados por líneas étnicas y lingüísticas, Polonia descubriría de nuevo su identidad eslava, que proveería la base necesaria para su amistad con Rusia.

A Katkov le pareció una resignación vergonzosa y rechazó como signo de debilidad nacional la idea de que la soberanía de Rusia pudiera establecerse con «un diccionario y una gramática»; una nación con firme voluntad de soberanía no debería renunciar voluntariamente a una parte de su territorio, el hacerlo sería síntoma de que una fatal enfermedad afligía a todo el organismo político. La pérdida de Polonia, resultado inevitable de lo que se preparaba, significaría la renuncia de Rusia a su *status* como potencia y la vuelta al aislamiento medio asiático del Moscú anterior a Pedro y que éste había anulado con su energía, conduciendo la nación al centro del mundo civilizado. Ningún país con conciencia nacional podía consentir tal humillación, y cuando el descontento polaco degeneró en revueltas y más tarde en guerra abierta, Katkov pidió que se tomasen urgentes medidas represivas; incluso los eslavófilos estuvieron de acuerdo y apoyaron a Katkov en su solicitud al Gobierno de una política de beneficios económicos para los campesinos polacos con el fin de aislar a los dirigentes de las clases elevadas. Como signo revelador tenemos al periódico *Vest* (Noticias), representante de los intereses de los grandes terratenientes rusos, que llamaba a Katkov y a los eslavófilos «rojos» y «demócratas».

En la cuestión polaca, los eslavófilos realizaron una parcial marcha atrás en su cerrado nacionalismo filosófico y cultural, que mostraba lo cerca que había llegado su nacionalismo de las estáticas ideas políticas que Katkov representaba, previendo la aparición de un paneslavismo que recuperaría con su actividad política el terreno perdido en atractivo moral e intelectual. En consecuencia, las invectivas de Iurii Samarin contra el «polonismo», contra las maquinaciones de los jesuitas y los derechos feudales de las ciudades y nobles báltico-germanos, apenas se distinguían del crudo «chauvinismo» de Katkov, aun cuando Samarin y otros eslavófilos, que habían dedicado sus actividades al *narod* para oponerse a las pretensiones políticas y económicas de la nobleza terrateniente rusa, aseguraban que ellos eran los únicos en proteger a los campesinos polacos y bálticos contra sus señores.

Katkov, por su parte, adopó ciertas posturas de los eslavófilos, al pedir en 1867 que los eslavos rusos se unieran siguiendo el ejemplo de los germanos de Prusia, y solicitar del Gobierno, en 1876, que declarase la guerra a Turquía «para liberar a nuestros esclavizados hermanos eslavos». Aunque sus teorías «eslavistas» reflejaban cálculo y prestigio, y su invocación a las tradiciones nacionales contra las instituciones occidentales careciesen de hondo arraigo, demostró que su nacionalismo no podía subsistir sin la parte de doctrina que los eslavófilos habían aportado sobre el destino de Rusia y su carácter.

Polonia llegó a convertirse para Katkov en Cartago y Cuba en una pieza —el diablo en persona— y una amenaza constante contra el poder y la seguridad interna del país. Tenía la idea obsesiva de que los rebeldes polacos eran la vanguardia de la revolución universal y que hacían causa

común con los «nihilistas» del interior; esto le llevó a ver intrigas en todas partes y en todas las cosas: en el giro gubernamental de 1863; en el galanteo de los moderados con la opinión pública para conseguir su apoyo contra los revolucionarios en 1878; en los atentados contra Alejandro II, y finalmente en su asesinato en 1881; en todos estos sucesos el editor moscovita veía la mano de la «conspiración polaca». Sin embargo, la auténtica fuente de la sedición no residía en París ni en Varsovia, sino en San Petersburgo, donde la indiferencia y el cosmopolitismo eran endémicos entre las clases altas y los círculos oficiales, y sólo el pueblo había permanecido sano, manteniendo las bases de la vida nacional libres de la infección. Mientras la gente sencilla rezaba por las víctimas de la amenaza polaca, la capital de orillas del Neva continuaba albergando a los enemigos de Rusia. Los ministros de Educación, Justicia y Asuntos Extranjeros, el Consejo de Estado y el Senado pronto se convirtieron en blanco de los ataques de Katkov por el insuficiente celo desplegado en la lucha contra el omnipresente enemigo.

Katkov fue siempre un aliado incómodo, pero a quien Alejandro II y su hijo juzgaron indispensable, y su insobornable despego le aseguró una independencia que muchos escritores «libres» y sus periódicos no consiguieron nunca. Un contemporáneo llamó a Katkov un «Camilo Desmoulins *à rebours*»; en ocasiones fue el alma y el promotor de demostraciones populares, lo mismo de protesta que de adhesión, lo que hizo que la policía se viese obligada a amonestarle, advirtiéndole que moderara su tono para evitar situaciones extremas, y que no apelara a los instintos elementales de la masa. El mismo emperador Alejandro III, de cuyo favor especial gozaba Katkov, perdió la paciencia hasta el punto de llamarle rebelde y de amenazarle con un castigo ante las pretensiones de éste de que se llevara a cabo una política extranjera más audaz. Este arranque del zar, provocado por los últimos ataques de Katkov al Gobierno, dejó bien sentado que en una autocracia tenía que gobernar un autócrata, o sea él mismo.

Pese a todas sus protestas de que defendía un único «poder supremo» que envolvía el interés del Estado y el bienestar del pueblo y no los variados aspectos de sus tendencias y acciones, Katkov, en realidad, no tenía más confianza en el ocupante del trono que en sus servidores; aun cuando su influencia en la corte y en el Gobierno alcanzó su punto álgido en los años posteriores a 1881, tenía poca esperanza en el futuro. «He perdido los ánimos por completo —le confió a un amigo—, he visto pasar ante mí a todos los representantes de cada estrato social de Rusia, y en ninguna parte hay... una promesa alentadora para el futuro.» La nobleza clamaba por alcanzar más derechos políticos; los burócratas, producto de las universidades, se dedicaban a juguetear con inclinaciones tan pronto liberales como radicales, y efectuar un llamamiento a las masas era demasiado arriesgado. El mismo Pobedonostsev, procurador del Santo Sínodo y eminencia gris del Gobierno de Alejandro III, portavoz y filósofo de la reacción, desilusionó

a Katkov, que trató en vano de presionarle para que adoptase una postura más activa y con el fin de deshacer completamente las dañosas innovaciones del régimen anterior, reprimiendo con más intensidad todo movimiento de disensión. «Pobedonostsev — dijo un amigo de Katkov — permaneció siempre fiel a sí mismo; se encogía de espaldas, se lamentaba y elevaba sus manos al cielo...»

Katkov no pudo escapar a este inmovilismo intrínseco del conservadurismo ruso, y por lo tanto su legado fue de fracaso y frustación. Legó a la generación siguiente el diseño de la intriga polaca y una exposición superficial y fantástica de las dificultades del país que, convenientemente extendidas, podrían incluir a los armenios, judíos y otros; indicó los peligros que para la unidad y poder de Rusia perpetuaría la descentralización de la autoridad y la concesión de cierta autonomía a los súbditos del zar que no fueran rusos. Pero estos peligros fueron empleados por el Gobierno y por los derechistas como armas tácticas y defensivas y no contribuyeron positivamente a solucionar el dilema, presentado por Katkov, de oposición simultánea a la burocracia y al Gobierno representativo. Admitió en cierta ocasión la necesidad «de introducir las fuerzas vivas de la sociedad dentro del organismo del Estado», pero le aterraba la posibilidad de que esto llegara a realizarse. Dentro de la estructura de la monarquía rusa, el problema de Katkov era insoluble y sólo le restaba aconsejar a los campesinos la sumisión a su dirigente. Ni siquiera él mismo estaba plenamente convencido de la validez y eficacia de su teoría, que solicitaba un poder por encima de toda clase y partido, que llevase a Rusia por el «camino zarista» y que no fuera ni liberal ni conservador. Sin una clara visión que le encaminase en una dirección precisa, toda su considerable energía permaneció esencialmente infructuosa.

Una idea similar dominó a Ivan Aksakov (1823-1886), el más joven de los primeros eslavófilos y más tarde el principal portavoz del paneslavismo, que dio ejemplo personal de la progresión doctrinaria desde la esfera cultural y religiosa hasta la política. Sin embargo, a diferencia de Katkov, no era realista políticamente y estaba dispuesto a arriesgar la seguridad del juego conocido por un futuro incierto pero más glorioso. Sus utopías, herencia de su juventud eslavófila, le ayudaron a protegerse del pesimismo que afligió y paralizó completamente a Katkov en su última época, así como a Pobedonostsev y a otros conservadores, que no vieron ninguna solución para el mundo en que se hallaban. Aksakov veía más allá de su época y de Rusia, y le sostenía la esperanza de su redención. Fanatizado ante esta creencia y reacio a comprometerla, postura que dio lugar a que durante muchos años el Gobierno le obstaculizase el acceso al público, a quien deseaba servir y educar, fue al mismo tiempo un verdadero derechista «extremadamente conservador, incluso reaccionario y un radical del más alto grado» (Kornilov).

El paneslavismo — liderato ruso de los pueblos eslavos en su lucha por liberarlos del yugo turco-germano, y sueño de Aksakov sobre la unidad y grandeza eslavas — fue una causa que produjo entre los rusos un sentimiento parecido a la exaltación del «Risorgimento» y que les llevó a intentar alcanzar un poder como el conseguido por la unida Alemania. Incluso un hombre como Pobedonostsev se sintió atraído por él, aunque sólo momentáneamente, sintiendo miedo de que tal entusiasmo no pudiera refrenarse y que degenerase en instintos revolucionarios... Dostoyevsky también se sintió conquistado por estas ideas y como periodista ayudó a sostenerlas, hasta tal punto que su universalismo cristiano estuvo en peligro de verse sumergido por estos sentimientos agresivos. En el llamamiento de Dostoyevsky, sin embargo, todavía existían expectaciones milenarias, sobre todo al pedir la declaración de guerra a los turcos, que testimoniaran que el paneslavismo era algo más que una forma acusada de nacionalismo; la guerra se llevaría a cabo no sólo para salvar a Rusia de la «sofocante podredumbre y estrechez espiritual» y para liberar a sus hermanos eslavos, sino que sería una cruzada para la regeneración de toda Europa y para la liberalización de la opresión burguesa, de las ilusiones pacifistas y liberales y de la amenaza del materialismo revolucionario. «Necesitamos guerra y victorias; con ellas empezará una nueva vida.» En esto Aksakov estaba de acuerdo con Dostoyevsky, a pesar de que su nueva vida tenía más base eslavófila que cristiana. Ya una década antes, Aksakov había celebrado el proyecto de una guerra con Austria a propósito de Polonia como el «bautismo, para Rusia, de una nueva profesión de fe», y ahora estaba seguro de que la lucha rusa por la libertad de los eslavos y su unidad, «esta guerra del pueblo», significaría su renacimiento espiritual y social. Sin embargo, nada estaba más lejos de los proyectos de los dirigentes rusos, que sólo perseguían limitados objetivos en su política militar y diplomática. La explosiva aparición de las nuevas teorías de regeneración del paneslavismo de Aksakov fue lo que le hizo aparecer ante dichos dirigentes como radical, aun cuando él protestara enérgicamente de su devoción a la ortodoxia, autocracia y nacionalidad y de su hostilidad al liberalismo y al socialismo.

El paneslavismo fue un fenómeno de la Derecha, ya que se trató de un intento por integrar todos los conflictos sociales y políticos en el amplio objetivo de la unidad eslava. Una vez que los tribunos del paneslavismo decidieron no tomar el camino liberal y revolucionario para alcanzar lo que se proponían, sólo les quedaba el de la guerra para lograr la unidad de la nación y purificarla de los sentimientos mezquinos de clase; al menos, la guerra abriría una nueva esfera de dinamismo y acción que actualmente le era negada al país. Éste fue el elemento esencialmente radical del paneslavismo, no sólo en el sentido de que por ser más una llamada al pueblo que al Gobierno, se convertía en una forma revolucionaria de nacionalismo, contraria por tanto al curso conservador y cauto que había tomado el ministro

de Asuntos Exteriores, sino en su pretensión de hallar soluciones adecuadas a los vastos problemas de la vida nacional.

El Gobierno imperial se dio cuenta inmediatamente de los peligros que representaba el revolucionario paneslavismo e intentó frenarlo y moderarlo, pero no lo consiguió debido a varios factores: al idealismo social y eslavófilo de los componentes del movimiento, al celo de Aksakov que predicaba la «democracia eslava», el «ideal ruso» que aseguraría la armonía política y el carácter nacional de la monarquía a través de la *zemskii sobor* y resistiría los abusos del capitalismo y la injusticia social por medio de la organización comunal de la agricultura y la creación de cooperativas artesanas — contra el despotismo de minorías egoístas y mayorías numéricas —; otro factor era Danilevsky (autor de *Rusia y Europa,* la biblia de los paneslavistas y, como Dostoyevsky, socialista en su juventud), que consideraba el liderato ruso en el mundo eslavo no sólo como una garantía de su supremacía política sino como el nacimiento de «un sistema socio-económico que daría satisfacciones a las masas en su justa medida» y aportaría una igualdad real y concreta entre los hombres; por último estaba el general Skovelev, el «paneslavista rojo», que defendía la creación de una «democracia rusa» presidida por la autoridad suprema de un autócrata. Incluso el futuro Alejandro III, que simpatizaba con la causa eslavista, dijo en 1876 que ya era hora de que las autoridades se encargasen de los comités «y del movimiento popular en peso, o de otra forma sólo Dios sabe lo que sucederá o cómo acabará».

El principal objetivo del gran duque fue el «Comité de Cooperación Eslavo», de Moscú, creado por Aksakov, del que fue secretario desde 1858 hasta 1875 y presidente hasta su disolución en 1878. Durante los doce años de obligado silencio como periodista, el Comité se dedicó a propagar sus puntos de vista, y cuando estalló la guerra de los Balcanes, organizó y envió, al igual que otros comités, cinco mil voluntarios a Servia. Pero, a pesar de esta generosa respuesta a su llamamiento, no pudo conseguir su propósito de unir a Rusia y a los ciudadanos de todas las clases sociales en un común sentimiento de sacrificio para conseguir un objetivo también común. Ambos, Gobierno y clases altas, defraudaron a Aksakov; éste se lamentaba de que la inmensa mayoría de donativos procedían de los pobres y de los de menos posibilidades económicas. Las familias preeminentes — y nombraba algunas —, sólo habían abierto sus corazones y sus carteras a regañadientes; igualmente la contribución de la familia imperial fue muy modesta. El Gobierno seguía la misma tónica; el ministro de Finanzas dijo, dirigiéndose a varios colegas y a un grupo de conservadores que habían permanecido impertérritos ante lo que se llamaba burlonamente el «éxtasis montenegrino», que la guerra retrasaría el desarrollo de Rusia en cincuenta años.

Tales posturas de las clases dirigentes afectaron poco a Aksakov y a

los paneslavistas, que, llenos de ánimo, llegaron hasta el punto de amenazar al Gobierno con un levantamiento popular si no se acudía en ayuda de los eslavos. En un discurso público Aksakov acusó a los gobernantes del país de estar encasillados en su posición pacifista y, peor que los nihilistas, despegados de toda conciencia histórica y de todos los sectores de la vida nacional. Acusó a las clases altas de ignorantes, estúpidas y de moral relajada, pero manifestando que la voluntad del pueblo sería lo suficientemente fuerte para desenredar el complicado tejido de la traición interna. Cómo Aksakov pudo permanecer en libertad a despecho de tal situación, debe considerarse como un tributo a las viejas formas del autoritarismo, y más en el momento preciso en que acababa de ser sancionado por las «insinuaciones democráticas» contenidas en un mensaje compuesto para el consejo municipal de Moscú.

Finalmente, cuando el zar en nombre de Rusia declaró la guerra a Turquía, se logró la tan ansiada victoria en el campo de batalla, pero en las mesas de consejo no hubo más que derrotas debido a las fuerzas combinadas de la diplomacia europea y el inevitable fracaso de las esperanzas de Aksakov. Éste atacó de nuevo a los diplomáticos acusándoles de cobardía, apeló a la rabia del pueblo y dirigió sus invectivas contra el emperador, del que dijo que no había sabido llevar hasta el fin la lucha por la santa causa —palabras que le costaron el destierro—. Pero la razón más profunda de su desespero radicaba en el hecho de que la guerra no había traído todo aquello por lo que él había luchado; no hubo reconciliación entre las clases privilegiadas y las masas, ni se puso freno al crecimiento de la burguesía y del movimiento revolucionario, ni siquiera se calmó el deseo popular de un régimen constitucional como el que Alejandro II había concedido, por desgracia, a los búlgaros. Aksakov continuó escribiendo y hablando y unos días antes de su muerte fue censurado de nuevo por sus ataques al Gobierno y a su política exterior. La guerra que tan fervientemente había deseado no solucionó sus problemas y Rusia se replegaba una vez más en sí misma y se dedicaba a unos objetivos más modestos, excepto en el caso de los revolucionarios, cuyas bombas acabaron con la vida del zar liberador el mismo día en que éste firmó una disposición por medio de la cual se aprobaba la participación de varios representantes elegidos entre el pueblo para tomar parte en las tareas de las reformas administrativas y fiscales.

Bajo el férreo régimen de Alejandro III se dieron escasas probabilidades para que los dirigentes del paneslavismo pasasen de los discursos a los hechos y, mucho menos, a trazar ningún programa verdaderamente peligroso; existía muy poca tolerancia para el pensamiento y la acción independiente. «La desavenencia y la desconfianza —dice Aksakov a finales de 1881— se han extendido como una plaga sobre Rusia... Entre la nobleza y el pueblo, entre la sociedad y el Gobierno, entre instruidos e ignorantes, incluso entre los miembros de una misma clase, existe la desconfianza... y

la desavenencia. Todo está fuera de lugar, todo ha perdido su razón de ser, y el descontento reina por doquier.» A las pocas semanas realizó un nuevo intento por eliminar esta desconfianza apelando a la ayuda del nuevo ministro del Interior, Ignatiev.

Hombre de convicciones y temperamento inestables, Ignatiev quiso identificar los objetivos del paneslavismo con los de la política oficial; una larga asociación con aquél le llevó a profesar una doctrina diluida y superficial, mezcla de esclavismo y nacionalismo populista, destinada a llenar la brecha abierta entre el pueblo y el Estado. Sin embargo, una vez alcanzado el poder, emitió un manifiesto que no establecía ningún programa definido y sólo anunciaba la fuerte represión de los elementos desleales a la autocracia, pero incongruentemente prometía continuar las grandes reformas del régimen anterior, permitía la participación de algunos «elementos locales» en la administración y, finalmente, al cabo de un mes llamó a algún representante civil para discutir diversas cuestiones concernientes a la agricultura y a su economía. Esta medida no podía satisfacer de ninguna manera a los constitucionalistas o eliminar el mal sabor dejado por las duras medidas políticas tomadas prácticamente al mismo tiempo; pero el nuevo ministro solamente buscaba popularidad y un lugar en los libros de historia.

Aksakov, a principios de 1882, le prometió buscar una solución viable al *impasse* creado por las nuevas medidas de represión repudiadas por todos, y hacer imposible la rendición al liberalismo; esta solución dejaría pequeñas a todas las constituciones del mundo y no violentaría para nada las tradiciones nacionales: sería un *zemskii sobor,* elegido directamente por las clases históricas, campesinos, comerciantes, nobleza y clero. La presencia en una asamblea de varios miles de campesinos afirmaría claramente el carácter popular y nacional de la autocracia y la devoción por parte de todos los estamentos sociales, y pondría fin a las ilusiones liberales, aristócratas o revolucionarias, sin necesidad de coerción alguna.

Ignatiev, en el máximo del optimismo, aceptó la propuesta de Aksakov y presentó al zar, para que la firmara, una citación llamando a asamblea a tres mil diputados en la antigua capital, precisamente en los días de la coronación. Esto levantó inmediatamente las sospechas de que Ignatiev y sus colaboradores estaban intentando algo más que una adición decorativa a las festividades reales y que lo que en realidad pretendían era crear un cuerpo permanente para aconsejar al zar en todas las cuestiones importantes, incluidas las legislativas. Cuando Pobedonostsev se enteró de lo que estaba sucediendo, tuvo la impresión de que «la revolución estaba en marcha y que el fin del gobierno de Rusia se acercaba» y junto con Katkov, movilizó toda su influencia para que el proyecto Aksakov-Ignatiev sufriera una clamorosa derrota en el Consejo de Ministros, seguida de la inmediata expulsión del segundo.

Sin embargo, otro objetivo — el antisemitismo — ataba a estos dos hom-

bres. La aparición de este sentimiento nuevo, virulento y desconectado de la religión, no estaba más que en sus comienzos pero se hace difícil creer que un hombre como Aksakov creyera en la ingenua y primitiva teoría de una conspiración judía internacional para dominar el mundo (fue él quien publicó una primera versión del «Protocolo de los Ancianos de Sión» en su periódico *Rus*); resulta tan increíble como que un Dostoyevsky pudiera creer que los judíos y sus Bancos era todo lo que había detrás de la fachada de las políticas europeas, lo que lleva a pensar que estos hombres se vieron desbordados y perplejos ante las fuerzas arrolladoras que amenazaban todo lo que les era más querido. Deseaban creer que su concepción ideal de la dignidad y honor humanos y que su estable modo de vida preindustrial podrían ser salvados del desastre, y se rehusaban a ver que aún en el caso de una completa eliminación de los judíos no les sería posible hacer retroceder un progreso que tenía sus raíces mucho más hondas que ninguna perfidia hebrea.

El fracaso de los intelectuales mostró que el antisemitismo de Aksakov era otro aspecto de su romanticismo social y político, una utopía dentro de la cual no existirían judíos, burgueses, burócratas ni socialistas que estorbasen la armonía familiar del pueblo con sus dirigentes naturales. Con su teoría de que tal estado de armonía y bienestar sólo podría ser alcanzado eliminando en lo posible las interferencias judías en la esfera social y económica, el antisemitismo ruso se revela como una variante del populismo romántico, que no vería en los «progroms», al igual que Aksakov, más que actos de resistencia popular contra sus rapaces explotadores y como la búsqueda instintiva de justicia social. Los judíos — seguía diciendo — no se compadecían más que de sí mismos y, como máximos exponentes del capitalismo, el presentarse como víctimas de la anarquía y del socialismo les granjearía pocas simpatías.

Pero los conservadores de dentro y fuera del Gobierno estaban dispuestos a evitar todos los riesgos que pudieran representar para el orden y para la propiedad unas formas tan primitivas de turbulencia social, y hacían presión para evitar toda indulgencia oficial. Al proponer Ignatiev en el Consejo de Ministros la adopción de medidas de largo alcance contra los judíos — «sanguijuelas que chupaban la sangre de los ciudadanos honrados» — dos de sus colegas protestaron. Aun así, el primero de los más crueles «progroms» tuvo lugar durante la administración de Ignatiev, debido a su bien conocida antipatía por éstos y a su blandura en castigar los excesos cometidos contra ellos. El ministro de Finanzas, el mismo que había estado en contra de la guerra de Turquía, alzó su voz para protestar por las campañas de pillaje contra los judíos, cuyo resultado, según él, sería un «desvastador socialismo», pero al mismo tiempo atacaba a los *Kulaks*, mercaderes y terratenientes.

El sucesor de Ignatiev, Dimitri Tolstoi, aunque sintiese poca simpatía por

la «lepra hebrea» y su política se destacara por una fuerte discriminación contra los judíos, no toleró los «progroms». Ésta fue la mayor concesión que hizo el Gobierno a la eslavofilia de última hora y el legado más importante del último tercio del siglo a la Derecha militante.

El Gobierno ruso de las dos décadas posteriores a 1881, que abarca los reinados de Alejandro III y Nicolás II, representa un fenómeno extraordinario en la historia de la moderna Europa. Aún siendo conocida su reputación de ser el país más reaccionario del continente, no es menos cierto que sólo persiguió sus propios intereses; sus medidas se opusieron al pasado; al domeñar a los gobiernos locales y contrariar a las minorías periodísticas, universitarias, nacionales y religiosas, logró conservar las reformas de Alejandro II. Sin embargo, minó sus esfuerzos al asegurar el crecimiento de la industria y de los negocios, introduciendo el fermento del cambio en un sector de la vida nacional que se enfrentaría con los otros, aunque esto no inquietaba al Gobierno, convencido como estaba de que bastaba con llamar al ejército para restaurar la tranquilidad y el orden. Y así, desde 1881 hasta el fin del viejo régimen, grandes sectores del país estuvieron sujetos a las llamadas «regulaciones temporales» (al principio por tres años), que suspendían el proceso normal administrativo y judicial e implantaban unas medidas que no estaban muy lejos de la ley marcial.

Las dos figuras principales de la reacción durante este período, Tolstoi y Pobedonostsev, lejos de perseguir un programa político positivo, estaban convencidos de que, cualquiera que fuese la postura que adoptasen, difícilmente alteraría el curso general de las cosas. Pobedonostsev no era el Torquemada que pintaba la prensa extranjera ni tampoco un fanático —de haberlo sido, quizá hubiese encontrado una causa y unos seguidores—, sólo era un escéptico que repartía su escepticismo por igual entre aliados y enemigos. Temía toda sospecha de cambio, fuera cual fuera su dirección, y deseaba reducir las actividades del Gobierno al mínimo. Un amigo suyo dijo en una ocasión que, en el transcurso de veinte años, Pobedonostsev sólo hizo una indicación sobre el curso que él imprimiría al Gobierno si cambiasen las instituciones por él anatematizadas.

Konstantin Leontiev, el pensador reaccionario más importante de este período, que deseaba salvar a Rusia conservándola según el modelo bizantino, rechazaba que Pobedonostsev fuera genuinamente reaccionario y decía que «no era más que un vigilante, una tumba cerrada y una vieja solterona inocente». Tolstoi tampoco tenía seguridad de que el «nihilismo» y la «lepra hebrea» pudieran ser eliminados por completo; todo lo más podrían ser frenados y, a pesar de ser conocido como el campeón de la ortodoxia y del nacionalismo, no tuvo nunca intención de dar rienda suelta a la Iglesia o a las pasiones nacionalistas. «Todo mi programa —afirmaba— puede ser resumido en una sola expresión: Orden.» Las medidas que se tomaron para restaurar a la nobleza en su antigua posición preeminente en apoyo

del Estado fracasaron; fueron incapaces de devolverle su poder económico, su prestigio social y la importancia política de que había disfrutado toda su clase. Satisfacer las demandas de los campesinos significaría una profunda marcha atrás en la solvencia financiera y en el poder industrial conseguidos por Sergei Witte, ministro de Finanzas desde 1892 hasta 1903, además de agudizar el descontento entre los industriales y los negociantes. La monarquía podía hacer concesiones a un grupo o a otro, pero se encontraba incapacitada para seguir un programa coherente que le permitiera ser el árbitro imparcial de los conflictos nacionales.

Todo lo que quedó fue una mera política de fuerza que, aunque tuvo éxito en impedir el resurgimiento de la oposición revolucionaria organizada, también silenció a la Derecha potencial e impidió su desarrollo como movimiento o ideología distintos.

La sociedad de tipo conspirador «La Santa Hermandad», fundada en 1881 con objeto de proteger la vida del zar e infiltrarse en el campo revolucionario, pronto fue prohibida por Tolstoi como centro de «peligroso liberalismo» y asociación perjudicial que se interfería en los procesos normales de la política, y que por su mera existencia ya indicaba incapacidad gubernamental para dominar la situación social. Más tarde se llevó a cabo otro intento para fundar una nueva sociedad «patriótica», pero no se pudo conseguir por necesitarse permiso policial, y en 1897 un periódico de tendencia similar, el *Russkoe Obozrenie* («La Revista Rusa»), llevó una precaria existencia, acabando su vida a los siete años de la aparición del primer número. Un artículo de dicha revista decía: «En estos tiempos todos los que representan el pensamiento conservador en Rusia descubren que les es muy difícil expresar sus ideas y pensamientos. Los radicales y liberales fundaron sus partidos ilegales en 1898 y 1903 sin grandes dificultades y encontraron grandes simpatías entre la población respetable, lo que llevó a la mente de muchos el convencimiento de que el embarazoso e inflexible aparato estatal no estaba preparado para oponerse a una enérgica política contraria».

A finales de 1900 los miembros más influyentes de la sociedad de San Petersburgo fundaron la «Ruskoe Sobranie» («Asamblea Rusa»), apolítica y con el propósito confesado de contrarrestar el «cada vez más extendido cosmopolitismo de las clases altas», despertando y liberando los sentimientos nacionales; aun con un propósito tan intachable, muchos, entre ellos V. K. Plehve, funcionario del Ministerio del Interior y su futuro dirigente, dudaron entre afiliarse al grupo o hacerlo desaparecer. Al fin, Plehve entró en la asociación cuando la presencia de otros militares garantizaba el carácter «seguro» de la asamblea; sin embargo, en opinión de muchos, esto acabó con su independencia. Uno de sus miembros, el editor eslavófilo Segei Sharapov, acusó a la Asamblea de ser «el centro del patriotismo policíaco de San Petersburgo».

La primera organización pública fundada en defensa de la autocracia, apenas pudo satisfacer la marea creciente del movimiento de protesta que se extendía por todo el país. La composición predominantemente conservadora y casi militar de la Asamblea apenas experimentó cambios en todo el curso de su existencia, a pesar de que un cierto número de patriotas con temperamento radical, gentuza oportunista antisemita y periodistas como P. A. Krushevan (uno de los instigadores del «progrom» de Kishinev en 1903), P. F. Bulatsel, A. I. Dubrovin y V. M. Purishkevich (futuros líderes de la Derecha), empezaron a engrosar la lista de miembros, con arzobispos, generales, miembros del Consejo de Estado y antiguos diplomáticos. Los pobres y balbuceantes pasos de la cultura rusa, conferencias, obras dramáticas, poesías y canciones, escasamente podían convencer a los sofisticados amantes del estilo extranjero de que sus gustos eran una forma de deslealtad a la nación y una baza en favor de los agitadores que organizaban las huelgas de trabajadores y campesinos.

La ineficacia de tal programa se hizo evidente y la Asamblea intentó extender y popularizar algo más sus actividades entre 1902 y 1903 mediante la emisión de folletos, la apertura de delegaciones en provincias y la puesta en marcha de un círculo cultural. Pero el consejo gobernante de la asociación, residente en San Petersburgo, temía tanto la entrada de elementos hostiles que ello limitó en gran parte la admisión de los nuevos miembros de provincias. La mayoría de los centros se cerraron y, al parecer, temían más el verse influidos por elementos extraños que influir ellos en el público. La dedicación de las ideas de la ortodoxia, autocracia y nacionalismo fue más fuerte en las ciudades que en el campo, donde las semillas de la duda y la rebelión fueron introducidas por renegados de las clases altas; en medio de estas mezclas, el restringido grupo de la Asamblea tenía al menos el mérito de su consistencia. Sus principales objetivos, lógicos y realistas, eran atacar la infección en su origen, reformar a la burocracia, inyectar nuevos ánimos a los desalentados partidarios de la firmeza y proporcionarles un punto de unión y la confianza de que la dominación intelectual de la oposición no era incontrovertible. Para intentar conseguir estos fines, el *Noticias de Moscú* acogió la aparición de la Asamblea como una nota de disensión en el coro liberal de la época, pero sus tres mil miembros, aunque juntos podían presentar un frente de lucha unido, prefirieron simplemente predicar para lograr nuevas adhesiones ante todo.

Sólo tras la huelga general de 1905 y la creación de unas condiciones de debate político enteramente nuevas, por medio del «Manifiesto de Octubre», la Asamblea abandonó su postura de autorrestricción, pero sin lograr una capacidad de ajuste al nuevo estilo político. Fracasó en su intento de fusionar a los distintos grupos de tendencias doctrinales similares, que en el curso del año se habían unido en un sólido frente para presentarse a las elecciones de la primera Duma, lo que abrió el camino para otros movi-

mientos de tipo militante, especialmente la «Unión de los Pueblos Rusos», el movimiento de Derechas que más éxito obtuvo en la consecución del apoyo de las masas. Como la Asamblea, ya antes de 1905, se dedicó a preparar a los líderes de la nueva Derecha esto le sirvió de lazo de unión con los conservadores más antiguos y respetables, que llegaron a ver la necesidad de aliarse y de adoptar métodos que en un período no muy lejano habrían sido considerados poco menos que revolucionarios.

La adopción de tales métodos por parte de hombres que en sus personas y cargos ostentaban la autoridad nos da la medida de la perplejidad en que los nuevos peligros, para los que no estaban preparados, sumieron al mundo contemporáneo. A las esporádicas y violentas algaradas de campesinos descontentos, revueltas estudiantiles y peticiones liberales de derechos civiles y políticos se añadió, a finales de los años noventa, una creciente ola de descontento laboral. Nicolás II quiso minimizar el efecto de las huelgas describiéndolas como invención de la educada Europa que, según afirmaba con rencor, había penetrado profundamente en el país en forma de fábricas, ideas y técnicas que las clases trabajadoras habían aprovechado para sus propios fines, aumentando sus simpatizantes, organizándose poderosamente y alcanzando conciencia política. La industrialización, alentada por el Estado, había provocado la aparición del nuevo antagonista y al que no podía expulsarse; ante este hecho indiscutible el jefe de la «Okhrana» de Moscú, Zubatov, coronel de la policía secreta y radical, vio la única oportunidad de vencer a los agitadores socialistas y tender un puente entre la monarquía y el pueblo; a este fin organizó en 1901 una unión de trabajadores industriales en Moscú y, por tanto, en otras ciudades, con el consentimiento del zar, el vacilante consenso del ministro del Interior, la entusiástica cooperación del gobernador general, el gran duque Sergei, y contra las violentas objeciones de los blancos y otros miembros del Gobierno.

El ministro de Finanzas, que durante años había intentado ganarse la confianza de la comunidad mercantil rusa y de los inversores extranjeros, se asustó ante la «política socialista» del gran duque y se quejó al zar de que ni Millerand ni Jaurés hubieran osado desafiar tan abiertamente el sentido común y el orden público. De los dos principales responsables de la nueva política ninguno deseaba la transformación socialista de Rusia, pero aun sus más modestas aspiraciones sociales resultaban demasiado avanzadas para los conformistas de todo tiempo y lugar y, lo más importante, parecía que ponían el sello de la aprobación oficial a las actividades de zubatovistas y marxistas. Para los obreros todo esto representaba una mínima parte de sus aspiraciones y seguramente hubieran preferido aliarse a otro combatiente, aunque hubiera sido marxista, pero que no hubiera estado dirigido y protegido por la policía secreta, que incluso imprimía sus octavillas de huelga y les permitía desafiar a sus patronos con plena impunidad.

Naturalmente, cuando se inició el experimento no se hizo ninguna men-

ción de la posibilidad de una guerra industrial. Los sindicatos de Zubatov se dedicaban exclusivamente a satisfacer de forma legal las aspiraciones y necesidades de los trabajadores a través de acuerdos con los patronos —evitando dañar la propiedad y mermar la producción— y ayudando al Gobierno en sus esfuerzos por encontrar un camino justo a los deseos de los obreros. Fundaron bibliotecas y centros de lectura, clases para adultos y sesiones socio-culturales. Pero como sus enemigos predijeron, este movimiento no hizo más que despertar nuevos anhelos y deseos de mejoras, tales como la jornada de ocho horas, un sueldo base determinado por la ley, participación en los beneficios, fondos de asistencia mutua, cambios laborales y cooperativas para los trabajadores.

Zubatov, hombre de pretensiones intelectuales, se sintió invadido por un orgullo desmesurado; en los últimos años se ufanaba de haber logrado una monarquía social, basada en una progresiva «autogestión del pueblo», dentro de entidades profesionales y corporadas, como única alternativa a la ya casi desacreditada idea de un gobierno representativo. El Gran Duque, si sus convicciones hubieran ido más allá de la preservación del orden y de su desagrado militar hacia el dinero, habría prestado atención a los sucesos de 1861, cuando un zar se puso de parte del pueblo y en contra de los poderes privilegiados. En Moscú uno de sus subordinados le dijo que la suerte de los trabajadores oprimidos por sus patronos era mucho peor que la de los antiguos siervos, por lo que su Alteza Imperial organizó una demostración frente al monumento de Alejandro II como homenaje en la que él tomó parte, y ordenó que se les pagara a los obreros el sueldo de aquel día. Fue un gesto verdaderamente digno de un gran duque pero ilegal e inoportuno.

Entre los que no compartían la confianza del Gran Duque en el efecto prodigioso y apaciguador del patrocinio imperial estaban los que se lamentaban de la anarquía reinante en las fábricas de Moscú, donde los tremendos mítines de masas obreras no conseguirían más que arrastrar a éstas lejos de su verdadero objetivo e incrementar el fermento subversivo entre sí. En el verano de 1903 se cumplieron estas predicciones cuando la policía de Odesa desarticuló una huelga organizada por un partidario de Zubatov que se sobrepasó en sus atribuciones. Después de esto, Zubatov decayó trágicamente al igual que su movimiento, no quedando más recuerdo de su existencia que la mención amarga del «Sábado Sangriento».

El 22 de enero de 1905 marcó la apertura de la Revolución. Este día una enorme concentración de trabajadores que se dirigía al palacio del zar para hacerle presente su devoción y su fe puesta en su protección, se vio disgregada por el fuego de la tropa. Los manifestantes iban dirigidos por cierto padre Gapon, un sacerdote presidente de una de las «Uniones políticas» y que hasta aquel triste momento había estado animado por el ideal de un monarquismo popular.

«En Moscú — hacía constar en 1903 el órgano principal de los liberales, publicado en el extranjero —, el jefe de policía está llevando a cabo medidas socialistas y el *Noticias de Moscú* proclama como política oficial que la autocracia... sobrepasará la era burguesa y alcanzará la época del socialismo.»

La *Zubatovschina* no era ni socialista ni, como uno de sus simpatizantes afirmaría veinte años más tarde, fascista. Era una forma de derechismo, una tácita admisión de que el Gobierno, del cual formaban parte, estaba prácticamente aislado; los deseos de este grupo eran una confusa amalgama de intentos por tratar de salir de este aislamiento, y al igual que los líderes de la oposición, empezaron a tomar contacto con las masas, que se estaban convirtiendo en un factor importante de la vida rusa. Sin embargo, los partidarios de esta «apertura a la Derecha» no pudieron dominar la administración del Gobierno ni presentar ninguna línea política coherente, dando como resultado que las relaciones entre la Derecha y el Estado, durante los años posteriores a 1905, se mantuvieran siempre tensas por parte de ambos bandos.

La caída de los sindicatos de Zubatov no puso fin a las huelgas ni al clamor popular que pedía nuevas reformas. Presionado por todas partes, envuelto en la desastrosa guerra del Japón y sumido en el desprecio general a consecuencia del «Sábado sangriento», el nuevo Gobierno intentó la vía de las concesiones. Un edicto imperial del 18 de febrero de 1905 decretaba que el ministro del Interior, Bulygin, introdujese en tareas de legislación a representantes elegidos, como consejeros de la corona, y otro edicto simultáneo establecía el derecho de todos los súbditos a ser oídos por el monarca y a sugerir todas las medidas que en su opinión contribuyeran al bienestar general; una tercera proclama imperial de la misma fecha condenaba los ataques de que habían sido objeto los estamentos religiosos y legales y pedía la ayuda del pueblo para luchar contra el desorden y la deslealtad. La naturaleza limitada y contradictoria de estos edictos dejó insatisfechos a los liberales y radicales, pero sus enemigos se sintieron protegidos.

«Sólo después de la orden de Bulygin — escribió un miembro de la Asamblea rusa en sus Memorias — pudieron los conservadores realizar públicamente la aplicación de sus ideas y preservar a Rusia de experimentos obligados y prematuros..., tomar un punto de partida para sus opiniones y... una unidad dentro de las organizaciones políticas.»

Pero ¿qué ideas u opiniones podían compartir o atender los conservadores fuera de sus restringidísimos círculos? Las grandes masas, especialmente las campesinas, eran todavía devotas al zar y no deseaban cambiar su forma de Gobierno por un Parlamento impersonal dominado por políticos profesionales, aunque esta indiferencia popular ante los objetivos políticos no significase el abandono de las demandas básicas sobre cuestiones socioeconómicas, demandas que los conservadores no podían atender. Ésta

es la razón por la que organizaciones como la «Otechestvennyi Soiuz» («La unión de la Madre Patria»), fundada en abril de 1905 por un grupo de oficiales de alta graduación, fracasaron al intentar atraerse seguidores. Durante el largo año de existencia de la Unión, ésta no presentó al público un programa político, sino que se limitó a mantener discusiones privadas, a enviar delegaciones al zar asegurándole su lealtad y pidiéndole que la amplitud dada a la Asamblea consultiva fuera restringida, desigual e indirecta. Esta defensa de la aplicación extrema de los principios de clase fue completamente ignorada por el Gobierno en favor de un sistema de votos (todavía por Estados) que diera a la supuesta masa leal campesina una representación más amplia que la que estaba dispuesta a conceder la Unión de la Tierra Patriarcal. Se eliminaron las deudas estatales y los impuestos que pesaban sobre los labriegos, aliviándose las desigualdades de ciertas minorías religiosas. Sin embargo, estos remedios débiles y tardíos no bastaron para borrar la fiebre que parecía haberse apoderado de toda la nación.

El compromiso en que se encontraron autoridades y conservadores fue expuesto con claridad por el editor y publicista del *Noticias de Moscú*, V. A. Gringmut. Venía a decir que era muy difícil cambiar a los radicales y constitucionalistas, que ninguna medida parcial sobre cuestiones económicas podría satisfacer al país; además, cualquier reforma, por necesaria que fuese, no podría ser aplicada en las condiciones actuales; sobre todo, no debían concederse cambios como resultado de la presión revolucionaria. Concluía diciendo que antes de las reformas era necesario obtener la victoria sobre el Japón y restaurar por completo la ley y el orden, y cuando esto llegase, el primer objetivo debería ser el fortalecimiento de un ilimitado poder aristocrático.

Tal exposición, publicada tres días después del edicto de Bulygin, tuvo al menos el mérito de la consistencia y la firmeza. Propuso al Gobierno, entretenido y dividido por diversas deliberaciones, una vía de acción más enérgica que por el momento ocupase el lugar de un programa político y que infundiese ánimos a los simpatizantes de la administración. Pero Gringmut tenía que haberse dado cuenta de que ni el zar ni Bulygin estarían dispuestos a aceptar su fórmula. A un Gobierno capaz de demostrar firmeza no le hace falta ninguna exhortación para ello; ni siquiera fueron capaces de demostrarla cuando finalizó la guerra del Japón. El conocimiento de este estado de cosas fue lo que empujó a Gringmut a establecer las bases del partido monárquico en 1905. Este partido, más que un movimiento político que compitiera con los otros para obtener el apoyo popular, era un grupo de presión destinado a evitar la pasividad y debilidad en la estructuración estatal; pero para conseguirlo era necesario ganarse a la opinión pública, con lo que tenía que convertirse en un movimiento político y entablar la lucha con los otros grupos, corriendo los riesgos de la confrontación pública.

El partido monárquico no llegó nunca a resolver este dilema, y fue rigurosamente lógico en la aceptación de la autocracia con todo lo que implicaba: el zar, como único legislador y representante de la nación, y una burocracia fuerte y eficiente, como brazo ejecutor de su voluntad. Su consecuencia inmediata fue la no aceptación de los principios eslavófilos como la libertad de opinión del pueblo, ya que no quería conflictos de ninguna especie con cuerpo representativo alguno, aunque éste fuera tan inicuo como la *zimskii sobor.*

Los grandes terratenientes y personajes destacados en la dirección del partido no podían haber aceptado la denuncia eslavófila de las fisuras de la sociedad rusa. Gringmut, mucho más activista que sus colegas conservadores, tropezaba con las restricciones a que le condenaba el programa del partido, y lo único que podía hacer era pedir una dictadura ejercida en nombre del zar, probablemente con la esperanza de privar a la administración de acciones decisivas. Durante algún tiempo no le quedó más remedio que limitarse a pedir de forma general demostraciones de patriotismo por parte de los leales súbditos del zar, con el ánimo de fortalecer la determinación del Gobierno y atemorizar a sus enemigos.

El número del *Noticias de Moscú* del 24 de febrero pedía que los verdaderos rusos cerrasen sus filas, acudieran a la llamada de su soberano y se unieran para luchar contra la rebelión, la traición y la locura. En el terreno práctico, les pedía que efectuasen demostraciones públicas de lealtad al monarca y que estableciesen contactos, con hombres de ideas similares, por todos los rincones del país, para unirse en nombre de la nación, del zar y de la Iglesia.

Al igual que los hongos, hicieron su aparición docenas de grupos derechistas por todo el país en la primavera y verano de 1905. Este sorprendente resultado fue debido, más que a una respuesta al llamamiento de Gringmut, a un sentimiento general de resistencia al cambio, unido a un anhelo del mismo, a una oposición a la liberalización del orden político y a un fuerte deseo de justicia social y bienestar económico por parte de los artesanos, campesinos y pequeños propietarios, que creían que sus enemigos de clase atacaban a la autocracia por motivos particulares. Los partidarios del absolutismo, reconociendo la incapacidad de sus propios medios, pensaron que sería movilizada la tropa para acudir en su ayuda. La Iglesia, la policía local y otros sectores del Gobierno apoyaban, sostenían o toleraban las demostraciones callejeras y «progroms» contra judíos, liberales, socialistas, estudiantes y demás «traidores»; también prestaban su apoyo para la confección y distribución de folletos y hojas por todo el país, esperando de esta forma desviar el descontento a otros niveles más inofensivos. Pero estas «Uniones del Pueblo», «Ligas de Lucha contra la Sedición», hermandades patrióticas y sociales, fueron, casi sin excepción, muy efímeras y, careciendo de un positivo y efectivo programa, se desintegraron rápidamen-

te. Las mismas autoridades centrales eran cautas en el uso de estas fuerzas de choque, pensando que llegado el tiempo se les podría encomendar un objetivo mejor. Sin embargo, estas bandas reaparecieron brevemente cuando el Manifiesto de Octubre garantizó una serie de libertades civiles y una Asamblea elegida con derechos legislativos; llegaron a ser conocidos como los «Cien Negros», término que se extendió a todas las organizaciones militantes de la Derecha.

Un periódico liberal acusó a los «Cien Negros» de hacer revivir los horrores de la rebelión de Pugachev, y aunque la mayoría de los conservadores temían dirigir la hostilidad de las masas contra los instruidos, acomodados y poderosos, cualquiera que fuese su política o religión, Gringmut esperaba mucho de estas manifestaciones de pasión popular. Publicó en su periódico una insinuación a la acción directa, en un manifiesto editado en febrero; a pesar de ser el defensor del «orden ante todo» y de haber condenado la violencia —como Katkov había hecho antes—, alabó los sucesos de julio como muestra de que las fuerzas vivas de la vida nacional se aprestaban a su propia defensa. El partido monárquico, en su programa del 15 de octubre de 1905, solicitaba la aplicación de medidas legales para reprimir la revolución. Gringmut, sin embargo, antes y después de dicha fecha ya pedía al pueblo su levantamiento en defensa del orden, organizaba demostraciones y quería arrebatar el dominio de las calles de Moscú a los socialistas con la ayuda de carreteros, mozos y otra gente llana.

Temperalmente, y quizá también ideológicamente, Gringmut era el personaje idóneo para abandonar la política de precaución tan característica de los conservadores y reaccionarios rusos. Al no estar enraizado en las clases altas, este derechista de la extrema Derecha (como le llamó de forma exagerada el conservador *Nuevos Tiempos*) era el hombre indicado para transformarse en demagogo y arrastrar a las masas fanatizadas con su apasionada oratoria. A su muerte, producida en 1907, había avanzado bastante en dicha tendencia, colaborando con la Derecha radical (la Unión del Pueblo Ruso), dirigiendo discursos a los campesinos en provincias y a los obreros de las ciudades; discursos que conquistaron a Katkov, Aksakov y a los más viejos eslavófilos, que se convirtieron en apóstoles de la causa nacional. Pero no logró arrastrar al partido tras de sí; sus líderes le prevenían continuamente contra los excesos populares; su programa no tenía en cuenta la demanda de reforma política, sino que era una defensa de la burocracia y de la conservación de los privilegios, lo que dio lugar a la debilitación del partido y a que Gringmut pasase a ser inofensivo.

Aun era necesario hallar la fórmula a través de la que habían de hacer sentir su peso las fuerzas unidas de la Derecha.

La «Soiuz russkikh liudei» (La Unión de los Rusos), fundada en Moscú en abril de 1905, se acercó a dicha fórmula más de lo que lo hicieran jamás el partido monárquico y sus predecesores. Aunque no obtuvo mucho más

éxito que éstos en su formación y organización y estuvo igualmente impedida por los títulos y rango de sus dirigentes, ofreció un programa y una línea política más apta para atraerse a los seguidores que las estereotipadas frases de los monárquicos. Los que formularon el programa de la Unión, en particular el editor y publicista del *Russkoe Delo* («La Causa Rusa») y el *Pakhar* («El Campesino»), Sergei Sharapov, asumieron la defensa de los intereses de la población agrícola mayoritaria, que incluía a terratenientes y campesinos: todos eran considerados parte de esa mayoría. Acogieron con alborozo el edicto imperial del 18 de febrero, viendo en él la oportunidad, para el estrato más genuinamente ruso del país, de dejar a un lado a los arrogantes burócratas, procedentes de una clase cosmopolita o de la alta burguesía; exhortaron al clero, a los mercaderes y campesinos a organizarse en gremios, asambleas o parroquias, y a unirse sobre una amplia base nacional olvidando las diferencias sociales.

Los objetivos de la «Unión de los Rusos» pueden describirse como una democracia Tory con aspecto eslavófilo. Aunque muchos, entre ellos los monárquicos, consideraban que debía preservarse a Rusia de cualquier cambio para evitar la caída bajo influencias extranjeras y lograr eliminar las que habían conseguido introducirse, la Unión consideraba los principios sobre los que se asentaban el Estado y la monarquía desde diferentes puntos de vista. Así como los monárquicos se inspiraban en el Gobierno de Alejandro III, los de la «Unión de los Rusos» lo hacían en un idealizado reino moscovita. Rusia y la autocracia eran indivisibles, pero la aceptación e incluso la afirmación de esta identidad no implicaba la aceptación automática del actual régimen burocrático que alentaba una carrera competitiva e industrial en pos del dinero, y una sociedad occidentalizada donde las clases precapitalistas no podían mantener su vida social y económica. A esta clase iban dirigidos principalmente los llamamientos de la Unión.

Los campesinos cargados de deudas, los terratenientes, los pequeños propietarios y los negociantes de provincias, tenderos, artesanos sin empleo y demás gente incapaz de encontrar un sitio en la industria, el Gobierno o las profesiones, estaban prestos a responder a los ataques de la Unión sobre los males nacionales. Eran, según la Unión, los chinovniks, antaño los sirvientes del zar y actualmente el muro entre éste y el pueblo, que mantenía al monarca lejos del último y era responsable de que no llegase a saber las necesidades de sus súbditos; la dominación de la economía agrícola por el capital internacional y el «cambio al por mayor», personificado por Witte; las elevadas tarifas industriales y el patrón oro; la pérdida de los derechos del pueblo a regir los destinos de sus propiedades y pueblos a manos de una presuntuosa concentración de poder regida por los círculos oficiales de San Petersburgo, y, como última causa de estos males, la influencia judía, que se hacía sentir en todos los sectores de la vida rusa, especialmente en la educación, en la Banca y en la prensa. Las soluciones que sugerían eran

simples como su análisis: restauración de una cerrada comunicación entre gobernante y gobernados por medio de una «Asamblea Consultiva del País», que devolvería a Rusia la verdadera autocracia y eliminaría el absolutismo burocrático e imperial que había crecido en su lugar desde los días de Pedro el Grande. El sistema financiero vigente, que favorecía a la industria y estaba sujeto al mercado internacional monetario, sería reemplazado por otro basado en *assignats* nacionales, avalado por un crédito poco elevado. Los gobiernos locales estarían libres de una excesiva tutela del Gobierno central, y la influencia estatal sobre la Iglesia ortodoxa se reduciría con la abolición del Santo Sínodo (brazo gubernamental); se restablecería el patriarcado y sería introducido, de forma local, el principio electivo del laicado; la reforma de la Iglesia sería estudiada y llevada a cabo por un Consejo (*Sobor*) que representaría en la vida religiosa a la nación lo mismo que la Asamblea del País la representaba en la esfera política, lo que daría lugar a una estrecha colaboración entre la Iglesia y el Estado. Los judíos y los pueblos no rusos de las fronteras serían expulsados y excluidos de la vida pública, no formarían parte de la comunidad nacional.

Nunca se había presentado de forma tan clara una combinación de sentimientos antiburócratas, anticosmopolitas, anticapitalistas, antisemitas y antiliberales. Cuando, por añadidura, los periódicos de Sharapov se refirieron a «los ochenta millones de campesinos» como «el pueblo», nada deseoso de poder político, de Constituciones o Parlamentos extranjeros, algunos observadores tuvieron la impresión de que un populismo de corte derechista estaba tendiendo una mano a los socialrevolucionarios.

Esta última expresión no parece cierta, por cuanto el populismo de la «Unión de los Rusos» era genuino; pero sí es cierto que era la voz más radical oída hasta entonces, y lo demuestra el hecho de que Gringmut, en su *Noticias de Moscú,* a pesar de hallar en el grupo de la Unión el más afín a él y a sus ideas, sentía alguna aprensión ante su «radicalismo» y deploraba el «liberalismo» de su programa. Ni el partido moscovita ni el monárquico compitieron con el rabioso antisemitismo de la Unión, que fue durante mucho tiempo el único movimiento que intentó ganarse los más bajos niveles de la sociedad, asumiendo un aspecto popular y militante. Organizaron la emisión de folletos y mítines públicos (en especial uno dado para trabajadores en San Petersburgo), y cuando sobrevino la huelga general de octubre apelaron a todos los ciudadanos leales de Moscú para que se reunieran por parroquias y formaran ellos mismos comités y bandas (*druzhiny*) con el fin de restablecer el orden. En noviembre se hizo el primer intento para consolidar las fuerzas de la Derecha en una conferencia a la que asistieron trescientos delegados, incluidos los pertenecientes a la recién fundada «Unión de Terratenientes» y al partido monárquico, que se había visto obligado a acercarse a los derechistas «plebeyos» o «democráticos» por temor a la revolución. Los conferenciantes estuvieron de acuerdo en solicitar del zar el esta-

blecimiento de la *Zemskii sobor* en lugar de la prometida Duma legislativa, en pedir al pueblo que pasase a ocupar el sitio de los empleados de correos en huelga y en establecer un consejo para coordinar las actividades de las organizaciones participantes.

Ninguna de estas medidas tuvo resultados concretos o positivos; llegaron demasiado tarde, cuando ya el Gobierno presidido por Witte había decidido obrar en dirección opuesta. Desde luego, había hombres en la Corte y en la Administración que desaprobaban el manifiesto de octubre de Witte, al que acusaban de habérselo arrancado por la fuerza al zar; y aunque miraban con simpatía a los alborotadores «Cien Negros», se vieron forzados a admitir que los «progroms» y la violencia era una preparación errónea para los asuntos políticos. En esta situación fundamentalmente distinta, las formaciones existentes de la Derecha estaban mal estructuradas para actuar. Su gran problema y su gran oportunidad radicaba en establecer contacto con las masas que estaban a punto de convertirse en electorado, pero para ello se necesitaban nuevas técnicas y nuevos hombres.

La fundación de la «Unión del Pueblo Ruso» («Soiuz russkogo naroda», o URP) en una sala de conferencias, efectuada por la Asamblea rusa en San Petersburgo el 22 de octubre de 1905, fue un intento por responder a estas necesidades, formando un partido «para todas las clases» de la Derecha. Un frente compuesto por los verdaderos rusos, millones de voces que se extenderían ampliamente, libres de presiones aristócratas o de los burócratas, independientes del Gobierno y de los intereses creados.

Ésta era la imagen que los propagandistas del nuevo movimiento intentaban crear, y sorprende que sus llamadas fueran acogidas con escepticismo; no faltaron opiniones de que el URP no era más que una nueva versión del zubatovismo. Sin embargo, parece ser que la jefatura de policía departamental dio permiso a este nuevo movimiento creado por un médico de San Petersburgo, A. I. Dubrovin. Ésta parece haber sido toda la intervención policial en él — sin colaborar en su formación como insinuaron algunos — para transformarlo en un órgano del Gobierno; en un principio algunos militares tomaron parte en él, pero según parece fue debido a simpatías personales y no a indicaciones de tipo oficial; e incluso la aceptación por parte del zar de un emblema del URP, donado por una delegación del partido, aparte de haberles conferido un sello de respetabilidad, no significó ninguna ventaja concreta. Sólo después de las elecciones de la primera Duma en la primavera de 1906, cuando surgió una sólida mayoría antigubernamental y no una simple manifestación derechista, la política gubernamental de Witte de no intervención en los partidos políticos fue abandonada y comenzaron a afluir fondos procedentes de «las esferas más altas» a las cajas de la Unión.

Tras la dimisión de Witte en abril de 1906, Stolypin, primero ministro del Interior y más tarde Primer Ministro, empezó a cortar los subsidios a las Derechas, incluidos los moderados octubristas. Con todo, el apoyo mi-

nisterial nunca fue la expresión de una postura definitiva, y a pesar de haber ayudado a los partidos, primordialmente para moderar el extremismo, nunca lo logró por completo.

Cualesquiera que sean las circunstancias exactas que dieron origen a su aparición —cuyos principios permanecen oscuros, como gran parte de este estudio—, amigos y partidarios concuerdan en que el URP representó un fenómeno nuevo en la escena política y no puede ser considerado como una simple variante de la reacción. Aunque es necesario admitir que ostentó las divisas tradicionales de ortodoxia, autocracia y nacionalidad y apoyaba las ideas de disciplina y orden, desarrollaba una ideología propia que le hizo entrar en colisión con sus supuestos patronos. La verdadera ideología URP radicaba en creer que el Estado ya no era un organismo sano y que sus guardianes eran incapaces de salvarlo; esta tarea competía a los verdaderos elementos rusos de la población, que no eran precisamente los que se encontraban más cerca del monarca. Sin embargo, ya sea por accidente o por designio, el rango, título o linaje aristócrata eran poco evidentes en las filas dirigentes del partido, y ninguna de sus figuras prominentes perteneció a la élite social o política del país.

El doctor Dubrovin, fundador de la Unión, era una oscura figura de antecedentes desconocidos, que abandonó —según él— la pobre (o rica) práctica de la medicina para entrar en el terreno político. Se convirtió en el líder más intransigente del partido, a pesar de su inicial acuerdo con la policía, y cuando otros unionistas llegaron a una especie de entendimiento con el poder, rehusó firmemente que el control estatal eliminara del movimiento su característica de violencia y vigilancia e insistió en que la revolución se había limitado a huir de las calles para introducirse en los palacios y mansiones señoriales. Su intransigencia le convirtió en un ser intratable, a diferencia de su compañero y futuro rival, Vladimir Purishkevich, que poseía una inteligencia más sutil y una mayor flexibilidad política, que le permitió en 1908 aceptar los cambios introducidos por el «Manifiesto de Octubre» y usar la Duma como caja de resonancia de sus opiniones. Nieto de un sacerdote de un pueblecito de la Besarabia, Purishkevich era terrateniente por categoría social, de profesión antiguo empleado oficial, autor de poesías patrióticas y groseras por vocación, y amante del escándalo. Dondequiera que hiciese su aparición, en la Duma o en un balneario alemán, era conocido inmediatamenet por sus arrebatos vulgares e histéricos, en especial contra los judíos. En la presidencia del URP se contaban además dos abogados, periodistas, un ingeniero, un lector universitario, de vez en cuando un mercader o un sacerdote, e incluso un príncipe arruinado; tipos todos ellos cuya compañía, según la opinión de Witte, rechazaba todo hombre decente.

El éxito de la «Unión de los Pueblos Rusos» comparado con el de las anteriores organizaciones derechistas, se debió en su mayor parte al carác-

ter especial de sus seguidores más que al de sus dirigentes; la composición social de los primeros es imposible de determinar con datos concretos y exactos, pero incluso sus enemigos, los marxistas, estaban de acuerdo en que además del *Lumpenproletariat,* burgueses resentidos y provincianos atrasados, también fue capaz de atraerse a los elementos genuinamente campesinos y proletarios. Nunca estableció diferencia alguna entre las dos clases y retuvo siempre su favor con la actitud estudiada de su conducta y lenguaje, su antiintelectualismo y el empleo de la demagogia social. En política también demostró que sabía ganarse el apoyo de las masas. Aunque no quería considerar al «Manifiesto de Octubre» como documento constitucional que disminuyese o limitase el poder del soberano o aprobase un régimen parlamentario, daba la bienvenida a la promesa de participación popular en política y legislación. La autocracia, como demostraba la historia del pasado, era plenamente compatible con una Asamblea compuesta por representantes elegidos entre el pueblo, de cuya asociación sólo podían derivarse la firmeza y el bienestar general. Una acción leal entre el pueblo y el poder supremo facilitaría el control de la burocracia, que se había hecho sospechosa a causa de sus inclinaciones liberales, su desprecio arbitrario por los intereses del Estado y de la nación y sus contactos con las altas finanzas.

Un ataque de frente al «Manifiesto» hubiera sido fatal para el URP, poniendo en evidencia su naturaleza firmemente reaccionaria y aislándose de las prometedoras perspectivas que se derivaban de las promesas del zar. Por otra parte, la Unión afirmaba que las libertades civiles no serían otorgadas tan irracionalmente por el soberano, ya que traerían la disolución de Rusia o el abuso de ellas por parte de los elementos subversivos, judíos y francmasones. Para combatir la perversión de las libertades rusas permitidas en el Parlamento, la Unión declaró que era necesario que todos los auténticos rusos fieles al zar y a la tierra de los antepasados, cualquiera que fuese su rango o clase, se unieran bajo los siguientes principios: la unidad e indivisibilidad de Rusia, la unión del zar y el resto del país a través de representantes elegidos por el pueblo, la existencia de una Duma con derecho a interpelar a los ministros y a controlar su conducta oficial, libre acceso al soberano, la obligación legal de rendir cuentas por parte de los empleados públicos para evitar abusos, la limitación de la representación judía en la Duma a tres diputados, la plena aplicación de las libertades civiles, garantizando su salvaguardia ante los abusos administrativos y revolucionarios, la protección enérgica de la propiedad pública y privada y tratar de evitar por todos los medios la lucha política. El URP prometía, además, trabajar a fin de mejorar la suerte de los campesinos pobres y de las clases trabajadoras en general, deplorando la dureza de las condiciones en que vivían los trabajadores industriales, y sugiriendo unas pautas legales de tarifas y horas de trabajo.

A pesar de que los acontecimientos futuros demostraron que la aceptación del «Manifiesto de Octubre» por parte de la Unión no había sido más que una maniobra táctica, en aquel momento sus dirigentes no demostraron más que la expresión de una aceptación sumisa a la voluntad imperial. Concedían la necesidad de que la voz del pueblo fuera oída en los consejos del Gobierno, aceptaron la Duma, convencidos como estaban de que las nuevas libertades repercutirían en su favor, e incluso llegaron a apoyar en determinados momentos las huelgas de trabajadores y campesinos. Una postura tal, difícilmente podía ser calificada de radicalismo, pero ofrecía un duro contraste con las inflexibles posiciones de casi toda la Derecha. Éste fue el hecho que permitió a la Unión convertirse en el más fuerte, mejor organizado y más numeroso de todos los partidos derechistas, con más de doscientas secciones, y, de acuerdo con fuentes fidedignas, con más de veinte mil miembros. Muchos que se sentían ahogados por la impotencia, inmovilismo y estrechez de otros grupos, se dirigían al URP; entre los grupos citados se encontraban el monárquico y la Unión de Terratenientes como más importantes.

En la primavera de 1907 fue reconocida oficialmente su preeminencia por parte de los demás partidos de Derecha, que en un congreso nacional de quinientos delegados, encargaron al URP de llevar a cabo la unificación y dirección. El URP se convirtió, a efectos prácticos, en sinónimo de la Derecha, con una fuerza reconocida, aparte de la policía y el ejército, como la única capaz de enfrentarse con éxito a liberales y revolucionarios.

Fue el creciente poder de los izquierdistas en la segunda Duma — abril-junio de 1907, en la que primeramente alcanzaron 124 diputados, para llegar más tarde a 216 —, y el temor que ello inspiraba, lo que provocó el rápido éxito del URP en el campo electoral (por aquel tiempo la Derecha no tenía más que 10 diputados en total) y su aceptación como cabeza de la contrarrevolución, aunque en tiempos normales ni su conducta ni su lenguaje hubieran inspirado mucha confianza en la seguridad de un aliado tan exuberante.

«Ser un conservador en estos tiempos — escribía Boris Nikolskii, uno de los pocos dirigentes intelectuales de la Unión — significa al menos ser radical y casi revolucionario.» Los oradores, periódicos y panfletos unionistas denunciaban a la Duma como un Parlamento en potencia y al «Manifiesto de Octubre», como la obra del diabólico conde Witte. Si bien los partidarios del URP acogían bien estos ataques, los menos fanáticos debían haber intentado frenar la simultánea ola de violencias que se desencadenó, formada por las algaradas callejeras de los «Cien Negros», el asesinato de dirigentes de la oposición por parte de agentes del URP y su intento de matar a Witte, «progroms» y bandas de camisas amarillas que aterrorizaron a toda la ciudad de Odesa durante tres días. Se lanzaron invectivas contra los blancos, los grandes negocios y los sindicatos; hubo demandas para

igualar el *status* legal de los campesinos con el de las otras clases, se prometió a éstos facilitar la compra de tierra adicional, y a los trabajadores la jornada de menos horas, seguro estatal y cooperativas alimenticias.

Todo esto llevó al ministro del Interior, que prestó su ayuda para pagar estos movimientos, a preocuparse ante la necesidad de escoger entre la Derecha y la Izquierda. Relata en sus memorias que ambos prometían repartir la propiedad privada entre las masas, sólo que las Derechas lo hacían en nombre de un autócrata, a quien presentaban como único representante de la nación y como el único capaz de defender al pobre.

Estas memorias no eran del todo exactas, al menos en lo que concierne a los objetivos de la Unión, pero hubo miembros de las ramas provinciales del URP que llegaron a idénticas conclusiones. Aunque el radicalismo social y económico del URP no hubiese sido tomado en cuenta, su aviso a Stolypin de que la suerte de Rusia se decidiría entre la extrema Derecha y la extrema Izquierda — «no pueden existir términos medios» — bastaba para inquietar al primer ministro, que deseaba seguir una política que le mantuviese entre el Centro y la Derecha y que le diese el apoyo de los moderados.

Las contradicciones y dificultades en las que cayó por culpa de su postura radical y la complexión genuinamente popular de sus miembros, hicieron fracasar al URP, llegando a tal punto que el Congreso celebrado en 1907 le condenó formalmente como líder de las Derechas. Cuando los delegados de la Unión y los componentes de otras organizaciones independientes, como los clubs de estudiantes y los gremios de trabajadores, discutieron el programa a adoptar, el Congreso estuvo a punto de desintegrarse. Los campesinos, espoleados por un monje fanático, Iliodor, propusieron la expropiación de las tierras privadas y pidieron que se enviara una delegación al zar con dicha propuesta; los trabajadores resumieron sus demandas y agravios en una petición que tuvo que ser censurada para eliminar de ella el tono socialista. Sin embargo, se hizo evidente la incapacidad de los dirigentes derechistas para llegar tan lejos, y evitaban por todos los medios el enfrentarse con la cuestión agraria, admitiendo solamente que era necesario el poseer más tierra, pero reservando la solución final al monarca y a los *zemskii sobor*. Al mismo tiempo, la administración deliberada sobre las medidas a tomar con el fin de impedir que la tierra pasase a manos extrañas como las de los no-rusos y judíos, y restablecer y extender unos créditos agrarios liberales. Se respetaron los pueblos-comuna como única salvaguardia contra el crecimiento del proletariado sin tierra, pero esta posición pronto fue abandonada en favor de la «apuesta por los fuertes y los sensatos» de Stolypin, lo que provocó la caída de las comunas en favor de la creación de pequeños propietarios. Sólo Dubrovin y algunos derechistas de la tercera Duma proclamaban que la destrucción de las comunas, soporte de la autocracia, serviría únicamente para alegrar a judíos y francmasones.

La resolución concluía confesando que la situación de los trabajadores

era especialmente penosa, lamentando el desempleo y las malas condiciones de trabajo en tiendas y fábricas y haciendo hincapié en la necesidad de pensiones de vejez y de la inspección y legislación de las fábricas. En la desigual batalla entablada entre el capital y el trabajo, los grandes y pequeños negocios, el Estado y la URP eran partidarios de asistir al trabajador y al artesano por medio de la organización de cooperativas, la provisión de créditos y la creación de sociedades para ayuda mutua y de una legislación adecuada. Los comerciantes rusos tenían que ser protegidos de la competencia de extranjeros y judíos, el Banco estatal debía independizarse del mercado mundial de la moneda e incluir en sus consejos directivos a una amplia representación de grandes y pequeñas firmas. Ahora bien, no indicaban cuándo se lograrían estos objetivos ni cómo estaría compuesta la legislación que los contendría. En definitiva, hay que reconocer que el establecimiento de un consumidor «genuinamente ruso» y el boicot efectuado a los judíos se revelaron ineficaces para proteger a las víctimas del capitalismo burgués y llevar a cabo la transformación de la sociedad.

Al disolver Stolypin la segunda Duma y emitir un decreto de ley electoral que reducía drásticamente los privilegios de campesinos, trabajadores y minorías nacionales, la Derecha se creyó llamada a denunciar las penurias sociales y económicas de las masas. El URP también hablaba de la necesidad de tierra para los campesinos y de la situación límite de los trabajadores y empleados (especialmente en las provincias del Oeste y Sudoeste, donde los grandes señores eran polacos y los comerciantes judíos), pero insistía igualmente en los derechos de las otras clases y en que «los sagrados derechos de la propiedad» debían ser respetados. Desde entonces, el vago anticapitalismo de la Unión se dirigió con más precisión contra los judíos, y el antisemitismo, «el socialismo de los locos» (Babel), llegó a ser su mayor arma de ataque. Su creciente conservadurismo se reflejaba en la conducta de sus 51 diputados, que componían el 11,5 por ciento de la tercera Duma (1907-1912) y que pronunciaban estridentes denuncias contra los judíos y contra la infiltración liberal en las escuelas y en la prensa, o contra los ministros «liberales» o «constitucionales»; la Duma poseía el derecho de legislación, derecho que Stolypin había jurado respetar si se revelaba eficaz. Sin embargo, casi todos se cansaron de estar siempre en la oposición y descubrieron que era bastante fácil cooperar en las tareas internas del país con la llamada Derecha moderada y con el Centro de la Duma.

Los diputados de formas violentas continuaron con su extremismo incompromisario y con sus intentos por interrumpir los procesos deliberativos mediante voces y gritos: «A mi derecha sólo hay la pared», decía Purishkevich. Pero el blanco de sus ataques experimentó un ligerísimo cambio, yendo, además de los judíos, contra las minorías nacionales, contra los detractores del ejército y la monarquía y contra todos los que querían convertir a la Duma en un Parlamento y a Rusia en un país donde todos sus ciuda-

danos gozasen de igualdad de derechos. Pero como éstas eran cuestiones que no les enfrentaban con el Gobierno, pronto trasladaron sus ataques al campo de la política exterior. En este terreno, los temores y el desasosiego ante la probabilidad de una guerra y el desagrado ideológico hacia los aliados occidentales de Rusia, junto con el resentimiento inglés por la expansión en Asia y en Oriente, sumados a los riesgos en los Balcanes en nombre de un emotivo paneslavismo, hicieron que la opinión pública mirase con menos prevención la tendencia de la Derecha a aliarse con Alemania. Como en un irónico cambio de papeles, los liberales y moderados eran ahora los herederos del paneslavismo de Aksakov y los defensores de una política rusa en Europa, en lugar de las derechas, sus legítimos descendientes.

Durante los años posteriores a 1908, el URP perdió gradualmente el dinamismo, la unidad y el atractivo para las masas, que fue su característica durante el corto espacio de tiempo en que el Gobierno recuperó la firmeza y el nervio bajo la enérgica mano de Stolypin. Sus líderes se dieron cuenta de que no podían seguir con las viejas tácticas y de que los tiempos reclamaban otras, pero no tuvieron presente que éstas no se podían conseguir sin un nuevo contenido ideológico. Los derechistas se vieron imposibilitados, como consecuencia de sus mismos éxitos, a construir sobre los cimientos colocados en los años anteriores a 1905, debido en especial a que estos éxitos los habían conseguido otras manos. Si el virtual *coup d'état* por medio del cual Stolypin cambió ilegalmente la ley electoral no consiguió que las dos últimas Dumas fueran tan flexibles como recalcitrantes habían sido las dos primeras, que se batieran en retirada las fuerzas revolucionarias, ni impedir que el zar se convirtiese poco menos que en un monarca constitucional, la Derecha, en cambio, consiguió ver aumentada considerablemente su libertad de acción. Entonces era la ocasión ideal para examinar de nuevo sus posiciones básicas —momento que había de llegar tarde o temprano—, en especial sobre los compromisos con la autocracia, sobre su íntima identificación con la ortodoxia, al menos para sus propósitos tácticos, y sobre su disgusto por un Gobierno genuinamente representativo. El URP se preparó para reclutar adeptos pertenecientes a todas las clases sociales y para dar expresión a su programa social y económico, que no pudo llevar a cabo debido a los citados compromisos. Sus perspectivas hubieran sido mejores si la revolución que tan duramente combatió hubiera conseguido una victoria más amplia. En un régimen verdaderamente parlamentario, con sus probables confusiones, vacilaciones y crisis casi inevitables, y libre de la necesidad de defender a la autocracia (lo que equivalía a defender a Nicolás II), la llamada de la Unión al orden, a la disciplina social y a la unidad nacional hubiera alcanzado mucha más resonancia.

Pero, a despecho de su intransigencia, el URP nunca rompió definitiva y completamente con el régimen gubernamental de Nicolás II ni con su carencia de seguridad en su programa político; a pesar de mantener sus

contactos con la administración, su inclinación hacia la violencia callejera, el terror individual y la demagogia social, tenían aterrorizados a los conservadores. Con todo, el Gobierno siguió ayudando al URP y después de su desaparición en 1909, continuó haciéndolo con sus sucesores, especialmente en los momentos en que disminuía el apoyo popular, al menos tratar de hacerle conseguir algo de influencia en las elecciones para la cuarta Duma (1912) y para que continuara su papel en las localidades de población mixta, donde las diferencias religiosas empeoraban las diferencias políticas existentes. Pero esta ayuda fue contraproducente para la firmeza y vitalidad del grupo, ya que le impuso las lógicas restricciones a su independencia. El Gobierno, dividido en discusiones internas, en especial a raíz del asesinato de Stolypin en 1911, ayudó al URP y aceptó su apoyo, pero con intermitencias, furtivamente y de mala gana, con lo que no logró el beneficio que de otro modo hubiera conseguido, creándose entre la oposición cierta repulsión hacia las Derechas. Esta ayuda era promovida especialmente por la persona del zar, a quien las ocasionales visitas de delegaciones de campesinos que le daban testimonio de su devoción le permitían acariciar la idea de que todavía era para su pueblo el guardián y el guía, y se sentía completamente feliz cuando veía a sus pies a los campesinos vestidos con sus típicas blusas rusas, sintiéndose seguro de que el hombre que había estrechado su mano nunca se volvería contra él. El mantenimiento de esta ilusión, que Nicolás no abandonó hasta el final, fue quizás el perjuicio mayor que la Derecha ocasionó al monarca.

Incapaz de convertirse en un movimiento de masas que impusiese su voluntad a los rectores de la nación, el URP se vio reducido en sus años de declive a hacer simple acto de presencia en manifestaciones ruidosas de festivales patrióticos, en «progroms» locales, y a insistir en el aumento de las restricciones a la población judía.

La pobreza de sus recursos intelectuales y su capacidad para el mal se vio claramente en el caso de Bielis, el Dreyfus ruso, último triunfo del URP y signo de su completa retirada, en un mundo donde los mitos y fantasías tomaban el lugar de la política. Descubiertos en 1911 en una cueva de Kiev los restos de un escolar cristiano, asesinado treinta años antes —según la creencia general— por una banda de ladrones ante el temor de que los denunciase, los fanáticos del URP consiguieron, ante un mundo asombrado, culpar del crimen al piadoso e inofensivo rabino judío Bielis y que las autoridades judiciales le encausaran. Desde las tribunas de la Duma y las columnas de sus periódicos, el URP intentó vanamente durante dos años convertir la atrocidad de Kiev en piedra de toque de la política del país, constituyendo su aceptación o rechazo el elemento catalizador que fijara el número de sus partidarios, e intentando crear una leyenda que ni ellos mismos creían y que los llevó al fracaso. La única victoria para su causa fue la obtenida sobre el Estado y la monarquía. El zar y sus ministros de Jus-

ticia y del Interior permitieron que se celebrara en 1913 el juicio, al que asistieron más de doscientos periodistas, un juicio de brujas en pleno siglo XX. Bielis fue absuelto por el jurado, pero al perseguirlo el Estado y su jefe disminuyó el respeto y afecto que todavía les quedaba.

Buscando en las leyendas medievales apoyo para los argumentos que levantaron los ánimos contra los judíos, el URP reveló su incapacidad para liberarse de la carga del pasado, y su fracaso fue el de toda la Derecha. Esta caída no se debió tanto al inadecuado radicalismo de su programa social y económico como a su falta de universalidad y de amplitud de renuncia o de ideales que hubiesen podido atraer a los jóvenes, desorientados, con una vaga esperanza o expectación. Todo movimiento, aunque no esboce claramente el futuro, debe al menos dar esa impresión. El paneslavismo, si hubiera podido obrar en las mismas condiciones que el URP lo habría logrado, pero tras la derrota a manos del Japón y los sucesos de la revolución de 1905, los derechistas dieron marcha atrás, tal como había hecho la generación de conservadores anterior a ellos.

Lo sucedido el año 1905 les había aterrado; los llevó a desarrollar nuevas técnicas y un desacostumbrado activismo, pero ni la revolución de aquel año ni las que siguieron fueron suficientes para disolver viejas lealtades y prejuicios y obligarles a desechar las antiguas fórmulas.

Algunos hombres de la Derecha se dieron cuenta de su incapacidad; del mismo modo que muchos izquierdistas esperaban dar un salto al socialismo igualitario, muchos derechistas querían pasar directamente de un absolutismo burócrata tradicional a una dictadura nacional aclamada por todo el pueblo; pero aunque estaban dispuestos a excusar a Nicolás II, no podían hacer lo mismo con la monarquía y exponerse a levantar las energías e intereses políticos de las masas.

Este dilema fue claramente expuesto por Lev Tikhomirov, antiguo revolucionario y creador de un corporativismo derechista, único teórico social que las Derechas pudieron presentar. A despecho de su horror por la violencia, ya fuera de la Derecha como de la Izquierda, y su renuncia a declararse de ningún movimiento concreto, dirigió discursos derechistas y escribió para una serie de panfletos y periódicos de la misma tendencia, esperando que una iniciativa desde abajo encontrase una respuesta positiva desde arriba y se restableciera la confianza y la íntima comunicación entre el poder supremo y la nación, entre la autocracia y el pueblo ruso, expulsando, al menos, a la burocracia absolutista de corte occidental impuesta por Pedro.

Pero se encontraba con que el Gobierno no sólo no existe sino que parece incapaz de existir. Así, cuando la nación está en peligro, hay que salvarla desde abajo..., pero esto es difícil de conseguir sin que medie una matanza. Es decir, una revolución. Desde luego, la única solución parece ser un *zemskii sobor* que podría convertirse

en una Asamblea nacional. Pero esto es más difícil de conseguir que la creación de un gobierno zarista (léase, una verdadera autocracia) y nuevamente daría como resultado un único acontecimiento: la revolución.

Una dictadura o una revolución nacional eran imposibles en un país que aún no había pasado por la experiencia de una revolución liberal, donde las clases medias todavía no estaban lo suficientemente desengañadas del liberalismo o del temor de que la Izquierda se dirigiese a la Derecha, donde los conservadores, después de 1907, acudían de nuevo al Estado para tratar de conseguir su protección y donde la Derecha se encontraba incapacitada —por ley, por historia o por su propia timidez— para desarrollar y mantener una actividad y existencia independientes. Por todas estas razones la historia de las Derechas rusas no es más que la suma de un potencial frustrado, que nunca aprendió la lección de sus congéneres, especialmente de los alemanes, a cuya nación huyeron muchos derechistas después de la victoria bolchevique, transmitiendo la experiencia de su breve apogeo y de su largo fracaso al incipiente nacionalsocialismo.

BIBLIOGRAFÍA

En la literatura histórica de Rusia, ni la Derecha, tal como la definimos aquí, ni el conservadurismo tradicional han recibido demasiada atención. Algunos de los mejores estudios sobre el tema han sido hechos muy recientemente y por eruditos no rusos. El mejor tratado del pensamiento social y político es todavía *Spirit of Rusia, de* THOMAS G. MASARYK (Londres, 1915; Nueva York, 1955), 2 vols, y *Russian Political Thought* (Nueva York, 1964), de V. UTECHIN, que es demasiado esquemático, pero sirve ocasionalmente para nuestro propósito. El *Karamzin's Memoir on Ancient and Modern Russia* se puede obtener en versión inglesa del profesor RICHARD PIPES (Cambridge, Mass., 1959), que hace una excelente introducción al conservadurismo y a Karamzin. *Russia and the West in the Teaching of the Slavophiles* (Cambridge, Mass., 1952), de NICHOLAS RIASANOSKY, es un excelente resumen de la eslavofilia y su influencia en la Derechah. Dos obras sobre las dos figuras principales del movimiento son: *A. S. Xomjakov* (La Haya, 1961), de PETER CHRISTOFF, y *Tribune of the Slavophiles: Konstantin Aksakov* (Gainesville, Fl., 1962), de EDWARD CHMILIEWSKI. Encontramos a Pogodin y Triutchev en *Nicholas I and Official Nationality in Russia* (Berkeley y Los Ángeles, 1959), de RIASANOVSKY. La dificultad de clasificar a Katkov está resuelta por el título de un artículo de MARC RAEFF: «M. N. Katkov, un reaccionario liberal», *The Russian Review,* XI (1952). En Francia existe una biografía, no muy satisfactoria, sobre él: *Michel Katkov et son époque* (París, 1897), de G. LIWOFF. De Iván Aksakov sólo hay en Inglaterra una tesis doctoral sin publicar (Berkeley, 1962), pero que pronto aparecerá como libro (Harvard University Press), de Stephen Lukashevich. Sobre el paneslavismo en general, véase: *Pan-Slavism; Its History and Ideology* (Notre Dame, 1953), de HANS KOHN, *y The Emergence of Russian Pan-Slavism 1856-1870* (Nueva York, 1956), de MICHAEL B. PETROVICH. De Skovelev y los paneslavistas

rojos trata *Russische Gestalten* (Heidelberg, 1940), de WALTER GÖRLITZ, y *The Mind of Modern Russia* (Nueva Brunswick, 1955), del profesor KOHN; contiene extractos de escritos de eslavófilos y paneslavistas.

La desconfianza conservadora del nacionalismo dinámico está expuesta de modo muy claro en el «Die russisch-nationalen Tendenzen der achtziger Jahre» en *Das Nationale als europäisches Problem* (Gotinga, 1954), de REINHOLD WITTRAM. El nacionalismo como factor de política interna está tratado en *Conservative Nationalism in 19th Century Russia* (University of Washington Press, 1964), de EDWARD C. THADEN.

Aunque desde nuestro punto de vista, ni Pobedonostsev ni Konstantin Leontiev pertenecen a la Derecha, pertenecen a lo que normalmente se considera como tal y ayudan a marcar las subdivisiones de la misma. Están tratados en la obra del mismo POBEDONOSTSEV, *Reflection of a Russian Statesman* (Londres, 1898), donde ataca sin comprometerse al liberalismo y al modernismo. De entre otras obras secundarias, las más importantes son las que siguen: «Pobedonostsev and the Rule of Firmness», *Slavonic and East European Review,* XXII (1953), de A. E. ADAMS, y «Pobedonostsev's Religious politics», *Church History,* XXII (1953), del mismo; «Pobedonostsev's Conception of the Good Society», *Review of Politics,* XIII (1951), de R. F. BYRNES, y «Pobedonostsev and Pan-Slavism», *Russian Review,* VIII (1949), de W. B. WALSH. Hay una biografía en alemán de Leontiev: *Von Hellas zum Möchtum* (Ratisbona, 1948), de IWAN KOLOGRIWOFF, y un artículo en inglés: «Leontiev on Nationalism», *Review of Politics,* XVII (1955), de H. H. CLOUTIER.

La *Zubatovshchina* fue descrita por el general A. I. Spiridovich en París, en un periódico de emigrados, de tendencias fascistas, como el intento de crear un fascismo ruso; el periódico se llama *Mladorososskaia Iskra,* y los números que interesan son el del 15 de noviembre de 1933, el del 25 de febrero de 1934 y el del 22 de abril de 1935. Para otros informes de Zubatov y su labor, véase *Geschitche Russlands* (Berlín, 1939; Braz, 1961), de KARL STAEHLIN; «The Zubatov Idea», *American Slavic and East European Review,* XIX (1960), de KIRIL TIDMARSH, y «Police Socialism in Tsarist Russia», *Review of Politics,* XVII (1955), de S. D. BAILEY.

Los acontecimientos posteriores a 1900 y la aparición de los movimientos derechistas están descritos en mi «The Formation of the Russian Right, 1900-1906», *California Slavic Studies,* III (1964), y «Was there a Russian Fascism? — The Union of People», *Journal of Modern History,* XXXVI (1964), ambos conteniendo plenas referencias a la literatura rusa. Un breve resumen de los movimientos derechistas, sus programas y cohesión, lo encontramos en «Die Russischen Rechtsparteien, 1905-1917», *Russland Studien, Schriftenreihe Osteuropa,* n.º 3 (Stuttgart, 1957), de HORST JABLONOWSKI, que describe las tendencias derechistas de la política exterior después de 1905 en «Die Stellungnahme der russischen Parteien zur Aussenpolitik der Regierung», *Forschungen zur Osteuropäischen Geschichte,* V (Berlín, 1957). *The Reactionary Tradition in the Election Campaign to the Third Duma* (Oklahoma State University Publication, vol. 59, 1962), de ALFRED LEVIN, aunque presenta algunas divergencias con el presente ensayo, contiene un valioso material sobre la conducta y llamamientos de la Derecha en 1907.

RUMANIA

EUGEN WEBER

La actividad política, en el sentido actual de la palabra, se desarrolló en tierras rumanas de forma bastante diferente a la de los países occidentales. Las regiones que forman la actual Rumania están situadas en lo que durante siglos fue camino de paso de invasores seculares y campo de las ambiciones expansionistas de los grandes imperios, por lo que el país vivió durante siglos bajo la dominación extranjera. Algunas provincias, como Transilvania, estuvieron bajo el dominio directo de los Habsburgo; otras, como Moldavia y Valaquia, fueron Estados súbditos de Turquía y más tarde de Rusia, regiones extremas de contención, donde los ejércitos acampaban, luchaban o cruzaban, o bien sujeto de explotación de unos dominadores extranjeros que le exigían madera, grano o impuestos.

A comienzos del XIX, los dos principados, el de Moldavia al norte y el de Valaquia al sur, de donde saldría el reino, estaban bajo dominio turco. Durante un siglo habían sido gobernados por los déspotas «fanariotas» (griegos de Fanar, región de Constantinopla), que habían obtenido sus privilegios de la Sublime Puerta y pasaron el breve período de su reinado recogiendo los tributos obligados de sus súbditos.

La inmensa mayoría de éstos eran campesinos oprimidos por los impuestos y por el excesivo trabajo, y gobernados por la *boierime* o nobleza terrateniente, cuyas familias más importantes eran de origen griego, ya que la antigua nobleza rumana había desaparecido o declinado. No puede hablarse de clase media alguna; las ciudades eran simplemente grandes pueblos de mercados y la clase de comerciantes era rural o semiurbana, cuyas actividades, bastante negativas y con reminiscencias de los siglos XV y XVI, estaban destinadas a fracasar completamente bajo condiciones modernas.

A finales del siglo XVIII se establecen en los principados representantes de potencias extranjeras: primero de Rusia y Austria, y después de Inglaterra, Francia y Prusia. Su presencia atrajo a comerciantes extranjeros: judíos, griegos, armenios y búlgaros, que prosperaron bajo su protección. Hacia 1830 la eliminación de las restricciones que pesaban sobre el comercio llevó a la destrucción de las viejas y exclusivas corporaciones artesanas y

comerciantes. El extranjero, exento de ciertos deberes e impuestos y apoyado por su cónsul, se beneficiaba, en muchos aspectos, de una mentalidad comercial más al día, llegando a disfrutar de tales ventajas que algunos rumanos deseaban fervientemente obtener nacionalidad extranjera como único medio para prosperar comercialmente. Los gobiernos extranjeros no abandonaron los privilegios concedidos a sus súbditos hasta 1882.

La desintegración de las antiguas formas y estructuras que acompañó a estos acontecimientos no hizo, como podría presumirse, que hiciese su aparición y se desarrollase una nueva clase media rumana; la clase media, situada entre las masas rurales, cuya posición se hizo muy precaria debido al impacto del libre comercio y a la presión de los *boieri,* grandes y pequeños, estaba compuesta en su mayor parte por judíos inmigrantes de la Galitzia, comerciantes extranjeros y pequeños negociantes. La burguesía, que en los países occidentales jugaba un papel tan importante en la política y en el pensamiento, no existía. Los primeros movimientos revolucionarios fueron dirigidos e influidos por los griegos, como resultado de las luchas de éstos por su independencia a principios del siglo XIX. La primera revolución genuinamente rumana fue dirigida por los *boieri,* siendo su propósito más inmediato liberar al país de la dominación extranjera; de ahí se pasó en seguida a luchar contra la explotación exterior, cuyos odiados representantes vivían entre ellos.

Los nacionalistas rumanos no sólo tenían que combatir contra sus opresores, los turcos, sino contra los griegos que querían envolverlos, junto con los demás pueblos balcánicos, en sus propias luchas, y contra los rusos, cuya solicitud por las dificultades de sus hermanos cristianos se parecían mucho a un deseo de anexión.

Un siglo antes de la independencia, las tropas rusas ocuparon y dominaron durante veintiún años los principados, pero su influencia perduró hasta mucho más tarde. Fue un ilustrado gobernador ruso, el conde Kiselef, empapado de ideas volterianas, quien dio a Moldavia y Valaquia su primer instrumento constitucional: el Reglamento Orgánico de 1830. Pero si la dominación amenazaba por el Este y por el Sur, la esperanza venía del Oeste, adonde iban a estudiar jóvenes *boieri* y de donde volvían con ideas del siglo liberal.

«Tú que yaces sin reposo y sin sentido —escribía Vasile Alecsandri en 1848—, ¿no oyes, procedente de las profundidades, esta voz triunfante que te llama?» Esta voz era la de París, que, sacudiéndose las cadenas y retorciendo de nuevo las entrañas del continente, anunciaba la venida de un nuevo orden, o según la opinión de los que habían nacido con el siglo, un mundo nuevo y mejor. El tradicionalismo romántico y el nacionalismo llegaron a Rumania procedentes de Francia, no de Alemania, y sus doctrinas liberales y nacionalistas inspiraron a la generación que rondaba el medio siglo; fueron los hombres que unieron a los dos principados, liberaron a

los siervos, soñaron y ganaron la independencia y colocaron a un príncipe occidental sobre el trono de la nación. Desde entonces el folklore nacional proporcionaría la base de conciencia rumana, y el campesinado, la figura básica del mito nacional y de su sociedad y economía.

Pero la realidad distó mucho de la teoría. Dando al campesino únicamente sobre el papel lo que legalmente se le debía, pareció que las clases gobernantes quedaban eximidas de dárselo en la realidad; el liberalismo que provocó e inspiró el movimiento por la independencia política también permitió expoliar y explotar al campesino por el método del *faire passer,* aprovechándose de su ignorancia y de su situación indefensa.

En Rumania, como en todo el mundo contemporáneo, el liberalismo subordinó las ideas de justicia social a los principios de libertad económica y política. Los liberales aceptaban las reformas y la intervención estatal cuando éstas favorecían a sus intereses. Estaban prestos a hacer uso del Estado como instrumento de occidentalización, al igual que estaba sucediendo en Rusia, pero ellos operaban desde fuera sobre masas sin voluntad, afectadas por un proceso que otros manejaban, pero el campesino, metido en su bucólica choza, cargado de miseria y proverbios, de derechos y de deberes, bajo un nuevo Estado que «le impuso el pago de los impuestos y le arrebató a su hijo para hacer de él un soldado» (1), lo mismo que para los antiguos campesinos, alistados ahora al servicio de la modernización ferroviaria, en las instalaciones de gas, fábricas y trabajos portuarios, las nuevas técnicas aparecían como fuerzas extrañas y extranjerizantes.

El proletariado de los países occidentales participó en la revolución industrial, no sólo con su esfuerzo, sino con sus inventos; compartió la base cultural, las habilidades y el lenguaje de sus patronos; en Rumania, lo mismo que en Argelia o Perú, el patrón y el trabajador pertenecieron —unas veces teórica y otras prácticamente— a naciones diferentes, con el obrero siempre en la postura de explotado y nunca como participante en el proceso de industrialización.

La modernización trajo unas instituciones al estilo occidental, que, mezcladas con las nativas, dieron extraños frutos.

Algunos de ellos resultaron amargos. La modernización vino a significar colonización. En la *Romanian Encyclopedia* (vol. III, Bucarest, 1938) pueden leerse estas tristes palabras: «Todos los artículos manufacturados vienen de Austria y Prusia..., nuestros bienes se compran a muy bajo precio, como si procediesen de una colonia...». Inmediatamente hicieron su aparición firmas francesas y británicas, que, compitiendo con las alemanas, ga-

(1) Acotado de Leften S. Stavrianos: «La influencia del Occidente en los Balcanes», de *The Balkans in Transition,* editado por Charles y Barbara Jelavitch, Berkeley y Los Ángeles, 1961. Todo el ensayo es digno de ser leído y a él nos referiremos frecuentemente en esta obra.

naron terreno rápidamente. Pero esto no cambió el hecho de que, «siendo una colonia, de forma clara o solapada, este fatal proceso no sólo mantiene la vida nacional en un estado de pobreza, explotación y esclavitud, sino que implica también una servidumbre política, que ahoga cualquier intento por conquistar un lugar adecuado en el mundo».

Los viajeros procedentes del exterior también hablaban del país en un tono semejante, «como si fuera una colonia». En 1876 un experto austríaco mostraba muy poca fe en la capacidad de los rumanos para desarrollar una industria por sí mismos:

> El rumano de la clase baja, a despecho de su inteligencia y habilidad naturales, es poco apto para una labor industrial persistente porque carece de perseverancia, de amor al trabajo y de espíritu de empresa, y porque su condición física, condicionada por el clima, no le ayuda. Otra prueba de que el rumano no sirve para otra clase de ocupación que no sea la agricultura reside en el hecho de que cualquier clase de comercio o profesiones ciudadanas son desempeñados por extranjeros que inmigran desde los países vecinos...

«El desarrollo económico será difícil — añadía el experto — porque solamente trabajan realmente los extranjeros. Sólo será posible cuando el país esté libre de ellos.» «Ellos son la cabeza del Estado — escribía el historiador y economista B. P. Hasdeu en 1871 —, extranjeros en el Ministerio, en el Parlamento, en la magistratura, en el foro, en la medicina, en las finanzas, en el comercio, en la publicidad, en los empleos públicos, extranjeros arriba, abajo y en todas partes; el rumanismo está por venir.»

Los extranjeros más odiados a causa de su idioma y de su vestimenta eran los judíos, especialmente numerosos en Moldavia. No se encuentra una intolerancia que haya que destacar en el pasado rumano ni en materia religiosa ni en el antisemitismo como tal, con sus *ghettos* y asesinatos. El antisemitismo no apareció hasta el siglo XIX, como combinación de intereses nacionalistas y económicos. Uno de sus primeros propagandistas, D. Pop Martian, hijo de un sacerdote de Transilvania, había estudiado en Viena y se hallaba influido por las ideas de Hegel y Lorenz von Stein. Establecido en Bucarest, en 1859 ya se había convertido en director de la Oficina de Estadísticas; Hasdeu, que era profesor de estadística en Yasi, capital de Moldavia, se opuso junto con el primero a la dependencia económica del capital extranjero contra la que el país luchaba, y atacaba a los judíos, no como entidad religiosa sino como poder socioeconómico.

A principios de 1822, una Constitución liberal abortada, proyectaba ciertos esbozos de medidas antijudías. En las décadas siguientes la emigración judía se incrementó; a diferencia de otros cuya fe ortodoxa les facilitaba la integración, los judíos permanecieron como nación aparte, reforzando los prejuicios de sus enemigos con los suyos propios, cuyas repetidas llamadas al apoyo occidental no lograron más que agudizar su carácter de

extranjeros. En *Les Juifs de Moldavie* (París, 1867) Ernest Desjardins expone que los judíos permanecieron extraños a la vida de la nación, evitando las escuelas rumanas, eludiendo el servicio militar y dedicándose a la usura. «La invasión judía» era la frase que estaba en todos los labios junto con la de «la cuestión judía». El poeta Alecsandri decía, escribiendo a un amigo: «Esta cuestión es de vida o muerte para nosotros...»

Había quien no estaba de acuerdo con esta postura tan intransigente. Un político declaraba en 1879 que lo que el pueblo llamaba el problema judío no era más que un problema rumano. «Los rumanos son ignorantes y perezosos. La expulsión de los judíos no los cambiará. El número de judíos no es más que el síntoma del pecado rumano: falta de educación y de actividad económica.» Un estadista conservador coincidía: «Sólo existe una manera para librarnos de los judíos: trabajar y civilizarnos». Pero estos mismos hombres desaprobaban las campañas de la «Alianza Israelita Universal» que, con sus llamamientos con el fin de asegurar los derechos constitucionales de los judíos rumanos, se enajenaban la simpatía de sus amigos rumanos (1).

De todas formas, los judíos no eran más que un aspecto del problema. A pesar de su antisemitismo, el poeta Michael Eminescu atacaba a los griegos casi más acerbamente que a los judíos («astutos pero menos corrompidos; y más honestos que esta gente»). Por todas partes, a medida que se acababa el siglo, veía Eminescu la conspiración extranjera, organizada por los hombres que habían estructurado sus ideas según el carácter de sus antepasados griegos o búlgaros o según las tendencias políticas procedentes del Sena, que habían sido adoptadas de todas partes menos de la tierra cuya lengua prácticamente ninguno de ellos hablaba; todo el orden establecido estaba colonizado por los vénetos: demagogos, improductivos, patriotas solamente cuando se trataba de su propio interés, carentes de cultura y carácter, explotadores del trabajo del pueblo, que buscaban apoyo más allá de las fronteras y formaban una vasta xenocracia.

Para salvar al país era necesaria una nueva organización social que concediese respeto y honor al trabajo y al trabajador; para lograrse tenía que ser eliminada la clase dominante, sin reparar en medios: el veneno, la soga o el cuchillo.

(1) Los observadores judíos se daban perfecta cuenta de la situación. En una carta al dirigente liberal Ion Bratianu, sacada de la *Cotropirea Judoveasca in România*, de I. C. Codrescu (Bucarest, 1870), el representante rumano de la «Alianza Israelita Universal» declaraba que a falta de una burguesía del país, en las naciones del Este de Europa los judíos habían llenado su papel social. Mientras no compitieran con nadie, no serían perseguidos, como sucedía en los países occidentales. Pero «hoy día, cuando una clase media se halla en período de formación a lo largo de las orillas del Danubio, usted mismo se verá pronto enfrentado con la exigencias antisemitas».

A todo el que acoge a los extranjeros
¡Ojalá los perros se coman sus partes!
¡Ojalá encuentre su casa asolada
y su nombre pasto de la mala fama!

Estos fueron los versos que se grabaron al pie de la estatua de Eminescu, compuestos por él, conservados piadosamente por Codreanu y recordados con fervor por los nacionalistas del siglo XX. La nación tenía que ser salvada de la corrupción extranjera, pero a expensas de unos sentimientos humanitarios; no existía verdad ni principio alguno que pudieran atentar contra la vida del Estado y de la sociedad. La suprema ley, escribió Eminescu, era «la conservación de la nación y del país, por todos los medios y a cualquier precio, aunque estos medios o vías no estuvieran de acuerdo con la civilización y el humanitarismo». En última instancia, los conceptos humanistas no eran más que una máscara tras la que se escondía Occidente para explotar a las sociedades atrasadas.

Romántico, pesimista, sentimental, nacionalista, religioso y fascinado por el folklore y el pasado de su país, Eminescu fue la inspiración de la generación posterior a la primera Guerra Mundial y se convirtió en foco del nacionalismo rumano. Su antisemitismo fue adoptado por A. C. Cuza; su espíritu antidemocrático, por Aurel Potovici (1); su populismo por Iorga, y sus teorías radicales por un discípulo de Iorga, Vasile Pârvan. Fue, como escribió acertadamente Stefan Zeletin (*Neoliberalismul,* Bucarest, 1927), la figura más importante de la reacción rumana contra la clase media.

Pero, aunque Eminescu aparezca como el nacionalista más grande de su época, estuvo lejos de encontrarse solo. Toda una serie de nacionalistas — intelectuales, poetas y periodistas — hacía causa común con él. Sus campañas culturales eran también políticas. «Tengo la alegría de luchar contra los viejos y ridículos prejuicios, en favor del establecimiento de Rumania en el camino verdaderamente nacional, y de probar que nuestro idioma se adapta perfectamente a la comedia y a la música — afirmaba uno de ellos — y confieso mi satisfacción por haber logrado, a través del teatro, hacerles la vida imposible a los griegos en el país; tanto los he ridiculizado que en la ciudad ningún hombre permitiría que su hija se casara con uno de ellos.» La afirmación era exagerada, pero la intención representaba la característica de las aspiraciones del nacionalismo rumano, y por ello se especificaba «en la ciudad», ya que las ideas revolucionarias del siglo XIX sólo se aclimataron en las ciudades, que experimentaban un lento crecimiento. Por otra parte, los jóvenes revolucionarios de aquel tiempo, hondamente inspirados por las

(1) «Desterremos el clisé de la soberanía popular — escribió Aurel Popovici —, y aceptemos la soberanía de la tierra de nuestros antepasados. Se levantan más votos desde las tumbas que de nuestras urnas.»

ideas populistas enraizadas en «el pueblo», depositario de las profundas realidades del rumanismo, tendían a expresar su entusiasmo en un plano artístico y literario. En concreto, los cambios que preconizaban, como todos los que implicaban una transformación radical de un modo de vida, eran bastante incómodos para las masas campesinas.

En 1880 la población de los principados era de 4.500.000, y en 1913 había aumentado a 7.300.000. El crecimiento de la población era considerable y, por consiguiente, la tierra cultivable empezó a escasear; monopolios ganaderos, expropiaciones, cercados e incautación de bienes, crearon lo que los socialistas denominaron la nueva servidumbre. De 1885 a 1913 se doblaron los impuestos «per cápita». Los campesinos tenían que sufragar los ferrocarriles, ciudades, calles, canales e instalaciones portuarias, todo lo que estaba al servicio de otros; y para colmo, tenían que mandar sus hijos al ejército, el más gravoso de todos los impuestos. En febrero de 1907 los campesinos del norte de Moldavia tomaron las armas en tierras que pertenecían a una organización judía; la revuelta, que se extendió como un vendaval por todo el país, a través de campos devastados y pueblos hambrientos, no pudo ser dominada hasta marzo, tras sangrientos combates. Se encuentran descripciones de la situación del campesinado y de las circunstancias que provocaron el alzamiento en novelas como *Los cardos del Baragan,* de Panait Istrati, o *Las joyas de la familia,* de Petru Damitriu. Una vez que la intervención masiva del ejército hubo restaurado el orden, de las viviendas campesinas sólo quedaban ruinas y habían muerto cerca de diez mil labriegos.

Era inevitable que los hombres, los jóvenes sobre todo, se interesaran por los problemas que afligían al país. En 1880 apareció un movimiento socialista, dirigido por rumanos que habían vivido y estudiado en Rusia y por inmigrantes judíos. Entre 1885 y 1900 parece ser que la mayor parte de los maestros eran socialistas. Sin embargo, este grupo se unió en 1889 al partido liberal en el poder y su fracaso en proporcionar una dirección radical a la política abrió el camino al nacionalismo idealista y social de unos hombres cuya solución a los problemas residía en unas medidas nacionalistas, cuyas dos figuras principales fueron profesores universitarios: un economista político, A. C. Cuza, y un historiador, Nicolai Iorga.

Educado en Francia y en escuelas alemanas, los comienzos de Cuza fueron como ateo y socialista. Pronto se inclinó hacia el nacionalismo conservador populista y tradicionalista, haciéndose hostil al liberalismo económico y demócrata. Cuza seguía la tradición económica del siglo XIX de economistas como Pop Martian (1829-1865), Petre Aurelian (1833-1909), que publicó la edición rumana de Friedrich List, de Hasdeu y D. Xenopol (1847-1920), para quienes la solución de los problemas económicos del país estaba en alentar la empresa privada, expulsar a los extranjeros que la ahogaban, luchar contra el alcoholismo y educar al pueblo. Para Cuza, en cuyos escri-

tos aparecía una especie de nuevo Drumont, todo esto equivalía a rabioso, incesante y estéril antisemitismo. Nombrado en 1901 para la cátedra de Economía Política de la Universidad de Iasi, predicó su doctrina durante treinta años en numerosas conferencias; para él la política y la economía se resolvían desde entonces dentro de la cuestión judía. A fuerza de longevidad y experiencia, creció y se extendió su influencia; la esvástica, que adoptó como símbolo con gran anterioridad a la primera Guerra Mundial, ondeó en Rumania mucho antes de llegar a ser la representación de un partido alemán. La carrera de Cuza refleja las paradojas del superficial radicalismo social; atacaba al Parlamento donde se sentaría durante medio siglo, y a la democracia que cortejaría persistentemente; a los valores burgueses que él encarnaba, a Dios y a la Iglesia a la que siempre acababa por volver, a lo Maurras, porque todo ello servía a la causa del tradicionalismo, y al radicalismo que en un principio había profesado.

En 1906, Cuza empezó a escribir para el periódico *Neamul Românesc* («El Pueblo Rumano»), recientemente fundado por el profesor de Historia de la Universidad de Bucarest, Nicolae Iorga. Al igual que otros de su generación, sus opiniones políticas estaban impregnadas de cierta conciencia social —la conciencia social de un historiador—. «La gran literatura es un producto social de un factor social —escribía en 1912— y la sociedad humana más natural es la nación.» En un manuscrito destinado a convertirse en una novela demuestra compartir los sentimientos de otros nacionalistas románticos: amor y compasión por los explotados campesinos, odio a sus explotadores (griegos) y simpatía por la nobleza rumana desplazada por los extranjeros. Pero Iorga era un hombre de más talla que Cuza, un verdadero erudito, pantagruélico en su apetito intelectual, capaz de inmensa energía y erudición. Sus obras publicadas alcanzan cientos de volúmenes y varios millares de artículos en media docena de idiomas. A principios de siglo ya casi se había forjado fama internacional.

A principios de 1900, Iorga comenzó a enviar artículos a las publicaciones conservadoras, las cuales, aparentemente, esperaban usar su nacionalismo y su talento para lograr un rejuvenecimiento conservador, como los liberales acababan de hacer al unirse a los socialistas. Sin embargo, su rumanismo como el de sus predecesores tenía un duro camino ante sí. A principios del siglo XX, los rumanos de buena familia hablaban francés, no sólo en las reuniones sino en privado; la sociedad cultivada se inspiraba en Francia, cuyas modas, literatura y maneras, copiaban, y tener una niñera francesa era marca de distinción o de pertenencia a la élite, con lo que se separaban de las masas incultas.

En marzo de 1906 las señoras de la buena sociedad organizaron un festival en el Teatro Nacional de Bucarest; a él tenía que asistir la crema de la alta sociedad, presidida por el heredero del trono y su esposa. Salvo una excepción, el programa consistía en obras francesas. Iorga vio en ello

una provocación. Sabía (y sobre ello nos da una reveladora explicación Pamfil Seicaru en *Nicolae Iorga,* Madrid, 1957) que la clase establecida ignoraba la literatura rumana, «como un inglés colonialista ignora la literatura de los negros». Dicho programa benéfico le afectó profundamente y escribió un artículo pidiendo que se boicoteara el espectáculo. Esta llamada encontró ecos inesperados entre los estudiantes, que en la noche de la representación provocaron algaradas por las calles y tuvieron que ser dispersados por el ejército.

Parturiunt montes, nascetur ridiculus mus: Las algaradas y la intervención del ejército no provocaron otra cosa que la aparición de una nueva revista, el *Pueblo Rumano,* que fue durante la siguiente década la publicación más extendida e influyente del campo nacionalista. Con todo, el *Pueblo Rumano* recibió subsidios de los grandes terratenientes y de ciertos dirigentes liberales, motivados, en parte, por la gran admiración que sentían hacia Iorga, y no menor porque su nacionalismo coincidía con sus intereses. Al igual que otros conservadores, Iorga rehusó estudiar una solución radical del problema del campo y de la reforma agraria, limitando esta cuestión a las dificultades económicas del campesino, atribuidas al alcoholismo y a la falta de organización y de educación. El *Pueblo Rumano* emprendió vigorosas campañas contra los judíos, cuyo mayor número residía en Moldavia, y contra los concesionarios (griegos) que se habían establecido en la Valaquia. Atacó a los primeros por sus prácticas usureras, por ser los dueños de todas las posadas y por llevar a la ruina a los pobres campesinos. Nada de esto dañaba a la clase establecida, al contrario, le daba conciencia y sentido de la propia seguridad al sugerir que eran otros los culpables de los males e injusticias del país.

El estilo y nacionalismo más o menos social de Iorga ganó partidarios entre la juventud, substituyendo a la ideología socialista que hasta entonces había gozado de preeminencia entre los círculos estudiantiles por un romántico nacionalismo tradicionalista que abarcó a toda la generación anterior a 1914. En 1909, Cuza y Iorga fundaron el partido «demócrata-nacionalista», constituyendo las bases de su programa el sufragio masculino y las medidas restrictivas contra los judíos. Uno de los primeros militantes del partido fue un profesor de una escuela superior de una pequeña ciudad al norte de Moldavia, Ion Zelea Codreanu, cuyo nombre encontraremos de nuevo. También en 1909, Iorga organizó unos cursos de verano en Vâlenii de Munte, que se convirtieron rápidamente en núcleo de una nueva y patriótica intelectualidad populista. Uno de sus estudiantes fue un maestro de escuela, Ion Mihalache, que fundó el partido «Campesino» poco antes de la primera Guerra Mundial; otro fue el heredero del trono, el príncipe Carol.

Rumania salió de la primera Guerra Mundial con su población duplicada, al igual que su territorio y su capacidad industrial. De los 7.300.000

habitantes, en 1919 llegó a 16.200.000. Pero en su mayor parte todavía se dedicaban a cultivar la tierra.

La economía campesina, como la de los países limítrofes, se caracterizaba por su exceso de población y su baja productividad por acre; se recogía la mitad de lo que se cosechaba en la Europa Occidental en la misma superficie. Las cuatro quintas partes de la población se dedicaban a la tierra, y aunque crecían de día en día los partidarios de una producción más beneficiosa, las escasas cosechas debido a las técnicas atrasadas no permitían el desarrollo económico. Cada vez se exportaba menos y disminuían las cosechas destinadas al consumo interior. Económicamente, los años de entreguerras fueron peores que los anteriores a la misma, máxime para las nuevas provincias occidentales (Transilvania, Bucovina y Banato), que habían estado mucho mejor bajo los Habsburgo.

El incremento de la población, tanto relativo como real, también significó un aumento sobre la tierra cultivable, pero dicho aumento sólo fue temporal debido a las reformas agrarias que siguieron a la guerra. Muchas posesiones, divididas y subdivididas entre la numerosa progenie, eran insuficientes para mantener a todos; la mitad de la población agrícola no producía lo necesario para su alimentación, lo que representaba un peso para los demás labradores y para la nación, cuyo proceso industrial era demasiado lento para poder absorberlos. El crecimiento industrial marchaba con retraso en relación con el poblacional, y el número de trabajadores en potencia era mucho más elevado que el de puestos de trabajo industrial. Todavía en 1939 la décima parte de la población trabajaba en las minas. No existía ninguna válvula de escape urbano para el exceso de población agrícola, o bien ésta era tan estrecha que la situación llegó a ser especialmente penosa en los años de la depresión.

A principios del siglo xx, unas tres cuartas partes de la población era analfabeta. En el período de entreguerras, no pasaban de los estudios elementales ni el uno por ciento de la juventud campesina. Cerca del 40 por ciento de la población analfabeta pertenecía a los pequeños propietarios, que acabaron empleándose como trabajadores manuales y sirvientes. Hasta 1920 estuvieron pagando con prestaciones personales las deudas contraídas con el terrateniente o con el tendero local. Los terratenientes cuidaban más de su prestigio social y de sus gastos suntuarios que de la modernización y explotación racional de sus tierras, en su mayoría arrendadas o regidas por un administrador.

La reforma agrícola de 1921 repartió la mitad de la tierra cultivable entre un millón y medio de beneficiarios, a quienes tocó un promedio de diez acres por persona; pero la medida fracasó por no habérseles provisto de equipo, créditos, inversiones agronómicas y consejos apropiados, que hubiesen producido una efectiva reforma. Más de la mitad de ellos no sabían leer ni escribir, y la otra mitad no poseía ni un arado ni un buey; sin una

estructura pública viable, cayeron en manos de la usura y de sus vecinos ricos. En tiempos de la segunda Guerra Mundial, el 0,7 por ciento de las explotaciones del país, oscilando alrededor de los 125 acres, cubrían el 32 por ciento de la tierra cultivable.

Entretanto, la labor de modernización para dar al Estado un fuerte ejército, una burocracia y toda una serie de servicios públicos, aumentó el peso de los impuestos, de la deuda nacional y de la dependencia del país respecto a los acreedores extranjeros. En los años posteriores a 1913, esta deuda se incrementó más del doble. «Un inmenso basurero de atraso —escribía Nicolás Spulber en el *The Balkans in Transition*— debido a la creciente presión demográfica, a la persistentemente errónea política económica, a las insuperables barreras nacionalistas que impiden llevar a cabo una provechosa cooperación y al crecimiento del progreso económico.» En el tercer volumen de la *Romanian Encyclopedia,* un destacado estadista del país describía así la estructura profesional: «Una abrumadora población agrícola, con un sistema de explotación familiar y primitivo, un nivel de industrialización pobre e insuficiente y una estructura administrativa prácticamente inexistente», de lo que resultaban unos «ingresos bajos en la población agrícola, un alto coste para los productos industriales y un ritmo lento de circulación económica e industrial, que permite la acumulación de beneficios en manos de una restringida minoría y el modesto nivel de vida de burócratas y privilegiados».

La política de entreguerras estuvo, a pesar de las apariencias, en manos de un reducido grupo de economistas pertenecientes a la clase media, educados en las universidades alemanas; sin embargo, el partido al que se afiliaron preconizaba ideas proteccionistas para la industria y el sacrificio del campesinado a los intereses comerciales e industriales. Pero la miseria de la agricultura excluía la posibilidad de expansión de un mercado internacional, y la carencia de planes racionales para desarrollar los recursos del país impedía el crecimiento de la industria o, al menos, la oportunidad de probar fortuna. Hubo una expansión de tipo anárquico, costosa y desperdiciada, a remolque de economías extranjeras. Entre 1926 y 1939, la renta «per cápita» en Bulgaria creció el 35 por ciento y el 11 en Grecia, pero en Rumania sólo el 8 por ciento.

Los obreros cualificados para la expansión industrial también eran escasos. La educación, como ya hemos visto, estaba circunscrita a las ciudades. Stephen Fischer-Galati nos dice en su documentado libro *Romania* (Nueva York, 1957) que por cada hijo de campesinos en las escuelas secundarias, había ocho niños de las ciudades; muy pocos pasaban a la Universidad y, en los años de la depresión, todavía menos. Entre 1929 y 1938 había 283.583 estudiantes en las escuelas superiores, y menos de un 10 por ciento en las restantes, e incluso para este número tan bajo era difícil encontrar plaza, ya que la burocracia, elevada numéricamente, las acaparaba

casi en su totalidad. Los maestros, muy mal pagados, eran escasos; los estudiantes y graduados rumanos, enfrentados con el problema del crecimiento de una clase ilustrada en medio de otra analfabeta, se convirtieron en un cuerpo amargado de insatisfechos crónicos, con afanes reivindicatorios, eran personas desplazadas y ambiciosas siempre prestas a engrosar las filas de cualquier movimiento radical o nacionalista que se expresara con palabras y hechos violentos. Pero, para conseguir algo, era más importante el oportunismo político que las ideas políticas: «El problema consiste —escribía Leften Stavrianos en *The Balkans in Transition*— en unirse a un partido democrático y abjurar de los propios principios políticos, o en mantener los propios principios y renunciar a una carrera política».

A principios de 1920 las posibilidades de ingresar en un partido eran bastante dudosas. «Si se mira a los dos partidos más importantes —escribía un observador de la escena política— veremos que sus miembros son intercambiables, con los conservadores apoyados en los grandes terratenientes y su clientela, y los liberales sostenidos por los jóvenes pertenecientes a la misma clase, influidos por las ideas occidentales de democracia y liberalismo.» Los componentes de estos grupos se intercambiaban programas y divisas, pero *mutatis mutandis,* permanecía lo esencial, que daría paso, con el tiempo, a las políticas futuras.

El partido conservador pasó de manos de los ricos terratenientes, que veían a Rumania como presa de sus propias ambiciones, a las de los neoconservadores nacionalistas, desapareciendo después de la guerra. El nuevo partido conservador de entreguerras fue liberal, compuesto por miembros de la alta burguesía, con poca influencia popular, pero con dominio en la esfera económica y controlando el crédito del país por medio del Banco Nacional. El Gobierno liberal permaneció en el poder durante diez de los dieciséis años transcurridos entre 1922 y 1938, pero realmente fueron los banqueros quienes dominaron la escena política en este período.

Todo esto no es más que la ilustración específica del hecho general de que la identificación entre el Gobierno y el pueblo, tan característica en la teoría política occidental, y, en ocasiones, en su estructura, no existió en Rumania bajo ningún aspecto. La actitud política característica, lo mismo que en el resto de países balcánicos, la encontramos perfectamente expresada en *The Balkans in Transition:* «El descontento hacia la autoridad, la indiferencia ante la responsabilidad civil y la aceptación de la corrupción y fracaso de la vida política es lo más normal y corriente». El poeta George Cosbuc hablaba de los *haiduci,* especie de bandoleros populares, cuyas raíces son las mismas que la leyenda de Robin Hood, en estos términos:

El haiduco del bosque
es tu amigo,
le enseñas caminos escondidos
y le ayudas hasta el fin.

Cuando salta sobre su silla
te alegra sostenerle las riendas;
cuando levanta su rifle
te alegras con él,
y cuando él sonríe,
tú ríes, porque su ataque
se dirige a tu opresor,
al que golpea y abate.

Los métodos de los haiducos eran los únicos válidos para presentar batalla a sus explotadores, pero pocos tenían valor para ponerlos en práctica.

Poco después de la guerra, las esperanzas populares se centraron en un héroe, el general Averescu, que fundó el «Partido del Pueblo» en 1918 con el fin de oponerse a la corrupción e ineficacia de los viejos partidos y llevar a cabo fracasadas negociaciones con la extrema Izquierda. Los campesinos y veteranos lo convirtieron en su ídolo porque había prometido tierras para todos; su vuelta al poder los desengañó. Averescu fue el primero de una serie de sedicentes salvadores, reformadores y hombres predestinados, que abandonaron la palabrería nacional para concentrarse en la tarea de hacer las paces con el orden al que tan fuertemente habían atacado. Lo mismo puede decirse del Partido del Pueblo, que durante mucho tiempo fue el centro de las aspiraciones de los campesinos y jóvenes reformadores. Este partido se fusionó en 1926 con el «Partido Nacional de Transilvania», moderando sus tendencias populares, y una vez alcanzado el poder en 1928, demostró que existía poca diferencia entre él y los restantes. La consecución del poder representaba una oportunidad para expoliar a mansalva, y quienquiera que gobernara, sólo lo hacía para sí mismo y para su camarilla. La política entraba en el juego de las componendas electorales de determinadas personalidades. En 1926, una ley electoral establecida por mayoría liberal aseguró unos dividendos especiales para cualquier partido que obtuviera el 40 por ciento de los votos, certificando una mayoría segura para el que «llevara a cabo» las elecciones. La medida, inspirada en una reciente ley electoral de la Italia fascista, fue atacada duramente por los nacionalistas y por los campesinos, quienes, cuando alcanzaron el poder, no realizaron ningún intento para derogarla; lo mismo sucedió con otras medidas que habían sido objeto de sus ataques.

«Todo empieza en mística y termina en política», escribió Charles Péguy. La fe en la reforma campesina, personificada brevemente por Averescu, y que había inspirado los principios del partido campesino, degeneraba en las sórdidas políticas de las antecámaras ministeriales y los comités electorales. El lugar que éste abandonaba era ocupado por otros movimientos y por otros hombres.

El más fascinante de éstos — aunque desconocido durante mucho tiempo — fue Corneliu Zela Codreanu, hijo de uno de los más fieles seguido-

res de Cuza. Su madre, Elisa Brauner, era nieta de un emigrante bávaro y su padre procedía de la Bucovina gobernada por los austríacos. Ya fuera descendiente de polacos, como indica su nombre de Zelinski, o de estirpe rumana, como afirmaba él, la resonancia extranjera de su nombre recuerda el fenómeno frecuente de líderes nacionalistas procedentes de regiones fronterizas, como Hitler, Degrelle, o grupos nacionales asimilados como Szálasi, Gömbös y Iorga.

Al abandonar el territorio austríaco, Ion Zelinski obtuvo una plaza de maestro en el liceo de Husi, pequeña población de Moldavia, donde nació su hijo el día 13 de septiembre de 1899, día de San Cornelio, el centurión romano de Cesarea, primer gentil que recibió la palabra de Dios y primer soldado cristiano; todo esto nunca dejaron de recalcarlo los admiradores de Codreanu. Tres años más tarde el pequeño Cornelius Zelinski se convertiría en Corneliu Zela Codreanu, al cambiar su padre oficialmente el nombre rumanizando su apellido polaco y añadiendo otro, sacado, según explicó él mismo, de sus antepasados montañeses (*Codru*: bosque).

Era el mayor de una familia de siete hijos. Fue educado en el culto a la patria (uno de sus hermanos se llamaba como el rey dacio, Decebal, y otro como el héroe transilvano, Horia). Otros recibieron el nombre de las provincias que aspiraban a entrar en el país (una de sus hermanas se llamaba Irredenta). De los diez a los dieciséis años estuvo interno en una famosa escuela militar, la Mânastirea Dealului (Monasterio de la Colina), establecida, como muchas escuelas y prisiones, en un antiguo monasterio. Al estallar la guerra no pudo alistarse por ser demasiado joven, pero siguió al regimiento de su padre durante varias semanas; admitido, finalmente, en la Academia de Oficiales de Infantería, se graduó cuando la guerra ya había terminado.

Es imposible calcular la importancia que tuvo en la vida de Cadreanu la escuela militar, en especial sus años de formación en la Mânastirea Dealului; allí aprendió el respeto al orden y a la disciplina; a la jerarquía y al honor — «temor de Dios y sólo de Dios» —, y un gran sentido de la unidad nacional, sin perjuicio de la fortaleza física, de las marchas y la vida al aire libre, del hábito de cantar en plena marcha y de la fascinación de los valores simbólicos como las cruces y las calaveras — la calavera de un héroe rumano se hallaba en la capilla donde los colegiales esperaban diariamente —. Nunca olvidó las palabras de un estadista conservador que les visitó: «¡Escolares y ratones de biblioteca tenemos ya más que suficientes por las costas de Dambovita, lo que necesitamos para la Rumania del mañana son hombres de carácter!» Ni las de un profesor muerto en la guerra: «En la marcha de una nación hacia delante, el papel principal pertenece a las élites, y éstas las forman hombres de carácter».

Éstas eran las lecciones que aprendió Codreanu. Un cuarto de siglo más tarde escribía en sus memorias: «Una nación no puede dirigirse a sí misma,

tiene que hacerlo la élite. Los componentes de ésta han de aceptar las ideas de sacrificio y pobreza y una forma de vida dura y severa. Donde acaba el sacrificio termina la élite revolucionaria». La nueva clase que soñaba formar «sería una aristocracia de la virtud».

Al término de la guerra la revolución roja parecía inminente; los regímenes bolcheviques habían triunfado en el Este y en el Oeste y sus ideas estaban muy extendidas entre los trabajadores e intelectuales. Codreanu libró entre 1919 y 1920 sus primeras batallas contra los trabajadores en huelga, en Iasi, donde se distinguió, en vanguardia de una liga organizada para luchar contra los huelguistas, llamada la «Guardia de la Conciencia Nacional». Junto con Constantin Pancu, líder de dicha Guardia, Codreanu intentó crear un nuevo partido, el socialismo cristiano nacional. «No es suficiente derrotar al comunismo —manifestaba—; tenemos que luchar también por los derechos de los trabajadores, por su pan y por su honor. Hemos de batallar contra los partidos oligárquicos, creando organizaciones nacionales de obreros que puedan alcanzar sus derechos dentro de la organización estatal del gobierno y no frente a él.» Más tarde afirmó que: «A la sombra de la fórmula tricolor, una clase oligárquica y tirana se instalaría sobre las espaldas de los trabajadores... y los desollaría vivos mientras se continuaba apelando a la Patria que no amaban, al Dios en quien no creían, a la Iglesia donde nunca habían puesto los pies y al ejército que los mandaba a la guerra con las manos vacías». Sin embargo, por el momento, poco se podía hacer al respecto.

El socialismo cristianonacional no ganó terreno; Averescu llegó al poder y el antibolchevismo renunció a los servicios de los aficionados. Codreanu volvió a sus estudios y en los años siguientes su actividad estuvo limitada a investigaciones políticas.

Codreanu presentó las huelgas de 1919-1920 como obra de obreros rumanos dirigidos por líderes judíos pertenecientes al partido comunista y de las conferencias de Cuza en la Universidad de Iasi sacó su teoría de una conspiración judía internacional contra la humanidad en general y contra Rumania en particular. Su nacionalismo se centró en tres objetivos: comunismo, judaismo e irreligión, temas todos que le afectaban en lo más profundo de su fe, de su religiosidad y de su patriotismo. Junto con sus amigos, y con objeto de luchar contra los liberales e izquierdistas, trató de organizar un movimiento estudiantil, primero en Iasi y más tarde en las demás universidades rumanas. Sus métodos brutales y torpes se revelaron efectivos; se establecieron militantes nacionalistas en todas las universidades y no fueron eliminados hasta el estallido de la segunda Guerra Mundial. Hacia 1923, aunque una huelga provocada por ellos consiguió mantener cerradas durante seis meses las puertas de la Universidad a pesar de la intervención del ejército, respondía diciendo que era por una buena causa. «Causamos desórdenes, es cierto —declaraba Codreanu— pero preveni-

mos el desorden mayor e irreparable que los sicarios del comunismo están preparando.» Esta prevención del peligro comunista significaba para ellos no permitir la entrada de judíos en los clubs de estudiantes ni en hoteles, estorbar e impedir sus representaciones teatrales y apalearlos junto con los izquierdistas, además de organizar algaradas para que el nuevo año académico se inaugurase con un servicio religioso.

Expulsado de la Universidad del Estado por sus actividades extraacadémicas, Codreanu fue recibido ilegalmente en la Universidad de Leyes dominada por Cuza. Se graduó en Leyes en 1922, pero no en Iasi, y aunque se le admitió en el foro en virtud de su diploma, no dejó de ser un estudiante cuya posición rebelde le había dificultado graduarse.

En 1923, fuera ya de la agitación estudiantil, que caracterizó los años anteriores, se formó el LANC, o «Liga de defensa nacionalcristiana», con un programa enteramente antisemita, de *numerus clausus*, que aplicaba a los judíos medidas restrictivas en las escuelas secundarias, universidades y profesiones liberales de acuerdo con su proporción en el total de la población. En seguida se unieron al LANC varias organizaciones de extrema Derecha, entre ellas «El Fascio Nacional Rumano», cuya línea es evidente, y un grupo transilvano de tendencia maurrasiana llamado Actiunea Românească (Acción Rumana). Presidida por Cuza, pero organizada en su mayor parte por Codreanu y sus amigos, la Liga pronto absorbió a muchos simpatizantes del partido nacionaldemocrático de la anteguerra y a algunos seguidores de Averescu.

En las elecciones de 1926 el LANC ganó 120.000 votos, con los que consiguió diez diputados, incluido el padre de Codreanu. No obstante, en la primavera de 1923 su propaganda no llegó a impedir la modificación de la Constitución del país, por medio de la cual se les garantizaba a los judíos la ciudadanía y los derechos políticos, a petición de los aliados de Rumania y según las bases de un acuerdo aceptado de mala gana en 1919. La mayoría de los nacionalistas se opusieron a la enmienda constitucional, pero ninguno fue más allá de la palabra. Entonces Codreanu y algunos amigos escogidos decidieron castigar a los que habían traicionado los intereses nacionales votando la propuesta. Se confeccionó una lista de todos ellos con el propósito de matarlos, *pour encourager les autres*. En el último momento fueron delatados por uno de sus miembros al que detuvieron, metieron en prisión y más tarde liberaron. «Lo que hicimos, lo hicimos por nuestro país y por nuestra fe», declararon los acusados; todos fueron puestos en libertad, menos Ion Mota, que mató al que lo había denunciado el mismo día de su salida y, detenido de nuevo, tuvo que esperar a un posterior indulto.

Recluidos en Iasi, Codreanu y sus amigos dejaron a un lado aparentemente el programa de violencias y crímenes. El camino consistía en trabajo y fe. En la iglesia de la prisión, mientras esperaba el juicio, Codreanu quedó impresionado ante la imagen del arcángel San Miguel, el santo guerrero bajo

cuya advocación desarrollaría a partir de entonces sus actividades. Una vez fuera de prisión inició en Iasi la primera de sus acciones: la FDS (Hermandad de la Cruz), para alistar a escolares, estudiantes y jóvenes de los pueblos en las filas nacionalistas. Los nacionalistas, recordando la antigua costumbre ortodoxa de llamar a los niños bautizados en la misma agua «hermanos de la cruz» y la histórica tradición de las hermandades de la cruz balcánicas, dieron el mismo nombre a su organización de sangre.

Al día siguiente de ser puesto Mota en libertad, después de cumplir la condena por haber matado al delator del complot, Codreanu le nombró presidente de la Hermandad. Hijo y nieto de sacerdotes transilvanos, Ion Mota (1902-1937) mamó el nacionalismo en el pecho materno; su padre ya había sido una figura preeminente del nacionalismo transilvano y, como él mismo dijo: «Todo el mundo era de extrema Derecha y no podíamos ser otra cosa si deseábamos conservar nuestra nacionalidad». Después de la guerra, su hijo se fue a París a estudiar ciencias políticas y leyes, pero careciendo de medios para continuar volvió a Transilvania, a la Universidad de Cluj, donde llegó a ser presidente de una asociación estudiantil, colaboradora del grupo de Acción rumana y de activa agitación nacionalista, que admiraba y conocía a Codreanu. Éste acababa de traducir del francés *Los protocolos de los ancianos de Sión,* a finales de 1923, y lo dedicó al «Cuerpo de Estudiantes Rumanos».

Los artículos de Mota tienen un cierto parecido con Péguy, pero están teñidos de un antisemitismo mucho más agudo que le hace ver la mano y el espíritu judío en toda situación desagradable (véase: «Lord Rothermere» y «La descristianización de los sajones transilvanos»). Los judíos eran todo lo que los rumanos deberían haber sido: poderosos, unidos. Esta fantasía, transferida a otro plano distinto del real, llena de aspiraciones pero desviada, forzosamente tenía que resultar atractiva.

Mejores que la mayoría publicados en el mismo estilo, los artículos de Mota contribuyeron a reflejar el romanticismo reaccionario de las publicaciones del movimiento, sus pasiones violentas, la lógica monomaníaca de los grupos de jóvenes compañeros que se sentían —como otros habían experimentado al mismo tiempo en otros países— perdidos en un mundo extraño que sumía a su país en el dolor y en el remordimiento; se ofrecieron a sí mismos para lograr el bienestar de la nación y se zambulleron en la excitación de una lucha a la que era necesario entregarse por entero. «Nuestras almas —escribía en *Cranii de Lemn* ("Cráneos de madera", Bucarest, 1937)— están todavía atadas a otro mundo más viejo y más amargo, errando sobre una vida que no es nuestra. Cuando vemos el mundo actual, lo sentimos extraño y no encontramos otra posibilidad que prepararlo para hacer revivir los días de la antigüedad e incrementar la belleza que ésta tuvo, la belleza del orden derechista rumano.» Murió en España, el mes de enero de 1937, luchando en el frente de Madrid al lado de las tropas nacionales.

Éste fue el líder byroniano que Codreanu le dio a su Hermandad; el ideal de muchos jóvenes fue una mezcla de Mota y Codreanu.

La entrada de un nuevo neófito en la Hermandad comportaba una serie de ceremonias y ritos misteriosos; reuniones en bosques y ruinas así como sesiones especiales de lectura. Se inspiraban principalmente en los *Tres Mosqueteros* y en una obra titulada *El tesoro del Samurai,* de donde sacaban ejemplos edificantes de camaradería, bravura, lealtad e iniciativa. Las ceremonias de iniciación tenían lugar en un lugar secreto, a la caída de la tarde, con acompañamiento de canciones y juramentos a la luz de las antorchas y con invocación a la muerte. «Al escogido —cuenta un miembro— se le decía que estaba entrando en un mundo aparte y se le prometía que siguiendo las enseñanzas y prácticas de este nuevo mundo se convertiría en un hombre de cualidades especiales.» Por otra parte, «al margen de los excesos de cierta exaltación religiosa, se creaba en él un fuerte deseo de alcanzar una muerte gloriosa».

El jolgorio era algo esencial en las posteriores prácticas legionarias, principalmente los cantos y el culto a la muerte. «A través de las canciones, el hombre participa en el ritmo cósmico —explicaba uno de los amigos de Codreanu—, se sumerge en los secretos del mundo, comparte lo desconocido... a través de las canciones, el hombre alcanza el nudo de la verdad, la esencia de las cosas... El estilo legionario está directamente enlazado con la canción.» Hay muchas estrofas que cantan a la muerte o a camaradas muertos:

Legionario, no temas morir demasiado joven; para ti la muerte es renacer, y naces para morir.

Se podrían multiplicar los ejemplos:

Con sonrisa en los labios miramos de frente a la muerte; escudados en ella debemos vencer o morir.

O la última estrofa de un himno del movimiento:

Sopla el viento en las aguas, moviendo los sauces, no te olvidamos, hermano, que estás siempre presente.

«El aspecto más sublime de la vida del legionario es la muerte», aseguraba de forma un tanto paradójica un semanario del movimiento (*Dacia,* 15 de diciembre de 1940). «La muerte del legionario no tiene nada en común con la muerte ordinaria. A través de su muerte el legionario alcanza la eternidad... pasando a la leyenda.» Y citaba la canción:

La muerte, sólo la muerte legionaria,
es nuestra novia;
el legionario muere cantando,
el legionario canta muriendo.
La muerte del soldado,
es nuestra boda.
El legionario muere cuando canta,
y canta cuando muere.

Todo esto suena enrevesado y probablemente lo es. Aun así, servía al propósito esencial de causar asombro en un público impresionable de jóvenes en busca de fe y de algo que temer o de algo de qué imbuirse. Un periodista italiano recordaba recientemente una entrevista que sostuvo con Codreanu y explica así su *mistica dei morti:* «El rito de contestar ¡Presente!, ante la mención de los nombres de los muertos, tomado de la práctica fascista, fue usado de tal forma que más bien parecían invocaciones mágicas»; este periodista era Julius Evola del *Il Secolo d'Italia* (24 de enero de 1964). No se descuidó ninguna forma totémica ni ninguna invocación que pudiera ser efectiva, de las que Codreanu hizo un uso muy frecuente. No contar con sus infantiles reuniones y con sus teatrales tonterías, equivaldría a eliminar una parte muy importante de su propaganda.

El romántico ritual de la Hermandad, empleado más tarde por la Legión, y el mesianismo que pronto llegaría a convertirse en el mesianismo del propio Codreanu, fueron medios efectivos de subversión revolucionaria, que liberaban a algunos hombres del sentimiento de insatisfacción producido por una sociedad que les disgustaba. Los estudiantes de la historia de África habían notado, hacía largo tiempo, la aparición de nuevas Iglesias «revivalistas», «creaciones de un pueblo sencillo e ignorante, pero con conciencia de su propia existencia, que lucha contra la aplastante injusticia y contra los benefactores cuya simpatía por los tiranos le irrita». Pero estos movimientos usaban la religión como un medio para restaurar la cohesión y el orden en las sociedades desintegradas o desintegradoras. El mesías de Ba-Kongo, por ejemplo, Simón Kimbangu, vino para restaurar el orden y la seguridad, para enmendar errores religiosos y políticos, y para canalizar las «fuerzas» sociales propiciales. Como Georges Balandier lo describe en su *Sociologie actuelle de l'Afrique noire* (París, 1963), Kimbangu insistía, sobre todo, en el culto a los antepasados y en la permanencia y estabilidad que ello implica. Fue encarcelado y condenado a muerte, pero aunque le concedieron el perdón a cambio del exilio, Kimbangu se convirtió en mártir y salvador, casi identificado con Cristo y Mahoma. La analogía entre su martirio y la pasión de Cristo es puesta de relieve continuamente por sus seguidores:

Él, a quien el Señor envió como Salvador de los negros, fue apresado por las autoridades y enviado a Elisabethville, donde fue encarcelado y esclavizado durante diez años. Entonces, las autoridades decidieron ejecutarle. Pero, inmediatamente de su muerte apareció en nuestro país. Vino a Kinzwana y Kituenge donde todos le conocían... Entonces designó a sus apóstoles y les ordenó los lugares de predicación que debían ocupar...

En cierto sentido, especialmente en la Europa oriental, los movimientos como el de Codreanu fueron reacios al culto excesivo como lo fueron al fascismo. Debemos recordar que un culto de tal naturaleza, aplicado a un hombre e insistiendo en la relación directa entre este hombre y Dios, confiere a aquél una responsabilidad de terrible naturaleza subversiva. Lo saca a un mundo irresponsable, insiste en su relación directa con Dios y lo convierte en un agente activo, teóricamente, con capacidad de elección, y en sujeto ordenador de la hora presente. Antes temía a la policía, ahora sólo teme a Dios y le obedecerá como intérprete supremo de la política; el cambio es muy importante. La transferencia de la autoridad de la sociedad al dirigente, puede ser altamente subversiva (o libertadora), como ya descubrieron los seguidores de Cristo hace muchos siglos. Ellos también sabían algo de los efectos liberadores y dinámicos del sacrificio, otra de las cosas en las que insistía Codreanu.

En el prólogo de su obra *Iphigenia* (Valle Hermoso, 1951), el profesor Mircea Eliade explica cómo la *jertfa* —el sacrificio— es una concepción arcaica de la que ya trató en una obra de guerra llamada *Commentaries to the Legende of Master Manole* (Bucarest, 1943); Ifigenia da su vida para dejar pasar a un ejército; Manole, origen de una vieja leyenda rumana, sacrifica a su esposa cuando va a colocar la primera piedra de su iglesia. El sacrificio humano parece retrotraernos a la antigua creencia de la transferencia mística del alma que pertenece al cuerpo sacrificado, con lo que no sólo se logra el alma, sino que el cuerpo se ve dotado de otro nuevo y más glorioso. Para Manole, este cuerpo sería el monasterio que iba a construir. Para Ifigenia, sería la victoria de su padre Agamenón, en guerra con Asia y Troya.

Codreanu y sus seguidores creían realmente en el valor constructivo y salvador del sacrificio, punto de vista que no podía sorprender a los cristianos, y que mantenían con fervor especial. Llevado por este ideal, Ion Mota marchó al frente de Madrid, dispuesto a morir y a ofrecer su muerte como sacrificio, en Majadahonda. El profesor Nae Ionescu expresó su creencia de que «Dios había aceptado el sacrificio de Mota para la salvación de nuestro país, como aceptó el del Cordero para la salvación de la humanidad». Todo esto poseyó la fuerza para conducir a un grupo de jóvenes totalmente desconocidos hasta el éxito, dejando su impronta en la historia del país.

La primera tarea que Codreanu se impuso a sí mismo y a los afiliados al partido, fue la edificación de la sede central, construida de ladrillos que hicieron ellos mismos y con dinero que ganaron trabajando en el campo. Pero las autoridades sospecharon que sus actividades eran menos pacíficas de lo que parecía y el prefecto de Iasi envió la policía y los gendarmes con gran despligue de brutalidad a interrumpir lo que hacían. Arrestados sin otra razón aparente que su trabajo, les ataron con sogas y fueron arrastrados a través de las calles, azotados por la lluvia y por los vergajos de la policía, humillados... no alcanzaron la libertad hasta la intervención de Cuza y de otros ciudadanos influyentes. Las palizas y las detenciones arbitrarias será un suceso normal en Rumania, pero ésta fue la primera experiencia que afectó a Codreanu. Una investigación oficial sobre las detenciones injustas y las palizas y torturas que sufrían los estudiantes no consiguió más que la destitución del prefecto, Manciu, y de sus principales colaboradores. Una serie de demandas sucesivas de los injuriados a los tribunales no obtuvo ningún resultado positivo.

Al no ser oídas sus protestas y al no conseguir ningún castigo contra los ofensores, Codreanu determinó tomarse la justicia por su mano y mató a Manciu. La opinión pública le fue favorable y al enterarse, las autoridades, decidieron celebrar el juicio fuera de Iasi, en una ciudad de Moldavia, situada en el otro extremo del país, Turnu-Severina, donde el emperador Trajano había ordenado edificar su puente sobre el Danubio. Los jóvenes, sobre todo, se manifestaron en numerosos lugares a favor de los prisioneros; los escolares les fueron a ver al patio de la prisión, y miles de folletos y carteles pusieron en guardia a la gente para que no compartiera o protegiera la injusticia. Se celebró el juicio, resultando un completo triunfo de Codreanu, seguido de grandes masas de simpatizantes que se volcaron en la ciudad, y el tribunal se vio obligado a abandonar el local por la puerta trasera por temor al público; el jurado volvió a los pocos minutos con el emblema del LANC en la solapa: los colores nacionales rojo, amarillo y azul, con la esvástica en la parte superior. Codreanu no sólo fue libertado sino reivindicado. Ya de vuelta a Iasi, los labriegos se agrupaban para aclamarle, los sacerdotes le bendecían, y al paso del tren por las ciudades del recorrido, grandes masas de gente se arremolinaban en las estaciones para saludarle con flores y canciones.

Pero las cosas no iban muy bien para el LANC. El complot de 1923 y, como colofón, el asesinato de Manciu, endurecieron las relaciones entre los antiguos nacionalistas, como Cuza, que desaprobaban todo género de violencias e ilegalidades y los amargados jóvenes profetas de la revolución nacional, dispuestos bajo cualquier precio a ponerse donde les conviniera, dentro o fuera de la legalidad. Aunque defendieran a los jóvenes, los viejos rechazaban sus métodos y esperaban que con el tiempo aquéllos descubrirían la fórmula adecuada. Por otro lado, los jóvenes dirigidos por Codreanu

y por Mota deseaban un movimiento disciplinado, organizado y uniformado en líneas semimilitares, para continuar su agitación estudiantil. Para evitar una riña abierta, Codreanu y Mota se fueron a Grenoble a continuar sus estudios, y hacia 1927, a la vuelta de Codreanu, el partido se había desintegrado en luchas intestinas y su delegación parlamentaria se había escindido en grupos rivales, acabando por desaparecer en las siguientes elecciones.

Rehusando unirse a otros grupos, Codreanu y sus amigos trataron de fundar su propio movimiento sobre las bases que Cuza había rechazado y que el LANC intentaría seguir hasta en los uniformes. Como era de esperar, a los grupos rivales antisemitas les resultó imposible competir amistosamente. Los antisemitas tenían como norma considerar como vendido a los judíos a todo aquel que no fuese judío pero que tampoco fuese su partidario. Así, una vez emprendida la lucha contra los judíos, todo el que desaprobara la «objetividad» de la contienda, sería considerado como instrumento de aquéllos, tanto si se había vendido a su oro como si lo hacía desinteresadamente. De esta forma, con el hundimiento del LANC en 1927, los grupos en que se dividió se acusaron mutuamente, plenamente convencidos de haberse vendido a los judíos. Desde entonces las relaciones entre Codreanu y su antiguo maestro, entre las blusas verdes de los legionarios y las azules de los cuzistas, fueron extraordinariamente frías.

En junio de 1927, después de haberse despedido ceremoniosamente de Cuza, él y cuatro amigos de la prisión fundaron su propia organización: «La Legión del Arcángel San Miguel», cuyos puntos principales nos describe Codreanu en sus memorias: primero, fe en Dios; segundo, fe en nuestra misión; tercero, mutua estima; cuarto, canciones que sean la principal expresión de nuestro estado de ánimo. La Legión no tenía programa —«la nación sucumbe por falta de hombres, no de programas»—, su tarea consistía en formarle nuevos hombres. «Compartamos una fe ilimitada y forcemos a todo aquel que dude», era la primera orden del día.

Quienes no hacían mucho caso de estos pequeños movimientos, lo hicieron de la advertencia y se mantuvieron apartados. Aún así, se juntaron los suficientes miembros para que saliera la revista bimensual del movimiento, *Pamântul Stramosesc* («La Tierra Ancestral»); en los meses siguientes, se inscribieron 2.568 suscriptores, creándose así su propio apoyo.

Fueron unos comienzos modestos. El grupo de amigos era joven y desconocido; Codreanu, por ejemplo, tenía veintiocho años y Mota veintiséis, a diferencia de los antiguos líderes nacionalistas del Gobierno, de las universidades y de la prensa. Pero los primeros esgrimían su juventud como elemento virtuoso, dirigiendo sus llamamientos a los miembros de las escuelas superiores, de las escuelas normales, de academias comerciales y seminarios teológicos y a los políticos e intelectuales ignorados de pueblos y ciudades. La Legión consideraba a los jóvenes como sus dirigentes ideales. Un aspecto interesante de ésta era que, a diferencia del resto de movimien-

tos, que apelaban a los veteranos de la guerra, se dirigía a los que en aquella época eran demasiado jóvenes para luchar y se encontraban separados ideológicamente de sus predecesores por su forma de ver las cosas. El movimiento de Codreanu fue una cruzada de adolescentes, separada de los conceptos vitales de sus mayores. En medio de la batalla de transformación nacional escribía uno de sus doctrinarios:

... Debemos considerar como condición esencial de nuestra victoria su simple posibilidad, todo lo posible que puede ser para nosotros, acompañándola con nuestra alma y nuestro pensamiento tal y como son (incorruptibles). No debemos intentar acomodar nuestras ideas, acciones y juicios a los de nuestros mayores... a quienes guiaban otras concepciones; nuestro ideal es diferente... Una era finaliza con la vieja generación... con la nuestra empieza otra. Somos los vanguardistas que encabezan la columna del futuro.

«El mensaje que aportó la Legión fue desdeñado y rechazado prácticamente por todos los de edad avanzada, que viven para el estómago, las distracciones y la democracia» —escribió Ion Banea—. Sin embargo los jóvenes les prestaron atención.

¿En qué consistía su mensaje?

Las causas de su aparición residían en la general desilusión ante las condiciones del país, y la incapacidad de los dirigentes del mismo para mejorarlas.

Dios está en el corazón de nuestras montañas,
pero nosotros pedimos de puerta en puerta.

Así reza un proverbio rumano. Sin embargo, las clases media y alta vivían bien; podríamos parafrasear una expresión de Talleyrand, que afirmó que los que no habían conocido cómo vivían los rumanos de antes de la guerra, no sabían lo que era la *douceur de vivre.* El país era potencialmente muy rico, la comida barata, y el Gobierno solamente cargaba los impuestos sobre las materias de exportación, manteniendo los precios en el interior a un bajo nivel, y, con ellos, los salarios, los sueldos industriales y la renta «per cápita»; Colin Clark (*Conditions of Economic Progress,* Londres, 1940), estimaba que era el de más bajo nivel de toda la Europa oriental, inferior incluso que en el período anterior a 1914. El campesino rumano comía lo suficiente, pero la naturaleza de las enfermedades que le aquejaban a causa de la desnutrición, tales como la pelagra, delatan la calidad de su dieta, a pesar de ciertas apariencias como la belleza del país y la alegría de vivir reinante en muchas comarcas, aún en las más pobres. Sin embargo, debemos concluir con Henry Roberts en que «la poco lisonjera pintura que representa la pobreza y la suciedad reinantes en el país se acerca mucho a la verdad. Las costumbres llenas de colorido y las vistosas dan-

zas de los rumanos no pueden oscurecer el hecho... de que en 1938 un niño de cada cinco moría antes de haber alcanzado el año de edad». (*Rumania,* pág. 81.)

La pobreza de la masa resaltaba más ante el bienestar de una minoría; las clases altas ostentaban un lujo exagerado, con sus clubs de juego, sus coches americanos y su moda parisién. Este extravagante e improductivo modo de vida contrastaba fuertemente con la pobreza que los rodeaba. Por lo tanto fue fácil considerarlos, tal como Eminescu había hecho un siglo antes, como extraños a la realidad y a los problemas del pueblo, como parásitos «vénetos», estériles y corruptos, que sorbían la vida del país.

Habéis venido con leyes extranjeras,
para robar nuestros enseres, canciones y pobreza,
habéis edificado vuestras propiedades encima de nuestro corazón,
robando a nuestras hijas para hacerlas vuestras rameras.

Así escribía un poeta legionario. Existe otra canción si cabe más gráfica:

Un rebaño de extraños bastardos,
una banda de crueles salvajes,
es lo que son nuestros señores,
de lo que se está lamentando la patria.

Los mayores dividendos del capital invertido en la industria pertenecía o era avalado por extranjeros. El capital extranjero poseía los dos tercios de la industria del aceite, dominaba los seguros y los negocios y controlaba los bancos. El 19 de junio de 1917 el órgano oficial *Bulletin périodique de la presse roumaine* publicó unas estadísticas que demostraban que el 80 por ciento de los ingenieros de la industria textil eran judíos; en el Cuerpo Médico del Ejército había 1.960 doctores hebreos, 460 pertenecían a otro grupo minoritario y solamente 1.400 eran rumanos; el 70 por ciento de los periódicos eran judíos y en las universidades, donde en 1925 el 27 por ciento del cuerpo estudiantil era de procedencia extranjera, había subido la proporción en 1934 a un 43 por ciento. De acuerdo con fuentes antisemitas, usadas *cum grano salis,* de los 258.000 empleados de profesiones liberales había unos 173.000 judíos, 39.000 rumanos, y el resto pertenecía a grupos minoritarios; en Bucarest, de 14.300 empleados de banca y empresas comerciales, 11.200 eran judíos y 1.964 rumanos. De 10.841 abogados, se contaban 3.066 judíos (en Bucarest había 1.390 que eran judíos y 3.375 rumanos). De 120 establecimientos comerciales en la provincia de Besarabia, 117 eran judíos. Pero en Bucarest la proporción cambiaba: de 142 tenderos, se decía que eran judíos 139.

Sean o no exactas, estas cifras causaron efecto; efecto que parecía confirmar la concentración de la comunidad judía en zonas urbanas, donde sus

cifras resultaban más aparatosas. No puede negarse que aunque sólo alcanzasen el 4 ó 5 por ciento de la población, su participación en la economía, en las escuelas y demás profesiones liberales era mucho más grande. Esto podría atribuirse a su capacidad de empresa y de trabajo, que logró debilitar las condiciones en que se movían; el complot extranjero —se decía— debe ser derrotado a toda costa; y los judíos, inasimilados e inasimilables, venían a ser prototipo de lo extranjero. Pero, a diferencia de sus congéneres de otros países, los antisemitas rumanos no condenaban a los judíos por serlo, ni por infiltrarse en la población, sino por no integrarse en ella. Legalmente, desde luego, muchos judíos eran ciudadanos rumanos, lo que no les impedía formar un grupo aparte por su religión, por sus nombres, por su solidaridad comunal y sus instituciones; hablaban casi siempre el yiddish y vestían de un modo genuino. Eran como otras minorías nacionales, pero con dos diferencias: su carencia de hogar nacional y su papel económico.

Para Codreanu y para otros antisemitas, los judíos representaban una amenaza para la nación. Los veía como un Estado dentro del propio Estado y como una vasta organización mundial por encima de todas las naciones, conspirando e intentando apoderarse del país. Sin embargo, todo este estado de opinión era el resultado de causas anteriores, y el problema judío representaba un mero síntoma de disturbios más graves. La democracia, el liberalismo y la estructura parlamentaria, eran algo foráneo y opuesto al desarrollo, a las tradiciones y a las necesidades de la nación. Horia Sima, insiste todavía en decir que la democracia no se desarrolló orgánicamente en Rumania sino que fue impuesta a una tradición muy diferente como una falacia importada de Occidente. «El Estado importado, el Estado actual —escribía la revista legionaria *Axa* el 5 de febrero de 1933— fue inventado para nosotros por los intereses económicos y políticos de las potencias occidentales... el Estado inventado continúa siendo su Estado, el de los extranjeros... y su instrumento.» Esto tenía que cambiar, había que purgar al Estado, purificar a la nación, regenerarla y hacerla volver al camino recto. Rumania se convertiría en un país grande, feliz y unido, «pero sólo cuando sus hijos lleven en el alma la misma fe, los mismos deseos y esperanzas, en una palabra, cuando el alma nacional aparezca como una unidad». Había que crear un nuevo Estado modelo —decía el Manual Legionario—, «pero el nuevo Estado presupone un nuevo tipo de hombre. Un Estado nuevo con hombres llenos de pecados antiguos es inconcebible».

Aquí residía la tarea de Codreanu y de su movimiento creado como una escuela, primero para sus miembros y más tarde para toda la nación. «Crear un movimiento —escribía en sus memorias— significa, en primer lugar, crear, generar un Estado de opinión que no se apoye en la razón sino en el alma de las masas. Ésta es la esencia del movimiento legionario.» Siendo esto así, el único programa de Codreanu era el de la regeneración espiritual. «¿Necesitáis programas? —decía el Manual—. Hay uno en cada libro. Es

mejor cuidar de los hombres. Uno puede cambiar de programa en una noche. Esto no es lo que necesita la nación; precisa hombres y voluntades para llevar a cabo lo que sea necesario.»

La empresa de la Legión no era alcanzar el poder, sino arrastrar a los hombres. Para conseguirlo. Codreanu organizó un cuerpo altamente estructurado cuyas actividades fueron reguladas de forma detallada desde una unidad básica o «nido», compuesto numéricamente de tres a trece miembros, repartidos por los pueblos, comunas y ciudades en grupos regionales.

El nido era, según palabras del Manual, una capilla donde se reunían todos los hombres que sentían lo mismo y a quienes se les enseñaba la disciplina así como a actuar para un propósito común. La disciplina y la iniciativa se consideraban como partes inseparables; se exigía alta responsabilidad desde el escalón más elevado del movimiento hasta el más bajo. «El dirigente no es un señor o un dictador que hace lo que le apetece —decía Codreanu—, sino la expresión de un consenso invisible que no hace lo que quiere sino lo que debe, inspirado no por intereses individuales o colectivos, sino por los intereses de la nación eterna...» Cada jefe tenía que probar su capacidad de mando porque no era nombrado, sino forzado a colocarse él mismo en el lugar supremo, mostrando con su capacidad y actividad que podía regir los destinos de que se encargaba. Este procedimiento tejió una red apretada y efectiva cuyos puntos de unión eran la lealtad personal, constantemente purgada por duros juicios y por una vigilancia deliberada, dirigida e inspirada por las detalladas instrucciones del Manual, que muchas veces se ha comparado con las Instituciones de San Ignacio de Loyola.

Como el Manual presenta simbólicamente, el camino del legionario hacia la cumbre del sufrimiento discurre a través de un bosque plagado de bestias salvajes, y no debe dejarse abatir por el desaliento de un peregrinaje lleno de amenazas, hondamente empapado de profundo cristianismo. El simbolismo, cristiano o de cualquier otro género, representa una parte muy importante al armar al campeón para la gran lucha entre Dios y el diablo, presentada con exagerados y espantosos acentos apocalípticos. Los líderes, naturalmente, caían en la batalla, hasta el mismo Codreanu, hombre de fina presencia y fuerte personalidad y evidentes dones espirituales. Si la magia es la posibilidad de producir ciertos efectos sin la intervención cercana de agente alguno, Codreanu gozó de un poder de atracción totémico, que no sólo hizo mella sobre sus inmediatos seguidores sino incluso sobre algunos enemigos. Para sus partidarios fue un hombre providencial a quien «el Destino envió para ser nuestro capitán; sin él nuestra generación no hubiera podido llevar a cabo su misión». «En este gigante de nuestra generación... nos encontramos a nosotros mismos —escribió alguien—, todos creemos en él, le amamos, le escuchamos y estamos a sus órdenes. Es nuestra esperanza y la de la Rumania del mañana. Somos fuertes por él, por él tememos y por él venceremos.»

Ésta era la más poderosa medicina. El culto que rodeó a Codreanu creció después de su muerte; cuando se escribía referente a él se usaban letras mayúsculas y envolvió su martirologio en una aureola de santidad. Parece ser que de este modo dio comienzo, consciente o inconscientemente, ya desde un principio. Cuando lo humilló Manciu, a quien pronto mataría, se retiró a las montañas durante seis semanas en plena soledad y los campesinos le llevaban comida. Ayunaba y oraba con regularidad y pasó frecuentes temporadas de pobreza ejemplar, sin poner los pies en un cine o en una taberna e instando a los legionarios a que se convirtieran en modelo de corrección y sobriedad. Sus últimas notas de la prisión le muestran comparando su pasión con la de Cristo y la injusticia cometida contra él con la que antes había sufrido el Mesías.

En su *Afrique Ambigue* (París, 1957), Georges Balandier describe los cultos mesiánicos congoleses, muy semejantes a éstos. Presentamos algunas de sus opiniones: «Tomemos a un hombre que deseó hacer algo por nuestro futuro. André Matswa. Sufrió y murió en prisión. Pero los lugareños continuaron llamándole "nuestro Salvador" y, llegado el tiempo de las elecciones, votaron por él. Le consideraban como el Cristo negro... Tenemos salvadores que hablan por nosotros una vez que se han puesto al lado de Dios. André Matswa y Simón Kimbagu; ellos han sufrido por los negros, mientras que Jesucristo sufrió sólo por los blancos...».

En Rumania el salvador nativo también aparecía de tiempo en tiempo para interceder y no contender con las dificultades diarias. Como todos los salvadores, Codreanu insistió en la necesidad de una fe sin vacilaciones y en una incuestionable obediencia, en los efectos corruptores de la duda, en el valor esencial del sacrificio, del martirio y de la expiación. Los líderes legionarios tenían que llevar una vida de pobreza. «Mantengámonos pobres nosotros — decía más tarde su padre —, para que la nación y la tierra sean ricos.» Otra ley fundamental era que el legionario tenía que responder de sus actos con la vida. En teoría la violencia sólo estaba justificada cuando se expiaba; muchos legionarios se entregaron después de cometer un crimen, aunque hubieran podido escapar fácilmente e incluso algunos volvían después de haber emprendido la huida.

La ley cristiana del perdón fue sustituida por otra más alta que nacía de la necesidad de defender y vengar a la nación, para lo que se necesitaba llevar a cabo acciones no-cristianas. Sin embargo, reconocían que se tenían que expiar las faltas aquí en la tierra y que éstas probablemente excluirían a sus ejecutores de la salvación eterna, aun en el caso de ofrecerse en sacrificio por el bien de la nación y de sus compañeros. La doctrina legionaria admitía que el fin no justifica los medios, «aun en caso de victoria, insistía Codreanu, se condenará quien haya usado armas diabólicas. Su pecho debe ser de hierro, pero su alma ha de permanecer como un lirio blanco». La forma de solucionar este problema era muy curiosa, y la podemos

encontrar ampliamente expuesta en las obras de exégesis publicadas después de la guerra, en particular las del macedonio Constantin Papanace, que fue durante varios años uno de los más fieles consejeros de Codreanu. Dice la doctrina legionaria: «Una vez que el enemigo usa las armas de las tinieblas, la Legión, como movimiento político, no puede ser tan rígida en la aplicación de su pureza que entorpezca su instrucción. Puede mantener la esencia moral de sus valores, pero también tiene que luchar. La única forma de hacerlo sin dar entrada a la corrupción es enfrentarse con el enemigo utilizando sus propias armas, pero sin olvidar nunca cuál es su sino y sufrir por él en su interior. Esta expiación con el sufrimiento constituye el sacrificio que restablecerá la balanza de la absoluta pureza legionaria». Papanace nos presenta también la imagen de varias compañías legionarias, que tormaban el cuerpo principal de su movimiento, cruzando un paso estrecho por donde tienen que luchar contra los enemigos escondidos en cuevas y cavernas, y donde se tienen que introducir armados para entablar combate lejos de las oscuras entradas. «Pero sus armas ya no son las armas de la luz. Han perdido su candor y su pureza; se ven obligados a luchar con las armas de la oscuridad, pero gracias a ellos la restante masa de legionarios pasa sin temor, sin haber luchado en medio de las tinieblas... Los otros (que las han conocido) tienen que expiar... Su sufrimiento servirá para todos y para el movimiento.»

Estos acentos religiosos tenían dos aspectos importantes y peculiares; eran un medio de identificación bajo el gobierno otomano, como forma inmejorable para la propia aserción nacional, y era un medio común nacionalista dirigido contra los elementos extraños internos y sus partidarios, contra «los judíos comunistas ateos» por encima de todo.

Aquí es donde se nota más la diferencia entre la situación rumana y la occidental. La mayoría de las sociedades occidentales son laicas; la religión se trata de un asunto privado o juega un papel de función secular social muy esencial. Pero la Iglesia es sustituida por las «religiones profanas», identificadas, en ocasiones, con la Patria, y en otras con un partido o un movimiento. En Rumania esta situación no existió. Codreanu apeló a la tradición religiosa muy viva en algunos sectores e hizo que cobrase actualidad en otros, especialmente entre la intelectualidad y la clase media, entre las que era muy superficial. Donde los movimientos fascistas se caracterizaban por sus sentimientos antirreligiosos o arreligiosos, el suyo era un renacimiento, o quizá más correctamente, un movimiento «revivalista» con pronunciados tonos religiosos.

Este movimiento se benefició inicialmente de la tendencia antimaterialista que en los países del occidente europeo surgió a principios del siglo XX y que llegó a Rumania al finalizar la primera Guerra Mundial. El nuevo antimaterialismo sugería, entre otras cosas, un antisemitismo «idealista y filosófico», según el cual el espíritu semita se caracterizaba por su utilitaris-

mo y por el culto a la cantidad y a la ciencia de los números. Varios profesores destacados tomaron parte en el renacimiento neoidealista, algunos de ellos y muchos de sus alumnos mostraron simpatía e interés por la Legión. El más influyente de éstos parece haber sido Nae Ionescu, quien después de estudiar en Munich desde 1913 hasta 1919 volvió para ser profesor de Lógica y Metafísica en la Universidad de Bucarest y para editar su periódico *Cuvântul* («La Palabra»), que disfrutó de gran prestigio entre los círculos intelectuales.

Las teorías de Einstein y Max Planck, que llevaron a muchos filósofos hacia el relativismo, fueron para Ionescu argumentos en favor de un nuevo transcendentalismo metafísico que redescubría la seguridad, autoridad y disciplina de Dios y de la religión. La magia de los médicos había fracasado y la hora de la metafísica había llegado, siendo inminente la aparición de la metafísica de la magia. A principios de 1920 Ionescu comenzó una campaña para el renacimiento del sentimiento cristiano y ortodoxo, insistiendo en la importancia del amor, la tradición y la naturaleza orgánica y popular de la Ortodoxia Cristiana. En su prefacio a las *Conversations* de Ionescu (Friburgo, 1951), Mircea Eliade le presenta como «el primer profesor, que, cuando el agnosticismo y positivismo todavía estaban vigentes en las universidades rumanas, enseñó la validez de la metafísica y habló con comprensión del misticismo y de la experiencia religiosa». El mismo Ionescu definió al metafísico como «el hombre que no se cuida de cómo es el mundo en general, sino de sus posibilidades»; uno se pregunta si esta insistencia sobre el dominio de la experiencia no sería un intento de escapar al menos satisfactorio dominio de cada día. Llevando esto a un plano más general podría establecerse que quizá lo que Ionescu pretendía era liberar a la filosofía rumana de su largo vasallaje a lo occidental. Eliade nos cuenta que, gracias a Ionescu, la filosofía rumana se vio libre del complejo de inferioridad que «la situaba en completa dependencia de las filosofías del Oeste». «Antes de que se sintiese interés por la experiencia religiosa en la cultura occidental, Nae Ionescu daba conferencias sobre filosofía religiosa... Para él las creaciones y los valores del espíritu eran, por encima de todo, reales.»

Sin querer poner en duda la importancia de ello (lo que ayudó a inspirar los valiosos estudios del profesor Eliade), debemos considerar si la actitud de Ionescu no fue provocada para compensar la pobreza de otras creaciones e ideas, o si su actitud no era la lógica consecuencia de una sociedad subdesarrollada dependiente de otras, dispuesta a dar pruebas de alguna creación propia y original y a demostrar que su retraso material y tecnológico era irrelevante a la luz de otros valores más elevados; que tal «atraso», lejos de ser un signo de inferioridad, es una contrapartida de superioridad en un plano mucho más relevante.

En tales sociedades la religión puede jugar un papel doble. La atribu-

ción del último y decisivo poder a Dios, libra de toda responsabilidad a los dirigentes sobre un destino inminente y distante y obliga a las masas a aceptarlo con fatalismo. Fatalismo, sin embargo, que puede obrar por otro camino, sugiriendo que la realidad de cada día es irrelevante y el mismo explotador y opresor, impotente e insignificante. El individuo que acepta la voluntad de Dios está dispuesto a ignorar la realidad humana, especialmente aquellas materias que tocan la realidad diaria o las fuerzas económicas o políticas, y a tratar de las fuerzas sobrenaturales superiores y más aterradoras que la realidad. El retorno de la religión sería de esta forma, más que una mera reafirmación de la entidad nacional y su entidad histórica, una compensación para los insultados y los injuriados. En la prisión, Codreanu se había dirigido al Arcángel San Miguel en busca de apoyo y defensa. La confianza que ello le dio podía estar basada en una disociación de la realidad diaria, y el movimiento inspirado por esto sería consecuencia directa de una alienación (política) a otra (religiosa) que le llevaría directamente al vértice de la locura.

A la muerte de Codreanu, el breve período (durante el invierno de 1940-1941) en que los legionarios alcanzaron el poder, vio un alucinante desarrollo de sus tendencias mesiánicas; el Capitán y su sucesor Horia Sima se vieron exaltados en los términos más extravagantes: «El Capitán —escribía un periódico provincial— es el maestro, el elegido de Dios, con derecho de vida y muerte sobre sus súbditos. Es el Elegido que coloca de nuevo nuestro Destino en la Historia...». «El Horia de nuestros días —escribía otro— es más alto que las montañas; tiene el aspecto de un ángel y la espada de un arcángel... viene para hacer realidad la voluntad del Capitán... Horia es el pensamiento, es la luz, la voluntad y la fuerza de nuestro brazo derecho. Creemos en Horia fanáticamente, como creemos en la muerte...»

Pero al mismo tiempo, se hacía notar que el misticismo de Codreanu no descartaba la realidad presente. Pedía honradez a un pueblo mendigo; autodisciplina y perseverancia, a una sociedad muelle; trabajo, a un país perezoso; y a una multitud exuberante y tempestuosa, temperancia y autocontrol. Insistía sin cesar, una y otra vez, en la importancia de éstas, denunciaba los fracasos, ponía a prueba a los militantes, elogiaba a los animosos, castigaba a los traidores y denunciaba su incapacidad. «Para imprimir en estos hombres la necesaria educación legionaria... Lamento profundamente que en tantos años no hayan sido capaces de comprenderme», escribía el 10 de marzo de 1933.

Lo que la mayoría retuvo de su doctrina era muy simple y representaba lo más evidente: rechazar los ideales huecos de libertad e igualdad que durante tanto tiempo les habían predicado y defender los nuevos, fe, orden, trabajo, disciplina, jerarquía y, sobre todo, acción: «No conocemos más que una ideología: la Muerte —afirmó Vasile Marín, que moriría en España con Mota—; creemos en el valor étnico de la fuerza...».

Así llegamos al problema inherente en el juicio de todo movimiento extremista, particularmente importante en éste. Entre 1924 y 1939, un recuento superficial y probablemente incompleto nos revela once asesinatos y varios atentados criminales llevados a cabo por legionarios, y 501 de ellos ejecutados por las autoridades de diversos modos. El informe de una comisión especial nombrada para investigar las persecuciones sufridas por la Legión y publicado por el general Antonescu después de ser apartado del poder por los legionarios, dice que se dio muerte a 292 sin juicio alguno desde noviembre de 1938 hasta octubre de 1939. La nueva agencia oficial alemana DNB, aseguraba, por otra parte, el 11 de septiembre de 1940, que entre abril y diciembre fueron asesinados 1.221 legionarios. Probablemente estas cifras sólo son aproximadas. Más tarde, entre septiembre de 1940 y enero de 1941, murieron varios cientos de personas, ejecutadas por los legionarios o sus pistoleros, y a su vez varios cientos de ellos fueron a su vez ejecutados o murieron luchando. Crímenes y contracrímenes parecieron sucederse a escala cada vez más ascendente hasta que estalló una especie de «Götterdämmerung» en las revueltas de enero, en un Bucarest más helado que nunca.

El recuento de violencias es tiempo perdido; pero a primera vista parece ser que las fuerzas del orden se defendieron más cruda y sanguinariamente que quienes las atacaban. Debió ser a causa de sus medios superiores, aunque Codreanu siempre había insistido (desde 1924) en la dedicación y el sacrificio, en que la no violencia aseguraría la victoria, y en que las armas eran menos importantes que la propaganda y que no era su intención alcanzar el poder por la fuerza.

La esencia de la política violenta reside en el hecho de lo que Edward Shils llama la «política de la civilidad», la cual era desconocida en Rumania, como lo ha sido en Argelia y lo es en el Vietnam. La descripción de Lenin del Estado burgués como de un monopolio de violencia y opresión al servicio de una clase económicamente dominante, retrata la situación rumana de aquel tiempo, hecho confirmado por la evidencia en muchas regiones.

Ya en 1886, Vasile Alecsandri había descrito el régimen como «una comedia estúpida interpretada por actores estúpidos ante un público ingenuo». Lo que el poeta expresó privadamente, lo dijo públicamente en 1897 un conocido político, G. E. Lahovary, en su *Histoire d'une fiction: le gouvernement des partis*. Un respetable patriota le decía a un amigo en una carta: «Sería muy difícil cambiar la situación del país legalmente, ya que la Constitución está hecha de manera que nadie de la oposición pueda gobernar». Y, según palabras de un destacado observador (Train Stoianovich, colaborador de *The Balkans in Transition*): «Las fuerzas reaccionarias son demasiado potentes para que puedan ser eliminadas sin la amenaza o la fuerza».

Ante una amenaza al orden establecido, sus dirigentes reaccionaban poniendo en movimiento todos los medios a su alcance, incluso los violentos e ilegales: ejército, policía, gendarmería, tribunales (civil y militar) y el aparato administrativo con todas sus posibilidades de intimidación y trapacería, contra los que intentaban cambiar el sistema. «La revolución más grande y fructífera que se podía llevar a cabo en Rumania —escribía un periódico liberal, *Adevârul* («La Verdad»), el 25 de febrero de 1937— consistiría simplemente en aplicar las leyes existentes.» Que las leyes no eran aplicadas lo atestigua desde luego la izquierda. Un pequeño panfleto: «El libro Negro de las elecciones celebradas en 1922 en la región de Arges», está lleno de detalles típicos: palizas brutales, intimidaciones y fraudes; otro con un prólogo de Panait Istrati (*Au pays du dernier des Hohenzollern:* París, 1926), expone que «el crimen ha sido durante siglos la verdadera base del régimen rumano»; en una discusión sobre el asesinato de un estudiante comunista a manos de la policía —el partido comunista había sido puesto fuera de la Ley dos años antes—, señala: «torturas, insultos, violencias, brutalidades y actos feroces», añadiendo que el caso de personas que se suicidaban al ver que iban a ser detenidas era muy frecuente.

«Rumania, que gusta de proclamarse como parte de la civilizada Europa... es, actualmente, el país más balcanizado del continente —escribió H. Hesell Tiltman en un libro titulado *El Terror de Europa,* Londres, 1931—. La balcanización significa violencia y corrupción... En Rumania la supresión y distorsión de noticias ha sido llevada a cabo con gran arte por un gobierno tiránico y despreciable que condena a un hombre sólo por sus opiniones a doce años de prisión.» Cada elección comportaba un número importante de muertos, heridos o detenidos, por lo que el número de abstenciones igualaba o sobrepasaba al de votantes.

La oposición liberal, hacía tiempo que había llegado a la conclusión de este estado de cosas: «Nos consideramos enfrentados con una banda armada que se coloca fuera de la Ley y hace uso de la fuerza bruta —escribía *Adevârul* el 5 de octubre de 1939—. «Si supiéramos que incitar a la rebelión contra el llamado orden constituido pudiera ser efectivo, lo que desgraciadamente no ocurre, no dudaríamos un momento en hacerlo, ya que contra un régimen dictatorial y terrorista no existe otra forma de lucha».

Este es el contexto de nuestra historia y contra el que la Legión tuvo que luchar; sus violentos métodos reflejaron la sociedad en que se movían y sus brutalidades fueron la lógica respuesta a las del Gobierno. Ya dijo Marx que la afrenta es un sentimiento revolucionario y la reacción característica de un hombre que se subleva contra la humillación. Codreanu mató a Manciu cuando creyó que todos los medios de otra índole estaban agotados.

No simpatizamos con los hombres ni con las ideas que les llevan a conseguir sus deseos por el camino de la sangre, pero debemos comprender las

circunstancias que les empujaron a ello y la frecuente imposibilidad de escoger otro camino que no sea el de la violencia y el crimen.

«Un crimen político —escribió Mihail Eminescu— cometido por una persona particular, aunque sea equivocado, deja de ser un crimen cuando está basado en miras elevadas y dictado por la necesidad de salvar a la nación de un ente perjudicial.»

Esta clase de razonamiento justifica todo acto criminal o de barbarie e injusticia, y es el que había tras la mayor parte de las fechorías de los legionarios. Pero, en realidad, la causa de los crímenes residía en bases más hondas, en la naturaleza del mismo régimen que querían cambiar. «La violencia de los regímenes coloniales y la contraviolencia de la colonización», escribió Frantz Fanon en *Les Damnés de la Terre* (París, 1961):

> El ataque y la respuesta mutua tienen una reciprocidad extraordinariamente homogénea... El desarrollo de la violencia en un pueblo colonizado será proporcional a la ejercida por el régimen colonial... Desde el momento que los colonizados escogen (el camino de) la contraviolencia, las represalias de la policía traen automáticamente las represalias de las fuerzas nacionalistas. Sin embargo, no hay equivalencia en los resultados una vez que las acciones policíacas sobrepasan en consecuencias y horror a la reacción de los colonizados.

Fundada en 1927, los comienzos de la Legión fueron lentos, animando a todos sus simpatizantes a establecer delegaciones en sus localidades, principalmente en Moldavia, Bucovina y en la parte central u oriental de Transilvania. Sus primeras «batallas» (el vocabulario de Codreanu estaba lleno de términos bélicos: frentes, combates, ofensivas, trincheras, filas, campos y campañas), consistieron en obtener dinero; compraron un carretón y se dedicaron a vender verduras y en verano organizaron marchas de propaganda por la región de Transilvania. A finales de 1929, Codreanu ya se sentía bastante fuerte para dar comienzo a una serie de mítines públicos. El relato de su primera campaña por los pueblecitos del este de Moldavia nos da una perfecta ilustración de sus méritos y de su éxito.

El primer mitin se organizó el 15 de diciembre de 1929 en la plaza del mercado de la ciudad de Beresti.

> La tarde del 14 de diciembre yo estaba en Beresti. Lefter, Potolea, Tânase, Antohi y otros me esperaban en la estación. La ciudad es un auténtico avispero de judíos; casas apretadas, con la calle principal que la atraviesa de parte a parte, llena de fango, y a los lados unas aceras hechas de madera. Nos dirigimos a la casa de Potolea y allí pernoctamos.
>
> A la mañana siguiente me vi sorprendido, muy temprano, por la visita del jefe de los gendarmes y el fiscal público, que habían venido de Galati, para decirme que no se me permitía hacer el mitin. Yo les respondí: «Lo que pretenden no es justo ni legal; en esta ciudad todo el mundo puede hacerlos, alemanes, húngaros, turcos, búlgaros, tártaros y judíos. ¿Solamente a nosotros se nos va a negar ese derecho? Su medida es injusta e ilegal y no la obedeceré. Haré el mitin sea como sea».

Al fin, después de mucho discutir, me dieron permiso, pero con la condición de no causar disturbios. ¿Qué creían que iba a hacer? ¿Que iba a provocar disturbios o a derribar las casas del pueblo? Era mi primer mitin público, por tanto yo era el primer interesado en mantener el orden para no perder el derecho de proseguir haciéndolos.

A la hora señalada se reunió muy poca gente, apenas un centenar. Vi que muchos más habrían venido, pero se lo impidieron los gendarmes.

Mi discurso duró unos minutos; Lefter y Potolea hablaron brevemente y luego hablé yo. Dije: «He venido a hacer un mitin, pero las autoridades han impedido por la fuerza que los habitantes de los otros pueblos asistan a él, así que haré diez. Prestadme un caballo para recorrer toda la región».

Un caballo era la única solución que cabía para andar por el barro; tras dos horas de espera me trajeron uno y partí. Detrás venía Lefter a pie, con cuatro legionarios más. Llegamos al primer pueblo, llamado Meria; en seguida todo el mundo, hombres, mujeres y niños, se reunieron en el patio de la iglesia. Hablé poco y no expuse ningún programa político: «Unámonos todos, hombres y mujeres, en una sola fe para salvar a nuestra nación y a nosotros mismos. La hora del renacimiento de Rumania está cerca. Todo aquel que crea, luche y sufra, será premiado y beneficiado por la nación. Están llamando a nuestra puerta nuevos tiempos; un mundo estéril y seco está muriendo y otro está a punto de nacer, el mundo que nuestras almas esperan. En este nuevo mundo todos tendrán su sitio, no de acuerdo con sus enseñanzas, inteligencia o instrucción, sino de acuerdo con su fe y su carácter».

Partimos, y al cabo de unos cuatro kilómetros encontré el pueblo siguiente, Slivna. La gente me estaba esperando en la carretera iluminada con luces; al entrar en la localidad un legionario local me vino a recibir; nunca había visitado el lugar y, sin embargo, había mucha gente, con luces y velas, mientras los chiquillos cantaban nuestras canciones. La gente me recibió con grandes muestras de agrado, sin distinción de clase; no nos habíamos visto nunca y ya éramos como amigos de toda la vida; los rencores se habían olvidado y en aquel momento formábamos una sola alma y un solo pueblo.

A la mañana siguiente emprendimos la marcha, pero esta vez ya no fui solo; se agregaron tres hombres más a caballo, y a la entrada del siguiente pueblo fuimos detenidos por Dumitru Cristian, un hombre de unos cuarenta años, con cara de verdadero haiduco y mirada penetrante bajo sus pobladas cejas, nacionalista y luchador de los tiempos de los movimientos estudiantiles; desató un caballo de una estaca, lo ensilló y se unió a nosotros; otros imitaron el gesto y al salir del pueblo con Ganesti y Dumitru nos acompañaban ya Vasile Popa, Hasan y Chiculita.

Así, yendo de pueblo en pueblo, el número de jinetes fue creciendo hasta veinte. Éramos todos jóvenes, entre veinticinco y treinta años. Solamente algunos oscilaban entre los treinta y cinco y los cuarenta; el más viejo era el tío de Chiculita, de Cavadinesti, que tenía cuarenta y cinco.

Al ver que éramos tan numerosos, presentí que sería necesario un uniforme o, al menos, un distintivo; pero como no teníamos con qué hacerlo, nos pusimos unas plumas turcas en nuestros gorros de piel y así entramos en los pueblos, cantando. Envueltos en canciones por las colinas, donde nuestros antepasados habían cabalgado hacia la guerra, nos sentíamos como sombras de todos aquellos que habían defendido la tierra de Moldavia frente a los invasores. Los seres vivos de hoy y los muertos de

ayer, todos éramos una misma alma, una misma unidad llevada por los vientos a través de las colinas: componíamos la unidad rumana.

La noticia de mi llegada se extendió rápidamente, de boca en boca y de pueblo en pueblo. La gente nos esperaba en todas partes. Había quien nos encontraba por el camino y nos preguntaba:

—¿Cuándo vendrás a nuestro pueblo, señor? Ayer estuvimos esperándote hasta muy avanzada la noche...

En todas las localidades cantamos y hablamos con sus hombres; yo sentía que iba calando en sus almas, allí donde los políticos con sus programas plagiados no habían sabido penetrar. Allí planté las raíces del movimiento legionario que ya nunca podrían ser arrancadas.

El jueves era día de mercado en Beresti y nos dirigimos de nuevo a esta localidad, pero ahora éramos cincuenta jinetes los que aparecimos sobre la colina, a la vista de todo el mundo y cantando, y así entramos en la ciudad. La gente se arremolinó a nuestro alrededor con entusiasmo. Los cristianos salían de sus casas y vertían recipientes de agua a nuestro paso cumpliendo la antigua costumbre: habíamos triunfado en toda la línea. Nos dirigimos al patio de Nicu Balan, donde había hablado por primera vez, pero ahora éramos trescientos. No pronuncié ningún discurso y me limité a dar a algunos de los jinetes un recuerdo mío.

A Nicu Bogatu le di mi pitillera, labrada en la prisión; al tío Chiculita mi esvástica. A Lefter y Potolea les nombré para el Consejo Supremo de la Legión, y a Nicu Balan, jefe regional. Dumitru Cristian se convirtió más tarde en el líder legionario de la región. (*Pentru Legionari,* Bucarest, 1936.)

Este fragmento nos muestra la mala fe de las autoridades y cómo la imaginación y el talento podían transformar una situación adversa en propicia, cómo un dirigente inspirado encuentra las palabras que convencen a las masas, que le siguen a pie o a caballo, a través de los barrizales del invierno y haciendo kilómetros y kilómetros de pueblo en pueblo, mientras sus habitantes lo esperan como un salvador precedido por su fama y cuyos actos se identifican por completo con la sangre y el alma de los héroes del pasado, en confusa e inspirada mezcla, de tal modo que apenas puede decirse dónde empieza lo real y dónde lo fantástico.

Todo lo que él hace es simple, pero efectivo; nada de discursos, canciones. «Los muchachos de los pueblos apenas sabían quiénes éramos o lo que queríamos —nos dice el prólogo del *Libro de las Canciones Legionarias*—, pero cantaban nuestras canciones.»

No pronuncia demasiadas palabras, se limita a actuar. Los campesinos oyen lo que dice y retienen la visión de su aparición a caballo con las plumas turcas ondeando en su gorro.

Codreanu nunca despreció a los campesinos, ignorados persistentemente por los políticos ciudadanos. Apeló incesantemente a ellos y a los jóvenes y éstos le respondieron en masa. Tenemos un ejemplo en una carta que le escribió un admirador y antiguo adversario: «Los jóvenes, cuando te vemos sobre un caballo blanco o negro, cruzadas las manos sobre las riendas, pen-

samos que vemos realizadas las leyendas y cuentos que leímos en nuestros libros, y te seguimos en tu romántico caminar».

Aunque activa en las regiones norteñas, la Legión fue poco conocida en las del sur, principalmente en Bucarest, la capital. Pronto lograron un número importante de partidarios entre los estudiantes rumano-macedonios, pero por casualidad.

Los inmigrantes rumano-macedonios se habían establecido en Dobro después de la primera Guerra Mundial. Sus hijos fueron a estudiar a la universidad de la capital donde introdujeron una nota sobria y apasionada en el mundo estudiantil rumano, con un nacionalismo más violento que el del repleto campo de donde procedían, dirigido primordialmente contra los búlgaros y los griegos. En 1927, desengañados por el LANC y amenazados por la política que apoyaba a los búlgaros en la cuestión del asentamiento de los rumano-macedonios en Dobrogea, este grupo puso en marcha una campaña de agitación que durante mucho tiempo fue foco del nacionalismo estudiantil. En 1930 uno de los componentes, Gheorghe Beza, intentó matar al ministro de Agricultura, a quien consideraba responsable de la política perjudicial seguida contra los colonos. Su intento creó, a pesar del fracaso, cierta agitación y los estudiantes que se solidarizaron con Beza fueron detenidos.

Entretanto, la agitación de Codreanu no había cesado ni un solo momento. En la primavera de 1930 las marchas y los mítines señalaron la aparición de la Legión en la Besarabia, donde fueron acogidos tan entusiásticamente como en Beresti. Inmediatamente se fundó la llamada «Guardia de Hierro» o sección militante de la Legión destinada a luchar contra los comunistas. («Para mí el comunismo equivale a judaísmo», decía Codreanu). Éste, aunque había rehusado apoyar a Beza, al que conocía, pero que no era miembro de la Legión, le autorizó. Un nacionalismo extremista nunca podría condenar los actos nacionalistas. Detenido y encarcelado por considerársele envuelto en el atentado, se le vio en compañía de los macedonios y entablar amistad con ellos. Éstos pronto se unieron a él y a la «Guardia de Hierro» proporcionándole sus más activos militantes.

A principios de 1931, la «Guardia de Hierro» y la Legión fueron disueltas por decreto del Gobierno Nacional Campesino, lo que no les impidió tomar parte en las elecciones de aquel verano con el nombre de «Grupo Codreanu C. Z.», obteniendo 34.183 votos. Con menos del dos por ciento de los votos, el movimiento no puede elegir a nadie en el Parlamento, pero un mes más tarde Codreanu obtenía en la provincia de Neamt 11.176 votos contra 7.124 de los liberales. La disolución de la «Guardia de Hierro» fue anulada por unos tribunales parcialistas, y el movimiento se reactivó para ser anulado de nuevo en 1932 bajo el Gobierno derechista de Iorga. No obstante, el movimiento oficialmente inexistente ganó unas segundas elecciones en Tutova, al sur de Moldavia, que permitieron al profesor Ion Co-

dreanu unirse a su hijo en el Parlamento. En otras elecciones celebradas poco después, la «Guardia de Hierro» obtuvo 73.135 votos y cinco escaños en la Cámara. La Legión estaba en marcha.

La insistencia de Codreanu en dirigirse al pueblo estaba dando sus frutos. Los legionarios llevaban a cabo su campaña de pueblo en pueblo y de hombre a hombre. Cuando Codreanu llegó a Neamt, sus partidarios le daban la mano por los caminos y él se fue por los pueblos más pequeños, pernoctando en ellos y sentándose alrededor del fuego de los campesinos mientras les explicaba lo que quería de ellos. Al año siguiente, en las elecciones de Tutova eran más poderosos que nunca. «Sin dinero ni medios de transporte y con un invierno terrible, se decidió aplazar un mes las elecciones fijadas para marzo, porque los coches de los políticos no podían pasar por los caminos llenos de nieve.» Pero adonde los coches no llegaban los legionarios seguían a pie escondiéndose de los gendarmes; una vez asaltaron un tren; otras cruzaron ríos helados y en ocasiones cayeron dentro de ellos, pero prosiguieron llevando su palabra a todas partes. Estos métodos eran pobres, en parte por necesidad y en parte porque demostraban ser efectivos. En toda elección general o parcial, los legionarios estaban en los pueblos, daban la mano a los campesinos, jugaban con los niños, regalaban pequeñas imágenes del «capitán» y cantaban mucho; la táctica pareció dar resultado.

Pero la organización y la entrega no fueron las únicas armas que les ayudaron en su empresa. La depresión había invadido Rumania con la consiguiente miseria general, en especial para los campesinos y los empleados oficiales. Tomando el año 1929 como punto de partida, Fischer-Salati nos dice que los sueldos, eligiendo como base 100 en 1929, bajaron a 61 en 1933 para subir a 69 en 1939, mientras que de 116 en 1931 habían bajado a 92 en 1939. Los sueldos de los empleados del Estado se recortaron casi hasta cero o bien permanecían impagados durante meses... El comandante de una guarnición se encontró en dificultades para hallar créditos con que pagar a los proveedores locales y tres meses de atrasos a sus oficiales, que llevaban medio año sin cobrar.

Las esperanzas puestas en el partido Nacional Campesino se desvanecieron al poco tiempo de estar éste en el poder. A despecho de sus buenas intenciones y de la indudable buena voluntad de dos o tres de sus dirigentes, se volvió igual que sus predecesores: incapaz, voraz y corrompido, con sus elementos sanos impotentes para luchar contra la mayoría acomodaticia. En las regiones del país donde el Partido Nacional Campesino estaba establecido, la «Guardia de Hierro» con su símbolo, poco pudo hacer. Sin embargo, fuera de allí, los campesinos se inclinaron por la alternativa nacionalista radical. La «Guardia», ajustándose a las necesidades del momento, se refería menos al antisemitismo heredado de Cuza que a los problemas económicos, más angustiosos. En Transilvania y Muntenia, y especialmente en Oltenia, había pocos judíos y el antisemitismo decayó pronto.

Después de 1932 el legionarismo intentó unir a todos los rumanos. Cuatro provincias, casi la mitad de la población, estaban ya organizadas; siete publicaciones legionarias tiraban 35.000 ejemplares al mes, y sus miembros ascendían a unos quince mil. Redactaron confusos programas políticos, su política económica fue inspirada por las doctrinas corporativistas de un economista que había sido gobernador del Banco Nacional y había desempeñado varios cargos ministeriales, Mihail Manoilescu. Éste pensaba que los principios económicos aplicados a las sociedades desarrolladas no podían aplicarse a los países atrasados como Rumania; el libre comercio que favorecía a los países industrializados en perjuicio de la agricultura, debía ser suprimido; el país necesitaba una economía protegida, planeada para incluir las actividades más productivas en el contexto nacional y para ello la sociedad debía estar regida por un gobierno autoritario de estructura corporativista que eliminase los conflictos sociales, inevitables en una economía liberal. La doctrina apelaba a los campesinos (los únicos que se preocupaban del campo), a los estudiantes e intelectuales fascinados por las ideas corporativistas antioccidentales, y a los enemigos del gobierno parlamentario que deseaban volver a las antiguas estructuras gremiales del comercio. Pero aunque estas ideas no fueran exclusivas de la Legión, nunca desempeñaron un papel más importante en un pensamiento o propaganda.

Los disturbios continuaban; hubo choques con las autoridades, asesinatos o intentos de asesinato de enemigos ideológicos y represalias oficiales contra los militantes legionarios. La causa de fricción más frecuente era la propaganda de Codreanu sobre el trabajo: a los dirigentes locales se les aconsejaba que emprendiesen pequeñas obras de carácter público como tender puentes, construir carreteras o alcantarillas y limpiar canales o estanques sin aceptar pago alguno; había iglesias que necesitaban ser restauradas o levantadas, diques que construir, toda clase de obras por hacer. Cuando las autoridades se dieron cuenta de la influencia propagandística que representaba todo esto, lo prohibieron. Aparte de estas actividades, Codreanu también se dedicó a la propaganda en la capital.

El 10 de diciembre de 1933, en la cumbre de la campaña electoral, el Gobierno liberal en el poder disolvió de nuevo la «Guardia de Hierro» cediendo a los temores de agitación fascista de sus aliados occidentales. Durante la consiguiente persecución murieron media docena de legionarios y fueron encarcelados algunos centenares hasta que las elecciones se hubieron celebrado y el Gobierno liberal hubo conseguido su deseada mayoría. El 29 de diciembre tres legionarios «castigaron» a I. G. Duca, principal responsable de lo sucedido, matándole a quemarropa en una plataforma de estación y entregándose después.

Una vez que Duca hubo firmado el decreto de disolución de la «Guardia», a la que mantenía alejada de las urnas, el general Gheorghe Cantacuzino (1869-1937), antiguo seguidor del partido Popular de Averescu y que

más tarde se uniría a Codreanu, le escribía que «acababa de firmar su sentencia». Aunque los asesinos de Duca, al parecer, actuaron solos, es indudable que estaban animados o inducidos por el general. Codreanu, aunque también había apoyado la acción, siempre aseguró no tener conocimiento de ella. Pero aun en el caso de ser cierto su desconocimiento de la mayor parte de los crímenes y asaltos de los legionarios, la responsabilidad de estos actos le incumbía a él exclusivamente. De todos modos, la búsqueda de legionarios se intensificó y todos los que pudieron se ocultaron durante meses. Entretanto, parece ser que los asesinos fueron bien tratados y se les permitió recibir visitas de sus amigos; tenían cigarrillos, dulces y vino en la celda que compartían, y su juicio, que tuvo lugar en la primavera de 1934, fue la señal para que Codreanu saliera de su escondite y ocupara su sitio en el estrado; la causa se transformó en una severa crítica del Gobierno liberal y de su administración. Los asesinos fueron condenados a cadena perpetua, pero Codreanu y sus seguidores, considerados libres de culpa, pudieron proseguir sus actividades donde quisieron.

Los años siguientes fueron triunfales. Se atrajo a donantes de buena voluntad — entre ellos el propio hermano del rey — algunas tierras donde se llevó a cabo la instalación de campos de trabajo o comunas; se montaron comedores para legionarios, cooperativas y almacenes; la organización legionaria se extendió. El partido político comenzó a ser reconocido como el «Totul Pentru Tara» o TPT («Todo por la Tierra Ancestral»). Los presidía el general Cantacuzino, antiguo y valiente soldado, hirsuto y portador de un monóculo, cargado de condecoraciones de la primera guerra por sus servicios al mando de la «Brigada de Guardias Fronterizos». Sus oponentes políticos parecían achicarse ante la determinación legionaria de evitar por todos los medios el fracaso; para patentizar esta posición crearon un cuerpo especial de ejecutores que «diera su merecido» a traidores y bribones que esperaban exterminar al «capitán y su movimiento». Se notificó a determinadas personalidades políticas que pagarían con sus vidas cualquier incidente que le ocurriese a Codreanu, y se asignaron agentes especiales para responder ante tal eventualidad. Se hizo patente la misión de estos ejecutores en 1936, cuando un grupo de diez legionarios mató a Mihail Stelescu, antiguo líder que se había opuesto a Codreanu. Entraron en el hospital de Bucarest, donde Stelescu estaba convaleciente a causa de una apendicectomía, disparándole ciento veinte veces; entonces, de acuerdo con el informe oficial, «deshicieron el cuerpo con un hacha, bailaron alrededor de los trozos sangrientos y rezaron, besándose de alegría.» Estos asesinos también se entregaron y fueron condenados a cadena perpetua, pero de nuevo el partido y sus dirigentes se vieron libres de culpa.

La creación del «Cuerpo Legionario de Trabajadores» antes de finalizar 1936 demuestra la influencia que poseía el movimiento entre los artesanos y obreros. El fracaso de las huelgas de 1920 había dejado a los tra-

bajadores desorganizados y sin dirigentes; los partidos moderados los ignoraban y el comunista, en la clandestinidad, era prácticamente inexistente. Los llamados socialistas era un pequeño grupo urbano que reunía menos votos — el 0,8 por ciento del total en 1939 — que el partido judío. El llamamiento de Codreanu y su hostilidad hacia el capital y la burguesía, hacia los bancos y el sistema, junto con su protección y desvalorización del trabajo, atraían a los trabajadores y a los pobres de las ciudades, sin que la violencia o el antisemitismo pudieran impedirlo. Muchos de sus dirigentes secundarios eran judíos, ya que, atacando el movimiento a muchos de sus enemigos, podían tomar la revancha. Después del asesinato de Duca, muchos trabajadores industriales se pasaron a la Legión, único movimiento que además de las palabras daba cabida a la acción. Al poco tiempo de fundarse el Partido Legionario de Trabajadores sólo en Bucarest contaban ya con seis mil miembros.

La creciente exasperación de las pasiones políticas se reflejó tanto en la exterior como en la interior, levantando acaloradas polémicas en la prensa que se resolvían a golpes y con ataques contra los dirigentes de los periódicos y en «razzias» armadas contra las imprentas y los puestos de vendedores de los diarios rivales.

La Legión no ocultaba su admiración hacia Hitler y Mussolini. Gran parte de su propaganda se centró en la necesidad que tenía Rumania de hallar aliados que coincidieran con sus intereses que, según ellos, se encontraban en el campo fascista. Al estallar la guerra civil en España un grupo simbólico de siete hombres — entre ellos un sacerdote — fueron a luchar al lado de Franco. Dos de ellos murieron: Ion Mota, en aquel entonces vicepresidente del TPT, y Vasile Marin. Fueron enterrados en Bucarest en medio de un inenarrable y archipreparado funeral, con una ceremonia que significó un triunfo legionario. Asistieron ministros de Alemania e Italia, de la España de Franco y representantes de Portugal y Japón, delegados de la «Juventud Patriótica Polaca» y personalidades del país. La inmensa y ordenada procesión — de acuerdo con la policía, la Guardia se encargaba de mantener el orden — demostró el poder legionario y su popularidad. El equilibrio se rompió al preguntarse la prensa por qué tenía la Legión su propia policía y sus tribunales. Los ministros de Justicia y del Interior se vieron obligados a tomar medidas más severas contra una organización que ya no amenazaba con destruir la paz, sino incluso la seguridad del Estado.

«El Movimiento Legionario nunca tuvo la intención de organizar un golpe de Estado — afirmaba Codreanu en febrero de 1937 —, esta idea es una locura». Pero la subversión podía lograrse igualmente con medios legales, y así lo vio la nación, haciéndose evidente en las elecciones de 1937. Incapaces de arrebatar a los liberales el manejo de las elecciones y de asegurarse el cuarenta por ciento de los votos necesarios para desbancarlos en el Parlamento, el TPT se unió al Partido Campesino y a los derechistas neo-

liberales en una coalición contra los liberales que, a su vez, contaban con el apoyo de viejos grupos nacionalistas. La extraña alianza desempeñó su cometido. Por primera vez en una década, unas elecciones llamadas libres reflejaron relativamente la expresión de la voluntad del cuerpo de votantes. Con cerca del dieciséis por ciento de los votos y sesenta y seis diputados, el TPT pasó a ser el tercer partido del país a poca distancia del Partido Nacional Campesino.

Con los liberales desacreditados por sus años de ineficacia gubernamental, y con los nacionalistas campesinos fuera del favor real, pareció que la hora de Codreanu había llegado. El rey, que en el último minuto había rechazado una alianza con el Partido Campesino, miraba con simpatía la posición del «Capitán», contraria al Parlamento, a la democracia y a los partidos liberales. Recordaba el apoyo prestado por la Legión cuando él regresó al país en 1930, y apreciaba sus sentimientos monárquicos. Pero la amante del rey era judía y sus consejeros y amigos más íntimos habían sido durante largo tiempo el blanco de los ataques legionarios. Al rey Carol le gustaba tener a los hombres doblegados a su voluntad y Codreanu no era uno de éstos. Se dice que, invitado a una entrevista discreta a palacio, rehusó; o entraba por la puerta grande o no entraba. Y no entró. El rey entregó el poder a los peores enemigos de Codreanu, el Partido Nacional Cristiano del viejo profesor Cuza, asociado ahora con un nacionalista agrario, el poeta transilvano Octavian Goga.

En las elecciones del mes de diciembre de 1937 el dúo Cuza-Goga ganó el 9,7 por ciento de los votos y treinta y nueve de los 187 diputados. Pero la nueva Cámara fue disuelta antes de formarse y se nombró a Goga, con la esperanza de que, una vez en el poder, consiguiese los beneficios gubernamentales acostumbrados. Se declaró ilegal toda coalición, se prohibió el Partido Nacional Campesino por haberse aliado con Codreanu, se suprimieron todas las formaciones paramilitares, se impuso una fuerte censura y se suprimieron las publicaciones hostiles, sobre todo las de la Izquierda moderada.

En honor de sus partidarios campesinos y de los cuatro ministros de dicho partido que formaban parte de su gabinete, uno de los cuales era Armand Calinescu —fanático legionario—, Goga cambió el nombre de su grupo por el de «Partido Nacional Cristiano Campesino», pero las medidas introducidas fueron típicamente cuzistas y antisemitas. Los ciudadanos rumanos de raza judía tenían que someterse a una severa revisión y debía librarse al país de elementos extranjeros. Se emprendió la «rumanización» de la enseñanza y de las profesiones liberales, excluyendo a los abogados, maestros y empleados del Estado que fueran hebreos, bajo la prohibición de poseer determinadas industrias, y aplicando de hecho el *numerus clausus*. Temerosos y resentidos, los judíos y los intereses extranjeros en el país paralizaron los negocios amenazando con la bancarrota económica. Mientras

tanto, y a causa de unas recientes elecciones, se produjo una situación próxima a la guerra civil; los nacionalistas se enzarzaron en una lucha intestina bajo la atenta mirada del rey.

Las diversas intervenciones, entre las que se contaba la de Alemania, que apoyaba fuertemente a Goga y al general Antonescu, ministro del gabinete del anterior, dieron lugar a que se llevaran a cabo unas negociaciones entre Goga y Codreanu; como resultado de ellas, el segundo anunció el 8 de febrero de 1938 que su partido abandonaría toda actividad electoral futura, lo que equivalía a apartarle definitivamente de dicha actividad. Esta evidencia de la «entente» nacionalista no convenció al rey Carol, que a las cuarenta y ocho horas lo destituyó «por real orden», retirándose calladamente y muriendo al poco tiempo; al cabo de dos días fue abolida la Constitución, se prohibieron las elecciones, se suprimieron las actividades del partido y se estableció un Gobierno títere presidido por el Patriarca ortodoxo, pero regido en realidad por el antiguo partidario de Codreanu, Calinescu, que pronto llegó a la presidencia. Mal dispuesto o incapaz de avenirse con los nacionalistas revolucionarios, el rey parecía inclinado a llevar a cabo su propia revolución nacional, basada en un gobierno personal y de su propio partido.

La reacción de Codreanu ante todos estos acontecimientos fue combinar una protesta formal con una petición de ayuno y oración, la liquidación de su partido y la afirmación de que esperaría hasta ver el curso de los acontecimientos. Los sucesos extranjeros y la influencia germana en auge le eran favorables. Al entrar Rumania, a su vez, en la órbita nazi, el rey tuvo que transformar su política. En una circular del 21 de febrero la Legión anunciaba que no respondería a la violencia con la violencia, soportando lo que se le hiciese: «Nuestra hora no ha llegado todavía; es aún la de los demás. Si la generación de nuestros mayores creen que lo que hicieron ellos es lo mejor, no tenemos ninguna lección que darles. Asumimos nuestra responsabilidad ante Dios y ante la Historia».

Pero si Codreanu se conformaba con esperar, sus enemigos no. Al cabo de pocas semanas fue detenido, tras no escuchar a sus amigos que le aconsejaban salir del país. Condenado por insultar al ministro Iorga y en castigo por su participación en una entente contra el rey, fue acusado de conspirar para apoderarse del Estado. La acusación manifestaba que la Legión era una organización terrorista, con amplia actividad de espionaje al servicio de potencias extranjeras, y que era culpable del asesinato de Duca, que poseía armas y que planeaba una revuelta. Gran parte de estas acusaciones eran fundadas, pero nunca pudieron probarse ante un tribunal. El juicio se hizo apresuradamente, el tribunal militar estaba predispuesto contra Codreanu, como en otras ocasiones había estado a su favor, y el veredicto, fallado de antemano, fue de diez años de trabajos forzados y seis de pérdida de sus derechos civiles. La pretendida conspiración contra el Estado no pudo pro-

barse y Codreanu insistió en repetir que siempre actuó dentro de los márgenes de la legalidad, respetando la Constitución y evitando la provocación. El terrorismo legionario era patente, pero estas actividades, según él, le eran desconocidas. En cualquier caso la acusación de subversión encaja mal en el hombre que precisamente había trastocado la Constitución del país. El cargo más interesante que le formularon, el de las relaciones de Codreanu con potencias extranjeras, ni entonces ni hasta ahora ha podido ser probado.

¿Cuál era la supuesta naturaleza de estas relaciones?

En una memoria enviada al rey el 5 de noviembre de 1936, Codreanu aseguraba a Carol que los legionarios rehusarían luchar al lado de «los poderes bolcheviques» y apoyaba una alianza con «los Estados que llevaran a cabo una revolución nacional o que lucharan en defensa de la Cruz (sic) y de la civilización milenaria frente al bolchevismo y sus satélites, que buscan la destrucción de las naciones y sepultar a la civilización cristiana». Un año más tarde, el 30 de noviembre de 1937, hacía una resonante declaración a la prensa: «Cuarenta y ocho horas después del triunfo legionario, Rumania se aliará a Roma y a Berlín y entrará así en la línea de su misión histórica mundial: la defensa de la Cruz y de la cultura y civilización cristianas».

Tanto los legionarios como los demás rumanos buscaban apoyo más allá de sus fronteras. Sólo que ellos se sentían animados por los triunfos de los nazis y fascistas, y los otros por los de las potencias aliadas occidentales. En 1930 toda la Derecha rumana soñaba con el apoyo alemán, y los competidores de Codreanu todavía eran menos discretos en este punto de lo que él había sido. Cuza y Goga, invitados a Alemania, fueron recibidos por Hitler y Goering, al igual que el líder neoliberal, George Bratianu. Pero — se quejaba un legionario en una carta a Charles Maurras — los legionarios, que siempre habían rehusado las invitaciones alemanas, eran quienes se veían acusados de ser partidarios de los nazis.

Todo hace creer que el apoyo alemán se dirigía principalmente a Goga y Cuza, cuya coalición parece ser que fue alentada por la intervención alemana. Desde luego, los alemanes estaban dispuestos a jugar todas las bazas, y sus documentos nos muestran que estaban preparados para intervenir en todos los estamentos, los legionarios entre ellos. Dichos documentos también indican que, contra lo que proclamaban los legionarios, éstos recibieron apoyo monetario a finales de 1937 y a principios de 1938 aunque probablemente no tanto como Goga.

Ha existido siempre cierta confusión entre el público sobre la naturaleza de estos diferentes grupos nacionalistas, confusión provocada probablemente, como cuando el *Bulletin périodique* del 9 de septiembre de 1936 se refería a los «Guardias de Hierro» del señor Cuza y a las subvenciones hitlerianas que recibían. Pero sir Reginald Hoare, que fue ministro británico

en Bucarest, declaraba en la *Roumanie indépendante* del 25 de diciembre de 1947 que en 1937 «la Guardia de Hierro no dependía de Alemania y permaneció siempre como una organización prenazi».

Hasta 1938 la Legión parece ser que vivió de las subvenciones de sus miembros, dignatarios y diputados, de donaciones y, a veces, de subsidios procedentes de algunos órganos oficiales simpatizantes con ella. Parece ser cierto que algunos industriales prestaron ayuda monetaria, y, aunque bastantes eran judíos, es probable que lo hicieran, como otros que apoyaron a Franco cuando se rebeló contra la República. También parece probable que muchos donativos les llegasen a través de conductos españoles, como afirma Henri Prost en su bien documentado *Destin de la Roumanie* (París, 1954), aunque los legionarios lo negaron. Sin embargo, con subsidios o no, mientras Codreanu dirigió la Legión, ésta no fue un agente consciente del nazismo. El «capitán» insistió siempre en la peculiar tradición nacional rumana, en el estilo propio de la Legión y en las diferencias espirituales que lo separaban de otros movimientos similares. Este estado de cosas cambió al ser encarcelado Codreanu y en mayor grado después de su muerte. Entonces, privados de su base popular y de sus recursos y apoyos locales, los dirigentes de la Legión cayeron en la órbita germana, a la que tuvieron que servir de tapadera ante el pueblo y como policía del partido nazi. La necesidad no altera la paradoja de que unos nacionalistas sirvan a intereses extranjeros.

Es difícil decir si el rey y su primer ministro, Calinescu, intentaron dar muerte a Codreanu, una vez caído; pero lo que sí es cierto es que intentaron arrebatarle su influencia popular. El nuevo régimen usaba toda la palabrería y falacias de los partidarios del nuevo orden europeo, pero para llenar el vacío de la abolición de los partidos se creó uno nuevo, el «Frente de Renacimiento Nacional», que se completó con uniformes y jerarquías militares. Para atraer a la juventud y sacarla de la influencia de la Legión se formó otra organización, la «Strajeri» («La Vigilancia»), muchos de cuyos instructores eran en secreto futuros legionarios. Los discursos de Calinescu fascinaban por su imitación de los tópicos y estilo legionarios. Se habló de nuevo del trabajo, del patriotismo, de la probidad, de la rectitud, de la juventud, del sacrificio, de librar al país de elementos extranjeros, de la familia y la tradición, de la entrega de todos a su deber y de la disposición contraria al viejo régimen escisionista y corrupto. Por fin el antiguo régimen había descubierto a un hombre con suficiente determinación, imaginativo y oportunista para defender sus esencias y reemplazar lo caduco por elementos más al día. Calinescu era su hombre; hubiera podido realizar la reforma, de haber tenido tiempo, pero esto le faltó.

La Legión, mientras tanto, se encontraba en posición muy precaria: centenares de dirigentes estaban prisioneros en campos de concentración, otros escondidos y Codreanu, desde la prisión, convencido de que el tiempo le

era favorable, recomendaba resignación y calma; sin embargo, los restantes líderes que habían escapado a la cárcel empezaron a dudar de lo acertado de sus recomendaciones; desconfianza incrementada por los interesados en separarlo de sus seguidores y vincularlos al rey Carol. Pero si se apartaron de Codreanu no estaban dispuestos a renunciar al otro camino: el de la violencia, de la que su jefe había intentado en vano alejarlos. Los militantes legionarios, reunidos de nuevo, estaban reclutados en su mayor parte de entre los componentes de las provincias, destacando por su actividad Horia Sima, jefe regional del Banato y antiguo alumno de Nae Ionescu. Desconocido por la policía de Bucarest, él y sus amigos tenían una libertad de acción más amplia que la de los antiguos activistas.

Sima dio comienzo a su campaña distribuyendo incendiarias hojas volantes y escribiendo cartas de amenaza; pero pronto pasó a una acción más positiva: mataron a un abogado judío, saquearon tiendas y tabernas de los hebreos, azotando al que encontraban, tiraron bombas en las sinagogas provinciales e incendiaron los cementerios judíos. Codreanu se inquietó ante estas actividades; presintiendo acertadamente que los terroristas estaban jugando con su vida y la de sus amigos encarcelados, les mandó una carta advirtiéndoles del peligro, pero no le prestaron atención. Al fin, el 24 de noviembre, un grupo de asesinos formado por estudiantes agredió al rector de la Universidad de Cluj, hiriéndole gravemente y matando al policía que le acompañaba. El rector era pariente y gran amigo de Calinescu. Sima, aparentemente, no era conocedor de la acción. El aprendiz de brujo había sembrado mareas, pero eran sus discípulos los que recogían las tempestades.

Sea cual fuere la intención del rey Carol y de Calinescu, el intento de asesinato del rector de la universidad puso el colofón a la larga campaña de terrorismo y acabó con la paciencia del Gobierno, sellando el destino de Codreanu. La noche del 29 al 30 de diciembre (1), Codreanu, los tres asesinos de Duca y los diez de Stelescu fueron sacados de prisión, se les ató con cuerdas y fueron llevados en un camión militar de transporte de tropas con un guardia detrás de cada prisionero. El camión se dirigió a las afueras; les quitaron las cuerdas y los estrangularon con ellas. Los catorce cuerpos fueron depositados en la cuneta, les dispararon en la espalda y los cargaron de nuevo en el camión, enterrándolos en la fosa común de la prisión militar de Jilava, cerca de Bucarest. El 1 de diciembre de 1938, un breve

(1) El 28 de noviembre el rey Carol había regresado a Bucarest después de una entrevista que había celebrado con Hitler el mismo día del atentado al rector de la Universidad de Cluj. El ministro alemán Fabricius, comentó que los legionarios siempre se interponían con su violencia cuando Rumania estaba a punto de sellar su amistad con Alemania por medio de algunas de sus figuras más destacadas. Véase *Hitler, König Carol und Marschall Antonescu,* de A. Hillgruber. (Wiesbaden, 1954), páginas 26-28, 276.

comunicado anunció que habían resultado muertos cuando intentaban escapar. No lejos de sus cuerpos nacerían dientes de dragón.

En febrero de 1937 Calinescu declaraba a *Paris Soir* en una entrevista: «La Guardia de Hierro no es más que una vieja historia..., ya no existe». Las palabras del prohombre eran algo prematuras. Un mes después, la explosión de un laboratorio clandestino en una calleja de Bucarest demostró que se estaba preparando un complot al estilo de Malaparte (*La Técnica del golpe de Estado*, de Curzio Malaparte, era tan popular entre los legionarios como entre los *Cagoulards*); en el escondite se descubrieron gran cantidad de bombas de fabricación casera dispuestas para ser utilizadas. Grupos de legionarios huyeron a Alemania y a Polonia, pero muchos de ellos iban y venían y la policía estaba constantemente descubriendo complots y tentativas para vengar al jefe muerto. Se hicieron circular rumores de que Codreanu no estaba muerto sino escondido, y que esperaba el momento propicio para volver; rumores alentados, en principio, por el mismo Gobierno en su afán de desorientar a los seguidores de aquél en su apasionada vengativa, en un juego llevado a cabo por los dos bandos, ya que a los legionarios también les convenía que la gente creyese en la existencia de Codreanu para mantener la fe en el movimiento. No obstante, sus venganzas no obtuvieron otro resultado que provocar la muerte de sus camaradas encarcelados, en vista de lo cual los terroristas empezaron a detener su campaña. Pero la policía contaba con delatores entre las filas de los legionarios y uno tras otro fueron capturados; hombres y mujeres, a todos se les torturó para, acto seguido, estrangularlos o darles muerte a golpes, quemándose después sus cuerpos. Al fin, el 21 de septiembre de 1939, un grupo de seis consiguió tender una emboscada al primer ministro y darle muerte. Entonces, llevándolo a la emisora de radio, declararon en ella que la muerte de Codreanu había sido «castigada» y, seguidamente, se entregaron a la policía.

A las pocas horas sus cuerpos y los de tres cómplices yacían en el mismo lugar donde Calinescu encontró la muerte. Pero las represalias oficiales no se detuvieron en este punto; en todas las regiones los magistrados recibieron órdenes de ejecutar a los tres legionarios locales más destacados; colgaron sus cuerpos de los postes de telégrafos o bien los expusieron en la plaza pública, como hicieron en Bucarest. Mientras tanto, en los campos de concentración mataban diariamente a sesenta y ocho miembros de los más destacados, según unos, y a noventa y dos según otros. El Gobierno estaba en situación de responder a doscientos por uno. Los años de esplendor tuvieron un amargo final, pero los responsables, al parecer, no lamentaban nada. El público se convenció de que el movimiento legionario estaba definitivamente acabado y la fe perdida. El baño de sangre de 1939 fue algo terrible — explicaba uno de los que habían planeado la empresa en Berlín — pero llevó a la Legión a una situación crítica (sic) y le devolvió la fe. Verdaderamente es un buen epitafio para un desastre.

Las represalias se detuvieron para tomar aliento y hacerse cargo de la situación. El asesinato de Calinescu había tenido lugar tres semanas después del comienzo de la guerra que amenazaba el bienestar del país, y su muerte privó al rey Carol del único hombre con suficiente energía para mantener al país a su lado. Los éxitos alemanes parecían demostrar lo acertados que habían estado los que solicitaban una alianza con ellos; perdida Polonia, la amenaza de Rusia corroboraba los argumentos de los que nunca habían creído en ayuda efectiva alguna procedente de las democracias occidentales. Mal dirigido, mal armado y mal preparado para enfrentarse con las presiones externas, el Gobierno soñaba con restaurar una precaria unidad interna. En enero de 1940 empezó a libertar a los legionarios que habían sobrevivido a las purgas, y en primavera les presionó para que fueran a Berlín a entablar contacto con los que habían huido a Alemania. Sima, detenido cuando trataba de entrar en el país, fue tratado con especial consideración; la victoria alemana en el Oeste convirtió al antiguo terrorista en un útil colaborador. El 23 de junio un manifiesto de Sima rogaba a los legionarios que se adhiriesen al partido del rey Carol, denominado «Partido Nacional». El 26 de junio un ultimátum ruso obligaba a Rumania a abandonar la Besarabia y la Bucovina y el 28 las tropas rusas entraron en ellas, rodeados de escenas caóticas y humillantes. Sima y dos de sus secuaces entraron en el Gobierno del hombre que durante tanto tiempo había sido su enemigo, y a pesar de haber dimitido al poco tiempo, algunos representantes de la Legión continuaron en el gobierno hasta el fin del reinado de Carol.

Rumania, consistentemente revisionista y prácticamente hostil a Alemania en otros tiempos, buscaba ahora congraciarse con ésta a base de medidas antisemíticas y antibritánicas, y protegiendo a aquellos que se sabía gozaban de su simpatía; por otra parte, algunos jerarcas legionarios insistían en la necesidad de la abdicación del rey, y otros declaraban que las circunstancias y peligros exteriores obligaban a una tregua en las luchas intestinas. A finales de agosto triunfaron los abogados del compromiso, y Rumania, incapaz de resistir la presión alemana, se vio obligada a ceder la Dobrogea a Bulgaria y el norte de Transilvania a Hungría. Éste fue el precio de la impreparada y constante aunque muy honorable adhesión al campo anglo-francés, cuya responsabilidad recayó sobre el rey. La evidencia del tratado de Viena era notoria. El rey y sus consejeros habían fracasado y era necesaria su desaparición. No podía construirse un nuevo Estado con hombres de viejos prejuicios.

El 3 de septiembre los legionarios se levantaron en Bucarest y en dos grandes capitales de provincia; en Brasov, en los Cárpatos, y en Constanza, hacia el mar Negro. Intentaron ocupar puntos estratégicos: la emisora de radio, teléfonos y los cuarteles de la policía, pero el *putsch*, que parecía haber triunfado en las capitales de provincia, fracasó en Bucarest y pronto fueron reducidos mediante la intervención del ejército. Los disturbios y de-

mostraciones en masa obligaron al rey a llamar al único hombre que siempre había evitado, al general Ion Antonescu. Antiguo jefe del Estado Mayor, Antonescu era el más capaz y duro de los soldados rumanos, un pelirrojo de fuertes convicciones y enérgica voluntad, que había servido en varios gabinetes, incluido el de Goga. El general había perdido el favor del rey por negarse al compromiso con Codreanu. Ahora era el único hombre que podía controlar el ejército y, con éste de su parte, Carol no tendría que temer. Pero el rey se asió al palo que le destrozaría: Antonescu le pidió que abdicara y Carol lo hizo. El 6 de septiembre de 1940, mientras Antonescu anunciaba a la nación la subida al trono del hijo de Carol, Mihai, un tren especial, cargado con los bienes reales, llevaba a aquél y a su amante Helena Lupescu hasta la frontera, fuera del territorio nacional. El abortado *putsch* había logrado su objetivo.

Antonescu se dirigió a los «queridos legionarios» en tono solemne:

«El poder demoníaco ha sido expulsado para siempre. Con la ayuda del destino el día del renacimiento de la Patria ha llegado, y con él vuestra victoria y la mía.»

El 14 de septiembre un decreto real establecía el «Estado Nacional Legionario» con Antonescu como dirigente y Sima, comandante del movimiento legionario, como vicepresidente.

Por fin la Legión había alcanzado el poder. Pero, ¿por cuánto tiempo? El tándem era menos viable de lo que parecía. El nacionalismo es una quebradiza capa de yeso cuando existen las divergencias de hombres con opiniones muy diferentes y no funciona cuando los aliados temporales tienen que dejar a un lado las fantasías para dedicarse a la política práctica. Antonescu no era un hombre de ideas y el 6 de septiembre declaraba que su programa sería «la empresa de instaurar un nacionalismo integral». Las primeras leyes de su régimen, propias de un soldado, fueron disciplina y orden. Estaba menos interesado en las reformas sociales que en proteger a la agricultura, aunque fuera necesario hacerlo a expensas de «una industria creada artificialmente». Conservador, paternalista y autoritario, soñaba con implantar la honradez, la eficiencia y la unidad sobre las líneas nacionalistas.

Sima y sus amigos, por el contrario, deseaban un Estado legionario inmediato y totalitario que borrase los últimos vestigios del liberalismo y de la corrupción. «Un régimen legionario no puede desarrollarse en una estructura liberal —escribía Sima a Antonescu—. Los pertenecientes al viejo mundo, aun cuando sean sinceros, no pueden obrar bien porque no pueden aceptar una economía directamente dependiente del Estado. Éste y no otro es el punto neurálgico del problema.» Con la economía del país, y la prensa y demás actividades culturales dirigidas estatalmente, después de eliminar los restos del antiguo régimen, el monopolio de la Legión podría quedar establecido de una vez para siempre. «En la Rumania legionaria no hay lugar para ningún otro partido —escribió Sima en otra ocasión a Antones-

cu —, quien dude debe ser castigado. Ésta es la piedra angular de los Estados totalitarios. Pero en Rumania sucede exactamente lo contrario. Los viejos partidos no sólo asesinan a nuestra juventud... sino que son animados y aconsejados en secreto para que se organicen de nuevo.»

En el conflicto de los dos hombres, Antonescu representaba el viejo orden y Sima algo que, contra lo que pudiera parecer, no tenía ningún punto de contacto con los sueños de Codreanu. Como Harald Maeuen observa en su libro *Marschall Antonescu* (Essen, 1934), la Legión de Sima nunca fue la de Codreanu. Ésta había desaparecido durante las persecuciones de 1938 a 1939 y el baño de sangre acabó definitivamente con ella. Los nuevos dirigentes legionarios habían salido de la segunda fila, dando como resultado un movimiento más heterogéneo, menos disciplinado, con menos dedicación y menor influjo.

En 1936, una de las circulares de Codreanu ya había puesto en guardia a sus seguidores contra la admisión de «elementos débiles o improcedentes. Es un hecho conocido que cuando lo corriente es favorable a cualquier organización, toda clase de elementos inferiores... son atraídos contra ella». Un año más tarde, otra circular advertía de la posibilidad de que cierta clase de éxitos provocase el fracaso de los objetivos de un movimiento:

> Pensad en lo monstruoso que sería que sobre el sacrificio de nuestros camaradas pudiera instalarse una casta dominante de tal modo que los sacrificios de nuestros predecesores abrieran las puertas a los negocios, a los manejos, a los ladrones y a la explotación ajena... En tal caso, el pobre pueblo rumano, por nuestra culpa, no haría más que cambiar de explotadores y el país dividido desperdiciaría su energía soportando una nueva categoría de vampiros que se saciarían con su sangre: la nuestra.

Sucedió como Codreanu había previsto. Oportunistas, pescadores en aguas turbias y hombres del momento en busca del provecho o de la simple excitación junto a la gloria barata de un emblema y una camisa de color, corriendo a apoyar a los vencedores. Con la prefectura, la policía y la mayoría de los ministerios en manos legionarias, no faltaron oportunistas deseosos de actividad patriótica. La política de «rumanización» brindaba excelentes ocasiones para aprovecharse y comprar barato, o simplemente apoderarse de los negocios y bienes de sus verdaderos propietarios judíos y extranjeros. Los comisarios rumanos nombrados por el Estado, todos ellos legionarios o amigos de legionarios, se revelaron tan aprovechados y deshonestos como los del régimen anterior, pero más rudos y más rapaces. El Cuerpo de Trabajadores Legionarios, aumentado de golpe a 13.000 miembros, contribuyó a las arcas del partido con grandes sumas, a través de deudas, donaciones, o la mayoría de las veces simples incautaciones, cayendo en una serie de actividades poco escrupulosas que el partido sólo consentía porque respondía a sus necesidades.

Dice un proverbio rumano que «el pescado empieza a oler por la cabeza»; el Estado legionario olía peor cada semana que pasaba. Con el apoyo entusiasta de muchos miembros de la Facultad, una comisión oficial se encargó de «la adaptación de la enseñanza superior a la estructura del Estado Nacional Legionario» estableciéndose inquisitivamente en escuelas y universidades. Antonescu tuvo razón al quejarse repetidas veces de las campañas legionarias para librar a las escuelas de sus enemigos políticos. «Están actuando como bajo el dominio bolchevique —advirtió a su gabinete—. En la Escuela de Agronomía, los legionarios están expulsando a los mejores estudiantes con la excusa de que no son del partido.» «Los maestros deben ser reeducados por sus propios alumnos», dijo el ministro de Educación; varios miles de estudiantes tomaron sus palabras al pie de la letra y aprovecharon para oponerse a sus mentores disconformes. Chicos y chicas en edad escolar eran elementos de las tropas de partisanos, animados por sus mayores a incrementar su actividad violenta, y en ocasiones asesina. Los miembros de los grupos nacionalistas rivales eran el blanco principal de la acción legionaria. Los cuzistas, especialmente, fueron perseguidos por haber apoyado la condena de Codreanu, pero ahora recibían su merecido. Abundan los testimonios de casos de cuzistas y de sus familias, incluso sus viudas, que fueron perseguidos, atacados, despojados, rotas sus esvásticas y confiscados sus libros.

Más inquietantes, sin embargo, eran los proyectos de los legionarios respecto al ejército. «El militar ya no debe pertenecer por más tiempo a una casta separada —escribió un reformador ominosamente—, debe preocuparse por todos los problemas sociales, políticos, culturales y económicos que afectan a su pueblo. El militar no debe ser por más tiempo un jefe impuesto por órdenes y reglamentos. Debe ser elegido por los soldados bajo su mando.»

Antonescu sospechaba que los legionarios estaban preparando un levantamiento no menos peligroso que una revolución bolchevique. Sabía que todas las células, en especial el Cuerpo de Trabajadores, estaban siendo armadas y entrenadas en luchas callejeras, prácticas de tiro y marchas nocturnas. Corrían por la ciudad rumores que de forma muy insistente hablaban de los asesinatos con arma blanca con que el movimiento se vengaría de todas las persecuciones pasadas hasta alcanzar el ambicionado poder total.

A finales de noviembre fueron asesinados en una noche sesenta y cuatro prisioneros, acusados de crímenes contra la Legión y encarcelados en el penal de Jilava, donde los restos de Codreanu y de sus trece compañeros estaban siendo exhumados. Al día siguiente raptaron a varios dirigentes de la oposición y los asesinaron; uno de ellos era el viejo conservador nacionalista, profesor Iorga. Y probablemente hubieran muerto más si la intervención de Antonescu, horrorizado, no lo hubiera impedido. Los asesinatos de

Jilava y el ensañamiento sobre sus enemigos precipitaron la crisis de la alianza, la cual fue aliviada por la intervención alemana que intentaba demostrar —según los informes de Sima— «que las cosas no debían tomarse tan trágicamente y que la venganza está a la orden del día cuando se producen cambios radicales de régimen en una nación y que Antonescu acabaría por comprender la situación».

Antonescu comprendió; el factor decisivo de su postura fueron los alemanes, y éstos cuidaban menos de la ideología de sus aliados que del orden de su régimen y de asegurar su paz interna y los suministros de petróleo, trigo y potencial humano que éstos les proporcionaban. Los alemanes tenían que convencerse de que los legionarios no daban razones de la inestabilidad, la carencia de experiencia, la incapacidad en gobernar y el caos y las disensiones creadas por ellos. Esto lo conseguirían con el tiempo, la cuestión estaba en conseguir desbancar al general; las dos partes procuraban conseguir el apoyo alemán, pero los legionarios eran los que llevaban las de perder.

Los asesinatos de noviembre afectaron poco a la popularidad de los legionarios. Sima declaró que, lejos de serle perjudicial esta muestra de determinación y poderío —los criminales no recibían castigo alguno—, les proporcionó un número tan elevado de nuevos miembros que tuvieron que cerrar la admisión. No obstante, Sima se quejaba de que «la extrema susceptibilidad de los representantes del viejo orden les hacía fijarse en la más leve transgresión de las leyes». Por esto dijo lo siguiente el 10 de diciembre en una alocución a unos estudiantes en Bucarest: «Es, verdaderamente, un sentimiento nuevo e inesperado ver cómo dejan que los cuerpos de los legionarios se pudran en las calles. Los autores de miles de crímenes e ilegalidades preguntan a los legionarios por qué no han sido santos y dioses, ellos que han matado a nuestro jefe, que no supo más que perdonarles y después de humillar y crucificar a nuestra juventud durante los últimos veinte años».

El gabinete político tenía mucho quehacer con los interminables crímenes y con las confiscaciones y latrocinios cometidos por los legionarios o por los que se disfrazaban como tales. Dispuesto Antonescu a llevar a cabo sus reformas, se quedó sorprendido ante las facilidades que le brindó la propiedad privada:

> Algún día se hará recuento de ellos... La opinión pública se mantiene en equilibrio y dentro de la legalidad, respetando la ley y el derecho. No aprueba ciertas formas de conducta, como son irrumpir dentro de las casas y llevarse su dinero y sus bienes. Esto son obras de bandidos..., yo no puedo aprobar una cosa así ni tampoco tomar las fortunas de los judíos, porque les pertenecen. El general Antonescu dijo (*sic*) que garantizaba a todo el mundo la fortuna y la propiedad y no estaba dispuesto a que viniese un cualquiera con camisa verde y se lo llevase todo.

Al poco tiempo, Antonescu acusó a Sima y a su ministro del Interior de bolchevizar el país: «Están sucediendo cosas terribles..., los bolcheviques se han apoderado del movimiento legionario». Bien podría ser que lo hubiese creído, o que fuera una maniobra para acabar con las veleidades anárquicas y sociales de sus rivales.

La tensión aumentaba. Corrían numerosos rumores acerca de un plan legionario para asesinar a sus enemigos políticos durante la víspera del Año Nuevo, para que Rumania entrara en él «libre de la porquería del pasado». La policía leal y el ejército unidos impidieron cualquier incidente. No pasó nada y probablemente nada hubiera sucedido, pero la situación reflejaba la tensión creada por los excesos legionarios. Las cifras oficiales, publicadas por Antonescu en una relación de aquellos días, probablemente exageradas, muestran la suma parcial de las hazañas cometidas por los legionarios antes del último levantamiento de enero de 1941, atribuidas exclusivamente a los asesinos de Jilava: 140 personas maltratadas; 323 personas raptadas o retenidas ilegalmente; 9 muertos; 88 casas violadas, la mayoría de ellas rumanas; 1.162 casos de «ventas» por confiscación; 1.081 propiedades «confiscadas» ilegalmente; 260 casas forzadas y ocupadas y 65 casos de pillaje. El mensaje de Año Nuevo de Antonescu apelaba a los legionarios como si se tratase de niños revoltosos:

> El país necesita tranquilidad, trabajo y hermandad. Recordad que el fracaso de los otros estuvo motivado por su voraz persecución tras el excesivo bienestar e interés..., no aflijáis a los demás con los sufrimientos que vosotros habéis soportado..., eliminad de vuestras filas a todo aquel que no haga lo propio..., los pueblos no se gobiernan con truenos destructivos... Los enemigos de la Legión y de la Patria se alegran de los excesos que algunos de vosotros cometéis...

Como probablemente esperaba Antonescu, sus advertencias no fueron atendidas, y el mes de enero de 1941 contempló la intensificación de las campañas legionarias para desacreditar al general como defensor de la ley y del orden. En la prensa extremista se sucedían exagerados ataques contra la burguesía, contra los ingleses (Antonescu era conocido como anglófilo) y contra los masones. Una incursión de la policía en las logias masónicas fue precedida de una comunicación prometiendo declaraciones sensacionales, en un intento para implicar a los amigos de Antonescu en la conspiración judeomasónica. «La Revolución no está acabada», afirmaba en su primera página el periódico legionario *Buna Vestire* («Buenas Nuevas») del 16 de enero.

Antonescu acababa de regresar de Alemania, adonde Sima se había negado a acompañarle; allí había sostenido una entrevista con Hitler, convenciéndose de que la cooperación entre ambos era imposible y de que uno de los dos sobraba en el poder. Parece ser que volvió con el apoyo del dictador e inmediatamente publicó un decreto aboliendo los comisariados de ru-

manización; fue el golpe más directo infligido al prestigio de los legionarios. La muerte del delegado alemán en la capital, a las cuarenta y ocho horas justas, fue la excusa para destituir al ministro del Interior y a su jefe de policía, nombrando en su lugar a militares de confianza. El nuevo ministro del Interior tomó las medidas pertinentes para destituir a su vez a todos los prefectos y jefes de policía legionarios y poner en su lugar a oficiales del ejército. En la mayoría de los casos se logró mediante una llamada a los interesados para que acudieran a una «conferencia» en Bucarest o en la capital de la provincia, no dejándoles volver.

Mientras tanto, vastas demostraciones de protesta organizadas por los legionarios en Bucarest, a consecuencia de la destitución del ministro del Interior, se convirtieron prácticamente en una sublevación. Se levantaron barricadas en los puntos neurálgicos de la ciudad y se enfrentaron a tiros con el ejército mientras eran ejecutadas doscientas personas, en su mayoría judíos, algunos de ellos con métodos brutales: eran colgados de los ganchos que utilizaban los carniceros para las reses muertas y los soldados apresados por la multitud eran quemados con petróleo. Pero ni el fervor patriótico alegado por ellos pudo disfrazar otros intereses más concretos. Cuando las luchas acabaron, se recobraron 144 camiones repletos de objetos valiosos robados.

Durante dos días se mantuvo incierto el resultado de la lucha. El dirigente del servicio secreto alemán en Bucarest, dio la espalda a la Legión y los círculos oficiales germanos apoyaron al general, con lo que expresaban claramente que Sima no debía esperar nada de los alemanes. El consejo que Hitler le dio a Antonescu por teléfono fue radical: «Después de la sangría, pegue fuerte y haga una limpieza completa...». El consejo fue seguido y la Legión desapareció por completo y definitivamente. Su dominio se extendió desde el 14 de septiembre de 1940 hasta el 23 de enero de 1941; algunas semanas más tarde, el 15 de febrero, el Estado Nacional Legionario era abolido. Como todo amante del peligro, pereció en él. De acuerdo con cifras oficiales, durante los días 21, 22 y 23 de enero perecieron 370 personas y 44 fueron heridas en Bucarest, y en otras partes del país murieron 46 y fueron heridas 78. Al mes siguiente, bajo la égida germana fueron apresados los restantes legionarios y ochocientas personas fueron a parar a prisión, donde todavía debe haber alguno.

La «rebelión» legionaria no fue más que la resistencia a dejarse eliminar del poder. También hay razones para suponer que se trató de un acto de propia iniciativa con el fin de apoderarse definitivamente de él, pero Antonescu lo impidió. Una vez más en el juego de la ilegalidad, las fuerzas del «orden» se acreditaron como más emprendedoras, expeditivas y efectivas que las de la revolución. Los gobiernos con que la Legión tuvo que enfrentarse se mostraron cada vez más hábiles en infringir la ley para usarla contra ellos. La historia de los legionarios es una tragicomedia llena de errores,

y Hitler, que sentía simpatía por Codreanu, en ningún momento hubiera dado un adarme por ellos. Los que escaparon a la purga se refugiaron en el ejército alemán y gracias a sus amigos germanos pudieron salvar la vida.

En marzo de 1941 un plebiscito aprobó por el 99,9 por ciento de los votos la creación de un «nuevo Estado de inspiración nacionalsocialista». Aunque la proporción pueda ser aparentemente exagerada, refleja fielmente la realidad, dado que con la eliminación de la Legión, Antonescu había incrementado considerablemente su popularidad. La Legión como tal había desaparecido, y muchos de sus antiguos miembros, entre los que se contaba el padre de Codreanu, que siempre había desaprobado los métodos de los jóvenes, apoyaron al general. El nuevo dictador se convirtió en objeto de idéntica adoración a la que gozó Codreanu, y que Sima degustó muy brevemente. En el prólogo de un volumen que recoge sus discursos, le vemos descrito como líder y visionario, filósofo, apóstol, padre, salvador, síntesis del genio latino, personificación de la tradición dacorromano y superhombre de una sencillez aplastante.

A despecho del aspecto fascista y de las campañas antisemitas que hubo de asumir, el gobierno del general fue eminentemente conservador. La invasión de Rusia al lado de Alemania en el verano de 1941, justificó todas sus cacareadas divisas de cruzadas antibolcheviques. Hubo ciertas sugerencias de un «imperialismo rumano» desde el Tisza al Bug, de inspiración cuzista, que no llegaron a nada práctico. Lo que los rumanos deseaban en realidad era una paz interna que no estaban dispuestos a concederle sus señores alemanes, ni tampoco los rusos. Los alemanes conservaban la vida de algunos destacados legionarios para amedrentar con ellos a Antonescu y usarlos como la espada de Damocles sobre la cabeza del general. Cuando, finalmente, Rumania obtuvo la paz el 24 de agosto de 1944, estos legionarios fueron puestos en libertad y se refugiaron en Viena, donde constituyeron un gobierno en el exilio, bajo la presidencia de Sima. Este gobierno títere reclutó sus miembros entre prisioneros y trabajadores rumanos que se encontraban en territorio alemán, logrando formar algunas unidades que entraron en acción antes de finalizar la guerra. En abril de 1945, cuando las tropas rusas se acercaban a Viena, Sima y su grupo huyeron a Alt-Ausse donde, escondidos, se dedicaron a esperar mejores días —el mismo Sima firmaba sus papeles con el nombre de Josef Weber—. Han salido a la luz varias veces y se encuentran en la hagiografía y las disputas de facción de los anales de todos los emigrados políticos.

¿Qué es lo que podemos anotar y aprender de este resumen superficial del movimiento legionario? En primer lugar, que en países donde todo el mundo es nacionalista, el nacionalismo no representa un movimiento extremista ni de Derechas, como el rumano que consiguió la independencia del país y sus vastas anexiones territoriales, ni implica una línea específica de acción. Tienen abundancia de divisas pero carecen de un programa. «El

chauvinismo» provoca una deficiente política económica y una xenofobia átona, pobreza y estancamiento; no obstante, sus líderes prometen remediar la situación y dar respuesta a todos los problemas. La Legión no fue el único movimiento que sintió la necesidad de escapar a la realidad. Codreanu fue reflejo de un sentimiento general de preferencia por la magia, que otros prestidigitadores habían iniciado antes que él. Sus respuestas a los problemas rumanos eran «religiosas», problemas que venían a ser, fundamentalmente, del espíritu —la nación estaba en lucha consigo misma—. En otras palabras, los problemas económicos rumanos no podían ser solucionados más que por una revolución de tipo ideológico, posición que, conscientes de ello, los comunistas adoptaron.

Pero la libertad de acción de Rumania fue muy limitada a causa de los intereses de los grandes poderes, por una parte, y por la dependencia económica y tecnológica, por otra. Estos factores, que dominaron todo el siglo XIX, permanecieron en el siglo XX como consecuencia del engrandecimiento territorial de la nación, creando situaciones muy similares a las que hoy día podemos encontrar en los países latinoamericanos o en ciertas naciones nuevas de Asia y África: el uso del Estado como instrumento de occidentalización; el crecimiento de la burocracia, que casi se convierte en una clase social y la corrupción de esta clase ya casi estructural, el papel vital de los grupos extranjeros minoritarios, con el consiguiente resentimiento de los naturales y, como contrapartida el desarrollo de una clase media y de una intelectualidad nativa, añadiendo su conflicto con los elementos extranjeros, que empezaron por desarrollar el comercio, la industria y las profesiones, las clases altas y los políticos gobernando como emigrantes en potencia, colocando grandes fondos en Bancos extranjeros y socavando la bandera nacional por su falta de fe en el futuro de la patria, el afán de las clases educadas por escapar hacia los centros cultos de Occidente, compartiendo las maneras y modas de éste, unido a la fascinación de la juventud por la política y los asuntos extranjeros y la tendencia a evadirse de las dificultades internas y, finalmente, aunque no menos importante, la tendencia a reaccionar contra la amenaza del exterior, demasiado poderosa para ser combatida, transformándose en ataques a las minorías locales (los no eslavos, como los judíos), fueron válvulas de escape para el descontento popular, que iba a la caza de las impotentes víctimas de la presión externa.

En todos los aspectos, las condiciones rumanas eran similares a las de las naciones postcoloniales, con sus vastas masas de campesinos, sin otro sostén que la agricultura y mirando a la técnica occidental como algo extraño que crea la revolución industrial, donde las masas no son causa sino objeto.

Así pues, no es extraño que la mayoría de los nacionalistas rumanos fueran populistas y tradicionalistas, opuestos a las técnicas modernas, incluso más de lo que lo hicieron en ocasiones los comunistas. El partido iz-

quierdista y campesino más importante parece haber coincidido en esto con los del ala derecha radical. Aquí hay otra particularidad de la situación rumana: la formación y el espíritu de la «inteligencia» rumana fue rural. Todos amaban al campesino y veían en él la reserva de las energías nacionales y la fuente de un posible renacimiento del país. «Somos un país de campesinos —había escrito Eminescu— y debemos edificar nuestra casa a la manera campesina.» Cuando la Legión se hizo eco de este sentir no lo hizo de forma muy diferente a la de otros países, pero su estructura sociocultural fue distinta. En Rumania, como en Argelia o Egipto, dirigirse al campesino es dirigirse a las masas.

Pero los dirigentes legionarios pertenecían a la alta clase media, eran hijos de campesinos acomodados, de sacerdotes o de maestros, procedentes de las clases pobres, caso semejante al que, al parecer, rige en todos los países postcoloniales actuales. Con todo, el hecho de pertenecer a la clase media no significa nada, pues muchos dirigentes socialistas y comunistas han salido de dicha clase. Lenin y Trotsky pertenecían a ella, no sólo por nacimiento sino por educación y dedicación; ni la formación seminarística de Stalin ni la de maestro de Zinoviev les impidieron actuar como revolucionarios.

Lo que decide la orientación de un hombre no son sus orígenes sociales sino sus valores. Codreanu no fue empujado por los valores de la sociedad en que se movía sino por su cambio radical, lo que le convirtió en un revolucionario también radical. Verdaderamente, muchos de sus ideales estuvieron asociados con los de la burguesía occidental —trabajo, familia, honradez, patria y justicia—, pero el ideal de riesgo personal que defendía ignoraba la seguridad, su romanticismo despreciaba el provecho propio, y su espíritu joven amaba el riesgo y la aventura. Por otra parte, los ideales occidentales, en sí, no habían sido aclimatados en Rumania; aunque hubieran logrado introducirse en el país, no hubieran cambiado el aspecto nacional de la doctrina de Codreanu; llegado el caso, hasta los mismos ideales burgueses pueden convertirse en radicales, como sucedió en la tan aborrecida Revolución Francesa.

En sus reivindicaciones del criticismo, él y sus seguidores no estaban muy lejos de la latente tradición rumana. Se fundaban en las observaciones y conclusiones que compartían con otros, y fue por llevar a la práctica estas conclusiones por lo que se convirtieron en peligrosos radicales, más que en críticos de taberna. Por esta rapidez en actuar y llevar a la práctica lo que otros expresan con ideas, es por lo que se identifican como extremistas.

Un grupo extremista es un grupo «alienado», escribía Edward Shil en *The Torments of Secrecy* (Glencoe, 1956). Tal identificación entre extremismo y alienación no se aplicó a ellos más que *a posteriori*. Y no fue la alienación lo que hizo que la Guardia de Hierro fuese extremista, sino las persecuciones. En Rumania este concepto puede aplicarse mejor a las clases

gobernantes urbanas, comerciales y de profesiones liberales. Sus ideas y sus formas —muchas de ellas recomendables— eran extrañas a la tradición local y a las condiciones que esperaban transformar. La Legión, por el contrario, diremos que se encontraba, aplicando una metáfora, como pez en el agua. Sus referencias a la tradición eran un ataque a la realidad corrompida y a sus defensores, que en su mayor parte procedían de la nobleza terrateniente y de la baja clase media.

Los legionarios recuerdan la mentalidad fundamental descrita por Alan F. Westin en su ensayo de la «John Birch Society» (en *The Radical Right*, editado por Daniel Bell. Carden City, 1964). Ambos defienden la existencia de una conspiración total y de soluciones totales, ambos «rehusan creer en la integridad y patriotismo de quienes dirigen los grupos en el poder», ambos «rechazan el sistema político y fustigan a los políticos», ambos renuncian a los medios existentes para solventar los problemas del momento, a favor de «panaceas drásticas que requieren un mayor cambio social» y ambos defienden la acción directa, máxime la de la violencia premeditada.

El aspecto social de ambos grupos y las causas y problemas que intentan resolver, así como las circunstancias en que éstos se desarrollan, son bastante diferentes; un supuesto de influencias teórico-conspiradoras apenas existe en la propaganda legionaria; su escasa estima hacia la integridad y el patriotismo de los dirigentes era más que justificada; el sistema, los partidos y los gobernantes a los que atacaban, estaban corrompidos; las condiciones existentes reclamaban soluciones drásticas; la acción directa en que fueron a parar refleja el trato que la nación les dio, y su mística de persecución y martirologio no sólo fue provocada para obtener un efecto intoxicante, sino que la desencadenaron los mismos acontecimientos.

Desde luego, el mayor contraste se producía en las diferencias reinantes entre opulentos y míseros, entre un movimiento de un pueblo relativamente próspero en una sociedad relativamente próspera, y otro hambriento y amargado en una sociedad subdesarrollada. Llegamos a la conclusión de que tanto los nacionalistas rumanos como los legionarios estuvieron muy lejos de estar alienados, como sus compañeros occidentales, sino que su postura reflejó las necesidades populares y defendieron las aspiraciones del pueblo, aunque sin darles nunca solución.

En Rumania el lenguaje de los políticos y la pretensión de libertad y democracia se alejaba tanto de la verdadera realidad que una inmensa zona separaba los medios constitucionales del poder de la práctica, cuya efectividad mantenía a los no conformistas fuera de combate; con lo que no consiguieron más que agudizar el sentimiento de frustración de los idealistas y los jóvenes ambiciosos, que no encontraron campo donde desarrollar sus aspiraciones y energías.

El estancamiento económico y la depresión fueron de tal amplitud que no dieron ocasión ni para el modesto orgullo del consuelo, mientras que

el fracaso y la incapacidad de los grupos dirigentes desacreditaban al Gobierno y la corrupción era general. Los rebeldes despreciaron la situación dada casi tanto como la odiaban. Cuando el Gobierno, desacreditado por su continuo fracaso, quiso incorporar los elementos revolucionarios a las tareas gubernativas, las masas estaban tan indiferentes y apáticas que no dio resultado alguno. El país estaba maduro para la revolución, pero tenía que contar con que el ejército y la policía permanecían leales al rey, por lo que solamente la intervención extranjera podía cambiar la situación, como sucedería en 1940.

Este momento coincidió con el apogeo y la llegada al poder de la Legión. Si hubiera estado dirigida por Codreanu, a buen seguro que hubiera llevado las cosas de forma muy diferente; existían miembros antiguos que insistían en los consejos de la Legión para que se diera el poder a los hombres capaces de sostener las responsabilidades del cargo. Pero Codreanu estaba muerto y los miembros más prudentes desatendidos. La Legión en el poder fue un terrible fracaso. Se gastó en pocos meses un gran capital nacional y las realizaciones nunca coincidieron con los ideales.

El motivo del fracaso de sus ideales fue debido a su carácter negativo y a su mala dirección. Ni el desacierto ni el despilfarro son suficientes para condenar un régimen en funciones, es la historia la que debe hacerlo. Unos regímenes, como la Revolución francesa, han derrochado energía y riqueza en nimiedades y otros han excomulgado a las minorías radicales y han sobrevivido. Si los legionarios no lo hicieron fue debido a la incapacidad de mando de sus líderes. En una carta privada a Codreanu, Ion Mota se lamentaba de «su incapacidad para ciertas formalidades administrativas, que no dan como resultado más que grandes gastos». Esta falta de atención a los detalles rutinarios, contra la que Codreanu luchó toda su vida en sí mismo y en los demás, esta sentimental *schlämperei* tan característica de los rumanos fue lo que les hundió.

Más importante que el aspecto político es la errónea visión de la realidad de los legionarios, su falta de perspectivas y su costumbre de mitificar cada momento de la vida. Las mismas cualidades que les convirtieron en héroes y mártires les impidieron comportarse como seres inteligentes. La Legión siempre había clamado por el hombre y se ufanaba de no necesitar programas, pero, una vez en el poder, cuando tuvo necesidad de ambos, se encontró desprovista de ellos. Por excelente que pueda ser la obra de Alejandro Dumas padre, el código de un mosquetero y de un samurai puede servir muy bien para un luchador callejero, pero nunca formará un gobernante. Una vez en el poder, el extremismo radical debe ser, si no más moderado, al menos más constructivo o de mayor alcance. Los legionarios optaron por la última alternativa, menos por principios que por necesidad. Pero ellos eran así; si hubieran sido de otro modo no hubieran lle-

gado a la cumbre; no habrían hecho lo que hicieron ni hubieran aguantado tanto tiempo. Pero una vez en el poder, salvo honrosas excepciones, carecieron de las condiciones necesarias para mantenerse en él. Fracasaron y perdieron.

BIBLIOGRAFÍA

El material para un estudio completo del movimiento Legionario es lamentablemente escaso. Los ejemplares de periódicos y revistas rumanos en las colecciones occidentales son pocos e incompletos. Los autores que han tocado el tema ha sido más bien bajo el aspecto de partidarios y propagandistas. Los legionarios que se refugiaron en el Oeste, publicaron o reeditaron muchos trabajos con la suma de sus actos y tratados sobre su doctrina y análisis, pero el caso de la Legión jamás ha sido presentado detalladamente. El régimen de Antonescu ha aportado una documentación muy completa en este sentido: *Asasinatele dela Jilava* (Bucarest, 1942), y *Po Marginea Prapastiei* (Bucarest, 1942), 2 vols.; naturalmente, ambos libros son contrarios a la Legión, pero ofrecen una información masiva del período del Estado Nacional Legionario.

Se encuentran buenas informaciones de la Rumania de entreguerras, tiempo en que la Legión fue figura preeminente, en la obra de HENRY ROBERTS: *Rumania: Political Problems of an Agrarian State* (New Haven, 1951), y en la de HENRY PROST: *Destin de la Roumanie* (París, 1954); también hay una historia muy parcial escrita por un sacerdote legionario, STEFAN PALAGHITA: *Garda de Fier* (Buenos Aires, 1951). Se han publicado muchos libros en varios idiomas acerca de Codreanu y su movimiento: *Die Eiserne Garde* (Berlín, 1939), de KLAUS CHARIE; *Vida y Doctrina de C. Z. Codreanu* (Barcelona, 1941), de Tomás Escolar; *La Guardia di Fierro* (Florencia, 1938), de ALFONSO P. PINOTTI; *C. Codreanu. Pensieri e massime di vita* (Roma, 1940), de G. ROSSI DELL'ARNO; *Mussolini e Codreanu* (Palermo, 1942), de EMINARD SALEO; *L'Envoyé de L Archange* (París, 1939), de JÉROME y JEAN THARAUD; *La Guardia di Ferro* (Florencia, 1938), de LORENZO B. TUA. En 1942 una tesis doctrinal de la Universidad de Leipzig trató del hechizo del movimiento en el poder: *Die Verfassung des rumänischen national-legionären Staates,* de KLAUS G. HEUTZEN.

Las memorias de Codreanu: *Pentru Legionari,* de las que hay versiones italianas y alemanas, la colección de sus circulares y manifiestos: *Circulari e Manifeste* (Omul Nou, 1951), los manuales que editó: *Cârticica Sefului de Cuib* (Bucarest, 1933), e *Indreptaru Fratiilor de Cruce* (Bucarest, 1935); sus notas de prisión: *Insemnari dela Jilava* (Omul Onu, 1951), y la relación de su último juicio: *Adevarul in Procesul lui Corneliu Z. Codreanu* (Bucarest, 1938), nos quedan como un excelente material, junto con los trabajos de sus colaboradores más íntimos: *Cranii de Lemn* (Sibiu, 1936), de ION MOTA; *Crez de Generatie* (Bucarest, 1937), de VASILE MARIN; *Din Lumea Legionara* (Omul Nou, 1951), de VICTOR P. GARCINEANU, y *Capitanul* (Bucarest, 1936), de ION BANEA.

El mejor aspecto documental de lo que constituye la doctrina legionaria se puede estudiar en las dos mayores series de publicaciones: «Biblioteca Verde», publicada en Roma por Constantin Papanace, y «Omul Onu», publicada en Alemania por los amigos de Horia Sima. De los propios escritos de Sima, los más interesantes son:

Misçarea Legionara si Democratia (Omul Onu, 1955), *Dos Movimientos Nacionales. José Antonio Primo de Rivera y Corneliu Zela Codreanu* (Madrid, 1960), y *Cazul Iorga-Madgearu* (Madrid, 1961).

Los trabajos de N. Iorga suelen ser útiles, así como los de A. C. Cuza, casi inobtenibles en el Occidente. En ausencia de otras obras se pueden consultar: *Un Junimist Antisemit: A. C. Cuza* (Madrid, 1956), de PAMFIL SEICARU. Seicaru, que fue entreguerras el editor-publicista de un periódico derechista, hostil a la Legión, reconciliado luego con ellos, nos ha dado la historia de la política de entreguerras en sus dos volúmenes: *Istoria Partidelor National, Târanist, si National Taranist* (Madrid, 1963). Los discursos de Armand Calinescu fueron publicados en *Noul Regim* (Bucarest, 1939), y en *Catre Români* los de Ion Antonescu (Bucarest, 1941). Sobre el período de Antonescu y sus preliminares, se pueden consultar: *Memorial Antonescu* (París, 1950), de G. BARBUL; *King Carol, Hitler y Lupescu* (Londres, 1942), *Rumäniens Weg zum Satellitenstaat* (Heidelberg, 1952), de ION CHEORGHE; *Hitler, König Carol und Marschall Lupescu* (Wiesbaden, 1954), de A. HILLGRUBER; *Marschall Antonescu* (Essen, 1943), de H. LAEUEN, y también, en un plano más general, la documentada monografía de MARTIN BROSZAT: *Das Dritte Reich und die Rumänische Judenpolitik* (Munich, 1958). Broszat y Hillbruger indicaron en sus notas los importantes documentos alemanes hechos públicos después de la guerra.

Referente a la Legión tenemos artículos ocasionales por arrepentidos supervivientes del periódico rumano comunista, *Glasul Patriei*. Ejemplares del legionario *Buna Vestire*, el cuzista *Porunca Vremii*, y el *Curentul* de Seicaru, pueden hallarse en la Biblioteca Nacional Austríaca de Viena. La Biblioteca Alessandrina de Roma posee ejemplares del *Cuvântul* de Nae Ionescu y de otros periódicos simpatizantes con la Legión y su causa, como *Gandirea* (Pensamiento). Pero cualquier intento para un estudio más completo debe esperar a que se abran las colecciones rumanas.

EPÍLOGO

En vista del comentario de un lector que afirma que los autores de las páginas precedentes no han tratado tanto el fenómeno distinto denominado la Derecha como las variedeades de conservadurismo, parece apropiado establecer una vez más lo que los editores tuvieron en mente cuando se pensó en este volumen: «Sin desear imponer nuestras preferencias y puntos de vista —escribimos a nuestros colaboradores— hemos establecido ciertas bases para delimitar el sentido de la Derecha por la presente obra y esperamos que estas bases sean compartidas por ustedes. Son las siguientes: La Derecha es un fenómeno relativamente reciente (de los últimos 60 ó 70 años), característicamente postliberal (o postdemocrático) y postindustrial; como reacción a la liberalización de la vida política, fue más violento y radical que el deseo conservador de preservar los privilegios o el *statu quo*, y ello implicó agilidad de acción política con alguna o toda clase de técnicas y llamamientos sacados a colación tanto por los partidos de masas de la democracia y de la Izquierda, como por los noveles». Con otras palabras, significa hablar acerca de un nuevo fenómeno en el pensamiento y en la política europea que, a pesar de tener muchos puntos de contacto con otros miembros o espectros políticos derechistas, deseaba ser, y de hecho lo fue, distinto a ellos en aspectos muy importantes.

Nuestro propósito era tratar la aparición de la nueva Derecha y describir cómo llegó a distinguirse del conservadurismo, del autoritarismo tradicional y de la reacción.

Los colaboradores aceptaron nuestra definición, aunque no necesariamente nuestra terminología, y continuaron catalogando como pertenecientes a la Derecha a hombres y movimientos que nuestra clasificación, más rígida, hubiera considerado conservadores o reaccionarios. Sin embargo, la práctica matizó la distinción y el nuevo fenómeno se caracterizó como violento, radical, intransigente, extremista, moderno o totalitario; en resumen, la antítesis del conservadurismo clásico que frecuentemente se nos ha descrito como temperado, compromisario y oportunista, partidario de las instituciones y valores heredados, de los privilegios (o de la estabilidad económica y social) y temeroso de las pasiones políticas y de las opiniones de masa.

Algunos de los colaboradores (e incluso los editores) no se limitan a una discusión definitoria de la Derecha. Se sienten obligados a narrar las formas de oposición a la liberalización política y económica y a las reformas socioeconómicas. Se les ha permitido esto, porque naturalmente, como historiadores que son, vislumbran diversas formas de ilustrar las diferencias y divergencias entre la nueva y la vieja Derecha, pero en el proceso seguido, también demostraron, quizá inconscientemente, una cierta continuidad de temas y actitudes entre las dos Derechas, como la identificación entre ambas en la oposición a liberales y socialistas. En materias tales como «nacionalidad» y «raza», relaciones entre dirigentes y dirigidos, impuestos y beneficios, y bienestar o poder, la nueva Derecha hablaba con frecuencia en un tono que recordaba un vocabulario y unas perspectivas preindustriales, predemocráticas o tradicionales.

¿Quiere esto indicar una continuidad esencial, una intrínseca identidad, y que la Derecha estaba enraizada en la esfera conservadora y retuvo siempre unas mismas características? Podemos responder que sí, pero sólo parcialmente y en diversos grados y posturas. En ninguna parte la Derecha se despoja de los llamamientos y falacias tradicionalistas; en todas partes su radicalismo, su voluntad de dirigirse en otras direcciones apenas es proporcional al grado en que tiene que operar dentro de un medio radicalizado o traumatizado por repentinos cambios y presiones severas en el orden económico, social y político.

A ambos extremos del continente, por diferentes razones, Inglaterra y la Rusia zarista intentaron poner toda clase de impedimentos al desarrollo de un radicalismo de tipo derechista, al tiempo que los dos países eran los menos influidos por las olas revolucionarias del año 1848; en uno, debido a unas instituciones establecidas (parlamento, sistema de partidos, estructura de clases) que habían comprobado su flexibilidad al absorber los impactos del modernismo y el cambio, donde tardó largo tiempo en suceder lo que era ya normal en otros países; y en el otro porque el rígido absolutismo resistió a la modernización política y fue capaz, casi hasta su final, de retener el monopolio político, imposibilitando el desarrollo de un movimiento de Derechas o su necesidad aparente.

Precisamente en estos países las tensiones creadas por la industrialización y por la protesta social, ante la novedad del combate político, o bien a causa de la derrota en la guerra, no habían sido todavía dominadas cuando la Derecha descubrió su expresión característica. Donde la madurez de Inglaterra y el atraso de Rusia dieron lugar a la escasez, donde lo viejo y lo nuevo, las políticas parlamentarias y la estructura paternalista, una industria moderna y una feudal o semifeudal agricultura vivían difícilmente una al lado de la otra, la Derecha hizo su aparición para traer la respuesta a problemas que ni las antiguas ni nuevas instituciones o procesos eran capaces de sostener con eficiencia. Por otra parte, en estos lugares la Derecha

era más derechista que en cualquier otro sitio, debido a que el conservadurismo y la reacción habían cedido el paso al liberalismo y al socialismo o se habían comprometido con ellos, minando la creencia en su validez y viabilidad. Cuando las viejas lealtades estaban desapareciendo y las nuevas todavía no gozaban del asentimiento general, donde los objetivos de autoridad tradicional y obediencia habían sido disueltos y los nuevos de acuerdo y concordía aún no se habían implantado, la Derecha podía presentar una llamada universal, pregonando su identificación con el legado y la herencia superiores del pasado (grandeza nacional, unidad, disciplina, orden y orgullo), sin ser su prisionero.

Los rojos y la Reacción, según el anatema nazi, eran los enemigos; aunque Hitler hubiera sido presentado miles de veces como superior a Federico el Grande y a Bismarck y como tercer miembro de una trinidad nacional y autoritaria, su movimiento hacía especial hincapié en su intrínseca novedad. Fue, como su nombre proclamaba, nacional y socialista a la vez; creían en el principio de la dictadura —cuyos dogmas ofrecen gran similitud con el ideal germánico de la monarquía—, y sin embargo, se llamaban a sí mismos partido de trabajadores; si atacaban al régimen de Weimar y a la república parlamentaria, no significaba por ello que estuvieran dispuestos a volver a un modo de vida política del que las masas estuvieran excluidas. Mosley dijo en Inglaterra que el fascismo era un producto moderno, de acuerdo con las necesidades de la época, y una llamada que los derechistas rusos no se atrevieron a hacer porque para ellos las raíces del pasado —la monarquía autócrata, un sistema político antiliberal, la opresión de las masas descontentas y una minoría apegada a sus privilegios—, no habían sido removidas por la revolución ni las reformas.

Y aunque en los países en los que se había dado este caso la Derecha se convertía, comúnmente, en aliado de los intereses e instituciones denunciados por ella misma como atrasados y egoístas —grandes negocios, industria, iglesia, monarquía—, nunca se transformaba en su sirviente. Pero de hecho, el radicalismo y populismo de la Derecha raramente son sostenidos por ésta una vez en el poder; su radicalismo es más una especie de lenguaje, estilo y conducta que un programa económico-social; las tendencias y motivaciones de sus seguidores son con frecuencia conservadoras, nacidas ante el temor y la necesidad del cambio. Todo esto evidencia que la Derecha es una clara contradicción, que en realidad tiene más en común con los conservadores que con los izquierdistas, y que es una prolongación del conservadurismo.

Por otra parte, puede concederse sin dificultad que, a despecho de ciertas similitudes —particularmente en la forma de organización y control político—, la extrema Derecha casi nunca es la contrapartida de la extrema Izquierda en su radicalismo social y económico. A este respecto, *les extrêmes se touchent* es un notable aunque no muy exacto aforismo. Los extre-

mos se parecen en su extremismo, pero en el caso en que uno de ellos esté preparado para dominar cuestiones de contenido, su lejanía de la Izquierda le lleva a unirse, automáticamente, con más intensidad al conservadurismo. Precisamente, por su ecléctica mezcla de diversas tendencias, la Derecha pudo representar algo nuevo y sin precedentes en la escena política europea. Donde estuvo más profundamente dividida con la Izquierda sobre objetivos económicos y sociales también difirió radicalmente del clásico conservadurismo en el estilo y prácticas políticos, hasta el punto que las diferencias de grado se convirtieron en diferencias de esencia.

El autoritarismo del fascismo o nazismo no fue una simple forma exaltada de autoritarismo antiguo. Con su crueldad, su exaltación del poder sin límites, su criminalidad, su determinación en el empleo de los instintos elementales del hombre a gran escala y su intrusión en todas las esferas de la vida pública y privada, los extremistas de la Derecha eran verdaderamente radicales o estaban tan alejados de los conservadores como de liberales y socialistas. Abjurando de las restricciones de una moral convencional, al igual que de las doctrinales —incluso de la propia—, en nombre de una afirmación de vitalidad y acción, la extrema Derecha no permitió que lealtades, principios u obligaciones se interfirieran en su marcha dinámica hacia un objetivo vagamente definido y poco específico.

Cualquiera que sea su diferencia o su régimen, quede claro, a través de estos ensayos, que las variantes entre la Derecha son más pronunciadas si cabe que las de la Izquierda, y esto dificulta su generalización para llegar a una definición universalmente válida.

Pero la dificultad en construir una Derecha típica e «ideal» revela también algo del carácter que hemos tratado de definir. Así, nacionalismo aparte —el nacionalismo no es monopolio de ningún campo—, la Derecha carece del dividido compromiso doctrinal del liberalismo o del socialismo; esto evita formulaciones ideológicas, lo que hace que generalmente sea inferior intelectualmente a sus oponentes, haciendo de la necesidad una virtud. Carece de una ideología consistente, de lo que resulta a la vez un elemento de fortaleza y una fuente de debilidad. Las ventajas se presentan en forma de gran flexibilidad táctica y de facilidad en atraerse el apoyo de todos los puntos del momento político; pero las desventajas se manifiestan en las frecuentes luchas por el poder, en desacuerdos personales y en una gran rivalidad interna que tantas veces privó a la Derecha de una disciplinada efectividad, incluso siendo más numerosos que sus enemigos. Los bolcheviques creen que para estar unido y ser efectivo un movimiento revolucionario ha de poseer y guiarse por una doctrina revolucionaria, caso que no se dio en la Derecha, que siempre careció de una opinión única y unilateral y de una dedicación a un punto de vista de la historia y de la sociedad complejo y elaborado.

Salvo error, la de Maurras fue, quizás, la más importante; en la Derecha

no apareció ningún Lenin ni ningún Trotsky, pocos Jaurès o Bebels, y ciertamente ni un Marx ni un Engels. En lugar de dedicación filosófica o mera dedicación al estudio, en lugar de puritanismo revolucionario y autonegación, sólo tuvo una desordenada vanidad y egoísmo, ostentación y avaricia, y el simple traje militar de Hitler, que puso en evidencia la variedad de los uniformes de Goering y las bufonadas públicas y privadas de Mussolini y sus jerarcas.

Con un vistazo general nos damos cuenta que la mayoría de los dirigentes derechistas que han figurado en estas páginas poseían muy poca nobleza y amplitud mental o grandeza de carácter y sí, en cambio, mucha banalidad y mezquindad —aunque muchos llegasen a alcanzar un gran poderío—. Estos esbozos caracterológicos, a pesar de su brevedad, ayudan a explicar la razón de muchos fracasos de la Derecha y la brevedad de sus éxitos.

La diversidad del fenómeno derechista se ve aumentado por el nacionalismo militante, que es su constante componente y asiduo acompañante. Cada movimiento derechista proclamaba a la nación su historia, su carácter y su futuro como bien supremo, e insistiendo en la uniformidad de la experiencia nacional, se afirmaban a sí mismos. El mecanismo de cada movimiento fue el mismo y similares sus propósitos, pero fueron muy significativas las diferencias de contenido y énfasis. No es necesario aceptar la teoría de un carácter nacional biológicamente fijo para reconocer que la Derecha alemana, en virtud de su germanismo —visto como reflejo de la experiencia histórica y de la expresión de las mismas aspiraciones—, fue diferente en estilo y objetivos del maurrasianismo o de la Derecha italiana, y por lo tanto pudo ser lógico que no existiera armonía entre ellos.

Por otra parte, si Mussolini falló en su empresa de convertir a los italianos en leones, su fracaso se puede atribuir en gran medida a las cualidades intrínsecas del carácter italiano —un sabio escepticismo, nacido del conocimiento de muchas reglas— que le engañó al considerarlo como intrepidez imperial.

Si el racismo y el antisemitismo no fueron compañeros universales del nacionalismo derechista, son un claro testimonio del nacionalismo específico de la Derecha.

Aunque el nacionalismo («nacionalsocialismo») hizo posible, a veces, el tender puentes sobre los abismos que separaban a clases y partidos y la creación de la imagen de una comunidad nacional armoniosa, también privó a la Derecha de una dimensión internacional. El proletariado internacional puede ser una extrema imposibilidad, un sueño generoso o una descarada decepción, pero el llamamiento a la unidad a los trabajadores de todo el mundo tiene un impacto real y emocional, y una cierta efectividad política. La misma divisa «nacionalistas de todo el mundo, uníos» no carece de sentido, y el racismo de Hitler y su visión de una nueva Europa gobernada por una élite internacional de sangre y raza deben ser considerados

como un intento de sobrepasar las limitaciones del nacionalismo, y de hallar un equivalente que lograra la solidaridad internacional de las clases trabajadoras.

Todo esto fracasó, con lo que nunca llegó a existir un genuino internacionalismo en la Derecha — aunque el profesor Nolte cree que lo hubo en España —. Mussolini fue un modelo para muchos derechistas, pero logró apoyo sustancial de muy pocos, únicamente del Heimwehr austríaco y del partido rexista y de su líder Degrelle; el apoyo de los nazis a los movimientos de Derechas fue más bien un preludio de la infiltración y conquistas germanas, llegándose a un punto en que los derechistas belgas, húngaros y rumanos consideraban a los nazis alemanes como enemigos nacionales más que como aliados ideológicos.

La Derecha, como movimiento político, también carece de una relativa uniformidad y una base común de clase, lo que contribuye a la dificultad de una generalización. Prácticamente en todas partes la Derecha proclama su intención de hallarse por encima de toda clase y partido y de representar no a una clase sino a toda la nación; desaprueba la estrechez de miras de los intereses particulares y de grupo, aunque explota y saca ventaja de sus injusticias; pretende hablar en nombre de unos grandes y generosos ideales: Estado, nación o raza. Y a pesar de que la invocación de una comunidad más grande y de que los intereses materiales o de clase no son más que propaganda política y retórica, es también un reconocimiento de las realidades de la política europea. La novedad de la Derecha consiste precisamente en esto, en que ve la futilidad de querer encajar en una estructura sociopolítica, donde la clase alta, media o trabajadora han dado por costumbre y tradición sus votos al partido conservador, liberal o socialista.

Este dominio casi total del escenario político fue desafiado, aunque no decididamente, por los partidos confesionales, regionales y agrarios. Esta forma de desafío, a partir de una base limitada, no le era dada a la Derecha, y los nuevos grupos derechistas tomaron, por esta causa, unos nombres determinados tendentes a evidenciar su carácter amplio, evitando ser designados como partido, o proclamando que ellos eran algo más que un partido convencional. Eran y se llamaban a sí mismos, movimientos, ligas, uniones de patriotas y nacionalistas de todas clases; si bien, al igual que el predicador Stoecker, de Alemania, incluían a los obreros en sus títulos y llamamientos pronto cambiaron, ya que el proletariado se inclinó hacia los sindicatos y partidos que habían luchado por la obtención de los derechos políticos y económicos de la clase trabajadora.

Los fuertes lazos formados por las costumbres, intereses y pasiones, que prevalecieron durante tanto tiempo en la vida política europea, no fueron, sin embargo, las únicas razones de la incapacidad de la Derecha para llegar a estar firmemente identificada con una estructura social, ni siquiera para intentarlo. La realización, compitiendo con los partidos existentes en sus

propios términos, presentaba pocas oportunidades; se combinó en algunos casos con un sincero deseo de no exacerbar los conflictos sociales. A todo esto se añadía la certeza de que el interés económico o de clase ya no eran guías seguras para la conducta o preferencia política.

Después de todo, las complejidades de la sociedad moderna habían creado antiguas categorías de clasificación social inadecuadas a los países más avanzados, con el resultado de crecientes cantidades de hombres que resultaban inaccesibles a los llamamientos dirigidos a las clases con las que no se encontraban claramente identificados. La primera Guerra Mundial, que descompuso el orden de tantas cosas, aceleró este proceso que ya había comenzado a extenderse por países hasta entonces inmunes, con el resultado de que las alianzas políticas saltaron cada vez más las barreras sociales. Trabajadores, clérigos y empleados, artesanos oprimidos y tenderos, oficinistas, burócratas e intelectuales (pasados, presentes y futuros), becarios y aristócratas empobrecidos, labriegos cargados de deudas, sirvientes domésticos amargados y trabajadores manuales, todos podían figurar, en un momento u otro y en proporciones diferentes, como miembros o votantes de la Derecha.

Esto no quiere decir que el análisis de clase o de creencia política no pueda realizarse o no tenga ningún valor; el profesor S. M. Lipset ha demostrado lo contrario en sus investigaciones de «fascismo, Izquierda, Derecha y Centro» (*Political Man,* Nueva York, 1960 y 1963).

Pero la correlación entre las clases y las políticas en los movimientos descritos por nuestros colaboradores no fue uniforme, estable o clara. Es significativo que los movimientos derechistas evitasen, explícitamente, cualquier identificación con una clase. Si una variante de la Derecha, el fascismo, es, de acuerdo con Lipset un movimiento de la clase media, liberal en principio, ello se debió a que dicha clase se convirtió en una categoría tan diversa, numerosa y compleja, que perdió las características diferenciadoras que la hicieron destacar en la mayor parte del siglo XIX. Los votos de la clase media ayudaron a los fascistas en la consecución del poder, pero no lo convirtieron en un partido de las clases medias en el sentido exacto de la palabra. Es cierto, que queda mucho trabajo pendiente para los historiadores y sociólogos, al igual que para los investigadores políticos y psicólogos, en lo que respecta al examen de las clases sociales de los movimientos políticos de la Derecha radical. Éste es el camino para fijar sus rasgos específicos y característicos.

Lo que queda establecido como absolutamente claro es que la nueva Derecha no creó partidos de clases, al estilo de los que Europa había conocido en el siglo XIX, pero no cabe duda que hallaron, según señalaron algunos de nuestros autores, eco más amplio en un estrato social que en otro; principalmente entre los individuos de la clase media que se sentían desarraigados o amenazados en su identidad de clase.

El verdadero problema de clases en política fue establecido por la Derecha en términos que representan una agrupación en busca de nuevas fórmulas para expresar las nuevas y cambiables complejidades de la estructura social, así como el hecho de que en una época de intensa competencia internacional el Estado a duras penas podía esforzarse en enajenar cualquier parte substancial de estos sujetos.

Entre los partidos liberales y democrático, durante y después de la segunda Guerra Mundial esta realización condujo al concepto del Estado próspero. Medio siglo antes, los italianos nacionalistas habían atacado duramente a «la camarilla gobernante» — no a la «clase» — del reino por su ineptitud y egoísmo, cuya solución no estaba en la lucha de clases sino en la competencia económica y política con las demás naciones. Para esto, y para el máximo bienestar de los italianos, era requisito esencial la solidaridad de clases, y los medios para alcanzarla constituían la fórmula de una Italia como nación de proletarios, o una nación proletaria, en lucha con las plutocracias por hallar un lugar adecuado en el mundo.

Tanto los derechistas de Italia como los de otras partes, intentaron de esta forma trascender o eliminar el problema trasladándolo a la esfera internacional, aunque no fuese más que una mera evasión. Resultó un intento de aprovechar las energías divididas del conflicto social, en provecho de lo que ellos creían unos propósitos nacionales constructivos. Si las frecuentes llamadas a la unidad y solidaridad fueron capciosas, designaron el conjunto de legítimas aspiraciones de trabajadores y campesinos; el vago corporativismo de la Derecha, su insistencia en el bienestar nacional y la justicia para el pobre junto con los ataques al dinero formaron parte de un intento de búsqueda, de reconciliación de clases y de concentración de las energías nacionales.

Cuando los nacionalsocialistas húngaros, austríacos o germanos se organizaban a sí mismos como partidos «trabajadores», lo hacían solamente para ensanchar las bases de sus movimientos, cuya intención no era dar expresión a los restringidos puntos de vista políticos y económicos de éstos o adoptar las definiciones convencionales y doctrinarias de la clase trabajadora. Afirmaban un juicio moral, no una doctrina económica sociológica; estaban dispuestos a acoger a cualquier trabajador que contribuyese productivamente al bienestar nacional por ellos mismos definido y que aceptase la llamada de «¡trabajadores de todas clases, uníos!» Ésta fue la divisa de los rexistas belgas, e incluso cuando les tocaba competir en terreno político, los derechistas siempre quisieron presentarse como el partido de todas las clases. Si, una vez en el poder, los fascistas italianos y los nacionalsocialistas ampliaron el poder de la policía estatal para «reconciliar» las clases, y si en este proceso favorecieron más a especiales manejos que a los trabajadores, lo hicieron guiados por un interés en continuar una productividad eficiente, más que por preferir al capitalismo como tal.

El fracaso de la Derecha en identificarse decisiva e íntimamente con una clase determinada tuvo consecuencias tan importantes como la carencia de una doctrina coherente. Hicieron un amplio y necesario llamamiento electoral para capitalizar los agravios de todos los segmentos de la sociedad. Pero aunque estos llamamientos hechos a diversas audiencias y a variados resentimientos hubieran debido cristalizar en la obtención de votos, no consiguieron crear movimientos sólidos y estables, coherentes y disciplinados, ni siquiera un electorado como el que socialistas y comunistas consiguieron dirigiéndose a una única clase. Esto ayuda a comprender la inestabilidad de tantos grupos derechistas, su carácter marginal y etéreo, sus diferencias internas y sus divisiones y la ruptura de coaliciones cuando las condiciones que les habían llevado a ello desaparecían.

Pero incluso en estas circunstancias, la Derecha no podía limitarse a permanecer como una secta conspiradora; tenía que operar pública y abiertamente para atraerse votos y partidarios de todos los sectores de la sociedad, en un escenario político donde prevalecían unas reglas y costumbres que rechazaban y condenaban. Aquí está el origen de la incongruencia derechista, presentándose a las elecciones para una asamblea parlamentaria calificada por ellos mismos como de tienda de charlatanes, y sirviendo más tarde en ella.

La ausencia de un factor de cohesión de clases o intereses, sumada a la ausencia de doctrina, impuso una tarea excesiva a los líderes, que precisaban unas dotes extraordinarias de carácter y habilidad que pocos podían poseer. Basados exclusivamente en el magnetismo personal, en la determinación, rigidez o flexibilidad, los movimientos derechistas se vieron condenados al ridículo, a la impotencia o a la desintegración, mucho más rápidamente que otras organizaciones que contaban con la base de un común interés. El rigor o la elaboración de una estructura formal nunca pudieron ser sustituidos por un líder, por dotado que estuviera, que era la dramática incorporación de unos resentimientos profundamente enraizados y de unas aspiraciones imperfectamente articuladas.

Pero el rango de los cimientos sociales y políticos y de la personalidad y habilidad entre los dirigentes capacitados y los no capacitados de la Derecha, enfrentan al historiador con otro confuso problema. ¿Qué combinación de talentos, posibilidades, dones, logros, falacias y técnicas sería necesaria para convertir a un mero ser humano en el líder y caudillo de tantos millones? Llevaron a cabo un paciente y elaborado esfuerzo en hacer creer que la causa y la organización jugaban un papel casi tan importante como el de la doctrina, y que una pobre y escasa filosofía política era tan eficaz para identificar a los nuevos movimientos en la corriente histórica como la ambición o la avaricia. Un pasado radical o liberal o un pensamiento común estaban muy lejos de ser universales y no conferían necesariamente la ventaja de una experiencia política o de un punto común. El violento Hitler, que odia-

ba partidos y parlamentos, estuvo inspirado por los «trabajadores alemanes de Lueger» en su solitaria juventud vienesa, aunque nunca se unió a ellos; Szálasi, hijo de un oficial sin destino del ejército austrohúngaro, adquirió su educación política sirviendo como oficial en el Estado Mayor, del que dimitió para crear al cabo de un año su partido «Voluntad Nacional». Como Mosley, Déat, Doriot, De Man y otros, Mussolini había sido radical de Izquierdas, un socialista intransigente repelido por la moderación del conservadurismo y la de sus camaradas y fue menos radical y revolucionario al intentar hacer una copia de lo que Hitler había hecho en Alemania. El antiguo militante socialista demostró ser más oportunista y pragmático que el soñador alemán y el católico practicante Degrelle.

Tampoco el origen social aporta un criterio válido para el éxito o fracaso que pueda alcanzar un movimiento y llevarlo a la victoria, salvo en el caso negativo en que determinadas y evidentes simpatías de clase o región, pudieran enajenarle el favor popular. Lo que se muestra como esencial en los oscuros esbozos de la historia personal, con la creación de una nueva y heroica personalidad más allá de la guerra, la revolución o la disolución social. En la concepción heroica de muchos derechistas sólo la idea de la guerra les proporcionaba la solución adecuada para borrar viejos resentimientos y prejuicios. La herida de Hitler en la sien, su recuperación en un hospital militar y su renacimiento a una nueva vida y vocación («Entonces decidí entrar en política»), solamente era el ejemplo más dramático, para muchos seguidores y dirigentes, de la experiencia bélica.

Los Jagers fineses, los pertenecientes al «Cuerpo Libre» y a las tropas de choque alemanas, los «arditi» italianos, los veteranos franceses, húngaros, austríacos y belgas, empezaron a considerarse como la generación de los frentes de guerra, renacidos gracias al «baño de acero», en el que recobraron su fe en la vitalidad de la comunidad nacional y descubrieron la camaradería de los jóvenes batalladores. Presentaban a los viejos, que no habían compartido su experiencia, como aves de rapiña disputándose los beneficios e intentado restaurar un mundo irremediablemente perdido. La cualidad esencial de un líder era la juventud, ya que ella prometía vitalidad y dinamismo y creaba la esperanza de un mañana triunfal que prometía acabar con el espantoso presente.

No es accidental, por lo tanto, que en 1933, cuando la mayor parte de los dirigentes de los partidos políticos europeos tenían 60 años o más, los hombres más preeminentes de la Derecha rondaran los veinticuatro (Degrelle) o los cuarenta y cuatro (Hitler y Mussolini). Antes de la primera Guerra Mundial, las primeras manifestaciones de la nueva Derecha surgen entre los estudiantes (los Burschenschaften austríacos). Tenemos a los «jóvenes» tories que se rebelaron contra los decrépitos ancianos del partido, y a los nacionalistas italianos, demasiado jóvenes para haber participado en el movimiento de la unificación. A pesar de que sería ir demasiado lejos

identificar los llamamientos de la Derecha como expresiones únicamente juveniles —las estadísticas electorales lo comprueban—, los de la juventud contra la edad, de la vitalidad contra la decrepitud, y de lo nuevo contra la corrupción crearon el convencimiento de que la Derecha era la plataforma decisiva desde la cual, pertrechado con la coraza de la lealtad proporcionada por aquélla, el líder podía alcanzar las cimas más elevadas de la preeminencia.

El inconveniente de las atracciones juveniles es, desde luego, su falta de permanencia, y cuando la balanza implica la aceptación de los logros y fracasos de la Derecha, es esta última la que predomina. Las afirmaciones de juvenil intrepidez, de la acción por la acción, el despliegue de incansables energías y la tendencia a la violencia no influyen en el destino fatal de estos partidos derechistas y de sus líderes, que alcanzaron el poder y establecieron unos regímenes planeados según la teoría milenaria de un completo pesimismo y de la desesperanza ante el mundo moderno, con la falta de paciencia y confianza suficientes para intentar enderezarlo.

Existen muchas razones concretas y específicas para explicar las derrotas y fracasos de la Derecha: la carencia de organización y unidad; la excesiva dependencia de un solo hombre; el prescindir de los viejos partidos y políticos; lo inadecuado de un apoyo inestable de algún grupo o clase organizados; la vaguedad de un programa o doctrina, y un exceso de nervio o de fuerza bruta que, en resumen, no hizo más que reforzar a la oposición.

Como reconocimiento final, y a despecho de alguna sagaz apreciación sobre las necesidades del mundo contemporáneo, la Derecha no representa la ola del futuro sino una nihilista hostilidad al modernismo, el miedo a lo no familiar y un grito infantil en demanda de protección (a través de la idea de nación, raza, poder sin límites, o activismo frenético) y una tendencia contra las profundas fuerzas que presionan, acechan y amenazan por todas partes.

Es en este aspecto tan importante donde la Derecha radical y la Izquierda de la misma tendencia, aun compartiendo grandes y estrechas semejanzas, son profundamente diferentes. Por su empeño en borrar el pasado y la enfática renuncia al feudalismo y al capitalismo presente, la Derecha nunca sintió comprensión ni simpatía hacia un mundo en el que la industrialización y el urbanismo provocaban una posición irrevocablemente racionalista, igualitaria e internacional. Ya en sus orígenes y a través de la herencia de Marx, las Izquierdas habían afirmado este mundo e, intentando suavizar su impacto e igualar sus beneficios, habían reconocido que era inevitable, prediciendo su victoria universal. Por lo cual es difícil concebir cómo las Derechas pudieron sobrevivir en la segunda mitad del siglo XX y combatir con los cambios establecidos por la continuación e intensificación de procesos que las precedieron y sobrevivieron. Por ejemplo, ¿cómo hubiera obrado ante la aparición de nuevos pueblos, Estados o continentes? La

Derecha no comprendía otro mundo más allá de los límites europeos y siempre desde el punto de vista de dominación y sumisión, es decir, si la Derecha hubiese podido establecer unos regímenes estables y mantener un socialismo genuino y nacional, habría tenido que ser a condición de explotar a otros pueblos y razas extranjeras y de los que, a la vez, hubiera tenido que estar fuertemente aislado. Una relación de este tipo hubiera resultado reaccionaria y retrógrada en el sentido más fundamental de la palabra, una reversión de las prácticas y valores que las comunidades civilizadas no hubieran podido tolerar, y que además habrían resultado destructivas y anárquicas.

A pesar de que esta caracterización no se aplica con la misma intensidad a todos los regímenes y movimientos derechistas, que se minaron a sí mismos hasta lograr su propia destrucción, fue una enfermedad que ocasionó la muerte, no sólo del liberalismo, su gran enemigo, sino también del mundo que el liberalismo había ayudado a levantar y dar forma. ¿Es, pues, decir demasiado, que la historia entera de la nueva Derecha radical no fue más que un fracaso y que continuó fracasando aun en medio de sus mayores éxitos?

Los ensayos precedentes han aportado solamente algunos datos para la mejor comprensión del fenómeno de las Derechas. Si han llenado el perfil de nuestro título, habrán cumplido ampliamente con las esperanzas que pusimos en este volumen. Aunque también admitimos que, más que perfil, lo que este tema necesita es un estudio completo y en gran escala.

COLABORADORES

ISTVÁN DEÁK. Profesor de Historia en la Columbia University. Nacido en Hungría, se formó en la Sorbona y en la Columbia University.

J. R. JONES. Doctorado por la Universidad de Cambridge en 1953, es profesor de la Universidad de East Anglia. Se ha distinguido especialmente en el estudio de la política conservadora en el período anterior a 1914. En 1961 publicó el libro *The Whigs*.

ERNST NOLTE. Doctorado en Filosofía por la Universidad de Freiburg (Breisgau), en 1952. Es profesor de Historia Moderna en la Universidad de Marburg. Se ha especializado en estudios sobre el Fascismo y su época, y en general sobre los movimientos de derecha en Alemania. Su libro *El Fascismo en su época* es considerado un libro clave sobre el tema.

MARVIN KINTALA. Doctor en Ciencias Políticas por la Flechter School of Law and Diplomacy. Es profesor del Boston College. En 1962 publicó el libro *The Extreme Right in Finnish Politics.*

HANS ROGGER. Profesor de Historia en la Universidad de California, Los Angeles, y director del Centro de Estudios del Oriente Europeo. Se doctoró por la Universidad de Harvard en 1956 y ha escrito numerosos estudios y artículos sobre la derecha y el nacionalismo ruso.

SALVATORE SALADINO. Doctor por la Columbia University en 1955. Es profesor de Historia en el Queens College, The City University, Nueva York.

JEAN STENGERS. Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Bruselas y director de la *Revue Belge de Fhilologie et d'Histoire.* Ha escrito notables libros sobre el Congo, de manera especial *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique?* y *Belgique et Congo: l'Elaboration de la*

Charte Coloniale. Forma parte de la Comisión de Historia en la Academie Royale des Sciences d'Outre-Mer. En 1959 publicó *Une Expérience d'enquête électorale*. Colabora asiduamente en revistas especializadas.

EUGEN WEBER. Profesor de Historia en la Universidad de California, Los Angeles. Ha publicado numerosos libros, entre ellos: *The Nationalist Revival in France* (1959), *Action Française* (1962) y *Varieties of Fascism* (1964).

ANDREW G. WHITESIDE. Doctor por la Harvard University, y profesor de Historia en el Queens College, The City University, Nueva York. Es autor de *Austrian National Socialism Before 1918*.